

**¡Héctor,  
Víctor no,  
Héctor!**

*Judith Galán*



**¡HÉCTOR,  
VÍCTOR NO,  
HÉCTOR!**

**Judith Galán**

Copyright ©Judith Galán, 2017

Todos los derechos reservados.

Foto de portada: Judith Galán.

Diseño de portada: Judith Galán.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en esta historia son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso.

Para Juan, Álvaro y Sergio... Os quiero

# CAPÍTULO 1

—¿Sí, hermanita?

—Héctor, ¿dónde estás? Te estamos esperando, sabes que no podemos estar mucho tiempo en la residencia con papá, no nos va a dar tiempo ni de cantarle el cumpleaños feliz...

—Sí, ya voy, estoy de camino. Pero tranquila hermanita, tiempo hay de sobra...

—Anoche estuviste de fiesta hasta las tantas ¿verdad? Menuda voz de camionero tienes.

—Pues si ya lo sabes ¿para qué preguntas...? Estoy entrando en el parking, en cinco minutos estoy ahí.

—¡Va, corre!

Alicia perdía el control cuando hablaba con su hermano. Desde que Héctor se divorciara, los fines de semana los pasaba de fiesta en fiesta, de chica en chica y de copa en copa. Fue uno de los mejores de su graduación, estudió varios postgrados después de finalizar la carrera de Derecho y sin duda era uno de los mejores abogados de la ciudad. Pero cuando se retiraba la toga, bebía desmesuradamente, consumía drogas y se despertaba al día siguiente en la cama de alguna rubia y/o morena de las que no recordaba ni el nombre ni las razones por las cuales acabara acostándose con ellas.

—¿Qué te ha dicho Héctor?

—Dice que está entrando en el parking, debería llegar en cinco minutos. Raúl, tenemos que hacer algo con este chico, no puede seguir así...

—Ya lo sé Alicia, pero yo no puedo hacer nada... Recuerda que es mi hermano mayor, se supone que él es más responsable que yo... —bromeó Raúl intentando suavizar el enfado de su hermana.

—Vamos, Raúl, no me vengas con tonterías... sabes mejor que yo que lo que está haciendo es peligroso. Y tú además lo estás empeorando.

—¿Yo?

—Sí, tú, lo sabes muy bien... encubriéndole no solucionas nada, todo lo

contrario. Dime, ¿cuántas veces le has sacado del cuartelillo? ¿Cuántas veces le has retirado una multa o limpiado su expediente? ¡No hay nada como tener un hermanito cómplice en la policía!

—Vamos, Alicia, sabes que tú también lo harías por él. Lo ha pasado mal y salir de fiesta es su forma de resarcirse. Acabará sentando la cabeza, ya lo verás. Además, es un buen abogado, trabaja duro... déjale que se divierta un poco el fin de semana.

—Raúl, yo todo eso lo entiendo —Alicia respiró hondo e intentó calmar sus nervios—, pero me preocupa su salud y que esas fiestas acaben con su carrera. Cada vez consume más alcohol y también algunas drogas ¿verdad? Lo sabes, le has retirado más de una sanción por tenencia de drogas.

—Sí, pero lo está dejando. Él mismo me ha prometido varias veces que ahora no está tomando nada. Desde que entró en este nuevo bufete, trabajando con Alberto, parece que está más centrado, al menos en este aspecto.

En ese preciso instante, Héctor entraba en la habitación cogido del brazo de su cuñada Laura. Como siempre, Laura, con su simpatía y su belleza, era capaz de iluminar con luz propia la estancia más oscura, con su sola presencia, como si bañara de colores una imagen en blanco y negro. Pero sobre todo, era capaz de transformar por completo la expresión del que era su marido desde hacía apenas ocho meses, provocándole un brillo especial en sus ojos y sonrojando aún sus mejillas. Incluso en sus momentos más difíciles, después de una dura jornada de trabajo como inspector de policía, Raúl era incapaz de no regalarle a su querida esposa una de esas sonrisas seductoras que tanto él como sus hermanos habían heredado de su padre. Raúl conoció a Laura unos dos años antes de la boda. Se enamoró a primera vista de aquella risueña jovencita morena de ojos azules y luchó por conquistar su amor hasta conseguirlo. Aunque no era tan alto como Héctor, Raúl lucía una mejor forma física, escondiendo bajo sus camisetas de algodón un cuerpo bien contorneado y del que no le gustaba alardear. Al igual que su hermano mayor, sus ojos eran de un color marrón camello con destellos dorados y su cabello castaño oscuro.

—Mirad a quién me he encontrado por el camino —Laura saludaba sonriente

y, como siempre, orgullosa de su guapo cuñado.

—¡Por fin, el hermano perdido reaparece! —Alicia levantó las manos.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —Héctor la saludó con un abrazo—. Estás preciosa. Ya no te veo nada de barriguita —le dijo cariñosamente acariciando su ya deshinchado vientre—. Y dime ¿cómo está mi sobrino?

—¡Qué zalamero que eres! —Alicia no podía resistirse a las carantoñas de su hermano, era incapaz de estar enfadada delante de él—. Está guapísimo. Ya ha ganado tres kilos de peso y se le empieza a notar en su carita rechonchona. Se ha quedado en casa con Iván.

—Luego te acompaño y me invitáis a comer. Tengo ganas de verle.

—¡Vaya! ¿Ya no estás enfadada con Héctor? Siempre me toca a mí aguantar el chaparrón, luego viene él y como si no hubiese pasado nada... —se quejó Raúl.

—¡Va, chicos! —después de besar a su marido para tranquilizarlo, Laura les animó—. Vamos a sacar ya la tarta y a cantarle el cumpleaños feliz al recién estrenado abuelo.

A pesar de su enfermedad y con sus 68 años de edad, Fermín todavía gozaba de una buena salud física. Siempre había practicado varios deportes, su alimentación era saludable y durante años había disfrutado de una vida sosegada en una casa rural que regentó en las afueras de la ciudad. Pero desde que le diagnosticaron Alzheimer y sus hijos le ingresaron en la residencia, el resplandor de sus mejillas se había apagado, sus ojos ya no hablaban de amor, de pasión o de alegría como hicieran años atrás. Continuaba siendo un hombre fuerte y sano, pero su carácter risueño y cálido estaba desapareciendo. Apenas recordaba muchas de las historias que sus hijos le habían escuchado contar una y otra vez sobre sus viajes por Asia. Y ya casi no recordaba a la mujer que compartió con él los mejores años de su vida, la mujer que le dio sus tres maravillosos hijos y la que le dejó una mañana de verano, en el arcén de una carretera, cuando Raúl todavía tenía cinco años. Pero su cerebro se resistía a abandonar a sus hijos, seguía insistiendo en no olvidarlos, en mantenerlos en su interior y continuar velando por ellos.

—¡Feliz cumpleaños, papá! ¿Le has tirado ya los tejos a la nueva enfermera? Está buenísima... —le preguntó Héctor guiñándole un ojo.

—Gracias, hijo... estoy en ello, estoy en ello... —si había algo que aún le hacía recuperar la sonrisa a Fermín era bromear con su hijo—. Y tú ¿qué? ¿Dónde está tu mujer? ¿No va a venir?

—Papá... ya no tengo mujer, nos divorciamos hace dos años...

—Me alegro, hijo. Entre tú y yo, esa chica no me gustaba nada.

—Te tengo que confesar que a mí tampoco me gustaba papá... —Héctor sonrió.

—Seguro que sus ojos no te hablaron nunca ¿verdad?

—Verdad. Nunca.

A Alicia y a Raúl les gustaba ver a su padre conversar divertido con Héctor. Cuando la madre de ellos murió, Héctor tan solo tenía 9 años y Alicia 11. Ella asumió el papel de madre pre-adolescente y él se esforzó en apoyar a su padre de forma incondicional. A pesar de su corta edad, cuando volvía de la escuela, ayudaba a su hermana con las tareas domésticas y el cuidado de su hermano pequeño y una vez su padre finalizaba su jornada de trabajo, Héctor se preocupaba de tenerlo en todo momento ocupado. Compartieron muchos hobbies, practicaron numerosos deportes y leyeron decenas de libros. Héctor fue el pilar que sujetó una familia destrozada hasta que se recompusieron sus cimientos. Con el paso de los años, Fermín recuperó la sonrisa y las ganas de vivir y gracias a sus hijos acabó acostumbrándose a la terrible ausencia de su mujer.

—Es curioso... —Alicia los observaba emocionada—, no recuerda casi a mamá pero no ha olvidado el lenguaje de la mirada.

—Sí... —afirmó Raúl también conmovido—. Va, Alicia, vamos a sacar la tarta que se nos está haciendo tarde.

Después de cantar el cumpleaños feliz y comer el pastel, charlaron afablemente hasta que la hora del almuerzo de Fermín llegó y tuvieron que salir de la residencia.

Apenas una media hora después, llegaban todos a casa de Alicia. Iván, su marido, los esperaba en la puerta con Pablo en brazos. El nuevo integrante de la familia tenía tan solo tres semanas y ya lucía la misma cautivadora sonrisa de su madre.



—Como este niño siga así, Raúl, cuando tenga veinte años te cambio por él. Va a ser guapísimo como su madre y encantador como su tío Héctor — bromeó Laura mientras tomaba en brazos al bebé.

—Y de su tío Raúl no ha heredado nada, ¿no?... —acercándose a Laura continuó susurrándole en el oído—. ¿Sabes que puedo detenerte por lo que acabas de decir?... me temo señorita que esta noche vas a dormir en el cuartelillo.

—Uhhmmm... Cariño, estoy deseando que me pongas las esposas...

—Bueno, vale ya, mucho decir que se parece a la madre y al tío... y al padre ¿qué? —se molestó Iván.

—Iván, cariño, no te puedes quejar, que tu hijo se parece enteramente a ti — reconoció Alicia—. Venga, todos a la mesa, el guiso ya está preparado.

Alicia e Iván se habían trasladado hacía poco a una urbanización apartada de la gran ciudad y vivían cómodamente en una preciosa casa con jardín y piscina. Iván, con tan solo treinta y cuatro años ya era un prestigioso cirujano y Alicia tenía la consulta de Ginecóloga en el mismo hospital donde trabajaba su marido. Raúl, Laura y Héctor, sin embargo, continuaban viviendo en el centro de la ciudad, rodeados de bullicio, grandes almacenes y bares nocturnos. El lujoso apartamento de Héctor estaba a pocas manzanas del de su hermano pequeño. Después de su divorcio, los éxitos profesionales empezaron a lloverle. Para evadirse de sus problemas amorosos, se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo y aquel esfuerzo no tardó en dar sus frutos. Pocos meses después, se podía permitir vivir en un ático céntrico y bien acomodado.

—Héctor ¿qué tal anoche? ¿Quedaste con Olga? —a Raúl le gustaba que su hermano mayor le explicara sus aventuras.

—¿Olga? Ufff.... Lo de Olga hace ya unas semanas que se acabó. Anoche quedé con una tal... ¿cómo se llamaba? Carol, creo... Pero tío, era increíble... Esa sí sabe hacer feliz a un hombre.

—¿Qué te hizo?

Héctor, dibujando con sus labios una maléfica sonrisa, se acercó a su hermano y le murmuró unas palabras al oído, bajo la mirada fulminante de Laura.

—¿Quéeee....? Joder tío, pero ¿por qué no me presentaste a esas tías cuando

salíamos juntos de fiesta?

—Raúl, cuando salíamos juntos tenías apenas veinte años y cuando me separé tú ya estabas coladito por Laura... Va, tío, no te quejes que menudo bombón tienes en casa... —Héctor miró sonriente a su cuñada.

—Sí, ahora intenta arreglarlo... —le reprochó Laura.

—Tienes razón Héctor, tengo una mujer que no me merezco...

Raúl admiraba enamorado a Laura. Sabía lo afortunado que era y por muchas mujeres sofisticadas que pasaran por la cama de Héctor, no le envidiaba en absoluto. Es más, deseaba que su hermano también encontrara a su pareja perfecta, a la mujer que consiguiera hacerle olvidar su traumático divorcio y con la que pudiera hablar solo con la mirada, como él conversaba con Laura, leyendo en sus pupilas.

Después de una divertida tarde en familia, al atardecer, se despedían cariñosamente para volver con pereza a sus vidas cotidianas.

La mayoría de los domingos, cuando Héctor regresaba a su apartamento, se encontraba en la terraza del bar contiguo a su portal con Silvia o Katarzyna. Las dos amigas, azafatas de vuelo, se turnaban los domingos para visitarle y aquel día le esperaba Katarzyna, una polaca rubia, alta y muy sensual a la que le gustaba disfrazarse para seducirle y hacer menos monótonos sus encuentros sexuales. Héctor sonrió al avistar bajo la americana negra unas medias de rejilla y unos zapatos rojos de aguja. La noche prometía.

La guapa azafata se acercó al portal y mientras él abría la puerta con llave se saludaron con un desinteresado movimiento de cabeza, cumpliendo así con una de las normas básicas que Héctor seguía a raja tabla con sus amantes esporádicas: “En público, nada de demostraciones afectuosas”. Una vez en el apartamento, la conversación siguió el patrón establecido.

—¿Un whisky con hielo?

—Sí, por favor —respondió Katarzyna con su peculiar acento polaco.

Otra norma importante para Héctor: “A mí no me interesa la vida de ellas y a ellas menos aún la mía”. Así que los diálogos eran insulsos, educados y

respetuosos, eso sí, pero carentes de información privada. Prohibidas las expresiones tipo: cómo te ha ido el día, qué estabas haciendo, cómo está tu familia, qué libro estás leyendo... Y precisamente para evitar esas frases íntimas, Héctor se había cuidado mucho de no adornar el salón y la habitación de su apartamento con objetos personales. Las fotos de su familia, los libros de su padre, los álbumes, recuerdos de otros países, las cañas de pescar, trofeos de su infancia... todos esos fragmentos, esas porciones pasadas o presentes de su vida estaban custodiados en una habitación donde solo él podía entrar. Él y Dolores, la mujer que cada viernes por la mañana le limpiaba el apartamento.

Después de preparar las dos bebidas y entregarle una a la azafata, Héctor se desabrochó la camisa y se descalzó, bajo la atenta mirada de la rubia que no tardó en vaciar el contenido de su vaso.

—¿No quieres saber qué hay hoy debajo de la americana? —insinuó ella, abriendo la prenda lo suficiente para dejar ver un amplio escote.

Héctor, con una media sonrisa en los labios y apoyándose en el marco de la puerta de su habitación, la miró de arriba a abajo alzando una ceja y apurando de un sorbo el whisky.

—¿Me vas a sorprender?

—Eso espero... —y retirando el abrigo con lentitud, reveló el secreto tan bien guardado—. ¿Sorprendido?

—Ven aquí Caperucita que el lobo está hambriento.

Una de las ventajas de tener relaciones esporádicas con azafatas era que la mayoría de ellas debían madrugar y cuando Héctor despertaba ya no era necesario deportarlas educadamente de su propia cama, ni compartir un incómodo desayuno. Así que, después de abrir los ojos y desperezarse un rato sobre el colchón, se dirigió a la ducha para aliviar con el agua caliente el dolor muscular provocado por una larga noche de sexo. Se dispuso a cargar las baterías con un copioso y equilibrado desayuno y, treinta minutos más tarde, salió de su apartamento luciendo uno de sus trajes de Armani y sus muy apreciadas gafas de sol que en tantas ocasiones le habían ayudado a

ocultar los efectos del fin de semana.

Hacía poco más de ocho meses que Héctor se había incorporado a ese nuevo bufete y ya era uno de los mejores abogados de la plantilla. Se había ganado la confianza de los socios y no dudaban en asignarle casos complicados. Él se sentía cómodo, la relación con sus compañeros y jefes era cordial y contaba con el apoyo incondicional de su amigo Alberto, el más joven de los socios y compañero de facultad.

El bufete estaba situado en la decimoctava planta de una de las torres de cristal del principal centro económico de la ciudad. Al tratarse de un edificio elevado desde la planta baja se podía subir por cuatro ascensores, aunque solo dos de ellos paraban a partir del décimo piso. Aquel lunes, Héctor se situó en el último ascensor y, todavía con las gafas de sol, ojeaba un diario cuando éste se abrió. Junto a él se adentraron unas siete personas más y en el preciso instante en que las puertas se cerraban, una mujer de unos treinta años entró apresuradamente. Se situó de espaldas frente a él, pero Héctor tuvo tiempo suficiente para comprobar que también llevaba gafas de sol. “Otra con resaca...”, pensó con una media sonrisa. A medida que subían las plantas del edificio, el aroma que aquella mujer desprendía hizo que Héctor abandonara la lectura e, intrigado, empezó a escrutarla descaradamente. Era de estatura más bien baja, pero sus tacones la alzaban a una medida aceptable. Lucía un vestido corto y ceñido, marcando sus curvas y dejando ver unas bonitas piernas, lo que sin duda era el pregón de un cuerpo aprobado con nota, entre bien y notable. Un bien alto mejor que un notable, para Héctor le sobraban algunos centímetros en las caderas. Su melena larga, bien alisada, sus mechones rubios bien definidos y la marca de su ropa aludían dinero. “No debe trabajar en el edificio, me hubiese fijado antes en ella...”.

Después de dos paradas, apenas quedaban cuatro personas en el ascensor además de ellos dos y para dejar pasar a los que salían, la mujer había tenido que desplazarse al otro lado del habitáculo. Desde allí Héctor la pudo contemplar de frente y aprovechó que aún llevaba las gafas de sol para ocultar sus ojos inquisidores. La expresión de la joven parecía triste y Héctor pensó que debía estar escondiendo las ojeras del llanto y no de la resaca, como él había deducido. Lo que no fue capaz de definir fue su rostro; debía

ser guapa o al menos intuía unas facciones dulces y juveniles, pero la angustia y las gafas de sol de ella le ocultaron la realidad.

Cuando el ascensor frenó en la decimocuarta planta ya solo quedaban ellos dos. Héctor la continuaba examinando pero era incapaz de averiguar más sin verle los ojos. Hasta que, decidido, arrancó a hablar, sin apenas pensar lo que iba a decir.

—Ya va quedando menos.... Estos ascensores son más lentos que un caracol con insomnio.

Aquella comparación provocó una sonrisa en la joven. A él le resultó dulce y graciosa la forma como ladeó los labios y arrugó levemente su pequeña nariz. Intrigado, Héctor aprovechó el momento para intentar indagar.

—¿Trabajas en el edificio?

—Sí —respondió ella en voz baja.

—Yo también, soy abogado. Trabajo en el bufete de la decimoctava planta. Héctor —se presentó extendiendo su mano.

La mujer misteriosa dudó en aceptársela pero finalmente le ofreció la suya, apretándola débilmente. “Vaya, lleva anillo de boda.... ¡Casada!... Nada que hacer”, se dijo Héctor decepcionado. No liarse con mujeres casadas era otra de las normas que siempre había respetado.

—Encantada.

Tal vez por nerviosismo o por la angustia que su rostro reflejaba, al mover el brazo, una carpeta que sostenía contra su cuerpo cayó al suelo y los dos se agacharon rápidamente para recogerla. Y justo cuando Héctor tomaba la carpeta y se la entregaba, las gafas de sol de la chica resbalaron por su nariz y por fin pudo verle los ojos. Aunque mostraban la misma tristeza que se apreciaba en el resto de su semblante, Héctor se sorprendió. “¡Increíble! ¡En esas pupilas se podría leer un libro!”. A pesar de su iris negro azabache, sus ojos eran muy expresivos, nítidos, transparentes. Sin duda la famosa frase “los ojos son el espejo del alma” bien se podría aplicar a esa mirada. Mirar a través de aquellas pupilas, rodeadas de miles de diminutos diamantes negros, la dejaban desnuda, expuesta ante cualquier ávido lector de miradas, habilidad de la que el bien aleccionado Héctor podía presumir.

—Perdona, ¿me has dicho tu nombre? —preguntó él, desviando la mirada de

sus ojos hipnotizadores para volver a la realidad.

—No, no te lo dije...

“Vale, lo capto...”, pensó Héctor resignado.

Cuando por fin llegaron a la decimoctava planta, Naira respiró aliviada. Empezaba a sentirse incómoda con aquel hombre observándola descaradamente. “Se pensará que al llevar gafas de sol no me doy cuenta de que me está repasando con la mirada”, se dijo.

—Hasta otra... —se despidió él.

—Adiós...

“Abogado engreído...”, masculló ella, molesta por el intento de seducción tan poco agraciado que acababa de presenciar.

Por fin, después de tres meses de ausencia, Naira volvía a la redacción donde trabajaba como periodista desde hacía ya cuatro años. Formar parte del equipo de redactores de aquel importante periódico había cambiado su vida y no solo profesionalmente. Al pasar frente a la puerta del nuevo Director recordó aquel primer encuentro con Ernesto, cuatro años atrás. Aquel día Naira estaba especialmente inquieta, era su primera entrevista para optar a un puesto de redactora y temía que los nervios la bloquearan. Pero cuando entró en aquel despacho y se encontró con la mirada de Ernesto, toda preocupación se esfumó. Y es que Naira no creía haber visto antes un hombre tan atractivo como él, alto, fuerte, seductor. En cuanto la miró y le dirigió su arrebatadora sonrisa ella supo que se había enamorado y se sintió valiente, capaz de cualquier cosa por estar cerca de él. Percibir el calor de sus manos cuando se saludaron, inspirar el aire que él expiraba, inhalar el aroma de su colonia, nadar en su mirada. Aquellas sensaciones que Naira experimentó continuaban tatuadas en su cerebro, formando una nueva área sensorial en su corteza cerebral: motora, visual, auditiva, olfativa, gustativa y de Ernesto.

Él la contrató sin vacilar, cayó en las negras redes de sus ojos cristalinos y se dejó cautivar por su frescura e inocencia. Naira era entonces una muchacha decidida, llena de vida, una bocanada de aire fresco en un día caluroso. A

pesar de que en aquella época él estaba comprometido con una exuberante modelo, pocas semanas después de contratar a su nueva redactora, rompió su relación y la invitó a cenar. Un año más tarde, Naira y Ernesto se casaron. Ya habían transcurrido tres años de matrimonio y aún Naira sonreía al recordar aquel primer encuentro con quien, sin duda, era el amor de su vida, su marido, la persona que confió en ella y a la que entregó su corazón sin condiciones, sin límites.

—Naira, bienvenida. Teníamos ganas de tenerte aquí de nuevo.

—Naira, ven aquí querida. Déjame que te vea... estás guapísima.

—Gracias Jaime, gracias Rosa... os echaba de menos. ¿Qué tal va todo por aquí?

—Bien, bien... como siempre, ya sabes, mucho por hacer. Imagino que Ernesto te habrá ido poniendo al corriente.

—Sí, bueno, más o menos... no quería que me preocupara con el trabajo, ya sabéis cómo es.

Jaime, Rosa y Naira formaban un equipo perfectamente sincronizado. Las tres bujías que encendían la chispa necesaria para que el motor de “El Halcón” se pusiera en funcionamiento. Entre los tres se encargaban de los artículos y noticias de arte, gastronomía y viajes, una de las áreas de mayor éxito de la revista mensual que lanzó el periódico unos dos años atrás. Les llamaban “la brigada del ocio”.

Jaime era el benjamín del grupo. Con apenas veintitrés años, con sus instantáneas era capaz de transmitir simultáneamente felicidad y tristeza, miedo y ternura. Algunas de sus fotografías habían sido premiadas en prestigiosos concursos y el periódico presumía de ellas en las portadas de la revista. Un niño, hijo de indigentes, contemplando cautivado un globo naranja que ascendía por encima de su cabeza, una infancia inalcanzable, mientras su madre pedía limosna tumbada en el suelo. Un águila imperial levantando el vuelo delante de una ardiente puesta de sol. Un agente de policía custodiando un desfile del orgullo gay junto a un travesti disfrazado con el mismo uniforme. El disparador de su cámara no captaba su entorno, concebía una nueva realidad.

Rosa, con sus cuarenta y cuatro años, casada, sin hijos, sin demasiadas ilusiones ni metas que alcanzar, soñaba evocando el amor de un pasado que

le impedía viajar al presente. Experta en describir rincones, sabores y olores. Un pequeño restaurante en una estrecha calle de Lisboa donde sirven la mejor *açorda* de gambas del país, una cala virgen en la isla de Sicilia, el aroma inconfundible de la lavanda, el romero y el tomillo que adornan el jardín de una finca en la Toscana. Todos aquellos lugares de ensueño que visitó en la juventud y que no podía olvidar. Además de una amiga, para Naira, Rosa era como la hermana mayor que nunca tuvo. Había encontrado en ella un apoyo fraternal y los consejos de una segunda madre. Consejos y apoyo que nunca recibiría de su verdadera progenitora.

Naira redactaba los artículos relacionados con el arte. Obras maestras exhibidas en salas de exposición, festivales de cine, musicales, ópera, novelas de ficción, romances, poesía. Esposa del cine y la lectura pero amante apasionada de la música. También coordinaba el montaje y diseño de algunas de las páginas de la revista.

Durante su ausencia, una joven estudiante en prácticas, a punto de acabar la carrera de periodismo, se había encargado de la redacción de los artículos de arte, con la estrecha colaboración y supervisión de una Rosa desconfiada y exigente.

—¿Y qué tal está trabajando Teresa? —Naira preguntó sobre su joven sustituta.

—Bueno, ya sabes lo que yo opino...

—Rosa, hay que darle una oportunidad, es joven e inexperta... necesita tiempo.

—¿Habéis pensado qué va a pasar con ella ahora que has vuelto?

—Ernesto quiere mantenerla para que nos ayude. Yo pienso que no es necesario, pero él cree que nos irá bien una nueva perspectiva y un punto de vista más joven. Y, en fin, él es el jefe y ya sabes “donde manda patrón, no manda marinero”.

En ese preciso instante, Teresa se unía a ellos. Era exótica, cabello negro y ojos verdes, con largas pestañas y sonrisa de anuncio. Jaime perdió la cordura en el preciso instante en que ella apareció en la recepción del periódico, con su faldita corta, su chaqueta ceñida y un pobre currículum en las manos. Desde entonces y en numerosas ocasiones, Rosa le había tenido



que cerrar la boca antes de que su barbilla rozara la moqueta de la oficina, admirándola ensimismado y embrujado. A pesar de la timidez del joven fotógrafo, Jaime se armó de valor la mañana de un martes. Apretando la mandíbula para evitar la expresión de embobado, se dirigió hacia Teresa y la invitó a comer, intentando que pareciera un almuerzo de compañeros de trabajo y así aprovechar la ocasión para estar a solas con ella. A partir de entonces coincidían todos los martes y el joven intentaba exprimir esos cincuenta minutos para conquistarla.

—Hola Naira. No sabía que volvías hoy. ¿Estás bien?

—Sí, Teresa, estoy mucho mejor. Y ¿cómo va por aquí? ¿Se han portado bien contigo?

—No me puedo quejar —respondió Teresa algo sonrojada mientras miraba de reojo a Jaime—. Hemos tenido mucho trabajo y Rosa no me ha dejado pasar ni una...

—Bueno, no exageres Teresa... —Rosa se excusó mientras la joven le pasaba el brazo por los hombros cariñosamente.

—Pero estoy aprendiendo mucho, de verdad...

—De eso se trata... —rio Naira.

Una vez quedaron las dos amigas a solas, Rosa murmuró.

—No puede ser más pelota la niñita...

—Es normal Rosa, es joven, ambiciosa, lista... todas hemos actuado así en algún momento. Pero dejemos de hablar de Teresa, dime, ¿tú cómo estás?

—No muy bien Naira.

—¿Es por Pedro?

—Sí... se acaba ya Naira, nuestro matrimonio se está acabando. Creo que ya estaba muerto desde el inicio, intentamos reavivarlo, pero nada... todos los esfuerzos han sido en vano. Y yo ya no quiero engañarle más. No es justo para ninguno de los dos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tarde o temprano me entregará una propuesta de divorcio, seguro... no tardará.

—Sabes que saldrás perdiendo con una separación, tendrás que salir de su casa y vivir con tu sueldo... se te acabará el nivel de vida que tienes ahora.

—Sí, lo sé... tendría que buscarme un abogado para estar preparada cuando llegue la notificación ¿Tú no conocerás a alguno que no sea del periódico?

—Pues... —a Naira le vino a la mente el caracol con insomnio y sonrió—, acabo de conocer a uno en el ascensor. Ya le pediré su tarjeta y le hablaré de ti. Tiene pinta de abogado sin escrúpulos.

—Bien, eso me irá muy bien.

—¿Y no te da pena Rosa? Después de tantos años...

—Un poco sí, pero ya sabes Naira que mi verdadero amor no es Pedro y no puedo seguir fingiendo.

—Te entiendo ¿Seguirás en la ciudad o te irás a aquel bonito pueblo del que tanto me has hablado?

—Ya me gustaría Naira, ya me gustaría... pero sabes que no es fácil y ¿cómo voy a dejar a mi amiga y corredactora? Tengo que cuidar de ella, es mi niña.

—Rosa, eres un sol y te quiero mucho ¿lo sabes? —las dos se abrazaron emocionadas.

—Lo sé.

Volver a la rutina en la redacción fue fácil, sobre todo con Rosa de la mano. Como siempre, leal a su amiga.

Diez horas más tarde, después de ponerse al corriente con Teresa, de coordinar junto con su equipo el trabajo a preparar para el siguiente número de la revista, almorzar con Rosa en el bar de la esquina y discutir el diseño de la portada con Jaime, Naira salió satisfecha y agotada del periódico. Delante de la puerta del ascensor, envió un mensaje a Ernesto.

“Cariño, ya salgo de la redacción ¿tardarás mucho en llegar a casa?”

“Hola mi amor. Todavía estoy en reunión y tenemos trabajo para rato. No iré a cenar, comeremos unas pizzas en el despacho. Pero espérame despierta para el postre... no veo el momento de tenerte en mis brazos”

“Ya estoy impaciente. Te quiero”

“Te quiero”

Con una sonrisa en los labios y una expresión de inmensa felicidad, Naira se adentró en el ascensor. Pensó en aprovechar que Ernesto llegaría más tarde

para pasar a comprar algunas cosas por el supermercado y empezó a anotar en la aplicación Notas de su móvil: arroz pre cocinado para calentar en el microondas, tetrabrik de caldo, leche, yogurt, huevos, queso, barritas de cereales, pizza congelada, frankfurts... Estaba concentrada intentando recordar si el bote de ketchup en la nevera estaba ya vacío cuando alguien se adentró en el ascensor y se dirigió a ella.

—Hola, compañera de ascensor... ¿Acaso me estás siguiendo? —el abogado engreído, cómo no...

—¿Yo? ¿No serás tú quién me sigue a mí?

—Tal vez... me alegra ver que tienes mejor cara... Esta mañana parecías sufrir una resaca peor que la mía, y ya es decir...

—Gracias —Naira le dirigió una leve sonrisa—. ¿Cree el ladrón que todos son de su misma condición?

—Sí, supongo que sí... —rió el abogado.

“Parece un chulo presumido pero hay que reconocer que tiene una sonrisa muy bonita”, pensó Naira.

—Te llamabas Víctor ¿verdad?

—Héctor, Víctor no, Héctor...

—¡Ah, sí! Perdona Héctor. Me dijiste esta mañana que eras abogado, ¿no es así?

—Sí, trabajo en el bufete de la planta dieciocho. ¿Y tú, te llamabas...?

—¿Te importa darme una tarjeta? Es que tengo una amiga, una compañera de trabajo, que busca un abogado para un divorcio algo complicado. ¿Te podría llamar?

—Sí, claro, como no. Toma —Héctor sacó una tarjeta del bolsillo interior de su americana—. Me puede llamar cuando quiera.

—Perfecto, muchas gracias. Supongo que en unos días se pondrá en contacto contigo.

—No hay problema. Le haré un buen precio por tratarse de la amiga de una amiga...

—Eso espero... Bueno, llegamos a destino... Ya nos veremos por aquí —se despidió Naira mientras salía apresuradamente del ascensor.

—Sí... ya sabes que te persigo involuntariamente, claro.

—Y yo me dejaré perseguir involuntariamente, claro. Adiós.

“Graciosa, la chica...”, pensó Héctor.

Mientras se dirigía al aparcamiento cayó en la cuenta de que no le había dicho ni su nombre ni el de su compañera. “Supongo que cuando me llame la amiga ya me dirá que es de parte de ella... bueno, qué más da, está casada... espero que la que se va a separar esté de buen ver...”.

## CAPÍTULO 2

Martes por la tarde, Héctor envió un mensaje a Raúl.

“Voy a salir a correr. ¿Nos vemos en la esquina a las ocho en punto?”

“OK, allí estaré”

Desde hacía años los dos hermanos salían juntos a correr siempre que sus horarios de trabajo se lo permitían. Los martes y los jueves Laura asistía a unas clases de inglés hasta las nueve y Raúl aprovechaba esas tardes para compartir con su hermano sudor, cansancio, adrenalina, respiración abdominal y, sobre todo, los momentos más desagradables de su trabajo. Aquel martes Raúl estaba especialmente desolado.

—¿Qué pasa Raúl? Estás muy callado —Héctor decidió indagar pasados los tres primeros kilómetros, su hermano ya debía estar algo más relajado a esa altura de carrera.

—Estamos en un caso algo delicado. No te puedo contar, ya lo sabes.

—¿Te están ayudando?

—Sí, hablamos a menudo con un psicólogo, pero ya sabes, a veces es difícil desconectar.

—Ya, pero tienes que dejar el trabajo en la comisaría, Raúl.

—Sí, hago todo lo que puedo, sobre todo delante de Laura. No soporto pensar que algún día me pueda descargar con ella. Héctor, si sabes que le grito o soy injusto con Laura, te doy permiso para que me des una paliza. Es más, te pido por favor que lo hagas, que me pegues sin compasión.

—Tranquilo, lo haré, será un verdadero placer... Y ahora, corre, que pareces un niño de cinco años con esas piernecitas chiquititas que tienes... —Héctor aceleró el ritmo y se adelantó unos metros.

—Serás cabrón... —Raúl intentó alcanzarle en vano.

—Vaya policía de mierda... ¿cómo puedes permitir que te gane un picapleitos?

Entre las risas y el agotamiento físico, Héctor consiguió espantar los oscuros espectros de la profesión de su hermano pequeño. Ya frente al portal de Raúl,

los dos estiraban algunos músculos.

—¿Irás a ver a papá mañana?

—Sí. Hoy me ha sido imposible salir antes del bufete, pero mañana sin falta iré. Hoy estuvo Alicia, dice que está tranquilo, como siempre.

—Bien. Yo iré el jueves, saldré antes de la comisaría, me irá bien. Hablar con papá siempre es tranquilizador.

—Sí, es verdad. ¡Qué pena ver a un hombre tan fuerte como papá dominado por una enfermedad así!

—Sí, es muy triste...

—Va, vete ya que tu mujercita debe estar a punto de llegar. Ya te enviaré mañana un mensaje y te cuento cómo vi a papá.

—Muy bien. Voy a ducharme rápido y llevaré a Laura a cenar fuera. Me sentará bien y de paso la miraré un poco.

—Hermano, te avisé, esa chica acabará contigo...

—Sí y menos mal que acabó conmigo y no con aquel rubio cachas que iba detrás de ella cuando la conocí.

Unos minutos después, Raúl dejaba que los chorros de agua caliente relajaran sus músculos. Rodeado de una cortina blanca de vapor, con un nivel de humedad casi irrespirable, tomó una determinación: en máximo dos años pediría un cambio de departamento, tareas con menos carga psicológica y menos violencia. Alejarse de las drogas, las violaciones, los abusos a menores, los secuestros y los asesinatos. Su trabajo era muy importante para él, pero la felicidad de Laura lo era mucho más. Y mientras se enumeraba los diferentes departamentos a los que podía optar, una sombra al otro lado de la mampara llamó su atención. Tras aquella espesa nube adivinó la mano de Laura que se acercaba al cristal. Con un dedo dibujó un círculo y dentro de él dos puntos y una línea curva. El rostro de Raúl se iluminó al ver la cara sonriente que su mujer le había dedicado. Solo ella podía devolverle la ilusión. Laura continuó trazando lo que parecían unas letras, primero una I mayúsculas y luego, con la torpeza de quien escribe al revés, continuó hasta que Raúl pudo leer “I love you” antes de que el vapor borrara la frase. Impaciente por besar a su mujer, abrió la mampara, tiró de su brazo y la situó bajo el chorro de agua caliente.

—Raúl, que me vas a mojar... —se quejó ella, encantada de sentir su cuerpo

desnudo aplastándola contra la pared.

—Demasiado tarde. Ya estás mojada —él no se cansaba nunca de admirar el rostro de su mujer a pesar de que el agua que caía sobre su preciosa melena le estaba arrastrando el maquillaje de los ojos—. Me gusta comprobar que las clases de inglés están dando su fruto... —susurró en ese tono que ella reconocía como el presagio de algo muy especial.

—Sí... —la proximidad de su marido le hizo olvidar que estaba vestida bajo la ducha, un detalle que carecía de importancia en ese momento—. Estoy aprendiendo mucho.

Raúl sujetó con sus dos manos el rostro de Laura y la acercó a él, ansioso e impaciente. La miró fijamente a los ojos y la besó con pasión, con lujuria, con la desesperación de quien no ha besado a la persona amada en meses. Abrieron sus bocas con hambre y se devoraron al igual que hicieran la primera vez que se amaron en aquella sencilla habitación de hotel, donde ambos creyeron perder de nuevo la virginidad. Él levantó su camiseta, ella se sacó los zapatos, él bajó sus pantalones, ella se deshizo del sujetador, él acarició uno de sus pechos, ella deslizó una mano por su espalda, él arrancó su tanga, ella se agarró a su cuello, él siguió invadiendo su boca, ella mordió sus labios, él la elevó hasta su cintura, ella abrió las piernas y él la penetró con delicadeza, suavemente, consciente de que debía controlar su fuerza, su ira y hacer que ella disfrutara haciendo el amor con su marido y no con el agente de policía frustrado y amargado. Con sus labios Raúl acarició su cuello mientras con sus brazos la oprimía contra su pecho, intentando ahondar en su interior con cada empuje, escarbar en lo más profundo y usurpar una vez más su corazón. Laura apuñaló sus dedos en la cabeza de él, besó su cabello mojado y gimió de placer sintiéndose conquistada con cada invasión, asaltada con cada incursión, vencida, despojada del corazón usurpado pero a la vez victoriosa y triunfante, dominada y a la par dominante. Cuando la batalla llegó a su fin, permanecieron unos segundos abrazados, con sus frentes soldadas y clavando sus miradas. El agua invadiendo sus rostros, los corazones latiendo a mil por hora, la tensión desacelerando. Y entonces sus ojos se hablaron. Los marrones de él explicaron y los azules de ella comprendieron. No necesitaron palabras.

—Te invito a cenar —propuso Raúl mientras, sujetándola aún por la cintura,

la depositaba sobre el suelo de la ducha.

—¿Unas tapas de jamón y chocos en el bar de enfrente?

—Perfecto.

Mientras Raúl se vestía en la habitación, Laura aprovechó el momento para escribir un mensaje a su cuñado.

“Héctor ¿Te ha explicado en qué caso están trabajando ahora? Esta vez parece más afectado”

“No me ha podido contar de qué va, pero sí, debe ser algo fuerte, le está resultando difícil desconectar... ¿Se ha enfadado contigo? ¿Te ha gritado?”

“No, tranquilo, todo lo contrario. Conmigo está bien, siempre está bien. De verdad.”

“Me alegro. Pero, recuerda, si alguna vez lo ves más alterado de lo normal y su comportamiento no es correcto, llámame enseguida”.

“Sí, lo haré. Gracias, cuñado”.

“De nada, cuñada”.

Miércoles por la mañana. Héctor se acercaba a las puertas de los dos ascensores e igual que hizo el día anterior, buscó con disimulo a la misteriosa mujer casada. Parecía que ese día tampoco iban a coincidir. Cuando ya estaba dentro, ojeando los artículos deportivos del periódico, la chica volvió a aparecer en el instante en que las puertas se cerraban. No necesitó alzar la vista para saber que era ella, recordaba su olor. Una mezcla de clavel y jazmín con toques de vainilla e incienso. ¿O tal vez eran rosas y violetas? Debería aplicarse más en los perfumes de las mujeres, adivinar el aroma que las envuelve era una de las estrategias favoritas de Héctor para conquistarlas. De reojo y esta vez sin gafas de sol, intentó analizar su vestimenta y ahondar más en su rostro. Americana de marca no demasiado ceñida, clásica y elegante, vestido de tela delicada y sugerente a la vez, zapatos de aguja, rojos, mujer atrevida a la par que refinada. Pero, aunque su expresión se mostraba más relajada que la del lunes y sus labios dibujaban una tímida sonrisa, sus negros ojos seguían murmurando tristeza, dolor. Esperó a alcanzar la décima planta, aprovechando que el ascensor comenzaba a vaciarse, y se acercó con sigilo, como un lince aproximándose a su presa.



—Buenos días, compañera de ascensor.

—Buenos días, abogado de la decimoctava.

—¿Le entregaste la tarjeta a tu amiga? ¿No he recibido ninguna llamada?

—No... tienes razón. Me olvidé por completo. Hoy sin falta se la doy. No tardará en llamarte, Víctor.

—Héctor, Víctor no, Héctor...

—Ups, perdón.

—Todavía no sé tu nombre... Si tu amiga contacta conmigo no sabré de parte de quién llama.

—Es el nombre de mi amiga el que necesitarás conocer, no el mío... —respondió ella haciéndose la misteriosa.

—Sí, supongo que sí...

“Vale, lo vuelvo a captar...”, pensó él, otra vez resignado.

Volver a la redacción, al día a día, a las prisas, a la emoción, a la aventura, era lo único que podía consolar a Naira. Apenas se había reincorporado dos días atrás y ya se sentía cien por cien integrada, con las baterías recargadas, segura de sí misma y completa en esa parte de su vida, la profesional, donde creía haber triunfado y donde disfrutaba con lo que hacía.

Durante su ausencia intentó no desconectar de ese mundo que tanto le apasionaba, la música, el dibujo, la literatura, el cine, el arte en estado puro.

Mientras colgaba con cuidado su chaqueta en el perchero, recordó lo que le debía decir a Rosa y que el día anterior olvidó por completo.

—Rosa, por fin me acuerdo. Ayer te lo quería haber dicho y se me fue de la cabeza. Ya tengo la tarjeta del abogado de la decimoctava planta. El que te dije que conocí el lunes.

—Sí, sí... ya me acuerdo.

Para localizar la tarjeta, Naira debía adentrarse en aquel misterioso submundo que suponía el interior de su inmenso bolso negro. Recordando a la niña que encuentra Narnia atravesando una cortina de abrigo de piel, se armó de valor

y como solo ella sabía hacer, accionó con decisión su brazo-excavadora. Pisó firme buscando un apoyo que estabilizara el chasis y alzó la cuchara con los cinco dientes. Escarbó, elevó, giró y descargó sobre la mesa, una y otra vez, arrastrando todo a su paso. Perforó, abrió y vació hasta percibir el eco de los motores en lo más profundo del abismo. Llegado el momento de identificar los vestigios extraídos de aquel oscuro yacimiento, Naira, con la precisión de un arqueólogo, limpió, analizó y enumeró cada uno de los objetos: el neceser con las pinturas, el monedero, el móvil, las llaves, una muestra de colonia masculina, el cepillo del pelo, el libro de bolsillo, las gafas de sol, dos paquetes de pañuelos empujados, tres tornillos, la goma del pelo que llevaba días buscando, el cargador del móvil, un clip, una manzana, dos barritas de cereales caducadas, el paraguas, un bolígrafo azul sin tapón, el abanico, otro clip, una pila tipo AAA, el tapón de un bolígrafo rojo, una bolsa de pipas vacía, otro clip, el mando de la tele, un vale de descuento de dos euros para un bote de detergente de cinco litros, la libreta para tomar notas y tres caramelos, uno de fresa y dos de naranja. ¡Ah!... y otro clip. Pero de la tarjeta nada... ni rastro

—Espera... ¿qué hace aquí el mando de la tele? ¡Madre mía... y anoche lo estuvimos buscando por toda la casa! —exclamó en voz baja.

No recordaba que la guardara en el monedero pero, aun y así, removiéndolo entre las tarjetas de crédito, los billetes, las monedas, los documentos identificativos, los tickets de compra... nada. “Se debió caer al suelo cuando la intentaba meter en el bolso” —dedujo.

—Rosa, perdona, no encuentro la tarjeta. Miraré en casa por si la tengo en otra chaqueta.

—Bueno, tranquila, no va a venir de un día...

—De todas formas, si vuelvo a ver al abogado, le pediré otra... Hoy me lo encontré de nuevo en el ascensor. El chico parece que me persiga...

—¿Al menos es guapo?

—Mal no está... Alto, delgado, pelo moreno, ojos castaños, normalito, pero con una sonrisa de esas que te sorprenden ¿sabes? Eso sí, seguro que es un soltero ligón que va de chica en chica... No lo conozco pero pondría la mano en el fuego a que va de ese palo. Tiene toda la pinta.

—Uy... que bien. Pues pídele la tarjeta, por favor, y le llamaré lo antes

posible —Los ojos de Rosa se abrieron como platos—. ¡Quiero dejarme sorprender por esa sonrisa...!

—Sí, sí... no te preocupes, lo haré —rio Naira. Rosa era un encanto de persona pero también una descarada sin remedio, sobre todo con los hombres.

Mientras recogía sus cosas y las volvía a guardar en el bolso, tarea ardua, el móvil sonó.

—Buenos días ¿Naira Gómez?

—Sí, yo misma.

—Naira, le llamamos de la discográfica Amanecer. Recibimos su solicitud para realizar una entrevista en privado con Abril y, de entre un grupo importante de revistas, la suya ha sido una de las seleccionadas.

—¿En serio? —Naira abrió la boca exhalando un chillido silencioso de euforia, moviendo a la vez las manos para llamar la atención de Rosa—. No se puede imaginar la ilusión que me hace, además de ser un verdadero honor para la revista poder tener una exclusiva de este nivel.

—Sabemos que sus artículos están centrados en la música y no buscan noticias morbosas sobre la vida privada de los artistas. Y por esa misma razón, Abril, en persona, insistió en que fuera su revista una de las seleccionadas.

—Muchas gracias, de verdad. ¿Y cuándo podemos hacer la entrevista y dónde?

—Abril estará en la ciudad hasta el martes. La entrevista será el lunes, a las seis de la tarde, en el Hotel Queen. Por favor, sea puntual, tenemos la agenda completa para ese día y es importante que se cumplan los horarios. La entrevista solo podrá durar veinte minutos.

—De acuerdo, serán suficientes.

—Muy bien, pues nos vemos el lunes. No olvide llevar los documentos identificativos. Pregunte en la recepción del hotel y ellos le acompañarán a la sala.

—Perfecto. Muchas gracias de nuevo.

Cuando finalizó la llamada, Naira corrió hacia su amiga dando saltos de alegría, como una niña pequeña la mañana de Reyes.

—¡Rosa, Rosa...! ¡Me han concedido la entrevista a Abril! La tenemos, la tenemos...

—¿De verdad?

—Sí... Será el próximo lunes, a las seis de la tarde.

—Bien, eso es magnífico —Rosa y Naira daban saltos abrazadas.

—¡Qué contento se va a poner Ernesto! Esperaré a la noche para decírselo, hoy tenía reuniones importantes. Compraré algo especial para cenar y una buena botella de vino.

—¿Vas a cocinar algo para esta noche?

—¿Cocinar yo? No... compraré cordero asado con patatas en una tienda de comida preparada, a dos calles del apartamento. Venden unos platos exquisitos y caseros.

—Ya me extrañaba a mí... no te imagino con el delantal delante de los fogones.

—No, ya sabes lo desastrosa y despistada que soy. Ayer, sin ir más lejos, puse pasta en agua hirviendo y fui a quitarme los zapatos. Pero ya en la habitación recordé que no había recogido el correo del buzón y, ni corta ni perezosa, salí del apartamento para bajar al portal. Y mientras subía las escaleras de vuelta, me di cuenta de que me había dejado las llaves dentro. Menos mal que Ernesto, conociéndome bien, le dejó una copia a Sofía, nuestra vecina. Ella había salido a pasear a su perro Bony y tuve que esperar en el rellano unos veinte minutos a que apareciera. Adivinarás qué me encontré en la cocina cuando entré.

—La pasta pegada al fondo de un recipiente casi sin agua.

—Exacto, sin gota de agua. Me costó horrores quitar la capa negra del fondo del cazo. No es lo mío Rosa, la cocina no es lo mío.

—Bueno, chica, nadie es perfecto. Además, has pasado una época difícil y tu cabeza no está aún en su sitio. Tú ahora piensa en la entrevista y disfruta esta noche celebrándolo con Ernesto que los dos lo merecéis.

—Sí, necesitamos buenas noticias como esta.

Con la bandeja aún caliente en las manos, Naira entró en casa llamando a su marido. Al no recibir respuesta, dejó las dos raciones de cordero encima del mármol de la cocina y corrió a darse una ducha, con la intención de prepararse

para una romántica noche de celebración. Una vez se secó el pelo y se vistió con uno de sus conjuntos de noche más sugerentes, preparó la mesa de la cocina con dos juegos de cubiertos, dos platos, dos copas grandes y, después de luchar con el sacacorchos durante largos segundos, consiguió abrir la botella. Esa noche el vino tendría sabor a alcornoque, pero ¿quién no ha disfrutado alguna vez de un buen reserva escupiendo trocitos de corcho? Rebuscando entre los cajones del salón, encontró algunas velas aromáticas y colocó tres de ellas en el centro de la mesa. Ya estaba todo preparado.

Cuando Ernesto llegó, Naira estaba apoyada en una de las columnas de la entrada. Con el dedo índice de la mano izquierda acarició la piel de su escote. Fue dibujando delicadas ondas hasta llegar al ribete de encaje de su camisón y lo abrió con disimulo, dejando entrever uno de sus pezones.

—Cariño, hoy tenemos mucho que celebrar —le dijo utilizando su tono de voz más insinuante.

Ernesto la observó ensimismado. Naira no era una mujer especialmente sensual pero sabía cómo alcanzar el centro neurálgico de su marido. Su cándida sonrisa, la chispa encendida en sus intensos ojos negros, un dedo travieso acariciando su piel, sus pechos agitados... la pérdida de Ernesto.

Y entonces aparecía la escena favorita de Naira, aquella en la que el modelo de los anuncios de colonia va acercándose a la cámara poco a poco, quitándose la americana negra que tan bien le queda, con esa elegancia de la que solo los hombres guapos y sexis pueden presumir, tirando su corbata al aire, haciéndola volar como si fuera un pañuelo de seda y abriendo los botones del cuello de su camisa blanca. Una escena de ensueño, una maravilla de la Naturaleza, una fantasía para cualquier mujer. Pero esa fantasía solo era para ella y el beso del final de esa escena solo Naira lo podía disfrutar. ¡Y vamos si lo disfrutó! Ernesto se abalanzó sobre su mujer con la fuerza de un ciclón, la sujetó por la cintura con las dos manos para elevarla hasta alcanzar sus labios y los engulló con gula, con desesperación.

—Cariño, me encanta este recibimiento —dijo excitado mientras su boca recorría el mismo camino que el dedo de Naira le había mostrado.

—Tengo buenas noticias... —intentó explicar ella con la respiración entrecortada.

—¿Sí? Dímelas... —murmuró él mientras abría el escote con la lengua.

—No voy a poder hablar si sigues así...

—Es que ese dedo me ha dado ideas... —por fin con su manjar entre los dientes, la miró a los ojos para disfrutar de la excitación de su mujer.

—Cariño, por favor, déjalo para luego que tengo que contarte algo y así no me puedo concentrar.

—Vale... —Ernesto se separó de sus pechos y mirándolos les sonrió—. Luego sigo con vosotros.

Naira intentó en vano recuperar el ritmo normal de su respiración mientras observaba la continuación del anuncio de colonia. Ernesto se sacaba la camisa de dentro de los pantalones y desabrochaba el resto de botones. El pecho al descubierto, su tez dorada y la prenda blanca cayendo a su espalda, moviéndose como si fuera una capa. La capa de un superhéroe. Su Superman.

—¿Me dejas que me dé una ducha rápida? Huele bien ¿Qué has comprado?

—Cor... cordero con patatas... —Naira necesitó tragar saliva para continuar hablando—. Lo he comprado en aquella tienda nueva de comida preparada. Tienen cosas muy buenas.

—Dame cinco minutos y vuelvo.

Sentados ya a la mesa, Naira empezó a explicar mientras masticaba una chuleta de cordero.

—¿Recuerdas que te dije que envié la solicitud para una entrevista en exclusiva con Abril, la cantante de moda?

—Abril... me suena... es una cantante española ¿no?

—Sí, ella nació aquí, en esta ciudad.

—¿No será la que ganó el Grammy a la mejor cantante latina?

—La misma...

—¿No me digas que te han concedido la entrevista?

—Sí... —Naira sonrió al ver la cara de asombro de Ernesto

—Pero... ¡eso es magnífico! Cariño, estoy tan orgulloso de ti —dejando a un lado el plato de cordero, se abalanzó sobre su mujer para besarla—. Nadie lo merece más que tú.

—Gracias —sonrojada y feliz respondió a los besos de su marido.

—Y ¿has pensado ya cómo vas a conducir la entrevista?

—Vaya, se marchó mi marido y llegó mi jefe...

—Naira, no exageres, es solo una pregunta...

—Sí, era broma... —sonrió con picardía—. He pensado preguntarle sobre la gala de los Grammy, en qué pensó cuando recibió la noticia del premio, por qué cree que su música está llegando al corazón de tanta gente, por qué dedica su sencillo a las mujeres que se han sentido engañadas alguna vez, qué les diría a esas mujeres ahora que ella ha superado sus problemas y ha alcanzado su sueño, cómo va la preparación de su nuevo disco....

—¿Y no le vas a preguntar sobre ese manager con el que estuvo liada?

—No, no... ya me ha dicho su representante que una de las razones por las que la revista ha sido seleccionada es porque no hablamos de la vida privada de los cantantes y sabes que prefiero seguir con mi principio básico: mi objetivo es el artista y su obra, su vida privada no es asunto mío.

—Sí, tienes razón. Si otros famosos comprueban que con entrevistas de este tipo se les respeta y se les valora, sobre todo como artistas, conseguirás más exclusivas como esta, ya verás.

—Eso espero.

Después de cenar y recoger la mesa, Naira fregaba las copas y los platos, cuando Ernesto se acercó a ella por detrás. Mientras besaba su cuello, depositó con suavidad una de sus manos sobre el vientre de su mujer y fue deslizándolo su dedo meñique por debajo del ombligo hasta levantar con suavidad la cintura elástica de su short de satén.

—Ernesto, ¿te ha llamado ya Emilio?

—No, me dijo que me llamaría hoy o mañana para darnos una cita.

—No me lo puedo quitar de la cabeza.

—Lo sé, pero tranquila, sea lo que sea, lo superaremos. No pienses ahora en eso.

Emocionada y enamorada, se giró para besar a su marido y en unos segundos, que para Naira fueron eternos, su particular modelo de anuncio de colonia volvía a recorrer con besos sus pechos, acariciando con sus labios cada milímetro de piel, haciéndola vibrar como solo él sabía hacer. Y mientras la

llevaba a horcajadas hasta la habitación, Naira se sintió amada, feliz, viviendo como en un sueño un matrimonio perfecto. En el instante en que él se adentraba en su interior, deseó parar todos los relojes, congelar el tiempo y vivir el resto de sus días con su marido dentro, apretando los muslos para no dejarle salir, notando como el latido del corazón de él bombeaba su sangre y recorría las venas de su miembro, haciéndolo palpitar mientras atravesaba su cuerpo. Y con cada acometida de él, ella lo engulló, lo succionó, intentando apoderarse de él, secuestrarlo y mantenerlo prisionero para siempre.

El ruido de la cafetera despertó a Naira de un profundo sueño. Miró el despertador, aún faltaban unos cinco minutos para que comenzara a emitir su odioso sonido y aprovechó para estirarse en la cama y recordar sonriente cómo la noche anterior Ernesto se había quedado dormido rodeándola con sus brazos. Con pereza se levantó y se dirigió a la cocina para despedirse de su marido. Él no pudo evitar reír al verla despeinada, con los ojos aún cerrados, el camión torcido, la nariz arrugada, la marca de las sábanas en su mejilla derecha y una mano rascando su nuca.

—Ya sé, ya.... Que estoy horrorosa por las mañanas.

—No estás horrorosa cariño, estás graciosa...

—Bueno, vete ya, no vayas a llegar tarde —Naira se despidió con un beso—. Y si recibes noticias de Emilio, llámame.

—Sí, tranquila, lo haré.

Aunque parecía algo difícil, rozando lo imposible, Naira consiguió salir de casa como la chica periodista, bien arreglada, peinada y maquillada que debía aparentar ser. Ella hubiese preferido vestirse con unos tejanos, una camiseta sencilla de algodón, la melena recogida con una goma y unos zapatos cómodos, pero era consciente de la importancia de la imagen para el periódico y, todas las mañanas, debía sacrificar una preciosa hora de su sueño para conseguir lo que ella había denominado como “el milagro matutino”.

Ya en la planta baja de la torre acristalada y preparada para afrontar un nuevo día de trabajo, se acercó a la puerta del ascensor donde solía coincidir con el abogado de la decimoctava planta. Recordó que debía pedirle otra tarjeta para



Rosa, pero, sin embargo, aquel chico... (“¿Víctor? Sí, se llamaba Víctor”) no apareció. “Bueno, seguro que no tardaré en volver a encontrarme con él”, pensó.

Aquella mañana debían trabajar en la portada del próximo número y Jaime y Naira se reunieron para decidir la ilustración del motivo principal y diseñar los titulares secundarios. Dos horas más tarde, ella se ofreció para ir a buscar algo de almuerzo al bar de la esquina. Salir unos minutos de ese despacho le iría de maravilla.

El bar se encontraba a apenas una manzana del edificio y era muy frecuentado por los trabajadores de la zona. Las mesas estaban repletas y la fila de gente que esperaba ser atendida llegaba hasta casi la puerta del local. Resignada y armándose de paciencia, Naira empezó a ojear algunos emails con el móvil, mientras la procesión en la que participaba avanzaba lenta y acompasadamente, al ritmo del redoble de tambores. Por un lado vislumbró la cofradía de la Virgen, por otro lado evocó los hermanos nazarenos que acompañaban al Cristo, todos dando pasos al compás impuesto por la banda que los precedía. Y por fin, a escasos metros del encuentro entre las dos imágenes, cuando los portadores las sostenían a pulso y brazo alzado, una voz desgarrada obsequió a los presentes con una saeta.

—Buenos días ¿Qué desea?

—Sí, a ver, si encuentro el papelito... Sí, aquí lo tengo... Para llevar, un sándwich de jamón y queso para Rosa, un bocadillo de salchichón para Jaime y para mí... no sé, no tengo mucha hambre... Sí, ya sé, una hamburguesa con queso, cebolla y bacon, una ración grande de patatas con mayonesa y cuatro mini-croissants de chocolate. Por favor...

Mientras le preparaban el pedido Naira levantó la mirada de su móvil e identificó entre la multitud al abogado engreído de la decimoctava planta. Estaba solo, sentado en una mesa pequeña cerca de la barra. Él no la había visto, estaba cabizbajo y parecía preocupado. A Naira le sobrecogió aquella imagen. Una vez le entregaron la bolsa con los bocadillos y sin pensarlo demasiado, decidió acercarse.

—Buenos días abogado de la decimoctava planta.

—Buenos días compañera de ascensor. Esta vez eres tú la que me ha seguido a mí, que conste en acta... —aunque le dirigió una leve sonrisa, Naira detectó en su rostro los síntomas de una tremenda angustia.

—Tal vez... —le sonrió ella—. Víctor ¿me podrías dar otra tarjeta para mi amiga? Es que no encuentro la que me entregaste ayer.

—Héctor, Víctor no, Héctooooor.... —corrigió él algo molesto.

—Sí, perdona, Héctor. Soy un desastre para recordar los nombres y para guardar las tarjetas. Lo pierdo todo.

—Vale, no hay problema —y sacando otra tarjeta de uno de los bolsillos de la americana que tenía colgada en la silla, se la entregó—. Toma, guárdala en la cartera, será el sitio más seguro para no perderla.

—Sí —reconoció Naira buscando su monedero—, tienes razón.

Con la tarjeta ya a buen recaudo, Naira iba a despedirse cuando sintió la necesidad de dedicar unos minutos de su tiempo a ese hombre tan apesadumbrado. “Pobrecillo, está fatal... Espero que no piense que quiero ligar con él si le pregunto...”.

—Perdona Héctor si me meto donde no me llaman, pero... ¿te pasa algo?

Sin levantar la mirada y mientras intentaba pinchar con el tenedor un grano de maíz de su ensalada, Héctor movió sus hombros con desgana. Naira, compadeciéndose de aquel aparentemente superficial y engreído abogado, se sentó en la silla de enfrente y dejó la bolsa de los bocadillos sobre la mesa.

—Si no quieres hablar lo entiendo, pero podrías intentar explicarle lo que te preocupa a una desconocida. Hay un proverbio que dice: “lo importante es desahogarse, que te entiendan es capricho”

Héctor soltó el tenedor, bebió un sorbo de su vaso de agua, la miró y comprendiendo que necesitaba contarle a alguien lo que lo angustiaba comenzó a hablar.

—A mi padre le diagnosticaron Alzheimer hace un año aproximadamente.

—¡Ostras! Qué pena, lo siento...

—Sí, gracias... Desde entonces, ver como un hombre con su fuerza y su inteligencia se va apagando está siendo muy duro para mí y para mis

hermanos.

—Imagino...

—Está ingresado en una residencia donde le cuidan muy bien. Físicamente está fuerte y la enfermedad parecía controlada. El domingo cumplió años, fuimos a celebrarlo con él y nos reconoció a todos. Pero ayer estuve allí y...

—Héctor bajó la mirada y volvió a remover la ensalada con el tenedor.

—¿Qué pasó?

—No me recordó ¡Joder! No sabe quién soy. Me miró como si fuera un extraño. El pobre estaba asustado porque creía que le iba a hacer daño. ¡Mi padre, es mi padre! ¿Cómo iba yo a hacerle nada malo a mi padre? —Con el puño cerrado y la emoción contenida golpeó la mesa con rabia—. Me temía que tarde o temprano esto iba a pasar, pero no imaginaba que fuera tan doloroso.

—Lo siento... —dijo Naira conmovida.

—Me extrañó mucho ese cambio y fui a hablar con los médicos. Al parecer la enfermedad se está acelerando —volvió a mirar a Naira y continuó—. Es muy triste ver a la persona que ha sido tu referente, tu héroe, tu maestro, cómo olvida su vida, a su mujer, a sus hijos... Es una enfermedad terrible.

—Sí, lo es. ¿Y tu madre?

—Mi madre murió en un accidente de tráfico cuando yo aún tenía nueve años. Fue un palo muy duro para mi padre y los médicos creen que aquel trauma hizo que la enfermedad apareciera antes. Mi padre tan solo tiene 68 años.

—Debió ser duro para él ¿Cuántos hermanos sois?

—Somos tres.

—Ufff... sí que es un hombre fuerte. Ha criado él solo a sus tres hijos. Debes estar orgulloso de él.

—Sí, mucho. Es un gran hombre.

—Mi padre murió cuando yo tenía doce años. Supongo que al igual que tú con tu madre, guardo algunos recuerdos de él pero son confusos, borrosos. Recuerdo su rostro gracias a las fotografías.

—Sí, a mí también me pasa con mi madre.

—Tienes que pensar que has tenido la suerte de vivir con tu padre todos estos años. Te ha visto crecer, hacerte un hombre. Aunque la enfermedad esté

apagando su cerebro, el tuyo debe seguir recordándolo como ese héroe, ese referente del que hablas.

—Sí, es lo que debo hacer... —agradecido, Héctor le dedicó una sonrisa—. Muchas gracias por tu apoyo compañera de ascensor. Y perdona por hacerte perder el tiempo.

—No, tranquilo. No me importa.

Naira apoyó su mano sobre la de Héctor para infundirle ánimos. Y después de apretársela levemente, la apartó, cogió la bolsa con los bocadillos y se levantó de la silla.

—¿Quieres comer algo? Te invito —preguntó Héctor.

—No, no... gracias. Llevo bocadillos para mis compañeros. Deben estar hambrientos esperándome. Además, no me parecería correcto. Estoy casada y, bueno, a mí no me gustaría que mi marido almorzara con una mujer desconocida, ¿entiendes?

—Sí —sonrió—, lo entiendo. Y dime, ¿estás felizmente casada, casada y enamorada o casada a secas?

—Felizmente casada y enamorada.

—¡Enhorabuena! Eso sí es hacer pleno. Disfrútalo que dicen que estas cosas no pasan entre los mortales.

—Sí —afirmó Naira sonrojada—. En ese aspecto de mi vida me siento muy afortunada. Bueno, abogado de la decimoctava planta, te dejo. Nos vemos en el ascensor.

—Nos vemos y gracias de nuevo.

De vuelta a la redacción, Jaime, Rosa y Naira tomaban buena cuenta de sus bocadillos mientras discutían sobre algunos artículos de la revista. Naira aprovechó que Teresa no se había quedado a comer con ellos para preguntar al joven fotógrafo sobre su relación.

—Y dime, Jaime ¿cómo te va con Teresa? ¿Le has dicho ya lo que sientes por ella?

—No, Naira, no he sido capaz... Cada martes voy decidido a declararme pero cuando la tengo delante me pongo tan nervioso que no me salen ni las palabras.

—Jaime, hijo, como mi madre decía: “más vale un rato colorado que mil descoloridos” —le aleccionó Rosa con unas palmaditas en el hombro.

—Ya, pero no sé... Me quedo como un imbécil mirándola y me echo para atrás... Además, creo que ella está con alguien.

—¿Sí...? Rosa ¿no te dijo que no tenía novio? —preguntó Naira intrigada.

—Sí, eso me dijo.

—Ya, pero la semana pasada me contó que había estado en un restaurante del centro —explicó Jaime—. Uno de esos románticos y caros donde van las parejas a pedirse matrimonio. Dudo que fuera con sus padres o con sus amigas.

—Vaya con la mosquita muerta... —Rosa movió la mano sorprendida.

—Bueno Jaime, tú no te rindas. El amor verdadero es como una bonita flor, hay que regarla y mimarla para que florezca —le animó Naira.

—Mira la que habla... Si lo tuyo con Ernesto fue un flechazo.

—Sí, eso es verdad... pero igualmente ese amor también hay que cuidarlo para que no se marchite.

—Uy, qué romántica estás tú hoy...

En ese preciso instante, el timbre del móvil de Naira les interrumpió.

—Hablando del Rey de Roma...

Con la felicidad en forma de sonrisa y el rostro ruborizado, Naira se apartó de sus compañeros para atender la llamada.

—Hola cariño. ¿Va todo bien?

—Hola. Sí todo bien. ¿Y tú? ¿Estás en el periódico?

—Sí, estoy con Jaime y Rosa comiendo unos bocadillos.

—Muy bien. Dales recuerdos a los dos.

—Se los daré...

—Me acaba de llamar Emilio.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Naira nerviosa.

—Quiere vernos el lunes por la tarde.

—Pero, Ernesto, el lunes a las seis tengo la entrevista con Abril.

—Ya, ya se lo dije... al parecer el martes se va de viaje y quiere vernos antes. Pero tú tranquila cariño, ya iré yo solo. No te preocupes.

—No sé... deberíamos ir juntos.

—Sí, pero esa entrevista es muy importante para ti. Naira, tú preocúpate de ese artículo y déjame a mí el resto. Y tranquila, todo irá bien...

—Eso espero cariño.

—Va, sigue comiendo que necesitarás fuerzas para esta noche.

—¿Otra noche de celebración?

—Depende de lo que me insinúe ese dedo travieso que tienes... Hasta luego...

La voz ronca e insinuante de Ernesto se infiltró por su canal auditivo como una gigantesca carga de electrones, circulando por todas las arterias y venas de su cuerpo, generando una corriente eléctrica capaz de iluminar las miles y miles de bombillas que adornan la ciudad en Navidad. Bombillas rojas, amarillas, con forma de estrella, de flores, de corazones, de cupidos... Suspiró profundamente. A pesar de que su marido ya había cortado la comunicación, ella continuaba con el teléfono pegado a la oreja.

—Naira, Naira....

—¿Sí...?

—Hija, vaya expresión de pava tienes. Si tu cara fuera ahora un emoticono, serías ese de los ojos en forma de corazón. ¡Espabila ya, que eres una mujer, no una adolescente enamoradiza!

—Sí... Supongo que sí... ¿Se me nota mucho?

—¿Que estás enamorada de tu marido? Noooo... que va...

—¡Es que es tan maravilloso...!

—Sí, sí... ya me lo has dicho mil veces. Pero chica, ¡es que das tanta envidia...! Yo en las puertas de un divorcio y tú dejando rastro de baba por donde vas...

—Tienes razón Rosa, perdona. ¡Qué falta de consideración por mi parte! ¿Cómo va lo vuestro?

—Pues igual de mal. Pedro ya me ha dicho que va a hablar con un abogado.

—¡Es verdad! El abogado.... Me volví a encontrar con el de la decimoctava planta. Tengo la tarjeta en el monedero —y rebuscando entre los apartados del tarjetero, esta vez sí, dio con la ansiada tarjeta—. Toma. Se llama Víctor. Pobre, cada vez que le veo le llamo Héctor —soltó una carcajada—. Y él

venga a repetirme “Víctor, Héctor no, Víctor...” —volvió a reír—. Pobrecillo...

—Naira... —Rosa movió la cabeza rendida... y es que su amiga no tenía remedio—. Se llama Héctor, no Víctor, lo pone en la tarjeta.

—¡Ah! Bueno, pues eso... —sin darle mayor importancia, Naira continuó devorando sus mini-croissants de chocolate.

Casi las siete de la tarde. Naira, agotada y con ganas de volver a casa para disfrutar de otra velada romántica de celebración, esperaba ansiosa delante de las puertas del ascensor. Esa noche estaba dispuesta a preparar algo para cenar. Recordó que el lunes había comprado unas raciones de arroz hervido para calentar en el microondas. “A ver qué tengo en la nevera para acompañar al arroz...”, pensó mientras se adentraba en el ascensor. Cuando paró en el decimoctavo piso, Héctor la miró elevando la ceja y frunciendo el ceño.

—¿Esto no será acoso? Empiezo a preocuparme... —le dijo mientras se situaba a su lado.

—Hola Vi... —él abrió los ojos con sorpresa y Naira dedujo que volvía a equivocarse con el nombre—. ¿Héc...tor...?

—¡Bingo!

—Ufff... Perdona Víctor, pero es que no tengo remedio... soy un desastre.

—Bueno... déjalo, da igual... —“Madre mía, desastre es poco...”.

—¿Sabes algo de tu padre?

—Sí. Está mi hermano con él ahora y parece que está más tranquilo.

—Bien, me alegro.

—Gracias. Y tú ¿le diste la tarjeta a tu amiga?

—Sí, por fin... No creo que tarde en llamarte.

—Muy bien.

—¿Te puedo pedir ayuda? Es un asunto culinario...

—Sí, como no...

—Verás, no solo soy un desastre para recordar los nombres, también soy una catástrofe en la cocina. Quisiera preparar algo para cenar esta noche, pero debe ser fácil y seguro... en definitiva, algo que no se me queme... —Héctor no pudo evitar reír y Naira se molestó—. No te burles de mí. Nunca he vivido

sola y estoy demasiado acostumbrada a comprar comida preparada o cenar en restaurantes.

—Ya... entiendo.

—Tengo arroz hervido. De ese que se calienta en el microondas. ¿Qué le podría añadir? Seguro que tú también utilizas estos productos precocinados...

—Bueno... la verdad es que no. Prefiero cocer yo mismo el arroz. Aunque tengo que confesarte que a veces lo acompaño con productos enlatados... Por ejemplo, hay unas latitas de calamares en salsa americana que están muy buenas con el arroz. También puedes mezclar atún, piña en almíbar, jamón dulce y unas gambas cocidas peladas, aliñado con una salsa de limón, aceite y sal. Queda buenísimo.

—Mmmmm... Me gusta esa idea... —Naira tomó su libretita de notas y el bolígrafo azul sin tapa para anotar la receta—. Pasaré por el supermercado a comprar lo que me falta.

Las puertas del ascensor se abrieron y Naira salió con prisas.

—Muchas gracias abogado de la decimoctava.

—De nada, compañera de ascensor. Nos vemos por aquí —se despidió Héctor.

—Sí... y gracias por la ayuda.

—Gracias a ti... Adiós.

Héctor sonrió viéndola correr torpemente hacia las puertas giratorias, golpeándose la cara con una de ellas. Y mientras él salía del edificio, también pudo presenciar divertido cómo casi se cae al tropezar cómicamente con el borde de la acera de enfrente.

—¡Qué desastre de chica! —E inmóvil, observando cómo se alejaba calle abajo, sonrió—. Me cae bien...

Desde que se divorció, Héctor solo se había interesado por aquellas mujeres que le pudieran proporcionar una buena sesión de sexo, ni conversaciones, ni cenas íntimas. Siguiendo sus normas más básicas: besos, caricias y palabras, las mínimas. Continuaba desconfiando de ellas y lo mejor era mantenerlas alejadas de sus sentimientos, de sus emociones. Las únicas dos mujeres que



podían pasar la frontera de la intimidad eran su hermana Alicia y su cuñada Laura. Sin embargo, mientras se dirigía a su plaza de parking, pensó en el momento de debilidad que había compartido con su compañera de ascensor esa misma mañana. Cuando quiso darse cuenta, ya le estaba explicando detalles de su familia y de su infancia y eso, lejos de preocuparle, le reconfortó. Aunque la conversación fuera breve, le resultó agradable hablar con ella, se sintió cómodo.

Tal vez el hecho de saber que estaba casada y no verla como una posible compañera de cama le permitió relajarse y dejarse llevar. Tal vez...

O, quizás, había llegado el momento de entablar amistad con alguna descendiente de la diosa Afrodita. Quizás...

O, a lo mejor, todavía queden mujeres, en vías de extinción, en las que se pueda confiar. A lo mejor...

En cualquiera de los casos, esa chica le había dedicado unos minutos de su tiempo, le había ofrecido su apoyo de forma desinteresada y Héctor tomó la determinación, o posiblemente intuyó, que en un futuro, sin saber ni cómo, ni dónde, ni cuándo, él le devolvería ese favor.

## CAPÍTULO 3

Aquella noche Héctor había quedado con su hermano y su cuñada para cenar. Raúl había pasado la tarde en la residencia con su padre y Héctor y él se encontraron en un bar cercano a la escuela de idiomas donde Laura estudiaba. Después de unas palmadas en el hombro, los dos se sentaron en la única mesa libre.

—¿Cómo has dejado a papá? ¿Seguía tranquilo?

—Sí, está mejor... pero cada vez está más ausente. Apenas pude hablar con él media hora durante la cual sí me reconoció y me preguntó por ti y por Alicia. Pero el resto de la tarde estuvo callado.

—¿Y no se asustó de ti?

—No, no... pero porque le están medicando para tranquilizarlo. Me dijo la enfermera que ese tratamiento evitará el comportamiento agresivo que tuvo contigo, pero lo malo es que también lo debilitará y cada vez lo notaremos más perdido. Esta enfermedad es una mierda...

—Sí, lo es... Joder, un hombre tan inteligente, tan sabio como él...

—Le costó superar lo de mamá y ahora eso le está pasando factura.

Cabizbajos, permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que la voz de la camarera les sorprendió.

—Hola ¿qué queréis tomar? —una vez alzaron los dos la vista, la joven le dirigió una tímida sonrisa a Héctor—. ¡Hola Héctor!

—¡Ah! Hola Lucía. No te había visto.

—¿Un whisky con hielo?

—¿Cómo me conoces! Sí, por favor, cargadito.

—Héctor... ¿a estas horas te vas a tomar un whisky?

—Sí, lo necesito. Va, no empieces... ¿Tú que quieres?

—Ponme una cerveza, por favor —pidió Raúl mirando a la camarera.

—¿Una cerveza? Eso y agua es lo mismo... —murmuró Héctor agitando la cabeza.

Una vez la chica los dejó a solas, Raúl miraba a su hermano asombrado.

—Tío... ¿Qué le haces a las mujeres? No te quita ojo esa tal Lucía... creo que ni me escuchó cuando le pedí la cerveza.

—¿Cuántos años crees que debe tener? —Héctor la observaba con descaro mientras ella, sonrojada, hacía lo mismo detrás de la barra.

—Pues, no sé, 24 o 25... ¿Por qué?

—Hace tiempo que la conozco... Es hermana de Óscar. ¿Lo recuerdas? Éramos compañeros del instituto.

—Sí... Óscar, me acuerdo... ¿Esta chica es su hermana? Pero si era un moco...

—Cuando vengo por aquí siempre me saluda. Me dio su número hará ya unos meses...

—¿Y la llamaste?

—No, raro ¿verdad? —sonrió—. Es que ya sabes que no me van las jovencitas.

—Sí, sí... ya me lo has dicho varias veces: “Cuarta norma: solo mayores de 25”.

—Exacto.

—Pues pregúntale la edad y saldrás de dudas...

—Tío, por favor, a una mujer no le puedes preguntar la edad... ¿es que no sabes eso?

—No, yo ya perdí la práctica en eso de ligar... con Laura tengo más que suficiente.

—Aunque... tengo una idea —mirando a Lucía que volvía a acercarse con las bebidas, Héctor continuó en voz baja—. Tú sígueme el rollo...

Cuando la camarera dejó el whisky sobre la mesa Héctor lanzó una carcajada.

—¡Ostras, hasta puede que tengas razón Raúl! Seguro que Lucía se acuerda de él —y dirigiéndose a la joven le preguntó—. Lucía, tú fuiste al mismo instituto que nosotros ¿verdad?

—Sí... ¿por qué?

—Nos estábamos acordando de aquel profesor de Tecnología ¿cómo se llamaba?

—Juan Luis... —respondió un Raúl alucinado por el desparpajo de su hermano.

—Ese mismo, Juan Luis... —y mirando de nuevo a Lucía, continuó—... yo digo que se jubiló cuando yo estudiaba cuarto. Pero dice Raúl que no, que fue un año después. ¿Tú lo llegaste a tener de profesor?

—Pues no, no lo recuerdo...

—¿No? A ver ¿cuántos años tenéis de diferencia tu hermano y tú?

—Seis años...

—Claro, entonces es normal que no lo conocieras. Ya debía estar jubilado. Aunque eso no nos da la razón a ninguno de los dos... Hermano, vamos a tener que dejarlo en tablas —miró a la chica y le guiñó un ojo—. Gracias Lucía por tu ayuda.

—De nada, Héctor... ya sabes, si necesitas algo más...

—Sí, te llamo...

—Tienes mi número, así que no lo dudes...

—Cierto, ¡no sé cómo he podido olvidarlo!... —exclamó repasándola con la mirada de arriba a abajo mientras ella caminaba hacia la barra—. Tiene 26. De esta noche no pasa.

—¡Joder, tío! Eres un fenómeno.

Con su ego complacido, Héctor soltó una risotada. Raúl lo observaba molesto por su arrogancia cuando de pronto su hermano mayor emitió un silbido y dirigió una mirada de admiración hacia la entrada del bar.

—Uauuuu... Para fenómeno, el bombón que acaba de entrar... ¡Menudo pibonazo!

—¡Héctor, por favor, para ya....! —Cuando Raúl se giró discretamente para contemplar a la chica, la expresión de su rostro cambió por completo—. Sin duda, no vas a probar en tu vida bombón más dulce que ese... —Su mujer apareció como siempre, sonriente y preciosa, pero al contemplar cómo el ligón de su hermano la examinaba, frunció el ceño y subió el tono de voz—. ¡Y deja de mirarla así, imbécil!

Las carcajadas de Héctor resonaron en el local. No había nadie que le hiciera reír como su hermano. Estar con él y con su cuñada le hacía sentir bien, cómodo y tranquilo.

—¡Hola chicos! —dijo Laura acercándose a ellos—. ¿Tú de qué te ríes?

—De tu marido.

—Imbécil... —Raúl le seguía mirando amenazante.

—¿Qué pasa cariño? —Dándole un suave beso en los labios, Laura se sentó junto a su ceñudo marido.

—Tu Raulito es un celoso... —se burló Héctor.

—Calla ya, imbécil...

—Venga va, chicos, que parecéis dos niños pequeños ¿Nos vamos ya a cenar? Tengo hambre...

—Sí, vamos, antes de que me cabree más con el imbécil de mi hermano.

—Me encanta que me llames imbécil, solo tú sabes decirlo con ese tono tan sensual —Héctor se levantó de la silla guiñándole un ojo a su cuñada.

—Serás capullo... —le increpó de nuevo Raúl.

—Invito yo. Iré a pagar a la barra y así, de paso, resolveré un asunto que tengo pendiente.

—Te esperamos fuera, “imbécil”... —dijo Laura sonriente mientras tiraba del brazo de Raúl—. Vamos gruñón.

Fuera del local, Laura consiguió calmar a su marido con sus caricias.

—¿Qué te ha hecho el presuntuoso de tu hermano para que te enfadaras así?

—Nada... tranquila. Tonterías de hombres... ¡Qué ganas tengo ya de que siente la cabeza!

—Ya, yo también tengo ganas de tener una nueva cuñada —buscándolo a través del cristal descubrió a Héctor hablando con la camarera—. ¿Quién es esa chica? ¿Está ligando con ella?

—Sí. Seguro que esta noche cae.

—Espero que no sea la única chica que caiga esta noche... —susurró mientras le pasaba las manos por su cuello.

—Tú vas a caer esta noche y todas las noches de tu vida, pero en mis brazos, ¡pibón!

—¿Pibón?

—Sí, mi pibonazo...

Entretanto, en el interior del bar, Héctor registraba con la mirada el cuerpo de Lucía mientras ésta caminaba hacia él para devolverle el cambio. Llamándola

con el dedo, se acercó a su oreja.

—¿A qué hora acabas esta noche? —le susurró.

—¡Por fin! —exclamó la camarera, acariciando con sus labios la mejilla de él —. ¿Has dejado ya de verme como una niña?

—¿Niña? Yo no veo por aquí a ninguna niña... Lo que yo veo es a una mujer muy muy interesante...

—Salgo a las doce. Tendrá que ser en tu casa. Yo vivo con unas amigas.

—Ningún problema. A las doce te espero fuera...

Otra noche perfecta. Una cena divertida y distendida con su hermano y su cuñada, un encuentro sexual con una mujer que demostró haber dejado lejos a la niña que él había conocido y, de nuevo, un desayuno copioso y equilibrado, solo, en su amplia e impoluta cocina. Afortunadamente para él, Lucía debía madrugar al día siguiente y no quiso quedarse a dormir. Ideal. Una noche sublime.

Y una mañana más, Héctor se disponía a arrancar un nuevo día de trabajo. A preparar juicios, resolver litigios, redactar demandas de divorcio y transcribir contratos. Y es que aunque para muchos el mundo de la abogacía podía parecer insípido, un mar de leyes, normas y reglamentos bañado de letras frívolas y vacías, para Héctor su trabajo era apasionante. Siendo apenas un adolescente decidió dedicar sus esfuerzos a defender los derechos de los más débiles, hacer justicia y ayudar a aquellos que no pudieran permitirse pagar los servicios de un prestigioso bufete. Y para cumplir su cometido, se especializó en Derecho Social y de Familia. Sin embargo, con el tiempo, y sobre todo después de su divorcio, Héctor se había convertido precisamente en aquel letrado que una familia humilde no se podía permitir. Asumió el papel del abogado frío y sin escrúpulos y los casos complicados empezaron a llegarle como atraídos por la fuerza del lado oscuro.

De nuevo en el ascensor y como cada día desde el lunes, buscó a la misteriosa mujer casada, esa loca despistada incapaz de memorizar su nombre. Recordó que la tarde anterior le había aconsejado cómo preparar el arroz y sonrió al imaginar la escena: ella emocionada sirviéndole el plato a su

marido y él implorando a todos los dioses egipcios, romanos y griegos que fuera, cuando menos, comestible. Eso sí, quemar no se le habría quemado el arroz... aunque ¡quién sabe!, esa chica parecía capaz de todo. Seguro que entre sus manos, los fogones y el microondas existía un triángulo asesino peor que el de las Bermudas. Un verdadero desastre. Sus labios todavía dibujaban una divertida sonrisa cuando entraba en el bufete.

—Buenos días Héctor ¡Qué sonriente estás!

—Sí, bueno, estaba recordando algo... Buenos días Alberto. Y tú ¿cómo lo llevas? ¿No has cambiado aún de idea?

—No, Héctor no.... Mañana me caso llueva, nieve o caiga granizo. Y tú tienes que estar allí en primera fila, así que esta noche pórtate bien. Te queremos mañana al cien por cien.

—Sí, tranquilo, que no me lo pierdo por nada.

—¿Y tu padre cómo está?

—Ayer estuvo Raúl en la residencia y lo dejó algo más tranquilo. Esta tarde me iré antes y me quedaré un rato con él.

—Pues vamos a empezar ya con el trabajo. Tengo un nuevo caso para ti. El Sr. Castro, un cliente importante del bufete, quiere que seas tú personalmente quién lleve su divorcio. Ha insistido en encontrarse contigo hoy a mediodía.

—Sí, ya sé quién es. Dirige un grupo importante de empresas propiedad de la familia... ¿Y por qué yo?

—Al parecer ha oído hablar de ti... creo que has llevado el divorcio de algún conocido suyo.

—Bueno, ningún problema. ¿Va a venir a las doce?

—Sí, preguntará por ti directamente. Ya me contarás luego.

Y, tal y como Alberto le había explicado, el adinerado empresario llegó a las doce en punto al bufete. La recepcionista le acompañó hasta una de las salas de reuniones y avisó a Héctor. Éste estaba convencido de que el caso sería igual que muchos de los que ya había conocido en ese ámbito más acaudalado. Segundo o tercer matrimonio con mujer diez o quince años más joven. Él ya se habría cansado y encontrado otra más joven que ella y ella ya se habría gastado buena parte de la fortuna de él. Pero, sin embargo, el semblante de él se alejaba del típico ricachón caprichoso y mujeriego. Su expresión era de desesperación y su voz transmitía desencanto.

—Hola, el letrado Héctor Soriano ¿verdad? Me han hablado muy bien de usted. Supongo que ya le habrán explicado que necesito que se tramite mi divorcio lo antes posible. Me gustaría que mi esposa firmara el Convenio Regulador dentro de una semana.

—Me explicaron su caso pero desconocía la urgencia. De todas formas, no tiene por qué preocuparse, podemos tramitarlo como divorcio exprés. Todo será mucho más fácil si ambas partes están de acuerdo con el Convenio. ¿Ha hablado ya con su mujer sobre eso?

—Sí. No espero que ella ponga impedimentos a mis condiciones... después de cómo se ha comportado conmigo, dudo que se crea con derecho a exigirme nada.

—Entiendo... Dígame ¿tienen hijos?

—No, afortunadamente no...

—Bueno, eso simplifica mucho un divorcio. Y, sobre los bienes comunes, ¿tienen claro cómo van a repartirlos?

—Pues, en este aspecto necesito que sea usted muy cuidadoso. Como ya le he dicho, supongo que ella no se negará a nada... Verá, yo me casé muy enamorado de mi mujer. En aquellos entonces ella atravesaba un momento muy difícil. Yo la ayudé incondicionalmente. Se puede decir que no tenía nada, su familia regentaba un negocio que prácticamente los llevaba a la ruina. Le conseguí trabajo en una de las empresas de mi familia y yo me dediqué en cuerpo y alma a levantar el negocio que su padre había llevado a la quiebra antes de morir. Es más, es tal la confianza que su madre depositó en mí y que hacía años había perdido en su propia hija, que decidió dejar en mis manos la firma y las acciones de mi mujer pasaron a mi nombre. Todo parecía ir bien. Hasta que empecé a detectar movimientos extraños en nuestra cuenta bancaria. Los ingresos de ella son escasos y, como podrá imaginar, el pago de nuestra vivienda, los gastos, la ropa, la comida, los caprichos... todo lo pago yo. Pero aun así, enamorado de ella, confié. Confié y consentí. Consentí que tuviera acceso a mi cuenta, consentí que se gastara mi dinero, consentí que se ausentara de su trabajo porque según me decía necesitaba despejarse, desconectar... y con todo ello lo que conseguí fue que me engañara. Cuando me percaté de que estaba sacando grandes cantidades de dinero de la cuenta contraté un detective privado y sé que desde hace meses se ve a escondidas con varios hombres. Hace un tiempo atrás hubiese puesto



la mano en el fuego por ella y ahora, como puede comprobar, estoy calcinado —fue tal la expresión de desaliento del pobre hombre que Héctor empezó a sentir pena por él.

“Como no, otra más engañando a su marido”, pensó irritado.

—Créame cuando le digo que entiendo por lo que está pasando. Y dígame, ¿ella sabe que usted está al corriente de su engaño?

—No, aunque lo sospecha. Ya le he dicho que no aguanto más la situación y que le voy a ofrecer una propuesta de divorcio.

—¿Y aceptará sus condiciones?

—Sí, después de cómo me he comportado con ella y con su familia sabe que no tiene derecho a reclamarme nada.

—Pues bien, dígame cuáles son las cláusulas que desea que redacte en el Convenio Regulador. Yo le preparo la documentación y la revisamos en unos días. Y si usted está de acuerdo, convocamos una cita con su mujer para que lo firme.

—¿Cuánto tiempo cree que necesita para dejar zanjado este tema?

—En una semana podría estar listo.

—Perfecto. Quiero acabar ya con este matrimonio antes de que él acabe conmigo.

—Es lo mejor que puede hacer.

—Intuyo que usted también ha tenido una mala experiencia...

—Sí, hace dos años que me divorcié y fue bastante desagradable. Pero ya está superado.

—¿Y no ha vuelto a casarse?

—No y por ahora no entra en mis planes volver a comprometerme. Prefiero disfrutar de la libertad de estar solo. Sin dar explicaciones, ni recibir recriminaciones.

—¿Y de mujer en mujer?

—Bueno, no me puedo quejar... Pero, eso sí, ninguna casada ni comprometida... es una norma infranqueable para mí.

—Está bien saberlo...

—Pero ahora dejemos de hablar de mí. Necesito conocer sus condiciones

para redactar el Convenio que le dará fin a ese matrimonio que no le hace feliz y cuanto antes acabemos con él mejor.

Durante las dos siguientes horas Héctor anotó las condiciones que el rico empresario le dictó, condiciones bien meditadas y detalladas. Comprobó los documentos de las propiedades que el matrimonio disfrutaba conjuntamente, la titularidad de las acciones de la empresa familiar de la mujer y el certificado de matrimonio. Todo parecía en regla y según su cliente le acababa de explicar, la infiel y desleal esposa no podría negarse a las cláusulas del Convenio. Se le iba a acabar la buena vida, el grifo se le cerraba y Héctor, orgulloso, iba a colaborar en lo que para él era toda una hazaña: liberar a otra víctima más del engaño femenino.

—¿Cree que nos podríamos ver el martes para revisar el borrador? — preguntó el Sr. Castro.

—Sí, sin duda... tengo copia de toda la documentación necesaria y me ha dejado bien claras sus condiciones.

—Entonces, ¿qué le parece si nos vemos el martes a las tres de la tarde?

—Perfecto, hasta el martes entonces.

Y tras un breve almuerzo y dos horas de trabajo más, Héctor se despidió de sus compañeros para dirigirse a la residencia.

Fermín estaba sentado junto a la ventana. Las luces azafranadas del atardecer iluminaban su figura y Héctor permaneció durante unos minutos de pie, observando a su padre. Cerró los ojos. Con nostalgia recordó la fuerza de sus brazos cuando le subía a hombros, la seguridad de sus palabras cuando necesitaba sus consejos y la luz de su sonrisa cuando compartían un rato de charla. Recordó las numerosas tardes que había admirado su silueta, bajo la misma luz de ese atardecer, los dos en silencio, con sus cañas de pescar y los pies bañados por el agua del río, el agua helada y cristalina del riachuelo que bordeaba la casa donde vivían. Unos años antes del trágico accidente de su madre, sus padres habían decidido abandonar la ciudad y vivir en un pueblo rodeado de campo y aire fresco. Había sido el sueño de ambos desde que se conocieron. Compraron una gran casa, la acondicionaron para alquilarla por

partes y vivieron del turismo rural durante años. Una vez acababan sus clases en el pueblo más cercano, los tres hermanos ayudaban a su padre con las tareas propias del cuidado de la casa y de su entorno. Héctor y Raúl aprendieron jardinería, cuidaron con mimo su huerta, restauraron muebles antiguos y repararon averías. Alicia, sin embargo, prefirió colaborar en las tareas de limpieza y se convirtió en una experta cocinera. Pero, a pesar del duro trabajo, los tres hermanos disfrutaron del campo, de la naturaleza, del deporte al aire libre, de la pesca y de la lectura. A Fermín le entusiasmaba leer todo tipo de libros, aunque su pasión era la poesía, y muchas noches leía en voz alta mientras sus tres hijos le escuchaban, absortos y embelesados, sentados junto a la chimenea en invierno o tumbados en el porche en verano. Recordar esos momentos hizo sonreír a Héctor y al escuchar un ruido tras él, Fermín se giró y le regaló esa tierna sonrisa que aún guardaba para sus hijos.

—Héctor... hijo, no te había visto.

—Hola papá...

Héctor corrió a su lado, emocionado. Desde que el miércoles no le reconociera, había deseado volver a abrazarle como padre e hijo y aprovechó ese instante rodeándole con sus brazos con fuerza.

—¡Que me vas a aplastar, hijo!

—¿Cómo estás hoy papá?

—Bien, bien. ¿Has visto que colores tan bonitos? —preguntó mirando de nuevo a través de la ventana.

—Sí, papá. Me recuerda a los atardeceres que veíamos mientras pescábamos en el riachuelo ¿Lo recuerdas?

—Sí, a ti siempre te gustó la pesca. Decías que te relajaba, sin embargo para tu hermano era aburrido y no aguantaba más de quince minutos con nosotros.

—A Raúl le ha gustado siempre más la acción... —se rio Héctor.

—Por cierto ¿has visto a tu hermana? Dile que le prepare cena a tu hermano, ya es tarde.

—Sí, papá... no te preocupes, ahora se lo diré... —por desgracia, para Héctor empezaba a ser normal mantener este tipo de conversaciones con su padre, viajando en el tiempo y en el espacio con facilidad.

—¿Y tu mujer? ¿No ha venido contigo?

—No, papá, ya no tengo mujer... Nos divorciamos hace dos años.

—Seguro que no te hablaba de amor con la mirada.  
—No... Pero, tranquilo, papá, aquello ya pasó y está olvidado.  
—Tu madre sabía mucho del lenguaje de la mirada. Era una experta.  
—Sí, lo era... —Héctor, conmovido al escuchar en sus palabras el recuerdo de su madre, apenas pudo hablar de la emoción.  
—Ella supo mirándome a las pupilas que me había enamorado de ella. Llegará el día, Héctor, que tú sabrás cuándo una mujer te ama de verdad, se lo leerás en los ojos, como hacía tu madre y como vosotros también sabéis hacer.  
—Eso espero...  
—Y cuando la encuentres, hijo, no la dejes escapar. Debes tener a alguien a tu lado y formar una familia. La familia es muy importante. No lo olvides.  
—Sí, papá.... No lo olvidaré.  
—Por cierto, ¿dónde está tu madre?  
—No está aquí, papá. Mamá ya no está con nosotros.  
—Ya... —y girándose hacia la ventana, los ojos de Fermín volvieron a perderse en aquel hermoso cielo tintado de rojo.

Héctor continuó contemplando el rostro de su padre mientras éste seguía ausente, errante en aquel atardecer, o tal vez en uno de los atardeceres que los dos habían compartido mientras pescaban, o tal vez en algún atardecer que contempló acompañado de su amada esposa, la mujer que leyó en sus ojos lo que el corazón le decía a gritos. Y así permanecieron los dos, inmóviles, en silencio, hasta que llegó la hora de cenar para Fermín y Héctor tuvo que salir de la residencia. Se despidió de él sin recibir apenas un gesto de cariño, como si fueran dos desconocidos saludándose educadamente en un ascensor.

A pesar de haber tenido la oportunidad de disfrutar de la compañía de su padre durante algunos minutos, Héctor salió de la residencia abatido. Informó a sus hermanos de cómo había transcurrido la tarde, se duchó, se comió un bocadillo, se preparó el traje que debía lucir en la boda de Alberto al día siguiente y, después de unos minutos contemplando la pantalla del televisor, se acostó, cerró los ojos y se durmió, recordando los atardeceres de su juventud.

Aunque Héctor no era amante de las celebraciones multitudinarias, tuvo que reconocer que la boda de Alberto fue todo lo emotiva y agradable que su amigo y su mujer merecían. Apenas asistieron una treintena de personas y el entorno, el tiempo, la comida, la música y la compañía hicieron que el día fuera perfecto. Al final de la tarde, una vez se despidió de los recién casados, habló con Alicia para informarse sobre el estado de su padre y después de saber que todo seguía igual, decidió pasar por casa, ducharse, cenar cualquier cosa rápida y salir de copas a un bar cercano. Allí pudo ver a Inés y Mónica, dos amigas con las que había compartido alguna que otra noche de alcohol y demás efectos secundarios...

Estaban sentadas junto a la barra y Héctor las sorprendió por detrás.

—Chicas, os invito a un gin-tonic.

—¡Héctor! Nos has asustado... —dijo Inés sobresaltada.

—Tres gin-tonic, Carlos —pidió Mónica al camarero.

—Que sean dos, Carlos —corrigió Héctor saludando a su amigo—. A mí me pones un whisky doble con hielo. Después de un día de boda, necesito algo fuerte que me devuelva a la vida real, a esa en la que los hombres y las mujeres no se casan para toda la vida...

—Un brindis porque salga una ley que prohíba el matrimonio... —sugirió Mónica levantando su bebida.

—Una ley que yo acataría al cien por cien... —bromeó Inés.

—Una ley que yo, como abogado, defendería al cien por cien... —rio Héctor.

—Chicos, estáis como cabras... —intervino Carlos mientras les servía las bebidas—. Pero siento advertiros que más de la mitad de la población adulta se casa, por tanto, de nosotros cuatro, dos pasaremos por el altar.

—Y, según las estadísticas, de esos dos uno se divorciará —aclaró Héctor—. Y como yo ya me casé y ya me divorcié, solo falta saber ahora quién de vosotros tres va a caer en la trampa.

—A mí no me mires... —dijo Mónica.

—A mí menos... —puntualizó Inés.

—Carlos, parece que te va a tocar a ti...

—Bueno, chicos, yo al contrario que vosotros aún creo que el amor existe... No sé dónde está la mujer de mi vida, pero supongo que algún día la encontraré o ella me encontrará a mí...

—Brindemos porque eso ocurra antes de que se prohíban los matrimonios...  
—Héctor alzó su copa.  
—Brindemos por ello... —las chicas rieron divertidas.

Las copas se fueron llenando y vaciando entre brindis, risas, bromas y más brindis. Whisky, vodka, gin-tonics, chupitos... Todo era permitido en una noche donde la compañía y las expectativas eran las idóneas. Ya se habían puesto de acuerdo los tres en acabar la fiesta en el apartamento de Héctor cuando éste se percató de una rubia que llevaba rato observándolo descaradamente. Estaba sentada en una mesa junto con un grupo de parejas que parloteaban animadamente, pero ella, sin embargo, parecía estar mucho más interesada en el acompañante de las dos chicas que reían y bebían en la barra. Su vestido corto dejaba ver unas piernas interminables, delgadas y bien tonificadas. En un gesto claramente provocador, la joven apartó su melena larga y rubia para mostrar su cuello, sugerente y delicado. Un exquisito manjar que Héctor no podía rechazar. Y cuando ella se levantó y se dirigió a los lavabos, él aceptó gustoso la invitación. La siguió a una distancia prudencial. Ella esperó a que el baño de mujeres se vaciara y, llegado el momento, tiró del cuello de la camisa de él, lo arrastró hasta el interior y cerró el pestillo. Lo que sucedió en los siguientes quince minutos fue una frenética sucesión de movimientos que Héctor, gracias a su alto nivel de excitación y de alcohol, dominaba a la perfección. Como buen comensal, aceptó los entrantes y degustó aquel cuello tan apetitoso. No satisfecho con aquella delicia, decidió saborear el primer plato que se ocultaba bajo su sugerente escote. Los gemidos femeninos le animaron a continuar lamiendo aquellos pechos con voracidad, como si estuvieran bañados en almíbar, hasta que ella le abrió el botón del pantalón e introdujo su mano buscando impaciente el tercer plato del menú. Y si ella estaba hambrienta ¿para qué hacerla esperar? Héctor sacó un preservativo de su bolsillo, se lo colocó con destreza y la elevó sujetándola por las nalgas. Levantando la falda del vestido, abrió sus piernas y apartó el tanga. Durante los diez minutos restantes, los alaridos de ella, los jadeos de él y los golpes contra la pared llamaron la atención de las mujeres que esperaban detrás de la puerta. Éstas no tardaron en correr la voz por el local y Mónica, que había visto a Héctor acercarse a los lavabos, adivinó lo que estaba sucediendo.

—Joder con Héctor, no se podía conformar con nosotras que ha tenido que empezar con un aperitivo.

—¿Crees que es Héctor el que está liando este alboroto?

—Sí, ¿quién si no...? Y me temo que se va a meter en un buen lío... — exclamó Mónica viendo un grupo de parejas que discutían mirando hacia los lavabos—. Me parece que la chica no está sola...

Y, efectivamente, el musculoso acompañante de la rubia se levantó agitado y visiblemente furioso. Se dirigió a los lavabos entrando en cólera y justo cuando iba a forzar la puerta, ésta se abrió. El puñetazo en el abdomen hizo que Héctor volara casi dos metros hasta aterrizar en el suelo. Cayó sobre su propio pecho y sintió un terrible dolor en el hombro derecho. Notó como el móvil se rompía en pedazos dentro del bolsillo interior de la camisa. Pero él, lejos de aceptar aquella merecida agresión y embriagado por el alcohol, se levantó y se enzarzó en una pelea que ya tenía perdida desde el inicio. Cuatro de los acompañantes del novio ofendido consiguieron separarlos cuando Héctor a duras penas se mantenía en pie. Carlos acudió en su ayuda. Había recibido varios golpes en el vientre y apoyándose en su amigo, se retorció de dolor.

—Héctor, joder ¿cómo te metes en estos líos?

—Yo no he empezado... —susurró casi sin poder hablar.

—¿Qué no...? Va tío, que te conozco... Aunque seas un amigo, no puedo permitir que estas cosas pasen en mi bar... Héctor ¡por Dios! que no eres un adolescente con las hormonas alteradas.

Pero justo en el instante en que Carlos le levantaba sujetándolo por los hombros, dos agentes de policía aparecían en el local. Habían sido avisados por alguna de las chicas que esperaba en la puerta de los lavabos y no tardaron en presentarse. Una vez fueron informados de lo que había sucedido y se percataron de la borrachera de Héctor, no dudaron en llevárselo a comisaría. Y una vez más, cansado y molesto, Carlos tuvo que avisar a Raúl.

Y una vez más, Raúl, hartó y enojado, tuvo que acudir a comisaría para librar a su hermano de una sanción, una noche en el cuartelillo o un expediente que, sin duda, ensuciaría un impecable currículum profesional.

El ambiente entre los dos hermanos, tenso e irrespirable, hizo que el vehículo

de Raúl se convirtiera en una olla a presión. Llegado al punto de ebullición máximo y como si el vapor se liberara por fin por la válvula de seguridad, Héctor comenzó a hablar.

—Raúl, yo no sabía que ella estaba acompañada. No he hecho nada malo.

—Héctor, no me hagas decir tonterías que estoy muy cabreado.

—Vamos, no te enfades, no es para tanto...

Al comprobar que no había ningún coche circulando por la carretera, Raúl se acercó al andén, frenó en seco y le lanzó una fría y ruda mirada a su hermano.

—Joder Héctor...en este último mes he tenido que ir a salvarte el culo tres veces ya, ¡tres!... ¿Dices que no es para tanto? ¿Cómo te sentirías tú si vieras a tu hermano, cuatro años mayor, sentado en el suelo de una celda, borracho y retorciéndose de dolor después de ser golpeado a puñetazos por un tío porque tu hermanito se ha tirado a su novia en el lavabo de un bar? Dime ¿Cómo estarías tú? ¿Cómo?...

—Yo...

—Se me ha caído el alma al verte allí tirado, ¿sabes? Sí, me ha dolido y he sentido una terrible decepción. Desde bien pequeñito he querido ser como tú, eras mi héroe, eras un referente para mí... pero ahora, joder, ahora siento que soy yo quién te debe aconsejar, quién te tiene que dar ejemplo.

—Lo siento... —la expresión herida de Raúl y sus palabras conmovieron a Héctor.

—Estás perdiéndote, estás dejando escapar a la maravillosa persona que eras, estás olvidándola y es una verdadera pena. Y no quiero ni pensar cómo se va a poner Alicia cuando se entere. Nos va a matar a los dos...

—No, por favor, no se lo digas... No le digas nada a Alicia. No quiero que sufra más por mí, Raúl, por favor.

—No se lo diré. Pero sabes que no lo hago por ti, me callaré por ella.

—Gracias. Gracias por todo Raúl.

—Llegará el día, Héctor, en que no me permitirán que te ayude. Si sigues así ya no podré evitar que tengas serios problemas con la justicia. Y lo que más me jode es que eso lo sabes mejor que yo... ¿Es que es eso lo que quieres? ¿Quieres echar por tierra tu carrera profesional? Siempre quisiste ser abogado, ahora lo eres, uno de los mejores y lo vas a estropear todo. Si levantan todas las acusaciones por tenencia de drogas, alboroto público, peleas, conducir borracho... no solo te despedirán de este bufete, sino que no



podrás trabajar más como abogado. Eso sin contar que como reincidente podrías pasar unos meses en la cárcel y un expediente delictivo te perseguirá para siempre. ¿Quieres estropear tu futuro? ¿Eso es lo que quieres?

—Vale, vale... ya ha quedado claro...

—No, Héctor, no... creo que aún no has aprendido la lección y eso es lo que más miedo me da. Pero, tú mismo... ya eres mayorcito para saber lo que haces. Si de algo me alegro de que papá no tenga la cabeza en su sitio es porque así no se da cuenta de cómo te estás perdiendo...

El dolor en la mirada de Raúl hizo que Héctor no le respondiera a ese último comentario. Le hizo daño oír esas palabras pero pensó que en ese momento su hermano no merecía un reproche por su parte.

—Lo siento, de verdad, lo siento... Va, vamos para casa.

Y sin mediar palabra, Raúl puso primera y volvió a circular por la carretera vacía hasta llegar frente al portal de Héctor. Éste bajó del vehículo dándole de nuevo las gracias a su hermano, sin recibir respuesta, ni tan siquiera una mirada, ni un gesto, ni un adiós.

Una vez pasado el efecto del analgésico que le había administrado el médico que le atendió en comisaría, el dolor en el hombro y el abdomen despertó a Héctor. La cabeza tampoco se libraba de las consecuencias de la noche anterior. Estaba espeso por culpa del alcohol y dolorido por los golpes, pero lo que más sufrimiento le provocaba era recordar las palabras de su hermano, su mirada de decepción. Sabía que debía mejorar su comportamiento, aprender a controlar su rabia, sus ganas de resarcirse, ignorar esas voces endemoniadas que le incitaban a buscar en el sexo, el alcohol o las drogas una forma de descargar su ira. Pero, ¿cómo?, ¿cómo hacer algo así?, ¿cómo alcanzar el equilibrio?, ¿cómo olvidar el dolor? y, sobre todo, ¿cuándo conseguir esa paz interna que tanto necesitaba? Pero las respuestas continuaban escondidas en el cajón del destino. Un cruel destino que no le daba tregua. Ese mismo destino que cruzó su camino con el de su mujer y que durante unos años permitió que fuera dichoso con su vida. Ese mismo destino que le arrebató de un plumazo ese amor y esa felicidad. Ese mismo destino que ahora se había olvidado de él, dejándole tirado en la cuneta, solo,

desorientado y herido.

Después de tomarse otro analgésico, darse una ducha fría para aliviar el dolor y desayunar lo poco que su estómago le aceptó, fue a revisar sus mensajes. La pantalla del móvil estaba destrozada por culpa del golpe de la caída y el aparato no funcionaba. Pensó en qué excusa dar en el bufete para que le proporcionaran otro nuevo y decidió explicar que se había caído accidentalmente bajando por unas escaleras y aterrizando sobre su propio pecho, destrozando el móvil y dislocado el hombro. Así quedaría justificado cualquier gesto de dolor o malestar. Sí, sería una coartada convincente.

Durante la mañana permaneció estirado en el sofá, aplicándose bolsas de hielo sobre el hombro y el abdomen alternativamente. Cerca de la una del mediodía, la puerta de su casa se abrió. Solo sus hermanos tenían copia de la llave de su apartamento.

—Héctor ¿estás ahí? —la voz de Laura.

—Sí, entra, tranquila, estoy en el comedor, solo y visible.

—¡Por Dios, vaya pinta tienes...! Se te está poniendo morado el hombro ¿te duele? —le preguntó acercándose y rozándole con miedo.

—Aiii... no me toques.

—Perdón... ¡Madre mía! Estás que das pena.

—Ya... ya lo sé.

—Bueno, no te voy a decir nada, ya tuviste bastante con la bronca de tu hermano.

—Sí, ya... Supongo que no ha querido venir él mismo.

—No, está muy dolido y no es para menos... Te hemos llamado al móvil pero lo tienes parado.

—Está roto. Cuando me pegaron caí al suelo sobre él.

—¡Ah! Bueno, no digo nada...—resopló ella poniendo los ojos en blanco—. Toma, te traigo algo de comida. Hemos pensado que no estarías con ganas de cocinar.

—Muchas gracias.

—Esta tarde iremos a ver a tu padre y Raúl quería preguntarte si nos acompañas.

—Sí, por favor... Mejor que no conduzca en unos días.

—Mejor... ¿Irás mañana a trabajar?

—Sí, claro... Diré que me caí de unas escaleras.

—Ya...

—Laura... por favor, más sermones no.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

—Bueno... ¡a ver si no puedo pensar lo que yo quiera!

—¿Tú también crees que estoy perdido, que no tengo remedio?

—No, yo no lo creo y Raúl tampoco... Tu hermano ha tenido mucha paciencia y te ha ayudado porque sabe que necesitas tiempo, pero es que ya han pasado dos años desde tu divorcio y sigues igual. Parece que estás bien con el trabajo, cuando vamos a cenar, cuando estamos con tu padre o con Alicia... pero luego, sales por ahí y te desquitas de una manera que no es muy normal a tu edad. Sabemos que tarde o temprano levantarás cabeza pero es que va pasando el tiempo y nada...

—Y lo que más me duele es que Raúl está pagando el pato.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo tienes remedio?

—No entiendo...

—Te preocupas mucho por tu hermano, por Alicia, por tu padre...

—Y por ti...

—Y por mí... —le sonrió—. Si no fuera así entonces te diría que eres un caso perdido. Pero no es así. Tienes buen corazón, solo falta que consigas encontrar tu camino. Y no me refiero a encontrar una mujer que te quiera. No es eso, o no solo eso... Tienes que encontrar la forma de estar tranquilo, bien contigo mismo, perdonar, olvidar y vivir en paz.

—Ya, Laura, pero eso es difícil.

—Pero no imposible. Lo conseguirás, ya lo verás. Bueno, me voy. A ver si el gruñón de tu hermano está de mejor humor. A las cinco en la puerta ¿vale?

—Vale —sujetándola de la muñeca la miró a los ojos—, Laura, muchas gracias, de verdad. Me alegro de corazón que Raúl te encontrara y se casara contigo. Qué pena que no tengas una hermana mayor para mí.

—Tonto —se rio ella—. Si yo tuviera una hermana no te la presentaba... ¡menudo ligón estás tú hecho!

- Si tuvieras una hermana como tú para mí, no iría ligando por ahí.  
—Pues hablaré con mis padres, a ver qué pueden hacer al respecto.  
—Graciosa. Hasta luego, cuñada.

La tarde en la residencia transcurrió tranquila. Héctor se limitó a hablar lo menos posible para no alterar a Raúl que continuaba visiblemente molesto. Laura y Alicia intentaron entablar conversación con Fermín durante los escasos minutos que él consiguió reconocerlos. E Iván, que había percibido cierta incomodidad entre los dos hermanos, se centró en los cuidados de su hijo, que no paró de sonreír y hacer ruiditos para llamar la atención de sus dos tíos, ajeno al ambiente tenso que se respiraba alrededor de ellos. El camino de vuelta a casa también fue silencioso. A la irritación de Raúl y el sentimiento de culpabilidad de Héctor se añadieron la tristeza y el dolor que implicaba ver cómo la enfermedad de su padre estaba acabando con él.

Al llegar a su apartamento, Héctor recordó que ese domingo una de las dos azafatas no tardaría en aparecer. Su cuerpo no estaba preparado para jueguecitos sexuales, pero al tener el móvil roto no pudo avisarlas. Así que, cerca de las diez de la noche, Silvia llamó a la puerta. Ella se sorprendió al verle vestido con unos cómodos pantalones y una camiseta de algodón. Héctor solía recibir a sus amantes perfectamente trajeado, sabía que eso las excitaba y de esa forma mantenía la imagen fría e impersonal que tanto deseaba salvaguardar con ellas.

—Hola Silvia. Te querría haber avisado, pero tengo el móvil roto. Hoy no es un buen día...

—¿Estás enfermo? Pareces un frikie con ese chándal... —ella le miró de arriba abajo con una expresión de asco que no se molestó en fingir.

—No, no estoy enfermo... —respondió molesto por el comentario—. Pero no estoy físicamente, lo que se puede decir, al cien por cien...

—Uhhmm... —ella ojeó su reloj sin prestarle demasiada atención—. Todavía no son las diez, si me doy prisa puedo llegar a la fiesta... Bueno, Héctor, pues si no te apetece, yo me voy... Ya nos llamarás cuando vuelvas a estar... al cien por cien —Y casi sin mirarle a la cara, Silvia le dio la espalda, mientras Héctor cerraba bruscamente la puerta.

—Será estúpida.... Anda que se ha preocupado por mí...

Caminó enfurruñado hacia el salón, escupiendo entre susurros una lista interminable de blasfemias, hasta que paró frente a un espejo enmarcado situado sobre una consola de color nogal oscuro. Unos muebles tan fríos y vacíos como la imagen que aquel espejo le mostraba. Y entonces su enfado cambió de dirección, comprendiendo lo que acababa de ocurrir. Despreció aquella imagen, detestó su propio reflejo y comenzó a vociferar enojado.

—Sí, sí... cabrón insensible, eso es lo que tú te has buscado. Tú nunca te preocupaste por ellas y ellas no se preocupan por ti... ¿Qué esperabas, imbécil de mierda? ¿Que se iba a quedar contigo y cubrirte de mimitos sin esperar sexo a cambio? ¿Acaso harías tú eso? ¿Te hubieses quedado tú con ella para cuidarla?... Noooo... Pues ahora ¡te jodes!

## CAPÍTULO 4

A pesar de los analgésicos y las pomadas, Héctor no descansó demasiado aquella noche. Y no era precisamente su malestar físico lo que le quitaba el sueño. Psicológicamente estaba más amoratado y golpeado que todo su cuerpo. Pero, afortunadamente, el lunes amaneció y después de un buen desayuno, se sintió con fuerzas suficientes para afrontar un nuevo día de trabajo. Al menos, la rutina en el bufete le ayudaría a evadir los malos pensamientos. Trajeado de nuevo, impecablemente vestido, bien afeitado y peinado, se fundó sus gafas “oculta ojeras” y se dirigió a la parada de autobús.

Una vez frente a las puertas del ascensor, miró de lado a lado buscando a su nueva amiga, pero no la vio. Una vez dentro, se situó en primera fila mirando hacia las puertas, cuando éstas, a punto de cerrarse, se volvieron a abrir. Y, cómo no, apareció ella. Estaba leyendo un periódico y no se percató de que las puertas casi la aplastan y ya en el interior, cuando se giró hacia ellas, éstas no se cerraban por culpa del periódico que las bloqueaba.

—Señorita, por favor, apártese que si no las puertas no se cierran —le dijo un señor que se encontraba a su lado.

—Ups... perdón.

Héctor sintió un dolor en el abdomen al reírse. Desde luego esa chica era terriblemente despistada. Sonrió al pensar que su marido no podría aburrirse con semejante mujer a su lado. Iba a decirle algo, pero esperó a disfrutar un rato más de su fragancia y de poder examinarla sin ser visto. Ese día iba más elegante de lo normal. Parecía que había cuidado más su imagen. Vestía un traje de chaqueta caro, de falda no demasiado corta y los zapatos de tacón no eran atrevidos. Pensó que debía tener una reunión especial, la visita de un cliente importante o una entrevista en exclusiva. Estaba absorto, observándola e intentando adivinar su profesión, cuando ella cerró su periódico, lo dobló y se lo fue a colocar bajo el brazo, de tal forma y con tal ahínco que golpeó a Héctor en el abdomen.

—Coño... —el grito de desesperación asustó a todos los que le rodeaban,

incluida a ella.

—Ostras, perdona... Pero... ¡Víctor! si eres tú....

—Ho...hola... —Héctor continuaba doblado, aguantando el dolor.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —y con la intención de ayudarlo a incorporarse, le sujetó por el hombro.

—Jodeeerrr...

—Pero bueno... ¿también te duele ahí?

—Sí... por favor, mejor que no te acerques a mí... tú eres altamente peligrosa.

—Perdón... —Naira puso las manos en la boca para sujetar la risa, pero sus transparentes ojos negros la traicionaron. Aunque veía el sufrimiento en el rostro de él, la situación era tan cómica que tanto Héctor como ella, arrancaron a reír.

—No me hagas reír, por favor... —pero la risa espontánea y natural de Naira le contagió y, a pesar de la molestia, Héctor disfrutó del momento. No entendía muy bien porque pero esa chica le transmitía paz... Extraño, pero cierto.

—Perdona Víctor... pensarás que soy un desastre...

—Bueno, ahora mismo no tengo derecho alguno a criticarte por ello, teniendo en cuenta que yo estoy aquí hecho un trapo.

—Desde luego... estás que das pena ¿qué te ha pasado?

—Me caí el sábado por las escaleras y aterricé con el hombro —le susurró al oído, intentando evitar a los curiosos que aún quedaban en el ascensor.

—¿Y el abdomen?

—Sí... supongo que debí golpearme con algún escalón... no lo recuerdo muy bien.

—Ya...

—¡Ah, por cierto! Rompí el móvil con la caída. Te lo digo porque si me llama tu amiga no le podré atender. Espero que me den otro lo antes posible. Si no, que vaya directamente al bufete y pregunte por mí.

—Vale, se lo diré. No te preocupes y gracias por avisar.

El ascensor se había ido vaciando y ya solo quedaban ellos dos.

—Y tu padre ¿Cómo está? —preguntó Naira.

—Más o menos... cada vez está más ausente... El viernes hablamos una media hora. Fue increíble volver a mantener una conversación con él... pero duró poco.

—Ya... lo siento de verdad.

—Gracias. Hoy estás distinta, vas muy elegante.

—Sí... hoy es un día muy especial para mí.

—Bien, me alegro. Al menos a uno de los dos le van bien las cosas.

—Va... no seas pesimista.

—La realidad es como estas gafas de sol, no te permiten ver la luz y te acabas escondiendo detrás de ellas para que nadie sospeche de la oscuridad en la que estás atrapado.

—Pues tirarse por las escaleras y no recordar bien cómo fue no es la solución a tus problemas...

Héctor sonrió ante la suspicacia de su amiga. Sus ojos ya le habían advertido que no se había creído una palabra de la absurda caída.

—Bueno, mejor no hablemos más de mí... Entonces ¿es un día muy especial para ti?

—Pues sí... hoy voy a cumplir uno de mis sueños profesionales.

—¿Y por eso te has puesto tan guapa?

—¿Estoy guapa? —preguntó Naira poniendo morritos y colocando sus manos en las caderas, intentando simular la pose de las modelos.

—Guapísima... —Héctor arrancó de nuevo a reír—. Nooo, no me vuelvas a hacer reír que me duele todo.

—Ahhh... te aguantas... haber tenido más cuidado con los “escalones” —se burló ella levantando las manos y moviendo los dedos para puntualizar las comillas.

—Valeee... Captado.

El ascensor paró en la decimoctava planta.

—Bueno, amiga, nos vemos por aquí.

—Cuídate Víctor.

—Héctor, Víctor no, Héctoor... —le corrigió él con una expresión en los labios de camino entre el enfado, la resignación y la diversión, mientras se afirmaba a sí mismo “Esta chica está como una cabra”.



—Ups... perdón.

Aunque la primera impresión de Naira sobre aquel arrogante abogado no fuera demasiado buena, las pocas conversaciones que habían mantenido desde entonces le habían hecho cambiar de idea. Un hombre que reconoce admirar a su padre, que añora conversar con él, que sufre al verle enfermo y que además admite estar pasando un mal momento no puede ser todo lo presuntuoso o engreído que pudiera parecer, aunque él se empeñaba en aparentarlo. Muy posiblemente una mala experiencia hizo que empezara a ocultarse tras esa imagen de abogado frío y soberbio. Pero él no debía ser así, no. O, sí... Bueno, no era más que un vecino, compañero de ascensor y posible abogado de Rosa. ¿Para qué pensar cómo podía o no ser en la intimidad? Eso sí, si se volvían a encontrar, ella iba a ser agradable con él, porque seguro que estaba necesitado de buenos amigos. “Sí, una sonrisa no hay que negársela a nadie”. Y sumida en esos pensamientos, Naira llegó a la redacción.

—Buenos días Rosa. Buenos días Jaime. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien... —respondió Jaime, algo triste.

—Uhhhh... Pues no parece que fuera muy bien.

—Ya sabes, Naira, está enamorado y ella no le corresponde —añadió Rosa.

—Pero ya lo he decidido chicas... La tengo que olvidar. Voy a pasar de ella. Hay más peces en el mar.

—Bien, Jaime... así se habla. No hay que centrarse en una única persona... hay que ir probando antes de decidirse, no hagas como yo, que elegí mal y ahora estoy sufriendo las consecuencias.

—¿Cómo va lo tuyo Rosa?

—Mal, bueno, ya no sé si es tan malo... yo creo que lo mejor es acabar lo antes posible con este matrimonio. Pedro ya ha hablado con su abogado y están preparando el Convenio Regulador. Solo espero que no sea un cabrón y me deje sin nada...

—Por cierto, acabo de ver al abogado de la decimoctava planta y al parecer tiene el móvil roto.

—Ahh... con razón que no me lo está cogiendo. Le he llamado ya esta mañana un par de veces.

—Me ha dicho que le darán otro nuevo en breve pero que si no, que vayas a verle al bufete.

—Pues iré esta tarde. Mejor que me asesore ya, antes de que me pille el toro. No voy a poder reclamarle mucho a Pedro, pero mejor que esté preparada. ¿Y tú? ¿Estás nerviosa? Hoy es el gran día...

—Sí... estoy de los nervios pero también muy ilusionada.

—Y muy guapa... te has preparado para la ocasión.

—Ya te digo, hasta el abogado me ha dicho que estoy muy elegante.

—Oye Naira, ¿ese chico no querrá algo contigo...?

—¡Nooo, que va...! Ya le he dicho que estoy casadísima y desde entonces creo que hasta se muestra más natural, parece buen chico, aunque quiera aparentar un arrogante.

—Ya sabes, el hábito no hace al monje.

—Tú y tus refranes... pero sí, tienes razón. Bueno, Rosa, voy a revisar la entrevista, quiero estar bien preparada.

—Sí, vamos al lío que yo también tengo mucho que hacer.

Aquella jornada de trabajo fue frenética. Revisaron y retocaron conjuntamente varios de los artículos que debían incluir en la siguiente edición y seleccionaron algunas de las fotografías de Jaime que insertaría en las mismas páginas. Naira se preparó concienzudamente para la entrevista con la cantante de moda, volviendo a analizar la letra de sus canciones, leyendo de nuevo exclusivas publicadas en otras revistas y escuchando temas anteriores y singles recientes. Debía impregnarse bien de todos los aspectos importantes de su música, de los sentimientos que despertaba la letra de sus canciones, intentar averiguar qué emociones pretendía exhalar con su voz y sobre todo llegar al corazón de la artista.

Pasados pocos minutos de las cinco de la tarde, Naira recogía sus cosas, nerviosa y a la vez decidida, para dirigirse al Hotel Queen, donde había sido convocada para la entrevista más importante de su vida.

—¡Suerte Naira! —la animó Rosa—. No olvides llamarme cuando salgas de la entrevista y me cuentas ¿vale?

—Sí, sí... te llamaré. Y tú ¿vas ahora a hablar con el abogado?

—Sí, bajaré en media hora.

—Bien, pues luego me explicas tú también.

El hotel era uno de los mejores de la ciudad. Atravesando el hall Naira quedó impresionada. El suelo era de un mármol blanco deslumbrante y a ambos lados del pasillo central unas majestuosas columnas le proporcionaban a la recepción del hotel un aire solemne, elegante y romántico. La gran lámpara que colgaba del techo iluminaba la estancia como si sus pequeños cristales tuvieran luz propia, una lluvia de miles de diminutas luciérnagas volando en un bosque encantado. Por un instante Naira cerró los ojos y se imaginó atravesando aquella frondosa arboleda, saltando de roble en roble como una dríade de largos cabellos verdes y ojos violetas, caminando hacia un sueño. Un sueño dulce, bello y hechizante, como la ninfa de su bosque encantado. Apenas unas semanas atrás había estado hundida, triste, sumida en una depresión que no parecía tener fin, pero el amor incondicional de su marido y su profesión le estaban devolviendo a la vida. Su corazón volvía a latir con fuerza y un cosquilleo en el estómago la hizo sonreír. Así que, segura de sí misma se dirigió a una de las chicas de recepción. Después de identificarse, un trabajador del hotel la acompañó hasta una de las suites del ático. El salón, vestido con el mismo estilo majestuoso que caracterizaba el hotel, era amplio y la luz invadía la estancia.

—Abril la está esperando en la terraza exterior. Venga por aquí, por favor.

—Perfecto, gracias.

La cantante estaba sentada en un sillón de ratán negro y blanco, frente a una mesa de cristal. Se servía una taza de café cuando vio entrar a Naira.

—Hola, eres Naira de la revista El Halcón ¿verdad? —Luciendo una bonita sonrisa, Abril se levantó y le extendió la mano—. Encantada de conocerte.

—El placer es todo mío.

—Me gusta mucho tu revista, especialmente tus artículos... ¡Ah! Y los de viajes y gastronomía... son geniales.

—Esos son de mi compañera Rosa... Pero ¿tú lees nuestra revista?

—¡Por supuesto! La compro todos los meses.

—¡Ostras! ¡Abril lee nuestros artículos! Eso es... es ¡flipante...! —se puso la mano en la boca—. Ups, perdona por la expresión...

—Tranquila... yo también utilizo esa palabra cuando “flipo” por algo... —rio divertida—. Siéntate ¿Te apetece un café? También nos han puesto chocolatinas y pastitas.

—Un café solo, sí. Y aunque estoy muy nerviosa y no me entra nada en el estómago, seguro que probaré una de esas chocolatinas. El chocolate es mi perdición, aunque me tengo que controlar, si no... ¡ya sabes dónde van a parar luego esas calorías! —exclamó mientras se pasaba la mano por las caderas.

—A mí me pasa lo mismo... el chocolate también es mi perdición —sonrió la cantante mientras se volvía a sentar.

Aunque las revistas del corazón la describían como una mujer poco sociable y caprichosa, a Naira le resultó encantadora. En todo momento se mostró educada, atenta y muy simpática. ¡Y qué decir sobre su belleza! Su melena ondulada y rubia hasta los hombros. Sus ojos ligeramente desgarrados, verdes como la hierba fresca. Su cutis perfecto, liso y resplandeciente. Después de las presentaciones y dar un par de sorbos al café, Naira comenzó con la entrevista. Hablaron sobre los premios Grammy, la gala, los asistentes, los premiados, los vestidos de las famosas, los temas más conocidos de su anterior disco, la promoción del nuevo... Las dos se sintieron en todo momento cómodas la una con la otra y, aunque Naira intentó evitar las conversaciones personales para no intimidarla, hubo momentos en los que ambas necesitaron dejar de lado los temas más superficiales.

—Las vistas desde esta terraza son increíbles —exclamó Naira, mientras masticaba la quinta chocolatina.

—Sí, lo son... yo también estoy impresionada. No suelo alojarme en hoteles de esta categoría.

—¿No?... —se sorprendió Naira—. Perdona, es lo que pensamos de los artistas de tu nivel, con los premios, la fama... damos por hecho que estáis siempre de hotel de lujo en hotel de lujo.

—Bueno, no es oro todo lo que reluce. La fama en dos días solo la consiguen los concursantes de reality shows, pero para los músicos no es tan fácil llegar hasta aquí.

—Tienes razón... —sonrió Naira—. Pero ahora debe ser una gran satisfacción haber llegado hasta donde estás.

—Sí, los premios Grammy son sin duda una gran recompensa, pero nunca hay que olvidar lo que hemos sacrificado para llegar hasta nuestro objetivo, porque eso es lo que nos hace volver a la realidad y nos ayuda a no perdernos en las sábanas de seda o en las terrazas de hoteles de lujo, donde todo parece maravilloso pero no deja de ser superfluo e insubstancial.

—¿Tanto has llegado a sacrificar? Sé que tuviste algún problema con tu anterior manager pero no he querido conocer más de tu vida privada para centrarme en tu vida profesional.

—Lo sé, sé lo buena profesional que eres... Pero sí, sacrifiqué mucho. Dejé de lado a mi familia cuando era jovencita y también perdí la posibilidad de crear la mía propia. La música lo es todo para mí, siempre lo ha sido y para lograr llegar hasta aquí he tenido que apartar de mi lado a personas que han sido claves en mi vida personal y también profesional. Si no las hubiera conocido no estaría aquí, pero a la vez tampoco podría estar aquí si continuara junto a ellas... Es complicado de explicar... En definitiva, he hecho daño a personas que no lo merecían, personas que ahora no quieren oír mi súplica de perdón... —la cantante emitió un suspiro de resignación.

—Lo siento mucho Abril. Y, aunque no quiero que mi entrevista se base en aspectos personales de tu vida, permíteme, de mujer a mujer, que te diga que “el que la sigue, la consigue” y si has conseguido llegar hasta donde has llegado luchando como has luchado... ¿por qué no ibas a conseguir también ese perdón?

—Porque es difícil... cuando una persona no quiere escuchar, se tapa los oídos, cierra los ojos y grita sacando la lengua como los niños pequeños o huye de ti para no escucharte... ¿Cómo llegar a su interior? ¿Cómo hacerte oír? Hay gente muy testaruda...

—Sí, pero tú lo tienes fácil... —dijo guiñándole un ojo.

—¿Sí? ¿Cómo?

Haciéndose la interesante y convencida de que tan solo se había comido tres, Naira tomó la octava chocolatina. Retiró su envoltorio con lentitud, se la llevó a la boca mirando con picardía a la cantante y continuó hablando a la vez que masticaba, sin percatarse de que su boca había alcanzado un matiz negro chocolate que la acababa de rejuvenecer veinticinco años.

—Con una canción. Tus canciones suenan por todas partes, es imposible que las personas que quieres que oigan tu súplica no las acaben escuchando.

—Tienes razón —Abril soltó una sonora carcajada—. No se me había ocurrido nunca. Aunque... lo veo muy complicado—La cantante sonrió agradecida—. Naira, eres un encanto...y de verdad sería un placer que siguiéramos charlando de estas cosas, pero como tú bien has dicho, no es de mi vida personal de lo que tenemos que hablar y, por desgracia, tengo poco tiempo.

—Sí, es verdad... continuemos con la entrevista.

A pesar de los pocos minutos de los que disponía, Naira tuvo tiempo suficiente para formularle todas las preguntas que tenía preparadas y anotar en una libretita un resumen de las respuestas. Mientras hablaba con la cantante, fue capaz de amasar en su cabeza todos los ingredientes necesarios: sus opiniones, los movimientos de sus manos, sus sonrisas, sus tics, sus diferentes tonos de voz, sus palabras, las dichas y las que evitó decir, la forma de retirar el pelo de su cara cuando pensaba la respuesta... todos los componentes que acabarían formando la masa homogénea y compacta de un artículo brillante. Aún no habían acabado y Naira ya se sentía satisfecha.

—Pues Abril, ya tengo todo lo que necesito para mi artículo. Muchísimas gracias.

—Gracias a ti Naira. Me ha encantado hablar contigo. Escribes mucho sobre música, supongo que te debe gustar.

—Sí, me apasiona.

—¿Qué tipo de música escuchas?

—Escucho casi de todo. Pero lo que más me apasiona es el jazz, el soul y la música clásica. Y, me da vergüenza decirlo, pero como soy también amante del cine, soy una frikie, pero frikie frikie, de las bandas sonoras.

—¿En serio...? A mí me encantan las bandas sonoras. ¿Cuáles son tus favoritas? —preguntó Abril.

—Uff... hay tantas... —Naira no podía evitar emocionarse con este tema y empezó a mover las manos y contar con los dedos como una niña de tres años

—... La de “Armas de mujer”, “El último mohicano”...

—Buenísimas...

—... “Forrest Gump”

—Sí, esa es magnífica... ¿Y “Grease”?

—¡Por favor! Grease, de las mejores, sin duda... “Desayuno con diamantes”, “Dirty Dancing”...

—“Cabaret”, “Sonrisas y Lágrimas”...

—“West Side Story”, “Ghost”...

—¿Y las películas Disney?

—Ohhh sí... “Mary Popins”, “Aladdin”, “La Sirenita”... —Naira no paraba de reír y de ordenar en su mente las ciento de películas con las que tanto había disfrutado—. Podríamos estar horas enumerándolas para hacer la lista de las 100 mejores y aun así nos dejaríamos muchas en el tintero.

—¡Sí...! Naira, me he reído mucho y ha sido un verdadero placer compartir contigo tantas bandas sonoras —La cantante se levantó de la silla y se dirigió a una pequeña mesa sobre la que había una caja de cartón—. ¿Tienes ya mi último disco?

—Pues no, perdona que sea tan sincera, pero no compro todos los discos...

—y mirando de lado a lado empezó a susurrar—, me suelo bajar las canciones de internet.

Y si como reconocer un pecado le pudiera absolver de otro, la periodista apresó entre sus dedos la última chocolatina. No creía poder comer ni una más pero es que estaba allí sola y desamparada en aquel cuenco tan frío y vacío... ¡pobrecilla...!

—Naira, Naira... eso no es bueno para el negocio...

—Sí, tienes razón, como me dice Rosa, estoy tirando piedras sobre mi propio tejado.

—Pues sí. Toma, te regalo uno... —La artista cogió un rotulador permanente y empezó a escribir sobre la caja de plástico del CD—. Y ahí tienes mi dedicatoria.

—Muchas gracias... —Naira emocionada cogió el disco y leyó las palabras que su, a partir de ese momento, cantante favorita le había escrito—. “Para Naira, de una frikie a otra frikie. Abril” —los ojos se le empañaron de la risa y la euforia ¿Quién iba a decir que una cantante tan famosa iba a compartir con ella esa afición y considerarse también una frikie, como la propia Naira se autodefinía?

—Y si alguna vez te sientes triste, sola o simplemente necesitas recuperar la confianza en ti misma escucha la canción número tres.

—Mmmmh... Vale, lo haré...

En ese instante, uno de los trabajadores del hotel se acercó a Abril y le murmuró unas palabras al oído.

—Perdona Naira, ya está aquí mi próxima visita. ¡Madre mía! Llamo visita a mis amistades... es lo que tiene el mundo de la fama, ya no puedes quedar con un amigo en un bar para tomar algo, tienes que enviarle una invitación programada con hora de inicio y de fin... Es una de las cosas que peor llevo de este mundillo.

—Pues sí, es una pena... Bueno, me voy ya y, de nuevo, muchísimas gracias por la entrevista y enhorabuena por el premio.

—Gracias Naira y ten por seguro que cuando vuelva por aquí y mi discográfica organice entrevistas para promocionar el próximo disco, te llamaremos a ti la primera.

—¡Ohhh... Qué gran honor! —Naira se despidió mientras las dos atravesaban el salón de la suite—. Que te vaya todo muy bien Abril.

En la puerta de la suite una mujer sujetando un carrito de bebé aguardaba sonriente que la cantante la recibiera. Naira la miró fugazmente y las dos se saludaron con un ligero movimiento de cabeza. Salió del salón contemplando como Abril se asomaba emocionada para ver al bebé y dedicarle unos arrumacos. Verdaderamente la vida de un famoso no debía ser nada fácil. Las dos amigas acababan de encontrarse como si hiciera tiempo que no coincidían y Naira pensó que, tal y como Abril le había explicado, debió enviarle una invitación para poder conocer a su bebé. Parecía triste visto así, pero la cantante había decidido sobre su futuro, deseaba dedicarse a la música y renunció a todo lo demás para vivir su sueño, un sueño con algunos inconvenientes, sí, pero al fin y al cabo un sueño deseado por muchos y alcanzado por pocos.

Cada vez más satisfecha por la entrevista y eufórica por la transfusión de energía positiva que Abril le acababa de inyectar, Naira se dirigió a su vehículo canturreando el tema principal de la película “Armas de Mujer”.



Cuando se disponía a girar la llave para arrancar el vehículo recordó que Rosa le había pedido que la llamara al salir del hotel y antes de ponerlo en marcha tomó su móvil.

—Hola Rosa...

—¿Acabaste ya la entrevista? ¿Cómo te ha ido? Dime, dime...

—Bien, yo...

—Cuéntame, cuéntame... me tienes en vilo... va... habla, habla...

—Sí, verás...

—¿Cómo es? ¿Es tan guapa como dicen? Dime, dime, no te quedes callada.

—Pero Rosa...

—Va... no te hagas más de rogar... Mira que te gusta hacerte la interesante...

—¡Rosa! —gritó Naira—. ¿Cómo quieres que te lo cuente si no me dejas ni hablar?

—Sí, es verdad, perdona... estoy de los nervios... va, cuéntame.

—Ha ido muy pero que muy bien... Abril es encantadora, simpatiquísima, atenta, graciosa y bueno, es tal y como se ve en las fotos, no, todavía más, es guapísima...

—¿Has tenido tiempo para hacerle todas las preguntas?

—Sí... me ha respondido a todas y además nos ha sobrado tiempo para hablar sobre asuntos más personales e incluso comentar gustos que tenemos en común. Hasta me ha firmado un CD. ¡Estoy emocionadísima...!

—¡Qué bien...! Me alegro muchísimo por ti Naira... de verdad.

—¿Y tú? ¿Has ido a hablar con Víctor?

—¿Con quién...?

—Con el abogado de la decimoctava planta...

—¡Ah! Sí, con Héctor...

—Pues eso...

—Sí, acabo de estar allí, pero no pude hablar con él. No estaba. Me dijeron que le habían llamado justo hacía un par de minutos desde el hospital donde habían ingresado a su padre. Al parecer ha sufrido un infarto y está grave.

—¿Qué...? Ostras... Me has dejado de piedra... ¡Pobre Víctor!

—Dejó el recado en el bufete de que si iba una mujer a preguntar por él sobre un divorcio que le pasaran el caso a un colega y ya he quedado con él mañana

a las nueve para que le lleve la documentación. Hablamos tan solo un momento pero ya me advirtió de que iba a ser difícil.

—Bueno, cariño, no te preocupes. Sabes que podrás contar conmigo y con Ernesto siempre que lo necesites.

—Sí, lo sé... Pero pase lo que pase, lo mejor es acabar este episodio de mi vida y empezar uno nuevo.

—Muy bien, así se habla... Bueno, Rosa, te dejo que tengo ganas de llegar a casa y explicarle a Ernesto cómo ha ido la entrevista... Aunque ahora me dejaste algo decaída... ¡Pobre Víctor!

Con una extraña mezcla de sensaciones, Naira arrancó el vehículo. Aún sentía la excitación provocada por el éxito de la entrevista, pero el divorcio de Rosa y la terrible noticia sobre el padre del abogado la habían entristecido. Y esas emociones le devolvieron a la realidad. Hasta ese instante necesitó apartar de su mente la visita de Ernesto con Emilio. Era consciente de que en ese mismo instante, en la partida de ajedrez que la suerte estaba jugando con ella, ésta acababa de mover ficha, un movimiento que podría ser clave para continuar con aquella partida o definitivamente tirar la toalla. La ansiedad volvió a acosarla, el veneno de la tristeza y la angustia empezó de nuevo a correr por sus venas, amenazando con apropiarse otra vez de su felicidad. Mientras conducía hacia su casa, deseó olvidar los motivos por los que ese veneno la acechaba, olvidar la desesperación vivida semanas atrás y recuperar la sonrisa, las ganas de vivir, la ilusión, la esperanza. Pero el desenlace de aquella partida de ajedrez se aproximaba a medida que ella accedía al portal, subía por las escaleras, giraba la llave y entraba en casa... Al cerrar la puerta, se apoyó en ella, suspiró profundamente, cerró los ojos y pensó en Ernesto. El amor de su vida siempre estaría allí, con ella, a su lado... y, como él mismo le había dicho esa mañana antes de salir de casa, todo iba a salir bien, sí, todo iba a salir bien...

—Naira, ¿eres tú? —La voz apagada de Ernesto desde el salón le hizo sentir un escalofrío que la paralizó por un instante—. ¿Naira?

—Sí... soy yo.

Caminó hacia el salón despacio, como si hiciera equilibrio entre dos

precipicios, como si la tierra se pudiera abrir a su paso. No se paró frente al perchero, no dejó su americana, ni se deshizo del bolso que seguía colgado de su hombro. Ernesto estaba sentado junto a la mesa central del salón, cabizbajo. Sin apenas mirarla, le señaló la silla que estaba frente a él.

—Me temo que no tengo buenas noticias. Siéntate, tenemos que hablar muy seriamente.

## CAPÍTULO 5

Cuando Alicia entró en la habitación del hospital donde acababan de ingresar a su padre, se quedó sin respiración, como si en aquella estancia hubiesen hecho el vacío y no quedara una gota de oxígeno. Tumbado en la cama, Fermín estaba dormido, con una mascarilla rodeándole la cara, pálido y envejecido. Sentado a su lado, sujetándole la mano, su hermano, desencajado, observaba el rostro de su padre. Al oír pasos, él giró la cabeza y al ver los ojos de Héctor ensangrentados por las lágrimas, Alicia sintió como miles de cuchillos atravesaban su vientre.

—¿Cómo... cómo está? —Ella necesitó tragar la angustia que le obstruía la garganta.

—Mal, Alicia, mal... —Conmovido, Héctor se levantó para abrazar a su hermana.

Durante varios segundos los dos permanecieron abrazados, apoyados el uno en el otro, sintiendo el calor y el respaldo de aquel ser amado que comparte la misma tristeza. Estar unidos era el único consuelo que los reconfortaba, el ánimo que les proporcionaría las fuerzas necesarias para continuar adelante, para afrontar la realidad que yacía sobre aquella camilla. El maestro, el consejero, en definitiva, el padre les abandonaba y no podían hacer nada para recuperarlo. El inevitable final que todos debemos afrontar se aproximaba para Fermín.

Aunque Alicia le apretaba el hombro con sus manos, Héctor no sintió dolor. Aquellas molestias se esfumaron en el instante en que otra angustia mucho más fuerte las apisonó, haciéndolas añicos. Cuando ambos se separaron, sus ojos enrojecidos se miraron con cariño.

—Los médicos dicen que aunque lo atendieron rápidamente, el paro cardíaco ha dañado seriamente su cerebro. Iván también ha estado aquí y ha ido a hablar con otros colegas para ver qué se podía hacer —explicó Héctor.

—¿Y Raúl?

—Tenía el móvil desconectado pero conseguí localizarle hace un par de minutos. Recogía a Laura y venían hacia aquí.

—Muy bien. Voy a buscar a Iván. ¿Te quedas aquí? No tardaré.

—Sí, sí...ve con él, tranquila. Yo me quedo.

Pocos minutos después, Raúl y Laura entraban en la habitación y, al igual que sucediera con Alicia, los dos hermanos se buscaron para compartir el dolor con un abrazo. Atrás quedaron los enfados por los episodios nocturnos de Héctor o las palabras de fanfarronería que tanto exasperaban a Raúl. En ese instante, solo necesitaban al amigo, al confidente, al hermano.

—¿Ha habido cambios? —preguntó Raúl.

—No, sigue estable. Alicia ha llegado y está buscando a Iván para saber más. Raúl, me temo que esto es el fin... —se lamentó Héctor.

—No te anticipes, a ver qué dicen los médicos.

Cuando Alicia y su marido Iván aparecieron con un cardiólogo del hospital, los temores de Héctor quedaron confirmados. El corazón de Fermín estaba muy débil y el doctor los preparó para lo peor.

—¿Cuánto tiempo le queda? —Iván fue el único que se atrevió a formular la pregunta.

—Unos días, tal vez un par de semanas... pero no mucho más —respondió el doctor.

—¿Crees que despertará? —preguntó Alicia.

—No sabemos qué partes del cerebro han sido dañadas. Puede que sí despierte pero debido a su enfermedad dudo que os reconozca o que llegue a hablar. Siento tener que daros esta mala noticia, pero lo único que podéis hacer es esperar y estar junto a él.

—Sí, no le dejaremos —afirmó Héctor.

El cardiólogo salió de la habitación y los cinco permanecieron unos segundos en silencio, contemplando el pálido rostro de Fermín.

—Raúl, tenemos que turnarnos —Héctor interrumpió la amarga calma que les envolvía—. Hablaré con el bufete a ver si puedo dedicarme solo a algunos casos urgentes o incluso traerme aquí el trabajo.

—Vale, yo puedo solicitar algunas horas libres que me deben.

—Chicos, que vuestra hermana mayor está aquí... —intervino Alicia.

—Alicia, tú tienes que estar con tu hijo, todavía le estás amamantando —dijo Héctor.

—Sí, pero existen los extractores de leche y puedo venir con Pablo, si es necesario.

—Yo podría cambiar mi turno y quedarme alguna noche —se ofreció Laura.

—Vale, esto será lo que haremos: yo me quedo esta noche —decidió Héctor —. Tengo una reunión por la tarde en el bufete pero dormiré por la mañana. Raúl y Laura, vosotros hablad mañana con vuestros jefes y nos ponemos en contacto para turnarnos. Alicia, tú serás nuestro comodín para cuando no podamos estar y también podrías traernos la comida o la cena

—Vale —aceptó Alicia—. Mañana llegaré temprano con Pablo para que puedas ir a dormir.

—Yo puedo estar aquí a la una y así Alicia se puede ir para casa a comer —dijo Laura.

—Yo llegaré a tiempo para que no pierdas tus clases de inglés y me quedaré mañana a pasar la noche —propuso Raúl.

—¡Muy bien! Yo podría venir el miércoles por la mañana. Entonces, ya tenemos dos días cubiertos —tomando la mano de su padre, Héctor continuó con decisión—. Papá, no te dejaremos solo en ningún momento.

Héctor pasó por el bufete en busca de su portátil y luego fue a su apartamento para ducharse y cambiarse de ropa. En el hospital acabaría la propuesta del Convenio Regulador del Sr. Castro. Debía mostrarle el borrador al día siguiente y quería estar bien preparado. Sabía lo importante que era ese cliente para el bufete y no podía decepcionarles.

Mientras tanto, en el hospital, Raúl y Laura esperaban a Héctor, sentados junto a la cama de Fermín y cogidos de la mano.

—Qué pena verle así... —dijo Raúl con voz triste.

—Sí...

Laura apretó la mano de su marido para transmitirle su cariño. Él la miró y ella leyó la angustia en sus pupilas. Era conmovedor ver a un hombre fuerte como Raúl hundido en esa tremenda tristeza. Para distraerle, Laura decidió

conversar sobre Héctor.

—Me encanta ver a tu hermano cuando recupera su personalidad y deja a un lado al mujeriego engreído.

—Sí... —sonrió él—. Siempre que hemos tenido problemas o cuando nos ve tristes tiene una tremenda capacidad para tomar decisiones y levantar nuestro ánimo, mostrándose calmado, seguro de sí mismo y sobre todo asumiendo el papel de protector. Transmite confianza, serenidad... No tiene nada que ver con el hombre frío y petulante que se empeña en aparentar, sobre todo con las mujeres.

—Todavía desconfía de ellas pero eso tarde o temprano cambiará. Ya verás.

—Sí, eso espero...

Convencido de lo afortunado que era al tener a su lado a la mujer más maravillosa del Universo, Raúl acercó su rostro al rostro de Laura. Las pupilas de ambos se dilataron hasta fundirse con sus iris y era tal el destello que éstas desprendían que sus chispas casi incineran sus pestañas. Cuando sus frentes se rozaron, ladearon a la vez la cabeza, levemente, lo justo para que los huecos entre la nariz y la barbilla se alinearan a la perfección, ambos diseñados para un acoplamiento perfecto. Acariciaron sus labios e inspiraron el aroma del otro con apetencia, con anhelo.

—Te quiero —susurró él.

—Te quiero —murmuró ella.

Mientras los dos se besaban, Héctor los observó apoyado en el marco de la puerta. Y por primera vez desde que superara su divorcio, se sintió solo, muy solo, tremenda, descomunal y desmesuradamente solo. Experimentando a su vez algo insólito, asombroso: envidiaba a su hermano, envidiaba disfrutar de esa complicidad, de ese vínculo especial, de ese cosquilleo que recorre la piel cuando los labios que deseas besar se posan sobre los tuyos o del calor de unos dedos suaves y acariciadores rozando tu mano. Pero él era en ese momento un simple observador, un telespectador entre un millón. Contemplaba una escena de amor sentado en el sofá de su salón, comiendo palomitas, solo emocionado por conocer a los protagonistas de la película. Y era evidente que traspasar la pantalla del televisor iba a ser un imposible para él. Atravesar el límite entre la realidad y aquella ficción que solo algunos

podían experimentar suponía para Héctor exponerse de nuevo al desengaño, a la decepción, mostrarse desprotegido ante el sufrimiento, algo que iba a evitar por encima de todas las cosas. Cerró los ojos para borrar aquella imagen de sus retinas. Y mientras dibujaba en sus labios una de esas sonrisas maliciosas que tantas veces había practicado frente al espejo, se convenció a sí mismo de que aquel pensamiento había sido un desliz imperdonable.

—Ya estoy aquí, parejita. Idos ya, antes de que paséis a mayores ¡pervertidos! —sorprendió a los enamorados usando ese tono petulante que tanto odiaba su hermano.

—Bueno... ¡volvió Héctor, el arrogante! —protestó Raúl.

—¿Arrogante o envidioso? —Laura hurgó en la mirada de Héctor.

—Laura, Laura... Eres aplicada, pero en leer las pupilas no me superarás.

—¿Tan difícil te resulta aceptar que alguien te pueda superar, hermanito? —sonrió Raúl orgulloso de su mujer. Él había enseñado a Laura a interpretar una mirada y sabía bien que ella había dado en el centro de la diana.

—Sé que no soy el mejor en todo, pero en eso reconoce que no hay quién me gane.

—Sí, siempre fuiste el alumno favorito de papá. Bueno, nosotros nos vamos ya... ¿Te veré mañana?

—Intentaré pasarme por la noche y te acompañaré un rato. Si no te importa...

—Héctor recordó el enfado de su hermano.

—No me importa, no...fantoche.

La noche en el hospital fue tranquila, a pesar de las idas y venidas de las enfermeras y los lamentos de algunos enfermos. Héctor dedicó un par de horas a preparar la reunión del día siguiente y respondió algunos mensajes de su correo electrónico para avanzar trabajo. Ya se había puesto en contacto con el socio principal del bufete para explicarle su situación y acordaron que además del divorcio del Sr. Castro, Héctor se encargaría de hacer el seguimiento de algunos casos urgentes de Alberto, ya que éste se encontraba aún de viaje de novios. Escaneó y guardó algunos documentos en su portátil y reorganizó su agenda para poder trabajar desde el hospital. Eso le proporcionaría la flexibilidad que necesitaba, al menos durante esa semana.

Cuando Alicia llegó, Héctor estaba dormido, recostado en un incómodo



sillón.

—Héctor, despierta.

—Sí... ¡Mierda! me quedé dormido... —Miró a su padre y luego su reloj—. Solo me dormí media hora...

—Tranquilo, no pasa nada... papá sigue igual. Vete a casa y descansa.

—¿Has traído a Pablo! —exclamó él al descubrir el carrito del bebé y se levantó rápidamente para contemplar a su sobrino—. ¿Está dormido?

—Sí y espero que siga así un par de horas más... Lleva unos días que se despierta por las noches y le cuesta volver a conciliar el sueño.

—¿Has probado leerle como nos hacía papá? —Héctor acariciaba con cuidado la carita del bebé.

—No, la verdad es que no... todavía es muy pequeño para eso.

—Es verdad pero, según nos decía papá, mamá ya nos leía cuando éramos bebés.

—¿Recuerdas las noches que pasábamos tumbados en una manta en el suelo escuchando leer a papá?

—No lo olvidaré jamás... Machado, Juan Ramón Jiménez, Bécquer... le encantaba la poesía.

—Cada vez que nos leía “Platero y yo” tú llorabas porque no querías ir a la cama y le suplicabas que leyera otro capítulo más.

—Sí... conservo aún ese libro, es un tesoro para mí.

Alicia se acercó a la cama donde yacía Fermín y le acarició el escaso pelo canoso que aún lucía en su cabeza.

—Papá ha sido y es un gran hombre... —dijo ella.

—Sí, lo es...

Apenas consiguió dormir cinco horas seguidas aquella mañana, pero fueron suficientes para recuperar las fuerzas justas para volver al bufete. La tristeza le continuaba estrujando el pecho, como queriendo exprimirle el oxígeno de los pulmones, pero aun así debía continuar adelante, acabar la reunión con el rico empresario y dirigirse de nuevo al hospital.

Frente a las puertas del ascensor del edificio acristalado Héctor recordó a su nueva amiga, la misteriosa mujer cuyo nombre y profesión aún desconocía. Probablemente estuviera trabajando en ese instante, así que ni tan siquiera la

buscó.

Eran las dos y media de la tarde. Sentado en una de las sala de reuniones del bufete, aguardaba al Sr. Castro mientras revisaba por enésima vez el borrador del Convenio Regulador.

—Hola Héctor —Antonio, un joven abogado con el que había compartido algún que otro caso, le interrumpió —. Me han explicado lo que le ha sucedido a tu padre. Lo siento mucho.

—Gracias, Antonio.

—Ya sé que solo te dedicas a algunos casos urgentes, pero te quería comentar que esta mañana estuvo aquí una mujer que te conoce —ante la cara de desconcierto de Héctor, su compañero intentó explicarse—. Sí, me dijiste que probablemente se pasaría por aquí para asesorarse sobre su divorcio.

—Sí, ya... ya lo recuerdo, es amiga de una amiga... Por lo que sé, se trata de un divorcio complicado.

—Lo es. Todas las propiedades que comparten están a nombre del marido. Él es un empresario adinerado. Ella no espera nada de él pero, ¿crees que podríamos reclamarle una compensación al marido por los años dedicados a su matrimonio?

—¿Hijos?

—No

—¿Ella trabaja?

—Sí, ha estado trabajando todos los años de convivencia pero con un sueldo bajo y dedicándose también a las labores del hogar.

—Pues sí, aconséjale que reclame una buena compensación. Si el marido tiene pasta que no dude en exigirle una buena tajada.

—Sí, quedaré mañana con ella. El abogado de su marido le va a presentar en breve una propuesta.

—Pues si la compensación no es sustanciosa, que la rechace y que nos traiga una copia del convenio. Nosotros le prepararemos una contra propuesta.

—Muy bien, Héctor. Es lo mismo que yo había pensado. Gracias por tu ayuda.

Pocos minutos después, puntual como cabía esperar, el Sr. Castro estrechaba la mano de Héctor. Tras una breve conversación sobre el tiempo, la difícil situación económica y algunos acontecimientos políticos ocurridos días atrás, el abogado y su cliente repasaron el Convenio Regulador. Pasados veinte minutos, ambos se recostaban sobre los respaldos de cuero.

—Todo perfecto, Sr. Soriano. No me ha decepcionado, es usted sin duda el buen letrado que me habían aconsejado.

—Muchas gracias, pero no se quite usted el mérito. Fue muy conciso con lo que deseaba y me proporcionó toda la documentación necesaria. Ha sido fácil.

—El único punto del Convenio donde tengo dudas es en la compensación monetaria. Le di una cifra baja y ahora no sé si es lo más justo...

—Si su mujer lleva meses engañándole y gastando su dinero sin su consentimiento, no creo que se merezca mucho más... incluso yo diría que ha sido demasiado benevolente con ella.

—Este fin de semana pensé en subirle la cifra a 30.000 €.

—Hágame caso, 20.000 € es una cifra más que beneficiosa para una mujer desleal como la suya.

“¡Que se fastidie la bruja...!”, pensó Héctor.

—Sí, tiene usted razón... supongo que ha sido un desliz emocional.

—Sr. Castro, lo que usted debe hacer es zanjar este matrimonio dañino y rehacer su vida. Todos los divorcios son dolorosos, pero créame cuando le digo que se sentirá mucho mejor dentro de unos días.

—Muchas gracias abogado —le sonrió—. Y ahora, dígame, ¿podremos reunirnos aquí el viernes para la firma del convenio con mi casi ex esposa?

—Sí, por supuesto. ¿Le parece bien si nos vemos a esta misma hora?

—Perfecto —levantándose y tendiéndole la mano, el Sr. Castro se despidió—. Adiós Sr. Soriano, nos vemos el viernes pues.

Aquella noche Héctor cenó en el hospital con Raúl las deliciosas albóndigas que Alicia había cocinado y tal y como habían acordado, el miércoles por la mañana volvió para sustituir a su hermano. A Iván le habían anulado un par

de intervenciones y Alicia pudo acompañar a su padre por la tarde. Laura había logrado cambiar su turno de recepcionista en el hotel y se comprometió a pasar esa noche en el hospital. Raúl la sustituyó a la mañana siguiente y Héctor acudió después del almuerzo. Como la firma del Convenio Regulador del Sr. Castro estaba programada para las tres de la tarde del día siguiente, Raúl volvió a pasar la noche del jueves en el hospital y Héctor sería quién velaría por su padre la noche del viernes. De todas formas, y a pesar de que todos tenían claros sus turnos, siempre que les era posible pasaban más tiempo en el hospital y en ocasiones llegaron a coincidir los cinco, incluido Pablo, que esta vez sí, consiguió con su sonrisa endulzar el sinsabor que todos padecían al comprobar que, con el paso de los días, las esperanzas de mejora de Fermín se evaporaban. Su rostro se fue empalideciendo y su cuerpo, cada vez más delgado, perdía su forma. El doctor les había advertido de que su corazón no iba a aguantar muchos días más y solo cabía esperar.

El cansancio y la tristeza eran evidentes en el rostro de Raúl. Cuando el viernes por la mañana Héctor entró en la habitación y contempló a su hermano se vio reflejado en él. La sombra bajo sus ojos, la barba de tres días, el pelo despeinado, la ropa arrugada y una tremenda pesadumbre en el rostro era la estampa que todos mostraban cuando iban a ser sustituidos, la misma que el sustituto sufriría unas horas después.

—¿Cómo está papá? —preguntó Héctor.

—Igual...

—¿Y tú Raúl? —Preocupado por su hermano, se sentó junto a él.

—Más o menos... Cansado, agobiado...

—¿Y en comisaría?

—Mejor. El caso que estábamos investigando por fin se ha resuelto. Lo único que te puedo decir es que se trataba de una banda relacionada con la pornografía infantil.

—Joder Raúl... ¡Menuda mierda! No sé cómo puedes sobrellevarlo.

—Es muy difícil, créeme, pero al menos tengo la satisfacción de saber que he colaborado a desarmar esa banda. Esta vez han habido muchos detenidos, todo un éxito. Pero, de todas formas, Héctor, he decidido que pediré un cambio de departamento. En un año o dos, máximo, pero lo haré. Aún no se

lo dije a Laura, prefiero esperar a tener claro a qué me dedicaré después. Se lo diré cuando ya sea un hecho.

—Te entiendo... Supongo que esta semana habréis estado poco tiempo juntos ¿Por qué no salís esta noche a cenar? Alicia me dijo que se podría quedar por la tarde. Yo llegaré temprano. No hace falta que paséis otra vez por aquí... Si hay cualquier cambio yo te llamo enseguida.

—¿Sí, en serio...?

—Sí, saca a Laura a cenar. Presume un rato de ese pibón que tienes de mujer y luego... ya sabes, haced esas marranadas que os gustan tanto a los enamorados...

—¿Marranadas? —preguntó Raúl entre risas—. ¿Los enamorados hacemos marranadas? Y los que no estáis enamorados, ¿qué hacéis?

—¡A ti te lo voy a decir...! —Usando el tono petulante que tanto irritaba a su hermano, Héctor le dio un golpe en el hombro y le dirigió esa estudiada sonrisa maliciosa—. Aunque, si lo prefieres, la saco yo a cenar y luego practico con ella esas cosas que hacemos los no enamorados...

—¡Vete a la mierda, imbécil! —Enloquecido al imaginar a Laura con su hermano, aunque fuera por una décima de segundo, Raúl se levantó de la silla furioso. Haciendo un esfuerzo titánico para no romperle la cara a Héctor, rodeó la cama de su padre mascullando—. No te soporto cuando te pones así de arrogante, imbécil...

—Mmmm... ¿Te he dicho ya que me encanta que me digas imbécil? Es música para mis oídos...

—Adiós, nos vemos mañana —Y, saliendo por la puerta de la habitación, Raúl continuó farfullando palabras sin sentido aunque por su tono y la expresión de su rostro Héctor dedujo que no debía estar precisamente halagando las múltiples cualidades de su hermano mayor.

—Yo también te quiero mucho hermanito...

Tan solo faltaban diez minutos para las tres de la tarde. Héctor caminaba alrededor de la gran mesa ovalada que utilizaba el bufete para las reuniones de los socios. Era la única sala disponible a esas horas y había depositado el Convenio Regulador y la demanda de divorcio en el extremo situado cerca de

la puerta. Sabía de buena mano la incomodidad y el suplicio que suponía un trámite de separación para todas las parejas y cuanto más próxima estuviera la salida, antes dejarían de estar en la misma sala.

Fue imposible no recordar aquel instante en que un antiguo compañero le había leído aquel mismo acuerdo y había visto a su mujer salir de una sala parecida a aquella. No la había vuelto a ver desde entonces y aunque sabía que había dejado de quererla, la angustia se apoderó de él al recordar el dolor y la frustración que sintió en aquel momento. Mientras continuaba caminando llegaron a su mente las palabras de desconsuelo del Sr. Castro y rememoró su expresión de desengaño. Sabía que debía ser imparcial, pero supo que en breve compartiría con su cliente la rabia y el dolor de quién es engañado por la persona amada.

Apenas un par de minutos antes de la hora acordada, el Sr. Castro se adentró en la sala, acompañado por una de las secretarias del bufete. Héctor le estrechó la mano.

—Buenas tardes Sr. Castro.

—Muy buenas tardes letrado.

El rico empresario entró sonriente y extrañamente sosegado. Se mostraba satisfecho, feliz e incluso exultante. Al percibir su expresión de triunfo, Héctor sintió un inexplicable escalofrío recorrer su espina dorsal. Algo no iba bien. Algo se le escapaba de las manos. Algo estaba fuera de lugar. ¿Tan rápidamente había asumido su divorcio? ¿Ya no se sentía engañado y dolido? Movi6 la cabeza de lado a lado, intentando disipar aquellos ridículos pensamientos, estúpidos e infundados presentimientos. Era su cliente, le había confiado su divorcio, le confes6 su frustración y él debía ayudarle a deshacer aquel matrimonio dañino. Tal vez, simplemente se estuviera escudando tras una máscara, ocultando su sufrimiento, su ego herido. Sí, no debía dudar de él.

—Vaya, Sr. Castro, le veo muy relajado. No tiene usted el semblante de una persona que está a punto de firmar su divorcio.

—Querido abogado, como usted mismo me dijo, tengo que empezar una nueva vida y hoy es un gran día para mí... créame.

—Me alegro de que se lo tome así de bien.

—Y por favor, Héctor, deja de hablarme de usted. Debemos tener casi la misma edad. Me puedes llamar por mi nombre.

—Muy bien, Ernesto, ¿te apetece un café?

—Sí, gracias.

## CAPÍTULO 6

Mientras Héctor preparaba el café en una esquina de la sala, la misma secretaria que había acompañado al Sr. Castro apareció con su esposa. Ésta, cabizbaja, se sentó en una silla próxima a donde Héctor había dejado los documentos.

—Naira, este es mi abogado, Héctor Soriano.

Cuando Héctor volvió la mirada hacia ellos, un puño invisible le sacudió en el pecho, golpeándole hasta incrustar sus costillas en los pulmones, evitando que éstos continuaran inspirando el espeso aire que llenaba la sala, un aire que se había convertido en un veneno irrespirable. La sangre que recorría las venas de su rostro emblanqueció de golpe y los músculos de los dedos se endurecieron como rocas, haciendo que la taza que sostenían cayera al suelo.

—¿Pasa algo Héctor? —preguntó Ernesto al ver su torpeza.

—No, no... nada —incapaz de disimular su desconcierto, Héctor se secó con nerviosismo las manchas de café sobre su pantalón.

Naira apenas levantó la mirada. Sus ojos parecían perderse en los papeles que tenía delante. Héctor pensó que tal vez no le habría reconocido, o quizás sí y en ese instante su presencia en la sala era el menor de sus males. Mientras él se acercaba a la mesa, pudo apreciar las oscuras ojeras que habían apagado el rubor de sus mejillas. Desde aquel primer encuentro en el ascensor, sus ojos siempre le habían mostrado tristeza, pero en esta ocasión los miles de pequeños cristales negros que formaban su iris habían perdido todo el resplandor y las pupilas contraídas eran un claro síntoma de desolación y sufrimiento.

—Héctor nos va a leer y exponer los puntos del Convenio Regulador —explicó Ernesto, que continuaba de pie mientras su abogado se sentaba frente a Naira.

Después de carraspear un par de veces y respirar profundamente para intentar recuperar la serenidad e impasividad que tanto le caracterizaba en esos



momentos, Héctor comenzó a leer el documento.

—“Reunidos, por una parte Don Ernesto Castro Suárez y por otra Doña Naira Gómez Ruiz, ambos mayores de edad y domiciliados en la Calle Burgos, 48 de Barcelona.

Ambos comparecientes lo efectúan en su propio nombre y reconociéndose la capacidad legal bastante para otorgar el presente convenio, por lo que de común acuerdo declaran...”

Héctor hizo una pequeña pausa y levantó la mirada hacia Naira. Ella continuaba absorta, ausente, sin mover un solo músculo de la cara y clavando sus ojos en los papeles. Supuso que no debía estar escuchando sus palabras, que estaba dispuesta a asumir y a aceptar todo lo que él leyera. Y de pronto se sintió contrariado ¿Cómo había sido capaz de decirle que estaba felizmente casada y enamorada cuando en realidad estaba engañando a su marido? ¿Es dolor lo que revela su rostro o es arrepentimiento? ¿Está arrepentida porque es cierto que ha estado con otros hombres y sacando el dinero de su marido a escondidas de él? ¿Pero es que tan difícil es encontrar una mujer en quién confiar? De nuevo carraspeó un par de veces y continuó con la lectura.

—“Que contrajeron matrimonio en la ciudad de Barcelona el día 5 de Julio de 2012, inscrito en el Registro Civil de la misma localidad.

De dicho matrimonio no existe descendencia.

Ambos han convenido en solicitar la separación judicial de común acuerdo, prestando ambos el consentimiento a tal fin en este acto y a la consiguiente cesación de la convivencia conyugal.

El régimen económico-matrimonial es el de absoluta separación de bienes.

Habida cuenta lo anteriormente expuesto, otorgan y firman el presente convenio para que en lo sucesivo sus relaciones económico-matrimoniales se regulen con arreglo a las siguientes estipulaciones...”

Héctor volvió a hacer una leve parada y esta vez alzó la mirada para comprobar la reacción de Ernesto. A través del cristal de las mamparas que rodeaban la sala vio su reflejo. Caminaba detrás de él, de lado a lado, mirando la pantalla de su móvil, como si fuera un simple espectador, despreocupado, indiferente...

“Joder, ¿qué coño está pasando aquí...?”, Héctor no salía de su asombro y volvió a sentir el mismo escalofrío que le recorrió el cuerpo hacía apenas unos minutos.

Confundido e incómodo, decidió que debía acelerar ese trance y acabar lo antes posible con aquella pesadilla. Fuera lo que fuera lo que allí estaba sucediendo, él solo debía hacer su trabajo y salir indemne de aquella sala.

—“Primera. Ambos cónyuges acuerdan con carácter definitivo la disolución de su matrimonio y declaran que nada tienen que decirse ni reclamarse por razón de la propia disolución y de sus causas, salvo lo que en el presente documento se determina.

Segunda. Que el uso y disfrute del domicilio conyugal se adjudica al único propietario del mismo, Don Ernesto Castro. De la citada vivienda Doña Naira Gómez ha retirado, antes de este acto, sus bienes y enseres de uso personal, e igualmente ha entregado su copia de las llaves de la vivienda a Don Ernesto Castro.”

En ese instante y como si despertara de una hipnosis, Naira inclinó su cuerpo hacia la izquierda e introdujo su mano derecha en uno de los bolsillos de su pantalón. Bajó la mirada a su puño cerrado y lo abrió despacio, tendón a tendón, nudillo a nudillo, falange a falange, hasta extender su palma abierta y depositarla sobre la mesa. Un grupo de llaves, todas unidas por un aro de acero del que colgaba un llavero en forma de corazón, se desplegaba sobre su mano. Con la yema de su dedo pulgar, rozó con infinita delicadeza lo que parecían dos letras grabadas en el interior de aquel corazón plateado y acto seguido, como si súbitamente aquellas frías llaves ardieran en contacto con su piel, las arrojó sobre la mesa. Levantó ligeramente la cabeza y durante unas décimas de segundo sus ojos se posaron sobre los de Héctor, lanzándole una clara ráfaga de odio y dolor. Éste miró el llavero y reconoció las letras E y N inscritas en él. Esta vez no fue un escalofrío lo que recorrió su cuerpo, sino una angustia que subía por el esófago, desde el hígado hasta la garganta. Tragó la saliva amargada por la bilis y continuó la lectura.

—“Asimismo, Doña Naira Gómez deberá devolver a Don Ernesto Castro las joyas pertenecientes a la familia Castro que le fueron entregadas en calidad

de préstamo para su uso en eventos o celebraciones organizadas por dicha familia. Así como las demás joyas que Don Ernesto Castro adquirió y regaló a Doña Naira Gómez para igual uso y disfrute.”

Héctor hizo una pausa al percibir un murmullo. Naira, que en ese instante perseguía con la mirada a un impasible Ernesto, tartamudeaba y susurraba su nombre.

—Er... Ernesto... por favor... son un re... recuerdo... es importante para mí.

Éste se detuvo en seco, puso los ojos en blanco y se dirigió a su abogado.

—Vale... Anula por favor la línea sobre las joyas adquiridas y regaladas... Las joyas de la familia ya me las devolvió.

“Vaya”, pensó Héctor, “Ahora resulta que las joyas son importantes... ¿Será verdad que solo estaba con él por su dinero?”

—Muy bien... —Una vez realizadas las correcciones oportunas, Héctor continuó leyendo—. “Tercera. Que no procede realizar operaciones patrimoniales al estar los cónyuges sujetos al régimen económico matrimonial de absoluta separación de bienes. No obstante, teniendo en cuenta los ingresos de ambos cónyuges, la cuenta corriente compartida será transferida en su totalidad a Don Ernesto Castro, quedando automáticamente canceladas las tarjetas de crédito a nombre de Doña Naira Gómez.”

De nuevo Héctor alzó la mirada, esperando algún comentario o resistencia por parte de Naira. Pero, sin embargo, ésta continuó cabizbaja y en silencio. Y otra vez Héctor intuyó que algo no le cuadraba...

—“Cabe aclarar que el 50% de las acciones de la empresa “Celulosa SA” fueron debidamente transferidas a Don Ernesto Castro, después de que Doña Naira Gómez renunciara expresamente a las mismas y sobre las cuales no podrá realizar reclamación alguna en el futuro.

Cuarta. Como compensación a la dedicación prestada por Doña Naira Gómez al matrimonio durante los tres años de duración del mismo, se le hace entrega, con la firma del presente convenio, de un talón nominativo por valor

de 20.000 euros.

Y en prueba de conformidad con todo lo expuesto, firman el presente documento, por triplicado, en el lugar y fecha al principio indicados, quedando un ejemplar en poder de cada cónyuge, y otro a los efectos de su aportación al Juzgado.”

Ernesto se acercó al extremo de la mesa donde Héctor extendía los tres ejemplares que debían ser firmados. Tomó un bolígrafo de uno de los bolsillos interiores de su americana y depositó su rúbrica sobre todos los documentos. Una vez guardó su estilográfica, extrajo del mismo bolsillo un sobre que tiró a desgana sobre la mesa.

—Ahí tienes tu talón.

Naira, con el corazón encogido, abrió el sobre y contempló por un instante la cifra.

—¿Esto es lo que ha sido para ti nuestro matrimonio? ¿Esto es lo que yo he sido en tu vida? Esto... esto... —Ya no pudo seguir hablando. Naira se derrumbó, ahogándose en un llanto contenido que conmovió a Héctor.

Éste continuaba incómodo y desconcertado. ¿Quién tenía razón allí? ¿Quién decía la verdad? ¿Las palabras de él o los ojos de ella? ¿Qué hacía él en medio de aquella situación tan embarazosa? Ver llorar a la chica que apenas unos días atrás le había hecho reír a carcajadas le dolió. Pero, ¿ella se lo había buscado o no? ¿O aquel hombre presuntamente dolido por el engaño de su mujer era realmente el mentiroso?

Ernesto lanzó encima de los documentos del divorcio un sobre marrón y la miró furioso.

—¿Y esto es lo que yo he sido para ti? ¿Esto es lo que yo he merecido? Dime, ¿tan mal me he portado contigo para que me engañaras con cualquier hombre que se cruzara por tu camino?

Cuando Naira sacó temblorosa un grupo de fotos del interior del sobre, su rostro emblanqueció de tal forma que Héctor creyó que se había transformado

en una muñeca de porcelana, pálida y fría. Una a una fue contemplando aterrada las imágenes captadas por la indiscreta cámara fotográfica.

—Ernesto... esto, esto... no...

Incapaz de continuar hablando y evitando la mirada acusadora de su marido, Naira siguió pasando aquellas fotografías hasta que una de ellas le sorprendió y sus negros ojos se abrieron con asombro. Héctor la estaba observando, analizando cada uno de sus gestos, intentado descubrir lo que se estaba cocinando a su alrededor, cuando, de pronto, notó como las pupilas de ella, llenas de una furia desmesurada, se clavaron sobre las suyas, proyectando un fuego capaz de derretir la cerámica.

—¡Cabrón...! —susurró Naira con los dientes apretados.

“Pero, ¿qué he hecho yo ahora? No entiendo nada”, se preguntó él.

Naira arrojó el paquete de fotos de tal forma que todas quedaron esparcidas sobre la mesa y Héctor no pudo evitar fijarse en ellas. En cada una de las imágenes ella aparecía besando o abrazando a algún hombre. Hombres de diferentes edades, en diferentes lugares, pero siempre en actitud cariñosa. Hasta que una de ellas le llamó la atención. Se había deslizado sobre la superficie barnizada hasta frenar contra su brazo y al contemplarla se quedó petrificado. El detective contratado por Ernesto los fotografió en el restaurante el día que Naira se sentó frente a él y le cogió de la mano para ofrecerle su apoyo, pero en aquella imagen además parecían besarse. Desde aquella perspectiva, sus rostros estaban tan cerca que los labios de ambos se rozaban simulando un beso.

Naira se levantó rápidamente, guardó en su bolso el sobre con el talón, tomó el bolígrafo que Héctor había depositado sobre la mesa, firmó todos los documentos y sin más, cogió uno de los ejemplares y salió de la sala.

Héctor continuó observando la fotografía que seguía apoyada en su brazo. Era evidente que se trataba de un malentendido pero la confusión le impidió hablar. Se quedó inmóvil, inerte, como una de esas figuritas de yeso blanco para pintar.

—Héctor, Héctor... ¿Te tiras a mi mujer y ni tan siquiera conoces su nombre?

La pregunta y el tono irónico de Ernesto dejaron a Héctor más desencajado de lo que ya estaba. Todavía incapaz de articular palabra lo observaba boquiabierto.

—Increíble... Sé que eres un mujeriego pero, ¿hasta desconocer el nombre de tus amantes? Cuando te entregué los documentos para que prepararas el convenio pensé que la reconocerías pero no. Y por cierto —añadió con una falsa sonrisa en los labios—, aquella norma de que las casadas y comprometidas no, te la saltas a la más mínima...

—Ernesto, esto, esto es un malentendido... —lo miró atónito—. Sí, es cierto que conocí a tu mujer la semana pasada. Hemos coincidido unas cuatro o cinco veces en el ascensor de este edificio y una mañana nos encontramos también en el bar de enfrente. Yo estaba aquel día triste por un problema personal, ella se acercó para preguntarme qué me pasaba y me escuchó durante cinco minutos, luego me estrechó la mano para darme ánimos y se fue... Nada más, no ha habido nada más... No, no lo entiendo... —Tomó la foto entre sus dedos y se la mostró—. Esto debe ser un montaje, Ernesto, te juro que no nos besamos.

—¿Quieres decir que ni se te ha pasado por la cabeza tirártela? Va, tío, seguro que ella te lo ha puesto fácil...

—¡Joder! Que te digo que no... que ella me dejó bien claro que estaba muy enamorada de ti, de su marido... además, yo no intenté nada en ningún momento, te lo aseguro. No es porque no me parezca una mujer atractiva, pero le vi el anillo de casada desde el primer momento y eso para mí es sagrado.

—¿Y qué hacía tu tarjeta en su bolso?

—Le dije que era abogado y me la pidió porque tiene una amiga que está separándose. Era para su amiga. Solo nos hemos visto casualmente y hemos cruzado algunas palabras, pero nada más. Ella no se me ha insinuado en ningún momento, en ningún momento.

Las carcajadas del rico empresario empezaron a resonar en la sala. Héctor

seguía perplejo y confundido, sin acabar de comprender por qué estaba sucediendo todo aquello. Pero esas risas y esas falsas acusaciones le confirmaron lo que ya temía, lo que su intuición le susurró al oído desde que lo viera aparecer en aquella sala: ese desquiciado y desequilibrado ricachón le había tomado el pelo y lo que más le pesaba en ese instante era que él, activamente además, había colaborado en aquel juego maléfico y había herido a una persona inocente.

—Héctor, Héctor... Llevo meses detrás de mi querida esposa, buscando un motivo para el divorcio, pero la recatada y enamorada de mi ahora ex mujer me ha sido siempre muy fiel... Así que he tenido que optar por aprovechar un momento difícil en su vida para acabar con este matrimonio y salir airoso de él. Y así iba a ser, había decidido no usar la infidelidad como acusación, pero has entrado tú en juego y no he podido contenerme... Le pedí al detective que retocara todas las fotos que le había sacado con su psicólogo, su compañero de trabajo, el panadero del barrio y, como no, el mujeriego y flamante abogado que tiene por norma no liarse con mujeres casadas.

Los músculos de Héctor se tensaron de tal forma que creyó reventar en mil pedazos. Incapaz de seguir allí sentado, de controlar las ansias de agarrar el cuello de aquel bárbaro y estrangularlo hasta notar su último resuello, se levantó y cerrando los puños se acercó amenazante.

—Serás cabrón... ¡Hijo de puta!

—Ehhh... —Ernesto le frenó el puño con la palma de su mano y lo sujetó con fuerza—. Letrado... ¿Vas a pegarme aquí? ¿Vas a pegar a uno de los clientes más importantes del bufete? ¿Tú, que tienes en el cajón de un juez varias acusaciones por escándalo público, conducción temeraria y más cosas que no he podido averiguar porque debes tener a alguien en la policía cubriéndote las espaldas? ¿Estás seguro de que esto te conviene? Yo de ti me lo pensaba detenidamente...

Consciente de que debía controlarse y no formar un escándalo en el bufete, Héctor dio un paso hacia atrás. La violencia no era la salida pero la prepotencia de ese animal despiadado le provocó tal hervor en la sangre que tuvo que hacer un esfuerzo atroz para contenerse. Y de pronto, por fin, despertó de aquella ofuscación que lo había anulado desde que viera a

Ernesto y supo cómo responder a sus amenazas: tocándole dónde más le dolía.

—Sal de aquí ahora mismo ¡Hijo de la gran puta! —gritó señalando la puerta —. Y procura que no nos veamos fuera del bufete porque la próxima vez no me lo voy a pensar dos veces. Y sí, cabrón, sí, tengo influencia suficiente en la policía como para hurgar en tus negocios, en tus cuentas corrientes, en tu financiación, en tu patrimonio, en tus libros de IVA o en tu declaración de la renta y buscarte la ruina, dejarte en bancarrota en menos que canta un gallo. Así que procura que ni tu ex mujer ni yo volvamos a verte la cara, ni a saber de ti, si no quieres acabar pidiendo limosna en la boca del metro ¿Queda claro?

Intentando ocultar el efecto que el abogado había conseguido con sus amenazas, Ernesto cogió su ejemplar del Convenio Regulador y salió de la sala. Una vez a solas, Héctor torció la boca con una media sonrisa.

—Cabrón, he visto el miedo en tus ojos, te lo has tragado... A estos “hijos de papá” les tocas el dinero y se cagan en los pantalones... ¡Y éste debe estar de mierda hasta el cuello!

Por fin se hizo el silencio en la sala, por fin había salido de aquel barullo, de aquel embrollo sin sentido... El corazón le seguía latiendo a mil por hora. La rabia y la impotencia le continuaban tensando los músculos. La angustia no había cesado de navegar por su esófago en un viaje continuo de ida y vuelta. Se acercó a la mesa. Con la mano derecha removió las fotos que aún estaban esparcidas hasta que paró en una de ellas y la miró fijamente. Y ahí estaba ella: la mujer casada que apenas llegó a conocer, la que siempre olvidaba su nombre, la que un día se sentó frente a un desconocido con la sincera intención de escuchar sus problemas, la que estrechó su mano para infundirle el ánimo que él necesitaba, la chica del ascensor que le hizo reír a carcajadas... La misma que le había mirado con un odio aterrador al ver en aquella imagen su traición.

—Ha debido pensar que yo provoqué aquel encuentro para que nos fotografieran juntos, que me acerqué a ella intencionadamente para luego reírme en su cara igual que el cabrón de su marido... Mierda, mierda...



De pronto, una súbita idea asomó en su mente y empujado por el convencimiento de que debía encontrarla para aclarar lo sucedido, metió las fotos en el sobre, recogió los documentos, salió de la sala y se dirigió hacia el despacho de su compañero.

—Antonio, ¿tienes el teléfono de la mujer que vino para el divorcio aquel que me comentaste? La que preguntó por mí...

—Sí, se llama Rosa —Abrió una carpeta y buscó entre los datos del cliente—. Lo tengo, este es su número.

Llamó cuatro veces pero el contestador saltaba al tercer timbre.

—¡Mierda! no lo coge.

—Espera Héctor, creo que trabaja en este edificio —volvió a buscar en la carpeta—. Sí, en el periódico de la planta veinte.

—¡Bien! Gracias Antonio.

De dos en dos subió los escalones que separan la planta dieciocho de la veinte y exhausto, llegó a la recepción del periódico.

—Perdone ¿trabaja aquí una mujer llamada Naira Gómez?

—No, ya no, Naira ya no trabaja en el periódico desde el martes.

—¿Y Rosa?

—¿Rosa? Creo que todavía está aquí. ¿Me puede decir quién pregunta por ella?

—Sí, soy Héctor.

—Un momento, por favor.

La recepcionista tomó el auricular de la centralita y empezó a hablar, mientras Héctor esperaba impaciente.

—Jaime, ¿está aún Rosa en su sitio?... Ah... vale, ¿viene ya? Dile que tiene una visita en recepción... vale...vale... —una vez retiró su auricular de la oreja, se dirigió a Héctor—. Rosa viene hacia aquí.

Apenas unos segundos después, una mujer de unos cuarenta años se aproximó a recepción. Portaba una caja entre las manos y aunque intentó sonreír a la recepcionista, la expresión de su rostro era desoladora. Apoyando la caja sobre el mostrador, miró a Héctor con curiosidad.

—Hola, ¿preguntabas por mí?

—Sí, soy Héctor, trabajo en el bufete de la decimoctava planta.

—¡Ah! ¡Sí! ¿El abogado que Naira conoció en el ascensor?

—Ese mismo. ¿Sabes dónde está ella?

—No, Héctor, no lo sé...

—Y, ¿tienes su número de teléfono?

—No. Es decir, lo tenía pero ya no le funciona el móvil. El ca... —Rosa cerró la boca para evitar decir barbaridades—... su marido, el dueño de este periódico, le retiró el móvil cuando la despidió y ahora no sé cómo localizarla. No sé nada de ella desde el martes. Sé que hizo las maletas y se fue. Pero, ¿para qué quieres tú su número?

—Necesito hablar con ella... Verás, ha estado hace poco en el bufete, firmando el divorcio y tengo que aclarar con ella algo que ha pasado...

—¿Eres abogado de Ernesto? —Rosa le miró con repulsión.

—No, bueno, sí... En realidad sólo lo he sido para el divorcio.

—Cabrón... —tomando de nuevo la caja entre sus manos, Rosa se giró dirigiéndose a la puerta de salida.

—Rosa... —Héctor fue tras ella—. Yo no tengo nada que ver con su marido, de verdad. He presenciado cómo se ha portado con ella y te juro que yo no tengo absolutamente nada que ver con ese hijo de puta... Por favor, tengo que hablar con Naira.

—Vale —se paró y le acercó la caja para que la sujetara—. Pero, ¿me ayudarás a encontrarla?

—Sí, por supuesto.

—Acompáñame al coche y hablamos.

Una vez en el ascensor, Rosa empezó a explicar.

—Naira estaba muy muy enamorada. Amaba y ama a su marido como no he visto hacer a nadie en mi vida ¡Imagínate cómo debe estar en este momento! Sé que él le dijo el lunes, así a bocajarro, que ya no quería seguir con ella. Así sin más, de un día para el otro se ha quedado sola, completamente sola... La madre de Naira, una ricachona estirada y sin sentimientos, se casó con el padre de Ernesto después de que ellos dos se comprometieran y ahora está más orgullosa de su guapo hijastro que de su propia hija. Nunca se han llevado bien las dos y, por lo que me dijo Naira el martes, su misma madre la

culpa de romper el matrimonio.

—Joder... —Héctor la escuchaba estupefacto.

—Por tanto, descartado que esté con su madre... Naira ha estado faltando al trabajo durante un tiempo, por depresión y ansiedad, pero nunca solicitó la baja médica. Según ella me contaba, Ernesto le animaba a que se quedara en casa unos días y le decía que no era necesario que acudiera al médico de cabecera. El caso es que el muy sinvergüenza le ha despedido de forma procedente por ausentarse del trabajo y no justificar las razones. Le han preparado el finiquito, o sea, cuatro duros, y adiós. Después de los cuatro años intensos que le ha dedicado al periódico.

—Hijo de...

—Así que Naira no dispone de mucho dinero, no creo que esté muy lejos...

—Bueno, sí, algo ha cobrado del divorcio... Una mierda de compensación teniendo en cuenta los ingresos del bárbaro de su ex marido.

“Y no se llevó más porque yo soy un cabrón insensible”, pensó Héctor al recordar cómo convenció a Ernesto para que no le subiera la cifra.

—No entiendo, de verdad... ¿Por qué ha sido la vida tan injusta con ella? Ella que era tan inmensamente feliz, tan sonriente, tan alegre... ¿Por qué le ha tenido que pasar esto? ¿Por qué a ella? —Apenada, Rosa se retiró una lágrima de la mejilla—. Héctor, a mí también me acaban de despedir. Al igual que el suyo, mi móvil era del periódico y me lo han bloqueado. No sabrá dónde llamarme. Para colmo, me estoy divorciando y en breve cambiaré de domicilio. No sabrá encontrarme si me necesita.

—Rosa, no te preocupes, yo la encontraré. Tengo contactos en la policía, daré con ella. Te lo prometo.

Tomando un bolígrafo y un papel del bolso, Rosa se apoyó sobre la caja que sujetaba Héctor y escribió unas palabras.

—Te anoto aquí mi nombre y mi dirección de correo electrónico. Por favor, si la localizas, dile que me envíe un email y así podré darle mi nuevo número de teléfono y mi dirección. ¿Lo harás?

—Sí, sí... no te preocupes.

—Héctor, me preocupa lo que pueda hacer... Ernesto y su trabajo lo eran todo para ella, todo... y ahora no tiene nada. Y aunque yo sé que Naira es una chica fuerte, hace poco que ha sufrido un ataque de ansiedad y podría recaer. Hay que dar con ella, tenemos que ayudarla antes de que se hunda más o que cometa alguna estupidez... —Unas lágrimas corrieron por su rostro entristecido.

—Rosa, la encontraré y ella misma se pondrá en contacto contigo, confía en mí.

—Gracias Héctor. Espero que sea así —Rosa cogió la caja que aún sujetaba él y continuó hablando mientras la guardaba en el maletero del coche—. Es increíble cómo la vida nos puede sorprender. De un día para el otro, te hace girar 180 grados y te encuentras viviendo otra vida distinta, como si entraras en el cuerpo de algún extraño y le robaras su identidad. Ya no tienes tu trabajo, tu pareja, tu casa, tus amigos, tu entorno... nada de eso persiste, todo cambia. Y ahora siento como las dos estamos dando ese giro de 180 grados. Solo espero que alguna vez volvamos a vernos y no nos miremos como dos desconocidas que creen haber visto esa cara en algún lugar. Yo ya di una vez ese giro, ya sé qué es que te lo arrebatan todo, pero Naira... Naira no se merecía esto, no se merecía esto...

—Rosa, si ella se pusiera en contacto contigo, dímelo por favor, tienes mi tarjeta, ¿verdad?

—Sí, Héctor, lo haré. Gracias por todo.

De nuevo en el bufete, sentado en su despacho, sujetaba con fuerza el sobre que contenía las endemoniadas fotografías. ¿Cómo pudo ese sinvergüenza tramar algo tan cruel, tan frívolo, sin ni tan siquiera sentir compasión? En su mente se proyectaban, una y otra vez, el rostro desencajado de ella, aquellos ojos cristalinos apagados y enfermos de dolor, la mirada de odio, de acusación. Lo culpó a él de traición y era así como Héctor se sentía en ese momento, como un maldito traidor, un ruin Judas, el ayudante de satanás o, nunca mejor dicho, el abogado del diablo.

Como si arrastrara bolas de plomo encadenadas a sus pies, se dirigió a una pequeña sala con fotocopiadoras, impresoras y una destructora de papel. Una a una fue destruyendo las fotografías, las pruebas de un falso crimen, de un

engaño. Pero borrar el rastro de aquella trampa despiadada no le hizo sentirse mejor. Debía encontrarla, explicarle que él no había tenido nada que ver con aquellas fotografías, que también había sido una víctima. Y sobre todo, tenía que ayudarla, apoyarla y escucharla, como ella hizo con él una semana atrás. Buscó el móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Raúl?

—Sí, Héctor... ¿Pasa algo con papá?

—No, tranquilo. Te llamo porque necesito que me hagas un favor. Es importante.

—Miedo me das... ¿No te habrás metido en otro lío de los tuyos?

—No, no... Necesito que localices a alguien. Una chica.

—¿Una chica...? ¿Desde cuándo persigues a tus amantes?

—No es una amante. Esto es serio Raúl. La chica está mal, muy mal... Y en parte es por mi culpa. Tengo que encontrarla, hablar con ella o, como mínimo, saber que está bien.

—Vale, dime, qué sabes de ella.

Héctor le dio todos los datos de los que disponía: nombre completo, DNI, número de afiliación a la Seguridad Social (por suerte tenía una copia de su contrato de trabajo) y fecha de nacimiento.

—¡Joder! —exclamó Héctor.

—¿Qué pasa?

—Nació el 19 de junio de 1985.

—¿Y...?

—Pues que hoy cumple 30 años. Hoy, joder, hoy es su cumpleaños ¡Maldito cabrón! Menudo recuerdo le va a quedar de su 30 cumpleaños.

—No entiendo nada Héctor.

—Olvídalo... ¿Lo has apuntado todo?

—Sí. Voy a ver qué puedo hacer y ya te diré.

—Muy bien. Muchas gracias Raúl.

—De nada y recuerda, Héctor, que Alicia debía ir al pediatra con Pablo. Antes de las siete tienes que estar en el hospital.

—Sí, tranquilo, allí estaré.

Aquellos negros ojos colmados de dolor y resentimiento continuaron afianzados en su retina mientras se duchaba. Los veía proyectados en sus párpados, en el vapor que envolvía el cuarto de baño y en los azulejos empañados. Permitió que el agua caliente relajara sus músculos pero también que le abrasara la piel hasta enrojecerla e irritarla, castigándose a sí mismo, torturándose por no haber sido capaz de sospechar de Ernesto, por no percibir el engaño en sus ojos, por dejar que su odio hacia las mujeres le cegara, por dudar de ella. Sobre todo, por dudar de ella. Mientras se vestía recordó las palabras de Rosa, de su advertencia sobre cómo de sola y desesperada debía estar Naira y rememoró el desconsuelo que él mismo vivió dos años atrás, cuando vagó herido por las calles, recorriendo kilómetros en coche para perderse en algún lugar lejano, entrar en un sucio motel de carretera y beber hasta perder el conocimiento. Pero él tuvo una familia que le apoyó, que cuidó de él a pesar de que odiaba que lo hicieran y que le retiraron la botella de las manos aunque luchara con sus puños para que se la devolvieran. Él no estuvo solo, sin embargo ella sí. Abandonada, herida y desangrada tras la cruel puñalada del engaño y la traición.

Sus ojos negros volvieron a aparecer en el fondo de la copa de whisky. Debía acabar con aquella angustia que continuaba atormentando su estómago y el alcohol era la mejor medicina.

Después de apurar cuatro vasos de aquel brebaje dorado, apenas sin apreciar su intenso olor a madera o disfrutar de su sabor a caramelo y café, Héctor había sido incapaz de aliviar su malestar. La desazón que torturaba su esófago no estaba dispuesta a abdicar. Sin embargo, él, decidido a no dimitir en el intento de olvidar y engañar a su propio cuerpo, rellenó otra copa más y se la bebió de un sorbo. Ya era la quinta. El aire del salón se tornó denso. Hundido en el sofá, levantó el brazo para mirar su reloj pero la creciente presión atmosférica le impedía mover los músculos con facilidad. Una vez consiguió alzar la muñeca y situarla frente a sus ojos, ajustó la distancia para apreciar la esfera que se negaba a mostrarse todo lo nítida que la recordaba. Las manecillas del reloj habían desaparecido. Los números también. Todo era borroso. Muy borroso. Volvió a acercar y alejar la muñeca. Una y otra vez. Cerró y abrió los ojos. Volvieron las agujas del reloj a su posición original pero los números continuaban deslizándose sobre la capa esmaltada, como si

patinaran sobre hielo. Cerró y abrió los ojos. Los números volvieron y por fin pudo deducir la hora. Ya eran casi las siete y debía salir hacia el hospital, pero todo continuaba borroso. Muy borroso.

## CAPÍTULO 7

Alicia e Iván esperaban en el hospital. Si Héctor aparecía en ese momento por la puerta de la habitación, apenas dispondrían de diez minutos para desplazarse hasta el centro médico donde el pediatra de Pablo tenía su consulta. El hijo de ambos ya había cumplido cinco semanas y ésta era la segunda revisión después de su nacimiento. Pero transcurrieron cinco minutos más y Héctor no se presentó. El enfado de Iván iba en aumento. Desde que Héctor y Alicia se reconciliaran, él no había vuelto a confiar en su cuñado. Conocía bien sus adicciones y, al contrario que Alicia y Raúl, él no creía que se estuviera recuperando.

—Alicia, ve tú al pediatra. Yo me quedo un rato más esperando a Héctor — dijo fríamente.

—Iván, ha dicho que vendría y vendrá... Debe estar metido en un atasco.

—Alicia, ya lo hemos hablado más de una vez... yo no me lo trago. Héctor sigue igual, no ha cambiado y no me fío de él.

—Por favor, cariño, es mi hermano y es buen chico. Tú lo has conocido antes de su divorcio, sabes cómo era, fuiste su amigo.

—Sí, Alicia, lo recuerdo perfectamente, pero tampoco he podido olvidar cómo se ha comportado después, sobre todo contigo... —intentando suavizar su enfado, Iván hizo una pausa—. Pero no te preocupes, cariño y tranquila. Ve con Pablo al pediatra. Llama al centro y te esperarán. No está lejos andando, en diez minutos llegas.

—Vale, ¿vendrás tú luego?

—Sí, en cuanto llegue Héctor voy para allá.

—Muy bien cariño —levantándose de la silla y empujando el carrito de Pablo añadió—. No seas duro con él, por favor.

—No... tranquila.

Héctor llegó pocos minutos después de que Alicia saliera de la habitación. Aunque su aspecto era correcto, recién duchado, afeitado, ropa limpia y cómoda, a Iván le llamó enseguida la atención su rostro, sobre todo sus ojos. Era médico y reconocía rápidamente los efectos del alcohol en las pupilas.



—Perdona, Iván, llego tarde... ¿Alicia ya se fue?

Si sus ojos ya le advirtieron de su embriaguez, su torpeza en el habla fue la confirmación a sus sospechas.

—Has bebido, ¿verdad?

—Iván, no me calientes... hoy no estoy de humor.

—¡A mí me importa un carajo tu humor! Estás aquí para cuidar de tu padre, ¿crees que venir bebido es lo más correcto?

—No, pero es lo que hay... —respondió con insolencia—. Ya se me pasará.

Aquella respuesta arrogante e irresponsable fue la gota que colmó el vaso de Iván. Habían sido demasiados meses esperando el momento para descargar su ira contra el insensato de su cuñado, demasiados meses simulando su indignación y su desconfianza.

Como una fiera herida, se abalanzó sobre él. A escasos cinco centímetros de su rostro, con los ojos enrojecidos de la rabia, le miró fijamente y levantó el dedo índice hasta casi clavárselo bajo la barbilla.

—A mí no me vas a engañar como a tus hermanos. Yo no confío en ti, cabrón. Ya le hiciste daño a Alicia y no consentiré que vuelvas a hacerlo ¿Me oyes?

—Sí, te oigo perfectamente —Héctor, controlándose para no provocar una absurda pelea con el marido de su hermana, se mantuvo inmóvil mientras continuaba hablando—. Te recuerdo, cuñado, que Alicia ya era mi hermana antes de que tú la conocieras y que para mí es muy importante, mucho. Nunca le haría daño.

—¡Y una mierda...! Ella sufre por ti constantemente: cada vez que Raúl le pone al día sobre tus andanzas, cada vez que te oye hablar con arrogancia y frialdad, cada vez que te ve con esas gafas intentando ocultar la resaca... ¿Crees que es una ingenua y no se da cuenta? Vamos, Héctor, todos a tu alrededor acaban sufriendo porque eres un egoísta insensible, solo piensas en ti. Justificas tu comportamiento con el divorcio, pero eso ya no es excusa. Te has convertido en un individuo despiadado y no te importan las personas que continúan confiando en ti.

Héctor todavía permanecía tenso, paralizado frente a su cuñado, cuando la angustia reapareció con fuerza. Sintió una terrible arcada subir por el esófago y notó como un sudor frío le cubría el rostro. Llevó una mano a su boca y se giró corriendo hacia el lavabo de la habitación. Arrodillado frente al inodoro, Héctor empezó a vomitar, empujado por un terrible dolor en el estómago que se agudizaba con cada arcada. Las gotas de sudor corrían por su frente y en pocos segundos su camiseta ya estaba empapada. Iván, apoyado en el marco de la puerta, le observaba enfadado.

—Debería hacerte una foto para que vieras hasta qué punto de jodido estás. Si no fueras el hermano de Alicia... —Respiró profundamente—. Voy a buscar un antiemético para inyectarte y detener el vómito.

Cuando Iván volvió unos minutos después, Héctor continuaba en la misma posición y las arcadas no habían cesado. Al persistente dolor de estómago se unieron una terrible jaqueca y un sinfín de escalofríos que le provocaban temblores por todo el cuerpo.

Mientras su cuñado le acababa de inyectar el medicamento, un pitido en la habitación les llamó la atención. Intercambiaron una mirada de terror e Iván corrió hacia la cama donde reposaba su suegro. Allí pudo comprobar lo que se temía: el monitor cardíaco avisaba de la muerte cerebral. El corazón de Fermín se había parado.

Enseguida acudieron un par de enfermeras. Iván, con el rostro desencajado, volvió al lavabo donde Héctor continuaba arrodillado en el suelo. Se miraron con lágrimas en los ojos.

—Lo siento Héctor...

—No, no, nooooo...

El llanto y los gritos de Héctor eran ensordecedores. Los temblores y la angustia le impedían levantarse pero con la poca fuerza que le quedaba comenzó a golpear el inodoro, totalmente fuera de sí y consumido por el dolor. Gritaba de rabia, de impotencia, de sufrimiento. No había estado junto a su padre en su último suspiro. No le había sujetado la mano para que no se sintiera solo. Había estado allí tirado, vomitando, borracho, hundido en su propia miseria mientras su padre fallecía al otro lado de la pared.

Iván se sintió conmovido por el dolor que mostraba el irresponsable de su cuñado. Sabía cuánto quería a su padre y lo mucho que se había desvivido por él desde pequeño. Así que olvidando al Héctor engreído y recordando al que fue su amigo, le sujetó del brazo y lo arrastró hasta la habitación.

—Vamos, Héctor, tienes que despedirte de él.

Una de las enfermeras anotaba la hora de la muerte en unos documentos y la otra retiraba las gomas, máscara y cables que habían mantenido vivo a Fermín. Cuando ellas salieron de la habitación, Héctor se dejó caer sobre el pecho inerte de su padre. Lloraba desconsoladamente mientras Iván, también afectado y con los ojos encharcados de lágrimas, le daba suaves toques en la espalda. Durante unos minutos, permanecieron así, inmóviles, llorando. Héctor llamaba entre sollozos a su padre, una y otra vez, incapaz de separarse de su cuerpo sin vida.

—Papá, papá.... No me dejes, papá.... Por favor, perdóname, perdóname... papá...

Iván continuó a su lado dándole tiempo para que se calmara, proporcionándole unos minutos de silencio para que apaciguara el llanto y controlara la rabia, hasta que no pudo esperar más.

—Héctor, tengo que llamar a Raúl y a Alicia.

—Sí... —asintió en un susurro.

—Pero antes, tienes que venir conmigo...

—No, no me separaré de papá... —se negó a gritos mientras agarraba con más fuerza el pecho de Fermín.

—Héctor, ven... o te llevaré a la fuerza —le amenazó su cuñado.

—¿Pero qué coño quieres tú ahora?

Aprovechando la debilidad de Héctor, Iván tiró de sus brazos y lo condujo hasta el lavabo. Una vez allí, le hizo sentar en un pequeño taburete y empezó a quitarle la camiseta.

—No voy a permitir que tu hermana te vea así. Das pena, apestas a alcohol y a vómito. Quítate la ropa y métete en esta ducha. ¿Me has oído? Tengo alguna camiseta limpia en mi taquilla.

—Sí... —Héctor, mareado y sin apenas fuerzas para desabrocharse los pantalones, aceptaba sus órdenes sin ganas de discutir.

—Cuando te metas ahí y vea que estés mejor, llamaré a tus hermanos —y ayudándole a quitarse los zapatos, continuó—. Vais a pasar un fin de semana muy difícil. Vais a tener que preparar un entierro, avisar y recibir a la familia. Estar con ellos hasta que finalice todo y no quiero que te vean en estas condiciones. Así que métete ahí y échate agua templada. Supongo que no has comido nada desde mediodía y por eso el alcohol te sentó mal —Héctor asintió con la cabeza—. Iré a buscar suero fisiológico para que lo bebas y recuperes fuerzas. Si eso te sienta bien, te traeré algo de comer más tarde.

—Vale...

—Y cuando salgamos hoy de aquí te acompañaré a tu apartamento a recoger ropa y te vendrás con nosotros a casa. Dormirás allí durante este fin de semana. Así te tendré controlado.

—Joder, Iván...

—No, joder no... vas a hacer lo que yo te diga y no te vas a negar. Lo harás por tu padre y por tus hermanos. Y lo que ha pasado hace un momento aquí quedará entre nosotros, ¿queda claro?

—Sí...

Unos minutos bajo el agua templada le devolvieron el color a las mejillas, aunque la tristeza y el dolor continuaban desgarrando su corazón. Se secó y se volvió a vestir sin ayuda de Iván, que ya estaba avisando a su mujer y a su cuñado. No tardaron en acudir. Héctor ya se había bebido a regañadientes el suero y su aspecto había mejorado. Ni Alicia ni Raúl dudaron de que su rostro, algo demacrado, solo se debía a la muerte de su padre.

Durante aquel fin de semana, los tres hermanos vivieron como en un extraño trance unos de los peores días de sus vidas, con el corazón fragmentado, reducido a un manojo de pequeños retazos, de recuerdos y momentos que habían sido hermosos y que ahora escocían. Inmersos en aquella tremenda angustia se vieron en la necesidad de gestionar documentos, hablar con la funeraria, llamar a los familiares y tomar absurdas decisiones, detalles irracionales que no logras comprender cómo pueden parecer importantes en

un momento tan doloroso: la madera del ataúd, el color de la urna, la música de la ceremonia, la selección de las flores, la imagen y las palabras del recordatorio. Insignificantes y vacíos pormenores que se acaban olvidando, a pesar de formar parte de instantes que quedan grabados en nuestra memoria de por vida.

Con el apoyo incondicional de Iván y Laura, los tres hermanos consiguieron superar aquellos días, recibiendo en todo momento el consuelo y cariño de los familiares. Fermín tenía un hermano dos años mayor y acudió junto con su esposa, sus tres hijos y sus respectivas parejas. Los primos de su madre, los amigos, los vecinos y compañeros de trabajo tampoco quisieron perder la oportunidad de presentar sus condolencias. Estuvieron rodeados de seres queridos que recordaron con cariño al hombre, al amigo, al hermano, al tío, al padre. Un fin de semana colmado de emociones intensas aunque dolorosas.

Héctor, siempre bajo la estrecha vigilancia de Iván, fue capaz de franquear aquellos días y controlar la terrible sensación de culpabilidad que no le había abandonado desde que su padre muriera. La imagen de él derrumbado, malgrado en el suelo, embriagado e incapaz de levantarse, continuaba implantado en su cerebro. Aun así, contuvo sus ganas de auto castigarse, de compadecerse de sí mismo y mantuvo las formas, se mostró agradecido con la familia y atento con sus hermanos, a los que acompañó en todo momento.

La ceremonia se celebró en el mismo tanatorio el lunes por la mañana. Después de despedir a todos los familiares y amigos, los cinco acompañaron al cuerpo de Fermín hasta el crematorio y decidieron que el siguiente fin de semana esparcirían las cenizas en el riachuelo próximo a la casa rural donde Fermín había vivido los mejores años de su vida. El mismo lugar donde fueron esparcidas las cenizas de su amada esposa veintitrés años atrás.

Después de compartir un silencioso almuerzo en casa de Alicia, Raúl y Laura se despedían de ella mientras Iván acompañaba a Héctor hasta su coche. Éste se había mantenido frío y distante con su cuñado, no soportaba que lo controlara y la tensión que había tenido que disimular durante aquellos días había llegado a su límite máximo.

—¿Vas a dejar ya de ser mi niñera? ¿O también me quieres acompañar hasta casa y arroparme esta noche?

—Vete a la mierda, cuñadito... —le respondió Iván con tono tranquilo mientras le daba unas palmaditas en el hombro, simulando que se despedían.

—No me importa irme a la mierda, siempre y cuando tú no me sigas...

—Recuerda Héctor que el sábado tenemos que ir a esparcir las cenizas. No te olvides y no llegues tarde, ni con resaca...

—Sí, mamá.... Sí.... —susurró entrando en el vehículo—. Cabrón...

Nunca antes el transcurso del tiempo había sido tan agonizante para Héctor. Los minutos eran eternos, las horas interminables, la noche infinita.

A su derecha, el reloj despertador le amenazaba con estirar el tiempo y la agonía. A su izquierda una foto con su padre y sus hermanos le recordaba el dolor, la culpabilidad, la rabia... Tumbado en la cama boca arriba intentaba olvidar pero las lágrimas recorriendo sus mejillas le devolvían a la realidad. A su derecha, la una y cinco, solo habían transcurrido dos minutos. A su izquierda, su padre, sonriente. Arriba, los ojos cerrados, una gota salada humedeciendo su oreja, el pitido del monitor cardíaco retumbando en sus oídos.

La una y diez, cinco minutos desde la última vez que miró aquel odioso despertador. De nuevo, la imagen de su padre abrazado a sus hijos. Disfrutaban de un día en el campo, cerca del riachuelo donde tantas tardes habían pescado los dos juntos. Rieron, hablaron, escucharon a su padre feliz explicar historias sobre el pasado, sobre su madre, sobre las travesuras de Raúl, sobre las peleas de Alicia y Héctor, sobre las noches de lectura. Al acabar el almuerzo, Iván les hizo esa foto y acariciar el marco antes de dormir se había convertido en un ritual para Héctor. Recordar aquella mañana le proporcionaba las fuerzas suficientes para continuar adelante un día más.

La una y veintidós. ¿Se le estarían acabando las pilas al despertador y por eso iba tan despacio? Se levantó de la cama en busca de unas nuevas pilas y las sustituyó. La una y veinticinco. Veintiséis. Veintisiete. No, las pilas no eran el problema. Volvió a contemplar la fotografía pero esta vez su padre no

sonreía, yacía sobre una cama, inmóvil, demacrado, sin vida. Cerró los ojos y se giró hacia arriba. Iván aparecía tras aquella puerta mientras él, sentado en el frío suelo, esperaba su mirada para comprender lo que ya se temía. Todavía le dolían los puños de golpear el inodoro.

La una y treinta y tres. Con todo lo que había sucedido, no había tenido la oportunidad de preguntarle a su hermano si sabía algo de Naira. ¿Estaría bien? ¿Estaría como él, mirando el despertador incapaz de dormir? Sus ojos negros llenos de odio reaparecieron. No pudo evitar que aquel cabrón se riera de ella, que los manipulara a los dos, que le diera aquella ridícula compensación. No pudo evitar llegar borracho al hospital cuando debía cuidar de su padre y estar junto a él. No pudo evitar estar allí tirado, vomitando. No podía evitar nada de eso porque era un estúpido, insensible, egoísta, arrogante, un individuo despiadado como le dijo Iván. No podía evitar perderse, olvidar la persona que había sido como le había dicho Raúl unos días atrás, cuando le había visto tirado, borracho y dolorido en una celda. Tirado y borracho. La historia se había repetido, volvió a estar tirado y borracho, pero esta vez no había decepcionado a su hermano, no, había decepcionado a su padre.

La una y cuarenta y dos. Así iba a ser imposible dormir. Sabía perfectamente cómo acelerar el tiempo, cómo aniquilar esa agonía. Con la botella de whisky en la mano regresó a la cama. No necesitó vaso, ni cubitos de hielo. ¿Para qué suavizar ese amargo sabor? ¿Acaso nos tomamos un ibuprofeno bañado en chocolate? ¿O una pastilla efervescente en copa de aperitivo con un par de olivas pinchadas en un palillo? ¿Para qué adornar lo que realmente necesitamos por muy asqueroso que resulte su sabor? De un solo trago se bebió casi un tercio de la botella. Debía ser drástico si quería que el efecto fuera rápido. A las dos y diecisiete los números del despertador estaban borrosos. El somnífero estaba funcionando. Sin embargo, su efecto analgésico no estaba siendo todo lo eficaz que esperaba. ¿Ese era el whisky que siempre tomaba? Miró la etiqueta. Sí, era ese. Tal vez, en esas ocasiones era necesario incrementar la dosis. Un par de tragos más y la botella, casi vacía, cayó al suelo.

Las dos y treinta y siete. ¿O ponía cuarenta y siete? Sus párpados se cerraron. Las lágrimas se secaron dando paso a un áspero escozor. El sueño y el

whisky parecían ganar la partida, pero el pitido del monitor cardíaco continuó retumbando en sus oídos.

Doce horas más tarde, con unas oscuras ojeras, la barba de cuatro días y su inseparable amiga, la resaca, Héctor contemplaba el televisor estirado en el sofá. En el bufete le animaron a que se tomara el resto de la semana libre y aunque en un inicio le pareció lo mejor, ahora no estaba tan seguro.

Cuando se hacía el despistado, las cuatro paredes del apartamento se iban desplazando poco a poco hacia el interior. ¿Pensaban ellas que no se había dado cuenta? El salón cada vez era más pequeño, el espacio entre el sofá y la caja tonta se estrechaba. Estaba seguro de que, si hubiese querido, habría sido capaz de cambiar el canal estirando el brazo, sin necesidad de utilizar el mando a distancia. La camiseta empapada de sudor se había adherido al cuero del sofá y era imposible levantarse. Iba a morir aplastado, pero, ¿para qué huir, si fuera donde fuera o hiciera lo que hiciera nunca podría dar marcha atrás en el tiempo y corregir sus errores? Además, ¿quién se iba a preocupar si moría allí, solo? Tal vez en unos días su hermano encontraría el cadáver y él, Alicia y Laura serían los únicos que llorarían por su muerte. Esa sería la imagen que el fantasma del futuro le mostraría en su particular cuento de Navidad. El cuento de Navidad de Héctor Soriano, el abogado ricachón, egoísta e insensible.

Cerró los ojos para que las cuatro paredes aceleraran su paso y acabaran rápido con su macabro plan de prensar su cuerpo, como si quisieran extraer el vino de la uva. Sonrió de medio lado al pensar que vino no iban a conseguir, pero sí media botella de buen whisky. Y con ese absurdo pensamiento, se quedó dormido. Apenas había conseguido descansar aquella noche y su mente y su cuerpo se rindieron ante el cansancio y la pena.

Cuando despertó eran las ocho de la noche. No había comido nada desde un escaso desayuno y el estómago le reclamaba atención. Arrastrando los pies, llegó hasta la cocina y se calentó algo de pasta. Su olor corporal no era, podríamos decir, demasiado agradable, así que, después de cenar, se duchó, se afeitó y se cambió de ropa. Iba a volver a tumbarse en el sofá cuando decidió que no iba a permitir que aquellas cuatro brujas “aplasta-hombres” volvieran a intentar asesinarle. Así que se calzó, cogió las llaves del coche, la



cartera, el móvil y sin saber muy bien a dónde ir, salió del apartamento. Tal vez no supiera dónde, pero de lo que estaba seguro es que, dónde fuera que acabara esa noche, debían servir whisky.

Después de treinta minutos de dar vueltas por la ciudad y de intentar aparcar lo más cerca posible de la zona de bares, acabó frente a un local que había frecuentado meses atrás. La relación con el dueño del establecimiento era correcta, el hombre era discreto y no se entrometía en la vida de sus clientes. Sería un buen lugar para zambullirse en el alcohol y dejar que el tiempo discurriera de forma rápida e indolora. Todo seguía tal y como lo recordaba: el intenso olor a madera vieja, los cristales negros de las ventanas impidiendo que la luz de las farolas se adentrara en el local, el suelo cubierto por una capa pegajosa mezcla de alcohol, agua sucia y una gota de friegasuelos, las sillas altas rodeando la barra, los sillones de piel sintética verde oscuro y el televisor de pantalla plana emitiendo a saber qué partido de fútbol. El antro ideal para abandonar la poca dignidad a la que aún se aferraba su orgullo, tan vanidoso y arrogante como siempre. José, el dueño del bar, le reconoció enseguida.

—¡Héctor, hacía tiempo que no te veíamos por aquí!

—Sí, cierto...

—¿Te preparo lo de siempre?

—Por supuesto... gracias José.

Héctor pensó en lo maravilloso de la pregunta: ¿te preparo lo de siempre? Denotaba familiaridad y cortesía, pero también aportaba toda una serie de facilidades: el ahorro de palabras, la indecisión de qué tomar y, sobre todo, la posibilidad de evitar el mal de conciencia y no asumir la responsabilidad sobre tus propios actos. Si la noche no acababa bien siempre podías culpar a quién decidió la bebida por ti.

Estaba absorto, con la mirada perdida en el fondo del vaso de whisky cuando una mano sobre su hombro le sobresaltó.

—¡Héctor, benditos los ojos que te ven!

—¡Alfonso, cuánto tiempo!

Ahora recordaba la razón por la cual había dejado de ir a ese local. Conoció a Alfonso hacía aproximadamente un año. Era Jefe de Ventas de una importante empresa de equipos informáticos pero, lejos de conformarse con su sueldo, se ganaba bien la vida traficando con drogas. Desde que compartieron una borrachera y alguna que otra raya de coca en la fiesta de un amigo, se habían llamado en más de una ocasión para salir juntos. Alfonso era quién le suministraba la coca que consumía Héctor con sus amigos en las fiestas que organizaba en su apartamento. Hacía unos tres meses que había decidido apartarse de las drogas y por esa misma razón evitaba en lo posible encontrarse con él. Sabía que Alfonso solía frecuentar el bar de José y ese era el motivo por el cual decidió dejar de ir. Héctor pensó que al final iba a tener que dar la razón a esos locos científicos, ignorantes de la materia, que afirman que el alcohol mata neuronas. ¡Si estuvieran todas en su sitio, no hubiese acabado aterrizando en ese local!

—¿Qué tal te va todo? No me llamas, no te pasas por aquí, no respondes a mis mensajes... ¿Te ha pasado algo, tío?

—No, solo que he estado muy liado. Ya sabes que cambié de bufete y he estado muy ocupado con un montón de casos y en fin, también estaba lo de mi padre...

—Es verdad... ¿Cómo sigue tu viejo?

—Murió el viernes... —respondió alicaído.

—Joder, lo siento mucho Héctor —le dijo mientras le daba unos golpecitos en el hombro.

—Gracias.

—Ahora entiendo por qué estás aquí un martes, a estas horas y tomando whisky.

—Sí, ya ves... intentando pasar el tiempo lo mejor posible. En casa me faltaba el oxígeno. ¿Quieres algo? Te invito —Buscó a José por la barra—. Otro whisky para Alfonso.

Aunque llevaba meses evitando a Alfonso, aquella noche Héctor agradeció su compañía. Conversaron sobre diferentes temas, recordaron borracheras, fiestas y locuras compartidas. Durante un par de horas consiguió olvidar lo sucedido días atrás. Rieron y bebieron hasta que los taburetes comenzaron a tambalear, figuradamente.

—Ya estamos otra vez con lo mismo... ¡José, arregla estas sillas que se mueven! —gritó Alfonso entre risas—. Tío, parecen de gelatina...

—Sí... José, mira, ésta está a punto de romperse... —bromeó Héctor balanceándose de forma exagerada y riendo a carcajadas.

—Haced el favor de comportaros, estáis como cubas... —se quejó el aludido.

—Tranquilo, hombre, que era broma —se disculpó Alfonso.

Pero Héctor continuó riendo y dando vueltas como una peonza sobre el taburete, hasta que un gesto torpe provocado por el alcohol, le hizo tambalear y caer al suelo. Alfonso, incapaz de parar de reír, fue en su ayuda.

—Héctor, tío, ¿qué haces ahí tirado? —le preguntó mientras levantaba sus brazos.

Cuando entre los dos consiguieron volver a sus asientos, Héctor sujetó con sus manos la cabeza y clavó sus codos sobre la barra.

—Está empezando a ser una costumbre... —afirmó apesadumbrado.

—¿El qué?

—Que acabe borracho y tirado en el suelo... —Héctor volvió a sentir esa angustia que se negaba a abandonarle —. Esta vida es una mierda Alfonso, una gran mierda.

—Estás pasándolo mal, ¿verdad?

—No estoy en mi mejor momento, no...

Alfonso sacó algo del bolsillo de su pantalón y lo metió en el de Héctor.

—Toma, esto te ayudará.

—Alfonso, no... lo he dejado.

—Considéralo como un remedio para superar estos días. Una vez pase lo peor, lo vuelves a dejar y punto... Va, a esta invita la casa.

—No... de verdad, prefiero usar el whisky para olvidar.

—Bueno, a la siguiente copa también invito yo —y girándose hacia el ceñudo dueño del bar, comenzó a gritar—. ¡José, tío, te vamos a pedir una indemnización por daños y perjuicios: primero porque casi nos matamos en estas sillas vibratorias y segundo porque nos tienes a palo seco! ¡Trae para acá dos whiskies más!

Aquella broma le devolvió a Héctor las ganas de reír y, olvidando el momento de bajón, continuó divirtiéndose unos minutos más con el cachondo de su amigo. Hasta que el cansancio pudo con él.

—Tío, estoy algo mareado, creo que sería mejor volver al nido... —dijo abatido.

—Sí, anda, ve para casa y descansa que menuda pinta tienes.

—Gracias Alfonso, he pasado un rato divertido. Me hacía falta.

—Ya sabes, cuando quieras repetirlo, llámame.

—No sé si mañana lo recordaré... —bromeó mientras bajaba torpemente de la silla.

—¡Cuidado! ¿Vas bien Héctor?

—Sí, sí... tranquilo, voy muy muy pero que muy bien... Hasta otra, Alfonso.

Dando tumbos de lado a lado salió del local. Por suerte había aparcado cerca y no fue demasiado complicado llegar hasta el vehículo. Ese día el hueco entre el volante y el asiento parecía más pequeño... ¿Quién le habría encogido el coche mientras estaba en el bar? A saber... Encontrar las llaves en el bolsillo ya fue tarea ardua, pero introducirla en el orificio correspondiente... aquello sí fue toda una aventura. Por fin consiguió que el motor arrancara y cuando se disponía a mover la palanca del freno de mano, notó que algo salía del bolsillo de su pantalón.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes.

La bolsa de cocaína que Alfonso le había dado era toda una tentación. Además, su amigo había sido bastante generoso, ahí debían haber unos siete u ocho gramos, cantidad suficiente para pasar cinco o seis días. Héctor la guardó en la guantera del coche y se dijo, convencido, que ya pensaría al día siguiente cómo deshacerse de ella. Ese no era momento para tomar ese tipo de decisiones, por muy simples que pudieran parecer.

Aquella noche una extraña niebla se había apoderado de las calles. Los semáforos, las farolas, las señales de tráfico, los carteles publicitarios... todo había perdido la definición de su silueta original, como si una goma gigante

marca Ballantine's hubiese desdibujado sus contornos. Parado en un semáforo, Héctor sintió como su cuerpo se relajaba y sus párpados se cerraron. Adormecido, el rojo se volvió verde, el verde pasó a ámbar y el ámbar a rojo... Cuando el verde reapareció, unos coches le alertaron impacientes con su claxon y cuando el verde se tornó ámbar, Héctor abrió los ojos... Movi6 la cabeza intentando despejarse y puso la primera marcha, sin percatarse de que el ámbar se acababa de volver rojo. Cuando arranc6, dos luces invadieron el interior del veh6culo, el chillido de las ruedas al frenar sonaba cada vez m6s cerca y de forma intuitiva Héctor gir6 bruscamente el volante hacia la derecha. Lo 6ltimo que pudo distinguir en ese instante fue una se6al de stop aproximarse y un estruendo estremecedor.

## CAPÍTULO 8

Lo que sucedió durante los siguientes minutos, solo los testigos que pasaban por la calle, la policía y los médicos de la ambulancia podrían explicarlo con detalles, porque Héctor, principal protagonista de aquel cortometraje, no tenía muy claro qué papel estaba representando... Si alguna vez había interpretado él esas escenas, seguro que alguien debía haber borrado muchos planos, de forma aleatoria, y era prácticamente imposible entender de qué iba la película.

Durante unos segundos pudo distinguir el airbag rozándole la nariz, algo húmedo se deslizaba por su frente y el cinturón de seguridad se le había clavado entre las costillas. Aquello debía doler, pero no lo recordaba con exactitud. Luego, todo fue oscuro, difuso. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba tumbado en el suelo, o tal vez sobre una camilla. La parte delantera del coche estaba destrozada y salía humo del motor. Volvió la confusión. Creía estar en una ambulancia pero la sirena se oía a lo lejos. De nuevo la oscuridad. Una voz familiar y reconfortante le animó a levantar los párpados. Raúl andaba apresuradamente a su lado.

—Tranquilo Héctor, te pondrás bien... Tranquilo.

Una goma le apretaba las mejillas. El aire que respiraba era fresco e invadía sus fosas nasales. Los fluorescentes del techo le molestaban. No quería cerrar los ojos, pero esas luces le cegaban. Intentó llamar a Raúl pero sus labios estaban trabados, algo le impedía moverlos. Necesitaba suplicarle que no le abandonara, decirle que estaba asustado, que no sabía qué estaba pasando, confesarle que tenía miedo, rogarle que no le dejara morir solo, que estuviera siempre a su lado y, sobre todo, implorarle que no fuera un bastardo como él... Pero la oscuridad regresó.

Sentía frío en los pies. El suelo de la calle estaba húmedo y andaba descalzo. No entendía muy bien qué hacía allí. Caminaba aturdido, confundido, medio

desnudo entre la oscuridad y la niebla. Ante él apareció la imagen de un puente de piedra. No creía haber visto antes ese lugar, pero siguió avanzando sobre el empedrado. Era largo y la espesa niebla le impedía ver el final. Bajo el puente, a unos siete u ocho metros, la corriente del río era tan fuerte que parecía sentir cómo el agua le salpicaba la cara. Continuó caminando sobre las baldosas de piedra mojadas hasta que pudo distinguir una sombra. Era una figura humana. Se acercó lentamente. Seguía sin comprender qué hacía allí pero su cuerpo actuaba de forma independiente, como un autómatas siguiendo unas órdenes programadas. La persona estaba de pie delante de la barandilla de hierro, apoyada sobre el borde del puente y sujetada por los brazos. Era una mujer. Aligeró el paso para aproximarse y avisarle del peligro. Empezó a inquietarse. Cuando estaba a menos de un metro pudo reconocer a Naira. Sobre sus mejillas las lágrimas negras habían apagado el color de su piel y sus ojos ya no brillaban. Su cuerpo temblaba por el frío y los brazos iban separándose de la baranda. Héctor la contemplaba aterrorizado al comprender lo que ella pretendía hacer, pero no podía hablar. Naira notó su presencia y le miró, volviendo a clavar su odio en las pupilas de él. Una estocada dolorosa pero bien merecida. Intentó advertirla del peligro que corría cuando una voz a su espalda le hizo sobrecogerse. Era su padre, que con una serenidad imperturbable, le dijo “Ayúdala Héctor, ayuda a esa mujer”. Si no fuera porque su cuerpo estaba siguiendo unas estúpidas órdenes hubiese corrido a abrazar a su padre, a volver a sentirle, a contagiarse de su fuerza, a pedirle perdón. Pero era incapaz de moverse, de ejercer su propia voluntad. Su cabeza giró de nuevo para buscar a Naira, pero no la vio. Horrorizado, se asomó al precipicio y distinguió su cuerpo sin vida chocar contra las rocas del río. Intentó chillar pero no pudo. Sentía frío y sed, mucha sed.

—Héctor, Héctor... despierta.

Los párpados le pesaban pero consiguió levantarlos. Sintió un alivio atroz al reconocer el rostro de su hermano. ¡Cuánto quería a Raúl! ¡Cuánto amaba a su hermano del alma!

Recordó la escena que acababa de presenciar en el puente y después de mucho esfuerzo, consiguió mover los labios.

—Naira... —murmuró casi sin voz.

—¿Qué dices? —Raúl acercó su oreja a la boca de su hermano.

—¿Sabes algo de Naira?

—Pero ¡Héctor! Te has roto tres costillas, tienes un golpe bastante fuerte en la cabeza y ¿tú te preocupas por esa mujer?

—Por favor, Raúl...

Héctor no necesitaba oír sus problemas, ya intentaría asumir su realidad más adelante, ahora solo quería saber qué había sido de ella.

—Vale, sí, sé dónde está y lo que hizo la semana pasada... pero de verdad, Héctor ¿tan importante es en este momento? ¡Joder! Que estabas conduciendo borracho, que me va a costar mi puesto sacarte de esta...

—Raúl...

—Esto es increíble... —movió la cabeza de lado a lado y se sentó en el borde de la cama donde su hermano descansaba—. Me dijiste que el lunes se fue de su casa, ¿verdad?

—Sí...

—Pues sé que ese mismo día se registró en un hotel bastante sencillo en las afueras de la ciudad y contrató el alquiler de un trastero, imagino que para guardar sus cosas. El martes abrió una cuenta bancaria e ingresó un talón por unos cinco mil euros...

—El finiquito.... —susurró Héctor, casi sin poder hablar.

—Sí, eso parece... Ese día fue a la policía a renovar su pasaporte, a la seguridad social a pedir la tarjeta sanitaria europea y a una compañía telefónica a pedir un número de móvil inglés.

—¿Inglés?

—Sí, hemos podido averiguar que ha solicitado el NIN, el número de la seguridad social en Inglaterra. Ha dado una dirección en Londres y sabemos que se trata de una empresa propiedad de su tío, el único hermano de su padre. Supongo que irá a trabajar allí, con él —Raúl hizo una pausa y lo miró intrigado—. Héctor, ¿tú sabías que su madre es la propietaria del cincuenta por ciento de las acciones de una de las empresas de papel más importantes del país y que su ex, un empresario ricachón, tiene la otra mitad?

—Sí... el cabrón —murmuró entre dientes.

—Aun y así, a pesar del dinero que tiene su familia, esa chica no tiene



propiedades. Solo tiene esa cuenta bancaria que acaba de abrir y un coche que compró hace unos cinco años.

—Ya...

—Me dijiste que el viernes fue cuando firmó el divorcio... Pues cuando salió del bufete fue a una casa de compra y venta de oro y le pagaron... ¡atención! casi mil quinientos euros en joyas.

—Bien Naira, buena jugada.... —sonrió Héctor.

—Imagino que con ese dinero pagó el billete a Londres que compró una hora después. Subió al avión el domingo. Y ya está, ahí lo he dejado. Porque... ¿no pretenderás que llame a la Interpol para saber si llegó bien, no?

—No, no... con eso ya me conformo...

Al menos ya sabía que Naira estaba bien, que se había alejado del detestable de su ex marido y de su madre y que intentaría rehacer su vida. “¡Bien por ella!”, pensó orgulloso de su compañera de ascensor.

—Y ahora que ya estás más tranquilo por tu amiguita, ¿vas a escucharme?

—Sí...

—Bien... Te has dado un buen golpe en la cabeza con la ventanilla del coche y los médicos quieren que pases aquí un par de noches y se aseguren de que el golpe no se complica. Pero lo que realmente me preocupa es otra cosa, Héctor.

—No me jodas Raúl....

—Ya estás jodido, Héctor, pero tú solito te has jodido... Tenías un nivel de alcohol en sangre tan alto que mejor ni te lo digo... y no se te ocurre otra cosa que subirte al coche ¡Muy bien, hermanito, muy bien!... Para empezar, nada ni nadie te va a librar de que te retiren el permiso de conducir por una larga temporada. Pero eso no es todo, no... Me han dicho en comisaría que me responsabilice de ti hasta que salgas del hospital y que me asegure de que de aquí vayas directo a hablar con un Juez que va a estudiar tu caso. Van a levantar todas las acusaciones que llevo meses intentado limpiar. Algunas acabaron rotas en una papelera, pero otras quedaron archivadas. Mañana voy a ir a hablar con ese Juez. Quieren que les explique por qué demonios he dejado que todo esto sucediera y no he sido capaz de que mejoraras tu comportamiento. Ya veremos si no estoy yo también jodido...

—Lo siento...

—Sí, ya, como siempre...

—Alicia... ¿Se lo has dicho?

—No, no lo sabe. Tampoco Laura. Estaba dormida y no se enteró de que me llamaron. Cuando supe que estabas metido en un buen lío, le envié un mensaje para que creyera que había tenido que salir por trabajo y no se preocupara. Por suerte no te han llevado al hospital donde trabajan Iván y Alicia, así que no tiene por qué enterarse Iván. Esperaré a hablar con el Juez mañana y luego veremos si se lo explicamos a ellas o no y cómo...

—Vale, mejor así... Gracias Raúl.

—No me des las gracias, Héctor. Ya ajustaremos cuentas cuando todo esto acabe... —se miraron con complicidad y una leve sonrisa en los labios—. Una cosa más, me han dicho los médicos que como sigas con este ritmo de vida la próxima vez no será un accidente de tráfico lo que te traerá aquí. Tienes la presión arterial alta y los triglicéridos por las nubes. Si sigues bebiendo de esta forma, no vas a poder devolverme estos favores... Héctor, por favor, piensa en cuidarte, en centrarte y seguir adelante sin la ayuda del alcohol.

—Es que Raúl, es todo tan difícil... Lo intento, de verdad que lo intento, pero luego...

—Déjalo, no hables más... Lo discutiremos más tarde, estás cansado. Duerme. Cuando acabe mañana de hablar con el Juez vengo a verte —y desde la puerta de la habitación se despidió—. Buenas noches... Descansa.

Poco después Héctor se quedó profundamente dormido y no despertó hasta mediodía. Hacía noches que no dormía tantas horas seguidas y aquel descanso le supo a gloria. Cuando abrió los ojos por fin fue consciente de dónde estaba. La habitación del hospital era amplia, estaba solo y los rayos de sol iluminaban las paredes blancas. Buscó los botones que movían la cama y se reincorporó hasta estar casi sentado. El dolor en el costado era cada vez más intenso y la cabeza le iba a estallar. Una enfermera entró en ese instante y le explicó sus molestias. Poco después ella volvía a aparecer con el analgésico y algo para comer. Unos minutos más tarde, ya se sentía mucho mejor. Estaba a punto de quedarse de nuevo dormido cuando vio entrar a Raúl. Nunca había visto a su hermano tan furioso. Si llega a proponérselo, seguro que hubiese sido capaz de escupir fuego por la boca. Héctor se asustó.

Aquello solo podía suponer una cosa: problemas y de los graves.

—¡Joder, Héctor! Esta vez te has lucido, pero bien... Me cago en la... — Respiró hondo al ver la cara de asombro de su hermano—. Héctor, ¿se puede saber qué coño hacías tú con ocho gramos de cocaína en el coche?

—¡Mierda! —lo había olvidado—. Raúl, hace meses que no tomo nada, te lo juro...

—Y ¿por qué la llevabas encima?

—Déjame que te explique... Ayer estuve todo el día en casa pero ya no lo soportaba más, me ahogaba, y decidí salir a tomar algo. Paré en el bar de José y me encontré con Alfonso...

—¿Alfonso? Mierda... te advertí sobre él, no es de fiar...

—Y llevaba meses sin verle, esquivándole, de verdad... pero llegó al bar y bueno, estuvimos bebiendo, riendo... al menos me hizo compañía un rato... Hasta que me dio el bajón y al verme tan jodido me metió la droga en el pantalón. Yo estaba tan ofuscado que ni tuve las fuerzas suficientes para devolvérsela. Cuando llegué al coche me di cuenta de que aún la llevaba encima y la metí en la guantera pensando en deshacerme de ella al día siguiente.

—Joder y ocho gramos, Héctor ¡Ocho gramos! ¿Sabes que esa es la cantidad límite entre el consumo propio y la venta ilícita? Las pruebas analíticas que te hicieron anoche dieron positivas en alcohol pero no en drogas, por tanto, descartarán el consumo propio y te acusarán por tráfico de drogas.

—¿Quieres decir que debí meterme algunas rayas anoche? ¡Joder, Raúl!

—No, no quiero decir eso y lo sabes... Lo que quiero decir es que estás metido en un buen lío, Héctor, y esta vez me temo que yo tengo poco que hacer. Acabo de hablar con la Juez que está estudiando tu caso —Respiró nervioso e hizo una leve pausa para calmarse—. Es extraño, lo primero que me pidió fue información sobre tu expediente académico y saber a qué te has dedicado después de finalizar la carrera. Se puede decir que ha acabado redactando tu currículum.

—Y ¿para qué? No entiendo.

—Yo tampoco lo tengo muy claro. Quería saber todo de ti. Después de eso le hablé de nuestra infancia, de la muerte de mamá, de cómo te esforzaste para ser un buen abogado, de tu matrimonio, de tu divorcio...

—¿No le habrás dicho...?

—No, tranquilo, no le di detalles de ella ni de lo que pasó. Pero sí le expliqué lo mal que lo pasaste. También le hablé de Alicia y de papá, de su enfermedad, de su muerte...

—Sigo sin entender Raúl, ¿para qué necesita tantos datos de mi vida?

—Lo sabremos el viernes. Tenemos cita con ella a las doce. Supongo que a esa hora ya te habrán dado el alta médica.

—¿Crees que me condenarán y acabaré en la cárcel?

—Podría ser... Tienes tres acusaciones por tenencia de drogas, cinco por escándalo y desorden público, cuatro por conducir ebrio... y eso antes de lo de anoche. ¡Ah! Incluso tienes varias denuncias de tus vecinos por hacer demasiado ruido por las noches. Y porque no sabe la Juez las que he conseguido que desaparecieran...

—No pinta muy bien, no...

—He insistido mucho en que eres buen chico, que dejarás el alcohol y las malas compañías y que eres un buen abogado... Tuve la impresión de que eso le interesó mucho y sobre todo cuando le expliqué que te especializaste en Derecho Familiar.

—¿Y crees que eso es malo o bueno?

—Héctor, mejor no te hagas ilusiones. La Juez es dura, se mostró impasible, firme y nada compasiva. No sé cómo la vamos a convencer.

—No paro de joderlo todo... —se dijo Héctor echándose el flequillo para atrás.

Durante unos minutos, los dos hermanos permanecieron en silencio. Cada uno inmerso en sus propios pensamientos, en sus preocupaciones. Aunque sabía los esfuerzos que Raúl había estado haciendo por él y el riesgo que había asumido por su culpa, Héctor era consciente de que tarde o temprano eso podía llegar a suceder. Conocía las leyes y sabía de buena mano que se había librado más de una vez de un merecido castigo. Un expediente delictivo, unos meses en la cárcel y su futuro como abogado se esfumaría. Todo por lo que había luchado, sus años de estudios, sus sacrificios, todo habría sido en vano. Recordó la ceremonia de final de carrera a la que había asistido con Fermín. Después de recoger su diploma, su padre le abrazó y le hizo saber en un susurro lo orgulloso que se sentía de él. De nuevo, iba a decepcionar a su padre. Y no solo a él, también a sus hermanos.

Raúl, sin embargo, pensaba en Alicia. En lo mucho que había sufrido por Héctor debido a su divorcio y lo que iba a suponer para ella ver a su hermano en la cárcel. Aun en el mejor de los casos, unos pocos meses en prisión eran suficientes para que Héctor se hundiera más, se viera obligado a dejar la abogacía y reincidiera en el alcohol. Pero después de horas hablando con la Juez, Raúl mantenía las esperanzas, esperanzas que no iba a compartir con Héctor, no, ni hablar. Volvería mil veces a saltarse las normas por su hermano, a limpiar su expediente cuando hiciera falta. Confiaba ciegamente en él. Pero ¿estaba obrando de la mejor forma? ¿Y si dejaba que Héctor recibiera un castigo y eso le hiciera salir del agujero oscuro donde se ocultaba para no asumir sus problemas? ¿Y si asustar de verdad a Héctor era la solución? Todo iba a depender de la Juez y hasta el viernes no sabrían cuál iba a ser el veredicto. Así que mejor no pensarlo más y esperar.

—Héctor, no se lo diremos a Alicia todavía. Esperaremos a hablar con la Juez.

Apenas faltaban pocos minutos para las doce y ya esperaban en la sala contigua al despacho de la Juez. A Héctor le habían dado el alta médica esa mañana a primera hora. Sus heridas cicatrizaron bien y el golpe en la cabeza no presentó complicaciones. Raúl no se había separado de su hermano durante aquellos días. Al igual que Héctor, tenía permiso en comisaría el resto de la semana por la muerte de su padre y a Laura le explicó que pasaba más tiempo con su hermano para evitar que éste cometiera cualquier tontería. Una mentira tan cerca de la realidad que Raúl llegó a convencerse a sí mismo de que con esa excusa no la estaba engañando.

—Héctor, hablaré yo. Tú límitate a responder cuando te pregunte pero, por favor, deja la arrogancia y el papel de abogado engreído para otro momento. Te juegas mucho...

—Sí, lo sé... Aunque creo que tengo derecho a defenderme, conozco mis derechos y no tengo por qué resignarme sin antes luchar... —alegó alzando la ceja de la indignación.

—¿Ves? ¿Lo ves? Ya estás con tus aires de insolente... Claro que tienes tus derechos y yo seré quién abogue por ellos, pero tú estarás calladito. Vamos a escuchar lo que nos dice y luego actuaremos en consecuencia.

—Sí, hermanito... lo que tú digas —respondió burlón.

—Ufff... no cambias, no...

Cuando se adentraron en el despacho de la Juez, Héctor sintió por primera vez un miedo atroz a lo desconocido. Nunca antes había experimentado ese pavor ante la incertidumbre. Siempre altivo, imperturbable, insensible, incapaz de reconocer el miedo ante la adversidad. Sabía cómo resolver situaciones de este tipo, cómo preparar un perfecto alegato que pudiera convencer al Juez más sanguinario, cómo luchar por la impunidad de su cliente, cómo salir airoso de una difícil coyuntura. Pero esta vez, él no era el abogado, él era el acusado, un simple mortal y la Juez que tenía ante él, sentada en la cima del monte Olimpo, era Zeus, hambriento de venganza y deseoso de hacer justicia. “Que los Dioses se apiaden de mí”, pensó aterrado.

Debía rondar los cincuenta y cinco años. La rigidez en los músculos de su rostro y sus pupilas contraídas dejaban ver su inflexibilidad, su frivolidad. En aquellos ojos no había un solo indicio de compasión. Preparado para lo peor, Héctor tragó saliva.

—Siéntense —exigió la Juez, sin apenas mirarlos—. No dispongo de demasiado tiempo así que iremos directos a lo que nos concierne —con una mirada difícil de descifrar se dirigió a Héctor y continuó hablando de forma tajante—. Sr. Soriano tiene usted que entender que con este expediente no merece estar sentado ahora mismo en ese sillón. Como abogado sabe perfectamente que debería estar esposado, custodiado por dos policías y camino de prisión, a espera de un juicio. Sin embargo, tiene usted mucha suerte y, ante todo, un hermano que no se merece...

De reojo Héctor contempló a Raúl, tan serio, tan formal, tan tremendamente bondadoso. Completamente cierto, no se merecía a su hermano, a esa magnífica persona que siempre cuidaba de él, que nunca le había decepcionado, que siempre había estado y estaba a su lado. No recordaba el instante en que vio a su hermano pequeño por primera vez, él tan solo tenía cuatro años, pero seguro que le quiso desde ese primer minuto. ¿Cómo iba a agradecerle todo lo que estaba haciendo por él?

—Raúl es un buen policía, muy respetado y querido por sus compañeros y superiores. Y, por alguna razón que yo no logro comprender, le ha defendido hasta la saciedad. Su hermano confía en usted ciegamente y por ese motivo vamos a hacer una excepción en su caso. No crea, por eso, que va usted a librarse de una condena, no, solamente vamos a proponerle otra forma de pagar por sus actos delictivos, una alternativa a un posible período en prisión. Y le advierto, esta proposición no le exime de una futura condena. Vamos a darle una oportunidad que usted, si es como Raúl nos asegura que es, sabrá aprovechar. Si no es así, si su actitud y su comportamiento no mejoran, nos veremos obligados a seguir con el procedimiento habitual, denunciarle por venta ilícita de drogas, escándalo y desorden público y conducción temeraria. Lo que le supondría varios meses de cárcel y suspensión de su licencia como abogado. Espero que esta advertencia sea lo suficientemente clara para usted.

—Lo es y le estoy muy agradecido Señoría —afirmó Héctor.

—Agradézcaselo a su hermano... Entonces, vayamos a lo importante. Vamos a incorporarle en un programa especial. Durante dos años va usted a trabajar en una agencia de adopción situada en un pequeño pueblo, a unos cien kilómetros de aquí. Es usted un buen abogado, se especializó en Derecho Social y de Familia y, aunque no tiene experiencia en este ámbito, confiamos en que sepa adaptarse con facilidad. El abogado que lleva los casos de adopción en el centro ha pedido un traslado y usted ocupará su puesto. Durante esos veinticuatro meses, solo su hermano, usted y un especialista que seguirá sus avances muy de cerca conocerán las verdaderas razones por las que se ha visto obligado a mudarse y aceptar ese nuevo empleo. Nadie más, le repito, nadie más deberá conocer el motivo.

—Pero, Señoría... son dos años...

Héctor la miró con los ojos bien abiertos incapaz de asumir lo que acababa de escuchar. ¡Dos años, veinticuatro meses, setecientos treinta días de su vida!

—Héctor, calla —le ordenó Raúl.

—Debería escuchar más a su hermano... —después de mover la cabeza con desaprobación, la Juez continuó—. Durante esos dos años va a ser estudiado por un profesional que realizará un informe detallado sobre su evolución. Ese informe lo recibiré yo una vez finalice el período. Solo si dicho estudio psicológico, una perfecta disertación de su comportamiento, su actitud y su

trabajo en la agencia, es positivo, se libraré de un expediente delictivo y, por supuesto, de prisión.

—Señoría, tanto mi hermano como yo le estamos muy agradecidos por permitirnos participar en dicho programa, por esta oportunidad... —aseguró Raúl, casi con una reverencia.

—Raúl... —Héctor le fulminó con la mirada pero su hermano mantuvo la calma y le ignoró, consciente de que una discusión podía empeorar las cosas.

—No me agradezcan nada aún —la Juez abrió una carpeta con documentos y se los mostró a Héctor—. Aquí tiene su contrato de trabajo y sus condiciones económicas. Debe firmar aquí. Éste es el contrato de alquiler de una casa que le hemos conseguido en el pueblo. Creo que la cuota de alquiler es bastante asequible. Empezará a trabajar el lunes.

—¿El lunes? —Héctor creía estar viviendo una pesadilla.

—El domingo debe estar en esta dirección a las siete de la tarde —la Juez le mostró un pequeño papel—. Pregunte por Margarita. Ella le dará las llaves de la casa y le ayudará con lo que necesite. Deberá visitar a Margarita una vez por semana, los viernes, de cinco a siete de la tarde, todas las semanas durante estos dos años. Sin excepción. Es muy importante que ella esté al corriente en todo momento de sus movimientos. Si precisa salir del pueblo, siempre que sea algo urgente, deberá informarla, dándole explicaciones del porqué debe desplazarse. Y hablando de desplazamientos, le hemos retirado el permiso de conducir. Durante estos dos años no podrá circular y solo cuando regrese, si no va entonces a prisión, podrá recuperarlo.

—¿Qué...? Esto es increíble... —Héctor continuaba boquiabierto, aturdido aún, sin poder digerir lo que estaba escuchando.

—Héctorr... —Raúl, feliz por la ocasión única que le estaban brindando al irresponsable de su hermano, no podía creer que éste quisiera estropearlo todo con sus quejas.

—Podrá regresar el lunes 26 de junio de 2017 —añadió la Juez mientras consultaba un calendario en su ordenador—. Pero nos encontraremos aquí el lunes siguiente 3 de julio. Yo ya habré recibido su informe y podré dictaminar si se libra o no de prisión.

—¿Quiere decir, Señoría, que si el informe no es positivo esos dos años no los tendría en cuenta y podría ser condenado a más tiempo en prisión? ¿No habría servido para nada ese tiempo perdido?



—Sr. Soriano, si durante esos dos años usted no ha mejorado su comportamiento, es evidente que continuará necesitando una condena.

—Pero esos dos años ya son una condena...

—Héctor.... —susurró Raúl.

—No, letrado, no, no son una condena, son una oportunidad única que se le está ofreciendo. ¿O prefiere permanecer en prisión hasta que realicemos un juicio que va a perder y acabe cumpliendo pena de cárcel durante varios meses?

—No, Señoría, no... —reconoció Héctor—. Pero...

—Héctor, joder —cansado de oírle protestar, Raúl alzó la voz—. Calla y resígnate por una vez en tu vida.

—Vale... —después de un profundo suspiro, Héctor suavizó su tono de voz—. Aprovecharé esa alternativa que me ofrece, Señoría.

—Eso espero... Y, le repito, ese estudio psicológico al que va a ser sometido es muy importante. Su comportamiento debe ser impecable. No lo olvide.

—No lo olvidaré...

—Pues, entonces, no tenemos nada más de que hablar. Nos volveremos a ver en dos años.

—Gracias Señoría —dijo Raúl levantándose y tirando del brazo de su hermano.

—Y Sr. Soriano... —la Juez, con esa mirada impasible que no había abandonado en ningún momento, alzó la vista hacia Héctor—. Suerte.

“¿Suerte? ¿Suerte? Esta mujer está loca ¡Dos años, dos años! ¿Y me desea suerte, después de haberme condenado dos años a saber qué pueblo apartado del mundo, a dedicarme a preparar papeleo inútil para que parejitas de enamorados puedan adoptar criaturas...? ¿A algo tan aburrido como eso me voy a dedicar dos años, veinticuatro valiosos meses de mi valiosa vida? ¿Y me desea suerte la muy arpía?”, maldijo Héctor en silencio.

—Héctor, eres un tío con suerte, ahora lo veo claro... Es la mejor propuesta que te han podido hacer —una vez fuera del despacho, Raúl ya pudo mostrar su alegría.

—¡Raúl! ¿Es que no te has enterado de nada? ¡Son dos años! Dos años y aun

así no hay garantías de que eso me libre de la cárcel. ¿Y si después de ese período, el jodido informe es negativo y voy a prisión durante un año más...? Serían tres años de mi vida perdidos.

—Aquí el que no se ha enterado aún eres tú... Esta opción te proporciona la oportunidad, que seguro muy pocos pueden tener, de pasar dos años de tu vida trabajando en algo que te gusta y evitar la cárcel, un expediente delictivo y el abandono definitivo de la abogacía. Será un “kit-kat”, Héctor, solo eso, un período que puede ser la ocasión ideal para meditar sobre lo que te está sucediendo, lo que has hecho y tomar decisiones sobre tu futuro. Así no puedes seguir...

—Va, por favor, Raúl... He pasado una mala racha, pero ya está... Vivo en un apartamento de lujo, en el centro, trabajo en un buen bufete, me pagan bien, los fines de semana me divierto, vale, tal vez debería reducir el consumo de alcohol... pero aparte de eso... todo lo demás está bien. No necesito dos años para meditar sobre mis malos actos, ya sé en qué me he sobrepasado, te puedo hacer una relación exacta de lo que no debo repetir...

—Héctor, no utilices tus técnicas de abogado sabelotodo conmigo, ni tan siquiera contigo mismo... Además, te repites, he oído ese cuento más de una vez. Mira, así lo veo yo: te han dado una oportunidad y tú la vas a aprovechar. Punto y pelota. Y, yo, como el hermano que no mereces tener... lo ha dicho la Juez... te voy a llevar el domingo a ese lugar y me voy a asegurar de que el tiempo que he dedicado a luchar por ti para que te proporcionen esta ganga merezca la pena. Y tú, vas a complacerme, vas a comportarte, para que tu hermano pequeño consiga volver a sentirse orgulloso de ti y que te continúe viendo como un ejemplo a seguir.

—Chico, eres el mejor subiendo la moral...—ironizó Héctor.

—Vamos hermano... —Raúl soltó una carcajada—. Te invito a comer y así hablamos de cómo vas a decírselo a Alicia y a tu jefe. Tienes mucho que hacer, así que deja de lloriquear y espabila.

## CAPÍTULO 9

“Vilanén – Wikipedia, la enciclopedia libre

<https://es.wikipedia.org/wiki/Vilanén>

Vilanén es un municipio de España perteneciente a la provincia de Gerona, situado al noreste de la comunidad autónoma de Cataluña...”

Una vez más, Héctor exhalaba un gruñido mientras clicaba con su ratón inalámbrico en el primer resultado de la búsqueda de Google sobre Vilanén, el pueblo donde iba a vivir sus próximos dos años.

“... En 2014 el municipio tenía 187 habitantes. La localidad se encuentra situada a una altitud de 750 m y tiene una superficie de 16 km<sup>2</sup>...”

Sobre la cama de su dormitorio dos grandes maletas llenas de ropa. Las puertas correderas del armario empotrado abiertas y las estanterías del interior completamente vacías. Unas cañas de pescar apoyadas en la pared y una caja de cartón en el suelo con libros, la mayoría de su padre, CD de música, el despertador, varios cargadores y la foto enmarcada de su familia.

Sentado frente a su escritorio, Héctor volvió a indagar sobre Vilanén. Contempló de nuevo, frustrado y ceñudo la estructura de edades en el apartado de demografía. De los casi doscientos habitantes, apenas veinte se situaban entre los tramos de 25 a 35 años de edad y de esa veintena, menos de diez eran mujeres. Ofuscado contempló la caja de preservativos que sujetaba en su mano derecha. Fecha de caducidad: Junio de 2017... justo dos años después.

—Joder, los primeros condones en mi vida que tendré que tirar por caducados  
—renegó cerrando los ojos.

Aun y así los introdujo en una de las maletas. Porque, ¿quién sabe? de esas casi diez mujeres, alguna podría estar divorciada después de un matrimonio que no la dejara satisfecha y estuviera dispuesta a experimentar con él nuevas sensaciones. O ¿por qué no? alguna de ellas podría ser una soltera virgen que

después de años de noviazgo fue abandonada a las puertas del altar y necesitara a alguien como él para adentrarla en el depravado, tenebroso pero placentero mundo del sexo sin amor. O ¿quién sabe? alguna de esas mujeres, al igual que él, podría estar huyendo del compromiso y agradecería encontrarse con un hombre al que utilizar solo para su “uso y disfrute”... Tal vez, ¿por qué no?...

Pero, no. Debía afrontar la realidad. Y la espeluznante realidad era que la posibilidad de que aquellos preservativos acabaran en la basura, caducados, era bastante elevada.

De nuevo, con el ceño fruncido, se dispuso a cerrar las maletas.

Pocos minutos después, Raúl llamó a la puerta.

—¿Preparado para la aventura? —le preguntó feliz.

Desde que salieran del despacho de la Juez, Raúl no había borrado su sonrisa de la cara. Solo el sábado por la mañana, mientras esparcían las cenizas de su padre, su rostro se tornó serio, y así permaneció el tiempo que los tres hermanos recordaron a sus padres en aquel entorno tan idílico y nostálgico. Pero su expresión de felicidad regresó en casa de Alicia. Reunidos alrededor de la mesa, Héctor aprovechó un momento de silencio para arrojar la bomba que dejó a todos con la boca abierta. A todos menos a Raúl que no ocultaba su felicidad ante Héctor, a pesar de las miradas asesinas que éste le lanzaba continuamente. Con un esfuerzo desmedido, explicó con tranquilidad y aparente convicción, las falsas razones por las cuales había decidido solicitar dos años de excedencia en el bufete, que afortunadamente le habían concedido, y desplazarse a un pueblo pequeño, perdido entre montañas, para trabajar como abogado en una agencia de adopción. Y confesó, con resignación, como un cúmulo de multas le había dejado sin permiso de conducir y que solo a su vuelta podría recuperar.

En un inicio a Alicia le costó asimilar la decisión de su hermano de abandonar la ciudad, temiendo por su carrera profesional, pero a medida que imaginaba a Héctor rodeado de campo, sosegado practicando de nuevo la pesca, explorando rincones como hiciera de niño, corriendo por senderos para hacer deporte y, sobre todo, alejado de las malas compañías, de esas amantes esporádicas de las que tanto alardeaba, de los bares, de las fiestas nocturnas,

del alcohol, de las drogas... Cada vez que veía de nuevo al niño, al adolescente que creció en un ambiente rural, al joven cariñoso que no ocultaba sus sentimientos y que reconocía sus errores, cada vez que veía al Héctor que tanto añoraba, su sonrisa creció de tal forma que hasta Iván, desconfiando como nunca de sus dos cuñados, se emocionó. Hacía más de dos años que no veía a su mujer tan radiante y feliz junto al inconsciente de su hermano y solo por ese instante de gozo, por el brillo en los ojos de Alicia, intentó confiar en la decisión de aquel arrogante e irresponsable. Laura, al igual que Raúl, sabía que iba a echar de menos tener cerca al loco de su cuñado pero, contagiada por la felicidad que su marido desbordaba por todos los poros de su piel, comprendió que aquellos dos años podían ser una oportunidad única para devolver por fin al Héctor que Raúl y Alicia recordaban y que ella apenas había llegado a conocer.

—Estoy empezando a pensar que te quieres librar de mí... —le reprochó Héctor al descubrir de nuevo la expresión de júbilo en el rostro de su hermano.

—¿Eso crees?

—Pues sí... Todavía no logro entender por qué estáis todos tan contentos.

—Puede que tengamos nuestras razones.

—No sé... Yo creo que os divierte verme sufrir, sobre todo a ti...

—No seas imbécil, Héctor. Alicia está encantada de que te vayas a vivir a media hora de su casa. Es muy posible que la veas más de lo que la ves ahora. Y nosotros iremos a visitarte cada dos sábados y estaremos en contacto por teléfono.

—Ya... —susurró desconfiado.

—Va, Héctor, deja de hacerte la víctima... ¿Ya lo tienes todo preparado? No puedes llegar tarde. Recuerda que tu comportamiento debe ser impecable — se burló Raúl ante la mirada amenazante de su hermano.

Una vez en el dormitorio, mientras los dos cargaban las maletas, Raúl se sorprendió al ver las cañas de pescar y acercándose a ellas, tomó una entre las manos.

—¿Ésta es la de papá?

—Sí.

—¿Te las vas a llevar?

—No sé, Raúl. Estoy tentado a hacerlo, pero no creo que pueda ir a pescar sin papá. No tengo fuerzas para eso.

—Llévatelas, a él le hubiese gustado. Los dos disfrutabais mucho pescando. Hazlo de nuevo, por él...

—Me las llevaré, pero no te garantizo que las use.

A pesar de lo hablador que Raúl se mantuvo durante todo el trayecto, Héctor casi no pronunció palabra. Y así había permanecido de callado y malhumorado desde que salió del despacho de la Juez. Había conseguido convencer a los socios del bufete de la necesidad de esos dos años de excedencia, había conseguido convencer a su hermana y sus cuñados sobre los falsos motivos de su repentina marcha, pero aún continuaba sin convencerse a sí mismo del beneficio que él obtenía al aceptar aquella oportunidad. Dos años a cambio de un juicio que, bien trabajado, podría llevarle a cuatro meses de prisión. Vale, sí, posiblemente optar por las escasas o nulas comodidades y la falta de libertad de una institución penitenciaria podía parecer de locos, pero serían cuatro meses y no dos años... ¡Dos años! Pensó resignado que al día siguiente, cuando saliera de su primer día de trabajo en la agencia de adopción, se pasaría por algún supermercado del pueblo y compraría un par de botellas de whisky. Iba a necesitar de nuevo ese somnífero para superar las noches silenciosas y solitarias del campo, tan alejadas del bullicio de la ciudad.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Raúl al ver a su hermano ausente.

—Perdona, estaba pensando en qué comprar mañana. ¿Qué me decías?

—Decía que ya solo faltan pocos kilómetros para llegar... ¿Estás viendo el paisaje? Esto es precioso.

Y realmente lo era, pensó Héctor. Se habían adentrado en una estrecha carretera comarcal rodeada de abetos, cedros, castaños y pinos. Una enorme paleta de colores con múltiples tonalidades de verde: lima, musgo, menta, jade y floresta. A pesar del calor propio de inicios de Julio, la humedad de la espesa arboleda y el refugio velado de las montañas hacían que el ambiente se mantuviera fresco. Raúl paró el aire acondicionado del vehículo y bajó la ventanilla, inspirando el aire limpio y percibiendo el olor a hojas húmedas que tanto le recordaba a su juventud. Héctor, sin embargo, a pesar de

reconocer la belleza del entorno, algo en su interior se negaba a relacionar Vilanén y sus alrededores con su niñez. No estaba dispuesto a permitir que nada de lo relacionado con aquel castigo, con las circunstancias que le habían arrastrado hasta allí, le resultara agradable, ni familiar. Había tomado la firme determinación de que obraría de la forma más frívola y práctica posible, limitándose a hacer su trabajo en la agencia de adopción y esperando la visita de sus hermanos para hacer más amena su estancia en aquel calabozo, en aquella extraña reclusión en semilibertad que le retendría nada más y nada menos que dos años... ¡Dos años!

Continuaron serpenteando la carretera hasta que aquel verde telón de frondosa arboleda se levantó ante ellos, dando paso a un bello espectáculo: sobre una colina de roca se acomodaba orgulloso Vilanén: casas centenarias de grandes portones, balcones salpicados de flores, farolas de hierro, calles empedradas y, sobre la cima, centinela y guardiana, la torre de una iglesia románica. Dando la bienvenida a los visitantes, el cartel con el nombre del pueblo se erguía sobre un viejo puente y bajo él correteaba un alegre riachuelo con aguas cristalinas y abundante caudal.

—Me parece que acabarás usando las cañas de pescar... —murmuró sonriente Raúl, mientras admiraba el paisaje con los ojos bien abiertos.

Pero Héctor, en su afán de evitar que aquel entorno le resultara agradable, gruñó con desprecio.

—Muchos mosquitos y demasiada humedad... ¡Vaya veranita me espera!

Ayudados por el GPS, llegaron a la dirección que les había indicado la Juez. La casa estaba situada en una de las esquinas de una gran plaza. Aquella debía ser la plaza más céntrica y concurrida del pueblo, dedujo Héctor, al contar casi cinco familias sentadas en la terraza del único bar abierto y unos diez u once abuelos repartidos entre los cuatro bancos que rodeaban la plaza. Entre los allí presentes y los fisgones que rápidamente se asomaron a las ventanas de sus casas para curiosear, Héctor ya creía haber visto a medio pueblo.

Llamaron al timbre. Unos segundos después, una anciana de unos noventa años apareció tras una gran cortina de tela roja por una puerta contigua.

Cuando Raúl se acercó a ella pudo comprobar que salía de una tienda, una especie de pequeño supermercado de esos donde puedes encontrar casi de todo amontonado en pocas estanterías. Héctor abrió los ojos asombrado, pero sin decir nada, se dirigió a la anciana que los miraba con curiosidad.

—Disculpe señora, ¿sabe usted si vive aquí Margarita?

—Sí, mi Rita... —balbuceó con dificultad.

—Perdone, señora, no la entiendo... —Héctor se acercó más.

—Mi Rita... —repitió ella molesta.

—Lo siento... —Sorprendido, se separó de la anciana—. Perdone si la he incomodado, no quería irritarla.... Verá, solo necesitábamos saber si...

—¿Qué pasa madre?

Una mujer de unos cincuenta años de edad apareció tras la anciana. Su complexión era delgada, pelo corto y moreno, vestía una especie de chándal de algodón de esos cómodos para estar por casa y lucía una gran sonrisa. Los observó a los dos y se sonrojó después de repasar con la mirada el cuerpo de Raúl.

—Mi Rita... —reiteró la anciana.

—Sí, madre sí, yo soy su Rita...

Raúl se echó a reír ante la situación tan cómica y la cara avergonzada de su hermano mayor. La mujer, que no dejaba de mirarle, se dirigió a él.

—¿Tú eres Aitor? ¿El abogado que va a trabajar en la agencia de adopción?

Héctor puso los ojos en blanco... Pero ¿tan difícil de memorizar era su nombre?

—Héctor, Aitor no, Héctor... —acercándose a ella, le tendió la mano—. Yo soy el abogado.

—¡Ah! ¿Tú? —dijo decepcionada, mientras le estrechaba la mano—. Yo soy Margarita, pero llámame Rita. Y ella es mi madre. Aquí todos la conocen como Doña Luisa.

—Encantado... Él es Raúl, mi hermano.

—Un placer... —saludó Rita aproximándose a él y dándole dos sonoros besos—. Aitor, tienes un hermano muy guapo... —exclamó mientras le



dedicaba un insinuante baile de pestañas a Raúl.

Éste se sonrojó y Héctor se echó a reír.

—Sí, lo es... —afirmó burlón.

—¿Venís los dos a vivir aquí?

—No, no.... yo no —respondió Raúl, sintiéndose intimidado por la mirada de aquella mujer—. Yo solo he traído a mi hermano.

—¡Ah! ¡Qué pena...! Pues, un momento, os llevaré a la casa de alquiler. No está muy lejos de aquí.

—Rita, ¿esta tienda es suya? —preguntó Héctor curioso mientras la veía abrir la cortina.

—Por favor, Aitor, puedes tutearme... Sí, es el único supermercado del pueblo. Esperadme aquí, entro a buscar las llaves de la casa y vuelvo.

Cuando la anciana y Rita desaparecieron tras el trozo de tela rojo, los dos hermanos se buscaron con la mirada y empezaron a hablar a la vez.

—¿Éste es el único supermercado del pueblo?

—¿Ésta es la psicóloga que tiene que evaluarme?

—¿Me estaba tirando los trastos?

—¿Por qué últimamente la gente me cambia el nombre?

—¿Has visto cómo me miraba?

Y después de unos segundos en silencio y sin dejar de mirarse con los ojos bien abiertos, los dos hermanos arrancaron a reír.

—¡Vaya dos años me esperan! —exclamó Héctor mirando al cielo.

La casa donde iba a vivir estaba a escasos cuatrocientos metros de la plaza, ya fuera del casco antiguo y cerca de una escuela. Era una casa unifamiliar relativamente moderna, amplia, con dos plantas y un garaje bajo tierra al que se accedía por una rampa. Tres escalones daban paso a la entrada principal. La primera estancia que vieron fue el salón. Era amplio, amueblado con un gran sofá cama, un pequeño sillón a juego, una mesa baja frente a un televisor de pantalla plana y unas estanterías vacías. Al fondo, en la esquina izquierda del salón, Héctor se sorprendió al ver una amplia cocina. Una barra americana la delimitaba con el salón, los muebles eran blancos y en la mesa

central bien podían comer hasta ocho personas. Y a la derecha, dos puertas y una escalera que subían a la segunda planta. Rita abrió la primera puerta.

—Por aquí puedes acceder al garaje —encendió una luz y bajó seis escalones—. Se pueden guardar dos coches y además hay un trastero con cosas que los dueños dejaron ahí por si algún inquilino las necesitaba —volvieron al salón y Rita abrió la siguiente puerta—. Esta pequeña habitación está diseñada para ser usada como despacho. Hay un escritorio y algunas estanterías — regresaron de nuevo al salón y antes de subir por las escaleras Rita les indicó una puerta que se ocultaba tras los escalones — . Ese es un pequeño cuarto de baño con aseo y ducha.

Mientras subían a la segunda planta, los dos hermanos se miraron sorprendidos por la amplitud y lo cuidada que se mantenía la casa.

—¿Hace mucho tiempo que no viven aquí los dueños? —preguntó Héctor.

—Bueno, en realidad nunca vivieron aquí. La decoraron e hicieron algunas reformas con la intención de alquilar la casa completa a una o dos familias durante el período vacacional, pero, como podréis comprobar, no la han usado mucho... está casi nueva.

En la parte superior había tres dormitorios, dos de ellos tenían una cama de matrimonio y un lavabo completo incorporado y el tercer dormitorio, situado entre los dos anteriores, era más pequeño y estaba amueblado con una única cama individual.

—Bajemos al jardín. No está arreglado pero es grande y tiene un porche muy acogedor.

Los tres atravesaron el salón y accedieron al porche por una puerta cercana a la cocina. Tal y como Rita les había explicado, el jardín era muy amplio pero estaba descuidado, repleto de malas hierbas, con dos setos sin podar desde hacía tiempo y restos de plantas ya envejecidas. En la parte central, unas baldosas de piedra configuraban un camino que atravesaba todo el jardín, aunque las hojas y las ramas secas lo habían cubierto por completo. Y las tablas de madera que formaban el suelo del porche chirriaban con cada pisada.

—Héctor, aquí tienes trabajo para entretenerte... a ti se te daba muy bien la

jardinería y la carpintería. Esto lo podrías dejar como nuevo —sugirió Raúl.

—No sé... —respondió escéptico.

—¿Se te da bien la jardinería? ¿Y sabes cuidar un huerto? —preguntó Rita interesada.

—Sabía... pero de eso hace ya muchos años.

—Interesante... —murmuró ella acariciándose la barbilla—. Bueno, os dejo que os acomodéis. Aitor, te preparé una empanada de atún, está en la nevera. Pensé que a estas horas y teniendo que instalarte, no te quedaría mucho tiempo para cocinar.

—¿Sí? ¡Ah! Muchas gracias, Rita —exclamó él, sorprendido y agradecido por tanta hospitalidad—. Pero, recuerda, me llamo Héctor, no Aitor, Héctor.

—Sí, es verdad, perdona... Ven, acompáñame y te explicaré fuera cómo puedes llegar a la agencia de adopción. No está demasiado lejos, cinco minutos andando.

Desde el exterior Rita le dio las indicaciones oportunas de qué camino debía recorrer y se despidió de los dos hermanos no sin antes plantarle otros dos sonoros besos a un Raúl de nuevo sonrojado y abrumado.

—Parece que le has gustado.... —se burló Héctor mientras la veía desaparecer calle arriba.

—Calla, calla... nunca antes me había sentido tan intimidado por una mujer.

—Ya, ya te he visto... —rio descaradamente—. ¿Me ayudas con las maletas?

Cargado cada uno con una maleta, subieron a la segunda planta de la casa y parados frente a las tres habitaciones Héctor señaló la mayor.

—Dormiré en ésta... —y torciendo su boca con esa sonrisa maliciosa que tanto exasperaba a Raúl, continuó—. Sí... y cuando vengáis los dos tú puedes dormir en la otra habitación grande... Y Laura... aquí, conmigo, claro.

—¡Joder!... Ya estamos otra vez.... —Dejando caer la maleta al suelo, Raúl se dio media vuelta—. Me voy...

—Pero, Raúl, entiéndelo... ¿no has visto la media de edad de las mujeres de este pueblo? Soy un hombre con ciertas necesidades que aquí no voy a poder cubrir... y tú eres mi hermano...

—¡Vete a la mierda! —Exasperado al límite, Raúl bajó las escaleras

apresuradamente—. Y lo tenemos que compartir todo... —Héctor iba tras él mientras continuaba en su afán de enrabiarse a su hermano pequeño para satisfacción propia, porque sí, esa era la razón principal, lo hacía por pura diversión.

—¡Imbécil!

—¡Cómo voy a echar de menos que me digas imbécil!

—Pues cómprate un loro que te lo vaya repitiendo... Adiós —gruñó Raúl mientras salía por la puerta principal.

—Adiós, hermanito, y no tardes en volver, con Laura, claro... no la olvides que la necesitaré.

—Joder... —Raúl entró en su coche farfullando toda una serie de improperios hacia su hermano mayor, como ya empezaba a ser costumbre cada vez que se despedían—. El día que te las pueda devolver, vas a saber lo que se siente... —murmuró mientras veía a su hermano adentrarse en su nueva casa—. ¡Qué ganas tengo ya de que llegue ese día...!

Pocos minutos antes de las ocho de la mañana y ataviado con uno de sus trajes de diseño, Héctor llegó a la puerta principal de la agencia de adopción. Estaba situada en la planta baja del único edificio alto del pueblo. Si es que un edificio de cuatro plantas se puede considerar alto... Una mujer rubia de unos cincuenta años de edad, con un sutil acento ruso, le dio la bienvenida. Atravesaron un espacio abierto que parecía una sala de espera y que comunicaba con tres despachos. Le acompañó hasta uno de ellos y le abrió la puerta, invitándole a entrar. Un hombre alto y delgado, que también rondaba los cincuenta, se le acercó ofreciéndole la mano. Héctor detectó en su mirada desconfianza y recelo, un manifiesto antagonismo que supo marcaría la relación entre ambos. Era evidente que ese señor desaprobaba su presencia, pero lo que él no podía sospechar era que Héctor también desaprobaba estar allí presente... y mucho.

—Héctor Soriano ¿verdad? Mi nombre es Andrés. Nos comunicaron el viernes que hoy empezarías a trabajar con nosotros.

—Sí, así es... Siento que haya sido todo tan precipitado.

—Lo ha sido, sí, pero teniendo en cuenta que llevamos ya dos semanas sin abogado y que el trabajo se empieza a acumular, una decisión así de rápida

era lo que necesitábamos. Así que, sin dar más rodeos, te voy a enseñar tu despacho y los expedientes sobre los que tenemos que trabajar urgentemente. ¿Conoces la Ley de la Adopción Internacional?

—Sí, por supuesto... —Lo que Héctor no le iba a explicar es que llevaba dos noches quedándose dormido con la Ley en la mano, preparándose para responder a esa pregunta.

—Perfecto... —Andrés abrió la puerta del que sería el despacho de Héctor a partir de ese instante—. Aquí trabajarás tú. Como ya sabrás somos una Entidad Colaboradora de Adopción Internacional, una organización acreditada tanto por el Gobierno como por los países de origen del niño. Trabajamos con Rusia, Kazajstán, Bulgaria y Polonia. Actuamos como facilitadores, es decir, informamos, apoyamos y asesoramos a los adoptantes. Les ayudamos también a obtener el certificado de idoneidad, documento imprescindible para iniciar los trámites internacionales. El único órgano competente para emitir ese certificado es el Instituto Catalán de la Acogida y de la Adopción. Normalmente somos Natalia y yo quienes recibimos a las familias que vienen a informarse y les tomamos los datos si deciden contratar nuestros servicios. Natalia es rusa y ella es nuestro contacto con Rusia y Kazajstán, puesto que habla los dos idiomas perfectamente. Yo hablo polaco, aunque tanto con Polonia como con Bulgaria muchos documentos y comunicaciones se escriben en inglés. Supongo que tienes un buen nivel de inglés.

—Sí, sí... ningún problema.

—Una vez nosotros tenemos los datos de los adoptantes, tú debes analizar su situación y las posibilidades de que puedan o no conseguir la idoneidad. Si cumplen con los requisitos necesarios según la Ley, te ocuparás de realizar el contrato de nuestros servicios y empezar los trámites para obtener la idoneidad. Trabajamos con un grupo de psicólogos que se encargan de realizar los informes de valoración psicosocial, visitando a las familias, conociendo su entorno y realizándoles una serie de test psicológicos. Una vez obtenemos el certificado de idoneidad y el informe psicosocial es positivo, enviamos todo al organismo competente del país de origen del niño. Tú deberás revisar los documentos y contratos que recibamos del país. Natalia o yo les ayudamos a preparar el viaje por medio de una agencia que también les proporciona un traductor. Trabajamos con unos abogados en el país de origen

que les acompañan al juicio y tramitan toda la documentación necesaria para que puedan abandonar el país con el niño sin problemas. Aunque no viajes, tú estarás en todo momento en contacto con estos abogados. Todos ellos hablan un perfecto inglés. Una vez las familias ya están en España, nosotros también tramitamos el informe de seguimiento post-adoptivo. Nuestros servicios finalizan transcurridos tres meses después de la adopción, siempre y cuando dicho informe sea positivo. ¿Tienes alguna pregunta?

Héctor había estado en todo momento atento a las explicaciones de Andrés. Conocía bien la Ley de Adopción y algunos de los trámites que éste le había descrito, pero aún desconocía en detalle sus funciones o su papel dentro de todo el proceso.

—Ha quedado bastante claro, gracias Andrés. Pero tengo algunas dudas... Si considero que existe algún impedimento para que una pareja pueda ser adoptante ¿quién se lo comunica?

—Natalia o yo, pues nosotros somos sus personas de contacto.

—¿Cómo estamos seguros de que son las personas adecuadas? Es decir, si poseen antecedentes penales no pueden ser adoptantes ¿Cómo sabemos que no han cometido ningún delito?

—Deberás confirmar el historial de ambos con la Policía. Ellos colaboran estrechamente con nosotros. En tu mesa tienes una lista de todos los contactos.

—Perfecto... Otra pregunta ¿habéis tenido alguna vez algún problema con el Juicio que se realiza en el país de origen del niño?

—No, hasta el momento hemos podido finalizar con éxito la adopción de todas aquellas familias que han conseguido la idoneidad.

—Entonces ¿tenéis plena confianza en los abogados de esos países?

Los músculos en el rostro de Andrés se tensaron y sus negras pupilas se transformaron en dos lanzallamas, proyectando un fluido de fuego capaz de desintegrar al abogado arrogante que tenía ante él.

—Héctor, entiendo que los abogados de ciudad como tú estéis acostumbrados a desconfiar de todo el mundo, pero aquí no somos así... —Era evidente que aquella pregunta le había enojado—. Aquí confiamos en el trabajo de los demás, sobre todo cuando llevamos años colaborando con personas que siempre se han mostrado muy profesionales.

—Claro, Andrés, tranquilo, solo era una pregunta...

—Ya... Pero, Héctor, este trabajo es serio, muy serio... tratamos con la felicidad de niños desamparados, abandonados, y de familias deseosas de acogerlos. Es muy importante que colaboremos todos juntos, como un gran equipo y la confianza es clave. El futuro de esas criaturas está en juego. ¿Ha quedado claro?

—Sí, por supuesto... —Héctor se sintió como un niño de dos años que acababa de recibir la primera bronca seria por parte de su padre. La situación no podía llegar a ser más infantil y absurda. ¡Como si él nunca se hubiese tomado en serio su trabajo!

Después de ese encontronazo, los tres se sentaron alrededor de la mesa de Héctor y comentaron los casos que esperaban ser atendidos. Éstos debían ser examinados por el abogado para comprobar si los aspirantes a adoptantes cumplían con los requisitos. Tres horas más tarde, Héctor ya los había revisado con detenimiento, comprobado con la policía si existía algún historial delictivo, revisado sus ingresos económicos con las declaraciones de renta y corroborado su residencia con el Padrón de habitantes del ayuntamiento correspondiente. Estaba empezando a formalizar los contratos para los adoptantes cuando el teléfono del despacho le sorprendió. Era una llamada interna. Natalia, aprovechando que tenía una entrevista con una pareja de posibles adoptantes, le invitó a asistir y así podría comprobar en directo cómo explicaba sus servicios y tomaba los datos. Cuando entró en el despacho de Natalia una pareja de unos treinta y pocos años observó a Héctor con recelo, de arriba a abajo, como si su presencia los intimidara. Ambos buscaron con la mirada a la mujer rusa que los estaba ateniendo.

—Os presento a Héctor, nuestro recién incorporado abogado.

Aquella introducción no les acabó de convencer y no cesaron de observarle de reojo mientras respondían a las preguntas de Natalia, a pesar de que el trajeado abogado con aires de insolente no pronunciara palabra alguna y se dedicara simplemente a escuchar.

Natalia era una mujer agradable, paciente, se mostraba siempre sonriente y a Héctor le sorprendió su casi perfecta pronunciación del castellano y su dominio de la gramática. Si no fuera por su color de pelo, sus ojos azules y su

ligero acento ruso, nadie podría sospechar de su procedencia. Cuando la entrevista finalizó y la aún desconfiada pareja salió por la puerta, su nueva compañera de trabajo le miró y le regaló una afectuosa sonrisa.

—Héctor, creo que sería mejor que cambiaras tu atuendo. Fuera de las grandes ciudades estos trajes intimidan a la gente.

—Sí, tienes razón... —reconoció Héctor resignado.

Se había acostumbrado a su elegante uniforme de trabajo e iba a ser complicado cambiarlo, sobre todo teniendo en cuenta que casi todo su armario estaba repleto de pantalones de pinzas, americanas a juego, camisas blancas y corbatas de colores neutros.

—Mi marido es camarero en el bar de la plaza. Hacen un magnífico menú diario. Yo como todos los días ahí ¿Quieres venir?

—Sí, gracias...

¡Por fin una buena noticia! La única persona del pueblo que no parecía mirarle con mala cara estaba casada con el camarero del bar de la plaza y le estaba invitando a acompañarla a comer... Tal vez no fuera la típica propuesta indecente que solía recibir de las rubias que a él tanto le gustaban, pero seguro que un buen menú casero le haría olvidar esas carencias y hasta podría llegar a considerar un exquisito plato de productos de la zona como sustituto del sexo. ¡A falta de pan, buenas son tortas...!

El bar era pequeño pero estaba limpio, era acogedor y tenía suficientes mesas para atender a los casi quince comensales que en ese momento disfrutaban de un succulento menú. Nada más entrar, Héctor supo quién era el marido de Natalia. Era alto, corpulento, facciones rudas, cabello rubio y ojos claro. Pensó que para completar el retrato del típico ruso que todos tenemos en mente solo faltaba que se llamara Dimitri. Natalia se acercó a su marido y después de besarle en los labios, los presentó.

—Cariño, él es Héctor, el nuevo abogado de la agencia. Él es mi marido, Dimitri.

—Encantado —dijo Héctor cerrando levemente los labios para no dejar escapar una risita o un “lo sabía”... tenía ante él un hombretón de dos metros de ancho con el que mejor no enemistarse.

—Bienvenido —saludó el ruso mientras los acompañaba hasta una mesa



vacía—. Ahora mismo os sirvo el menú. Hoy tenemos de primero ensalada con timbal de escalibada y anchoas, de segundo albóndigas con sepia y de postre requesón con miel.

—¡Espectacular! —exclamaron Héctor y su estómago, que gimió de placer al oír aquellas delicias propias de la gastronomía catalana.

—Y ¡espera a probarlo! María, la cocinera, es la mejor.

Y, efectivamente, María era la mejor. Héctor y Natalia dieron buena cuenta de sus platos y charlaron animadamente sobre la agencia, el pueblo, las razones que les había llevado a ella y a su marido a desplazarse hasta allí hacía ya diez años y, como no, también hablaron de Andrés. Ella le explicó que éste se mostraba así de desconfiado con los nuevos abogados porque ya habían pasado varios por la agencia y ninguno de ellos se había involucrado lo suficiente en el mundo de la adopción. Todos preferían buscar trabajo en importantes bufetes y no supieron valorar el trabajo tan importante que ellos desempeñaban. Héctor evitó hacer comentarios al respecto, pues entendía bien las razones por las que aquellos abogados acababan buscando trabajo en la ciudad. Se limitó a escuchar a Natalia y a disfrutar de aquellos succulentos platos.

Por la tarde, después de luchar durante varios minutos contra la gravedad que amenazaba con cerrar sus párpados, culpa sin duda de las dotes culinarias de María, consiguió redactar varios contratos de servicios y modificó y actualizó el modelo que se había estado usando hasta entonces pues, según él, algunas cláusulas estaban obsoletas. Aunque no sin antes discutirlo con Andrés, que se mostraba reacio a cualquier cambio y que le acabó tachando de engreído. Después del altercado, Héctor, que hacía grandes esfuerzos para mostrarse calmado, inició los trámites para conseguir el que sería su primer certificado de idoneidad.

Y, por fin, a las cinco de la tarde, se dirigió apresuradamente al peculiar y único supermercado del pueblo para comprar la botella de whisky con la que había soñado despierto todo el día. “Una copita, una copita y todo esta pesadilla desaparecerá...”, se repitió una y otra vez.

Atravesó con miedo la cortina roja que cubría la puerta del supermercado,

temiendo que el roce de aquel mugriento tejido con la piel le produjera alguna clase de extraño sarpullido. Y tras él se encontró con un pequeño mostrador y una decena de estanterías ataviadas con todo tipo de productos: carnes, embutidos, pescado fresco, lácteos, droguería, perfumería, pan, dulces, refrescos... Todo mal amontonado y nada organizado. Vio manzanas junto a colonias de hombre, pañales y quesos compartiendo estante, yogures y lubinas frescas en el mismo frigorífico, botes de lejía rozando paquetes de mortadela... todo un modelo de higiene y perfecta disposición que bien merecía el primer premio al mejor supermercado.

Rita no tardó en aparecer tras una puerta situada junto al mostrador. Cuando Héctor se acercó para saludarla se percató de que Doña Luisa lo observaba tras una estantería, sentada en un sillón repleto de cojines de todos los colores.

—Buenas tardes Aitor.

—Héctor, Aitor no, Héctor...

—Sí, perdona ¡qué despiste...! Es que tengo dos primos que se llaman Aitor y tu nombre es tan parecido... Nosotros somos de Galicia, de un pueblecito de la Coruña y en el norte abundan los Aitor.

—Tranquila Rita. No eres la única. Me han llamado Víctor y Aitor más de una vez.

—Héctor, Víctor, Aitor... todos acaban en tor, como el superhéroe ese del martillito —Rita comenzó a reír—. ¡Qué gracioso! Como el superhéroe... el “Dios Thor”

—Sí, sí... —Héctor la miraba atónito... aquella mujer estaba muy mal, pero que muy mal.

—Y dime, Thor, ¿Qué necesitas? —consiguió preguntarle después de varios minutos de carcajadas.

Héctor empezó a recitarle todo lo que creía necesitar para rellenar el frigorífico y los armarios de la cocina. Lo preciso para desayunar y cenar todos los días hasta el fin de semana. Una vez Rita metió todo en dos bolsas de plástico, Héctor le pidió lo que más ansiaba.

—...Y una botella de whisky.

—No. No tenemos whisky —respondió secamente.

—¿No?

—No.

—¿Y qué tienes de alcohol?

—Botellines de cervezas.

—¿Solo?

—Solo... —respondió ella con media sonrisilla.

—Pues ponme dos packs de seis, por favor —Aquello era el colmo.

—Sí, su majestad Thor... —Rita le hizo una reverencia entre risas.

“Y además con recochineo”, pensó Héctor.

Cargado con las bolsas, el ceño fruncido y cara de pocos amigos, Héctor caminó calle abajo. En ese instante un grupo de niños corría en dirección contraria y más de uno casi le hace perder el equilibrio. Las madres que los acompañaban le miraron con desconfianza y temor, como si aquel hombre trajeado con aire de engreído y cargado de cajas de cervezas, pudiera contagiar a sus hijos con alguna perversa enfermedad.

En casa, después de colocar la compra e introducir un par de cervezas en el congelador para que se refrescaran rápidamente, Héctor contempló el interior de su armario empotrado. Cinco pantalones de pinzas, tres americanas y seis maravillosas corbatas que no iba a poder lucir hasta dentro de dos años... ¡Dos años!

Eso si para entonces mantenía la misma talla de pantalón, porque después de comer todos los días los platos de esa maravillosa cocinera, dudaba mucho que pudiera volver a abrochárselos. Y, por el momento, no quería salir a correr para quemar esas grasas de más. Correr sin Raúl a su lado no iba a ser lo mismo.

De nuevo con cara de resignación y resoplando a cada paso, se preparó para una ducha con acción tranquilizante. Y cuando parecía que el vapor empezaba a borrar de su memoria ese día tan peculiar y que el aroma del jabón le hacía recordar los magníficos momentos vividos en la bañera de hidromasaje que había dejado abandonada en su ático, el agua cambió su temperatura. Sintió como si las tuberías se hubieran congelado y la nieve

cayera sobre sus hombros.

—¡Joooder...! —gruñó apretando los dientes por el frío.

Mojado y cubierto de cintura para abajo por una pequeña toalla, llegó hasta la caldera de gas y, después de varias pruebas, pudo deducir que el aparato había dejado de funcionar. Consiguió llamar a un número que Rita le había dejado anotado y pudo saber que no era la primera vez que aquella caldera fallaba y que se pasarían a repararla en un par de días.

Cenó algo ligero y sacó las dos cervezas del congelador, dispuesto a sentarse en uno de los escalones del porche e intentar olvidar aquel odioso día con la ayuda de ese ridículo grado de alcohol. Mientras daba sus primeros tragos a aquel indefenso zumo de cebada, contempló el jardín. Una hecatombe de hojas, ramas, raíces muertas e intentos de setos que solo podía ser comparable con el apocalíptico supermercado de Rita.

En ese instante, una triste sensación de nostalgia le asaltó. Pensó en su padre. En realidad pensaba mucho en él durante el día. ¿Qué le hubiese aconsejado si estuviera allí? ¿Qué pensaría de él si supiera que había tenido que abandonarlo todo por ser tan irresponsable? ¡Lo que daría porque estuviera sentado a su lado!

Se bebió casi de un sorbo el segundo botellín pero fue tan nefasto su efecto que desistió de continuar bebiendo cervezas inútilmente. Aunque debía reconocer que, si bien no se había emborrachado, al menos le habían refrescado. Y cuando estaba a punto de entrar en el salón para entretenerse con la televisión o con la lectura, el teléfono móvil le sonó.

—¿Qué tal hermano? ¿Todo bien por ahí?

—¿Todo bien? —Héctor puso los ojos en blanco y suspiró rendido—. En la agencia me han regañado como a un niño pequeño y mi compañero me odia. En el supermercado si te descuidas puedes comprar una botella de amoníaco en vez de una de aceite de oliva porque están tan juntas que parecen una promoción de dos por uno. Tu amiga Rita ha pasado de llamarme Aitor a llamarme Thor, el superhéroe del martillito, como dice ella. Se ha negado a venderme whisky y he tenido que comprar dos packs de botellines de cerveza, pero bebiéndome dos de golpe solo he conseguido eructar unas

cinco veces, porque emborracharse a base de botellines parece toda una utopía. Me miran mal por llevar traje de Armani y apenas tengo dos pantalones tejanos y cuatro camisetas para pasar el verano, así que te agradecería me compraras algo de ropa. El calentador de gas se ha estropeado cuando me estaba duchando pero, si tenemos en cuenta que la única mujer del pueblo que no me ha mirado con cara de asco es una rubia de cincuenta años casada con un ruso de dos metros de ancho y que, por tanto, no voy a poder echar un polvo en los próximos dos años, una ducha fría es, sin duda, lo mejor que me ha podido pasar hoy —Héctor oía las risas de Raúl al otro lado de la línea—. Así que, hermanito, hazme un favor, si alguna vez un Juez me vuelve a hacer elegir entre venir aquí o ir a la cárcel, recuérdame que le suplique que me ponga las esposas y me ingrese en prisión.

## CAPÍTULO 10

Los tres días siguientes no fueron mejores. Las discusiones con Andrés eran constantes. El miércoles repararon la caldera y por fin pudo acabar de ducharse sin sentir que su cuerpo se recubría de escarcha. Los únicos momentos del día en los que Héctor recordaba el significado de la palabra felicidad era disfrutando de los platos de María. Durante aquellos días había tenido la oportunidad de conocer a la cocinera. Ella y su marido Jordi regentaban el bar de la plaza. Supo entonces que eran dos los bares del pueblo: el de la plaza, donde servían menús a mediodía y tapas por la noche y el de la calle Viladrau, cerca de donde él vivía, que solo abrían por la tarde noche.

Sentarse en el escalón del porche al anochecer, mientras se bebía dos botellines fresquitos y conversaba por teléfono con Raúl, Laura o Alicia, se había convertido en una costumbre de la que no estaba dispuesto a renunciar. Pero, a pesar de esos momentos tranquilos al final del día, Héctor apenas conseguía dormir. Los nervios le impedían conciliar el sueño. Las taquicardias, la excesiva sudoración y las pesadillas le despertaban en más de una ocasión. El recuerdo de su padre, de su enfermedad, del momento de su muerte, de su imagen tirado en el suelo vomitando, del sufrimiento de Naira, la impotencia por el engaño de Ernesto, de las palabras de decepción de su hermano, del accidente que podía haberle costado la vida o, peor, la vida de algún inocente transeúnte... Sus múltiples borracheras después del divorcio, las palabras de su ex mujer aquella fatídica noche en el hospital, las posteriores peleas con Alicia por culpa de ella... Todos esos momentos, los más recientes, pero no por ello los menos dolorosos, o los más antiguos, pero no por ello los más olvidados... todos continuaban allí, en su mente, en sus noches de insomnio, en su conciencia, afianzados a su cuerpo como garrapatas, alimentándose de su sangre y de sus fuerzas para continuar adelante.

El viernes por fin llegó y a pesar de que la mañana en la agencia había vuelto

a suponer un constante rifirrafe con Andrés, la tarde se vaticinaba, por decirlo de alguna manera, interesante. Héctor estaba impaciente o intrigado por conocer las dotes psicoanalíticas de Rita. Si era ella quién debía realizar el informe que le libraría de la cárcel estaba obligado a comportarse bien delante de ella, mostrarse atento y responsable. Pero, ¿lo iba a conseguir? ¿Iba a poder contenerse cuando ella empezara a reírse de sus propias ocurrencias? ¿O cuando la recordara babeando por su hermano? De cualquier forma, no le quedaba más opción, debía comportarse y aguantar el chaparrón. Así que, a las cinco de la tarde, una vez salió de la agencia, se dirigió a casa de Rita. Al intuir a través de la tela roja que ella estaba en el mostrador de su impoluto supermercado, atravesó aquel vivero de gérmenes para recordarle que los dos tenían una cita esa tarde.

—Buenas tardes Dios Thor. ¿Qué te trae por aquí? —le saludó ella con una risa cargada de picardía.

—Buenas tardes Rita. Tenemos una cita esta tarde. De cinco a siete ¿lo recuerdas?

—Sí, es verdad... disculpa, me había olvidado —Bajándose de su taburete se dirigió a su madre—. Mamá, voy adentro, atiende tú a los clientes —y señalando la puerta que comunicaba con su casa, le invitó a entrar—. Vamos, Héctor, pasa.

¡Increíble! era la primera vez que Rita pronunciaba su nombre correctamente y hasta pareció una mujer normal cuando le sonrió, le señaló el sofá de su salón para que se sentara y le ofreció un café. Claro está, que aquella normalidad no podía durar demasiado tiempo.

—¿Tu hermano tiene novia?

—¿Por qué lo preguntas? —indagó Héctor con una media sonrisa en la boca.

—Bueno... verás. Tengo una hija, Brenda, tiene 21 años y en fin... como tu hermano se ve tan guapo y tan buen chico, pensé que podría invitar a Brenda un día a tomar algo... ya sabes.

—Sí, sí... entiendo. Pero por un momento pensé que eras tú la que estaba interesada en Raúl... —insinuó Héctor con pillería mientras le guiñaba un ojo.

—¡Por Dios, Héctor, que soy mucho mayor que él! Claro que no por ser mayor no voy a saber reconocer a un chico guapo.

—Ya, ya... Aunque siento decirte que lo de la cita con tu hija lo veo complicado. Mi hermano está casado.

—¡Ohh... eso es una verdadera pena!

—No para mi cuñada.

—No, por supuesto, es una mujer muy afortunada. No me cabe la menor duda —Y quedándose por unos segundos con una expresión de decepción y desencanto continuó suspirando—. Bueno ¡qué le vamos a hacer! Es que... desde que mi hija dejó los estudios va de un lado para el otro sin rumbo fijo. Me ayuda en la tienda, trabaja algunos fines de semana como camarera o hace de canguro... es buena chica, pero se ha juntado últimamente con malas compañías y no tiene buena fama en el pueblo.

—Entiendo... Y crees que conociendo a algún chico con buenas intenciones tu hija sentará la cabeza...

—Exacto. Yo soy viuda, mi marido murió cuando Brenda tenía tan solo diez años. He tenido que cuidar de ella y de mi madre yo sola durante todo este tiempo, además de hacerme cargo de la tienda... No sé, supongo que debí prestarle más atención y está en una edad en la que ya no sé qué más hacer para enderezarla... —Rita se quedó callada y pensativa durante unos minutos, dando pequeños sorbos a su café hasta que, repentinamente, su expresión cambió y como si no hubiesen estado hablando hacía tan solo unos minutos, continuó—. Dijo tu hermano que se te daba bien la jardinería ¿verdad?

—Bueno, sí, aunque de eso hace ya años... —¿Ahora a qué venía ese interés por sus habilidades?

—Ven, acompáñame... Tengo un jardín más amplio que el tuyo y también un huerto algo descuidado. Arreglarlo y cuidar de él será una de tus primeras tareas.

Héctor se quedó sin habla. Aquello debía tratarse de alguna prueba de comportamiento que debía superar, fruto de algún ensayo o investigación que relacionan la actividad al aire libre con la paz interna y el hallazgo de uno mismo. Estúpidos estudios de científicos que deben justificar las escasas subvenciones que perciben con tesis memas y vacías de conclusiones reales que las sustenten. Y ahí estaba él, un conejillo de Indias a punto de ser sacrificado en pos de la ciencia. Claro que él no estaba ahí simplemente para



ser diseccionado como un sapo en un laboratorio, estaba ahí para librarse de un período en la cárcel y un expediente delictivo. Y ya que había llegado hasta ese punto, no le quedaba más remedio que ponerse los guantes y comenzar retirando las malas hierbas del jardín. ¡En buena hora salió él de casa aquella noche y acabó en el bar de José! ¿A ver por qué razón no se quedó en casita, sentadito en su sofá, viendo la caja tonta y dejando que aquellas cuatro paredes acabaran con su agonía? No, él tuvo que salir de casa y joderlo todo.

A pesar de que a aquellas horas de la tarde la sombra de tres naranjos refrescaba el jardín de Rita, Héctor sentía como las gotas de sudor resbalaban por sus mejillas hasta desaparecer bajo la barbilla. Intentaba secarse con la escasa manga de su camiseta, cuando dos botas militares aparecieron entre la maleza. Con la mirada recorrió las dos largas piernas femeninas que se alzaban junto a él. Vestía unos pantalones tejanos cortos y una camiseta de tirantes negra. Su pelo despeinado estaba teñido con dos tonalidades de verde. La joven le observaba con los brazos en jarra.

—Hola, tú debes ser Héctor.

—Y tú debes ser Brenda.

Héctor se levantó para saludarla y para no parecer un pasmarote agachado en el suelo mientras ella lo observaba con curiosidad. Era apenas unos diez centímetros más baja que él y una vez casi a su misma altura, pudo contemplar su rostro de cerca. Tenía unas facciones suaves, mejillas sonrojadas, labios carnosos y unos ojos castaños llenos de vida. A pesar de esa apariencia de chica mala, como el ávido lector de pupilas que presumía ser, Héctor detectó además de inocencia, perspicacia y benevolencia en su mirada. Una mirada muy semejante a la de su madre.

—Así que tú eres el nuevo picapleitos...

—Exacto... y tú eres el bicho malo del que tan bien habla su madre... —le respondió él con una maligna sonrisa.

Pero la joven, lejos de molestarse por aquel cumplido, le respondió con una mueca divertida, mientras giraba sobre sí misma y caminaba hacia el interior de la casa.

—Pensaba que los abogados pijos de ciudad no decían bicho malo...

Héctor sonrió ante aquel comentario y resopló mientras murmuraba.

—Dos años menos una semana, Héctor, dos años menos una semana...

Continuó arrancando malas hierbas y retirando algunas de las plantas muertas hasta que por fin las dos horas de psicoanálisis finalizaron. Imaginó que Rita estaría atendiendo el supermercado y entró por la puerta que accedía a la casa para despedirse y de paso comprar una caja más de cervezas y una pizza congelada para cenar esa noche. Cuando estaba pagando, Rita le animó a que fuera al bar de la calle Viladrau.

—Los viernes algunos hombres del pueblo se reúnen allí para jugar a cartas. Te iría bien pasar un rato con ellos para conocerles y divertirte...

—Gracias, Rita, de verdad, pero no... prefiero ir a casa y descansar. Esta semana ha estado llena de sorpresas y estoy agotado.

—Entiendo... Tal vez la próxima semana.

—Tal vez... —mintió Héctor.

A pesar de incrementar el número de botellines después de cenar, aquella noche tampoco pudo llegar a emborracharse, pero el cansancio acumulado de la semana y, sobre todo, las dos horas trabajando en el jardín de Rita, le ayudaron a conciliar el sueño y consiguió dormir hasta seis horas seguidas. La mañana de su primer sábado lo dedicó a colocar algunas cosas que todavía tenía guardadas en cajas. Vestido con tan solo unos calzoncillos, programó una lavadora con los dos tejanos y las cuatro únicas camisetas que podía usar para ir a trabajar y volvió a recordarle a Raúl o, más bien suplicarle, que le comprara más prendas. Y por la tarde, después de comer y recoger lo poco que había desordenado en la cocina, el timbre de la puerta le sorprendió.

Al ver a su hermana con su sobrino en brazos la emoción casi le hizo llorar. Menos mal que fue rápido y vio a su cuñado tras ella. Su orgullo y la expresión de pocos amigos de Iván le secaron el lagrimal de un plumazo.

—Hola hermanito, te queríamos dar una sorpresa y de paso traerte algo de ropa, que nos ha cantado un pajarito que estás desesperado. Raúl me dijo tu talla y te la hemos comprado esta mañana. Espero que te guste.

—Muchísimas gracias Alicia —susurró Héctor abrazando con fuerza a su hermana—. Me gustará, seguro que sí. Gracias por venir, me alegro mucho de veros, de verdad... —Tomó a su sobrino en brazos y lo besó—. Y tú ¿cómo estás, grandullón? ¡Está guapísimo! ¡Qué ganas tenía de ver a este muchachote! Pasad, pasad... No os quedéis ahí... —Mirando de reojo a su cuñado se hizo a un lado para que pasara—. Hola Iván.

—Hola...

Parecía que el marido de su hermana no estaba de muy buen humor aquel día y Héctor intuyó lo que le ocurría. Seguro que Iván había intentado convencer a su mujer de que fuera ella sola y Alicia le habría estado insistiendo en que debía acompañarla y tratar de reconciliarse con su hermano. Cosa que, conociendo como conocía a Iván, iba a ser soberanamente imposible. Héctor sabía de buena mano cómo era de orgulloso su cuñado y era consciente de que si alguna vez volvían a ser amigos debía ser él mismo quien diera el primer paso. Cosa que, conociéndose como se conocía, en aquel momento, era algo muy lejos de convertirse en realidad.

Después de mostrarles la casa, intentando simular una ilusión que no sentía, Héctor sacó al porche tres sillas plegables que había encontrado en una de sus incursiones al garaje.

—La casa es preciosa, Héctor, y muy amplia.

—Sí, tal vez demasiado, para mí solo...

—Pero perfecta para que nos reunamos todos aquí.

—Eso espero, que vengáis a verme a menudo... —Héctor sonrió de medio lado al comprobar como Iván resoplaba ante ese comentario.

—El pueblo es muy bonito y hay un riachuelo perfecto para ir a pescar... ¿Te has traído las cañas?

—Sí, las he traído... Raúl me dice lo mismo, pero no sé... no me imagino pescando sin papá.

—Ya... —los ojos de Alicia se humedecieron—. ¡Cómo le echo de menos!

—Yo también... —dijo Héctor mientras depositaba suavemente su mano sobre la de su hermana.

—Y cuéntenos ¿qué tal en la agencia de adopción?

—Bien, bien... Es muy diferente a lo que estaba acostumbrado pero es menos estresante que un bufete. A las cinco ya he acabado y no tengo que llevarme trabajo a casa, por tanto, tengo mucho más tiempo libre. Pero, aunque eso

parezca una ventaja, me está costando adaptarme a este ritmo... demasiado tranquilo.

—Es extraño que en un pueblo tan pequeño haya una agencia de adopción. ¿Verdad?

—Sí, me contaron que es por el nombre del pueblo Vilanén, la villa del niño. Además en esta región hay un número elevado de adoptantes y padres de acogida. Es curioso. Tenemos muchos casos de adopción en trámites.

Y sin que apenas interviniera Iván, los dos hermanos continuaron conversando sobre lo mucho que Pablo había crecido, de cómo levantaba ya la cabeza y reconocía la voz de sus padres, de cómo iba a ser de positivo el cambio de entorno para Héctor, del entierro de su padre, del clima cálido y suave entre aquellas montañas y de las vacaciones que la pareja había programado para el mes de Agosto. Un par de horas más tarde, Alicia entró en el salón para dar de mamar a Pablo que ya había reclamado con su llanto su toma de las seis y los dos cuñados se quedaron en el porche sumidos en un incómodo silencio. Transcurridos unos largos minutos, Iván, que se había estado auto obligando a callar, explotó.

—Mira Héctor, a mí no me vengas con tonterías... Eso de la agencia de adopción a ti no te va y lo de vivir aquí menos aún. Te gusta demasiado tu mundo de abogado snob, tus fiestas nocturnas y tus amiguitas de “aquí te pillo, aquí te mato”. Y sea lo que sea que te traes entre manos, Raúl también lo sabe ¿verdad? Dime, ¿de qué va todo esto?

Héctor ya sabía que a Iván no le había convencido sobre las razones que le habían llevado hasta allí pero, la verdad, le traía sin cuidado la opinión de su cuñado. Así que, casi sin mirarle a los ojos, se levantó y dirigiéndose a la cocina preguntó.

—¿Una cerveza? Solo puedo ofrecerte botellines.

—¿Cerveza? —Iván, que comprendió en seguida que fuera lo que fuera lo que ese arrogante les estaba ocultando no lo iba a averiguar ese día, echó la cabeza para atrás y sonrió—. ¿Desde cuándo compras tú botellines de cervezas?

—Desde que en este hermoso y tranquilo pueblo no venden otra cosa de alcohol que esas indefensas mini botellitas de cerveza —ironizó Héctor

mientras se adentraba en la cocina.

Iván no pudo contener las carcajadas. Hacía demasiado tiempo que los dos cuñados no compartían unas risas. Y en ese instante, en silencio y sabiendo que ninguno de los dos iba a querer reconocerlo más tarde, ambos pensaron en lo mucho que estaban echando de menos su amistad.

—Si estás viviendo en un pueblo donde no puedes comprar whisky, estás confirmando mis sospechas... —murmuró Iván una vez vio desaparecer a Héctor tras la puerta—. Tú no estás aquí por decisión propia...

Aunque la visita de Alicia había supuesto para Héctor una dosis extra de energía positiva, una vez salieron por la puerta, la euforia apenas le duró unos minutos. Un par de horas después se encontraba postrado en el sofá, delante de la pantalla del televisor, mirando sin ver, oyendo sin escuchar y absorto en vacíos pensamientos. Incapaz de sentir pero cansado de padecer. Un extraño picor en la barbilla le despertó de su entumecimiento y con las manos se acarició la mandíbula. Llevaba dos días sin afeitarse. No le apetecía derrochar las escasas fuerzas de las que aún disponía y tomó la determinación de dejar crecer la barba. Sí, decidido, iba a utilizar la técnica de los camaleones para auto protegerse: el camuflaje. Vestir tejanos, camiseta de algodón y lucir barba iba a ayudarle a pasar desapercibido entre los habitantes de ese letárgico pueblo.

Después de un largo fin de semana, colmado de horas en blanco empotrado en el sofá, Héctor agradeció la llegada del lunes. Durante aquella segunda semana de trabajo, Andrés prosiguió en su empeño de dificultar su adaptación y recordarle la aversión que sentía hacia él. Héctor, sin embargo, no creía experimentar esa misma antipatía hacia su compañero pero la situación estaba mermando su resistencia, agotando sus, ya de por sí, escasas energías y se aferraba a su trabajo para sobrellevar aquella situación. Tal vez, semanas atrás, su vanidad hubiese puesto en su lugar a Andrés, respondiéndole de forma brusca y con ese aire de abogado soberbio que tanto le caracterizaba. Pero en aquel momento no era capaz, carecía del empuje necesario, de esa seguridad que antes derrochaba. ¿Qué había sido de su

confianza? ¿Estaría su autoestima haciendo cola en la puerta de embarque de algún aeropuerto dispuesta a disfrutar de unas largas y merecidas vacaciones? ¿O simplemente estaba cerca de él jugando al escondite?

El viernes, con la barba de una semana y, esta vez, con ropa adecuada para trabajar en el jardín de Rita, Héctor atravesaba de nuevo aquella mugrienta cortina roja. Al igual que hicieran la semana anterior, los dos se sentaron en el sofá del salón de la casa y compartieron una taza de café. Su peculiar psicoanalista lo miró curiosa y preocupada.

—Tienes mala cara Aitor.

—Héctor, Aitor no, Héector...

—¿No duermes bien?

—No... esta semana no he dormido demasiado. Tal vez sea que echo de menos mi cama...

“Y la bañera de hidromasaje de mi apartamento y una copa de whisky con hielo y un buen revolcón y un disco-bar y el trabajo en el bufete y el bullicio de la ciudad... y a mi hermano y a mi padre... y a mi padre...”, Héctor sentía crecer la añoranza a medida que pensaba en su familia, hasta el punto de recriminarse a sí mismo por haber extrañado su bañera antes que a su padre...

—¿Estás bien? Estás como ausente...

—Tranquila, estoy bien. ¿Quieres que continúe hoy con el jardín? He pensado que podría podar los setos que están plantados junto a los naranjos y también cortar algunas ramas del olivo. He visto que tienes unas tuberías para riego automático, te lo podría instalar —Centrar sus pensamientos en el jardín de Rita, aunque solo fuera durante dos horas a la semana, le distraía lo suficiente como para sentirse motivado, aun sin lograr comprender qué relación guardaba aquel trabajo con el informe para la Juez.

—¡Me parece perfecto! —Aplaudió ella emocionada—. Al final es verdad que serás mi superhéroe. ¡Héc-Thor, el superhéroe del martillo y de las tijeras de podar!

—Si consigo que me llames Héc-Thor, en vez de Ai-Thor... el esfuerzo habrá merecido la pena... —bromeó él entre risas. Debía reconocer que, aunque sufriera un extraño sentido del humor, aquella mujer empezaba a caerle bien.

Estaba acabando de podar el último seto cuando de nuevo las dos botas militares se le acercaron con sigilo. La joven de largas piernas y pelo verde lo observó con curiosidad y después de unos segundos de desafiarse con la mirada, ella arrugó la nariz.

—¿Eres el mismo picapleitos de la semana pasada?

—Me temo que sí...

—La barba te hace mayor y tienes mala cara... Los abogados de ciudad sufren mucho estrés... A tu edad deberías cuidar tu salud... —dijo ella con sarcasmo.

—¿Tan mayor me ves?

—Debes rondar los cuarenta y cinco...

—¡Joder!... Lo que me faltaba por oír... —Otra estocada más y caía muerto.

—Pues si no es así, háztelo mirar que estás fatal.

—Gracias por tu sinceridad.

—De nada... —y dando un giro de ciento ochenta grados, la muchacha se despidió—. Hasta luego.

“Esto es el colmo, cornudo y apaleado”, rumió enojado mientras acababa con la poda.

A las siete, Rita le volvió a recordar las partidas de cartas en el bar de la calle Viladrau y, agradecido, Héctor volvió a inventar excusas para no ir. Deseaba llegar cuanto antes a casa, intentar de nuevo relajarse a base de botellines y acostarse pronto. Con un poco de suerte, después de podar setos, se sentiría lo suficientemente cansado como para dormir del tirón. Y así llegaría el sábado, el ansiado primer sábado que Raúl y Laura iban a pasar con él. ¡Cómo los echaba de menos!

Aparcaron frente a su casa a las once de la mañana y cuando oyó parar el motor del vehículo, Héctor salió a recibirles. Ansiaba ver a su hermano, estrecharlo entre sus brazos, hablar con él cara a cara, saborear su compañía... Aquel sentimiento le sorprendió. Antes y durante su matrimonio había estado más unido a Alicia que a Raúl. Desde la muerte de su madre se había creado un vínculo muy especial entre los dos hermanos mayores.

Ambos cuidaron de su padre y del pequeño de la casa con un sentido de la responsabilidad impropio de niños de su edad. Y vivir juntos aquella fugaz infancia y posterior prematura adolescencia les unió de una forma muy especial. Y así continuaron de unidos hasta que las circunstancias que rodearon el divorcio de Héctor enfriaron la relación, tal vez temporalmente o tal vez para siempre...

Sin embargo, Raúl había sido su flotador salvavidas, la cuerda lanzada al vacío a la que se afianzó para volver a la realidad. A pesar de que había iniciado su relación con Laura apenas unas semanas antes del divorcio de Héctor, Raúl no dejó de responder a ninguna de las llamadas que recibió de su hermano mayor a cualquier hora del día. Películas de cine de las que nunca conoció el final, cenas que no llegaron a los postres, copas enteras abandonadas en la barra del bar, momentos de intimidad interrumpidos... Nada ni nadie impidió a Raúl acudir a donde quiera que Héctor se hubiera refugiado, aferrado a una botella, sangrando tras una pelea o esposado en una celda.

Y quizás fuera esa la razón por la que anhelaba tanto volver a encontrarse con él. Necesitaba de nuevo que le lanzara esa cuerda, que tirara de él y le sacara de aquel agujero.

No hicieron falta palabras. El abrazo de Héctor y la barba en su cara fueron un claro mensaje de socorro. Mientras apretaba su pecho contra el de Raúl, éste percibió apenado la desesperación que estaba sufriendo su hermano mayor. Una punzada de culpabilidad le caló el corazón. Debía haber intentado negociar con la Juez, convencerla para reducir la condena, utilizar otros contactos en la policía... O simplemente, no debería dejarle tanto tiempo solo, ir a verle más a menudo...

Pero... siendo objetivo, debía dejarse de inútiles sentimentalismos. Su hermano mayor tenía 32 años, abogado, un hombre hecho y derecho que solo necesitaba pasarlo un poco mal de verdad para que espabilara de una vez y se dejara de absurdas depresiones... Sí, solo era cuestión de tiempo, un poco más de tiempo, un poco más y Héctor se daría cuenta de que no podía continuar así...

—¡Joder Raúl, como te echo de menos! —Los ojos humedecidos de Héctor



hundieron de nuevo a Raúl.

“Mierda, está fatal... y yo tengo la culpa, yo tengo la culpa... Está de nuevo entrando en una depresión y yo podía haberlo impedido... Mierda, mierda...”, se lamentó el policía.

—Aunque te echo más de menos a ti, preciosa... —Cambiando el tono de voz, Héctor rodeó con un brazo la cintura de Laura y la besó en la mejilla, bajo la mirada incrédula de su hermano—. Cuñada, estás cada día más guapa... Pensé que vendrías sola...

—Imbécil... —murmuró Raúl caminando tras ellos.

“Este no tiene depresión, lo que tiene es más cara que espalda... Y tú sintiendo pena por él... No aprenderás nunca...”, se dijo malhumorado.

Los dos cuñados recorrieron la casa cogidos de la mano. Laura, tan risueña y cariñosa como siempre, se dejó llevar por el sinvergüenza de la familia contemplando de reojo a su ceñudo marido. Y Héctor disfrutó como un niño. Necesitaba esas dosis de perversidad para sentirse vivo, para comprobar si seguía en forma, para recordar su vida anterior, aunque con ello estuviera sacando de sus casillas a su querido hermano, a quién de verdad echaba de menos... y mucho.

A pesar de esos primeros instantes de tensión, el resto de la mañana lo pasaron sentados en el porche, riendo y charlando afablemente. Héctor explicó sus aventuras y desventuras en el supermercado de Rita, su primer y nefasto día en el pueblo, sus discusiones con Andrés, sus encuentros con la joven de los pelos verdes y los deliciosos platos de María. Prepararon juntos el almuerzo y disfrutaron de él en la mesa de la cocina.

Mientras Laura acomodaba la habitación donde iban a dormir esa noche, los dos hermanos recogieron los platos.

—Desde que te aparecieron los primeros pelos en la barbilla no has dejado pasar un máximo de tres o cuatro días sin afeitarte. Y solo en casos extremos, porque normalmente lo haces a diario. Sin embargo, hace ¿cuánto?, ¿una semana que no te afeitas? —preguntó Raúl.

—Una semana y dos días.

—Y este descuido en tu imagen ¿a qué es debido?

—Pues, a que no me apetece afeitarme y porque he pensado que así me camuflé mejor entre los habitantes de este pueblo. Según la hija de Rita

aparento 45 años...

—Ya, claro... Pero, ahora, en serio... Dejando a un lado las bromas, las ironías y las insolencias. ¿Cómo estás?

—Pues ¿cómo crees que voy a estar? ¿Cómo estarías tú?

—No sé... supongo que estaría... —Raúl realmente no sabía qué responder, hasta ese momento no se había parado a pensar en cómo se sentiría él en tales circunstancias.

—Agobiado, decepcionado, cansado, aburrido..., en definitiva, bien jodido

—fue Héctor quién respondió a su propia pregunta.

—Entiendo...

—No, no lo entiendes Raúl... Tú no te has sentido engañado y defraudado como yo, tú no te has hundido hasta tocar fondo como lo he tocado yo, tú no has fallado a todas las personas que quieres como he hecho yo... Tú no estás aquí encerrado y castigado como lo estoy yo...

—Joder, Héctor... ¿Por qué no dejas de comportarte como un niño llorón que se compadece de sí mismo y empiezas a hacer algo para cambiar las cosas?

—¿Cómo qué? ¿Qué coño crees que puedo hacer en este pueblo para cambiar las cosas?

—Pues no sé... podrías intentar adaptarte, disfrutar del entorno, cuidarte, conocer gente, leer, aprovechar tu tiempo libre para buscar otras aficiones como, por ejemplo, coleccionar chapas de cervezas, aprender a hacer punto de cruz... Yo qué sé... Pero no te quedes ahí parado, lamentándote todo el día por lo que has hecho o dejado de hacer.

—¿Punto de cruz? —sonrió Héctor alzando una ceja.

—Sí, punto de cruz... debe ser entretenido.

—Echo de menos salir a correr contigo.

—Y yo...

Tras un fin de semana en la mejor de las compañías, Héctor volvía a su nueva rutina y su estado de ánimo a bajo mínimos.

El viernes siguiente, de camino a casa de Rita, Héctor vio a lo lejos una pareja de jóvenes en un callejón, a pocos metros del supermercado. El pelo

verde de ella era inconfundible. El chico que acompañaba a Brenda estaba apoyado sobre una moto de alta cilindrada y ella agitaba los brazos, aparentemente irritada. Se acercó con disimulo, intentando no llamar la atención, lo justo para escuchar la conversación y no ser visto.

—Te he dicho que me dejes en paz —gruñó Brenda.

—¿Por qué no respondes a mis mensajes? Los has leído y no me digas que no...

—Deja de controlar todo lo que hago. Sé que llamas a mis amigas para saber dónde estoy y qué hago. Y te he visto seguirme hasta mi trabajo. Te he dicho mil veces que no quiero salir contigo.

—Vamos Brenda, déjate de tonterías y reconoce que te mueres de ganas por volver conmigo. Lo pasábamos muy bien...

—Lo pasábamos... exacto, lo has dicho en el tiempo correcto, en pasado. Yo ya no quiero estar contigo.

—Ven aquí nena, dame un beso...

—Suéltame, joder...

Al escuchar esa orden Héctor asomó la cabeza por el callejón y al comprobar que él la sujetaba en contra de su voluntad, se acercó apresuradamente.

—¿Qué pasa Brenda? —preguntó Héctor con rudeza.

—¿Conoces a este tío? —El muchacho le miró con desaire.

—Sí... es... es un amigo —respondió ella temblorosa al notar como el joven, que aún sujetaba su brazo, apretaba con más fuerza.

—Vamos Brenda, ven conmigo... —Héctor le tendió su mano.

—Ella no va a ningún sitio y menos contigo. ¿Pero tú quién coño eres? —Zarandeo a la chica para que le mirara a los ojos—. ¿No estarás liada con este viejo?

—Suéltala ahora mismo... —exigió Héctor.

—Brenda ¿quién es este tío?

—Es... es abogado...

—Sí, soy abogado y he oído bastante como para saber que Brenda podría denunciarte por acoso: vigilancia, persecución, intento de establecer contacto a través de terceros, en definitiva, claros actos de hostigamiento. Así que suéltala o me encargaré personalmente de que pases unos meses en prisión.

Ante tanta palabrería técnica y la mirada amenazante de Héctor, el joven soltó a Brenda, arrancó la moto y se evaporó callejón arriba. Ella corrió hacia la puerta del supermercado y desapareció tras la cortina roja. Una vez solo en la calle, Héctor resopló, incrédulo. Si había algo que le llevaba los demonios era esa actitud dominante que algunos hombres se empeñaban en imponer a las mujeres. Él solo se había enamorado una vez, pero conocía lo suficiente a las féminas, sobre todo en el aspecto sexual, como para saber que no había nada mejor que una mujer liberada, independiente y considerada. Mantener una relación de respeto e igualdad con una mujer suponía conseguir una compañera de cama proactiva, aventurera y desinhibida. Y eso, sin duda, era el botín del pirata, la golosina del glotón... bueno, en definitiva, el sueño de todo hombre. Por tanto, ¿por qué ese afán de dominar cuando es mucho mejor dejar que ellas sean las que dominen? O, mejor aún, ¿para qué usar la dominación si lo que nos interesa es compartir a partes iguales?: yo te dejo mi cuerpo, tú me dejas el tuyo y ¡a disfrutar del momento!  
¡Qué ganas de complicar lo fácil!

Inmerso en esos pensamientos, Héctor entró en el salón de Rita. No había ni rastro de Brenda y su madre parecía no estar al corriente de lo que acababa de suceder.

—Buenas tardes querido Thor.

—Buenas tardes querida Rita.

“Si quiere broma y buen humor, pues le daremos dos tazas”, pensó él.

—¿Hoy también vas a usar las tijeras de podar? —preguntó ella, con esa sonrisita que sabía invocar a los espíritus de los chistes malos.

—Hoy, si a la señora le parece bien, su superhéroe había pensado dejar a un lado el martillo y utilizar el pico para remover la tierra y la pala para extraer algunas raíces muertas. Así que, si usted está de acuerdo, Héc-Thor, el Dios del Trueno, se pone ya manos a la obra.

—Me parece perfecto, pero, por favor, mi querido superhéroe, no olvide usted que también tiene un huer-Thor que espera de sus cuidados.

—Descuide, mi querida Rita, que no he olvidado que también soy su

horticul-Thor, su recolec-Thor y si me consigue un trac-Thor puedo llegar a ser su agricul-Thor. Pero por favor, le ruego que tenga en cuenta que con este calor parezco un calefac-Thor y una botellita de agua fresquita le evitará tener que usar conmigo un extin-Thor.

Las carcajadas de Rita hicieron reír a Héctor. Aquella conversación podía ser de lo más absurda, pero debía reconocer que esa alocada mujer le divertía. ¿Sería éste uno de sus extraños métodos de psicoanálisis?

—Héctor, Héctor... —Rita apenas podía continuar por las risas—. Cuando hablas así te pones muy seduc-Thor...

—¡Ehhh! Esa me ha gustado... —exclamó animado.

Estaba concentrado removiendo la tierra cuando Brenda se le acercó sigilosamente. Como aquello había empezado a ser una costumbre, Héctor ya estaba preparado para el asalto y empezó a hablar sin levantar la mirada.

—Espero que vengas a darme las gracias, al menos...

—No necesito la ayuda de nadie y menos la de un hombre. Siempre me las he apañado muy bien yo sola... —su voz desgarrada hizo que Héctor levantara la mirada.

La joven tenía los ojos húmedos y la nariz sonrojada por el llanto. La expresión en su mirada le hizo comprender que Brenda necesitaba mucha más ayuda de la que ella creía necesitar y a Héctor le abordó un sentimiento de paternalismo que jamás había experimentado antes. ¿Se estaría haciendo mayor? ¿O era culpa de la barba que no solo estaba envejeciendo su imagen?

—Vale, vale... —intentó tranquilizarla mientras se levantaba para estar a su misma altura—. Pues si no quieres mi ayuda, no te preocupes, hablaré con tu madre y le explicaré lo que acabo de presenciar...

—No, no... no, por favor, no le cuentes nada a mi madre...

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Por favor... Ella se preocupa demasiado por mí, sufre mucho, no quiero darle más problemas... —Ya sabía él que no se equivocaba, esa chica tenía buen corazón, lo leyó en su mirada el primer día.

—No se lo diré, pero con una condición.

Esa supuesta condición puso en alerta a Brenda, que dio un paso para atrás y le lanzó una mirada de desconfianza.

—No pienso salir contigo y menos aún devolverte el favor en carnes.

Definitivamente, se estaba haciendo mayor. Hasta ese instante no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de usar por fin los preservativos que amenazaban con caducarse. La observó detenidamente, de arriba abajo. La chica no estaba mal pero todavía no creía estar tan desesperado como para no ver que ante él tenía a una inocente e inexperta jovencita que en ese momento no solo estaba asustada, sino que a través de sus pupilas suplicaba a gritos un poco de comprensión.

—Tentador... —mintió—, pero no.... La condición es que si ese chico vuelve a molestarte me lo tienes que decir enseguida.

—No pienso denunciarle, no quiero más problemas en el pueblo. Él lo negará todo, su familia tiene mucho dinero y mi reputación no es muy buena... Nadie me apoyará.

—Antes de formalizar una denuncia iría yo personalmente a hablar con sus padres.

—Pero él es mayor de edad...

—Sí, pero vive con sus padres ¿verdad?... Pues tranquila que ellos se encargarán de pararle los pies. Si les enseño pruebas suficientes como para seguir con una denuncia, harán lo que sea para que deje de acosarte y evitar perder el tiempo con abogados y vistas con el juez, créeme —Se acercó y la agarró de los dos brazos con delicadeza—. Brenda, si vuelves a ver que te sigue o intenta localizarte, directamente o a través de tus amigas, me lo dices de inmediato ¿de acuerdo?

—Vale... lo haré.

—Así me gusta...

Después de intercambiarse los números de teléfono, Brenda estaba dando media vuelta para entrar en casa cuando volvió a dirigirse a Héctor.

—Los viernes y los sábados por la noche trabajo en el bar de la calle

Viladrau. Ven cuando acabes a tomar algo, te invito. Te lo has ganado.

—¡Dios existe! —Héctor alzó los brazos y sonrió ante la cara de sorpresa de ella—. Pensé que en este pueblo jamás recibiría una invitación de ese tipo de una chica joven y guapa como tú.

—Picapleitos, no te hagas ilusiones, un chupito y ya está... —Brenda le devolvió la sonrisa.

—Vale, bicho malo, iré... No sé qué clase de acuerdo tenéis tu madre y tú con el dueño de ese bar, pero allí estaré...

Y después de despedirse de Rita y pasar por casa para ducharse y cambiarse de ropa, Héctor se dirigió al tan famoso bar de la calle Viladrau.

Era más reducido que el de María y Joan. Apenas había tres mesas en el salón y alrededor de la barra pudo contar cuatro taburetes. Brenda le saludó levantando la mano detrás de la barra y Héctor se sentó frente a ella.

—¿Qué te apetece? ¿Una cerveza o algo más fuerte?

—Por favor, por favor... dime que tenéis whisky —suplicó temiéndose una negativa.

—Pues... me temo que no.

—¡Increíble! ¿Es que este pueblo se ha puesto de acuerdo para jorobarme?

—Picapleitos, no te creas tan importante... Aquí nadie toma whisky y por eso no compramos.

—Entonces ¿Qué se puede beber en este bar que sea más fuerte que una cerveza?

—Ratafia.

—He oído hablar de ese licor. Es típico en el norte de Cataluña ¿verdad?

—Sí. El que servimos aquí es de elaboración propia. Esteban, el dueño del bar, prepara uno buenísimo... Es fuerte y a la vez dulce.

—Pues ya estás tardando en ponerme un vaso bien cargadito con un cubito de hielo —Héctor le guiñó un ojo.

—Marchando... —sonrió Brenda.

Mientras ella le preparaba el licor que por fin iba a devolverle los grados de alcohol que tanto ansiaba su cuerpo, Héctor dio un giro a su taburete y

observó al grupo de hombres que jugaba a cartas en una de las mesas redondas del salón. Enseguida supo que debía tratarse de la congregación de pensionistas, amigos de Rita. Eran cuatro y todos ellos debían rondar los sesenta años. Al entrar en el bar pudo comprobar cómo se fijaron en él, pero luego continuaron con su juego sin comentar nada. Con seguridad que ya sabían que aquel joven con barba que se dejaba ver por allí era el nuevo abogado de la agencia.

En ese instante estaban todos en silencio, concentrados en sus propias jugadas, cuando uno de ellos lanzó una de sus cartas boca abajo, sobre las que reposaban esparcidas por la mesa.

—¿Ya has acabado?... Pero si apenas hemos dado un par de vueltas... — exclamó uno de ellos sorprendido.

—Me salió una buena mano —respondió el ganador de la partida, sonriente y satisfecho.

—Pues nos has jodido bien... Yo debo tener aquí más de cincuenta puntos.

—Anota, Antonio, treinta puntos para mí.

Héctor sonrió al recordar las veces que había jugado con sus hermanos y su padre al remigio, sobre todo durante las noches de tormenta. Algunas, incluso, a la luz de varias velas, a la espera de que se arreglara la avería eléctrica que había dejado a oscuras todas las casas de la zona.

—Cada viernes por la noche vienen a jugar —Brenda le sorprendió por detrás—. Sus mujeres quedan para ir al cine o van a cenar al bar de la plaza y ellos mientras están aquí. ¿Te los presento?

—No... no es nece... —Pero no había acabado la frase cuando ella levantó la voz.

—¡Chicos! Él es Héctor, el nuevo abogado de la agencia —y señalando a uno de los jugadores comenzó a decir sus nombres—. Él es Ignacio, el maestro de la escuela. Antonio, el alcalde. Luis es médico y él es tu colega Adolfo, abogado como tú.

—Encantado —dijo saludándolos con un gesto.

Tal vez fuera la congregación de los casi pensionistas del pueblo, pero debía reconocer que el grupo era de lo más selecto.

—¿Sabes jugar al remigio? —preguntó Adolfo. Éste, al ver como Héctor asentía, le invitó—. Siéntate con nosotros.



—No, gracias... no me voy a quedar mucho tiempo.

—Bueno, como quieras, pero si algún viernes te apetece acompañarnos, ya sabes dónde estamos.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Mientras los observaba comenzar una nueva partida, Héctor fue dando largos sorbos a aquel licor que, debía reconocer, estaba sumamente delicioso. Tal vez demasiado dulce para su gusto, pero con los suficientes grados de alcohol como para recordar a su tan añorado whisky. En apenas cuatro tragos acabó con la ratafia y después de darse la vuelta para encontrarse de frente a Brenda, le pidió que rellenara de nuevo su vaso.

—Sí, picapleitos, pero a ésta segunda ronda ya no te invito yo... —le advirtió ella con esa risa pícara heredada de su madre y que ambas utilizaban cuando pretendían ser divertidas.

De nuevo con el vaso lleno, continuó escuchando, esta vez sin ver, al grupo de hombres que jugaban a cartas.

—¿Sabéis si va a venir Gonzalo hoy? —oyó preguntar a uno de ellos.

—Ni idea... Ya sabes que este hombre es un misterio... Desde que se divorció de Carmen no le habíamos visto casi por el pueblo, aunque lleva unos viernes honrándonos con su presencia... —Los demás sonrieron—. Esperemos que también nos acompañe hoy.

—Pues sí... es una pena ver a un hombre aún joven tan solitario —afirmó Luis.

—Pero él es feliz... Creo que el divorcio le sentó bien.

—No me extraña... Nunca hicieron buena pareja y Carmen era una arpía. Nos hizo un favor yéndose del pueblo.

En aquel instante, la puerta del bar se abrió. Todos los allí presentes, menos Héctor, que permanecía de espaldas, contemplaron como aquel hombre moreno, alto y corpulento, entraba sigilosamente, deslizándose con esos pasos tranquilos y discretos que tanto le caracterizaban.

—Gonzalo, precisamente estábamos hablando de ti.

—Buenas tardes.

—¿Nos acompañas? —preguntó Antonio.

—No, hoy no... —sin dar más explicaciones Gonzalo se acercó a la barra y se dirigió a Brenda—. Una cerveza, por favor.

Se sentó en el taburete que estaba en uno de los extremos de la barra. Después de un par de largos sorbos a su ratafía, la curiosidad animó a Héctor a voltear la cabeza levemente, lo suficiente como para observar de reojo al recién llegado. Debía ser unos diez, o tal vez doce años mayor que él, por tanto, el más joven de los hombres del pueblo que había conocido. Pensó que su ancha espalda, sus hombros musculados y su piel morena debían ser fruto del trabajo en el campo. A pesar de haber franqueado la barrera de los cuarenta, ni en su negra cabellera, ni en su incipiente barba, asomaba rastro de canas. Sin embargo, las arrugas en el contorno de sus ojos y la rigidez en su rostro revelaban su edad. Tomó su cerveza y empezó a beber directamente de la botella sin mediar palabra, sin siquiera mirar a su alrededor.

—Gonzalo —Brenda llamó su atención—. Él es Héctor, el nuevo abogado de la agencia.

Al presentarlos, Héctor se giró para mirarle de frente, pero Gonzalo no cambió su postura y apenas le miró de soslayo, agitando sutilmente la cabeza para responder al saludo. Ante aquel frío ademán, el abogado respondió con gesto similar y continuó dando largos tragos a su ratafía.

—¿Has ido a pescar hoy?

Aquella pregunta de Brenda sorprendió a Héctor que levantó la mirada desconcertado. Por un momento creyó que se estaba dirigiendo a él. Pero no, la chica estaba entablando conversación con aquel misterioso individuo.

—Sí, fui por la tarde.

—Y ¿ha ido bien?

—No me puedo quejar...

Escuchando el interrogatorio, Héctor sintió una repentina punzada en el pecho, una inesperada desazón que le arrugó el corazón. La templanza, la entereza y la sobriedad en la voz de ese hombre le recordaron a su padre.

Volvió la mirada hacia los que conversaban a su lado. Aquel individuo continuaba bebiendo de la botella. Respondía a las preguntas de Brenda con frases escuetas, pero manteniendo su mismo tono de voz. Y entonces, al percibir la inspección a la que estaba siendo sometido, Gonzalo clavó sus pupilas en las del abogado indiscreto, tal vez con la intención de intimidarle o tal vez para imitarle. Pero Héctor, lejos de sentirse cohibido, se mantuvo firme y estudió su mirada. Sus iris eran de color grisáceo, con destellos plateados, pero no se mostraban fríos, ni distantes, sino que invitaban a la exploración. Los párpados y las cejas se agitaban pausadamente, sin prisas, como si no hubiera nada a su alrededor que le pudiera perturbar. Muy probablemente esa mirada no había encontrado aún algo digno de su asombro. Y sus negras pupilas, aquellas dos puertas abiertas que le incitaron a explorar, también le recordaron a su padre. Esas emociones le trajeron a la memoria el momento de su muerte y la angustia embistió de nuevo en su estómago.

—Héctor ¿tú has ido alguna vez de pesca? —sorprendido, miró a Brenda. Al parecer ahora la pregunta sí iba dirigida a él.

—Sí, solía ir con mi padre... pero de eso hace ya mucho tiempo —respondió en un suspiro—. ¿Me pones otra ratafía, por favor?

Acabado el escrutinio y la contemplación, los dos hombres de la barra volvieron a sus posturas iniciales. Gonzalo continuó dando sorbos a su cerveza y Héctor esperó que Brenda rellenara por tercera vez su vaso. Aquella dulce pócima podía tener dos efectos muy distintos: o le agravaba la angustia o la eliminaba de un plumazo.

—Picapleitos, cuidado que la ratafía es peligrosa...

—No te preocupes. Estoy acostumbrado a soportar esto y más... —afirmó sin referirse precisamente al alcohol.

A partir de ese momento, Héctor se mantuvo fijo en su asiento, inmóvil sujetando su vaso, ajeno a todo lo que ocurriera en ese bar, en ese pueblo o en su nauseabunda vida. Bebió de nuevo, como hacía días que no había vuelto a hacer, con un único propósito: acabar inconsciente, consumido, humillado y fracasado. En el suelo, en la cama, en la calle... ¿acaso importaba el lugar?

Brenda intentó en vano hacerle recapacitar. Le pidió que bebiera con medida,

le advirtió de los efectos de ese licor, de cómo se iba a arrepentir al día siguiente, sin embargo, Héctor hizo oídos sordos. Pero, como en cabezonería a Brenda no había quién la superara, la muchacha se negó a rellenar de nuevo su vaso.

—Vamos, bicho malo, no seas aguafiestas y échame más de ese sabroso brebaje —suplicó Héctor con torpeza.

—Ni hablar, picapleitos. Tú te vas ahora mismo derecho para tu casa... —ordenó ella sin contemplaciones—. ¡En buena hora te invité a una copa! Si lo llego a saber...

Gonzalo, que no se estaba perdiendo detalle del estado del abogado, dejó unas monedas sobre la barra y se bajó de su taburete.

—Brenda ¿dónde vive?

—En la casa de alquiler de los Ramírez, dos calles más abajo...

—Sí, ya sé dónde está —agarró a Héctor de un brazo y rodeó con él su cuello para que no cayera—. Vamos, baja de ahí que te acompaño.

—No hace falta... aprendí a andar solo a los diez meses ¿sabes? —apenas sin fuerzas, se dejó llevar por las potentes manos de Gonzalo mientras continuaba parloteando con dificultad—. Mis padres decían que iba a ser atleta porque cuando los demás niños de mi edad empezaban a andar, yo ya corría sin miedo.

—Interesante... —murmuró Gonzalo mientras se despedía de Brenda. Ella le correspondió con un “gracias” en los labios.

—Y fíjate si he corrido desde entonces que he acabado aquí... —rio Héctor—. En el fin del mundo... Mis padres ya lo decían ya, “este niño llegará lejos” y fíjate... ¡Si hasta tenían razón y todo! —su ineptitud en el habla y la emoción contenida que despertaban sus palabras hacían que aquel monólogo resultara lastimero.

Agarrando sus hombros, Gonzalo continuó arrastrándolo calle abajo.

—Si estuvieran vivos se sentirían orgullosos de mí ¿verdad?

—Supongo...

—Pues yo creo que no y ¿sabes por qué? —parándose por un momento, Héctor miró a su acompañante.

—No... —Gonzalo deseó tener las piernas más largas para llegar lo antes posible.

—Porque al final corrí tanto, tanto, tanto, que me pasé de la raya... —soltó una carcajada—. ¡Qué gracioso! ¿Verdad? Me pasé de la raya y nunca mejor dicho.

Gonzalo suspiró aliviado al llegar frente a la casa de Héctor. Éste se deshizo de los brazos de su portador, sacó sus llaves del bolsillo y comenzó a agitarlas de un lado a otro, esperando que la cerradura se dejara de jueguecitos y se detuviera de una vez por todas. Cansado de ver cómo aquel abogado hacía el ridículo, Gonzalo le quitó las llaves y abrió la puerta.

—Vamos, será mejor que te acompañe hasta la cama.

—¡Ehhhh...! Que a mí me gustan las mujeres...

—Y a mí... así que puedes estar tranquilo.

Sujetándolo de nuevo por los hombros, Gonzalo comenzó a subir las escaleras. No le fue difícil adivinar en cuál de las tres habitaciones dormía el abogado. Le dejó caer sobre el colchón. Héctor pronunció algunas palabras más sin sentido, pero en pocos segundos quedó en silencio. Cuando Gonzalo comprobó que había caído en un profundo sueño, se acercó a las cañas de pescar apoyadas en la pared. Se trataba de unas cañas de calidad, de las mejores para la práctica de la pesca de río y habían sido usadas en numerosas ocasiones. Echó un vistazo al resto de la habitación. Todo estaba ordenado y limpio. Reparó en el marco de fotos de la mesilla de noche. Se acercó y la observó por unos segundos. Imaginó que se trataban de su padre y sus hermanos.

Gonzalo ya había oído hablar del nuevo abogado de la agencia. Andrés criticaba sin contemplaciones su comportamiento, su arrogancia y la desfachatez con la que se enfrentaba a él. Algunos vecinos le tachaban de insolente y estirado al creerse más importante que la gente del pueblo. Pero, a pesar de esa imagen frívola, algo en ese muchacho le hizo sentir lástima. El sentimiento que despedían sus palabras al hablar de sus padres era producto del dolor, de la añoranza, de la soledad... Conocía también la ayuda que le estaba brindando a Rita y por cómo Brenda se había comportado con él,

enseguida entendió que ambos habían entablado amistad. Así que, mientras salía por la puerta principal de la casa, Gonzalo supo que aquel nuevo abogado de la agencia acabaría por ganar su afecto.

A la mañana siguiente, Héctor creía estar sufriendo el peor dolor de cabeza de la historia. El retumbar de la banda de trompetas y cornetas que desfilaba libremente por su cerebro era atronador. Aquel suplicio se agudizó cuando se oyeron unos golpes en la puerta. ¿Quién pretendía torturarlo a esas horas? Se sobresaltó al comprobar en su reloj que ya pasaba de mediodía. ¡La primera y última vez que bebía aquel satánico licor! Seguía con la misma ropa con la que fue al bar, así que no necesitó cambiarse ni vestirse para ir a abrir.

—Vale, vale... ya voy —los endemoniados golpecitos le estaban taladrando el cráneo.

No debió sorprenderse al verla frente a la puerta de su casa, con una maliciosa sonrisa en sus labios y una mirada que le decía “te lo advertí”.

—¿Puedo pasar? —Preguntó Brenda mientras entraba en la casa sin invitación—. Como imaginé que estarías con una buena resaca, te traigo un caldo de pollo y algo de fruta.

—No hacía falta...

—De desagradecidos está el infierno lleno... —“El mismo tonito mordaz de la madre”, pensó Héctor.

—Tienes razón —respiró con resignación—. Muchísimas gracias..., bicho malo.

—Eso está mejor... —una vez dejó una bolsa en la cocina, miró curiosa a su alrededor—. Esta casa está muy bien... ¿Puedo? —preguntó señalando la puerta que accedía al porche.

—Sí, claro, como no...

Brenda contempló el jardín y esperó a que Héctor se acercara a su lado para sentarse en los escalones del porche. Él hizo lo mismo.

—No entiendo muy bien por qué una persona como tú ayuda a mi madre con el huerto y el jardín. Ella no me quiso explicar las razones, supongo que tú tampoco, pero quiero que sepas que me alegro. Vilanén es muy aburrido y tú

eres como una nueva atracción de feria. No, más... ¡eres todo un parque temático!

Héctor sonrió. Ya se temía él que debía ser el centro de atención de todas las miradas en ese pueblo. Tras unos segundos en silencio, se atrevió a indagar sobre alguien que le intrigaba.

—Brenda, ese hombre que me acompañó ayer hasta casa...

—¿Gonzalo?

—Sí. ¿A qué se dedica?

—Su familia era propietaria de una gran finca de cultivo de maíz y cebada para alimento de los cerdos. Él estudió en Barcelona durante unos años, pero tuvo que regresar al pueblo cuando su padre enfermó. Después de la muerte de sus padres continuó haciéndose cargo del negocio, con bastante éxito por lo que he oído... Pero hace casi un año, cuando se divorció de Carmen, vendió la finca a muy buen precio. Yo creo que ahora vive de la renta, pero tampoco estoy segura... Es buen hombre, pero es muy reservado y no suele hablar de su vida privada... ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, curiosidad.

—¿Te puedo yo hacer una pregunta?

—Adelante, la vas a hacer igual...

—Sabes jardinería ¿por qué no arreglas este jardín?

—Pues, la verdad, no sé.... Mi hermano me dice lo mismo.

—¿Tu hermano el guaperas?

—Sí, ese... —rio Héctor.

—Ya sé que está casado, pero me lo tienes que presentar —Brenda le guiñó un ojo.

—Vale, el próximo fin de semana lo conocerás.

—Hablando del fin de semana, te quería pedir un favor.

—Suéltalo.

—Dentro de dos semanas será fiesta el viernes y aprovechando que mi madre quiere cerrar el sábado, he pensado que podría pintar el supermercado, limpiar las estanterías y ordenarlas... ¿Tú me ayudarías?

—Brenda, me estás dando la oportunidad única de resarcirme de mis pecados, de evitar que los habitantes de este pueblo enfermen... no, más aún,

estás pidiéndome que salve a la humanidad... ¡Claro que puedes contar conmigo!

—¡Exagerado!

Ambos rieron a carcajadas durante unos segundos hasta que Brenda se puso seria. Poseía la misma capacidad que su madre para cambiar de humor o de conversación en décimas de segundo.

—Héctor, ¿esos pecados son el motivo por el que estás aquí? ¿Huyes de ellos?

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó alzando la ceja de la intriga.

—Por lo que he oído trabajabas en un buen bufete en Barcelona. No creo que estés aquí porque de un día para el otro decidieras dejarlo todo a un lado para trabajar en una agencia de adopción. Además, se nota mucho cuando una persona bebe para disfrutar de la bebida o simplemente bebe para olvidar. Y ayer tú no bebías, engullías alcohol con desesperación...

Héctor la miró sorprendido. Aquella jovencita era mucho más lista de lo que sospechaba. Le sonrió y le removió con una mano el pelo verde.

—Sí... hay quién bebe alcohol con la absurda convicción de que eso les ayudará a olvidar... Al igual que yo creo que hay quién se tiñe el pelo de verde con la absurda convicción de que esa nueva imagen les hará parecer lo que no son.

—Entonces ¿los dos nos estamos equivocando? —Brenda le miró divertida.

—Sí, creo que sí... —afirmó él sonriente.

—El jueves por la tarde no trabajo ¿me acompañarás a comprar la pintura?

—De acuerdo. Tal vez aproveche para comprar tierra y algunas plantas para este jardín.

Y después de unos minutos en silencio, Héctor comenzó a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—Estoy pensando en tu madre... —dijo sin dejar de reír.

—¿Mi madre?

—Sí y en la terminación de la palabra pintor.



## CAPÍTULO 11

El jueves siguiente Héctor, con la ayuda de Brenda, calculaba el área total de las paredes del supermercado para estimar la cantidad de pintura que debían comprar. Rita, los contemplaba con lágrimas aún en los ojos, no por la emoción de conocer sus generosas intenciones, sino por la ingeniosa rima que, tal y como Héctor había vaticinado, se le acababa de ocurrir respecto a la nueva profesión del abogado.

Se desplazaron en el coche de Brenda hasta la ciudad más cercana y aparcaron en una gran área comercial, cerca de una tienda de bricolaje. Cuando salían del vehículo, Héctor notó como la joven se quedó inmóvil, rígida. No necesitó mirar hacia atrás para comprender qué la perturbaba. El estruendo del motor de varias motocicletas le ayudó a deducir qué le sucedía. Un grupo de motoristas aparcaba frente al establecimiento donde ellos debían comprar. Cuando se quitaron los cascos, Héctor pudo comprobar que el único que no compartía asiento con una joven era el chico que acosaba a Brenda.

—Tranquila... Vamos, tú actúa con normalidad —Héctor intentó calmarla.

Cuando caminaban cerca del grupo de amigos, una de las chicas se acercó sonriente.

—¡Hola Brenda! Hace tiempo que no te vemos. Este sábado vamos a hacer una salida con las motos. Ven con nosotros.

—¡Hola Julia! Es que... tengo mucho trabajo, estoy ayudando a mi madre... No podré...

—Ya... —la joven miró de arriba abajo al abogado.

—Bueno, Julia, te dejamos... Tenemos que comprar y se nos hace tarde.

Tirando del brazo de Héctor y sin mirar al grupo de motoristas, Brenda se adentró en los grandes almacenes dando zancadas.

—Estaba él ahí ¿verdad? —preguntó Héctor mientras caminaba apresurado detrás de ella.

—Sí —respondió aún nerviosa.

—Brenda —La hizo parar sujetando su brazo y la miró fijamente a los ojos —. ¿Te ha vuelto a molestar?

—No, no... no sé nada de él desde aquel día. Creo que le asustaste.

—Bien —Más tranquilo, la soltó y continuó caminando por los pasillos del establecimiento—. ¿Salíais todos en grupo?

—Sí, pero ya no me apetece ir con ellos. No me gusta el rollo que llevan...

—Entiendo. Pues entonces haces bien dándoles largas.

—Ya, pero a parte de ellos no tengo demasiados amigos. Las compañeras del instituto están estudiando en la ciudad y apenas las veo algunos fines de semana en verano.

—Dejaste los estudios por ellos ¿verdad?

—Se puede decir que sí...

Durante unos minutos, Héctor permaneció callado, buscando entre las estanterías los dos botes de pintura que necesitaban. Cuando notó que Brenda respiraba con normalidad y se mostraba más relajada continuó preguntando.

—¿Qué estabas estudiando?

—Empecé Turismo en la Universidad de Gerona. Acabé el primer año, pero ya no me matriculé para el segundo.

—¿Turismo? Mi cuñada Laura, la mujer de mi hermano, también estudió Turismo en la Universidad de Barcelona. Y ¿no has pensado en volver?

—Sí, pero no sé... Mi madre necesita ayuda y...

—Brenda... eso son excusas.

—Héctor, es que no sé si va a merecer la pena. Una vez acabe ¿qué posibilidades tengo de trabajar en el pueblo?

—Hay más vida fuera del pueblo.

—¿Y mi madre? No quiero dejarla sola.

—Yo empecé más tarde los estudios por la misma razón.

—¿Tú? —Brenda le miró sorprendida.

—Sí, quise quedarme a trabajar con mi padre, ayudarle al igual que quieres hacer tú. Él también era viudo, como tu madre.

—¿Y qué pasó?

—Se disgustó mucho. Él sabía las ganas que yo tenía de estudiar Derecho, de ser abogado, pero me resistía a dejarle solo. Mi hermana estaba viviendo ya en la ciudad estudiando Medicina. Mi hermano, que es cuatro años menor

que yo, aún seguiría viviendo con mi padre, por tanto, no era tan complicado. Tuve la oportunidad de vivir en un apartamento cerca de mi hermana y de la universidad, pero aun así yo me resistía a abandonarles. Durante dos años el cabezota de mi padre me lo estuvo recriminando, las indirectas eran casi diarias. Yo intentaba ignorarle, esperando que con el tiempo él se olvidaría, pero fue imposible. Ganó la partida, como era de esperar...

—Mi madre y tu padre se parecen... —sonrió Brenda.

—Creo que uno de los momentos más felices de mi vida fue el día que mi padre y yo fuimos a la ceremonia de graduación. Estaba feliz, exultante, como pocas veces le había visto. Cuando me abrazó y me susurró al oído que se sentía orgulloso de mí, lamenté no haberle dado esa satisfacción dos años antes. Y entonces entendí su malestar durante aquellos veinticuatro meses, sus enfados, sus indirectas... Él solo pensaba en mi futuro, en que fuera capaz de luchar por lo que deseaba hacer, al igual que él hizo cuando era joven.

—Me cae bien tu padre... me lo tienes que presentar.

—Murió hace un mes.

—Lo siento.

—Gracias... —después de unos segundos en silencio, Héctor revolvió su pelo verde—. Ven el sábado por la tarde a mi casa y te presento a mi hermano Raúl y a Laura. Podrías hablar las dos sobre las posibilidades que tienes de aplicar los estudios de Turismo por esta zona. Seguro que Laura te dará ideas. Ella trabajó un año de prácticas en un hotel de poca categoría hasta que la contrataron en el de cuatro estrellas donde trabaja actualmente. Ha ido ascendiendo desde entonces y ahora, además de Jefe de recepción, organiza eventos, convenciones, rutas turísticas... Es buena en su trabajo. Tienes que hablar con ella.

—No sé...

—Vamos, bicho malo, déjate de tonterías y coge las riendas de tu vida. Solo tú puedes decidir sobre tu futuro y tu madre se sentirá muy orgullosa de ti si continúas luchando por lo que deseas hacer. Una vez estés graduada ya buscarás la manera de estar cerca de ella. Piensa que yo estaré aquí dos años y estoy seguro de que tu madre va a saber sacar buen provecho de todas esas tardes de viernes para que la ayude en lo que necesite.

—¿Sabes que me estás animando? Vale, hablaré con tu cuñada... Además,

así también conoceré a tu hermano, el guaperas.

—¿Los ves? Todo son ventajas... —se rio Héctor mientras rebuscaba entre las plantas en la zona de jardinería—. ¿Qué te parece este romero rastrero? Me gustan las plantas aromáticas. Plantaré también lavanda y tomillo.

Después de aquella salida con Brenda, Héctor empleó más tiempo en su jardín. A pesar del calor del mes de agosto, todas las tardes le dedicaba un par de horas de trabajo. Retiró las plantas muertas, recuperó algunos setos y plantó romero, lavanda y tomillo a cada lado del jardín. Una vez limpió las piedras que formaban el camino central, colocó sobre ellas una tumbona que encontró en el garaje. Y, cada noche, después de cenar y hablar con Raúl, Alicia o Laura, se tumbaba en el jardín a contemplar el cielo estrellado. Todo un privilegio que empezaba a disfrutar.

Brenda conoció a Raúl y a Laura aquel mismo sábado. Las dos jóvenes mantuvieron una larga conversación sobre las posibilidades que le ofrecía la graduación de Turismo a Brenda en Gerona o, incluso, en los alrededores de Vilanén. Y, al final del día, ya estaba decidida, aquel mismo septiembre reiniciaría sus estudios en la universidad.

Rita lloró emocionada al saber la noticia y, agradecida por la buena influencia de Héctor sobre su hija, cada viernes, al salir de su casa, después de sus dos horas de trabajo en el jardín, el huerto o el supermercado, éste se llevaba para casa alguna de sus mejores recetas gallegas: empanadas de atún, de mejillones con chorizo, de carne, filloas, cocido gallego, callos con garbanzos... Entre los deliciosos menús de María y esa nueva puerta abierta a la gastronomía gallega, estaba claro que los pantalones de pinzas no iban a volver a entrar por las piernas de Héctor sin que antes quemara algo de calorías haciendo ejercicio. Y precisamente fue esa falta de ejercicio lo que le acercó a la persona más misteriosa y enigmática del pueblo, Gonzalo.

Dos semanas después de que Brenda y Héctor pintaran el supermercado, un viernes, después de disfrutar de un buen trozo de empanada, Héctor llegó al bar de la calle Viladrau. Como cada noche, y tras su pésima experiencia con

la ratafia, le pidió a Brenda una cerveza bien fresquita. Adolfo, el abogado, no había cesado en su intento de hacerle participar de sus partidas al remigio y, una vez más, le propuso acompañarles. Héctor sonrió. Aquel hombre era adorablemente insistente e, incapaz de volver a excusarse con cualquier mentira, accedió a unirse al grupo. Durante las anteriores noches que permaneció callado en la barra, Héctor había tenido tiempo de observar a los cuatro jugadores, así que la primera partida que jugó la ganó. Bueno, esa y las dos siguientes...

—Si lo llego a saber no te animo a que nos acompañes... —bromeó Adolfo.

—Ha sido suerte —dijo Héctor con modestia.

—¿Qué esperabas Adolfo? Lleva días observándonos desde la barra —añadió el astuto de Antonio, el alcalde.

Y efectivamente así había sido. Pero durante todos aquellos viernes Héctor no solo se había dedicado a estudiar a los miembros de aquella mesa, sino que también al misterioso y silencioso Gonzalo. Éste acudía todos los viernes al bar, a la misma hora, pedía una cerveza y la tomaba pausadamente sentado sobre el taburete, frente a la barra. A veces mantenía conversaciones breves con Brenda y otras respondía de forma escueta a las preguntas de Antonio o Adolfo. Pero en ninguno de aquellos encuentros Héctor y Gonzalo se dirigieron la palabra. Apenas un saludo con un efímero movimiento de cabeza al entrar en el bar.

Aquella noche Gonzalo apareció mientras Ignacio, el maestro, repartía las cartas. Cuando vio al joven abogado sentado en aquella mesa, Gonzalo esbozó una liviana sonrisa. Sabía lo insistente que podía ser Adolfo. Después de pedir una cerveza hizo algo que sorprendió a Héctor, giró el taburete para contemplar al grupo de jugadores, interesándose por el desarrollo de la partida como jamás le había visto hacer.

El juego finalizaba cuando uno de ellos alcanzaba los cien puntos de penalización. Pero la entrada de Héctor despertó en el resto del grupo un orgullo propio que les sumió en una concentración extrema. Incluso el despistado de Luis, el médico, parecía estar más centrado en sus cartas que nunca.

—Vamos, chicos, no podemos dejar que nos gane el forastero —animó

Ignacio.

—Sí, nuestro honor está en juego.

—No me podéis reprochar nada, estoy consiguiendo que juguéis mucho mejor que en otras ocasiones —puntualizó Héctor con una sonrisa ladeada. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Al final va a tener razón Andrés cuando dice que eres soberbio y arrogante —añadió Antonio con picardía.

—¡Ah! ¿Pero es que lo dudabais?

Todos rieron ante la respuesta de Héctor. Y continuaron bromeando y jugando hasta que Antonio pidió otra ronda de cervezas y unas tapas para acompañar. Patatas bravas, boquerones en vinagre, callos, alitas de pollo crujientes y unas croquetas de setas que hicieron estremecer el estómago de Héctor que, al parecer, ya había olvidado la riquísima empanada de atún de Rita.

—Héctor, tienes que probar las tapas de Esteban —sugirió Ignacio acercándole un plato.

—Pues no te voy a decir que no... ¡tienen una pinta estupenda! —exclamó mientras se metía en la boca una croqueta—. Mmmmmhhh.... Está buenísima... Entre los platos de María, las empanadas de Rita y, ahora, las tapas de Esteban voy a tener que hacer cambios en el armario. Hay pantalones que ya no me entran. Tendría que volver a salir a correr.

—Por aquí hay unas rutas muy bonitas para recorrer en bicicleta o andando. Gonzalo las conoce bien ¿verdad? —preguntó Adolfo mirando al aludido.

—Sí... —afirmó Gonzalo antes de dar un sorbo a su cerveza—. Los sábados salgo a correr a las nueve de la mañana. Te paso a recoger a esa hora.

Héctor, con la boca llena de croquetas y una alita de pollo en la mano, miró a Gonzalo con asombro. Aquella invitación le sorprendió viniendo de aquel hombre tan serio y poco hablador. Por unos segundos continuó observándolo incrédulo hasta que fue consciente de la cara de pasmado que debía tener. Tragó la croqueta que aún daba vueltas en su boca y asintió.

—Vale.

Y a las nueve en punto de la mañana Héctor y Gonzalo se reunieron para salir a correr. Tras un breve saludo, los dos comenzaron a acelerar el paso calle arriba. Salieron del pueblo por un camino de tierra y piedras rodeado de árboles. A medida que continuaban por el sendero, la espesura humedeció el ambiente y el empedrado se tornó verduoso, cubierto de una fina capa de moho.

—Cuidado con estas piedras, resbalan... —advirtió Gonzalo.

—Sí, gracias... —Héctor apenas podía respirar con normalidad—. Estamos subiendo ¿verdad?

—Sí... ¡Vamos, ya queda menos!

Veinte minutos más tarde, después de zigzaguear por un camino rodeado de grandes rocas, llegaron a un descampado. Héctor, a pesar del cansancio, caminó apresuradamente hasta unos troncos tumbados en el suelo, cercanos a un precipicio. Se sentó sobre uno de ellos y, en silencio, observó el paisaje. Desde la cima de esa colina la vista de Vilanén era, sencillamente, espectacular. Advirtió maravillado cómo el río rodeaba todo el pueblo. Sus aguas color turquesa eran tan cristalinas que desde allí se podían apreciar las truchas y los salmones retozando en libertad. Las calles empedradas, los bancos de hierro fundido de la plaza, las tejas azafranadas del ayuntamiento, la campana de la torre de la iglesia, todos los rincones y detalles del pueblo adquirirían un matiz especial desde esa perspectiva.

—Precioso... —susurró Héctor con la respiración entrecortada por la carrera.

Gonzalo admiraba el paisaje mientras estiraba algunos músculos.

—Esta ruta es mi favorita. Aunque la subida es algo dura, el esfuerzo merece la pena.

—Sí... estoy de acuerdo —asintió Héctor sin dejar de contemplar el río—. ¿Vas a pescar a menudo?

—Intento ir dos o tres veces por semana. Es relajante.

—Sí, a mí también me relajaba.

—Tienes buenas cañas... —Héctor le miró confuso—. Las vi la noche que te acompañé a casa.

—Es verdad... —sonrió—. Una es de mi padre. Él y yo solíamos pescar a menudo cuando yo era un crío.

—A mí me contagió esta pasión mi abuelo. Hacía tiempo que no había vuelto a pescar hasta hace más o menos un año.

—¿Cuando vendiste el negocio familiar y te divorciaste?

—Vaya... —Gonzalo sonrió por primera vez delante de Héctor—. En este pueblo es imposible tener secretos.

—Supongo que tú también debes haber oído hablar de mí...

—Algo... sé que vienes de trabajar en un prestigioso bufete de abogados en Barcelona, que nadie se explica aún qué haces trabajando en la agencia, que según Andrés eres arrogante pero que ha llegado a reconocer que eres buen abogado, que cada viernes ayudas a Rita con el supermercado, el jardín o el huerto y que has conseguido que Brenda reinicie sus estudios... ¡Ah! Y que según Rita tienes un hermano muy guapo... —ambos rieron—. Y por lo que deduje aquella noche que te emborrachaste de ratafia, tus padres murieron, les echas de menos, estás aquí en contra de tu voluntad, tienes dos hermanos y quisieras ir a pescar, pero todavía no te has decidido.

—Uauuu... ¡Pues poco te queda por saber de mí! —exclamó Héctor pensando en su divorcio y las razones que le habían llevado hasta allí.

—Soy observador...

—Sí, de eso ya me he dado cuenta.

—¿Volvemos? Si quieres mañana te enseño otra ruta alrededor del río.

—Me gusta la idea, pero no sé si mañana podré correr... me temo que tendré agujetas.

—Y la mejor manera de eliminarlas es haciendo ejercicio —dijo Gonzalo mientras arrancaba a correr camino abajo.

A partir de aquel sábado, Héctor y Gonzalo salieron a correr juntos siempre que podían. Incluso Raúl y Laura les acompañaron en alguna ocasión. Aunque Héctor evitaba hablar de su matrimonio, del divorcio y de sus problemas posteriores, sí que sintió la necesidad de explicarle a Gonzalo su infancia, la historia de sus padres y la relación con sus hermanos. Aunque Gonzalo se mostraba más abierto y hablador, tampoco profundizaba en



aspectos íntimos de su vida. Pero a pesar de la cautela que ambos mostraban, entre ellos se empezó a forjar una bonita amistad.

Brenda comenzó sus estudios a mediados de septiembre y para evitar desplazamientos, se mudó a Gerona con unas amigas del pueblo que compartían piso. Héctor no tardó en notar la falta de la joven. Su simpatía, su sinceridad, esa chispa especial heredada de su madre, le hacían reír. Durante el verano se habían hecho compañía en numerosas ocasiones y para Héctor había sido un apoyo crucial para adaptarse a su nueva vida. Pero, afortunadamente, aún le quedaban las tardes de viernes con Rita, las partidas en el bar de Esteban y la amistad de Gonzalo. Y todo aquello hizo que Héctor olvidara el castigo que le había llevado hasta aquel pueblo. Un pueblo que empezaba a admirar, a amar y, no solo por su belleza, sino por sus gentes, sus costumbres, su gastronomía, su entorno, incluso su olor lo hacía especial...

Raúl y Laura continuaron pasando con él los sábados y domingos de cada dos semanas. Alicia y el ceñudo de Iván tampoco dejaron de visitarle algunos sábados, después del almuerzo, o incluso alguna tarde entre semana.

Las noches de los viernes en el bar de la calle Viladrau pasaron a ser la mejor vía de escape para Héctor. Reían, bromeaban y jugaban con una complicidad propia de amigos de la infancia. Gonzalo comenzó a participar también en las partidas de remigio y en numerosas ocasiones los dos amigos se confabulaban para ganar.

El tercer viernes de diciembre, Adolfo y Luis no acompañaron al resto de jugadores. Ambos estuvieron sentados en una mesa apartada, con un muchacho más joven, de unos veinticinco años de edad. Los dos atendían las explicaciones del abogado y por la expresión de sus rostros, todos dedujeron que algo iba mal. Ignacio, que conocía bien la historia, comenzó a explicar.

—David, el hijo de Luis, y su mujer Eva viven en Barcelona desde hace unos tres años. Se compraron una vivienda cuando ambos trabajaban, pero hace un año que Eva se quedó en paro y David está aún haciendo prácticas en un hospital y no le pagan muy bien. Él es médico, como su padre. Todavía le faltan algunos años para poder recibir un sueldo en condiciones. El caso es que llevan varios meses sin hacerse cargo de la hipoteca y Adolfo está

haciendo lo imposible por ayudarles con el banco. Pero parece que las noticias no son buenas.

A partir de ese instante, Héctor agudizó el oído. En el bufete había trabajado en casos de impagos y él personalmente había negociado más de una vez con algunos de los bancos más importantes del país. Conocía bien las cláusulas abusivas que éstos aplicaban en sus préstamos personales o hipotecarios y cómo utilizarlas para renegociar deudas. Pero no quiso intervenir sin hablar antes a solas con Adolfo. Cuando éste se levantó de la silla, despidiéndose de David, Héctor aprovechó la ocasión.

—Adolfo ¿podemos hablar un momento? A solas...

—Sí, Héctor, como no...

Una vez apartados en una esquina del bar, Héctor empezó a hablar.

—Adolfo, con todos mis respetos hacia tu trabajo, quisiera ofrecerte mi ayuda... Ignacio nos ha explicado la situación y quería que supieras que yo he trabajado en varios casos similares y estoy acostumbrado a renegociar deudas...

—¡Héctor, por favor! —le interrumpió Adolfo—. No estás en un bufete de ciudad, se trata de ayudar a un amigo, déjate de remilgos... ¡Por supuesto que puedes ayudarme! —exclamó aliviado—. Pásate el lunes por la tarde por mi despacho. Vivo allí, así que me encontrarás a cualquier hora. Toda colaboración será bienvenida. Eso sí, te advierto que ni Luis ni su hijo pagarán un euro por nuestros servicios...

—¡Tranquilo! Como tú bien has dicho, se trata de ayudar a un amigo.

—Muy bien letrado... Ya sabía yo que de arrogante tenías tú lo que yo de tonto —bromeó dándole golpecitos en el hombro.

El lunes siguiente, ambos abogados revisaron con precisión el contrato del préstamo hipotecario y Héctor buscó entre los archivos de su ordenador información que había utilizado en otros casos similares. Le explicó a su colega las cláusulas abusivas que habían sido denunciadas por la Comisión Europea y cómo, en algunas ocasiones, él mismo utilizó esa baza para renegociar las deudas bancarias.

Comprobando las nóminas de Eva y David, Héctor reconoció el nombre de la empresa dónde había trabajado ella.

—¿A qué se dedica Eva?

—Es diseñadora gráfica. Se le da bien, pero la empresa donde estuvo trabajando durante dos años cerró y ya sabes, la situación actual es complicada...

—Tengo una amiga que creó su propia empresa de diseño hará un año y le está funcionando muy bien. ¿Le podrías pedir a Eva que envíe su currículum a mi email? Mientras tanto voy a hablar con mi amiga.

Héctor se puso enseguida en contacto con Ana, la cuñada de Alberto, y en pocos minutos le hizo llegar el currículum de Eva. Efectivamente, la empresa de Ana estaba resultando un éxito y ya se estaba planteando la posibilidad de ampliar la plantilla. Analizaría la situación y el currículum de la chica y en unos días le daría una respuesta.

El jueves siguiente, Adolfo se reunió de nuevo con el banco de David y Eva, llevando consigo toda una lista de puntos a tratar que Héctor y él habían preparado conjuntamente. El banco aceptó las condiciones. Perdonaron algunas mensualidades impagadas y alargaron el tiempo de la hipoteca, reduciendo así la cuota a pagar. Eso proporcionaría a la pareja un tiempo precioso para rehacer su situación económica. Y el viernes por la mañana, Héctor recibió la deseada respuesta de Ana. Ésta ya se había entrevistado con Eva y no dudó en contratarla.

Aquella noche, en el bar de Esteban, Luis invitó a los presentes a brindar con cava, agradecido y emocionado por el apoyo desinteresado de los dos abogados. Las vacaciones Navideñas empezaban para todos ese día y la buena noticia hizo llorar al médico. Aquellas iban a ser unas Navidades muy especiales para su familia.

Para Héctor y sus hermanos también iban a ser unas Navidades diferentes, aunque tristes; las primeras sin su padre. Y por esa misma razón, intentaron pasar juntos el máximo tiempo posible. Durante los días que Raúl tuvo permiso, él y Laura durmieron en casa de Héctor y Alicia e Iván se desplazaron hasta Vilanén en numerosas ocasiones. A pesar de los días festivos y del frío, Héctor y Gonzalo no dejaron de salir a correr, acompañados muchas veces por Raúl. Brenda regresó al pueblo para pasar las

fiestas y ella y Rita tomaron café alguna tarde en casa de Héctor, en compañía de sus hermanos. La joven había entablado amistad con Laura y compartían opiniones sobre los estudios o las nuevas amistades de Brenda. Y Raúl las contemplaba, sonrojado, intentado evitar la mirada intimidadora de Rita, algo que continuaba divirtiéndolo de lo lindo al canalla de su hermano. Tal vez sus compañeros de remigio habían comprobado que su arrogancia era pura fachada, pero él seguía en su papel de hermano golfo y rufián, sacando de sus casillas a Raúl y haciéndole perder los estribos hasta oírle gritar imbécil. Sin llegar a confesarle, eso sí, que a pesar de que su estado de ánimo había mejorado, continuaba echándole de menos.

El día después de Reyes, Héctor se reincorporó a la agencia de adopción. Los dos días anteriores había nevado y Vilanén lucía un precioso manto blanco. Los pocos niños del pueblo aún no habían comenzado la escuela y, a pesar del frío, ya correteaban por las calles a esas horas, jugando con la nieve y estrenando sus nuevos juguetes.

Y cuando Héctor entró en la agencia se encontró con el primero de los dos regalos que sus Majestades le habían preparado para ese día. El primero llegó de la mano de su compañero y el segundo... en fin, el segundo simplemente llegó...

Andrés le esperaba en su despacho, sentado en una de las sillas preparadas para las visitas. La expresión de su rostro sorprendió a Héctor. No estaba enfadado, ni disgustado, ni parecía preocupado... ¿Qué estaría rondando por la cabeza de aquel hombre?

—Hola Héctor. Feliz año nuevo.

—Hola Andrés. Gracias, igualmente —ante el silencio incómodo que se creó entre ambos, Héctor decidió preguntar—. ¿Qué te pasa?

—Te quería... esto... te quería pedir perdón —Su mirada de angustia era conmovedora.

—¿Perdón? ¿Perdón por qué?

—Por haber sido un capullo, por prejuizarte, por no querer reconocer lo buen abogado que eres, por no confiar en ti, por decir que eres arrogante, en

definitiva, por ser un tremendo estúpido.

Héctor se quedó sin habla. Lo miró atónito y a la vez emocionado. Sí, increíble pero cierto, ese hombre le estaba pidiendo perdón y él empezó a sentir un alivio garrafal, como si alguna fuerza remota le acabara de liberar de uno de sus pecados y notara como la ansiada paz interna comenzara a ganar terreno. Pero, ¿era cierto lo que decía Andrés o se trataba de un arrebatado navideño? Y, por otro lado ¿a qué venía aquel cambio tan repentino?

—Gracias, Andrés... pero, no entiendo.

—Héctor, Luis me explicó el sábado lo que has hecho por mi hija.

—¿Eva es tu hija?

—Sí. Como podrás imaginar tanto mi mujer como yo hemos pasado una mala época y eso todavía me hizo ser más inflexible e irritable. No eres el primer abogado con el que me discuto, pero estos últimos meses han sido un infierno y me he portado muy mal contigo.

—Te entiendo.

—Quiero que sepas que para mí eres uno de los mejores abogados que han pasado por la agencia, pero seguía sin confiar en ti. Todos acabáis saliendo del pueblo, sin comprometeros con el trabajo tan importante que se hace aquí. Mi mujer no puede tener hijos y adoptamos a Eva cuando era un bebé de pocos meses. Yo ya trabajaba de funcionario en la Diputación y pedí que me trasladaran aquí cuando crearon la agencia. La adopción no es un simple trabajo para mí, como podrás imaginar.

—Sí, me hago cargo...

—Héctor, estoy en deuda contigo...

—No, Andrés, no... yo solo ayudé a Adolfo y a una pareja en apuros y tuvimos suerte, todo salió bien... Nada más, no estás en deuda conmigo, tú hubieses hecho lo mismo.

—Bueno, pero que sepas que a partir de ahora tienes a un amigo y a un compañero para lo que necesites.

—Gracias Andrés, me alegra oír eso. No sabes el peso que me quitas de encima. La verdad es que me lo estabas poniendo difícil. He conocido gente obstinada, pero como tú nadie... —ambos rieron.

—Venga, va, dejémonos de sentimentalismos y volvamos al trabajo que

tantos días comiendo turrón nos ha endulzado el carácter. Ufff... Si casi me dan ganas de besarte ¡cabrón! —Andrés salió del despacho del abogado riendo y guiñándole un ojo.

—No me lo digas dos veces que estoy muy necesitado... —Héctor le devolvió el guiño.

Tras aquel regalo sorpresa, Héctor reanudó sus tareas con una sonrisa en los labios. Después de redactar un par de contratos y tramitar un certificado de idoneidad, Natalia le pidió que le acompañara a su despacho. Unos adoptantes tenían dudas sobre la documentación recibida de Polonia. Junto con Natalia intentaron aclarar las inseguridades de la pareja y media hora más tarde abandonaban el despacho satisfechos. Y cuando Héctor se disponía a continuar con sus quehaceres, Andrés le detuvo en la sala de espera.

—Héctor. Tengo que contarte algo...

—Dime.

—Tienes una clienta en tu despacho. Verás, he estado hablando con ella. Al parecer se ha mudado hace unos días al pueblo y ha venido para solicitar la adopción ella sola.

—Bueno, no hay problemas, siempre y cuando tenga una residencia fija y la remuneración necesaria.

—Ese es el problema... Que no posee ni una cosa ni la otra.

—Pues no tiene muchas posibilidades.

—Eso le he dicho yo, le he insistido que no merecía la pena comenzar los trámites porque nunca recibiría la idoneidad, es más, le he explicado que nuestro abogado no iba a redactar el contrato de nuestros servicios si no cumplía con los requisitos para ser adoptante.

—Exactamente.

—Y me ha pedido hablar contigo.

—¿Conmigo? Pero si tú ya se lo has dicho todo...

—Ya, Héctor, pero la chica está desesperada... no sé, me ha dado pena y no he sido capaz de negarme.

—Es verdad que el turrón te endulzó el carácter... —le sonrió moviendo la cabeza de lado a lado—. Vale, hablaré con ella.

A través del cristal de la puerta, Héctor vio a la chica de pie, de espaldas. Tenía el pelo corto, castaño y debía medir metro sesenta. Vestía un suéter de color verde y cuello alto, un pantalón tejano ceñido y calzado deportivo. Sin poderlo evitar se fijó en sus caderas. Demasiado anchas para su gusto. Aunque debía reconocer que las curvas que moldeaban su cuerpo completaban una figura bastante aceptable. No. Aceptable era quedarse corto. Interesante. Sí. Muy interesante... Hacía meses que no se paraba a valorar el cuerpo de una mujer y tuvo que respirar profundamente para abandonar esos pensamientos y centrarse en el trabajo.

¿Dónde había guardado la caja de preservativos? Ya ni lo recordaba...

—Hola, mi compañero me explicó la situación. Yo soy el abogado y... — cuando ella se giró para mirarle, Héctor se quedó sin palabras, mudo, paralizado.

Habían pasado seis meses, su aspecto era muy distinto al que recordaba, pero aquellos ojos eran inconfundibles, incomparables, únicos y difíciles de olvidar.

—¿Naira?

Ella arrugó la nariz, sorprendida e intrigada. Clavó la mirada en su rostro y en su barba, intentado reconocer a ese supuesto conocido ¿Cómo sabía su nombre aquel abogado de pueblo? Y entonces, como anegada por una súbita indisposición, sus mejillas emblanquecieron de golpe.

—¿Víctor?

—¡Héctor, Víctor no, Héctoor...!

“Hay cosas que no cambian”, pensó él.

—No, no... tú no... —Naira dio tres pasos hacia atrás hasta golpearse con la mesa.

—Naira, yo...

—No, no... aléjate de mí... Ni te acerques —y mirando de lado a lado empezó a levantar la voz—. ¿Esto es una broma? ¿Hay una cámara oculta? ¿Otro detective haciendo fotos? ¿Te ha mandado Ernesto? ¿Sabe él que estoy

aquí? ¿Lo sabe mi madre? Por favor, díles que me dejen en paz, que se olviden de mí...

—Naira, tranquila, tranquila, yo no...

—No me hables, no me hables... déjame en paz. ¿Me queréis hacer la vida imposible? ¡Yo solo quiero ser madre, solo eso...! ¿Es tanto pedir?

—Naira, yo no tengo nada que ver con Ernesto. Él me engañó a mí también. Nos engañó a los dos.

—¿A los dos? ¿A los dos? —Clavando sus ojos en los de Héctor, enfurecida, dio unos pasos al frente—. ¿Nos engañó a los dos? ¿Se acostó todas las noches abrazado a ti diciéndote que te quería?, ¿que te amaba?, ¿que eras el amor de su vida?, ¿que se sentía feliz y afortunado a tu lado? ¿Te besaba todas las noches con pasión y te hacía el amor como si la vida le fuera en ello? ¿Eh? ¿Te engañó a ti también igual que a mí? ¿Eh? ¿Eh?

—No, está claro que no... —respondió él bajando la cabeza.

—Pues entonces, cállate. Le ayudaste con el divorcio, se salió con la suya y os reísteis en mi cara.

—No, de eso nada... Yo no sabía lo de las fotos.

—¡Ya! Y ahora estás aquí casualmente ¿no?, para decirme que no puedo adoptar. ¿También trabajas para mi madre? ¿Es que no me podéis dejar vivir en paz?

—Naira, llevo trabajando en esta agencia seis meses. Que nos hayamos encontrado aquí es mera casualidad. Y si no puedes adoptar es porque no cumples con los requisitos.

—¡Y una mierda! —con los ojos bañados en lágrimas, rodeó a Héctor y salió del despacho indignada.

Andrés, que había oído los gritos desde la sala de espera, se acercó a un Héctor aún confuso y estupefacto.

—¿La conocías?

—Sí...

—No me digas más, tuvisteis una relación y acabó mal.

—No, Andrés, no es tan sencillo...

Y sentándose en una de las sillas empezó a explicarle los encuentros en el



ascensor, en el bar, el divorcio, las fotos retocadas, el engaño de Ernesto, sus palabras... Le resumió lo sucedido sin dejar de fijar su mirada en la puerta que Naira acababa de cerrar de un portazo. Todavía no podía creer que ella estuviera allí. ¡La chica del ascensor en Vilanén! ¿Y si el destino la había llevado hasta allí para que él pudiera aclarar el malentendido? Tenía una oportunidad única para devolverle el apoyo que ella le regaló desinteresadamente, de hacerle entender que él no tuvo nada que ver con aquel juego maligno, pero, sobre todo, le ofrecía la ocasión de seguir el consejo que le dio su padre en el puente de piedra... Sí, no había olvidado aquel sueño. Aquella escena se había reproducido en su mente más de una noche, provocándole un sentimiento de culpabilidad que no había sido capaz de arrinconar.

—¡Qué asco! ¿Cómo puede haber gente tan perversa por el mundo?

—Sí, Andrés, hay demasiadas personas sin escrúpulos, créeme... He conocido muchos personajes como ese depravado.

—Y ¿qué vas a hacer?

—Tengo que ayudarla... No sé muy bien por qué, pero debo hacerlo, necesito hacerlo.

—Pues no lo pienses más. Solo hay una forma de que consiga la adopción, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé...

—Depende de ti y solo de ti. Yo te apoyaré y te cubriré si decides seguir adelante.

—Gracias, Andrés, gracias... Tal vez mañana me arrepienta, pero sí, voy a ayudarla.

—Pues ve a hablar con ella. Si le ofreces una solución te escuchará. Ahora solo falta que esté de acuerdo, pero si desea tanto ser madre como dice, aceptará. Está alojada en los pisos que alquila Dolores ¿Sabes dónde están?

—Sí, lo sé... —respiró profundamente y se echó el pelo hacia atrás—. Sí, voy a hablar con ella.

## CAPÍTULO 12

Naira salió de la agencia enfurecida y a toda prisa. Aún con el anorak en la mano, corría calle abajo sin importarle los dos grados bajo cero de temperatura. Resoplaba y murmuraba palabras sin sentido, totalmente fuera de sí. Los niños que jugaban en la plaza la miraron boquiabiertos. Las lágrimas que asomaban por sus ojos se deslizaron por sus mejillas casi congeladas. Con las mangas de su suéter se las secó, dejando en ellas una estela de agua y mucosidad imposibles de desaparecer con un simple lavado. Una prueba más de que el frotar no se va a acabar...

Al girar la calle, a pocos pasos del edificio donde había alquilado un diminuto apartamento, sus pies se deslizaron sobre una capa de hielo. Patinó unos segundos hasta caer de culo sobre la acera. Una mujer que se asomaba curiosa tras una cortina roja, saliendo de lo que parecía un supermercado, corrió en su ayuda.

—Pero, muchacha, menudo culazo... ¿te duele?

—No, no... estoy bien —respondió Naira intentando disimular el tremendo dolor que se concentraba en sus glúteos.

—Mujer, ponte el abrigo que te vas a constipar.

—No se preocupe... —Naira se reincorporó—. Ya casi he llegado.

—¿Estás hospedada en los apartamentos de Dolores?

—Sí...

—Te acompaño.

Incapaz de negarse, Naira dejó que aquella mujer sujetara su cintura y la ayudara a llegar hasta la puerta del hostel. Después de insistirle para que no subiera las escaleras con ella, le agradeció el apoyo y se despidió.

Una vez en el apartamento, rebuscó entre la multitud de cajas que se amontonaban en el salón. ¿En cuál de ellas había guardado los medicamentos? Después de vaciar encima del sofá el contenido de un par de cajas, dio por fin con un pequeño neceser. Con cuidado, se desabrochó los pantalones y se los bajó lo justo para acceder a sus posaderas.

¿Por qué a ella?, se preguntaba constantemente, ¿por qué le estaba ocurriendo a ella? ¿Tan cruel había sido en su anterior vida para que ésta fuera un castigo? ¿Y si en otra reencarnación fue una persona violenta? Quién sabe, tal vez fuera un asesino a sueldo, o una espía rusa, o quizás un tiburón blanco, o peor aún, un mosquito tigre ¡Qué horror!... Pero, ¡qué más daba lo que fuera en su anterior vida! En ésta ella era buena persona ¿por qué todo le salía mal? ¿Por qué a ella? ¿Por qué?

El llanto y la angustia reaparecieron, una vez más y sin previo aviso.

Se estaba untando una tercera capa de crema antiinflamatoria, cuando alguien comenzó a golpear la puerta. ¿Sería la mujer del supermercado o Dolores? Casi arrastrando los pies, caminando como un autómatas, con las piernas rectas y los pantalones por las rodillas, acercó un ojo a la mirilla. Cuando vio la cara barbuda del abogado arrogante comenzó a gritar.

—¿Tú qué haces aquí?

—Naira... —Él, sin embargo, parecía calmado—. Déjame hablar contigo.

—No, vete de aquí ahora mismo o llamo a la policía.

—Francisco —dijo Héctor sorprendiéndola—. Así se llama el policía del pueblo. Tiene un ayudante, Jordi, pero para casos así acude Francisco. La comisaría está a pocos metros de aquí. No tardaría en llegar. Si le llamas te podrá confirmar que trabajo en la agencia desde hace seis meses, con un contrato para dos años. Naira, no conozco a tu madre, ni sé nada de tu marido desde el día del divorcio.

—Déjame en paz... —Oír la palabra divorcio todavía le provocaba una sacudida en el estómago que le dificultaba el habla.

—Naira, puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme a qué? Creo que ya me ayudaste bastante ¿no te parece?

—¿Quieres adoptar sí o no?

—¡Claro! ¿Por qué te crees que estoy aquí? ¿Y tú eres abogado?

—Tengo una idea... Hay una posibilidad.

—Pues antes me has dicho que era imposible, que no cumplía los requisitos.

—Abre la puerta y te lo cuento.

—¡Ja! lo tienes claro...

—Naira, no te lo voy a explicar a gritos desde un portal... Confía en mí.

—¿Cómo quieres que confíe en ti después de lo que me hiciste?

—Otra vez... Yo no hice nada. Va, olvida ya eso y escúchame.

—No quiero...

—Está bien... Te lo diré desde aquí... —Héctor se acercó más a la puerta—. Tú no cumples con los requisitos si pides la adopción sola, pero si lo haces acompañada de alguien con residencia y un contrato de trabajo...

—¿Y qué crees que debo hacer? ¿Pongo un anuncio en el periódico? Mujer de treinta años busca hombre con residencia y trabajo para ser madre... Seguro que acudirán un montón de pretendientes esperando aportar algo más que su nombre en una tramitación de adopción.

Héctor sonrió desde el otro lado de la puerta.

—No necesito un padre para mi hijo y lo último que quiero es un hombre a mi lado... De eso ni hablar... Voy a adoptar yo solita.

—No puedes...

—Pues iré a otra agencia...

—Te rechazarán igualmente... Naira, yo te puedo ayudar.

—¿Tú?

—Escúchame. Sé cómo funciona la adopción, cómo pasar el informe psicosocial, cómo acelerar los trámites...

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Yo pediré la adopción contigo. Y si me dejas que te lo explique verás que no es una idea tan descabellada.

No debía estar escuchando bien... ¿El abogado que ayudó a Ernesto con el divorcio, el que permitió que le fotografiaran para luego reírse de ella y dejarla tirada como una colilla estaba ofreciéndose para solicitar la adopción con ella?

—Naira, yo no tuve nada que ver con el engaño de tu marido...

“¡Madre mía! ¿Y además me lee el pensamiento?”, abrió la boca sorprendida.

—Déjame entrar y te lo explico.

Por unos segundos Naira se quedó apoyada en el marco de madera, en silencio. Aquel imbécil tenía razón. En sus condiciones no podía adoptar en solitario. Si quería ser madre sin demora iba a necesitar ayuda. Decidió darle una perspectiva distinta a aquel ofrecimiento; Víctor estaba en deuda con ella por colaborar con Ernesto, fuera él o no engañado también, y ésta podía ser la forma de cobrar esa deuda. ¿Y si escuchaba más detalles de su propuesta? Escuchar es gratis y no perdía nada por analizar detenidamente su proposición.

Se levantó los pantalones sin abrochárselos, ya que el dolor ocasionado por el golpe se lo impedía, y cubrió la cremallera abierta con su suéter. Sentía como el hematoma se iba extendiendo por la piel. ¡Menudo culo morado se le debía estar poniendo! Abrió los cerrojos de la puerta y con cara de pocos amigos le dio paso al abogado.

—Expíciate mejor, pero aquí, en la entrada... no esperes mucha hospitalidad por mi parte —De allí no se movía ella ¡ni loca iba a dejar que la viera caminando como un pato mareado!

—Tranquila, seré breve. Además, tengo que volver al trabajo.

Aunque Naira no le permitió dar más de dos pasos dentro del apartamento, desde ese rincón Héctor echó una ojeada rápida al salón. En el suelo se amontonaban unas diez cajas, algunas abiertas y otras parecían haberse vaciado recientemente, dejando caer el contenido sobre el sofá... Libros, botellas de refrescos, lápices, cargadores, paquetes de galletas, camisetas, medicamentos... Todo apilado de cualquier forma en la mesa, sobre el televisor y esparcidos por el suelo. Las trágicas consecuencias de una gran hecatombe: caos y desorden.

—Pues empieza —Con los brazos en jarras, le miró enfadada.

—Verás, si tramitamos ya la solicitud en tres meses podríamos conseguir la idoneidad. Las adopciones en Kazajstán se están gestionando sin problemas y más rápidamente que en otros países. El viaje para ir a buscar al bebé podríamos hacerlo nueve o diez meses después.

—¿Dentro de un año?

—Más o menos. Un año y un par de meses. El seguimiento post-adoptivo se realiza durante los tres meses siguientes. Y entonces, una vez aprobado el

informe, firmaríamos el divorcio, yo renunciaría a la custodia del bebé y cada uno seguiría su camino.

—Espera, espera... ¿Has dicho divorcio?

—Sí, para adoptar en Kazajstán es mejor que la pareja esté casada, aunque no sea de forma religiosa.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Una forma nada ortodoxa de hacerlo, pero sí, se podría decir que sí — sonrió él de medio lado.

—Yo no quiero casarme...

—Naira, tampoco está en mis planes el matrimonio, te lo aseguro, pero agilizaríamos mucho el proceso. Durante ese tiempo, lo mejor sería que registraras tu residencia habitual en la casa donde vivo. Es muy amplia. Tendrías una habitación de matrimonio y baño propio para ti sola. Mientras se tramita la adopción puedes buscar un trabajo estable que te permita hacerte cargo tú sola del bebé.

—Eso será cosa mía...

—Sí, sí, por supuesto.

—No sé... y ¿tendríamos que vivir juntos?

—Mira, haz una cosa, yo salgo de la agencia a las cinco de la tarde. Vivo al final de esta misma calle. Es la casa número catorce. Pásate por allí, la ves y te lo piensas.

—Tal vez lo haga...

A las cuatro de la tarde, Naira, con los pantalones por las rodillas y tumbada boca abajo en el sofá, continuaba debatiendo consigo misma sobre si debía o no considerar la oferta de Víctor, o como fuera que se llamara... Había escrito sobre un papel en blanco las ventajas y desventajas de aceptar la proposición. Ventajas: conseguiría la adopción (una ventaja con una ponderación muy elevada), reduciría costes si compartía el alquiler, se despreocuparía del papeleo y ese año de espera le proporcionaría tiempo para buscar un trabajo bien remunerado.

Desventajas: se arriesgaba a vivir con un desconocido (una desventaja con una ponderación también muy elevada), casarse de nuevo, compartir espacio

con un hombre, cosa que no le apetecía en absoluto, viajar con él a buscar a su hijo y, por último, y aunque en un inicio no parecía una desventaja importante, aquella posibilidad le empezaba a preocupar: ¿Y si él se encariñaba con el bebé? ¿Y si luego se negaba a darle la custodia?

Intentó recordar, no sin sentir un terrible pesar, los encuentros en el ascensor con aquel abogado, las conversaciones breves que mantuvieron, los momentos divertidos que compartieron... No le conocía y no podía prejuzgarle por aquellos escasos recuerdos, pero sí presentía, entonces y ahora, que no era un asesino en serie, ni un psicópata, tampoco un violador... tal vez un mujeriego arrogante, pero no era una persona peligrosa, de eso estaba segura. La primera desventaja acababa de perder ponderación. Casarse. ¿Acaso ese contrato significaba algo? Nada. Nadie mejor que ella para saberlo. Segunda desventaja tachada. Si su casa era tan amplia como él decía, podrían organizarse para evitar encuentros en las zonas comunes, como la cocina o el salón. La tercera desventaja se podía solventar según las magnitudes de la vivienda. Debía viajar con él, sí, pero eso sucedería dentro de un año, tenía tiempo de pensar cómo apañárselas para no sentarse con él en el avión o dormir en la misma habitación de hotel. Y, por último, pero no por ello menos importante, ese hombre no sabía con quién iba a compartir techo, no tenía ni idea de lo mala compañera que podía llegar a ser casi sin proponérselo, sobre todo con la depresión de caballo que aún arrastraba por culpa de Er..., de su ma..., de..., que arrastraba y ¡punto! Antes y después de la adopción, la convivencia con ella y con su hijo iba a ser tan difícil para el abogado que acabaría huyendo de ellos con el rabo entre las piernas. Sí. Ella se arriesgaría a vivir con un extraño, pero él iba a conocer el peligro de cerca conviviendo con una desconocida como ella.

A las seis de la tarde, después de darse una ducha, refrescar su trasero con agua fría y untarse varias capas de antiinflamatorio, se acercó hasta la casa del que podía ser su futuro marido ¡Qué horror! Sólo de pensarlo un picor insufrible le recorría la piel, el sarpullido anti-matrimonios del que tanto había oído hablar. ¡Al final iba a tener que admitir que existía!

Héctor ya no esperaba que Naira apareciera por allí. Se había mostrado tan

escéptica cuando le explicó la propuesta que no creía que acudiera para ver la casa. Durante el resto del día, él había dudado sobre ese sacrificio. Esa ayuda que estaba dispuesto a ofrecerle suponía la privación de su amada soltería, de su querida libertad, de su independencia... Aunque intentaran hacer sus propias vidas sin molestar al otro, nunca sería igual que vivir solo. Era de tontos, de estúpidos. Un año y medio, el tiempo que le quedaba para cumplir su castigo y se estaba incrementando la condena con semejante compromiso. ¿En qué estaría él pensando? ¡Joder, si iba a ser verdad que se estaba ablandando en ese pueblo!

Cuando oyó el timbre sonar y vio el cuerpo menudo de la chica a través del cristal de la puerta, no sabía si echarse a llorar, esconderse, ignorarla o dar la cara y decirle que olvidara aquella locura. Pero abrió y no supo qué decir.

—Vale, déjame ver la casa y luego hablamos —arremetió ella sin tan siquiera saludar.

Con los brazos en jarras, en silencio y con cara de pocos amigos, Naira siguió al abogado por todos los rincones de la casa. El salón, la cocina, el jardín, el despacho, la habitación con baño que podía ser suya y la habitación pequeña que, según Héctor, sería para el bebé. Ella no objetó nada. Observó detenidamente cada detalle, abrió armarios, imaginó dónde colocar sus libros, su música, sus películas, sus revistas, buscó cerrojos para cerrar las puertas por dentro y, sorprendida, comprobó la limpieza y el orden que reinaban en la casa. Y le gustó, le gustó mucho.

—¿Qué te parece? —preguntó Héctor, deseando recibir una negativa.

—Además de la habitación, quiero el despacho solo para mí.

—Vale, hasta ahora no lo he utilizado nunca.

—Haríamos turnos para comer y cenar. No suelo ver el televisor pero si me apeteciera ver una de mis películas en el salón, quisiera estar sola.

—Entiendo. Me estás queriendo decir, sutilmente, que no deseas que nos crucemos ni por casualidad.

—Exacto. Compartiremos un techo pero no una vida.

—Me parece perfecto.

—¡Ah! Y nada de traer ligues de una noche.

—Esa norma es para los dos ¿no? —insinuó él con una sonrisa.



—No tiene gracia...

—Vale, vale... —Héctor se sintió incómodo al recordar las fotos falsificadas y lo que Ernesto le dijo sobre la fidelidad de su mujer—. Puedes estar tranquila. En este pueblo no abundan los ligues de una noche... —“Ni abundan, ni existen...”, pensó resignado.

—Y quiero pagarte la mitad del alquiler.

—Bueno... pero Naira, no tienes ingresos... y ¿tú has pensado en lo que cuesta la adopción? ¿Sabes que entre las tasas, los informes, los abogados y el viaje te vas a gastar unos 25.000 euros?

—¿Tanto? Yo solo tengo los 20.000 euros del divorcio... ¿Te acuerdas? —le recriminó.

—Sí, no lo he olvidado... —respondió recordando los 30.000 euros que Ernesto propuso y que él le hizo desestimar—. Los gastos del viaje es lo último que se paga y son unos 5.000 euros. Si para entonces no has reunido el dinero, yo lo pagaré por ti. De todas formas, lo justo sería que yo asumiera la mitad de esos gastos.

—No —se negó con los ojos bien abiertos—, los gastos de la adopción corren todos de mi parte. Para entonces ya tendré trabajo y aunque me los adelantes, te los devolveré en cuanto me sea posible. El resto de gastos también los pagamos a medias. ¡Ah! Y sobre la comida, cada uno comprará la suya.

—Si quieres, dividimos el interior del frigorífico con una cinta adhesiva roja... Yo la parte derecha y tú la izquierda —bromeó Héctor entre risas.

—Mmmm...

Naira ya había adelantado a Dolores el pago por una semana de alquiler del apartamento, así que acordaron que se mudaría el jueves siguiente. Y ese mismo día por la tarde, Naira descargaba todas sus cosas del coche.

—¿De verdad que no quieres que te ayude? —se ofreció Héctor en la puerta exterior de la casa.

Había quedado con Gonzalo para salir a correr y estaba preparado con su ropa de deporte.

—No, ya puedo sola —respondió Naira secamente.

—Como quieras... El sábado vendrán mis hermanos a comer. Les explicaré lo de la boda y la adopción... Supongo que querrán conocerte.

—A ver cómo quieres que te lo explique... —Naira dejó una caja en el suelo y miró a Héctor irritada—. No quiero saber nada de tu familia, ni de tus amigos, ni de ti... Quedamos que intentaríamos evitarnos en la medida de lo posible así que el sábado estaré en mi habitación todo el día. Haced como si yo no existiera.

—Está bien...

“Menudo carácter tiene la chica”, pensó Héctor mientras empezaba a correr calle arriba.

Con Gonzalo se encontraría donde siempre, al inicio del sendero que sube hasta el mirador. Cuando éste le vio aparecer con cara de pocos amigos, sonrió. Desde que Héctor le había explicado lo sucedido con Naira seis meses atrás, su reencuentro y, sobre todo, la propuesta que ella no había rechazado, verle con esa expresión de arrepentimiento y mal humor le divertía.

—¿Qué? ¿Se ha mudado ya tu futura esposa? —se burló.

—Ahí está, descargando un montón de cajas del coche. No ha querido que la ayudara y se ha puesto como una fiera cuando le he dicho que venían mis hermanos el sábado y que querrían conocerla.

—Es normal Héctor, esa chica debe estar pasando un mal momento y según me contaste tampoco os conocéis de nada... ¿no?

—Sí, es verdad... ¡Todavía no sé cómo demonios se me ocurrió a mí hacerle semejante propuesta!

Gonzalo se echó a reír.

—No le veo la gracia.

—Yo sí... ¿Y se lo vas a decir a Rita? Verás cuando se entere...

—¿Cuándo se entere? Si ya lo sabe...

—¿Ya?

—Sí, ayer por la noche se presentó en mi casa y me preguntó que cómo que iba a casarme con la muchacha del culazo.

—¿Del culazo?

—Sí, sí... como oyes... Naira tiene las caderas algo anchas para mi gusto,

pero como para decir que tiene culazo, pensé yo... Pero no, no era eso, no... Resulta que el lunes, supongo que cuando salió de la agencia, resbaló sobre una placa de hielo y Rita la vio caerse de culo.

Las carcajadas de Gonzalo resonaron entre las rocas del sendero.

—Entonces comprendí el olor que había en su apartamento cuando fui a hablar con ella. El tufo de la crema antiinflamatoria es inconfundible.

—¿Y cómo se ha enterado Rita?

—Pues imagínatelo, Andrés se lo contó a Luis, Luis a su mujer y ya sabes cómo es Sofía y el grupito de mujeres que se juntan en su tienda. Y alguna de ellas se lo contó a Rita... Vamos, que casi se enteran ellas antes que yo.

—Vuelves a ser el centro de atención del pueblo.

—Sí, eso parece. Yo que intento pasar desapercibido...

—¿Y cómo crees que se lo tomarán tus hermanos?

—Bien, bien... seguro que lo entienden.

---

—¿Qué te vas a casar con una desconocida? ¿Pero tú estás loco?

—Alicia, no grites que te va a oír.

—¿Pero tú has perdido el norte? Primero te da por abandonar el bufete para venir aquí, luego te dejas esa barba que pareces un ermitaño y ahora dices que te vas a casar con una chica que ni conoces para que pueda adoptar un niño... Definitivamente, tú estás mal de la cabeza.

—Ya, ya sé que parece algo chocante...

—¿Chocante? Es una locura, Héctor, una locura.

Alicia caminaba de lado a lado alrededor de la mesa de la cocina. Iván miraba sorprendido a su cuñado y Raúl y Laura apenas conseguían aguantar la risa.

—¿Y vosotros de qué os reís?

—Alicia, déjale, ya es mayorcito... Ya verá él lo que hace.

—Y tú, Raúl, ¿no tienes nada que decir? —preguntó Héctor que había visto como su hermano pequeño le escuchaba con expresión socarrona.

—¿Es la chica que me pediste que investigara hace meses, verdad?

—Sí.

—Así que tú también la conocías... Claro, el hermano cómplice.

—Alicia, no la conozco de nada... Héctor me pidió que averiguara si ella estaba bien, solo eso —explicó Raúl.

—Pues yo creo que es muy romántico... —declaró Laura con una sonrisa en los labios.

—Laura, Laura... Que te veo venir... —Héctor la miró de reojo—. Olvida lo que estás pensando.

—Ya, ya... Y tú no olvides lo que yo acabo de decir.

—Bueno, se acabó, esto es increíble... —Alicia puso las manos sobre la mesa y miró a su hermano fijamente —Héctor, de verdad, piénsatelo. No cometas una estupidez.

—Alicia, ya me he comprometido, no me puedo echar para atrás. No te preocupes, en un año y medio yo ya estaré de vuelta en Barcelona, divorciado y sin hijos, como si nada hubiese pasado.

—No sé, Héctor, no sé... No conoces a esa chica de nada... ¿Y si está loca?

—Bueno, te tengo que confesar que yo empiezo a pensar que lo está —susurró Héctor—. No la he visto salir de su habitación desde que se mudó. Después de guardar las mil y una cajas que traía se puso un cerrojo en la puerta y se encerró en el cuarto. Supongo que ayer mientras yo trabajaba salió a comprar y luego, con una cinta aislante, marcó el interior de la nevera para dividirla en dos partes. En una colocó lo que ya había y en la otra lo que compró.

—¿Lo ves, lo ves? Esa chica no está bien ¿Y si te ataca en plena noche?

—Va, Alicia, no digas tonterías —añadió Raúl—. Además, no creo que a tu hermano le importe mucho que la chica vaya a su habitación a media noche...

Raúl y Laura se miraron sonrientes, mientras Héctor los observaba de reojo.

—Dejad eso ya, parejita... —les advirtió.

—¿Y cuándo será la ceremonia? —preguntó Laura.

—El próximo sábado, en el ayuntamiento. ¿Vendréis? Necesitaré dos testigos.

—¡Nosotros no nos lo perderíamos por nada del mundo! —exclamó Raúl.

—Ese sábado es el cumpleaños de la hermana de Iván y lo celebraremos en su casa —informó Alicia.

—¿Y no podríais acercaros un momento por la mañana? —suplicó el abogado.

—Héctor, no quiero ser partícipe de este disparate. Conmigo no cuentas —concluyó Alicia con el ceño fruncido mientras tomaba en brazos a su hijo y lo llevaba al salón.

—Tranquilo, Héctor, ya se le pasará —le animó Raúl—. Nosotros seremos los testigos.

—Gracias.

Y su hermana tenía razón ¡Por supuesto que la tenía! Aquello era una insensatez, una tremenda y gigantesca estupidez. Ahora que por fin había encontrado su lugar en Vilanén, ahora que aquel castigo de dos años había dejado de ser para él una condena y comenzaba a florecer esa paz interna que tanto ansiaba recobrar... Ahora, precisamente ahora, se tiraba de cabeza en una piscina vacía, así, sin más, sin sopesar las consecuencias de ese batacazo. ¡Un año y medio! ¡Un año y medio!

La primera semana de aquella extraña convivencia fue muy incómoda para Héctor. Por las mañanas se despertaba aturdido y exaltado. El sueño de la chica asomada al puente de piedra acababa con la imagen de una sombra acercándose sigilosamente a su cama, una sombra oscura y tenebrosa, portando un cuchillo, una cuerda, un hacha, una pistola... cada vez un arma asesina distinta, pero las intenciones siempre las mismas. Aún con la respiración agitada, se metía en la ducha. Otro suplicio. No cerraba la mampara para no perder de vista la puerta y cada mañana inundaba el cuarto de baño. Después de recoger el agua con la fregona, se dirigía al armario y se vestía sin dejar de mirar la puerta de la habitación. El martes y el jueves había llegado a la agencia con la camisa mal abrochada ¡menos mal que Natalia se fijaba en todo! Ya en la cocina, una zona más amplia y menos peligrosa, Héctor desayunaba en silencio, masticaba despacio y afinaba el oído, intentando percibir el sonido de alguna pisada, del agua deslizarse por las tuberías, de un bostezo, de cualquier murmullo... No fue capaz de captar nada. Una de dos, o esa chica ya se había ido o debía estar durmiendo como

un tronco. Las jornadas de trabajo en la agencia transcurrían con normalidad. Su relación con Andrés había mejorado muy considerablemente y Héctor, ya con manga ancha para hacer cambios, empezaba a disfrutar de sus tareas. Algunas tardes visitaba a Adolfo, tomaban juntos un café y comentaban los casos más complicados del abogado. De vuelta en casa, entraba haciendo el máximo ruido posible para avisar a Naira de su llegada. Abría la puerta con brusquedad, movía las llaves, carraspeaba, tosía o hacía como que hablaba con su hermano por el móvil. Y después de esa triunfal entrada, se sentía como un idiota, un idiota de remate. No había ni rastro de ella. La puerta de su habitación continuaba cerrada a cal y canto. Se cambiaba de ropa y se reunía con Gonzalo para correr. Y de regreso a casa, después de volver a mover las llaves, carraspear, toser, despedirse de Gonzalo a gritos y sentirse de nuevo un estúpido por semejantes payasadas, se duchaba, secaba el agua que había salpicado por no cerrar la mampara y se preparaba la cena.

El contenido de la nevera era la única prueba de que Naira vivía en aquella casa. Por cierto, todo lo que compraba era platos precocinados o congelados. Debía salir a comprar por las mañanas, se debía preparar o, mejor dicho, precalentar la comida y la cena aprovechando que él no estaba y de vuelta a su encierro.

Héctor seguía conversando cada noche con Raúl, Laura o Alicia. Su hermana continuaba molesta y preocupada, pero él sabía eludir el tema y acababan charlando sobre las travesuras de Pablo. Raúl y Laura se sentaban juntos en el sofá, activaban el altavoz del móvil y, entre risas, le acribillaban a preguntas sobre Naira. Y Héctor siempre les respondía de la misma forma, entre susurros y molesto por el jueguecito de la pareja. Pasaba un par de horas en el salón, viendo la televisión, leyendo la prensa por internet o disfrutando de una novela y cuando el sueño acechaba subía a su cuarto. En silencio, despacio para no molestar y de nuevo afinando el oído para percibir cualquier susurro, cerraba la puerta de la habitación y la contemplaba, en alerta, mientras sus ojos se adormecían.

Así transcurrió aquella semana hasta que el viernes, después de pasar otra tarde trabajando en el huerto de Rita y cenar entre risas con sus compañeros de remigio, Héctor entró en casa sorprendido. La luz del salón estaba encendida y en la televisión se estaba emitiendo la película Titanic. La cálida

voz de Céline Dion envolvía la casa. Entró despacio, mirando de lado a lado, buscando a Naira. No estaba en el salón, ni en el despacho. Continuó caminando hasta la cocina y una vez allí un olor familiar le removió el estómago. Buscó el vaso y lo vio a través de la ventana de la cocina. Salió a la terraza y se acercó a la botella que estaba sobre la mesa del porche.

—¡Mierda! —exclamó recordando su primera y única borrachera de ratafia.

Entonces oyó la voz de Naira tarareando la canción de Céline Dion. Tuvo que abrir bien los ojos para verla en la oscuridad. Estaba de pie, subida encima de la tumbona sobre la que Héctor había contemplado las estrellas en más de una noche de verano. Con un pie sobre cada reposabrazos, haciendo equilibrio y con los brazos abiertos, canturreaba torpemente la canción, imitando a los actores de la película. Estaba de espaldas y no se percató de la llegada de Héctor. Éste se acercó sigilosamente, consciente de que, si ella sola se había bebido más de la mitad de la botella, un susto la haría caer de bruces en el suelo. A pocos centímetros, con los brazos extendidos para sujetarla en caso de que perdiera el equilibrio, la contempló. Tenía los ojos cerrados, las mejillas húmedas del llanto, los párpados hinchados y su pelo corto desbocado, como si se los acabara de cortar a tijeretazos. Oírla desentonar la canción le hizo sonreír. En aquel instante reconoció en ella a la chica del ascensor, despistada, desastrosa, graciosa, algo triste, pero con un “no sé qué” que la hacía especial.

—You’re here... there’s nothing I fear and I know that my heart will go on...

—la canción continuaba sonando y Naira la cantaba con la voz ronca del llanto y la torpeza provocada por el alcohol.

Con miedo a que cayera, Héctor decidió interrumpir el espectáculo para pedirle que bajara de su improvisado transatlántico.

—Naira...

La llamó con suavidad, para no asustarla, pero los gritos de ella eran más fuertes.

—Nairaaa...

Repitió subiendo el tono de voz. No sirvió de nada.

—¡Nairaaaa...! —gritó con fuerza en el preciso instante en que ella acabó la canción.

Naira abrió los ojos, sobresaltada, y, como era de esperar, perdió el equilibrio. Con un rápido movimiento Héctor evitó que cayera al suelo.

—¡Suéltame imbécil! —chilló ella mientras se deshacía de los brazos que la habían impedido caer—. ¡No me toques!

—¿Te has bebido media botella de ratafia esta noche? —preguntó él mientras daba un paso atrás.

—Eso no es asunto tuyo.

Con torpeza, Naira volvió a enfilarse en la tumbona, colocando de nuevo los pies sobre los reposabrazos.

—¿Pero qué haces? Te vas a caer...

—Tengo que seguir surcando el océano hasta llegar al iceberg... —Subió a pesar de la advertencia de Héctor y volvió a abrir los brazos—. ¿Quieres ser tú el iceberg? Ese papel te queda de maravilla.

—¿De qué hablas? Baja de ahí ahora mismo o te harás daño.

—You're here... there's nothing I fear and I know that my heart will go on...

—Nairaaa... —gritó él.

—Ahora, ahora... ¡Plashhh!!! —Abrió los ojos y se puso las manos en el vientre—. Y chocaron contra el iceberg, desgarrando el casco, destrozando mi interior...

—Naira baja...

—Y entonces, ahora, en este instante es cuando yo me hundo y me hundo y me hundo...

Héctor la miraba estupefacto mientras ella movía las caderas de un lado para el otro, doblaba las rodillas y se agachaba poco a poco.

—Y me hundo y me hundo y me hundo...

—Naira, te caerás...

—Hasta que llego al fondo del océano y me quedo allí helada, muerta, sola, muy sola...

Arrodillada sobre la tumbona, tapó con sus manos su cara y comenzó a llorar.

—Vamos, baja de ahí.



—No te acerques, déjame iceberg...

—Naira, has bebido mucho. Estás diciendo tonterías y te acabarás haciendo daño.

—No digo tonterías...—Miró hacia el frente, con lágrimas en los ojos y extendió un brazo, como señalando hacia el horizonte—. Mi rumbo era perfecto, surcaba el océano feliz, dichosa, mi vida era ideal... hasta que tropecé contigo, sí, sí, contigo... —Otra vez aquella mirada de odio que Héctor no había logrado olvidar—. ¿Entiendes la metáfora abogado engreído?

—Baja de ahí y me explicas esa metáfora.

La había entendido ¡por supuesto que la había entendido! Pero tenía que convencerla para que dejara de jugar a hundir la flota y evitar que se diera un buen batacazo. Afortunadamente, esta vez obedeció y bajó despacio, esquivando las manos de Héctor.

—Naira, entiendo que estés dolida, pero yo no tuve nada que ver con tu divorcio.

—Ya, sí, todos los hombres sois iguales... —Empezó a andar hacia la casa tropezando con las piedras del camino—. Muy agradables al inicio, eres preciosa, eres un encanto, te quiero mucho, te quieres casar conmigo, deseo pasar el resto de mi vida contigo... pero una vez conseguís lo que queréis os cansáis y a por otra más joven. ¡Todos sois iguales!

—Será mejor que te vayas a dormir. Mañana vas a tener una resaca terrible.

—Es igual... como si me muero mañana ¿acaso le va a importar a alguien?

—Al alcalde del pueblo sí le importará. Está ansioso por casarnos. Así que no le decepciones y descansa.

—¿Casarnos? ¡Mierda de contrato que no sirve para nada! —exclamó Naira mientras cogía la botella.

—Ahí te doy la razón... —añadió Héctor quitándole la ratafia de la mano.

—Dame la botella.

—No. Vete a dormir.

—Imbécil...

Héctor sonrió. Ese insulto le recordaba a su hermano. Apagó el televisor y

fue detrás de ella por si tropezaba con los escalones. Y después de que Naira cerrara la puerta de su cuarto y diera dos vueltas al cerrojo interno, se preguntó cómo había sido tan estúpido de temer que ella le hiciera daño o entrara en su habitación mientras dormía. Era evidente que Naira estaba más asustada que él, sintiéndose como el Titanic de su metáfora cinematográfica, sola y hundida en un océano extraño.

Debían estar en el ayuntamiento a las once de la mañana. Raúl y Laura, ansiosos por conocer a la famosa novia, llevaban más de media hora esperando en el salón. Faltaban apenas quince minutos para las once, cuando Héctor comenzó a golpear la puerta de la habitación de su casi esposa.

—Naira, vamos a llegar tarde. Nos tenemos que ir ya.

No creía haber sufrido un dolor de cabeza de tal magnitud en su vida. La cama daba vueltas, el techo subía y bajaba, las paredes se contoneaban como si fueran gelatina, las cajas que había dejado bien amontonadas en un rincón se desplazaron para hacerla tropezar a cada paso que daba... Intentaba llegar al armario que esa mañana se encontraba a kilómetros de distancia. Y el dichoso Víctor, aun sabiendo la resaca que debía estar padeciendo, aporreaba la puerta para hundirla aún más en la miseria... ¡Por cierto! ¿Ayer cantaba ella la canción de Titanic en el jardín o lo había soñado? Recordaba que él le había quitado la botella de ese licor que le vendió Rita... ¿cómo se llamaba? ¿Retrofío? ¿Ratónfía? ¿Ratafría? En fin, que, aunque ayer le pareció rico, esa mañana recordar su sabor le provocaba un malestar en el estómago que no presagiaba nada bueno.

Se vistió con una sencilla camiseta y un pantalón tejano, el típico traje de novia con el que sueña toda mujer. Ni tan siquiera se miró en el espejo, ¿para qué, si aquello no tenía remedio?... Eso sí, tenía que localizar las gafas de sol que le regaló Er... le regaló su ma... Tenía que encontrar las jodidas gafas de sol y ¡punto!

Después de vaciar sobre la cama el contenido de la caja etiquetada como “accesorios”, localizó lo que buscaba. Ya solo faltaba el peinado. Dos pasadas con el peine-dedos, un poco de saliva para bajar el cuerno derecho, otro poco de saliva para dominar el remolino de la izquierda y ¡lista! Como

recién salida de la peluquería, pero más rápido y más barato. Ya estaba preparada.

—¡Vale! Ya voy... pesado —susurró mientras abría el cerrojo.

—Solo faltan diez minutos y el alcalde me dijo que fuéramos puntuales.

—Claro, sí... porque tiene luego cinco bodas más ¿verdad? En este pueblo seguro que cada fin de semana hay por lo menos, por lo menos diez bodas...

—ironizó Naira.

—Vale... Venga, vamos, acabemos ya con esto.

—Voy, pero por favor, no me grites...

—Pero si no he gritado.

—Pues no me hables.

—¿La resaca de la ratafía? —preguntó Héctor con una sonrisa burlona.

—Déjame en paz, imbécil... —recordar de nuevo el sabor de aquel licor le subió la angustia al esófago.

Al bajar las escaleras, no sin antes tropezar con el último escalón, se encontró con una pareja joven que la observaba. El chico era realmente guapo, sonrisa de anuncio, mirada cálida, de esos tíos que caen bien desde el primer momento y ella era preciosa, ojos azules intensos, melena color azabache, risueña, encantadora... ¿De dónde había sacado Víctor a esos testigos de diseño?

—Él es Raúl, mi hermano y ella es Laura, mi cuñada. Ellos serán los testigos.

“¡Su hermano! Ahora sé quién de la familia se llevó los mejores genes...”, pensó Naira.

—Hola... —susurró con desdén, mejor no entablar amistad con los parientes del enemigo.

Esquivándoles para no profundizar en el saludo, Naira salió apresuradamente de la casa.

Fuera, mientras Héctor cerraba la puerta y Naira subía calle arriba, Raúl y Laura se miraron con la picardía dibujada en sus rostros.

—¿Qué te parece? —preguntó ella intrigada.

—No sé, así con las gafas de sol y con esa pinta... No es el tipo de chica que le gusta a mi hermano —susurró él.

—Sí, lo sé... y precisamente por eso creo que es perfecta. A mí me gusta.

—¿En serio? Pero si ni tan siquiera nos ha saludado.

—Tiene carácter y bien peinada, sin gafas y sin resaca debe ser guapa.

Héctor, que los había oído susurrar, pasó al lado de ellos aligeradamente y malhumorado.

—Dejaros de tonterías, parejita, que os conozco... Va, vamos que llegaremos tarde.

Antonio los esperaba en la puerta del ayuntamiento. También se habían acercado a curiosear Luis y su mujer Sofía, que había colgado en la puerta de su tienda de ropa un cartel que decía “estoy en una boda, en diez minutos vuelvo”, Adolfo con Dolores, su mujer y la peluquera del pueblo, que acababa de dejar envueltas en papel de aluminio unas mechas y solo disponía de quince minutos antes de quemar el pelo de la clienta, y, como no podía ser de otra manera, Rita, luciendo un vestido azul de lentejuelas, se secaba las lágrimas con un pañuelo del mismo tono. Estaba emocionada y feliz porque su particular superhéroe por fin sentaba la cabeza y aunque conocía los motivos de la repentina boda, para ella todo aquel montaje de película era de lo más romántico. Solo faltaba Gonzalo, que ya se había excusado, alegando que unos asuntos le obligaban a salir del pueblo ese fin de semana.

Héctor los saludó rápidamente y se acercó a Antonio.

—Vamos, antes de que me arrepienta... —le susurró al oído.

Naira esperaba en la sala de plenos del ayuntamiento. Alguien había colocado unas flores sobre la mesa central y aquel olor reavivó la angustia. O el alcalde se ponía las pilas y regresaban pronto a casa o acabaría abrazada al retrete consistorial. Afortunadamente para ella, Héctor también parecía tener prisa, así que en pocos minutos ya estaban todos colocados para escuchar las palabras del alcalde. Laura estaba situada a la izquierda de Naira y Raúl a la

derecha de su hermano. El novio le había rogado a Antonio que fuera breve en su discurso, que evitara romanticismos o los típicos sermones de bodas, pero el alcalde, ansioso por celebrar este tipo de ceremonias, tan escasas en Vilanén, leyó unas frases relacionadas con el respeto, la convivencia y la fidelidad. Una vez finalizado el hermoso monólogo, la primera en firmar debía ser la novia.

—Nadia, firma aquí por favor.

—Naira, Nadia no, Nairaaaa... —gruñó ella mirando al alcalde por encima de las gafas de sol que aún llevaba puestas.

Héctor no pudo reprimir una carcajada. ¡Se lo tenía bien merecido, por todas las veces que ella se confundía con su nombre! Pero, claro está, Naira no iba a dejar aquella osadía indemne y con el tacón derecho le propinó un buen puntapié en la espinilla.

—¡Jodeer! —se quejó él.

Y justo en ese instante, cuando Naira sujetaba el bolígrafo para estampar la rúbrica que le uniría al abogado engreído, la angustia se multiplicó. Se quedó paralizada, emblanqueció repentinamente y se llevó las manos a la boca. Laura, que no perdía detalle de los gestos de su aún casi cuñada, la sujetó de los brazos y la arrastró hasta los servicios más próximos.

Héctor y Raúl se quedaron quietos, frente a un Antonio estupefacto, contemplando la puerta de acceso a los lavabos.

—No sé a qué me recuerda esto... —insinuó Raúl con una sonrisa.

—Ya... —Héctor entendió por dónde iba su hermano.

—Ella está pasando por lo mismo que pasaste tú, no consentías que nadie te ayudara, incluso te enfadabas con nosotros si nos preocupábamos por ti. Lo único que querías era estar solo con la botella en la mano. Orgullosa, irritante, soberbio...

—Vale, vale... ya me ha quedado claro.

—Paciencia, hermanito, paciencia... —riéndose descaradamente, Raúl le dio toquecitos en el hombro—. Ahora vas a saber lo que yo he vivido contigo.

—No es mi hermana, Raúl, no es lo mismo.

—No, no es tu hermana, tienes razón, es más que eso, es tu mujer... bueno,

lo será si vuelve del lavabo...

Laura, apoyada en la puerta, esperaba atenta a los ruidos procedentes del interior. Transcurridos diez minutos de angustiosos gemidos y dolorosas náuseas, la novia a la fuga abrió la puerta. Laura la contempló de arriba abajo. El rostro desencajado, el pelo revuelto, los ojos hinchados, los labios reseco y la camiseta salpicada de vómito componían la imagen de su nueva cuñada. ¡Menuda estampa!

—¿Estás mejor?

—Sí, parece que el estómago se ha calmado... ¡Qué vergüenza! Me siento ridícula...

—Tranquila, no te preocupes. Ya nos ha explicado Héctor que anoche te pasaste con un licor que sube mucho a la cabeza.

—Sí, horrible... La primera y la última vez que lo bebo.

—Bueno, mira el lado positivo: si alguna vez habías soñado con una boda original y diferente, ésta, sin duda, se lleva el Óscar...

Aquel comentario hizo sonreír a Naira y Laura pudo vislumbrar el color rosado en sus mejillas y un tímido resplandor en sus ojos negros. Sí, sospechas confirmadas, detrás de esa desastrosa imagen se escondía una mujer encantadora y guapa que solo necesitaba algo de tiempo para florecer de nuevo. Y cogiéndole una de las manos, Laura la miró con dulzura.

—Naira, si alguna vez necesitas a alguien que te escuche o que te haga compañía cuando te sientas sola, quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Pero... perdona, ¿cómo te llamabas?

—Laura.

—Sí... Pero, Laura, si ni tan siquiera nos conocemos...

—Ya, pero estás a punto de ser mi cuñada.

—Laura, te lo agradezco, de verdad, pero no pretendo pertenecer a vuestra familia. Lo que hay entre Víc..., entre tu cuñado y yo es un acuerdo, nada más...

—Sí, lo sé... pero...

—Laura, entiéndelo... lo único que quiero es tramitar la adopción, tener a mi hijo y ya está...

—Vale, tranquila, te comprendo.

—Gracias... —y separándose de las manos de Laura, Naira continuó—. Bueno, creo que lo mejor será volver a la sala, tengo papeleo...

Una vez firmaron los cuatro, salieron al exterior en silencio. En la puerta del ayuntamiento ya solo estaban Rita y Brenda, que acababa de llegar de Gerona. Héctor al verla, se acercó a ella sonriente y abriendo los brazos. Esa niña le había robado el corazón. Ya no era simplemente la chica del pelo verde, bondadosa e inocente, que intentaba corregir el rumbo de su vida, ni la niña descarada y a la par divertida que pretendía hacer chistes con sus comentarios, don heredado de su madre. Para él era como su hermana, como su cuñada, una amiga especial que un día le hizo descubrir su lado más paternal, totalmente desconocido para él.

—¡Bicho malo!

—¡Picapleitos! —ambos se mezclaron en un abrazo.

Naira, de reojo e intentando parecer indiferente, observó a la parejita y se sorprendió. Aunque... ¿de qué se sorprendía? Tonta, estúpida e inocente, eso es lo que era, una tonta, estúpida e inocente. Que un hombre como el abogado engreído estuviera liado con una chica diez años menor no era una novedad. Ella sabía bien que tipos como él, como Er..., como su ma..., como aquel cabrón... preferían a las veinteañeras complacientes, dóciles y, sobre todo, con un cuerpo espectacular para que ellos continuaran sintiéndose jóvenes, lucirlas y dar envidia a todos los amasijos de testosterona y machismo con dos patas y un rabo que habitan el planeta Tierra. ¡Asqueroso! ¡Repugnante! Y Víctor era uno de ellos. ¡Cómo no!

“Creo que voy a volver a vomitar...”, las náuseas reaparecieron.

Laura, que esperaba a que Héctor dejara de acaparar a Brenda para saludarla, se percató de que Naira caminaba apresuradamente calle abajo y se imaginó lo peor. Con un gesto rápido le hizo entender a Raúl que acompañaría a su nueva cuñada y corrió tras ella. La alcanzó en la puerta de la casa. Naira, con

un tremendo dolor en el estómago, era incapaz de abrir y Laura la ayudó. Una vez dentro, corrió escaleras arriba hasta llegar a su habitación. Por suerte para Laura, las escasas fuerzas de Naira olvidaron utilizar el cerrojo y pudo seguirla hasta su cuarto de baño. Permaneció a su lado por si la necesitaba hasta que su cuerpo volvió a calmarse y la ayudó a tumbarse en la cama. Se sentó a sus pies y esperó a verla dormida.

Ya había oscurecido cuando Naira despertó. Estaba débil, sin fuerzas para levantarse pero, afortunadamente, el dolor y la angustia habían cesado. Al buscar el reloj despertador para conocer la hora, vio un trozo de papel escrito sobre la mesita de noche. Lo cogió y leyó el nombre de Laura y un número de teléfono. Recordó entonces que la había acompañado hasta la habitación y se sintió agradecida y culpable a la vez. Después del desplante que le había hecho rechazando su ayuda y compañía, esa chica de diseño continuó ofreciéndose desinteresadamente. ¡Qué maja! Pero... no podía obviar un detalle importante, importantísimo, diría ella, Laura era cuñada de Víctor y lo mejor era mantenerse apartada de su familia, de sus amigos y de él. Debía permanecer confinada en su habitación, recluida en su guarida hasta conseguir lo único que deseaba, lo único que la haría feliz: un hijo.

—Gracias, Laura, pero no... —susurró mientras guardaba el papelito en el primer cajón de la mesita de noche.

Y girándose hacia el lado contrario, volvió a dormirse.



## CAPÍTULO 13

A partir del día de la boda, Héctor y Naira apenas coincidían.

Ella aprovechaba las mañanas para salir a comprar, poner lavadoras o sentarse en la tumbona del jardín con un libro en la mano: la lectura, la única de sus más sagradas aficiones que no había dejado a un lado. El cine y la música, sin embargo, habían quedado encerrados en cajas, arrinconados en su habitación y en su endurecido corazón.

Conocía bien el horario del abogado y exprimía al máximo sus momentos de completa soledad para disfrutar de la casa. Sabía que su trabajo en la agencia finalizaba a las cinco de la tarde pero que normalmente los martes y miércoles llegaba pasadas las seis. Apenas permanecía en casa quince minutos y salía de nuevo. Y a las ocho de la noche regresaba, se duchaba, cenaba, le oía hablar por teléfono y después de un rato en silencio, sus pisadas cercanas le informaban de que Víctor se iba a dormir.

A excepción del viernes. El viernes, el abogado asaltacunas pasaba la tarde con Rita. Lo supo poco después de coincidir con él en la agencia. El día que se mudó fue a comprar al supermercado y Rita le explicó las mil y una maravillas del abogado: su buena mano con el jardín, con el huerto, con la pintura, con la limpieza, con la reparaciones... Sí, sí... pero cuando Naira vio a la chica de los pelos verdes entendió perfectamente en lo que ese pervertido tenía buena mano... Y, claro, se ganaba a la suegra con esos favores. Bueno y a saber qué otro tipo de favores le confería...

¡Asqueroso! ¡Repugnante! ¡Menos mal que puso el cerrojo en su habitación!

Además de pasar la tarde con Rita, ésta también le había explicado que el abogado engreído y un grupo de amigos del pueblo jugaban todas las noches de los viernes a cartas en un bar cercano a la casa. Y Naira aprovechaba esas horas para pasarlas en el salón, dejándose engullir por la caja tonta, o en el porche, enfundada en una vieja manta, tomando un café con leche calentito. Para ella, esos momentos de viernes noche habían pasado a ser más

placenteros que el olvidado sexo.

Héctor se había acostumbrado a convivir con un huésped invisible. Ya no temía que Naira entrara en su habitación mientras se cambiaba, dormía o duchaba. Sabía perfectamente que ella solo salía de su celda de aislamiento cuando él no estaba. En alguna ocasión, sobre todo los viernes por la noche, mientras él abría la puerta con llave, la veía subiendo las escaleras de dos en dos, huyendo despavorida, como una ladronzuela pillada infraganti. Pero lo que más le intrigaba era saber cómo conseguía esquivarle los fines de semana. Gonzalo y él salían a correr los sábados por la mañana y después del recorrido compartían un desayuno en el bar de la plaza. Pero de regreso a casa, ni rastro de ella. Después de ducharse, lavaba su ropa, revisaba su correo electrónico, leía algunos artículos de actualidad o relacionados con el Derecho y se preparaba la comida. Pero, en el resto de la casa, ni rastro de ella. Almorzaba, unos sábados solo, otros con Raúl y Laura, tomaba o tomaban el café y parloteaban sentados en el salón. O algunas tardes con Alicia, siempre acompañada de un hosco Iván y de Pablo, el encantador y delicioso sobrino que todo tío desea achuchar y besuquear hasta decir basta. Pero, en el resto de la casa, ni rastro de ella. Desde que Naira vivía con él, Raúl y Laura ya no se quedaban a dormir, por tanto, los domingos los pasaba solo. Y solo era como se sentía en aquella gran casa. Unos metros cuadrados compartidos con alguien a quién no conocía. Y por lo visto, nunca iba a llegar a conocer...

Habían transcurrido dos meses después de solicitar el certificado de idoneidad y Héctor acababa de ser informado de la inminente visita de la psicóloga que redactaría el informe psicosocial. Andrés y Natalia ya le habían dado indicaciones de cómo se desarrollaban ese tipo de inspecciones. Ahora solo debía intentar hablar con su comunicativa mujer. La visita estaba programada para el jueves por la tarde y solo tenían dos días para preparar la entrevista, así que, sentado en su despacho, Héctor preparó el guión a seguir. Si Naira estaba de acuerdo, solo debían memorizar algunas frases y preparar la casa para la revisión de la especialista.

Se acercó a la puerta de la habitación dónde estaba recluida su mujer y llamó con delicadeza. Mejor no hacerla enfadar.

—¿Qué quieres? —Tanta suavidad para nada, parecía enfadada, para variar...

—El jueves por la tarde vendrá una psicóloga. Ella será quién redactará el informe psicosocial. Ese informe es determinante para que nos concedan el certificado de idoneidad... ¿Me estás escuchando? —Se sentía un estúpido hablándole a una puerta, pero con Naira empezaba a ser algo habitual...

—Sí, te oigo. ¿Y qué tenemos que hacer?

—No creo que esté muy interesada en cómo nos conocimos o por qué nos casamos, pero querrá ver la casa, saber de nuestro entorno, nuestra familia, nuestros valores, cómo queremos educar a nuestro hijo...

—Mi hijo... —puntualizó ella.

—Tú hijo, sí, pero para ella será nuestro hijo.

—Vale... y ¿qué sugieres? Tú eres el experto ¿no? —propuso con sarcasmo.

—Te he redactado en un papel algunas frases que podríamos responder sobre nosotros como pareja, es decir, cómo nos conocimos, por qué decidimos venir a vivir aquí... No creo que insista en nuestro pasado, pero por si acaso... También explico detalles de mi familia, de mis amigos, de mis aficiones...

—Bien, pásalo por debajo de la puerta...

—Ahí tienes —él se agachó para deslizar el papel por el suelo.

Durante unos minutos, Héctor permaneció a la espera, sentado en el suelo y apoyado en la pared. Después de casi tres meses de una extraña convivencia y a pesar de que en todo momento había respetado su espacio, Naira continuaba sin confiar en él. Y en cierto modo lo entendía, sabía que la desconfianza, la inseguridad y el desengaño te acompañan durante esos largos y angustiosos meses de reconstrucción anímica.

—Vale, me ha quedado claro ¿Tienes fotos recientes tuyas y de tu familia en formato digital?

—Sí.

—Envíamelas a este correo electrónico —Naira pasó un papelito bajo la puerta—. Tú respondes las preguntas sobre nuestro pasado, la familia, amigos y el pueblo. Mañana te dejaré algunas notas sobre mi familia. Yo me encargo

de la casa y de hablarle sobre cómo quiero... queremos educar a nuestro hijo.  
¿De acuerdo?

—Me parece perfecto —respondió él levantándose.

—¡Ah! y Víctor...

—Héctor, Víctor no, Héctor...

—Héctor... siento mucho la muerte de tu padre.

—Gracias.

El jueves por la mañana, Héctor, sentado en el despacho de la agencia revisaba la nota que Naira le había dejado el día anterior sobre la mesa de la cocina. Apenas diez líneas resumían su círculo familiar y amistoso:

“Mi padre se llamaba Daniel. Murió cuando yo tenía doce años. Soy hija única. Mi madre se llama Isabel. Ella y José Luis, el padre de Ernesto, contrajeron matrimonio pocos meses después de nuestra boda. Mi madre y yo somos muy distintas y nuestra relación siempre fue complicada. Si la psicóloga pregunta por ella, es una mujer de negocios muy ocupada y nos viene a ver una vez al mes. Sobre el resto de mi familia, solo visito de vez en cuando a mi tío Manolo, hermano de mi padre, que vive en Londres con su mujer Paqui y sus hijos Luis y Sofía. He perdido contacto con las pocas amistades que tenía, así que nuestros amigos son los tuyos. Mis aficiones: la lectura, la música y el cine.”

Esa nota tan escueta le hizo pensar a Héctor en cómo había cambiado su vida y lo afortunado que era con su familia. A pesar de la muerte temprana de su madre, él había tenido una infancia feliz, sin carencias afectivas. Su padre había sabido suplir aquella pérdida, dándoles todo el cariño y afecto que ellos necesitaban. Y sus hermanos... ¿qué podía decir de ellos? Los dos habían estado siempre a su lado y continuaban apoyándole en todo, o en casi todo, pensó recordando el enfado de Alicia por la boda. Aunque después de su divorcio sus amistades se habían reducido a algunas amantes con derecho a cierta relación de amistad o a compañeros de juergas que solo le llamaban para organizar fiestas en su apartamento, de un tiempo para atrás la situación había cambiado considerablemente. Incluso antes de aterrizar en Vilanén, Héctor ya disfrutaba de una sana amistad con su compañero Alberto o incluso

con Carlos, que a pesar de los problemas que le ocasionaba en el bar, nunca dejaba de ofrecerle su apoyo y ayuda. Pero desde hacía unos ocho meses, todo había cambiado. La complicidad con Gonzalo, el cariño que sentía por Brenda y Rita, su amistad con Natalia, Andrés, Adolfo, Luis, Ignacio y Antonio. Sus partidas de remigio entre risas y bromas. Sus largas conversaciones con Gonzalo o Brenda. Las divertidas ocurrencias de Rita. Todas esas personas y momentos ahora formaban parte de su familia, de sus amistades más íntimas, de su vida.

Sonrió al pensar en todos ellos pero volvió a sentir cierta tristeza al ver de nuevo el texto de Naira y recordar la soledad en la que él mismo se había encerrado durante tanto tiempo. La misma soledad en la que ella estaba recluida.

—¿Qué tal Héctor? ¿Lo tenéis todo preparado? —Andrés interrumpió sus pensamientos.

—Pues, la verdad, no lo sé... Naira me dijo que ella se encargaría de la casa y yo no noté ayer ningún cambio... no estoy seguro de a qué se refería con eso.

—¿Pero habéis hablado de qué vais a decirle a la psicóloga?

—¿Hablado? Desde la boda, apenas la habré visto un par de veces subiendo rápidamente las escaleras mientras yo abría con llave... Y no hemos hablado hasta el martes, pero eso sí, a través de la puerta de su habitación.

—Pues tened mucho cuidado con qué le explicáis a la psicóloga... Tal vez sea mejor no hablar demasiado. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí... lo intentaré.

Pasados pocos minutos de las cinco de la tarde, Héctor salía de la agencia apresuradamente. La psicóloga aparecería en veinte minutos y tenía la esperanza de encontrarse con Naira para repasar algunas frases.

Abrió la puerta de casa y su sentido del olfato le obligó a parar en seco, cerrar los ojos e inspirar profundamente. Debía ser ilegal dejar perder la más mínima brizna de aquel aroma. Sus fosas nasales se recubrieron de azúcar, canela, limón y nueces. El estómago, ansioso y curioso, le ordenó con rugidos que investigara el origen de esa dulce fragancia y, olisqueando como un cachorro hambriento, entró en el salón. Y allí estaban ellas, esas seis preciosas y esponjosas magdalenas eran las culpables de su repentina

salivación. Provocativas y seductoras, tentadoras e indecentes, aquellas seis delicias le estaban absorbiendo el cerebro de deseo... Ufff... ¿Se podría llegar a comparar el placer de comer con el sexo? Definitivamente, sí. En ese momento, sí.

Miró de lado a lado, esperando ver a Naira o deseando no encontrarse con ella, no al menos hasta haber degustado como mínimo una de esas maravillas de la Naturaleza. Las seis embaucadoras magdalenas reposaban sobre un plato ovalado con cuadritos blancos y rojos. No recordaba haber visto antes ese plato, pero eso carecía de importancia en ese momento... lo único que él necesitaba era hincarle el diente a una de sus víctimas, ya, sin más demora.

—Ni se te ocurra tocar las magdalenas —la voz de Naira le sorprendió por detrás, justo cuando sus dedos casi rozaban el preciado tesoro.

“¡Mierda, joder...! Con la buena pinta que tienen...”

El tono de exigencia de Naira le hizo despertar del hechizo y solo entonces, mientras alejaba sus manos de las magdalenas, notó que algo había cambiado en el salón. Bueno, algo no, mucho más que algo... Sobre el sofá había una manta de color naranja, de esas suaves y lanosas que invitan a la caricia. Bajo el desconocido plato blanco y rojo, un mantel beige recubría la mesita. Y levantando la mirada, contempló boquiabierto la estantería del salón. Estaba repleta de libros y películas, pero lo que más le sorprendió fue una foto enmarcada apoyada sobre la pared. Se acercó dando dos pasos para comprobar si sus ojos no le engañaban. No, era cierto. Recordó ese momento. Estaban en un restaurante japonés, cenando sushi con Raúl y Laura, y su hermano le hizo una foto junto a su cuñada. Pero no era Laura la que estaba en esa imagen, no, era una Naira sonriente y feliz... ¡Increíble! Su mujer se había cargado a su cuñada de un “photoshop-plumazo”.

—¿Qué le has hecho a Laura? —preguntó Héctor sin dejar de contemplar la fotografía.

—Esa foto nos la hizo Raúl una noche que cenábamos los cuatro en ese restaurante japonés de moda...

—Sí, sí... ya sé qué restaurante es... Yo sí estaba allí.

—Los cuatro, Víctor, estábamos los cuatro...

Héctor se giró para recordarle a Naira por enésima vez su nombre, pero contemplándola se quedó mudo, sin palabras. ¿Era esa la mujer con la que se casó? Aunque no había abandonado su expresión de enfado, su rostro sí parecía otro. Su tez lucía un color rosado, apenas se apreciaban las ojeras, los párpados hinchados del llanto habían desaparecido y en sus ojos negros se apreciaba algún destello de luz, un tímido rayo de sol abriéndose paso entre los nubarrones. Y sus labios... sus labios... ¿por qué nunca antes se había fijado en esos labios? ¡Joder, los nueve meses de abstinencia le estaban pasando factura!

—Esto... —se echó el pelo hacia atrás y se tuvo que concentrar para recordar qué le tenía que decir... ah, sí—. Intenta no olvidar, por favor, aunque solo sea delante de la psicóloga, que mi nombre es Héctor.

—Vale, lo dejaremos en cariño y problema resuelto —dijo ella con indiferencia y girando sobre sí misma empezó a subir las escaleras—. Si no quieres estar con esa cara de sorpresa durante la entrevista, te sugiero que me sigas... cariño.

—Si me lo pides así... —sonrió de medio lado.

—He puesto algunas de mis cosas en tu habitación. Espero que no te importe. En cuanto se vaya la psicóloga, las quito de ahí.

—No hay problema.

Entraron primero en la habitación de Naira y Héctor abrió los ojos estupefacto. Todo estaba recogido y no había rastro de cajas. La cama no estaba vestida, pero sobre el colchón había una manta doblada y un juego de sábanas. En una esquina, junto a la ventana que asomaba al jardín, descubrió un cómodo sillón que no recordaba haber visto antes. Y a cada lado de éste, una lámpara de pie y una mesita con dos libros. Héctor dedujo que debía ser el rincón de lectura de Naira.

—La habitación de los invitados —dijo ella.

—Antes lo era... Raúl y Laura pasaban aquí la noche del sábado cada dos semanas.

—Ah... —si pensaba él que se iba a sentir culpable andaba bien equivocado.

Pasaron a la habitación individual.

—No he querido arreglarla demasiado, solo he puesto un par de peluches en la cama y una lamparita infantil en la mesita.

—Piensas en todo...

Y llegaron a la que supuestamente debía ser la habitación de matrimonio. Héctor no supo si sorprenderse, asustarse o llorar. Un sentimiento de invasión de su querida intimidad le estaba presionando las vísceras. ¿Unas zapatillas con lunares en el lado de la cama donde él suele dormir? ¿Una foto de Naira junto a la de su familia? ¿Seis inútiles cojines encima de la almohada? ¿Botes de colonia y cremas para saber qué parte del cuerpo sobre la cómoda? ¿Un bolso gigante en el suelo? ¿Y las cañas, dónde estaban las cañas de pescar de su padre? Las buscó preocupado hasta verlas escondidas tras la puerta ¡Menos mal! ¿Y su portátil? Ah, bien... continuaba intacto en la mesa despacho. Había compartido habitación con su ex mujer durante los cuatro años que estuvieron casados, pero hacía tanto tiempo que borró su recuerdo que ya había olvidado el espacio que una mujer podía llegar a ocupar.

—No te asustes... luego lo dejo todo tal y como estaba.

—Eso espero...—no intentó disimular su molestia, porque sí, aunque sabía que lo importante en ese momento era conseguir el certificado de idoneidad, no pudo evitar sentirse invadido.

De regreso al salón, Héctor dejó de lado ese sentimiento de atropello y volvió a concentrar todos sus sentidos en las seis apetitosas magdalenas.

—¿Las has hecho tú? —preguntó señalándolas y deseando ser invitado.

—Naturalmente...

—Huelen muy bien... Pensaba que no se te daba bien cocinar.

—¿A ti qué te hace pensar eso? —preguntó molesta.

—¿Porque solo comes comida precocinada y porque me lo dijiste una de las veces que coincidimos en el ascensor? —esa pregunta la enojó aún más.

—Déjalo, me da igual lo que pienses... Pero las magdalenas son para la psicóloga así que no las toques.

“Héctor ¿qué tal si la próxima vez lo dejas en un huelen muy bien?”, se dijo enfadado consigo mismo y notando el rugido de su estómago.



El timbre de la puerta los sorprendió. Llevada por un impulso, Naira bajó la guardia y miró a Héctor. Su mirada era limpia, sin fingidos enfados, sin orgullo, ni resentimiento y él pudo leer perfectamente el miedo y la súplica en sus ojos.

—Tranquila, todo saldrá bien —su sonrisa fue sincera y alentadora.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí... ya verás como sí.

Y con la mejor de sus sonrisas, Naira abrió la puerta. La psicóloga debía rondar los cincuenta años de edad y se auto presentó como Virginia. Agradable, sonriente, educada y muy muy charlatana. Naira conectó perfectamente con ella y en pocos minutos ya conversaban las dos sentadas en el sofá, con un café con leche en una mano y una magdalena en la otra. Héctor las miraba atónito. ¡Qué facilidad tienen las mujeres para dialogar sobre mil temas distintos! Empezaron criticando la mala combinación de autobuses para llegar hasta allí, estuvieron de acuerdo en lo mal cuidado que estaba el asfalto de la carretera, continuaron alabando las vistas del pueblo, criticaron los recortes en sanidad y educación, buscaron en Google el número de habitantes del municipio y de paso el nombre de un famoso actor que había nacido en Vilanén, la edad de éste y las novias que se le habían atribuido según la prensa del corazón. Cuando dejaron de lado el móvil, Virginia le explicó a Naira que estaba casada, con tres hijos de veintidós, veinticuatro y veinticinco años, todos hombres y solteros, lo que les dio pie a charlar sobre lo difícil que era en ese momento independizarse de los padres, comprar una vivienda y conseguir un trabajo estable... ¡Y todo eso en diez minutos! ¡Para flipar! Y para colmo, fueron capaces de hablar y hablar mientras se zampaban dos magdalenas cada una, muy a pesar de ellas, porque al parecer ambas estaban cuidando la línea.

—Esta casa es preciosa —exclamó Virginia—. Es de alquiler ¿verdad?

—Sí... —respondió la versión más sonriente de Naira—. Aunque estamos pensando en comprarla. Cuando finalice el contrato hablaremos con el propietario. ¿Quieres que te la enseñe? —después de tanta charla, ya se tuteaban, naturalmente.

—Por supuesto.

Mientras recorrían la parte superior de la casa, continuaron conversando sobre mil temas más: la contaminación, la subida del coste de la luz, las colchas que venden en Ikea, la música de los ochenta, lo bien que huelen los ambientadores para baño del Mercadona, el aislamiento de las ventanas, las mejores cremas anti edad, los tatuajes y el deshielo de los glaciares ¡Toma ya! Héctor estuvo a punto de ofrecerles un vaso de agua a cada una... debían tener la boca seca.

De regreso a la planta baja, Naira se dirigió a la terraza.

—Ya verás que plantas aromáticas tenemos en el jardín. Víctor sabe mucho de jardinería.

—¿Víctor?

—Víctor es nuestro vecino —añadió Héctor rápidamente, mientras miraba de reojo a Naira como tragaba saliva y disimulaba los colores que le estaban subiendo a la cara—. Vive dos casas más arriba. Viene a ayudarnos con el jardín. A mí no se me da muy bien.

—Entiendo, no se puede saber de todo ¿verdad?... Mi marido tampoco es muy manitas. La semana pasada intentó arreglar una grieta en la pared y acabamos llamando a un pintor amigo suyo. Menos mal que nos hizo un buen precio, eso sí, le pedí una factura con IVA. Yo eso de evitar pagar impuestos no lo veo bien, porque imagínate que todos hiciéramos lo mismo ¿Así cómo vamos a levantar el país? Claro que luego los jóvenes se ven forzados a trabajar en el extranjero, para poder aplicar lo que aquí han estudiado. Les pagamos la universidad y acaban llevándose sus cualidades a otros países. Menos mal que hoy en día todos hablan idiomas porque antiguamente...

“¡Por Dios, que alguien haga callar a esta mujer!!!!!”

—Virginia... —la interrumpió Naira sonriente—. ¿Te apetece otro café?

—Pues no te voy a decir que no... y si te quedan más magdalenas de esas tan ricas...

“Joder, que se va a zampar todas las magdalenas la tía...”

De vuelta en el sofá, Virginia tomó de su maletín unos papeles y los puso sobre la mesa, junto al plato ovalado que ya solo contenía una única magdalena. A partir de ese instante, las dos conversaron sobre la educación de los niños.

—Nosotros quisiéramos educar aquí a nuestro hijo —explicó Naira—. Nos gusta este pueblo y aquí el niño puede disfrutar de la naturaleza, correr por el campo, admirar las vistas, ir a pescar con su padre, ver el cielo estrellado por las noches... —Héctor tuvo que tragar saliva y contener la emoción, mientras escuchaba estupefacto las palabras de Naira—. ¿Verdad cariño?

—Sí, sí...

—Él se crió en el campo y solía ir a pescar con su padre. ¡Cómo echamos de menos a Fermín! Murió hace unos nueve meses.

—Lo siento mucho Héctor.

—Gracias... —“¡Joder, si hasta tengo ganas de llorar!”

—Me parece un lugar perfecto para educar a un niño. Y ¿habéis pensado en cómo vais a tratar con él el tema de la adopción?

—Sí, muy abiertamente —afirmó Naira con rotundidad—. El niño sabrá en todo momento de donde procede y además intentaremos viajar a su país de origen cuando sea un poco más mayor, para que conozca sus raíces.

—Y ¿os puedo preguntar por qué habéis optado por la adopción?

En ese instante Naira se quedó rígida, en silencio y Héctor, que hasta entonces había optado por escuchar sin intervenir, se sorprendió al verla nerviosa. Su rostro estaba desencajado, sus mejillas emblanquecieron de golpe e incluso le pareció que había dejado de respirar.

—Yo no puedo tener hijos —respondió él llamando la atención de las dos mujeres—. Sufro de criptorquidia. No me lo diagnosticaron a tiempo y me quedé estéril.

—¡Ohhh...! Lo siento —exclamó Virginia con expresión lastimera.

—Bueno, es estéril, pero no impotente, ya me entiendes... —soltó Naira sin pensar.

Héctor la miró sorprendido y con la boca abierta. Pero ¿a qué venía eso? ¿Se

le ha ido la pinza?

Pero justo en ese instante, cuando el cuadro no podía ser más surrealista, con una Virginia alarmada, un Héctor alucinado y una Naira bloqueada al ser consciente de la estupidez que acababa de decir, el timbre de la puerta sonó. Héctor, aprovechando que estaba más cerca de la entrada y para huir de esa extraña situación, se levantó a abrir.

—Hola picapleitos.

—¿Brenda? ¿Qué haces aquí? —Héctor, sonriente, le dio dos besos a su amiga—. ¿Cómo que no estás en Gerona?

—Estamos de exámenes y no tenemos clases. Te quería pedir ayuda con derecho del trabajo, me está costando esa asignatura. ¿Tienes un momento?

—Ahora no puedo, Brenda —respondió haciéndole señas con la mirada—. Tenemos visita.

Brenda, tan curiosa, descarada y descomedida como siempre, echó a un lado a Héctor y se asomó para saludar.

—¡Hola Naira!

Cuando Naira la vio entrar sintió como le hervía la sangre. Más rápida incluso que un Ferrari, pasó de congelación a ebullición en tan solo diez segundos. ¿Qué hacía allí la amante del engreído? ¿Y entraba a saludar como si nada? Y... ya puestos ¿por qué no se pegaban un morreo delante de la psicóloga? Eso era el colmo... ¡Lo iban a echar todo a perder!

—Brenda es una amiga —explicó Héctor—. Está estudiando Turismo en la Universidad de Gerona y ha venido para que le ayude con una asignatura —miró a la joven—. Pero ahora no puedo, te aviso más tarde ¿vale?

—Muy bien... Encantada —dijo amablemente mientras le daba la mano a Virginia—. Adiós Naira.

—Adiós... Linda.

—Brenda, Linda no, Brenda... —replicó la joven.

—Ups, perdona... ¡qué despiste!

Héctor movió la cabeza de lado a lado, esa chica no tenía remedio. ¿Sufrirá algún tipo raro de amnesia?

De nuevo los tres en el sofá, acabaron de comentar algunos aspectos del pueblo. Sus costumbres, sus amistades, sus aficiones... Esta vez fue Héctor quién habló y Naira permaneció callada. Afortunadamente, porque después del disgusto por la aparición de la chica, era capaz de meter la pata por cualquier tontería. Sin embargo, él parecía actuar como si nada hubiese pasado, como si unos minutos atrás no hubiese estado a punto de echarlo todo a perder... Después de todo lo que estaba haciendo ella por conseguir la adopción, de lo mucho que deseaba ese niño y de lo que había sufrido para llegar hasta allí, en apenas unos segundos se podía haber ido todo al garete por culpa del asaltacunas y la niñata esa. Ufff, el corazón le iba a estallar de las palpitaciones.

—Muy bien pareja, pues creo que ya sé todo lo que necesito saber —concluyó Virginia levantándose del sofá—. Dentro de un par de semanas la agencia de adopción recibirá el informe.

Y después de unos besos y una despedida de cinco minutos delante de la puerta exterior, a solas y en silencio, Héctor y Naira esperaron que Virginia se alejara para comenzar a hablar.

—A ver, ¿tú de qué vas? Has estado a punto de echarlo todo a perder —espetó Naira con resquemor en la voz.

—¿Yo?

—Sí, tú y esa niña, Linda o Brenda, como se llame...

—¡Joder! Que Brenda solo ha venido a pedirme ayuda con los estudios...

—Sí, ya, claro... —“Este se piensa que soy tonta”

—¿Y tú? ¿Se puede saber a qué ha venido eso de “es estéril pero no impotente”? Has dejado a la pobre mujer alucinada.

—Ya, claro, ahora resulta que yo lo hice todo mal por un solo comentario...

—¿Y lo de Víctor? ¿Y lo de Linda? ¿Qué tipo de problema tienes tú para memorizar los nombres?

—No tengo ningún problema, solo que no pierdo tiempo ni energía para memorizar los nombres de las personas que no me interesan ¿Lo entiendes ahora?

—Me ha quedado muy claro...

Enfurecida, Naira entró en el salón, cogió el plato ovalado con la magdalena y sin mirar a Héctor subió los escalones apresuradamente.

Y él se quedó allí de pie, pasmado, preguntándose por qué ella le despreciaba de esa manera y, cómo no, hambriento, sin haber probado las dichas magdalenas.

El viernes, sentados los siete compañeros de remigio en el bar de Esteban, Ignacio iba a tirar su carta cuando la curiosidad le hizo preguntar.

—Héctor, ¿cómo os fue ayer la entrevista con la psicóloga?

—Bien... bueno, supongo que bien... La mujer hablaba hasta por los codos. No tardaron las dos ni tres segundos en hacerse íntimas amigas y tengo que reconocer que Naira estaba bien preparada. Cuando vi cómo había dejado la casa me asusté... de verdad parecía que allí vivía un matrimonio bien avenido.

Todos rieron ante su expresión de pánico.

—Seguro que las magdalenas de Sofía también ayudaron —dijo Luis.

—¿Las magdalenas de Sofía? ¿Qué quieres decir? —Héctor empezó a mosquearse.

—Naira le pidió a Sofía que le preparara algún bizcocho o magdalenas, un postre recién hecho para la psicóloga. Para acompañar el café y para que la casa oliera bien... Ya me entiendes ¿No te lo dijo Naira?

—No... al parecer se saltó ese pequeño detalle... —“Además de amnésica, mentirosa”.

—Pues le quedaron buenísimas ¿verdad Ignacio?

—De muerte... A nosotros no nos duraron ni cinco minutos.

—Sofía también le dio algunas a Dolores... Estaban para chuparse los dedos —añadió Adolfo.

—¿Habláis de las magdalenas que Rita ofrecía en su tienda ayer? Yo también las probé, me dijo que eran de Sofía... ¡Buenísimas! —exclamó Gonzalo.

—Vale... ya está... parece que soy el único que no puede opinar sobre las jodidas magdalenas —susurró Héctor visiblemente molesto.

—Bueno, Antonio no ha dicho nada...

—Las magdalenas las hicieron entre Sofía y mi mujer —dijo el aludido—.

Ayer me comí tres para merendar y esta mañana dos para desayunar. Y estaban de vicio...

—Me voy... —Héctor tiró las cartas sobre la mesa y se levantó arrastrando la silla.

—¿Pasa algo? —preguntó Gonzalo extrañado por su reacción.

—Nada, no pasa nada.

Podía comprender por lo que Naira estaba pasando, sus miedos, sus ganas de estar sola, su dolor... pero ¿por qué se comportaba así con él? Caminó calle abajo enfadado consigo mismo por ser tan considerado con ella, por ayudarla pero, sobre todo, por permitir que esa extraña situación le molestara tanto. ¿Por qué estaba tan irritado?

Naira no le esperaba a esas horas y continuaba tumbada en el sofá, cubierta por la manta naranja, viendo una película. Cuando Héctor entró, se sentó de un brinco y lo miró sorprendida.

—Tranquila, puedes quedarte ahí... Hoy soy yo el que se va a la habitación... —apuntó él, resentido y sin dirigirle la mirada.

Comenzó a subir las escaleras hasta que, a medio camino, paró en seco.

—Por cierto... —utilizó ese tono de voz arrogante que tanto exasperaba a su hermano—. Luis, el marido de Sofía, dice que si puedes pasar un día por la tienda de su mujer y darle la receta de tus magdalenas.

“Imbécil...”, murmuró ella por lo bajo.

—¿Qué has dicho, cariño? —hablaba la versión más engreída de Héctor.

—He dicho que claro que se la daré, Víctor.

—

Durante las dos semanas siguientes, Héctor no había logrado perdonarse a sí mismo. Continuaba enojado y muy incómodo. Intentó que no le afectara pero no lo consiguió y eso era lo que más le irritaba.

Una tarde, Andrés entró en su despacho sonriente. Se acercó a Héctor y le dio una palmada en el hombro, mientras depositaba un papel sobre la mesa.

—Tu mujer se va a poner contenta...  
—¿El certificado de idoneidad?  
—Sí, lo habéis aprobado.  
—Pues bien...  
—No te veo muy entusiasmado.  
—Es una buena noticia para ella, Andrés, no para mí.

De nuevo, frente a la puerta de Naira, y esta vez sin pretender ser delicado, Héctor la llamó alzando la voz.

—¿Naira?  
—¿Qué pasa?  
—Te paso por debajo de la puerta el certificado de idoneidad. Está aprobado. Andrés cree que dentro de nueve meses podremos ir a buscar el bebé.

Héctor notó como Naira recogía el papel que había pasado bajo la puerta y esperó un par de minutos. Aquel silencio sepulcral le hizo sentirse de nuevo como un estúpido ¿Qué esperaba? ¿Un “gracias”? ¿Y por qué se las iba a dar? Él le ofreció su ayuda, ella la había aprovechado y punto... ¿Debía esperar más de ella? No, definitivamente no. Tenía que dejar de comportarse como un tonto y no darle más vueltas. Todo debía continuar según lo previsto. Sí, tenía que conseguir que aquella situación no le incomodara, proseguir con su día a día e ignorar esa inusual convivencia.

Detrás de la cama, en una esquina entre el armario y la pared, sentada en el suelo, Naira abrazaba el certificado. Aquella era su prueba de embarazo, las dos rayitas que confirmaban el resultado positivo, esa imagen que en tantas y tantas ocasiones deseó contemplar. Cuántas veces sentada en el taburete del baño había esperado ese desenlace, cuántas veces le había tenido que comunicar a su marido con lágrimas en los ojos que no había sido posible, cuántas veces se sintió incompleta, vacía, incapaz de engendrar una vida. Por fin iba a tener a su bebé en sus manos, por fin iba a abrazarle al igual que abrazaba ese certificado. Lloró y lloró sentada en aquella esquina, un día más, una noche más, rodeada de oscuridad y en silencio. Pero en esa ocasión el motivo del llanto no era el desamor, ni el recuerdo de Ernesto, de sus caricias,



de sus besos... en esa ocasión las lágrimas eran de felicidad.

## CAPÍTULO 14

Las flores engalanaban las calles de Vilanén. La primavera llegaba a su fin y el verano, en forma de rayos de sol, se asomaba acechante tras las montañas. Los niños del pueblo ya habían acabado su curso escolar y disfrutaban refrescando sus pies en el riachuelo.

Después de correr rodeando el pueblo, Gonzalo y Héctor bebían agua fresca de una de las fuentes cercanas al río.

—¿Cuándo te vas a animar a pescar? —preguntó Gonzalo—. Tengo ganas de que me acompañes.

—No sé... en unos días hará un año de la muerte de mi padre y aún me resulta difícil asimilar su ausencia. Ir a pescar sin él todavía me duele...

—Te entiendo, pero deberías pensar en la pesca como una forma de recordarle, de rememorar vuestros buenos momentos, no lo sientas como algo triste.

—Tienes razón, Gonzalo, pero creo que necesito más tiempo.

—Vale, no te insistiré —después de beber una vez más de la fuente, Gonzalo continuó hablando—. ¿Y cómo vas con Naira?

—Va bien... no nos vemos, por tanto, todo perfecto...

—Es increíble, cómo podéis estar viviendo bajo el mismo techo y no coincidir.

—Pues sí... Naira ya debe conocer bien mis horarios y yo intento no cambiar mis hábitos para ponérselo fácil. En alguna ocasión casi nos cruzamos por el pasillo o las escaleras, pero ella es tan rápida esquivándome que apenas llego a sentirme incómodo por no saludarnos.

—¡Vaya dos! —rio Gonzalo.

—Sí, un matrimonio bien compenetrado.

Los dos amigos permanecieron unos minutos en silencio. Héctor parecía pensativo, como si algo le preocupara. Gonzalo no quiso preguntar qué le sucedía y esperó.

—Hay noches que la oigo llorar —añadió el abogado con tristeza—. Parece que intenta contener el llanto, tal vez para que yo no me entere, pero no

puede controlarlo.

—Debe estar pasándolo mal.

—Sí, y la entiendo. Yo pasé por lo mismo. Nunca te lo he contado, pero yo estuve casado durante cuatro años. Me divorcié hace ya tres.

—No tenía ni idea.

—No me gusta hablar de ello.

—¿La sigues queriendo?

—No, creo que eso logré superarlo. Pero aún me duele lo que sucedió, los motivos por los que nos separamos. Bueno, tú también te has divorciado, ya sabes por lo que se pasa.

—Bueno, mi caso es distinto... mi problema no fue el divorcio, fue el matrimonio. Nunca debí casarme con Carmen. No nos queríamos.

Héctor se sorprendió ante esa declaración. Hasta ese instante Gonzalo no le había hablado de su ex mujer.

—Ostras, eso es peor... ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Veinte años.

—¿Y si no os queráis cómo...?

—Te acabas adaptando —interrumpió Gonzalo cabizbajo—. Al principio piensas que, con el tiempo, acabará surgiendo el amor o el cariño, pero en nuestro caso no fue así. Nos respetábamos, compartíamos algunas aficiones y ella me ayudaba en el negocio familiar, pero nunca llegó a nada más.

—Pues, lo siento, de verdad... no ha debido ser fácil.

—No... pero ahora disfruto de mi soledad, hago lo que quiero sin necesidad de dar explicaciones o aparentar lo que no soy.

—¡Para que luego digan que el amor verdadero existe! —exclamó Héctor resentido—. Eso es pura falacia, una patraña que la sociedad nos hace creer para que nos pasemos la vida persiguiendo esa media naranja que, en contadas ocasiones, solo algunos, llamémosles afortunados, logran encontrar o creen haber encontrado, claro... porque está por ver que esa tal frutita acabe siendo la verdadera y no una falsa ilusión...

—Pues yo, Héctor, sí creo que existe el verdadero amor. No me cabe la menor duda.

—¿Tú? Pero si me acabas de decir...

—Sí, entre mi mujer y yo nunca hubo amor, pero eso no significa que no

hubiese conocido antes el amor verdadero.

—Gonzalo, Gonzalo... —Héctor, intrigado y con una pícaro sonrisa en los labios, se sentó en un banco cercano—. Ya me puedes ir contando... no te hagas el interesante y me dejes a medias, que te conozco.

—Está bien... —Gonzalo se sentó a su lado—. Ella veraneaba aquí, en el pueblo, con sus tíos. La conocí cuando yo era un adolescente de quince años. Ella tenía dos menos que yo y aunque no era especialmente guapa, había algo en ella que me atraía mucho. Nos gustábamos, pero éramos jóvenes y ya sabes, apenas nos dirigíamos algunas palabras rodeados de amigos. Solo nosotros fuimos testigos de nuestras miradas, de cómo nos sonrojábamos al dedicarnos una tímida sonrisa o de cómo nos sofocábamos si nuestras manos se rozaban.

—¡Ohhhh...! ¡Qué bonito es el amor! —se burló Héctor.

—¡Para! o dejo de contártelo.

—Sí, sí... perdona, sigue, sigue... me decías que eráis dos adolescentes enamorados...

—Deja ya el tonito ese...

—Vale... —Héctor apenas lograba contener la risa.

—Como te decía, ella solo venía a veranear, así que estuvimos así unos tres años.

—¡Tres! ¿Y cómo aguantaste sin...?

—Héctor... para ya...

—Vale, vale... sigue.

—Mis padres tenían un negocio bastante rentable y con la intención de que yo colaborara en él, me enviaron a la universidad a estudiar Económicas y me fui a vivir a Barcelona con un par de amigos. Dos años después, el primer día de clase de mi tercer curso, la vi en un bar de la universidad. Ella empezaba su carrera en otra facultad cercana. Iba acompañada de un grupo de amigos y parecía muy unida a un chico con el que no paraba de hablar. Tenía miedo a hacer el ridículo acercándome a ella y decidí observarla en la distancia.

—Tú debías ser de los que no te comías una rosca...

—¡Héctor...!

—Va, sigue...

—Así estuve unos tres meses... La contemplaba ocultándome tras los libros o

las cabezas de mis compañeros, mientras ella almorzaba junto con sus amigos, riendo y bromeando. Yo no me cansaba de admirarla. Siempre me gustó mucho su sonrisa, su forma tan divertida de hablar, su desparpajo... Me estaba enamorando como un imbécil y cada vez temía más que ella me descubriera ¿Y si no me recordaba? O peor aún, ¿y si me recordaba pero ya no sentía lo mismo por mí? Cada día tomaba mi bandeja, cabizbajo, escogía los platos a toda prisa y huía corriendo hacia la mesa más apartada del comedor. Casi siempre llegaba yo antes y esperaba que ella se fuera para volver a mis clases. En más de una ocasión me llamaron la atención por llegar tarde. Pero un día, cuando me apresuraba a depositar sobre la bandeja un yogurt, éste cayó al suelo y entonces me di cuenta de que ella estaba detrás. Lo cogió y me lo entregó. Nos miramos a los ojos, por primera vez después de tres años, y sentí que el rostro me ardía, el corazón me latía a la velocidad de la luz y los nervios me tensaron los músculos. No supe qué decir ni qué hacer, simplemente la miré como un pasmarote. Cuando fui capaz de reaccionar, levanté el brazo para coger el yogurt y nuestras manos se rozaron. Ella también se sonrojó. Vi en su mirada el mismo brillo que tantas veces habíamos compartido en secreto. Volvimos en sí cuando unos chicos que iban detrás nos llamaron la atención. Nos sonreímos y después de pagar nuestros respectivos platos, nos sentamos juntos. Fue algo mágico, ninguno de los dos le pidió al otro compañía, ninguno de los dos necesitó ser invitado... no hicieron falta palabras, simplemente ocurrió. A partir de aquel día, nos esperábamos para almorzar juntos, con o sin amigos. Tampoco importaba que estuviéramos acompañados porque los dos hablábamos como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor. Casi no mencionábamos el pueblo, ni las vivencias compartidas durante los veranos, aquello había quedado atrás. Nos estábamos enamorando como si apenas nos hubiésemos conocido unos días antes. La invité a cenar cuatro semanas después.

—Ualaaa ¡qué lanzado! —se rio Héctor.

—¿Quieres dejar ya de burlarte? Tenía 20 años y era muy tímido...

—Sí... perdón. Sigue, va, que la historia se pone caliente...

—Como la economía del estudiante no daba para mucho, la llevé a cenar a una hamburguesería. Hablábamos y reíamos como si fuéramos pareja desde hacía años. ¡Con ella todo resultaba tan fácil! Ya no temía decepcionarla, a su lado mi timidez desaparecía, me sentía valiente, atrevido. Mientras me

escuchaba hablar, dando un mordisco a su hamburguesa, se manchó de ketchup la comisura de los labios. En un inicio pensé en avisarle pero cuando me quise dar cuenta le limpié los labios con los míos. La besé, así, sin más — Gonzalo emitió un suspiro.

—Sigue, sigue... no me dejes así, tío... ¿Te devolvió el beso o te dio un bofetón?

—Se quedó algo confusa, estaba aturdida y pensé que se iba a enfadar, cuando con su dedo tomó algo de ketchup de mi hamburguesa, lo llevó a mis labios y me besó.

—¡Vaya dos adolescentes lanzados...! —exclamó Héctor con ironía—. Esa noche fijo que pillaste ¿no?

—Eso era lo que estabas esperando, ¿no? ¿La escenita del sexo?

—Pues claro... entonces, ¿qué? ¿Hubo o no hubo sexo?

—Ese día no. Los dos éramos vírgenes y aunque todavía no lo habíamos hablado, ambos queríamos esperar un momento especial. Durante los cuatro meses siguientes, intentábamos vernos siempre que nuestros estudios lo permitían. Íbamos al cine, paseábamos por Barcelona, caminábamos descalzos por la orilla de la playa o pasábamos horas en la biblioteca de la universidad. En Semana Santa vine para estar unos días con mis padres y ella pidió a los suyos pasar las fiestas con sus tíos, así que volvimos a coincidir en Vilanén. Mi padre siempre fue una persona muy influyente, con carisma y un carácter fuerte. Él quería que yo estuviera concentrado en mis estudios y sabía que no iba a aceptar el hecho de que tuviera novia. Así que los dos decidimos que actuaríamos como amigos e intentaríamos vernos a escondidas. El sábado por la noche estábamos varios amigos en un bar, tomando unas cervezas, mientras ella y sus primas jugaban al billar. Yo no podía dejar de observarla, estaba cansado de fingir, de ocultar mis sentimientos. Así que me acerqué discretamente y le pedí que saliera de allí en quince minutos. Y pocos minutos después yo la esperaba en una esquina del local, subido en mi Vespino.

—¿Tenías una Vespino? No me lo puedo creer... no te imagino encima de una moto.

—Pues sí, tenía una moto ¿algún problema?

—No, no... sigue, me estabas diciendo que la esperabas fuera en el bar...

—Sí, subimos camino arriba hasta llegar al mirador. Saqué una manta que

llevaba en una bolsa y la coloqué en el suelo. No nos dijimos nada. Los dos nos deseábamos y no necesitábamos palabras para expresarlo. Y bueno, ya puedes imaginar lo que pasó.

—¡Ah no, no...! No me lo voy a imaginar, me lo vas a explicar con pelos y señales...

—¡Ni hablar! ¿Pero tú qué esperabas? ¿Un relato erótico con todos los pormenores?

—Pues sería un detalle por tu parte...

—Ya, pero va a ser que no...

—Aunque... ahora que lo pienso... —Héctor cambió su sonrisa por un gesto de repulsión—. ¡Qué asco!

—A ver... ¿Qué le pasa ahora al abogado?

—Que cada vez que vayamos al mirador te imaginaré allí, tirado en el suelo haciendo flexiones encima de una chica... ¡No tendrías que habérmelo contado!

Gonzalo rio a carcajadas.

—Tú te lo has buscado, por cotilla... —cuando consiguió parar la risa, volvió a suspirar—. Ahora entenderás porque me gusta tanto subir hasta el mirador.

—Sí, sí, ahora lo entiendo perfectamente. Bueno, va, sigue... ¿qué más pasó?

—Continuamos con nuestro romance en Barcelona. Como no vivíamos solos, intentábamos ahorrar dinero para pasar las noches de los sábados en algún hostel o pensión. No importaba el dónde o el cómo, si estábamos juntos lo demás carecía de importancia. El sueño de ella era viajar. Siempre me decía que la belleza residía en cualquier rincón de la Tierra y que ella quería descubrir cada uno de esos recodos. A mí me fascinaba la idea de escaparnos los dos a recorrer mundo con una mochila a cuestas, pero había dos impedimentos, dos motivos que me ataban a Vilanén: mis padres y su negocio familiar. Hasta entonces yo tenía muy asumido mi papel: estudiar para ayudar a mi padre y continuar con el negocio. Y hasta ese momento ese futuro no me desagradaba, pero todo había cambiado. No solo me había enamorado, también empecé a ver las cosas de un modo distinto. Me di cuenta de que yo solo estudiaba Económicas porque a mi padre le interesaba, pero no porque me gustara a mí. Estaba sacando buenas notas, era buen

estudiante, pero no era eso lo que yo quería hacer, a lo que yo me quería dedicar... Ella, sin embargo, tenía muy claro qué deseaba hacer e iba a luchar para conseguirlo. Cuando acabaron las clases, tuve que volver al pueblo y ella se fue con unas amigas a hacer una ruta en tren por algunas capitales de Europa.

—Ui, ui, ui... esto se está poniendo feo...

—Durante aquel verano intenté hablar con mi padre sobre mi futuro y sobre ella, pero fue imposible. Para él no había nada más importante que la empresa y un contrato muy conveniente que se iba a firmar con los padres de Carmen. Ellos poseían la mayor empresa ganadera de la zona y tenerlos como clientes nos beneficiaría. Fue así como conocí a Carmen. Y fue a partir de entonces que nuestros respectivos padres hicieron todo lo posible para emparejarnos. Pero, afortunadamente, el verano acabó y regresamos a las clases. Volver a tenerla entre mis brazos me hizo olvidar las razones por las que sabía que acabaría perdiéndola. Disfruté al máximo de nuestro amor hasta que a mediados de curso recibí la llamada de mi madre. Mi padre había sufrido una embolia y aunque las consecuencias no habían sido demasiado graves, en su estado no iba a poder continuar dirigiendo el negocio. Había llegado el momento de tomar el relevo, de ser yo quién llevara las riendas de la empresa que mi abuelo había levantado con su esfuerzo. La tercera generación debía continuar con el legado. Aquello ya no me enorgullecía, todo lo contrario, llegué a odiar aquella herencia millonaria que me forzaba a vivir la vida que no quería vivir.

—¿Y la chica?

—Mantuvimos el contacto durante un tiempo. Ella continuó estudiando en Barcelona, pero también participó en algunos programas de intercambio. En aquellos entonces no teníamos móviles, ni correo electrónico, así que nos enviábamos cartas. Me escribió desde Francia, Italia y Alemania, hasta que decidí que debía olvidarme.

—Pero, ¿por qué?

—Porque ella tenía que cumplir su sueño, viajar, conocer mundo y dejar de suspirar por alguien que no le convenía. Estar conmigo iba a suponer para ella estar atada, encerrada en esa vida que yo mismo no quería vivir. Con uno que fuera infeliz era suficiente. Le pedí que no volviera a escribirme. A pesar de mi insistencia, me envió un par de cartas más, pidiéndome que lo pensara



bien, que ella estaba dispuesta a esperar, pero yo no le respondí y acabamos perdiendo el contacto. Sé que se casó seis años después y que pensaban tener familia en poco tiempo. Así que ahora debe ser una madre y esposa maravillosa, que cumplió su sueño y vivió la vida que merecía vivir.

—Joder, Gonzalo, lo siento...

—Carmen y yo entablamos una bonita amistad pero nos casamos sin amarnos y aquel error lo pagamos los dos. Hace dos años decidimos divorciarnos y ella se fue del pueblo. Nunca le había gustado vivir aquí. Supongo que ninguno de los dos fue feliz durante esos años. Vendí la empresa cuando más beneficios estaba obteniendo y así acabé desprendiéndome de todo lo que me había impedido ser libre.

—¿Y eres feliz ahora?

—Sí, creo que sí. Estoy dedicándome a lo que me gusta, tengo mucho tiempo libre y disfruto del pueblo y de la Naturaleza. Por tanto, sí, podría decir que soy feliz y estoy en paz conmigo mismo.

—Me alegro Gonzalo, te lo mereces, por todo lo que has pasado.

—Gracias amigo —se levantó mientras le daba una palmada en el hombro a Héctor—. Vamos a seguir corriendo. Creo que por hoy ya me has hecho hablar suficiente. No le había contado a nadie esta historia.

—¡Qué privilegio! Aunque me han faltado algunos detalles...

—Pero, ¿no decías que no debía haberte contado aquello...?

—Cierto... ¡Qué asco!

Y entre risas y golpes en los brazos, los dos amigos continuaron su marcha.

—

El sábado se cumplía un año de la muerte de Fermín y los tres hermanos decidieron pasar juntos el día en Vilanén. Si había algo que Héctor adoraba hacer junto a su hermana era cocinar. Habían compartido muchos momentos juntos en la cocina desde la infancia. Ella cocinando y explicándole su última receta, él ayudándola y tomando buena nota de sus indicaciones y ambos disfrutando de la compañía del otro. Ese día iban a deleitarse con uno de los

platos favoritos de su padre: la paella de marisco. Mientras Alicia removía el sofrito en la sartén, Héctor limpiaba algunas hojas de lechuga para preparar una ensalada. Ambos se mantuvieron en silencio, inmersos en sus recuerdos.  
—Héctor, echo mucho de menos a papá... —susurró Alicia.

Su voz desgarrada emocionó a Héctor. Conocía bien a su hermana y sabía que por sus ojos debían estar asomando unas tímidas lágrimas. La miró de soslayo y llevó una mano a su mejilla derecha. La acarició con ternura y al oír sus sollozos, la sujetó de la nuca y la atrajo hacia él.  
—Ven aquí mi Ali...

Hacía años que Héctor no llamaba así a Alicia, pero fue tan fuerte el impulso de abrazarla y de sentir una vez más el cariño de su hermana, que aquellas dos palabras que juró no volver a pronunciar le salieron del corazón. Permanecieron así unos minutos, abrazados y en silencio, hasta que Alicia se calmó.  
—Me alegra pensar que fuiste tú quién le acompañó en su último suspiro. Que tú estuviste a su lado cuando...

Alicia no pudo acabar la frase. Héctor se separó súbitamente de ella y evitando la mirada de su hermana, continuó limpiando las verduras. Ese gesto brusco la sorprendió.  
—¿Qué pasa Héctor?  
—Nada... va, sigue con el sofrito o se te quemará.

Pablo, que todavía no había empezado a dar sus primeros pasos en solitario, se acercó a ellos gateando y llamó la atención de su tío tirando de su pantalón.  
—¡Mira quién está aquí, si es mi campeón...! —Cogiéndolo en brazos, Héctor lo levantó por encima de su cabeza e hizo que rodeara su cuello con sus piernecitas—. Vamos Pablo, a ver si Raúl y Laura ya han preparado la mesa en la terraza...

Aprovechó la aparición de su sobrino para huir de la cocina, pero también

para huir de una verdad que le ardía la conciencia desde hacía un año. Él no había estado junto a su padre en aquel último instante y no había logrado sacar de su mente el momento en que Iván le confirmaba con su mirada aquel escalofriante desenlace. Y ahora debía estar allí, con sus hermanos, haciendo grandes esfuerzos para simular que él había estado junto a su padre como el buen hijo que todos creían que era. Los demás comían y hablaban despreocupados. Recordaban algunas anécdotas de la infancia y algunas de las tantas aventurillas que su padre les había explicado. ¿Buen hijo? ¿Un buen hijo se presenta borracho en un hospital para cuidar de su padre? ¿Un buen hijo deja morir solo a su padre en una habitación de hospital? ¿Un buen hijo se calla y hace creer a los demás que es un buen hijo? Un buen hijo... Él no fue un buen hijo. Él no merecía que sus hermanos lo consideraran un buen hijo.

—No estuve con papá... —Héctor interrumpió a Raúl que recordaba entre risas la primera vez que fue a pescar con su padre.

—¿Cómo...? —éste borró súbitamente la sonrisa de sus labios y miró a su hermano con curiosidad.

—No estuve con él... —Héctor agachó la cabeza avergonzado.

—Héctor, no... —Iván entendió a qué se refería.

—Iván, no puedo seguir fingiendo.

—Héctor, dinos de qué se trata... —Alicia empezó a preocuparse.

—No estuve con papá aquella tarde en el hospital.

—Pero, si estabais allí los dos... —dijo Raúl sin comprender la preocupación de su hermano.

—Sí, pero no estuvimos con él, yo no estuve con él... Le dejé solo, joder, murió solo en aquella habitación.

—¿Habíais salido a tomar un café? —preguntó Laura.

—No... —Héctor miró a Iván—. Fue culpa mía.

—Héctor, explícate ya... —exigió Alicia.

—Yo estaba... había sido un día difícil y yo llegué... algo...

—Borracho... —añadió Iván dejando a todos sorprendidos—. Si necesitas contarlo, hazlo ya, Héctor.

—Sí...Había bebido varias copas de whisky en casa y llegué borracho, muy borracho. Iván me lo recriminó, nos discutimos y yo sentí una angustia

terrible —La misma angustia que en ese instante le sacudía el estómago—. Cuando papá murió yo estaba vomitando, tirado en el suelo del lavabo.

Los ojos vidriosos de Héctor se encontraron con los de su hermana, que lo observaba con incredulidad.

—¡Joder...! —Raúl se levantó de la silla y dio unos pasos hacia el jardín. No quería estar cerca de su hermano en ese instante.

—¿Por qué no dijisteis nada? —preguntó Alicia.

—Yo...

—No, Héctor. Ya lo explico yo...—pidió Iván, que mirando a su mujer continuó—. Alicia, después de que escucháramos el monitor cardíaco, estuvimos un rato con Fermín. Héctor estaba destrozado, arrepentido, sin fuerzas y deshidratado por los vómitos. No quise que le vieras así, ni que pasara así los días posteriores en la funeraria. Así que le obligué a que se duchara, se cambiara de ropa y no os explicara lo que había sucedido.

—¡Teníamos derecho a saberlo! —se quejó Raúl con los puños cerrados.

—Sí, tienes razón Raúl —afirmó Héctor—. He querido contároslo un montón de veces, pero...

—Pero no lo has hecho porque eres un maldito cobarde.

—Cierto... —susurró Héctor apenado.

Alicia que no había dejado de observar la expresión de Héctor, se acercó a Raúl.

—Raúl, cálmate... —le susurró—. A mí también me duele pero creo que ya ha sufrido bastante soportando él solo esta carga durante un año.

—Supongo, Alicia, pero ahora mismo no puedo perdonarle, ahora no...

Sin mirar a su hermano, Raúl se acercó de nuevo a la mesa y cogió la mano de Laura.

—Perdonad que no os ayudemos a recoger, nos vamos.

—Raúl, por favor...—suplicó Héctor sujetándole un brazo.

—Ahora no, Héctor, ahora no... ya hablaremos.

Y se fueron.

Alicia e Iván se quedaron contemplando en silencio la cara desencajada de Héctor. Ella tomó algunos platos para llevar a la cocina y dejó a los dos cuñados a solas.

—Raúl solo necesita algo de tiempo para calmarse, ya lo conoces. Además, no sé de qué te preocupas, te lo acaba perdonando todo.

—Ya...—Héctor esbozó una sonrisa—. No merezco tener estos dos maravillosos hermanos.

—Te quieren, por extraño que pueda parecer, pero aún te quieren... yo tampoco me lo explico —Los dos sonrieron, hasta que Iván lo miró seriamente—. Héctor, he dejado de preguntarme por qué estás aquí, ya no quiero conocer las razones que te obligaron a llegar hasta este pueblo, pero quiero que sepas que me alegro por ti.

—¿En serio? ¿Tú?

—Sí, me alegro por ti y por tus hermanos. Porque ya no eres el mismo engreído y petulante que te empeñabas en aparentar. Ellos lo saben, te ven cambiado.

—¿Estás intentado decirme algo? ¿Una declaración de amistad, tal vez?

—No, no... de eso ni hablar —Iván sonrió—. Sabes que antes tienes que solucionar lo de tu hermana. Todavía le duele y hasta que no lo arreglés no estará tranquila. Y yo no pienso perdonarte hasta que tú no perdones.

—Iván...

—Ya, ya... como siempre, no quieres hablar del tema.

—Creo que por hoy ya han habido demasiadas confesiones...

—Sí, y creo que has hecho bien. Y perdóname por pedirte que no explicaras nada de lo que sucedió en el hospital, no quería que Alicia se sintiera decepcionada.

—No me tienes que pedir perdón, soy yo quién tiene que darte las gracias, Iván. Gracias por lo que hiciste aquella tarde y el fin de semana. Si tú no llegas a estar allí, no sé qué hubiese acabado haciendo.

—Héctor, siempre fuiste un buen hijo, no lo olvides y aunque te comportaste mal emborrachándote aquel día, no creo que merecieras pasar por aquello que tanto daño te ha hecho.

—Pero, defraudé a mi padre...

—Olvídalo ya Héctor. Tú siempre estuviste a su lado cuando te necesitó. En

aquel momento él no estaba allí, no se sintió solo, estaba inconsciente. Fermín ya murió el día que tuvo el infarto. Deja de atormentarte por eso y recuerda a tu padre sin miedo o sin remordimientos.

El enfado de Raúl le había dejado preocupado, pero por fin había conseguido liberarse de esa pesada carga que le atormentó durante un año. Y eso le hizo sentir mejor. Ahora debía hacer caso a Iván, recordar a su padre sin remordimientos y olvidar la culpabilidad. Así que, una vez se despidió de su hermana, su cuñado y su sobrino, subió escaleras arriba, decidido y entusiasmado. En su habitación, mientras preparaba las cañas y demás utensilios de pesca llamó a Gonzalo.

—¿Vas a ir a pescar esta tarde?

—Sí, pensaba salir en media hora ¿Por qué lo dices?

—Te acompaño ¿Nos vemos allí? Yo voy ya...

—Por fin... —se rio su amigo—. ¿Y ahora con prisas?

—Pues sí, he esperado demasiado. Te veo allí.

Y dejando con la palabra en la boca a Gonzalo, cortó la llamada y salió de su habitación con todos los preparativos de pesca. Antes de bajar las escaleras miró la puerta de Naira. ¿Cómo estaría ella? Ese día también se cumplía un año del divorcio, del espeluznante final de un macabro plan, el plan de aquel bastardo que la humilló sin sentir compasión alguna. Suspiró sintiendo que no podía hacer nada por ayudarla y salió de la casa.

Naira esperó unos minutos para abrir el cerrojo después de oír el portazo. El abogado engreído debía haber salido a correr o a donde quiera que iba con sus amigos del pueblo o tal vez con la chica de los pelos verdes. Naira asomó la cabeza despacio, mirando de lado a lado para confirmar que estaba sola. Aquel encierro la estaba ahogando y ese día, en especial, sentía que le faltaba el oxígeno. Necesitaba salir de allí, huir de todo, volar hacia otro mundo, tele transportarse a otro planeta, a otra galaxia... correr, correr y correr hasta que su cuerpo la abandonara y poder ser libre, libre de su pasado, de sus recuerdos, de sus palabras, de sus besos, del amor que aún sentía por la

persona que más daño le había hecho.

Sentada en la tumbona del jardín, miró una vez más el cielo, cerró los ojos hinchados del llanto y soñó de nuevo que era un pájaro. El sabor salado de sus lágrimas y el escozor en sus córneas la despertaron de aquel hermoso vuelo. Abrió los ojos y reconoció la habitación donde había vivido durante tres años. Era reconfortante, agradable, por fin había vuelto a casa... todo había sido una terrible pesadilla. Sonrió al oír un ruido al otro lado de la puerta. Reconoció sus pasos, anchos, firmes y pausados. Y apareció él, tan atractivo y seguro de sí mismo como siempre. Con una tierna sonrisa en los labios se acercó a ella y se sentó a su lado. Llevaba un pantalón pijama y el pecho al descubierto. Sus músculos marcados, su piel tersa y suave, su vientre duro. Naira extendió una mano y con sus dedos rozó suavemente su pecho. Él se inclinó para besarla. Con sus labios acarició sus mejillas, su mandíbula, su cuello y sus pechos. Aquellas caricias que tanto había añorado volvían a recorrer su cuerpo, haciéndola estremecer de nuevo. Susurró su nombre, una y otra vez...

—Ernesto, Ernesto...

Sus propias palabras la sacaron del sueño, el mismo sueño que tantas veces la había despertado en plena noche, en medio de una extraña mezcla de excitación, añoranza y dolor. Grandes dosis de dolor que acababan provocando amargas lágrimas en sus ojos. Se levantó súbitamente de la tumbona y de un manotazo la arrojó a un lado del jardín. Algunas de las plantas aromáticas quedaron aplastadas. Desesperada, lanzó un grito hacia el cielo.

Ya estaba cansada. Agotada. Harta. Aquel sueño y aquellos recuerdos la estaban aniquilando, sentía que la vida continuaba sin ella, que era una mera espectadora viendo el tiempo pasar. Se secó las lágrimas con las manos.

—Esto tiene que cambiar, Naira, esto no puede seguir así... —se dijo mientras entraba en el salón—. Olvídale, olvídale, olvídale... —se repitió subiendo las escaleras—. ¡Basta ya! —gritó al cerrar la puerta de su habitación.

Enfurecida cogió uno de los libros que estaba sobre la mesita junto al sillón

de lectura y lo lanzó hacia uno de los armarios, con tal fuerza que una de las puertas se abrió y una de las cajas que allí tenía apiladas cayó al suelo. Cientos de compact disc se esparcieron sobre el parquet. Colecciones inéditas, bandas sonoras, recopilaciones, grupos y solistas actuales, música de los ochenta... todas aquellas melodías y voces con las que tanto había disfrutado desde la infancia desparramadas por todos los rincones de la habitación. Con desesperación y resignación, se agachó y empezó a recogerlos. Cuando creyó que no quedaba ninguno más, volvió a colocar la caja dentro del armario, pero al girarse pisó uno que había quedado en el suelo. Al tomarlo con las manos, se sorprendió al recordar la dedicatoria de Abril.

—¡El disco que me firmó Abril!

Aún no había tenido la ocasión de escucharlo. Después de aquella maravillosa entrevista su mundo se tambaleó de tal forma que la música había pasado a ser un placer prohibido para ella. Ya no había vuelto a disfrutar de sus canciones, ni de las películas que coleccionaba, ni de nada en realidad.

—Esto se tiene que acabar Naira —se ordenó.

Decidida, se acercó al equipo de música, abrió la caja del compact disc e introdujo el disco.

—¿Qué canción me dijo que debía escuchar cuando necesitara recuperar la confianza? ¿Era la tres o la cinco?

Durante las dos horas de pesca, Héctor disfrutó como un niño. Gonzalo lo sorprendió más de una vez con la caña en la mano y una sonrisita tonta en los labios.

—Estás feliz ¿eh?

—No lo sabes tú bien... ¡Tenía tantas ganas de volver a sentir el río bajo mis rodillas!

—Me alegro mucho, de verdad.



El sonido del móvil de Héctor les interrumpió. Éste, al ver la llamada de su hermano, cambió su semblante y nervioso se apartó para hablar con él.

—¿Raúl?

—Héctor, ¿por qué, por qué no me dijiste nada...?

—Perdóname, Raúl, después de aquello todo fue tan rápido... El entierro, el accidente, la Juez... Y luego no tuve el coraje... No quería decepcionarte más.

—Después de todo lo que he hecho por ti, creo que al menos me merezco algo de sinceridad y de confianza. Me hubiese enfadado, claro que sí, pero debía saberlo, debíamos saberlo tanto Alicia como yo. También era nuestro padre.

—Sí, tienes razón.

—¿Por qué borracho, por qué...?

—Fue después del divorcio de Naira. Me sentí tan sucio, tan impotente... Intenté encontrarla como ya sabes. Te llamé ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Cuando llegué a casa continuaba sintiéndome culpable y empecé a beber para quitármelo de la cabeza.

—Joder, Héctor, tenías que ir a cuidar de tu padre.

—Lo sé, Raúl, lo sé... no debí hacerlo, no tengo excusa.

—Eres un cabrón, lo sabes ¿verdad?

—Sí, lo sé...

—Y un tremendo imbécil, lo sabes ¿verdad?

—Sí, lo sé...

—Y ahora me dirás que te encanta que te llame imbécil ¿verdad?

—Sí, lo iba a decir, sí...

—Cabrón...

Héctor sonrió. Ya tenía el perdón de su hermano. ¡Cómo adoraba a Raúl!

—¿Dónde estás? Oigo agua correr.

—Estoy pescando con Gonzalo.

—¡Por fin!

—Sí, esto es maravilloso. El próximo fin de semana que vengas me acompañas.

—Ah no, de eso nada... a mí eso de estar tanto rato en remojo y quieto no es lo mío, ya lo sabes.

—Vale...

—Te dejo Héctor... ¡Ah! Y felicita a Naira de mi parte.

—¿Felicitar?

—Sí, hace un año me dijiste que era su cumpleaños...

—¡Joder! ¡Es verdad! No lo recordaba...

—Pues, ya lo sabes. A ver si tienes más detalles con tu esposa...

—¡Qué gracioso eres!

Después de despedirse de su hermano volvió junto a Gonzalo, aún más sonriente, si cabe.

—Parece que la felicidad va en aumento —la expresión de Héctor lo decía todo—. Te ha perdonado ¿verdad?

—Sí, a su manera, pero sí. Raúl es genial.

—Sí, se nota que lo es.

—Me acaba de recordar que hoy es el cumpleaños de Naira.

—¿Es el cumpleaños de tu mujer y no la has felicitado? Tu matrimonio acabará mal...

—Otro graciosillo...

—¿Y qué vas a hacer? ¿La vas a felicitar?

—Puede...

—¿Otro asunto pendiente que vas a solucionar hoy? Sería un día redondo.

—Podría felicitarla e intentar hablar con ella. Creo que sigue pensando que yo tuve algo que ver con lo de las fotos y me gustaría convencerla de que no fue así.

—Pues no pierdas más el tiempo y solúcionalo.

Mientras tanto, en ese mismo instante, Naira apretaba el play para que sonara la tercera canción del disco de Abril.

Las cuerdas de la guitarra acústica comenzaron a vibrar. El compás del

arpegio despertó un tímido movimiento en las caderas de Naira. El riff de la guitarra eléctrica y el acariciar de las baquetas sobre los platillos no tardaron en marcar el pulso rítmico, convirtiendo aquel baile de instrumentos en una preciosa melodía. Cerró los ojos y balanceó la cabeza. En ese instante, en su corazón, en su mente, en su Universo no había nadie más, solo ella y las notas que formaban los acordes de aquella canción.

*Si yo pudiera aliviar tu dolor  
mas solo puedo darte mi apoyo  
y todo lo que tengo es regalarte un abrazo*

Sin dejar de mover las caderas, Naira cruzó los brazos, llevando sus manos hasta los hombros. Sonrió al sentirse abrazada por la voz dulce de Abril.

*Querida amiga, cuando entiendas que no estás vencida  
solo en la puerta hacia una nueva vida  
pero no falta mucho porque pronto... pronto... lloverá*

Extendió los brazos hacia arriba y notó cómo el agua de la lluvia salpicaba su rostro.

*Lloverá y el agua que te cure las heridas borrará huellas al mirar atrás  
y en su fluir encuentra una salida  
querida amiga, pronto lloverá  
el tiempo aliado del olvido  
desterrará el temor de tu interior  
y la ilusión que dibuja las sonrisas en tu rostro volverá*

Sus pies, contagiados por el ritmo y el cosquilleo en sus piernas, la hicieron volar. Dando vueltas sobre sí misma recorrió la habitación. Aquellas cuatro paredes que habían sido testigo mudo de sus llantos y de sus noches de insomnio ahora eran partícipes de su despertar. La ilusión que dibuja las sonrisas en tu rostro volverá.

*Si aprender es errar  
si cerrar una puerta es invitar al azar, a actuar ¡Bienvenida la oportunidad!  
Mientras tanto lloverá...*

¡Bienvenida la oportunidad! Bienvenida la ilusión, la esperanza. Bienvenida una sonrisa, un baile, una lágrima de felicidad. Y mientras tanto lloverá. Y la lluvia humedecerá la tierra, alimentará las raíces y los pétalos se abrirán. El agua limpiará de su piel sus falsas caricias, borrará los amargos recuerdos y tal vez, algún día, ella volverá a amar.

*Lloverá y el agua que te cure las heridas borrará huellas al mirar atrás  
y en su fluir encuentra una salida  
querida amiga, pronto lloverá  
el tiempo aliado del olvido  
desterrará el temor de tu interior  
y la ilusión que dibuja las sonrisas en tu rostro volverá*

Naira abrió la ventana de su habitación. Inspiró con fuerza y acalorada, agradeció el frescor de la tarde. Cerró los ojos y decidió que aprendería a volar, huyendo de aquella oscuridad, de aquellas cuatro paredes. Había llegado el momento de volver a la vida. Había llegado el momento de renacer.

*Paradojas que tiene la vida los buenos momentos recordarás  
Y tu memoria perderá el rastro de una herida al cicatrizar  
Y lloverá, lloverá, lloveráááá...*

*\*Lloverá. Canción del grupo de Barcelona LEIDEN. Letra: Susana Ruz.*

Y como una niña de dos años, Naira corrió hacia el equipo de música y apretó el botón para repetir la reproducción.  
—Otra vez, otra vez...

Después de escucharla de nuevo más de cinco veces, Naira ya había memorizado el estribillo y la cantaba casi a gritos, convencida de que, de esa forma, la lluvia borraría con más fuerza sus dolorosos recuerdos.

—¿Pero se puede saber qué demonios te he hecho yo a ti? —Héctor irrumpió en la habitación de Naira.

Ella dejó de cantar al oír sus gritos y lo miró molesta por su intromisión. ¿Pero qué le picaba al abogado engreído?

—¿Y se puede saber qué demonios haces tú entrando en mi habitación?

—Pero ¿qué coño te he hecho yo a ti para que me castigues de esta forma? — Héctor parecía poseído por satanás, la miraba con los ojos encendidos.

—¿Yo...? Mira abogado, no te creas tan importante que no lo eres... — respondió Naira con chulería.

—¡Quita esa jodida música ya!

—Mira, chaval, yo pongo la música que me da la gana ¡Solo faltaría! Y si no te gusta lo que escuchas pues te tapas los oídos —y señalando la puerta continuó gritando—. ¡Fuera de aquí!

—Esto es el colmo, esto es el colmo... —susurró Héctor entre dientes mientras salía de la habitación cerrando la puerta bruscamente.

Naira, que ya había decidido salir de su encierro, se acercó a la puerta y la entreabrió.

—La puerta no se va a cerrar más, así podremos escuchar los dos la misma música, como veo que esta canción te gusta... —dijo ella en voz alta, asomándose con curiosidad y viendo como él bajaba las escaleras sin dejar de murmurar enfadado.

Héctor salió al jardín fuera de sí.

—Esto no va a quedar así, no... ¡Joder! Esto es el colmo...

Y mientras arreglaba las plantas destrozadas por la tumbona caída, Naira lo contemplaba desde la ventana.

“¿Pero qué le ocurre? Entiendo que le moleste que estropeará las plantas,

pero no es para ponerse así y gritar de esa manera...”

## CAPÍTULO 15

A partir de aquel día, Naira dejó de esconderse en su cuarto. Debía recuperar la libertad que se había negado durante meses. Por las tardes, cuando el ceñudo abogado regresaba del trabajo, Naira ya no corría a su habitación y después de aquel incomprensible enfado por parte de él, cuando se cruzaban en el salón, por las escaleras o en la cocina, apenas se dirigían la palabra.

Un sábado por la tarde, a pesar de saber que el abogado gruñón tenía visita, Naira bajó a la cocina a buscar un refresco. El verano azotaba el mes de julio con una ola de calor casi insoportable. Aunque su habitación era fresca, había estado leyendo durante un par de horas después del almuerzo y necesitaba hidratar la garganta. Mientras abría la nevera, intentando hacer el menor ruido posible para no llamar la atención de quiénes parloteaban en el porche, notó como alguien se sujetaba a sus piernas. Al bajar la vista, sonrió al ver un niño rubio de algo más de un año de edad que la agarraba para no perder el equilibrio. Sus ojos eran verdosos, su carita rechonchona y su sonrisa era capaz de derretir a cualquiera. Naira cayó rendida a sus encantos nada más verle.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —preguntó cariñosamente mientras se agachaba para estar a su misma altura.

—*Pabo...* —respondió el pequeño con su preciosa sonrisa.

—Eres muy guapo, *Pabo*. ¿Quieres algo?

—*Aba...*

—¿Agua? —ella sonrió ante su encantadora forma de hablar.

—*Zí...* —Pablo estiró sus brazos.

Naira levantó su cuerpecito para sentarlo sobre la encimera de mármol y mientras le rellenaba un vaso con agua, se colocó frente a él para que no cayera al suelo. El pequeño, sediento, quiso beber solo pero Naira se lo impidió.

—Espera, espera... yo te ayudo —acercó el vaso a su boca y le sujetó la barbilla para que el agua no le mojara la ropa—. Así, muy bien. Despacito.

Tenías sed ¿verdad?

—Zí... —Pablo le pidió más agua sujetando las manos de Naira.

—Poco a poco... —ella se rio ante la impaciencia del pequeño.

—Pablo, Pablo... ¿Te dejo solo un momento y ya estás seduciendo señoritas?

Una chica alta, con una melena larga de color castaño claro y ojos marrones se acercó a ellos. Naira supo al momento que debía tratarse de la hermana del abogado. Sus facciones y su sonrisa eran muy parecidas a las de Víctor, aunque, ahora que lo pensaba, no se había vuelto a fijar en su seductora sonrisa desde... desde... ¿desde la última vez que le vio en el ascensor?

—Hola, tú debes ser Naira... —Alicia se acercó para saludarla con dos besos.

—Sí, y tú debes ser... ¿Patricia? —Naira intentó recordar los nombres que Héctor le escribió para la entrevista con la psicóloga.

—Alicia, Patricia no, Alicia...

—¡Ups! Perdón... Soy algo despistada para los nombres.

—Ya veo que os habéis hecho amigos —apuntó Alicia mirando a Pablo.

—Sí, tu hijo es un encanto y nos hemos entendido a la perfección ¿verdad *Pabo?*

—Zí —respondió el niño sonriente mientras sujetaba de nuevo las manos de Naira para que le acercara el vaso.

—¿Cuántos meses tiene?

—Catorce.

—Está muy alto y guapo, todo un hombrecito... —Naira acarició la cabeza de Pablo.

—¿Te gustan los niños?

—Sí, me encantan.

—Ya te falta menos para ir a buscar el tuyo.

—Estoy deseando que llegue el momento. Supongo que me siento como una mujer embarazada que cuenta las semanas impaciente por ver a su bebé.

—Será una experiencia inolvidable, ya lo verás.

En ese instante, Héctor apareció con unos vasos sucios en la mano. Se sorprendió al ver a Naira tomando en brazos a su sobrino y hablando



afablemente con Alicia. Si le dicen en ese momento que la hermana melliza de Naira había venido a visitarla hubiese jurado, ante sus cañas de pescar, que ésa era la hermana. Era como ver la versión amable y dulce de esa mujer triste e irritante que convivía con él. La misma que últimamente estaba sacándole de quicio día sí y día también. Sin mediar palabra pasó por detrás de ellas para dejar los vasos en la mesa.

Alicia, que no tardó en percibir cierta hostilidad entre ellos, le guiñó un ojo a Naira.

—¿Qué tal llevas esto de convivir con mi hermano? No debe ser nada fácil... Naira le devolvió el guiño.

—Es algo complicado... no soporta que le toquen las plantas del jardín, se enfada si pongo música y luego esa barba... es como tener un perro en casa, va dejando pelos por todos sitios... —las dos rieron como si Héctor no estuviera detrás.

—Habló la que ha quemado ya dos cacerolas, roto tres vasos y va dejando pañuelos usados y llenos de mocos por toda la casa.

—Je, je... que gracioso.

—Ja, ja... que graciosa.

—Uuuuu... chicos, yo mejor vuelvo a la terraza con Iván... —Alicia tomó en brazos a Pablo.

—No, tranquila, soy yo la que se va... —Naira cogió un vaso y el refresco que ya había sacado del frigorífico—. Ha sido un placer conocerte Alicia —y besando a Pablo en una mejilla continuó—. Y a ti también *Pabo*.

—No te hagas ilusiones con ella, Pablo —le dijo Héctor sonriente—. Dudo que mañana recuerde tu nombre.

—Ya te dije una vez, Víctor, que solo memorizo los nombres de las personas que me interesan—. Naira le fulminó con la mirada “¡Pero bueno! ¿Este tío de qué va?”

Y despidiéndose de nuevo de Alicia y Pablo, Naira volvió a su habitación. Héctor continuó recogiendo utensilios de la cocina mientras su hermana miraba hacia las escaleras, intrigada.

—Héctor, yo creo que a Naira ya la he visto antes... Yo diría que en el hospital.

—Tal vez sea paciente tuya... si tú eres su ginecóloga, pídele que se desnude de cintura para abajo y se abra de piernas, así la reconocerás.

—¡Serás bruto! —exclamó Alicia dándole un golpe en el hombro—. Mira que puedes llegar a ser insensible. ¿Por qué le has dicho esas cosas a la pobre chica?

—¿Yo? Alicia, no me lées, que habéis empezado vosotras.

—Pero ¿qué te pasa con ella? Porque se nota que estás molesto por algo.

—Nada, no es nada...

—Pues a mí me cae bien.

—¿Ahora te cae bien? ¿No eras tú la que decía que estaba loca y me podía atacar?

—Parece muy agradable y dulce.

—Muy bien... así podréis ser amigas cuando nos divorciemos.

—No empieces con eso, Héctor.

—Es lo que acabas haciendo ¿no?

—Héctor, tenemos que hablar de lo que sucedió... No podemos dejarlo pasar por más tiempo, tengo que explicarte muchas cosas de...

—¡Alicia! —Héctor la hizo callar—. Ya sabes que no quiero saber nada de ella...

—Pero si nunca me has dado la oportunidad de contarte...

—No, Alicia, que no... no quiero oír nada más y dejemos ya el tema.

—Dime, Héctor, ¿cuánto tiempo más vas a seguir así? ¿Cuándo vas a pasar página?

—Alicia... —se acercó a su hermana y la besó en la mejilla—. Aquello quedó en el pasado pero no quiero volver a discutir contigo, por favor, dejémoslo.

—Vale, está bien... pero Héctor, tarde o temprano debemos hablar.

—De acuerdo... pero hoy no.

Los dos hermanos volvieron a la terraza donde les esperaba Iván. Una hora más tarde, la pareja se adentraba en el salón recogiendo las cosas del pequeño. Naira, que los oyó hablar, decidió bajar para despedirse de ellos, sobre todo de Pablo que le había conquistado con su dulzura. Alicia aprovechó la ocasión para presentarle a su marido, mientras Héctor los

observaba algo disgustado. Eso de que a Naira le diera por mostrarse tan amable con su familia no le estaba haciendo demasiada gracia. ¿Qué pretendía ahora con esa repentina cordialidad? ¿No decía que no quería conocer a nadie de su entorno? A saber qué estaría tramando...

—Ha sido un placer conoceros... Sobre todo a ti, *Pabo* —volvía a hablar la hermana simpática de Naira, pensó Héctor.

Y después de varios besos y arrumacos para el pequeño, los dos se quedaron de pie, en la puerta de la casa, viendo como el coche de Iván y Alicia se alejaba calle abajo.

—¿A qué viene tanta amabilidad? ¿No decías que no querías conocer a mi familia? —preguntó él usando un tono nada cordial.

—Tu sobrino es un encanto y tu hermana parece muy simpática.

—Porque lo es... —y con esa media sonrisa estudiada que mostraba cuando pretendía ser arrogante, Héctor continuó preguntando—. ¿No crees que mi sobrino es un poco joven para ti? ¿No serás una asaltacunas?

Naira se giró sorprendida y lo miró con los ojos bien abiertos. ¿Qué precisamente él, él, le estuviera llamando asaltacunas era el colmo! ¡Por favor!

—¿Tú me estás diciendo asaltacunas? ¿Tú? ¿Tú que estás liado con una niña de... de cuántos 21, 22 años?

—¿Yo? —preguntó Héctor confuso—. ¿Estás hablando de Brenda?

—Me refiero a la chica esa de los pelos verdes, sí... bueno, aunque por lo que he oído en el pueblo y por lo que dice Rita de ti, no sé muy bien con quién de las dos estás liado, con la madre o con la hija.

—¿Con la madre o con la hija? —Héctor soltó una carcajada que debieron escuchar hasta los dos abuelos con audífono que siempre están sentados en uno de los bancos de la plaza—. ¿Me voy yo a liar con la madre o con la hija teniendo a la abuela? No puedes llegar a imaginar lo que una mujer experimentada como Doña Luisa puede hacerle a un hombre como yo, sobre todo cuando se quita la dentadura postiza... ¡Dios! ¡Si es que solo pensarlo ya me pongo pinocho!

—¡Serás guarro! —Naira entró furiosa en la casa y detrás de ella, Héctor que continuaba riendo a carcajadas.

—Es una máquina de mujer... No sé si contarte detalles de lo que me hace,

no quisiera alarmarte... —Ver como Naira se iba escandalizando con lo que él decía sí estaba resultando de lo más excitante.

—¡Calla, asqueroso viejo verde!

—¿Viejo verde? Yo no diría precisamente viejo verde...

—Pues ¡joven verde! Agghhhh... —Naira, enfurecida, subió las escaleras de dos en dos.

—¿Joven verde? Pero... ¿no me habías dicho hace un momento que era un asaltacunas?

—Tú lo que eres es un imbécil. Un imbécil de los grandes —gritó Naira mientras se adentraba en su habitación.

Héctor, con lágrimas aún en los ojos debido a la risa, se recostó satisfecho en el sofá.

—Me encanta que me digas imbécil —susurró sonriente recordando a su hermano.

Pero apenas unos segundos después, su sonrisa se esfumó, pues un silencio de Naira precedido de uno de sus enfados solo podía acabar de una forma.

—Uno, dos, tres, cuatro... —Héctor fue contando los segundos hasta que la canción de Abril comenzó a sonar por toda la casa—. ¡Joder! Otra vez...

Y, enfurecido al máximo, salió de la casa cerrando con un portazo, mientras Naira sonreía tumbada en su cama.

—Imbécil...

Las semanas fueron pasando, el verano llegaba a su fin y las altas temperaturas daban paso a los días cortos y frescos del otoño.

Los encuentros entre Naira y Héctor seguían siempre un mismo guión: él o ella provocaba el enfado del otro, ella o él recriminaba al otro, ella le decía imbécil a él, él le respondía con arrogancia, ella subía a su cuarto enfurecida, él contaba hasta diez, ella ponía la canción a todo volumen y él salía dando un portazo para encontrarse malhumorado con un Gonzalo desconcertado.

¿Origen de cada recriminación o enfado? Los mil motivos más absurdos que podáis imaginar, todos ellos causa de discusión, de lo más habitual, en una pareja que comparte techo: unos cubiertos que Héctor dejaba en la cocina sin recoger, otra cacerola quemada por descuido de Naira, ocupar el espacio de Héctor en el tendedero, utilizar el agua caliente del grifo cuando Naira se estaba duchando, subir el volumen de la televisión cuando Héctor dormía la siesta, pisar expresamente el suelo recién fregado por Naira o, simplemente, entablar una excesiva amistad con la hermana y cuñada de Héctor. O lo que era peor, ganarse el cariño de su sobrino. Ufff... aquello dolía y mucho. Más que doler, escocía. Porque que su hermano le dijera que no entendía esa hostilidad con una chica tan simpática y dulce como Naira, pase... que Laura cuchicheara con ella a sus espaldas, pase... que su hermana la llamara cuñada, pase... pero que su sobrino corriera en busca de sus brazos nada más verlos, eso sí que no, eso era inaceptable.

Así que una de las tardes de viernes, en el supermercado de Rita, mientras reparaba unas estanterías situadas tras el mostrador, Héctor no perdió la oportunidad de conocer una de las debilidades del enemigo. Agazapado entre estantes, tornillos y tuercas escuchó la voz de Naira.

—Buenas tardes, Rita.

—Hola, mi niña. Hoy estás radiante. Me gusta que te estés dejando el pelo largo, estás cada días más guapa... —otra traidora que se había dejado engañar por los falsos encantos de su rival.

—Rita, eres un Sol —la hermana melliza de Naira además de simpática sabía halagar a los demás, a saber qué tramaba con Rita...—. Así da gusto venir a comprar.

—Dime, cariño ¿Qué necesitas?

—Quería dos botes de esos fideos chinos precocinados, un litro de aceite, media docena de huevos y algo de fruta. ¿Hoy qué tienes?

—Tengo peras, manzanas e higos del huerto de Joan. Y, además, kiwis, ciruelas y plátanos. Los plátanos me llegaron hoy, son de Canarias.

—¿Plátanos? No, por favor, los odio... me dan un asco horrendo, solo su olor me provoca arcadas.

—Pues niña, es una pena, los plátanos son ricos en potasio y aportan mucha energía.

—¡Rita! —exclamó Naira entre risas—. Pareces Karlos Arguiñano anunciando los plátanos de Canarias.

—Pero si es verdad...

—Sí, seguro que sí, pero yo los odio... así que ponme dos manzanas y cuatro ciruelas.

Una tarde de Setiembre, sentada en las escaleras de entrada a la casa, Naira contemplaba los niños salir de la escuela después de finalizar sus actividades extra-escolares. Había llovido el día de antes y el olor a hierba mojada le hizo inspirar profundamente. La infusión de la lluvia con la menta, el tomillo, el cilantro y la albahaca configuraban un aroma embriagador. Cerró los ojos y recordó instantes felices de su infancia en esa época del año: la excitación de los primeros días de escuela, el olor a bocadillo de salchichón, con unas gotas de aceite de oliva y pan recién hecho, el frescor ácido de las primeras mandarinas, la aspereza de las castañas al pelarlas con las manos, las tardes lluviosas contando las gotas correr por la ventana de su habitación, el olor asqueroso del plátano...

—¿No te irás a quedar dormida ahí sentada? —la odiosa voz del abogada engreído.

Naira abrió los ojos, dispuesta a contestarle con cualquier grosería, cuando una arcada casi le hace vomitar.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

El muy ladino se estaba comiendo un plátano delante de sus narices. Acababa de salir de la casa, con su habitual atuendo deportivo y masticando esa fruta repugnante. Naira se tuvo que llevar las manos a la boca.

—Me encuentro perfectamente.

—¿Cómo dices? —preguntó él, mordisqueando de nuevo el plátano.

—¡Que me encuentro muy bien, gracias! ¿No te tienes que ir a correr?

—Sí, sí... me voy. Vaya, para una vez que intento ser amable... —Héctor empezó a correr calle arriba con el plátano aún en la mano y una sonrisa pícara en los labios.

Después de aguantar la respiración durante unos segundos, Naira por fin inspiró profundamente, intentado recuperar las buenas sensaciones y retomar su viaje a los recuerdos otoñales de su infancia: las primeras noches frías, el chirriar de las tizas en la pizarra, los exámenes, la oscuridad del atardecer... ¡Mierda! Se levantó bruscamente, notó humedad en sus pantalones y se llevó las manos al trasero, odiando el otoño, odiando la lluvia y odiando al abogado engreído que la sacaba de quicio.

—

Un viernes de octubre, en el bar de Esteban, Alfonso repartía las cartas mientras Antonio explicaba preocupado la difícil situación financiera por la que atravesaba el ayuntamiento.

—La recaudación de impuestos no cubre los gastos del ayuntamiento pero esto todavía irá a peor si no conseguimos impulsar los negocios del pueblo.

—Sí, la tienda de Sofía tiene pocos beneficios. En el pueblo cada vez somos menos y el turismo brilla por su ausencia —añadió Luis.

—La peluquería de Dolores tampoco está funcionando bien —puntualizó Adolfo.

—El supermercado de Rita también está en números rojos —explicó Héctor.

Además de mantener el huerto y el jardín, reparar grifos, estanterías y averías varias, Héctor llevaba unas semanas encargándose de las cuentas del supermercado. Hacía meses que había dejado de pensar en las tardes de los viernes como una extraña terapia o una novedosa técnica de psicoanálisis, ya solo se preocupaba de ayudar a Rita y así cumplir con la promesa que le había hecho a Brenda.

—Este verano casi no hemos tenido visitantes. Los apartamentos de Dolores no se llegaron a alquilar todos y los bares también lo han notado. Estoy desesperado. ¿Qué creéis que podemos hacer desde el ayuntamiento?

Por unos minutos, los cinco amigos permanecieron en silencio, intentado dar una respuesta útil a un Antonio visiblemente desbordado por la situación.

—Podrías volver a imprimir aquellos trípticos y repartirlos por los pueblos de los alrededores y los mejores hoteles de las ciudades más cercanas —propuso Luis.

—Eso supone una gran inversión y ahora no estamos para ese tipo de gastos.

—¿Y si usamos internet? —propuso Héctor.

—¿Internet? ¿Cómo?

—Una página web.

—¿Página web? Explicáte mejor que yo no estoy muy puesto con estas nuevas tecnologías.

—He visto que el ayuntamiento no tiene su propia web. Si se creara una dedicada a las actividades que ofrece el pueblo, a los diferentes alojamientos, fiestas, eventos, gastronomía propia, restaurantes... Vilanén se daría más a conocer y vendrían más visitantes

—Eso me ha gustado... —exclamó Esteban desde la barra.

—Hay que darle a Vilanén una imagen activa, joven, fresca... que la gente venga a degustar las tapas de Esteban convencidos de que van a encontrar algo nuevo, exquisito, único.

—Y lo son... —añadió el aludido.

—Sí, lo son, pero nadie lo sabe. El turista debe venir a buscar algo distinto. Las rutas andando por los alrededores son increíbles y ¿alguien lo sabe? No. He dicho las tapas de Esteban, pero ¿y el menú de María? Los dos restaurantes del pueblo son de estrella Michelin.

—Tienes razón —afirmó Gonzalo—. Se podrían diseñar nuevas rutas para recorrer los alrededores, el río, las fuentes...

—El mirador... —señaló Héctor lanzándole un guiño a Gonzalo.

—El mirador —éste le sonrió.

—Esas rutas se pueden hacer andando o en bicicleta. Si vinieran muchos turistas se podría abrir un establecimiento que las alquilen —propuso Ignacio.

—Buena idea.

—Podríamos organizar concursos de pesca.

—Sí, muy bien, me parece todo genial... pero, cómo, quién y cuánto —el alcalde no tenía clara la ejecución de tan brillante plan.



Héctor dejó sus cartas sobre la mesa, arrugó los ojos, juntó los labios y se acarició la barba. Por cierto, esa barba necesitaba ya un repaso. El día siguiente, sin falta, le haría una visita a Dolores.

—Ya lo tengo... ¿El cómo? Hay que crear una web, necesitamos un informático que sea económico. Y sé quién es la persona ideal.

—¿Quién?

—Mi hermano.

—¿Raúl?

—Sí, es informático, además de policía. Él investiga a través de las redes sociales y conoce muy bien cómo funciona ese mundillo. Hablaré con él. Si le explico la difícil situación del pueblo, seguro que nos ayudará. Y sin cobrar, claro.

—Bien, eso me está gustando... Ya tenemos la web montada y ahora ¿qué más hay que hacer?

—Restaurantes, actividades, fiestas, concursos... se podrían dar a conocer publicándolas en la web.

—Sí, Héctor, pero mantener una web requiere tiempo —puntualizó Gonzalo.

—Tiempo y alguien que sepa escribir... Y ya sé quién es la persona que podría gestionar la web...

—Vamos, Héctor, no nos tengas en vilo.

—Naira.

—¿Naira? —preguntó Adolfo.

—Naira es periodista.

—Pero, ¿Naira va a querer hacer algo así sin cobrar? —preguntó el alcalde.

—Podría empezar con un contrato de obras, con un sueldo bajo, pero se le puede proponer un sueldo fijo en cuanto la financiación del ayuntamiento se recupere. Adolfo te podría ayudar con ese tipo de contratación.

—¿No te quieres encargar tú mismo? —preguntó el abogado.

—No, incluso preferiría que Naira no supiera que la idea ha sido mía. Si se entera, rechazará la propuesta.

Ya conocía lo suficiente a Naira como para saber que era bastante orgullosa y muy tozuda, así que si ella sabía que la idea había surgido de él, declinaría

cualquier proposición, por muy interesante que esta fuera.

Por tanto, y para que todo pareciera casual, Antonio y Héctor elaboraron un plan: Sofía, la mujer de Luis, le explicaría a Naira que el ayuntamiento buscaba a alguien que redactara artículos en la nueva web que, casualmente, iba a crear Raúl y que ella la había propuesto para ese trabajo.

—¿Raúl? —preguntó Naira alzando una ceja.

—Sí, al parecer Antonio le comentó a Héctor que necesitaba un informático y él le habló de su hermano.

—Pero, Víc... esto... ¿Héctor lo sabe?

—¿Que yo te he propuesto para redactar los artículos? No, creo que no... —mintió Sofía.

—Ah... Pues la verdad es que necesito volver a trabajar al cien por cien. Actualmente solo estoy redactando algunos artículos para un par de revistas de poca tirada... Pero esto me gusta, sí, será interesante.

—Muy bien Naira, pues no lo dudes, ve a hablar con Antonio. Él te contratará sin pensarlo dos veces.

Y así fue. Tras revisar su currículum y realizar una breve entrevista, Antonio le ofreció un contrato de tres meses que podría ser extendido una vez el ayuntamiento recuperara parte de los ingresos perdidos. Un mes después Raúl ya había diseñado la web y Naira empezó a dedicar buena parte del día a trabajar en ella. Buscó información sobre el pueblo y sus alrededores: fauna y vegetación autóctona, rutas ya diseñadas, el arte de la pesca de río, características del arroyo que rodeaba el pueblo y de los peces que lo habitaban, platos y tapas propias de los dos restaurantes de Vilanén, los establecimientos, las características arquitectónicas de la iglesia, el campanario y los edificios más antiguos... Tuvo que escribir artículos sobre temas que antes ignoraba pero conocer la historia y costumbres del pueblo le fascinó. Sus habitantes, su entorno y su hospitalidad la enamoraron y cada vez estaba más convencida de que haber aterrizado en aquel lugar y, sin duda, continuar viviendo en él, había sido su mejor decisión.

El hecho de que Naira estuviera inmersa en su nuevo trabajo, tanto en el despacho como paseando por los alrededores del pueblo o conversando con sus habitantes, ayudó a que sus encuentros con Héctor fueran menos tensos.

Tal vez porque se veían menos. Quizás porque ella ya no escuchaba música. Posiblemente porque él ya no deambulaba delante de ella masticando plátano. O ¿quién sabe? simplemente se estaban dando una tregua...

Una tarde, Naira estaba en la cocina, abriendo y cerrando armarios con ímpetu. Héctor acababa de llegar de la agencia y ya había notado un cierto olor a quemado. Se acercó por detrás al ver que ella intentaba alcanzar una cacerola de un armario alto, estirando su brazo derecho.

—¿Has vuelto a quemar algo?

—Déjame en paz... —ella, sin girarse para responder a su pregunta, continuó con su afán de llegar hasta la dichosa olla.

Héctor la contempló por un instante con una traviesa sonrisa en los labios. Tal vez fuera desquiciante, irritante y amnésica pero debía reconocer que Naira era única, especial. Con su menos de metro sesenta, daba saltitos para alcanzar algo que debía estar a más de dos metros de altura y aunque tenía a pocos pasos una silla que podía utilizar para conseguir su objetivo, ella, cabezota y orgullosa como la que más, insistía en su empeño de estirar su menudo cuerpo como si fuera de plastilina.

—Eres una canija —soltó él sonriente.

—¿Canija? —repitió ella mientras volvía a saltar.

—Sí ¿no habías oído antes la palabra canija? Renacuaja, enana, chiquitaja... Me recuerdas a David el Gnomo, bueno, a su mujer... ¿cómo se llamaba? —se acarició la barba pensativo—. Sí, ya lo recuerdo, Lisa, se llamaba Lisa.

—Mmmm... Muy interesante... —ironizó ella dando otro de sus saltitos.

—Tú seguro que nunca has visto David el Gnomo, tú debías estar jugando de pequeña con tus Barbies pijas...

—¡Qué gracioso!

Cansada de tanto ejercicio físico, Naira inspiró para armarse de paciencia y se giró para, una vez más, retar con la mirada al abogado engreído. Héctor, apoyado en la mesa, justo detrás de ella, la contemplaba con su estudiada sonrisa y la ceja sarcástica más alzada que nunca. Esa expresión era capaz de

despertar el volcán que Naira guardaba en su interior. Si él continuaba en su afán de irritarla, la catástrofe de Pompeya iba a quedar en agua de borrajas.

—Pues tú no sé a quién me recuerdas más... —dijo ella señalándole con el dedo y utilizando una de sus poses más chulescas—, si a Pot, a Pat o a Poopey. A quién seguro no te pareces en nada es a Holley... Si la memoria no me falla, era el único trol de la serie que no era un tonto del culo...

Aquella respuesta y el tono gracioso que utilizó para nombrar a los personajes de la serie hicieron que Héctor soltara una de esas carcajadas que acaban provocando agujetas.

A pesar de su enfado, los ojos de Naira no pudieron evitar la tentación de examinar esa boca abierta. Contempló eso dos hoyuelos que se formaban junto a la comisura de sus labios y admiró esas porciones de carne mullida y sonrosada que se estiraban hasta formar una de las sonrisas más seductora que había visto jamás. Una pena que el abogado no sonriera más a menudo y que se empeñara en ocultar su único encanto tras aquella horrorosa barba. “¿Cómo estará Víctor afeitado? Le recuerdo con el rostro limpio pero con aquel traje de diseño que le hacía parecer un engreído. ¿Cómo estará sin barba, con los pantalones tejanos que lleva y esa camiseta de algodón que tan bien se ciñe a su pecho? La verdad es que le queda muy bien esa camiseta... ¡No, no... no le mires Naira!” Aquel pensamiento la enervó mucho más y sintió deseos de borrarle de un manotazo esa odiosa sonrisa de la boca.

—¿Te recuerdo a un trol? —continuó él entre risas—. ¿Y eso? ¿Por tonto, feo o sucio?

—De todo un poco... —respondió Naira tras girarse para ignorar al insufrible abogado y continuar con su afán de alcanzar la cacerola.

—Canija... —le dijo él mientras estiraba su brazo y le entregaba la olla.

—Imbécil.

—De nada...

—Esto... una pregunta... ¿Tienes ropa de invierno? —preguntó Héctor unos segundos después.

—Pues claro, vaya pregunta absurda.

—Vas a necesitar muchas capas de ropa en Kazajistán. Nos vamos dentro de un mes y medio, a principios de febrero. En esa época del año debe hacer allí un frío que pela, así que prepárate.

Naira, abrazando la olla como si se tratara de un cojín, volvió a mirar a Héctor. El enfado había desaparecido de sus pupilas y su iris negro se expandió como una gota de tinta en el papel.

“¡Por fin! ¡Ha vuelto la luz a las tinieblas!” —pensó Héctor.

Ella, conmovida, se sonrojó, esbozó una tímida sonrisa, arrugó el entrecejo y apretó los labios para contener las lágrimas de felicidad.

Él quiso darle a entender que se alegraba por ella, que también sentía un cosquilleo en el estómago y que tensaba los músculos de la cara para esconder la emoción, pero, sin embargo, respiró profundamente y volvió a su estudiada pose de engreído.

—Pásate un día por la agencia y Natalia te dará todos los detalles del viaje. Espero que no te olvides de nada... como tienes esa extraña afición a no recordar los nombres...

—Imbécil... —aunque molesta por su comentario, Naira no borró la sonrisa de sus labios.

Nada ni nadie iba a estropearle ese momento de felicidad. En mes y medio iba a poder abrazar a su bebé y eso era lo único que realmente importaba.

## CAPÍTULO 16

Naira tiraba de la pesada maleta mientras Héctor la contemplaba apoyado en el capó del coche.

—¿De verdad que no quieres que te ayude?

—No... no necesito tu ayuda.

—Solo vamos a pasar dos noches fuera... ¿No crees que llevas demasiadas cosas?

—¿Te han informado sobre la edad del niño?

—No, ya lo sabes, se nos asignará cuando estemos allí.

—Exacto. Y como no sé la edad o la altura, he tenido que comprar ropa de diferentes tamaños... Porque tampoco sabemos si nos darán ropa ¿verdad?

—Verdad...

Esta Naira era toda una caja de sorpresas, pensó Héctor. Olvidaba cosas en el microondas, quemaba cacerolas y sartenes con asiduidad, no recordaba los nombres y se dejaba las llaves dentro de casa al salir, pero cuando se trataba de su hijo era capaz de pensar, organizar y controlar el más mínimo detalle. Durante aquel mes y medio, Naira se había encargado de comprar la cuna, montarla y vestirla de colores vivos. Y, aconsejada por Alicia, adquirió todo tipo de utensilios necesarios para el viaje o la habitación: una silla para el coche, un intercomunicador, una mochila portabebés, biberones, pañales de dos tamaños distintos, una bañera y todo un surtido de productos de higiene.

Salieron hacia el aeropuerto de Barcelona a las siete de la mañana. Debían hacer escala en Alemania y Turquía antes de aterrizar en Karaganda, la ciudad de Kazajstán donde se encontraba el orfanato. El primer vuelo hasta Berlín despegaba a las diez. Mientras hacían cola para facturar las maletas, una voz femenina les sorprendió.

—¡Héctor! ¿Eres tú?

Naira se giró sorprendida al ver como Héctor abandonaba la cola e iba a

saludar a dos chicas, altas, de pelo largo, ojos verdes y pestañas infinitas. Una morena, la otra castaña. Una con un escote de los que es imposible apartar la mirada y la otra con una de esas falditas cortas de volantes que hacen que los hombres soplen con fuerza en esa dirección, con la absurda esperanza de levantar ese trocito de tela.

—Inés, Mónica... —el abogado, asaltacunas, engreído y mujeriego las saludaba con dos besos en las mejillas a cada una.

—¿De verdad eres tú? ¡Nunca te habíamos visto con barba...! —exclamó Mónica sorprendida.

—Sí, bueno, un nuevo look...

—Pues a mí me gusta —dijo Inés mientras acariciaba la barba de Héctor.

—¿Qué haces por aquí? Nos dijo Carlos que estabas fuera, que habías cambiado de trabajo.

—Sí, me trasladé para trabajar en otro sitio pero solo durante dos años... — Héctor pensó que no hacía falta especificar de qué tipo de trabajo se trataba —. Aunque dentro de cinco meses vuelvo a Barcelona ¿Y vosotras cómo estáis? ¿Sabéis algo de Carlos?

—Sí, Carlos conoció a una chica y está enamorado.

—¿De verdad? No tenía ni idea, contadme, contadme...

Tan solo tenía a dos personas por delante de ella y Naira empezaba a notar cómo le hervía la sangre. “¿Será capaz de quedarse ahí hablando con ellas y no facturar la maleta? ¡Sabía yo que este era un mujeriego!”. Miró el reloj. Todavía faltaba una hora para el embarque pero aún debían pasar el control policial. Y justo en el instante en que la chica que tenía enfrente iba a ser atendida, Héctor se acercó a Naira, entregándole su documentación.

—Toma, primeras filas y ventana para mí, si puede ser...

Y así, sin más, volvió con sus amigas. Aquello era el colmo... el colmo, el colmazo y el colmón... El abogado engreído se estaba pasando de la raya, se estaba tomando unas libertades que no le correspondían... ¿Le daba los papeles para que ella facturara la maleta mientras él tonteaba con las dos chicas esas? No, eso no iba a quedar así, no... Como una fiera al acecho, Naira arrugó el hocico, agudizó el oído y esperó la ocasión para atacar.

—¿Tiene alguna preferencia con los asientos? —le preguntó la trabajadora del aeropuerto.

Naira alzó la ceja derecha y sonrió de medio lado. Podía ser despistada y, seguramente, demasiado inocente, pero aprendía rápido... y, por suerte o por desgracia, más desgracia que suerte, ahora tenía un buen profesor a su lado. ¿Qué? ¿Acaso ella no podía alzar la ceja y sonreír de soslayo como el insolente de su marido? Volvió la cabeza para contemplar a los tres amigos que reían a carcajadas, como si estuvieran de copas en una discoteca... Héctor le devolvió la mirada, pero se la retiró rápidamente...

—Sí, mire... —se dirigió a la mujer que esperaba su respuesta—. Yo quiero ventanilla, cerca de la entrada del avión, por favor, pero mi marido quiere la última fila y pasillo.

—¿Separados?

—Sí.

—Vale, como desee.

No había vuelto a ver a Inés y a Mónica desde que se las encontró en el bar de Carlos, después de la boda de Alberto. Y mientras ellas parloteaban entre risas, Héctor recordó aquella noche. Fue algo confusa, pero recordaba perfectamente cómo acabó en el suelo, borracho y golpeado. Aunque lo que le resultaba imposible olvidar era la gran decepción que Raúl reflejó en su rostro cuando lo encontró en comisaría, tirado en aquella celda. ¿Por qué se comportaba así? ¿Cómo había llegado él a aquella situación? ¿Tan inconsciente era? Suspiró al pensar que en cinco meses iba a volver a la ciudad, a las noches de fiesta, a las discotecas, al whisky, a sus encuentros sexuales con mujeres desconocidas, a la hipocresía, a la oscuridad, a la soledad... Dirigió de nuevo su mirada hacia Naira y sonrió al ver cómo levantaba su pesada maleta para colocarla sobre la balanza a la vez que hablaba sonriente con la trabajadora del aeropuerto. Nunca le negaba a nadie una sonrisa, ni una de esas miradas centelleantes, excepto a él, claro.

—Y así fue como Carlos y Raquel empezaron a salir... ¿Me estás escuchando, Héctor?

—Sí, sí... bueno, era de esperar. Carlos nunca perdió la esperanza de encontrar a su media naranja.



—¿Y tú, Héctor?

—¿Yo?

—Sí, tú ¿te has enamorado?

—¿Yo? ¡Qué va...! Ya sabéis que paso de todo eso...

—Cariño, tu tarjeta de embarque —Naira irrumpió entregándole los documentos—. Te cogí ventanilla, tal y como me pediste —y mirando a las chicas, continuó—. Hola, yo soy Naira, su mujer.

Las caras de Inés y Mónica eran dignas de ver. Parecían el emoticono asustado del whatsapp: las dos manos en las mejillas, los ojos bien abiertos y las bocas dibujando una o de sorpresa. Naira no pudo evitar sonreír al verlas. Y la expresión de Héctor era para fotografiarla y enmarcarla: entre enfado, vergüenza y ¡tierra trágame!

—¿Te has casado? Pillín, qué callado te lo tenías —acertó a decir Inés, después de superar el susto.

—Sí, bueno... pero... —balbuceó Héctor.

—Y ahora vamos a buscar a nuestro hijo... ¿no les has explicado nada, cariño? —añadió Naira, disfrutando de lo lindo con la cara desencajada del abogado.

—¿Vais a ser papás?

—Sí, bueno... —él continuaba sin poder articular palabra.

—Vamos a adoptar un niño, sí... —explicó Naira—. El miércoles estaremos de vuelta con él ¿No os parece emocionante?

—¡Enhorabuena! —exclamó Mónica aún sorprendida.

—Gracias... Bueno, vamos, cariño, que tenemos que pasar el control policial —y tirando del brazo de Héctor, Naira se despidió de las chicas.

Apenas unos pasos después, cuando Héctor ya supo reaccionar, se soltó de Naira molesto.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—¿Qué pasa? ¿He dicho alguna mentira?

—No, pero te lo podías haber ahorrado.

Otra vez lo había conseguido. De nuevo volvía a enojarle, a irritarle hasta

llevarle al límite y aquello le frustraba. ¿Por qué Naira lograba sacarle de sus casillas con tanta facilidad? Evidentemente ella le odiaba, continuaba en su empeño de considerarlo un enemigo, el traidor que ayudó a su marido, el jodido abogado del diablo. ¿Y qué podía hacer él? Nada. ¿Hablar con ella? No iba a querer escuchar ¿Intentar convencerla? ¿Para qué? ¿Y qué sacaba él con todo eso? Nada ¿Sentirse mejor consigo mismo? No. Él ya había sacrificado mucho por ella, él ya se había ganado el perdón. Además ¡qué demonios! él no era culpable de nada ¿Por qué debía disculparse? ¿De qué, joder, si él no había hecho nada malo? Y allí estaba ella como si no sucediera nada, tan tranquila, delante de la puerta de embarque, preguntando si el vuelo salía a la hora, con esa sonrisa abierta que iba repartiendo gratuitamente a todo ser humano... excepto a él, claro.

“¡Si ellos supieran la mala leche que se gasta la canija!”

—Buenos días. Disculpe señor ¿me enseña su tarjeta de embarque? — preguntó la azafata al entrar en el avión.

—Buenos días. Sí, tenga... —dejando a un lado su trifulca interna, Héctor respondió ofreciendo su mejor sonrisa.

—Última fila, asiento C, pasillo.

“¿Cómo? Si yo le había pedido... ¡Joder! Ya lo ha vuelto a hacer, ya lo ha vuelto a hacer...”, apretó los dientes y tensó la mandíbula de nuevo.

¿Y si se daba media vuelta y la dejaba allí tirada? ¿Y si preparaba ya el divorcio? ¿Y si la mandaba a paseo? ¿Y si...? Dudó, dudó durante unos largos segundos... Miró hacia el interior del avión y vio a Naira en las primeras filas intentando introducir su maleta de mano en el compartimiento superior, de puntillas y estirando los brazos. Él movió la cabeza de lado a lado y sopló resignado. Y cuando pasaba por detrás de ella, la ayudó encajando la maleta con facilidad.

—Canija —masculló él.

—Imbécil —murmuró ella.

Y mientras caminaba hasta su asiento continuó susurrando entre dientes: “Sí, definitivamente, soy un tonto de remate”.

Veinticuatro horas después de despegar de Barcelona, aterrizaban en Karaganda. Allí eran las tres de la tarde y aunque el sol no se había puesto aún, la oscuridad se había apoderado de las calles. El cielo estaba cubierto de nubes grises, el suelo oculto bajo una gruesa capa de nieve y la temperatura bajaba de los menos siete grados centígrados. Un taxi les llevó hasta el hotel donde debían pasar las dos noches de su corta estancia. Natalia, dada la insistencia de Naira, había reservado dos habitaciones individuales contiguas y comunicadas entre sí. Para no levantar sospechas, siempre podían explicar que no había sido posible conseguir una doble pero que al menos las dos habitaciones estaban comunicadas. Llegaron al hotel cansados del largo viaje y de la misma forma tan comunicativa y cordial que habían compartido los vuelos y las esperas en las puertas de embarque, se despidieron sin tan siquiera dirigirse la mirada, ni desearse unas buenas noches, ni una palabra. Naira había ido hasta allí para adoptar un niño, no para entablar amistad con nadie. Ese nadie incluía al supuesto padre adoptivo, por supuesto. Y Héctor no tenía nada claro qué hacía allí. Bueno, sí, el imbécil.

Naira bajó a desayunar a las ocho de la mañana. Apenas había conseguido dormir cinco horas seguidas. Estaba nerviosa, emocionada, contenta y a la vez aterrizada. ¿Y si el bebé lloraba al verla? ¿Y si no quería irse con ella? ¿Iba a ser una buena madre? ¿Sabría ella lo que debía hacer en cada momento, cuando llorara, cuando enfermara, qué darle de comer, cómo hacerle dormir...? Había leído mucho sobre la adopción, sobre cómo educar a un hijo, sobre cómo cuidar a un bebé... pero realmente ¿podía una madre ser formada para serlo? ¿Servía de algo toda aquella lectura? No tenía todavía las respuestas pero sabía que llegado el momento la intuición sería su mayor aliada.

Héctor bajó algo más tarde. Le costó conciliar el sueño, pero la lectura de algunos documentos legales le hizo cabecear hasta caer dormido. Cuando llegó a su habitación había continuado discutiendo consigo mismo sobre las razones que le habían llevado hasta allí pero unas horas más tarde decidió dejar de polemizar y ser más realista. Estaba en aquel país con un objetivo y no había una salida de emergencias por la que huir así que debía ceñirse al

plan y volver lo antes posible a su casa... a Vilanén. Ya lo consideraba su casa. Sí, su hogar. Extraño, pero cierto.

Naira ya parlotaba con algunas parejas españolas que habían viajado a Karaganda con el mismo propósito. Para salvaguardar las apariencias, Héctor se sentó junto a ella y se auto presentó como su marido. Mientras conversaba y masticaba una tostada untada con una extraña pasta parecida al paté de hígado, observó de reojo a Naira. Tenía ojeras, movía de un lado a otro la pierna derecha y se echaba el pelo hacia atrás constantemente. Mala noche y muchos nervios. Pero no era para menos. Estaba a punto de conocer a su hijo. ¿Quién podía ser inmune a algo así? ¿Él?

El intérprete, un señor bajito y delgado de unos cincuenta años de edad, llegó a las nueve para acompañarles al orfanato. Subieron a una furgoneta de siete plazas y junto a Naira y Héctor se sentaron dos parejas más de españoles. El intérprete se llamaba Serik y hablaba un perfecto castellano. Por el camino les explicó que aunque había nacido en Kazajstán, había vivido veinte años en Madrid, donde estudió Filología hispánica. Durante uno de los veranos que regresó a su país para pasar las vacaciones junto a su familia, conoció a su mujer y aquel fue el motivo por el cual decidió volver. Aparcaron frente a un edificio gris de dos plantas, viejo y descuidado. Tres mujeres salieron a recibirles. Según les explicó el traductor, ellas eran las cuidadoras de los niños. Caminaron por un largo pasillo, oscuro y con un fuerte olor a humedad, hasta llegar a una gran sala. La luz era tenue. En el centro habían colocado seis sillas plegables y a los lados cuatro cunitas de bebé vestidas con mantas de múltiples colores ya desgastados por los lavados. Les indicaron que tomaran asiento y las tres mujeres salieron por una puerta situada frente a ellos. El intérprete les recordó que debían esperar a que les llamaran por sus apellidos. Las cuidadoras aparecerían con el bebé asignado y tendrían tiempo de estar con él hasta la hora del juicio, que se celebraría a las doce del mediodía.

Héctor sintió una extraña presión en su estómago y pensó que era culpa de esa pasta pringosa que había untado en la tostada. Giró la cabeza levemente hacia su derecha para contemplar al resto de parejas que, impasibles, fijaban la vista en aquella puerta marrón. Apenas respiraban y parecía que sus ojos

iban a acabar incrustados en la dichosa puerta. Bajó la mirada y contempló por unos segundos a Naira. Al igual que los demás, estaba concentrada, a la espera de que alguna de aquellas mujeres apareciera en la sala. Volvió a mirar al frente para no perder detalle de lo que iba a acontecer cuando la voz de Naira le sorprendió.

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó en un susurro mientras le entregaba una cámara fotográfica—. ¿Puedes hacer fotos?

La miró. Y durante cuatro segundos Héctor se adentró en esas pupilas negras que no habían dejado de fascinarle desde que las vio por primera vez en aquel ascensor. En tan solo cinco segundos más contempló conmovido su rostro sonrojado por la emoción. Seis segundos precisó para recrearse en una lágrima que resbala por su mejilla derecha y acababa diluida en el contorno de su boca. Durante los dos segundos siguientes comprobó aterrado cómo su cuerpo reaccionaba cuando ella se mordía el labio inferior. Y solo necesitó tres segundos más para asentir con la cabeza y volver a fijar la mirada en aquella odiosa puerta, incapaz de comprender qué era lo que acababa de suceder, qué había provocado esa repentina agitación en esa olvidada y desatendida parte de su cuerpo.

Sí, definitivamente... ese paté que untó en la tostada del desayuno le estaba jugando una mala pasada.

—Matrimonio Sánchez —Serik llamó a una de las parejas españolas mientras la cuidadora que portaba un bebé en brazos se adentraba en la sala.

Debía tener unos siete meses y al llevar su cuerpo cubierto por una manta era difícil deducir el sexo. Rubio, ojos rasgados y piel blanca como la flor del jazmín. La pareja adoptiva comenzó a llorar al tomarlo en brazos y a besar su carita y sus manos con auténtica devoción. Naira contuvo un profundo sollozo que a Héctor le conmovió. Y él, por fin, fue consciente de lo que estaba a punto de ocurrir, de la grandeza del momento y de cómo ese instante iba a cambiar sus vidas.

—Matrimonio Hernández.

La segunda cuidadora apareció con un bebé mayor. Debía tener casi el año de edad y mantenía la cabeza erguida en los brazos de su portadora. Esta vez sí parecía tratarse de un niño. El matrimonio se arrojó literalmente sobre la cuidadora entre llantos y gritos moderados de alegría. Naira ya no pudo contener más las lágrimas y sacó un pañuelo para secárselas. Héctor notó humedad en sus ojos pero respiró profundamente para frenar la emoción.

Transcurrieron cinco eternos minutos durante los cuales ninguno de los dos parpadeó para no desviar la mirada de la puerta. Hasta que por fin ésta se abrió. A partir de aquel instante, las imágenes se sucedieron con una impresionante lentitud. Cuando la cuidadora apareció tras la puerta, Naira se llevó las manos a la boca. La mujer se fue aproximando con pasos lentos y acompasados, mientras todo se tornaba azul alrededor de ellos. Azul. El azul intenso del cielo en primavera. El azul profundo del mar en calma. El azul embaucador de la piedra turquesa. El azul de sus ojos. De esos ojos rasgados llenos de vida e inocencia. Era una niña preciosa. Su mirada curiosa buscó la de Naira que alargó los brazos para refugiarla en su regazo. Las manos le temblaban. La barbilla también. Sus lágrimas caían sobre la manta que envolvía el bebé. Debía tener unos seis meses. Su cabello rubio despedía rayos de luz y sus manitas parecían de algodón. La cuidadora se dirigió al intérprete y pronunció unas palabras en kazajo antes de abandonar la sala.

—Ha dicho que se llama Irina.

—Irina... —Naira repitió su nombre en un susurro—. Hola, Irina, yo soy tu mamá.

Héctor recordó que debía fotografiarlas y aprovechó la cámara para ocultar la emoción en su rostro. Y mientras apretaba el disparador contempló atónito el espectáculo. Como si admirara un hermoso cuadro, almacenó en su memoria cada una de las pinceladas de aquella obra de arte: la luz en las pupilas de Naira, los mofletes rosados de Irina, la sonrisa feliz de la madre y la súplica de amor de esos ojos azules, esos ojos que se abrían al recibir cada una de las caricias de la mujer que le susurraba “mi niña” con auténtico fervor. Él dejó de luchar para contener la emoción y una lágrima recorrió sus mejillas. Una extraña presión en el pecho le dificultaba la respiración. De nuevo era un

espectador más, volvía a presenciar una escena de amor oculto tras una cámara, él no era uno de los protagonistas, él no podía traspasar el límite, él no debía estar allí, él no debía estar allí...

—Héctor, déjame la cámara y os hago una foto a los tres...

Serik le quitó la cámara fotográfica de las manos y Héctor no supo qué hacer. Miró a Naira y a Serik con indecisión. Éste le animó a colocarse detrás de ellas y en décimas de segundo Héctor se encontraba allí, donde él no debía estar, al otro lado de la pantalla. Había traspasado el límite. Había pasado a ser uno de los protagonistas. Rodeó con un brazo a Naira, colocó una mano sobre su hombro y con la otra rozó levemente la manta que envolvía a Irina. Las manos le sudaban. Naira continuaba llorando y su espalda golpeaba el pecho de él con cada sollozo. Héctor bajó la mirada para ver de cerca a la niña y sus pupilas se encontraron. Fue incapaz de dejar de contemplar aquellos ojos. Los suyos se nublaron y otra lágrima descendió por sus mejillas. Irina extendió la mano intentando acariciar su barba y él no pudo soportarlo más.

—Ahora vuelvo... —balbuceó mientras se separaba de ellas.

Abandonó la sala y corrió por el oscuro pasillo hasta llegar a un jardín exterior. El frío de la calle contrastaba con el calor abrasador del contacto de Naira en su pecho. Respiró profundamente. Él no debía estar allí, él no debía estar allí, se repetía una y otra vez. Pero estar allí no era el problema. Su preocupación no era encontrarse allí. Lo que realmente le aterraba era que en ese instante no deseaba estar en otro lugar.

El juicio se desarrolló sin problemas y dos horas después, las tres parejas abandonaban el Juzgado. Comieron con Serik en un restaurante próximo y a primera hora de la tarde volvieron al orfanato donde les permitían estar con sus bebés hasta las siete de la tarde. Durante aquellas horas, Naira e Irina jugaron tumbadas en una manta mientras Héctor las observaba o las

fotografiaba en la distancia. Se mantuvo en todo momento impasible, reunió fuerzas para contener las emociones que le habían desbordado esa mañana y volvió a su posición de mero espectador.

Ya en el aeropuerto, de nuevo en la fila para facturar las maletas y conseguir las tarjetas de embarque, Naira intentaba ordenar su documentación mientras con un brazo tomaba a Irina y con la barbilla sujetaba el biberón que la niña succionaba con un hambre atroz. En su afán de mantenerse al margen, Héctor contuvo las ganas de ayudarla mirándola de reojo. Hasta que no pudo resistirse más.

—¿Te ayudo?

—No... —respondió tajantemente ella mientras su documento de identidad se le escapaba de las manos.

Héctor se agachó para cogerlo y le quitó la documentación del vuelo que por fin sacaba de su enorme bolso.

—No seas tan cabezota y dame eso. Ya te pido yo la tarjeta de embarque.

—No soy cabezota.

—Ya, ya veo que no... —gruñó él mientras tiraba de su pesada maleta y se adelantaba para solicitar las tarjetas de embarque.

Y entonces, cuando Irina ya había vaciado el biberón y Naira se sintió liberada al introducir de nuevo a su hija en el portabebés, cayó en la cuenta de su error. Seguro que el abogado engreído querría vengarse de ella y le esperaba un asiento en la última fila.

Pero, ya en el avión, respiró aliviada al ver como él colocaba sus maletas de mano y las cosas de Irina en un compartimento superior de las primeras filas y le señalaba los asientos para darle paso.

—¿Prefieres el asiento central o el pasillo por si tienes que ir a cambiar a la niña?

Naira se sorprendió ante tal derroche de amabilidad. Pero no se dejó enredar por su repentina cordialidad y le respondió con contundencia.



—El pasillo mejor.

El viaje fue tranquilo. Naira consiguió dormir a Irina y ella pudo descansar relajándose con la lectura. Héctor cerró los ojos y durante horas intentó conciliar el sueño. Fue imposible. Todo lo que había sucedido en Kazajistán le preocupaba y era incapaz de borrarlo de su mente. Y, para desesperación suya y como colofón a aquellos días de aterradoras emociones, Naira, cuando tan solo faltaba una hora de vuelo para llegar a destino, le puso en los brazos a Irina mientras ésta tomaba su biberón.

—No aguanto más, tengo que ir al servicio... ¿te importa?

Y sin más, lo dejó allí, con esos maravillosos ojos escudriñando en los suyos, como si ella los pudiera leer, como si esa niña le conociera... La contempló petrificado mientras Naira sonreía de medio lado y se esfumaba pasillo arriba. “¿Cómo puede ser tan insensible? ¡Hombres...!”, pensó ella al volver la vista atrás y descubrir al abogado convertido en estatua.

Llegaron a Barcelona al final del día de un miércoles. Héctor recibió varios mensajes de sus hermanos. Apenas se había puesto en contacto con ellos y todos estaban impacientes por saber más, sobre todo del bebé. Aunque Héctor era consciente de que en unos meses iba a finalizar toda relación con la niña, no podía obviar a sus hermanos y el hecho de que ellos quisieran conocerla. Así que se armó de valor y pidió permiso.

—Mis hermanos quieren conocer a Irina ¿Podrán verla el sábado cuando vayan a comer? —preguntó mientras metía las maletas en el coche de Naira.

—Sí, no hay problema.

Naira ya contaba con ello. Había entablado amistad con Laura y Alicia y aunque no les había acompañado nunca en sus almuerzos familiares, sí había tenido la ocasión de hablar con ellas en más de una escapada al salón o a la cocina.

La primera noche con Irina en casa fue tranquila. Después de acostarla en su

cunita, de comprobar hasta cinco veces que el intercomunicador funcionaba correctamente y de dar siete viajes a su habitación para admirarla mientras dormía, Naira cayó presa del cansancio y se acostó. Nueve horas después, se despertaba sobresaltada. Saltó de la cama y voló hacia la habitación de Irina. La niña dormía plácidamente. La contempló por un instante, totalmente hipnotizada por su ternura. No había sido un dulce sueño, era real. Ese maravilloso ser que descansaba en su cunita era su hija. Alargó su mano para acariciar sus mejillas y ese leve contacto hizo que Irina levantara sus párpados con pereza.

—Buenos días preciosa —susurró Naira, percibiendo humedad en sus ojos.

La niña alzó una de sus manitas y Naira se agachó para estar a pocos centímetros de ella. Mientras Irina acariciaba una de sus mejillas, las lágrimas de la madre humedecieron los dedos de la hija. ¿Se podía ser más feliz?

Tanto Héctor como Naira se tomaron el día libre para descansar del viaje. Naira fue la primera en bajar a la cocina. Debía preparar el biberón de su hija. Su hija. No se cansaba de repetir esas dos palabras. “Voy a preparar el biberón de mi hija” “Estoy tomando en brazos a mi hija” “Esta niña tan preciosa es mi hija” “La leche que estoy calentando es para mi hija” “Voy a cambiar el pañal de mi hija” sonrió al pensar la cara de boba que debía poner al pensar en aquellas dos maravillosas palabras. Y con el biberón ya preparado, se giró para salir de la cocina cuando éste casi se le cae de las manos... Abrió los ojos sorprendida y dibujó una o de admiración con los labios.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma?

El abogado se había quitado la barba e iba perfectamente afeitado. Naira continuó paralizada durante unos segundos más. Los párpados se le endurecieron y era incapaz de moverlos. No supo qué decir. No entendía qué la perturbaba. ¿O tal vez sí? Sí, no quería reconocerlo pero sí, sabía perfectamente qué la perturbaba. Mierda. Aquello no se lo esperaba ella. Y para colmo, el dichoso abogado engreído sonrió al ver su aturdimiento, como

si supiera qué la había sonrojado. “¡Maldito Víctor, Héctor o como quiera que se llame!”

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente... —y subiendo las escaleras de dos en dos, intentando borrar de su mente ese momento de estupidez, continuó murmurando—. Olvídate...

—Buenos días para ti también —ironizó Héctor con una sonrisa en los labios.

Y así de sonriente y feliz empezó aquel día. Héctor fue hasta la agencia para entregarle a Natalia la documentación de la adopción de Irina y explicarles a ella y a Andrés cómo había trascendido todo. Luego pasó por el supermercado para saludar a Rita y comprar algunos alimentos. La mujer, gratamente sorprendida por su cambio de look, le confesó que afeitado casi casi llegaba a estar tan atractivo como su hermano, aunque fuera algo difícil de superar. Riendo de nuevo con las locuras de Rita, Héctor volvió a casa dispuesto a prepararse un buen almuerzo. Almorzó solo, como era habitual. Por los restos de envases que había en el cubo de basura, Héctor dedujo que Naira ya había disfrutado de unos de sus succulentos y precocinados manjares. Un par de horas más tarde, mientras revisaba el correo electrónico en el escritorio de su habitación, el rechinar de un mueble arrastrando por el parquet llamó su atención. El ruido provenía de la habitación de Irina. Cuando abrió la puerta se encontró a Naira intentado mover la cuna de la niña, mientras la pequeña la observaba mordisqueando un peluche, tumbada en una manta sobre el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento arrastrar la cuna hasta mi habitación.

—Y de paso destrozar el parquet de la casa, que por cierto, es de alquiler... te lo recuerdo por si esa amnesia extraña que tienes también te hace olvidar esos detalles.

Naira dejó de intentar mover la cuna y le lanzó una mirada de desprecio.

—¿Y si en vez de quedarte ahí mirando y criticando me ayudas?

—¿Y si la dejas donde está?

—¿Y si me olvidas?

—¿Y si... —Pero Héctor no pudo continuar, porque Irina arrancó a llorar desconsoladamente.

—Imbécil ¿mira lo que has conseguido? —Tomando a la niña en brazos, Naira intentó calmarla.

—¿Yo? Si no jugaras a las mudanzas y dejaras de hacer tanto ruido, todos estaríamos más tranquilos... —Otra vez lo había logrado, de nuevo Naira le sacaba de quicio en décimas de segundo.

Ambos salieron de la habitación apresuradamente para volver a la suya propia. Naira logró tranquilizar a Irina y, mientras él se cambiaba de ropa para salir a correr con Gonzalo, ella hizo lo que era habitual después de una discusión. La canción de Abril volvió a sonar con el volumen suficiente para que él la pudiera oír y con la puerta bien abierta. Héctor, fuera de sí, salió de la casa dando un portazo. Una vez más...

—

Para ser finales de febrero, aquel sábado amaneció cálido y soleado. Raúl y Laura llegaron los primeros. Iban a conocer a su sobrina y querían aprovechar el día al máximo. Héctor arqueó una ceja al oírles mencionar esa palabra. ¿Sobrina? No es que le molestara, pero sabiendo que aquella relación tenía los días contados ¿por qué su hermano y su cuñada se tomaban tantas molestias? ¿Acaso ellos pretendían continuar visitándolas después de que él volviera a la ciudad? Tampoco podría impedirselo. Si Naira lo aceptaba ¿quién era él para oponerse? Además, tal vez él en unos meses acababa ingresando en prisión, así que lo que ellos hicieran o dejaran de hacer en su ausencia era problema de ellos.

Con Alicia, Iván y Pablo llegaron los gritos, los abrazos, los besos empalagosos, las presentaciones entre primos... ¿Primos? Claro, su sobrino también tenía premio... una prima. Con la que, por cierto, no tardó en congeniar. Parecía que hablaran el mismo idioma. Irina balbuceaba y sonreía como si entablara conversación y Pablo, con su lengua de trapo, le respondía

entusiasmado. Las reuniones familiares ya no iban a ser como antes.

Naira contemplaba con inmensa admiración y envidia sana lo que sucedía a su alrededor. Ella no tenía hermanos. La relación con su madre había sido nefasta y, a parte de su padre y su tío que vivía en Londres, las cuidadoras de su infancia habían sido su única familia. Y ante sus ojos tenía ahora a una familia unida.

Raúl y Laura eran tremendamente encantadores. Conversaban con ella con total normalidad, como si la conocieran desde hacía años. La relación entre ambos era deliciosa y era evidente que se amaban hasta desbordar el vaso. Lo de ellos era pasión al cien por cien. Algo que sorprendió a Naira fue el vínculo entrañable que unía a Laura con el abogado engreído. Se miraban y se guiñaban el ojo como si leyeran en sus pupilas. Expresión que les había oído comentar mientras preparaban la mesa y que ella no había logrado comprender. Sin embargo, entre los dos hermanos existía un peculiar rifirrafe: codazos cuando pasaba uno al lado del otro, ojos entreabiertos cuando se susurraban al oído, las cejas alzadas del abogado, los insultos de Raúl y las risas cómplices de ambos. Pero, sobre todas esas cosas, entre ellos existía un respeto y un cariño exquisito. No podía decir lo mismo de la relación entre el abogado y su cuñado Iván. Naira detectó cierto resquemor. Hablaban y reían los chistes del otro pero faltaba algo más. Alicia, la hermana mayor, era la que parecía llevar la voz cantante. Cuando ella hablaba, todos escuchaban, cuando ella daba instrucciones, todos las acataban y cuando ella pedía ayuda, todos se ofrecían. Sobre todo Héctor. Aunque no percibió la misma conexión que era evidente entre los dos hermanos varones, algo especial les unía. Naira sabía que la madre del abogado había muerto cuando ellos aún eran niños y tal vez fuera ese el motivo por el cual Alicia y Héctor asumían el papel de madre y padre cuando se reunían.

Aprovecharon el buen día para hacer brasas y cocinar carne en la barbacoa del exterior, comieron en la cocina y acabaron tomando café en el salón.

Aunque Héctor se había mostrado distendido y cómodo, continuaba respondiendo a las miradas de Naira con recelo. Se mantuvieron alejados en todo momento. Él en las brasas mientras ella conversaba con Laura en el porche, ella hablando con Raúl en la cocina mientras él, al otro extremo, se divertía con Alicia y su sobrino y cada uno sentado en un sofá distinto

mientras tomaban el café. Un matrimonio con todas las sílabas.

Habían acabado de degustar unas galletas deliciosas, receta de Alicia, cuando Héctor y Naira coincidieron en la cocina recogiendo platos y cubiertos. Los niños jugueteaban en una manta, entre los dos sofás del salón y los hermanos y cuñados del abogado continuaban riendo y bromeando. Naira, que no había cesado de observarles, se acercó a Héctor.

—Tus hermanos son geniales. Tienes mucha suerte —su voz dulce y conciliadora sorprendió a Héctor.

—Sí, lo son... No me puedo quejar —él sin embargo prefirió mantener un tono neutro.

—Y tus cuñados también son maravillosos...

—Sí, mis hermanos tuvieron más suerte que yo en el matrimonio.

Naira, que guardaba en ese instante unos platos en el lavavajillas, cerró la puerta del electrodoméstico de un golpe.

—Imbécil... —gruñó entre dientes.

Se dio media vuelta y, después de comprobar que Irina estaba bien acompañada, subió las escaleras como una fiera herida. Héctor se quedó estupefacto. La siguió con la mirada sin comprender qué era lo que le sucedía a aquella mujer. Para una vez que estaban empezando una conversación de la forma más pacífica, esa loca, experta en sacarle de quicio, se iba corriendo como poseída por el demonio. ¿Será producto de esa extraña amnesia? ¿Era bipolar? ¿Algún tipo de locura transitoria?... Sí, sin lugar a dudas, debía tratarse de un trastorno psicológico sin diagnosticar.

—¿Qué le has hecho a Naira? Parecía enfadada —preguntó Alicia.

—No tengo la menor idea... —respondió Héctor mientras volvía al sofá.

—Algo le tienes que haber dicho para que se pusiera así...—insistió Raúl.

—Estábamos hablando tranquilamente. Joder, si creo que es la primera vez que entablábamos conversación sin reprocharnos nada.

—Pero con lo dulce que es Naira... No lo entiendo, Héctor —intervino Laura.

—¿Dulce? ¿Dulce? ¿Estáis seguros? —Héctor se sorprendió al ver que todos

asentían—. ¿Queréis saber cuánta dulzura tiene Naira? En unos segundos lo vais a averiguar por vosotros mismos.

Los demás no comprendían nada, pero permanecieron callados al ver cómo Héctor se llevaba el dedo índice a los labios pidiéndoles silencio. Hasta que, efectivamente, unos segundos después, la canción de Abril empezó a sonar.

—Esta es la dulce Naira... Aquí la tenéis... Y ahora ¿Qué me decís? ¿Sigue siendo encantadora?

—¿Te pone esta canción cada vez que se enfada contigo?

—Voilà...

—¿Pero algo le tienes que haber dicho que la molestará?

—Pues me ha comentado que tenía unos hermanos maravillosos... Y luego ha añadido que mis cuñados también eran geniales. Y entonces le he dicho que vosotros habíais tenido más suerte que yo en el matrimonio. Y ya veis cómo se ha puesto... Me odia, está claro, sigue culpándome por lo del divorcio de su marido. Es la única explicación que le encuentro a todo esto.

—Héctor, ¿ella sabe que tú ya estuviste casado? —Laura, con una tímida sonrisa, empezó a intuir lo que allí sucedía.

—Pues claro que lo sabe... ¿Por qué si no me hace esto? ¿No veis que pone esa música para irritarme?

—Es verdad... Naira puede haber pensado que hablabas de ella, de tu matrimonio con ella... —Alicia, que ya había mirado fijamente a Laura, creyó descifrar también aquel enigma.

—Yo no hablaba de ella, joder, y lo debería saber.

—¿Estás seguro? —insistió Laura.

—¡Qué pesaditas estáis! ¡Cómo no lo va a saber si es periodista! Escribía en un importante periódico sobre cine, música, moda... ¡Es imposible que no lo sepa!

—¡La periodista! —Alicia se levantó sobresaltada—. Ya sé dónde había visto yo antes a Naira.

—¿No era paciente tuya? —preguntó Iván.

—No... —Alicia empezó a reír a carcajadas, tomó a Irina en brazos y mientras subía las escaleras se dirigió a su marido—. Cariño, dame cinco minutos y nos vamos.

—Sí, no tardes, nos tenemos que ir ya.

Y mientras los demás recogían sus cosas, Alicia golpeaba con delicadeza la puerta de la habitación de Naira.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pasa, pasa...

Naira estaba tumbada en su cama. Había descubierto que cuando algo la entristecía o la alteraba, como las discusiones con el abogado engreído, escuchar la canción de Abril estirada en su cama era la mejor forma de encontrar sosiego.

—Perdonadme, necesitaba subir un momento... —se excusó estirando los brazos para coger a su hija.

—Tranquila, no pasa nada... —Alicia le señaló el equipo de música—. ¿Te gusta esta cantante?

—Sí... ¿a ti no? Porque parece que tu hermano la odie...

Alicia sonrió.

—Naira, tú no lo recordarás, pero tú y yo nos hemos visto antes, en Barcelona.

—¿Sí?

—¿Tú le hiciste una entrevista a esta cantante en el Hotel Queen?

—Sí... ¿cómo lo sabes?

—¿Recuerdas que cuando tú salías había una mujer con un carrito de bebé en la puerta de la suite?

—Sí, era una amiga de Abril.

—Era yo.

—¿Tú? —Naira abrió los ojos estupefacta—. ¿Eres amiga de Abril?

—Naira, no tienes ni idea... —afirmó Alicia sonriente.

—¿Ni idea de qué?

—¿Sabías que mi hermano ya estuvo casado?

—¿Hablas de Héctor?

—Sí...



—Pues, pues... no, no tenía ni idea —Aquello sí era toda una sorpresa, ¿el abogado engreído casado? nunca lo hubiese creído.

—Naira, nos vamos a ir ya... Pero te recomiendo algo. Busca en internet. Héctor Soriano. Te ayudará a comprender algunas cosas.

Y mientras Alicia se despedía, Naira la miró atónita. ¿A qué se refería con lo de buscar en internet? ¿El abogado casado? ¿Qué tenía que ver eso con la entrevista a Abril? ¿Qué era lo que ella debía comprender?

Con la niña en brazos, cogió el portátil y se tumbó en la cama. Y mientras con una mano sujetaba un juguete para entretener a su hija, Naira tecleó “Héctor Soriano” en el buscador.

Héctor Soriano Perfiles Facebook... “Nada”, se dijo.

Héctor Soriano Linkedin... “Nada”, repitió

Héctor Soriano...”bla bla bla”... Bufete Abogados...”bla bla bla” “El bufete donde trabajaba”, dedujo.

La cantante Abril y Héctor Soriano... “¿Cómo...?”. Abrió los ojos sorprendida y clicó en el enlace que le llevó a la web de una revista del corazón.

“Julio 2013. La cantante Abril y Héctor Soriano se divorcian después de cuatro años de matrimonio. La cantante no ha querido presentarse ante los medios para dar explicaciones de la rotura aunque fuentes cercanas a la pareja aseguran que la estrecha relación de Abril con su representante puede haber sido la causa de la separación. La gira por Latinoamérica había distanciado a la pareja durante meses y hacía tiempo que no se les veía en lugares públicos. A pesar de que la cantante había desmentido en numerosas ocasiones una relación sentimental con su representante, estos dos habían sido fotografiados cenando a solas y en actitud cariñosa en uno de los restaurantes más selectos de Buenos Aires. Héctor no ha querido atender a la prensa del corazón y su abogado ha solicitado que sea respetada su intimidad y la de su familia...”

Naira ya no pudo seguir leyendo y cerró el portátil. Alicia tenía razón. Ahora lo comprendía todo. Ahora entendía el porqué de su mal humor cuando ella escuchaba aquella canción. Pero... ¿Por qué no se lo dijo?... ¿Decírselo? Ellos nunca habían hablado. Nunca habían entablado una conversación

normal y pacífica. Recordó aquel encuentro en el bar hacía más de año y medio. Fueron apenas diez minutos durante los cuales él le explicó la enfermedad de su padre y algunos detalles de su familia... También rememoró el día que se encontraron en la agencia de adopción y cómo ella había salido corriendo, despavorida y enojada. A pesar de todo, él la buscó y le ofreció su ayuda. ¡Maldita sea! Y lo único que sabía de Héctor era lo que él le quiso explicar en aquella nota que preparó para la entrevista con la psicóloga.

Nunca hubiese imaginado que había estado casado. Nunca. Ni que muy probablemente había sufrido el mismo dolor que ella estaba padeciendo. Pero, es que... parecía tan engreído, tan insolente, tan insensible... le juzgó, fue una estúpida y le juzgó. Y ahora ¿qué debía pensar él de ella? Desde que se habían encontrado de nuevo, ella siempre se había mostrado fría y despectiva con él. Le había culpado de aquellas fotos a pesar de estar convencida de que él también había sido utilizado por Er... por su ma... por aquel cabrón. Debía hablar con Héctor. Debía hacerle comprender que ella no escuchaba esa canción para herirle. Debía saber que ella desconocía lo de Abril... Aunque, en realidad, lo desconocía todo de él.

Se levantó rápidamente y paró el equipo de música.

## CAPÍTULO 17

Cuando Naira salió de su habitación, bajó al salón y se lo encontró vacío. Héctor había recogido los vasos del café y la cocina estaba limpia. Ya era tarde. Debía bañar a la niña antes de darle su último biberón y acostarla. Iba a subir de vuelta a la habitación con Irina en brazos cuando vio bajar a Héctor vestido con ropa de deporte.

—Héctor... —él la miró asombrado y enfadado a la vez.

—¡Vaya! Parece que vas recordando mi nombre. ¿Estás tomando alguna medicación para esa amnesia extraña?

—Héctor... Tenemos que hablar... —él no quiso dejarse embaucar por esa mirada suplicante y siguió andando hacia la puerta.

—Ahora no puedo, me esperan.

—¿Y luego?

—No sé... —susurró mientras salía al exterior, sin apenas dirigirle la mirada.

Cabizbaja, Naira bañó a la niña, le dio su biberón con cereales, la acostó y esperó a Héctor sentada en los escalones. Cuando él regresó, se sorprendió al encontrarla en la entrada. ¿Había estado esperándole todo el rato ahí?

—Héctor, por favor, tengo que hablar contigo —Naira se levantó rápidamente.

—Tengo que ducharme... —respondió mientras subía las escaleras.

Naira no estaba dispuesta a abdicar. Debía hablar con él sí o sí. Solucionar ese mal entendido lo antes posible. Así que se sentó en una de las sillas de la cocina esperando que Héctor se acercara para prepararse la cena. Aunque nunca comían juntos, ella conocía perfectamente sus horarios.

Unos minutos más tarde, él apareció en el salón. Por un instante no supo si sentirse acosado o alagado por tanta insistencia. Ya no sabía cómo interpretar las reacciones de Naira y no le apetecía otro enfrentamiento verbal. Estaba tentado a dar media vuelta y encerrarse en su habitación, pero la miró de espaldas, allí sentada, apoyando los codos en la mesa y dando golpecitos con los dedos. Algo la preocupaba y él, llegados a ese punto, era incapaz de

negarle nada.

Se acercó a la cocina y empezó a calentar algo de pasta, mientras Naira le seguía con la mirada.

—Tú dirás... —Cuanto antes empezara lo que fuera que iba a suceder, mejor...

—Héctor, yo no sabía lo de Abril...

—¡Va, por favor! ¿Cómo puedes decir eso? —lo que le faltaba por oír.

—Héctor, que no, que no lo sabía... de verdad.

—Pero si eres periodista...

—Sí, pero nunca he trabajado para una revista del corazón y aunque he escrito sobre músicos y cantantes, siempre intenté no inmiscuirme en sus vidas privadas. Sabía que ella había estado casada, pero no sabía que fueras tú.

Héctor apagó el fuego de la encimera, coló la pasta y la depositó en un bol. Naira se había quedado en silencio, esperando algún comentario por su parte pero, ante el mutismo del abogado, ella decidió continuar.

—¿Recuerdas aquella mañana que nos vimos en el ascensor y te expliqué que era un día especial, que iba a cumplir con uno de mis sueños profesionales? Creo que fue el mismo día que te golpeé en el hombro. Tú me contaste algo de que te habías caído por las escaleras...

De espaldas a ella, Héctor ocultó su sonrisa. ¡Por supuesto que recordaba aquel instante!

—Aquella misma tarde entrevisté a Abril. Ella me regaló el CD de su último disco y hace unos meses lo encontré. No entendí por qué reaccionaste así cuando irrumpiste en mi habitación, cuál era el motivo de tus gritos... pensé que te habías enfadado por las plantas que estropeé o porque no te gustaba la música... Es verdad que nunca escuchas la radio, ahora que lo pienso...

Una vez mezclada la pasta con tomates troceados, zanahoria rallada, tacos de queso, orégano, aceite y una pizca de sal, Héctor cogió un plato y un tenedor, los depositó sobre la mesa, colocó el bol a un lado y se sentó frente a Naira. Ella no podía desviar la mirada del contenido del bol. Tragó la saliva

provocada por aquella maravillosa visión, inspiró profundamente para alimentar sus sentidos con aquel agradable olor y se llevó una mano a la barriga al percibir el rugido de sus tripas.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó después de volver a tragar saliva.

—Mmmm... —murmuró él mientras se llevaba unos trozos de pasta a la boca.

—Yo no pretendía herirte... —Naira estaba perdiendo el hilo de la conversación. Verle devorar aquel succulento plato sin haber probado bocado le estaba debilitando el cerebro—. Yo...

O comía algo o aquella disculpa no iba a acabar nunca. Así que se levantó en busca de su caja de cereales y un cartón de leche.

—¿Qué haces? —La voz de Héctor la sorprendió cuando abría la nevera.

—Pues prepararme algo para cenar.

—Guarda eso...

—¿Y no ceno? ¿Me quieres castigar sin cenar? —se quejó ella con tono lastimero.

Afortunadamente para Héctor, Naira estaba de espaldas y no le vio sonreír.

—Naira, siéntate... —le ordenó él.

—Pero, tengo hambre y... —no pudo continuar hablando. Héctor se había levantado a coger un plato y un tenedor y le estaba sirviendo una buena ración de aquella exquisitez.

—Por una vez, cena algo decente.

No tardó ni dos segundos en volver al asiento y empezar a masticar. Ya continuaría más tarde con sus disculpas, era momento de disfrutar.

—Mmmm... esto... mmmm... está... mmmm... buenísimo.

—Entonces... —Héctor se echó hacia atrás y se recostó en el respaldo de la silla – Si dejas de poner esa música, ¿puedo dejar yo de comer plátano?

—¿Plátano? —Naira tragó la pasta que masticaba en la boca y le miró con los ojos bien abiertos—. ¿Acaso sabías que los odio?

—Sí, lo sabía... Pero, ¿quieres conocer un secreto que te sorprenderá todavía más? —Naira asintió expectante mientras él se inclinó hacia ella—. Yo

también odio el plátano.

Incapaz de evitar las carcajadas, Naira empezó a reír con la boca llena. Se la tapó rápidamente con las manos para no dejar escapar ni un miligramo de pasta. Héctor la miraba sonriente.

—¿Y te los estabas comiendo para fastidiarme?

—Sí. No sabes lo mal que lo he llegado a pasar. ¡La de plátanos que he tirado en los contenedores de basura de la plaza cuando salía a correr! Rita me vio una vez y me estuvo regañando varios días. Ya sabes cómo es...

—Sí, seguro que te explicó lo saludables que son y la de energía que aportan... ¡Y tú tirándolos!

Héctor asintió mientras la contemplaba. Sonriente, con la boca llena y los ojos más vivos que nunca.

—Gracias Héctor.

—Nada, tranquila, había calentado pasta de más...

—No, no es por la cena —Naira hizo una pausa para masticar y una vez tuvo la boca vacía y el estómago satisfecho, se limpió con una servilleta —. Gracias por todo.

Él sintió como si acabara de liberar un pesado lastre. Había deseado oír esas palabras muchas veces pero en ese momento no supo cómo reaccionar.

—Gracias por ayudarme con la adopción. Si no fuera por ti, Irina no estaría aquí, en su cunita durmiendo, y yo no sería la madre más feliz del Universo. Gracias por ir a buscarme aquel día, por hacerme esa loca propuesta, por dejar que viviera aquí, por soportar mi mal humor, mis insultos... Bueno, muchos imbéciles te los has ganado a pulso... —él sonrió—. Y que conste que no pienso dejar de llamarte imbécil si la ocasión lo merece.

—No, por favor, no dejes de hacerlo... canija.

—Gracias, de verdad. Hace tiempo que debí darte las gracias. Lo siento. Te prejujuqué, te metí en el mismo saco de los hombres infieles, insensibles y...

—el recuerdo de Ernesto no le permitió continuar.

—Naira... tuviste mala suerte con aquel cabrón, pero no todos los hombres

somos iguales. Tampoco somos todos buenos...

—Lo sé... pero, es todo tan difícil...

—Te entiendo, créeme.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes olvidar? Siento que aún le quiero, que todavía amo con locura al Ernesto del que me enamoré, el que vivió conmigo todos esos años, el que me decía que me quería... ¿Cómo me lo quito de la cabeza?

—Tiempo, tiempo y tiempo. Yo utilicé el alcohol también, pero no te lo aconsejo.

—Yo lo intenté y creo que no resultó, no recuerdo muy bien qué pasó aquella noche...

—A parte de subirte a la tumbona de pie, desentonar la canción de Celine Dion y llamarme iceberg, no pasó nada importante —Héctor sonrió al ver la cara de desconcierto de Naira.

—Pensarás que soy un desastre... —se puso las dos manos en la cara.

—¿Te puedo hacer una pregunta que me ronda en la cabeza desde hace más de año y medio?

—Arranca.

—¿Por qué te callaste? ¿Por qué no le dijiste que esas fotos eran falsas? Fue un montaje, se rio en tu cara, todo lo hizo para humillarte... ¿Por qué no luchaste? ¿Por qué no le dijiste que era un cabrón mentiroso?

—Yo, yo... estaba muy mal...

Había transcurrido ya más de año y medio de su divorcio y aún notaba como su corazón se desgarraba al recordar la traición de Ernesto. Inspiró profundamente y buscó los ojos de Héctor. Él asintió con la cabeza para animarla a continuar. No quería forzarla pero supo por sus pupilas que necesitaba contarle.

—Los dos deseábamos tener un hijo y un año después de casarnos, decidimos ir a buscar el ansiado embarazo. Pero los meses fueron pasando y yo no conseguía quedarme embarazada. Empecé a obsesionarme. Desde que conocí a Ernesto mi vida había girado en torno a él. Todo lo que yo hacía era por y para él. Le entregué las acciones de la empresa de mi padre dándole libertad para decidir en ella, confiando plenamente en él. Me vestía como sabía que a

él le gustaban las mujeres: me teñía el pelo de rubio, me ponía tacones, trajecitos estrechos... yo antes no era así. Siempre salía a la calle con unos tejanos, una camiseta sencilla, calzado cómodo y el pelo recogido con una goma. Me convertí en todo lo que yo había odiado de mi madre y de sus amiguitas ricachonas, falsas e interesadas. Y por esa misma obsesión de complacerle, al no conseguir hacer cumplir su sueño de ser padre, me derrumbé. Entré en una depresión que me apartó del trabajo durante unos meses. Fuimos a un ginecólogo amigo suyo y nos hicimos pruebas de fertilidad. El mismo día que yo fui a la entrevista de Abril, Ernesto fue a recoger los resultados. Cuando aquella noche llegué a casa, él me dijo que ya no quería continuar conmigo, que no soportaba más aquella presión. Yo no le iba a dar ese hijo que él tanto deseaba porque según las pruebas yo era estéril. —¡Cabrón...! —murmuró Héctor apretando los dientes.

—Mientras yo lloraba desconsoladamente y le suplicaba que no me dejara, él se fue a nuestra habitación, abrió una maleta y empezó a colocar mi ropa en ella. Yo no podía creerlo, estaba hundida... Le amaba, él lo era todo para mí, no lograba comprender qué había sucedido para que él cambiara de aquella forma. Llamó a un taxi y dos horas después de salir eufórica de aquella entrevista me encontraba en una habitación de hotel, sola, con una maleta en la mano y el corazón hecho añicos —con los dedos se retiró una lágrima que no había podido reprimir.

—Te culpaste...

—Sí, sentí que era yo la que había roto el matrimonio. Yo le había fallado al no poder darle lo que él más deseaba. Y sumida en una terrible depresión acepté que me despidiera de forma procedente porque, según él mismo alegó, yo me había ausentado del trabajo sin justificación. Acepté que mi propia madre me culpara por no cuidar mi matrimonio, por no hacer feliz a mi marido. Y aquel día acepté todas las condiciones del divorcio, dejando que él se quedara con la mitad de la empresa de mi padre y con todo nuestro dinero. Ver aquellas fotos retocadas fue muy duro para mí, pensé que Ernesto se había vuelto loco por mi culpa, yo le había convertido en un ser malvado... no dije nada, yo solo quería salir de allí lo antes posible. Al verte en una de ellas pensé que habías provocado aquel encuentro para que nos fotografieran juntos.

—No, Naira, eso no fue así... Simplemente el detective que Ernesto contrató



nos vio y utilizó la imagen.

—Ahora lo sé... Necesité un tiempo para asumir todo aquello, sobre todo después de lo que sucedió al salir de aquel edificio...

—¿Qué sucedió? —Héctor preguntó sorprendido.

—Tras pasar por las puertas giratorias me encontré con Teresa, una joven que contrató Ernesto para que me sustituyera durante mi enfermedad. Ella se acercó a mí y me pidió perdón. No entendí el porqué de su mirada, de su expresión de culpabilidad, de sus palabras... Pero afortunadamente, una vocecita en mi interior me alertó y sin saber muy bien por qué, crucé la calle y esperé sentada en el bar de enfrente. Unos minutos más tarde, apareció él y vi como la besaba allí mismo, delante de mis narices. Vendí las joyas que Ernesto me había regalado y compré un billete para Londres. Me fui a pasar unos meses con mi tío. Debía huir de allí, de Ernesto, de mi madre, de todo lo que había compartido con él. Supe un par de meses más tarde que Teresa estaba embarazada. Muy posiblemente ya lo estaba antes de divorciarnos. Incluso el muy... ha intentado contactar conmigo para darme la noticia e invitarme a su boda, porque según él, seguimos siendo hermanastros.

—¡Hijo de puta! —Héctor creía que iba a explotar—. ¡No deberías desperdiciar ni una sola lágrima más por ese cabrón! ¡Ni una...!

—Lo sé... —Naira le sonrió—. Se salió con la suya, se quedó con la mitad de la empresa de mi padre, lo sé... pero los buenos momentos a su lado también siguen en la memoria y recordarlos duele. Pero ya no voy a llorar más por él. Ni hablar. Ahora tengo a Irina, mi deseo de ser madre se ha cumplido y mi nueva misión en la vida es cuidar de ella y entregarle todo ese amor que ya no le daré a nadie más.

—¿No te parece increíble todo esto? —Héctor volvió a recostarse en la silla.

—¿A qué te refieres?

—Casi podríamos decir que mientras tú entrevistabas a mi ex mujer, yo me reunía con tu ex marido...

—Y seis meses después tú y yo nos casamos.

—Sí y ¡menudo matrimonio!

—Un desastre de matrimonio.

Los dos se miraron sonrientes.

—Perdóname, he sido demasiado dura contigo.

—Perdóname tú a mí también, escuchar la voz de Abril me hace recordar y hay recuerdos que todavía duelen. Pensé que habías puesto su música para herirme y me enfadé demasiado.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, todavía no... y menos aún con una periodista —sonrió Héctor.

—No te lo preguntaba como periodista...

—Lo sé... —le guiñó un ojo.

—Esta ensalada está buenísima... —dijo Naira mientras volvía a llenar su plato.

—Gracias... Otra pregunta, ¿cómo puede ser que a tu edad no sepas ni hervir pasta?

—La cocina es algo que se me resiste, lo odio... Soy muy despistada y acabo quemándolo todo. Soy un desastre, un verdadero desastre.

—Y con esa actitud seguirás siéndolo... sin duda.

—No es cuestión de actitud, es mi naturaleza.

—Ya... Entonces ¿vas a permitir que tu hija se alimente a base de platos precocinados, vasos de leche con galletas y cereales de chocolate para cenar?

—Héctor alzó la ceja para irritarla. La conocía más de lo que ella podía imaginar.

—No, pues claro que no... —¿Qué estaba insinuando? ¿Que no iba a ser buena madre? Con la Iglesia hemos topado...

—Como es tu naturaleza, no conseguirás cambiar así como así...

—Sí, si me lo propongo sí, soy capaz de ir en contra de la Naturaleza si es necesario.

—Piénsalo... la salud de tu hija está en juego... —¿Cómo estaba disfrutando! Naira parecía una cerilla a punto de prender fuego.

—Pues ya que tú sabes tanto, listillo, me vas a ayudar. Tú me enseñarás a cocinar... —Los ojos encendidos, la cerilla ya estaba ardiendo...

—¿Yo? No sé... Yo respeto mucho la Naturaleza, eso de ir en contra de ella no acaba de convencerme.

—Bueno, siempre podemos seguir compartiendo mi buena música... —Sí, sabía que estaba siendo cruel, pero es que él se lo estaba ganando a pulso—. Y tú puedes seguir comiendo plátano, ahora que sé lo que te gustan, no me

importará.

—Vale... —Héctor sonrió. Sí, se lo tenía merecido, por provocarla... pero es que era tan divertido—. De acuerdo, tú ganas. Te ayudaré.

Y así comenzó un pacto no firmado de amistad entre el abogado engreído y la canija amnésica. Ella dejó de llamarle Víctor o imbécil con asiduidad, solo en los casos necesarios, y él dejó de burlarse de su estatura, sus despistes y su extraña amnesia. Y para sellar aquel pacto, Héctor la sorprendió unos días después con un regalo. Él había vuelto de pescar con Gonzalo y después de ducharse, encontró a Naira sentada en el sofá del salón, con su portátil sobre el regazo. Ya había acostado a Irina y estaba aprovechando esos minutos de tranquilidad para avanzar con la promoción de Vilanen en la web. Se estaba organizando un concurso de pesca para finales de marzo y estaba redactando un artículo para publicar en la web y enviar a algunas de las revistas comarcales de la zona. Cuando Héctor le dejó el regalo sobre el portátil, éste casi se le cae de las rodillas. Era una cajita de cartón pequeña, blanca, envuelta con una cinta roja que acababa anudada en un lazo.

—¿Es... esto qué es? —Estaba aterrada ¿se había vuelto loco el abogado?

—Ábrelo y deja de poner caras raras, canija.

—Serás... —cogió la cajita, dejó el portátil sobre el sofá y alzó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Imbécil?

—Exactamente.

—Va, ábrelo.

¡No se lo podía creer! Si hasta estaba nerviosa. Incluso podría llegar a reconocer que se estaba emocionando. ¿Héctor detallista? ¿Un románticón? No... no podía ser. ¿O tal vez sí? ¿Qué pretendía él con ese regalo? ¿Agasajarla? ¡Por favor! ¡Cómo podía ni tan siquiera pensar algo así! ¿A ella? Ella no era rubia, alta, con cuerpo diez y pestañas infinitas. No es que sus pestañas fueran feas, ni cortas, no estaban mal, tampoco sus ojos, ella sabía que sus ojos eran bonitos, pero no era suficiente para un hombre como él, alto, guapo, buena planta... Aunque... ¿A qué venía aquel regalo? Deshizo el lazo y se dispuso a romper el papel blanco mientras su cabeza no cesaba de discurrir. ¿Qué sería? ¿Una joya? Sí, efectivamente, en lo primero

que una mujer piensa es en una joya, pero eso era imposible... ¿Y si era una joya? ¿Qué iba a hacer? ¿La aceptaría? “¡Por Dios! ¡Qué nervios!”

—¿Vas a abrirlo ya? Mira que las mujeres le dais vueltas a las cosas. Rompe de una vez el papel... Ya se lo dije a Rita, que no lo envolviera así, que te ibas a asustar... pero ya sabes cómo es la gallega, cuando algo le entra en la cabeza...

“¡Qué alivio! Si lo ha comprado en la tienda de Rita no es una joya. ¡Menos mal!” Aunque, no le hubiese desagradado el detalle. Vendió todas las que tenía, no solo las que le regaló Ernesto, y no tenía ni una simple pulserilla para ponerse. Tampoco es que le importara. Ella no era mujer de joyas y ahora menos... Había vuelto a ser la Naira de antes, ropa cómoda, color de pelo natural, maquillaje cero y complementos los justos. Pero sí es verdad que le hubiese gustado una pulserilla sencilla, de plata, bonita...

—Naira, ábrelo ya de una vez que tengo hambre.

“¡Hombres! ¡Solo piensan en el sexo y en comer!” Para no escucharle más refunfuñar, acabó de deshacer el papel blanco para encontrarse con una cajita de cartón. La abrió y no supo qué era el contenido. ¿Qué le había regalado aquel imbécil?

—¿Es un huevo de acero inoxidable? —preguntó sorprendida cuando se lo colocó sobre la palma de la mano.

—No... —Héctor la sujetó de los hombros para levantarla y le dio un giro de 180 grados para dirigirla hacia la cocina—. Se llama temporizador de cocina y sirve para contar los minutos. Este huevo mágico te avisará en qué momento debes apagar el fuego. Así evitaremos que se te queme el arroz que vas a hervir ahora mismo.

—Serás imbécil...

—Y tú una desagradecida.

Héctor se rio a sus espaldas. Seguro que primero se había asustado al pensar que podía ser una joya y luego se ha sentido decepcionada al comprobar que no lo era. ¡Mujeres! Pero él estaba actuando así por una razón, había prometido que la ayudaría, así que en ese mismo instante iba a asumir el papel de profesor exigente y ella iba a tener que acatar órdenes. Y, de paso,

prepararle la cena.

—En los envases de arroz o pasta encontrarás los tiempos de cocción y las cantidades recomendadas por persona. Aquí, en este armario, hay una balanza. Pesas la cantidad que vas a cocer y la apartas a un lado esperando a que el agua esté hirviendo —Naira iba siguiendo sus instrucciones.

—¿Y cuánto tiempo tengo que esperar hasta que el agua hierva, chef? —preguntó ella mientras intentaba volver al salón.

—Regla número uno... —Héctor la sujetó del brazo y la obligó a permanecer en la cocina—. Mientras estés cocinando, especialmente si tienes algo en el fuego, no debes abandonar la cocina. Nunca. Así que te quedarás aquí quietecita esperando.

—Sí...

—Sí, ¿qué?

—Sí, chef.

El concurso de Pesca de río de Vilanén fue todo un éxito. Aquel fin de semana las calles estaban repletas de coches. Los hostales y casas rurales del municipio habían colgado el cartel de completo y los restaurantes del pueblo necesitaron contratar camareros nuevos para servir a tiempo todas las mesas.

Héctor y Gonzalo, junto con Ignacio, Luis y Adolfo, acudieron al evento a primera hora de la mañana para ayudar con los preparativos. Antonio, el alcalde, ya estaba allí. Entre todos instalaron pancartas, marcaron la zona que debían respetar los participantes y colocaron mesas y sillas de picnic para los familiares y vecinos del pueblo. Esteban montó una pequeña barra donde se servirían bebidas y algunas tapas. Héctor le estuvo echando una mano hasta que vio aparecer a Rita y Brenda.

Esta corrió a saludarle con los brazos abiertos.

—Bicho malo, me alegra que estés aquí... ¿qué tal han ido los exámenes?

—Bien, todo aprobado.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Ya te lo dije yo.

Naira acudió algo más tarde empujando el carrito de Irina. Mientras bajaba el camino empedrado que llevaba al río pudo distinguir a Héctor sirviendo unas

bebidas detrás de la barra, junto a Esteban. Y frente a él reconoció a Brenda y a Rita que se reían por algo que Héctor les estaba explicando. Por un instante dudó en acercarse hasta ellos. No estaba del todo convencida de la relación que mantenía él con la chica de los pelos verdes, que, por cierto, ya casi habían perdido ese color peculiar. Pero, a pesar de la indecisión, se dirigió hacia la barra. De todas formas, si Rita la veía iba a estar haciendo aspavientos con los brazos hasta llamar su atención. ¡Como para pasar desapercibida!

Brenda, que aún no había conocido a Irina, se llevó las manos a la boca asombrada, dio unos pasos y se arrodilló para estar a la altura de la niña.

—¡Qué preciosidad! ¡Hola guapa! Ohhh... pero qué cosita más linda...

Naira sonrió viéndola jugar con la niña. Al parecer a Brenda le gustaban los bebés.

—¿Puedo cogerla?

—Sí, por supuesto.

Y mientras Brenda y Rita tomaban en brazos a la niña y se entretenían con ella, Naira miró a Héctor. Éste no había dejado de sonreírle desde que la viera acercarse entre la gente. “¡Maldita sonrisa!”

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él.

—No, gracias. Voy a dar un paseo por aquí a preguntar a algunos de los concursantes. También he traído la cámara. Haré fotos para un artículo.

—Pues ve, tranquila interrumpió Rita—. Nosotras cuidaremos de Irina.

Héctor la vio alejarse. Había elegido para ese día de campo unos tejanos desteñidos, un suéter anaranjado y botas altas. Naira al cien por cien, fresca, risueña, la chica despistada y natural que le hacía sonreír con solo contemplarla. Aquel día se había recogido el pelo con una goma y algunos mechones le acariciaban las mejillas. Le había crecido la melena y ya era la segunda vez que se lo recogía. La primera había sido unos días antes, cuando entre los dos se obligaron a preparar una papilla de frutas para Irina. Se taparon la nariz con una pinza en el momento de incorporar el plátano y no se la quitaron hasta que la niña se comió todo el plato. Sonrió al recordarlo. La relación entre ambos había dado un giro sorprendente. Bromeaban, discutían,

compartían las preocupaciones o anécdotas de sus respectivos trabajos y pasaban horas delante de la pantalla. Naira recuperó su afición al cine y cada noche escogían una película de su colección para verla juntos.

Continuó siguiéndola con la mirada. Naira ya se había acercado a la zona de pesca. La vio hablar con uno de los participantes y escribir en su libreta de notas. Poco después se fue adentrando más en el río. Para poder hacer fotos se estaba subiendo a algunas rocas. Conociendo lo patosa que podía llegar a ser, Héctor empezó a preocuparse. Era tozuda como una mula. Para conseguir un buen plano estaba dispuesta a acabar mojada de pies a cabeza.

—Huston llamando a Héctor, Huston llamando a Héctor... —Brenda bromeó al ver que no apartaba la mirada de Naira.

—Se va a resbalar... —murmuró él.

—Tranquilo, ella ya sabe lo que hace.

—Se va a caer...

Naira amaba su profesión. Desde bien pequeña le había fascinado leer, adentrarse en las historias, los personajes, saber más de todos ellos... y el periodismo fue la forma de satisfacer su ansia de conocer y a la vez de disfrutar transmitiendo sus experiencias y pensamientos. Y después de abandonar el periódico, por fin había vuelto a sentir ese gusanillo en el estómago. El gusanillo del curioso, del investigador, de quien busca una noticia, una historia tras cualquier personaje o cualquier imagen. Y en aquel instante estaba enmarcando un plano maravilloso. Los rayos de sol atravesaban los álamos que rodeaban el río y se fundían con el agua cristalina formando un hermoso arco iris. Los hilos de las cañas de pescar bailaban con la brisa fresca y húmeda. Y los pescadores, impasibles, parecían figuras de barro y algas moldeadas por el río. Increíble. Uno de los participantes le había explicado que trabajaba de controlador aéreo y que la pesca le había salvado del estrés y la ansiedad que provocaba su profesión. Ahora lo entendía. Aquella imagen transmitía paz. Intentó buscar otro plano para captar más pescadores, cuando al apoyar el pie sobre otra roca, éste se deslizó sobre el moho y en décimas de segundo notó como su cuerpo perdía el equilibrio y caía hacia atrás. Levantó la mano que sujetaba la cámara y cerró los ojos.

—¡Mierda!

El agua estaba helada. Afortunadamente había aterrizado de espaldas sobre un montón de ramas y hojas caídas que amortiguaron el golpe. El jersey empapado, el culo del pantalón también, las piernas apoyadas sobre una roca y la mano alzada para no mojar la cámara. Cuando abrió los ojos, vio la sombra de una cabeza que se acercaba. El reflejo de los rayos de luz no le permitió reconocer a la persona que pasaba sus brazos bajo sus rodillas y sus hombros. Debía ser un hombre fuerte pues la estaba elevando con extraordinaria facilidad. Él avanzó unos pasos hacia la orilla y entonces Naira pudo admirar sus facciones. Nariz recta, barbilla cuadrada, tez morena y ojos grises, intensos y profundos. Atractivo, sosegado, transmitía una seguridad que a ella le impresionó. Caminó hacia la orilla, donde Héctor ya la esperaba.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí... caí sobre unas ramas y no me hice daño —respondió ella mientras su portador la dejaba en el suelo.

Héctor levantó la mirada y sonrió de medio lado, alzando la ceja de la ironía.

—Gonzalo, ¿dejo a mi mujer sola un momento y ya estás intentando ligar con ella?

—Gonzalo... —Naira repitió su nombre en un susurro.

—Tú debes ser Naira, entonces. Un placer conocerte.

Naira no respondió. Parecía haberse fosilizado observando a ese hombre grande y fuerte.

—Bueno, chicos, os dejo. Nos vemos luego —se despidió Gonzalo para volver a entrar en el río.

—¿No conocías a Gonzalo? —preguntó Héctor al ver como Naira se había quedado callada mirándole.

—No. ¿Tú le conoces bien?

—Sí, le conozco bien. Salgo con él a correr o a pescar todos los días ¿Por qué lo preguntas?

—¿Quién es su mujer?

—Está divorciado...



— Entonces ¿no está con nadie?

— No... ¿A qué viene tanto interés por Gonzalo?

— Curiosidad de periodista —sonrió mientras le guiñaba un ojo—. Voy a cambiarme de ropa.

Héctor se quedó pensativo. Observó a Naira que subía por el camino empedrado y luego dirigió la mirada hacia su amigo, mientras éste tiraba de su caña de pescar.

“¿Naira y Gonzalo?”, se preguntó Héctor.

---

Raúl esperaba ansioso la llegada de Fernando, el inspector jefe y su superior. Había intentado hablar con él desde hacía ya semanas, pero éste se había excusado siempre con cualquier pretexto. Pero de aquel día no pasaba. Había preparado y memorizado el discurso millones de veces. Debía explicarle una vez más las mil y una razones por las que necesitaba cambiar de departamento. Desde que entró en el cuerpo de policía, hacía ya seis años, su trabajo había sido lo más importante, después de Laura, por supuesto. Jornadas de quince horas, noches de vigilancia y llamadas a horas intempestivas por las que se había visto obligado a dejar sola a Laura. Una y otra vez. Y aun sabiendo lo mucho que le dolían las ausencias de su marido, ella nunca le había reprochado nada. Nunca. Y estaba cansado de que fuera así. Necesitaba compensar a su mujer por todo su esfuerzo, pasar más tiempo con ella y no solo físicamente, sino que al cien por cien, en cuerpo y alma, sin recordar las macabras escenas que había analizado en la pantalla de su ordenador durante horas: violaciones, malos tratos, pornografía infantil, asesinatos... Casos interminables y tremendamente duros que le oscurecían el carácter. Necesitaba volver a sonreír con su mujer sin sentirse culpable porque otras personas estuvieran sufriendo en ese mismo instante. Besarla y amarla sin que en su mente aparecieran esas mortuorias imágenes. Para disfrutar plenamente de su matrimonio debía cambiar antes de departamento. Sabía que la unidad policial que investiga la corrupción política necesitaba

personas con conocimientos de informática y él era uno de los mejores en ese campo. Y ese era el discurso que tenía preparado para su superior. Ese y las ganas de Laura de tener hijos. Lo habían hablado pocas veces pero él no necesitaba palabras para saber qué era lo que Laura más deseaba. La conocía bien. Sabía que nunca le presionaría, ni le obligaría a dejar la Policía, pero solo debía leer en sus pupilas para comprender lo que ella anhelaba más que nada en el mundo: un hijo de él, de su marido, de los dos. Raúl cerró los ojos e inspiró profundamente. Era un hombre privilegiado. El más afortunado ser humano que jamás habitara la Tierra. Ese era él. Tener un hijo con Laura era un sueño y él necesitaba hacerlo realidad. Ella no lo sabía aún, él no quería que solo con sus intenciones ella albergara demasiadas esperanzas. Antes debía estar seguro. No se lo diría hasta que el cambio de departamento estuviera confirmado.

—Sí, Raúl. Dime qué es lo que necesitas explicarme con tanta urgencia — dijo Fernando entrando en su despacho.

—¿Recuerdas que hablamos de mi traslado hace unas semanas?

—Sí, sí... lo recuerdo. Hablé con el Jefe de la unidad policial anti-corrupción, pero no sé, Raúl, creo que va a ser complicado —respondió su superior recostándose en el respaldo de su silla.

—¿Complicado? Fernando, he oído que necesitan gente con mi experiencia. No entiendo ¿Les entregaste mi solicitud?

—Raúl, estás obsesionado con ese traslado y, la verdad, no lo entiendo. ¿No te gusta tu trabajo actual? Eres el mejor investigador. Gracias a tus conocimientos en informática los casos en los que trabajas acaban siendo un éxito.

—Sabes perfectamente por qué quiero cambiar...

—Sí, ya sé, es duro, pero gracias a ti muchos delincuentes están en prisión.

—Y muchos de ellos ya salieron... ¡Joder, Fernando! ¿Entregaste o no mi solicitud?

—Raúl, tu sitio es este. Te necesitamos aquí, así que no le des más vueltas y regresa a tu puesto.

—No voy a volver a mi puesto porque llevo ya en él más de diez horas. Me voy para casa, pero esto no va a quedar así, no... Hablaré yo directamente con los de anti-corrupción.

—Raúl, no me jodas y olvídate ya de esa estupidez...

—No, Fernando...—Raúl se apoyó en la mesa de su jefe y le miró amenazante—. No me jodas tú a mí. O presentas tú mi solicitud o voy yo directamente. Tú decides.

—Joder... Vale, hablaré con ellos, pero...

—¡Pero nada! —exclamó Raúl alzando la voz y dando un portazo al salir del despacho.

Ya no soportaba más que su jefe le mintiera, que intentara convencerle para continuar investigando para él, desestimando sus necesidades.

Con el ceño fruncido y resoplando por la frustración, Raúl llegó a su casa. Laura estaba preparando la cena en la cocina y como cada vez que se reencontraban, Raúl la abrazó por detrás y depositó un beso suave en su cuello.

—Hola cariño, ¿cómo ha ido el día? —preguntó ella.

—Bueno, los he tenido mejores... —Y aquella vez no era precisamente su trabajo el problema.

—¿Algún caso complicado?

—No demasiado, estamos investigando una serie de robos con el mismo modus operandi. Lo malo es que el de ayer se cobró una víctima —Lo que no le iba a explicar es que la mujer a la que había visto morir más de cincuenta veces analizando la cinta grabada desde la cámara de seguridad estaba embarazada de siete meses.

—¿Y a ti? Hoy tenías una Convención ¿no? ¿Ha ido bien?

—Sí, bien, todo perfecto... Bueno, casi... Blanca se ha puesto de parto justo cuando la Convención estaba empezando y hemos tenido que correr. Inma la ha acompañado al hospital, yo he sustituido a Blanca para atender a los asistentes y Carolina a Inma en recepción. Pero al final todo ha salido bien. Más tarde hemos ido a ver a Blanca que ya había tenido al bebé. ¡Es precioso, Raúl! Cuando regrese a casa tenemos que ir un día a verla. Es un niño y se llama Toni. ¡Es tan guapo!

Después de la discusión que había mantenido con su jefe, hablar de niños

recién nacidos no era precisamente un tema del que le apeteciera conversar.  
—Muy bien, cariño... —Besó a Laura fugazmente en los labios y salió de la  
cocina—. Me voy a la ducha.

## CAPÍTULO 18

Héctor caminaba aturdido. No entendía qué hacía en ese extraño lugar. El suelo era esponjoso y creía estar flotando, como si caminara sobre la Luna. Se agachó para acariciar esa extraña superficie y el calor que desprendía le sorprendió. Era suave, cálida y parecía responder al roce de la palma de su mano como si estuviera viva. Dio unos pasos más hasta divisar una pendiente que se alzaba entre dos precipicios. Se asomó por uno de ellos y pudo admirar hipnotizado una enorme semiesfera cristalina que a su vez contenía otra esfera menor, de un color negro intenso y hermoso. Subió por la ladera para disfrutar mejor de aquel cautivador paisaje. Una vez alcanzó la cima, giró su cuerpo y contempló maravillado el espectáculo. Solo entonces reconoció el brillo de aquellos dos ojos gigantes. Los destellos de luz que irradiaban aquellas pupilas se clavaron en su corazón, colmándole de una sensación de paz infinita. La mullida superficie sobre la que caminaba tembló bajo sus pies y perdió el equilibrio. Cayó lentamente, como una pluma que revolotea en el aire, para acabar deslizándose sobre una manta rosada, rugosa, suave y húmeda. Con las manos acarició aquella calidez que le incitaba a hundirse en su esponjosidad. Eran unos labios carnosos y muy apetecibles. Sintió la impetuosa necesidad de fundirse en ellos y saborearlos hasta saciarse por completo.

—Héctor, Héctor... Despierta.

Abrió los ojos desconcertado. Por un instante deseó cerrarlos de nuevo y continuar con aquel hermoso sueño, pero al sentir la excitación entre sus piernas se asustó. Con disimulo, tomó un cojín y lo situó sobre su abdomen, bajándolo perezosamente hasta cubrir la evidencia de su repentina erección. En el televisor todavía se emitía la película “Cariño, he encogido a los niños” que ambos habían escogido para aquella noche de viernes.

—Héctor, te estaba hablando y te has dormido.

—Mmmmm...

—¿Le has recordado a Gonzalo que venga mañana a comer?

- Sí, ya se lo he dicho.  
—¿A qué hora llegará?  
—Me dijo que a las dos estaba aquí.

Desde que Naira había conocido a Gonzalo en el concurso de pesca, éste había pasado a ser el tema de conversación favorito de Naira. No, para ser más exactos, había pasado a ser el único tema de conversación de la semana. Y esa noche volvió a atacar con el interrogatorio. Que si a qué se dedicaba, cómo se ganaba la vida, si tenía hijos, si sabía por qué se había divorciado, cuáles eran sus aficiones, qué le gustaba comer o qué no, si era muy hablador o, sin embargo, le costaba explicar aspectos íntimos de su vida, qué había estudiado, si se había enamorado más de una vez, si sus padres aún vivían...

Héctor no lograba comprender ese afán tan femenino de conocer todos los pormenores de una persona. ¿Era necesario indagar tanto en la vida de alguien? Él había intentado responder a buena parte de sus preguntas, sin dar demasiados detalles, pero se sorprendió al descubrir que no tenía todas las respuestas. ¿De qué trabajaba? Hasta ese instante no se lo había cuestionado. Estaba convencido de que Gonzalo vivía de la renta y si su amigo no le explicaba lo contrario, él no iba a ser quien le molestara con un interrogatorio al estilo Naira. Conocía bien sus aficiones, muchas de ellas ya las compartían, pero sobre su vida más íntima desconocía muchos detalles, a excepción de la historia de amor de su juventud. Sin embargo, esa falta de información, que para muchas mujeres podía suponer un cataclismo mundial, para él no era motivo de preocupación. Disfrutaba con la compañía de Gonzalo y hablaban de muchos temas sin profundizar demasiado en sus sentimientos. No necesitaba saber más. Para él, era más que suficiente.

Pero para Naira, no. Necesitaba saber más, saberlo todo, completamente todo.

¿A qué venía tanto interés por su amigo? Héctor solo tenía una respuesta posible: a Naira le gustaba Gonzalo. Era unos quince años mayor que ella, pero debía reconocer que era un hombre interesante y ella podía haberse sentido atraída. Alto, fuerte, culto, tranquilo, amable. Cumplía muchas de las cualidades que las mujeres buscan para un compañero de vida. Sí, Gonzalo era el candidato ideal para Naira. Y aunque Héctor fruncía el ceño cada vez que esa idea pasaba por su cabeza, no podía negar que su amigo era la mejor

opción para Naira. Una vez él volviera a Barcelona y desapareciera de sus vidas, ni a ella ni a la niña les iba a faltar nada estando junto a Gonzalo. ¿Un pensamiento demasiado protector? Tal vez sí...

—He pensado que podría preparar pollo con gambas. Es sencillo y la semana pasada me quedó bueno ¿verdad?

—Sí, me parece bien.

Al final iba a conseguir que cocinara incluso mejor que él. Gracias a las indicaciones y la paciencia de Héctor, Naira había apartado sus inseguridades en lo que se refiere a la cocina. Además de preparar los purés para su hija, ya se atrevía a elaborar algunos platos más complicados.

—Me voy a dormir, ya es tarde... —dijo Héctor, mirando su reloj de pulsera y acariciando su rasposa barbilla

—Pero si tan solo son las once y la película no ha acabado.

Aunque la relación entre ambos había mejorado mucho, Naira no lograba comprender algunos hábitos del abogado. Hasta hacía poco creía conocer sus horarios pero últimamente había cambiado algunas costumbres. Entre ellas, irse a dormir más temprano o esa rara manía de afeitarse todas las noches. Había pasado de llevar una barba algo descuidada a afeitarse diariamente y a esas horas. Pero lo que más le extrañaba era su actitud con Irina. Por un lado se negaba en rotundo a ayudarla a desplazar la cama de la niña a su habitación. Y por otro lado, la distancia que mantenía con ella. Nunca la cogía. Casi se podía decir que no la había vuelto a tocar desde que la tuvo en brazos en el avión. Apenas la miraba. En más de una ocasión Irina había estirado sus bracitos para acariciar su rostro, un ademán propio en ella, pero él la esquivaba hábilmente. Alguien que no conociera a Héctor podía pensar que a éste no le gustaban los niños, sin embargo ella sabía que no era así. Adoraba a su sobrino y Pablo adoraba a su tío. Lo tomaba en brazos con ternura, le besaba las mejillas con auténtica devoción, jugaba con él como un niño más... Le costaba comprender cómo Héctor no había sucumbido aún a los encantos de Irina. La niña era cariñosa, sonriente y muy tranquila. Desde que vivía con ellos no habían pasado una sola noche en vela. Dormía hasta diez horas seguidas. No lo entendía. Solo había una posible explicación a su comportamiento: Héctor no quería encariñarse con Irina. Y aunque ambos

habían llegado a un acuerdo y en pocas semanas firmarían el divorcio y le concedería la custodia total de la niña, a Naira le dolía ese rechazo.

Héctor no durmió demasiado bien aquella noche. Después de la excitación provocada por aquel sueño, había tenido que darse una ducha fría antes de acostarse. Y ya era la tercera vez en la última semana que había necesitado refrescar su cuerpo y sus impulsos sexuales con el agua helada. ¿Debía preocuparse? No. El deseo que Naira provocaba en él no era más que el fruto de una mortificante y eterna abstinencia. Una abstinencia que le inducía a soñar con ella, a desear besarla o a desnudarla con la mirada. Y solo podía ser eso, ese fatal ayuno que le hacía anhelar el plato ajeno. Porque Naira no era el tipo de mujer que le atraía. A él le gustaban más las rubias, altas, delgadas y exuberantes. Y Naira era todo lo contrario. No, ella no le atraía. No debía preocuparse. La abstinencia tenía la culpa.

Absorto en esos pensamientos, salió de su habitación. Y cuando levantó la mirada del suelo se le cortó la respiración. Naira salía de su cuarto estirando los brazos, bostezando y con los ojos cerrados. No estaba preparado para ver algo así. Su melena castaña estaba alborotada, un desorden de puntas, rizos suaves y mechones tapándole los ojos. Sus mejillas estaban sonrojadas y pudo apreciar marcas de las sábanas en su piel. Llevaba tan solo una camiseta blanca que le llegaba hasta medio muslo pero al estar estirando los brazos, ésta había subido unos centímetros. Suficientes como para alterar su riego sanguíneo. Continuaba sin poder respirar. Sus ojos se posaron sobre sus pechos. La fina tela de algodón, desgastada por los lavados, dibujaba el perfil de sus pezones. Sus pulmones necesitaban oxígeno pero era incapaz de inspirar. Naira bajó los brazos y la tela de la camiseta se deslizó sobre sus pechos. Héctor tuvo que rozar la palma de sus manos con los pantalones para secar el sudor. Cuando ella abrió los ojos y pestañeó al sonreír, a él se le escapó un gemido casi doloroso.

—Buenos días —susurró ella mientras entraba en la habitación de Irina.

Héctor no respondió. Trazó con la mirada el perfil de su espalda, las nalgas que se agitaban a cada paso y sus pantorrillas firmes. Suspiró y volvió a



entrar en su cuarto, farfullando palabras sin sentido. Entró en el baño, se desnudó y abrió el grifo del agua fría.

—¡Mierda de abstinencia! —murmuró bajo la lluvia helada de la ducha.

A las dos del mediodía Gonzalo llamaba a la puerta. Héctor fue a abrir mientras Naira acababa de dar de comer a Irina. Su amigo llevaba una botella de vino tinto en una mano y una caja con una docena de huevos en la otra. Héctor abrió los ojos sorprendido.

—Rita... Ha insistido en que os los trajera. Dice que son ecológicos.

Héctor sonrió de medio lado y alzó la ceja del sarcasmo. Gonzalo ya conocía aquella expresión y sabía que no traería nada bueno.

—Naira —gritó desde la entrada—, ya ha llegado “el Gonzalo de los huevos”.

El aludido miró al techo como si clamara al cielo. Héctor no tenía remedio.

—Pero, ¿por qué dices eso? —preguntó Naira mientras se adentraban en el salón—. Vale, entiendo... —añadió sonriente cuando Gonzalo le entregó la caja con los huevos y la botella de vino—. Rita, ¿verdad?

—Como lo sabes...

Durante unos minutos permanecieron en el salón explicando anécdotas de Rita, entre risas y carcajadas. Y después de que Naira acostara a su hija, los tres se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Gonzalo y Naira se situaron uno al lado del otro y Héctor frente a Naira, sintiéndose como un jarrón de flores decorando la cocina, muy bonito a la vista pero inservible. Y a medida que pasaban los minutos y Naira volvía a atacar con su interrogatorio, el jarrón que tenía enfrente pasaba a ser no solo inservible, también totalmente invisible. Menos mal que el pollo había quedado bueno y pelar las gambas con cuchillo y tenedor le entretuvo un rato. Gonzalo se lo tendría que agradecer, iba a tener a su lado a una mujer que ya sabía cocinar gracias a él.

Después de pelar cuatro gambas y devorar dos muslos de pollo, Héctor se

recostó en el asiento, simulando que seguía la conversación con interés.

—¿Y dices que estudiaste Económicas?

—Sí, pero no me licencié. En mitad del último curso mi padre sufrió una embolia y tuve que regresar a Vilanén y hacerme cargo yo mismo del negocio familiar.

—Me dijo Héctor que vendiste la empresa.

—Sí, yo nunca quise dedicarme a eso. El mundo de los negocios no es lo mío y la vendí hace casi tres años.

—Pero el negocio era muy rentable, ¿no? ¿Cómo puedes decir que no se te daba bien?

—Bueno, lo hice lo mejor que pude...—Gonzalo sonrió—. Siempre fui buen estudiante, aprendí mucho sobre el mundo de las finanzas, pero no es algo que me apasione.

—Entiendo, no todos podemos decir que disfrutemos con nuestro trabajo.

“Eooo... Yo sí disfruto con mi trabajo, por si os interesa... que ya veo que no, porque ni sabéis que estoy aquí...”, pensó Héctor mientras se cruzaba de brazos.

—¿Y qué haces ahora, además de salir a correr y pescar con Héctor?

“Bueno, bueno... al menos sigue recordando mi nombre”

—Poca cosa más... —Gonzalo parecía eludir la respuesta y Naira no quiso insistir.

—Y ¿cuánto hace que te divorciaste?

“Pregunta número treinta y cuatro. Si sigues así, cariño, conseguirás asustarlo y lo perderás... ¿He dicho cariño?”, Héctor frunció el ceño molesto consigo mismo.

—Unos tres años.

—¿Ella es de Vilanén? ¿La conozco? Tu ex mujer...

—No, no creo. Se fue del pueblo después del divorcio. Carmen nació en

Gerona y regresó a la casa que heredó de sus padres. No nos hemos vuelto a ver desde entonces.

—Y desde que ella se fue ¿no has conocido a nadie? Ya sabes lo que quiero decir...

“Además de cocinar voy a tener que enseñarle cómo seducir a los hombres”

—Sí, te entiendo... —Gonzalo sonrió—. No, estoy muy tranquilo como estoy. Aunque, nunca se sabe...

—¿Te has enamorado alguna vez antes Carmen?

—Naira, eres muy directa. Se nota que eres periodista.

—Ups, perdona. No pretendía molestarte.

—No, tranquila, no me molestan tus preguntas... —Gonzalo le guiñó un ojo.

Naira sonrojada con la mirada fija en Gonzalo, Gonzalo sonriente guiñándole el ojo y el jarrón inservible a punto de estallar. Aquella escena empezaba a ser demasiado íntima y Héctor notaba como se le encendía la piel. Ya no lo soportaba más. Debía salir de allí, así que recogió los platos y cubiertos de la mesa y se volvió hacia el fregadero, de espaldas a ellos. Inspiró y expiró profundamente varias veces, intentando recuperar la serenidad y recordándose a sí mismo que en varias semanas él ya no estaría allí.

—¿Calentamos el chocolate? —Naira le sorprendió por detrás.

Antes de que llegara Gonzalo, entre los dos habían pelado y cortado dos peras, media piña y tres kiwis. Y ahora debían fundir el chocolate para mojar en él las piezas de fruta.

—Ya lo preparo yo... Tú sigue con Gonzalo, pero, Naira... —bajó el tono de voz y se agachó para acercarse a su oreja—. No seas tan directa que le estás asustando.

—Vale, gracias... —Naira le sonrió agradecida y Héctor sintió que estaba a punto de fundirse con el chocolate.

Pocos minutos después volvían a estar los tres sentados alrededor de la mesa, pinchando la fruta con un tenedor y bañándola con el chocolate aún caliente.

—Y ¿estudiaste en Barcelona? —pregunta cuarenta y dos, pensó Héctor.

—Sí.

—Yo también. Por cierto, la facultad de Periodismo está cerca de la de Económicas. Seguro que conociste muchos estudiantes de Periodismo... — insinuó Naira con una sonrisa traviesa.

—Pues sí, conocí una chica. Bueno, en realidad fue un reencuentro porque ella veraneaba aquí cuando éramos unos adolescentes.

Héctor no se lo podía creer. ¿Iba a explicarle la historia? ¿Esa historia que solo él conocía? ¿Así ella pretendía ligar con él? Definitivamente, como periodista Naira era la mejor, pero como “caza maridos” todavía tenía mucho que aprender.

—¿Un amor de verano? —Naira sonrió picarona y le guiñó un ojo.

—Bueno... —Gonzalo se sonrojó y, animado por el mohín divertido de ella, decidió explicar algunos detalles de su historia—. Sí, algo así...

Naira estaba eufórica y Héctor no lograba comprender qué la hacía sonreír de aquella forma. ¿Estaba intentado seducir a un hombre preguntándole por su primer amor? Aquello era un sinsentido. Aunque debía reconocer que pocas veces la había visto así. Sus ojos eran pura pasión, desbordaban entusiasmo a raudales. Naira escuchaba a Gonzalo atenta, apoyando su barbilla en la palma de una mano y el codo en la mesa. Con la otra mano acariciaba uno de sus mechones y Héctor perdió el hilo de la conversación recreándose en ese gesto.

—¿A que sí, Héctor?

—Sí, perdona, no te estaba escuchando... —desvió la mirada para disimular.

—¿No te parece romántico que volvieran a encontrarse en la universidad después de tanto tiempo? —preguntó Naira mientras se llevaba a la boca una pieza de fruta bañada en chocolate.

—Sí, sí... lo es —respondió él bajando la mirada a sus labios.

“¡Mierda!”, pensó Héctor, al ver que en la comisura derecha de sus labios habían quedado restos de chocolate.

Esa imagen le recordó el primer beso que Gonzalo le había dado a aquel amor

de su juventud en la hamburguesería y volvió a sentir que su cuerpo prendía en llamas.

“Y ahora le va a comer los morros delante de mis narices, lo que me faltaba...”

—¿Y te reconoció en ese instante? —preguntó Naira absorta en aquella historia.

—Sí. Yo me quedé paralizado y ella se sonrojó.

Héctor era incapaz de retirar la vista de sus labios carnosos manchados de chocolate. Se relamió los suyos instintivamente y tragó saliva.

“Gonzalo, o te comes tú esa boca o me la como yo... ¡Joder! ¡Mierda de abstinencia!”

—Naira... —Gonzalo, con una servilleta de papel en la mano, la llevó hasta los labios de ella y se los limpió—. Tenías chocolate en la boca.

—¿Café? —interrumpió Héctor levantándose bruscamente de la silla.

—Sí, gracias, y yo luego me iré. He quedado con Luis y Sofía. Necesitan que les ayude con los impuestos de la tienda.

—No, no, Gonzalo... Tú de aquí no te vas hasta que no acabes de explicarme la historia de esa chica —insistió Naira.

—Vale...—Gonzalo sonrió cariñosamente—. Pero en cuando acabe me voy.

Una hora después, Gonzalo se levantó de la silla. Héctor y Naira le acompañaron hasta la puerta y antes de salir ella le abrazó cariñosamente y le dio dos besos en la cara.

—Gracias Gonzalo, gracias.

—Las gracias te las tengo que dar yo a ti, Naira. La comida estaba exquisita, aunque la compañía ha sido lo mejor...

—¡Ah! —Héctor le dio un golpecito en el hombro y le sonrió con maldad—. Y gracias por los huevos.

—Héctoor... —Gonzalo le miró amenazante antes de salir por la puerta.

Y después de un último adiós, Naira entró en el salón, con una gran sonrisa en los labios y dando saltos de alegría.

—Es él, es él, es él... —repetía canturreando mientras se dirigía al sofá.

Héctor hubiese pagado millones por desaparecer en ese instante. Ahora llegaba la parte más dura. La parte en la que ella le confesaba que se había enamorado y en la que él debía simular que aquello no le importaba. Y así debería de ser, no debía importarle, incluso debía alegrarse por ella, pero estaba claro que sí le importaba. Demasiado. Más de lo que él hubiese esperado.

Naira se descalzó, se tumbó en el sofá bocarriba y se llevó un brazo a la cara tapando sus ojos. Y aprovechando que la podía contemplar sin ser visto, Héctor dejó a un lado su lucha interna para volver a perfilar con la mirada su rostro sonrojado, su cuello y sus pechos, que subían y bajaban con cada suspiro que ella emitía. Cerró por un instante los ojos, debía borrar con sus párpados esa imagen tan seductora, pero solo consiguió imaginar el cuerpo desnudo de Naira bajo el suyo, sumergiéndose en su interior.

—Ahora vuelvo... —acertó a decir, mientras subía las escaleras de dos en dos.

Naira estaba feliz, muy feliz. Ahora estaba segura. Era Gonzalo, sus sospechas estaban confirmadas. Era él. Corrió hacia el despacho y buscó entre sus papeles. No había tirado aún ninguna de las revistas de El Halcón. Vació dos cajones, esparciendo todo su interior en el suelo. Ya lo recogería más tarde. Y por fin encontró aquel número. El artículo que buscaba fue publicado el mes de Abril de 2014 y la foto de Vilanén era la portada. Con la revista en la mano volvió al salón y se sentó en el sofá. Quería explicarle a Héctor lo que había descubierto, pero éste había subido a su habitación. El ruido del agua caer por las tuberías le hicieron pensar que debía estar duchándose. Le extrañó, pues creía que ya lo había hecho esa misma mañana, pero, en fin, bien podía tratarse de otra de las rarezas del abogado.

Mientras el agua fría calmaba su libido, Héctor no dejaba de pensar en lo sucedido. Debía acabar de una vez con aquellos absurdos pensamientos.

Dejar de fantasear con Naira y volver a la realidad. En pocos meses regresaría a la ciudad, a sus largas jornadas de trabajo en el bufete, a sus trajes de diseño, a sus fiestas nocturnas, a su vida de soltero. Y Naira continuaría allí, en Vilanén, viviendo con su hija. Y si Gonzalo y Naira comenzaban algo juntos, él debía ser el primero en alegrarse, por ella, por él, por Irina. Así que después de secarse y vestirse con algo cómodo, salió de su habitación, convencido de que debía ayudarla a conseguir el amor de Gonzalo.

Cuando bajó las escaleras, vio a Naira sentada en el sofá con una revista en la mano. Ella, al oírle llegar, le indicó que se acercara.

—Ven... —le pidió sonriente.

Cuando se sentó en el sofá, ella le puso la revista sobre las rodillas. Héctor reconoció al instante la imagen de Vilanén en la portada. Era una fotografía captada desde el mirador.

—Yo trabajaba en esta revista.

—Sí... ya lo sabía, pero... —la miraba confuso.

—Esta es la razón por la que yo vine a este pueblo.

—¿Cómo? No entiendo.

—Sí. Verás, mi compañera escribió este artículo. Ella me había hablado muchas veces de este pueblo. De sus gentes, de sus costumbres, de sus paisajes... Cuando decidí volver a España pensé en buscar un lugar apartado de la ciudad, lejos de personas como Ernesto o mi madre... Y pensé en este pueblo, del que tanto había oído hablar. No está demasiado lejos de Barcelona, pero sí lo suficiente para sentirme a salvo.

—Te entiendo.

—Cuando supe que además había una agencia de adopción, ya no lo dudé más.

—Yo pensé que esa había sido la única razón...

—No... El caso es que Rosa no solo me había hablado de este lugar, también me había hablado de una historia de amor. De un chico del que se enamoró perdidamente y al que no había conseguido olvidar con el paso de los años.

—¿Rosa es quién escribió el artículo?

—Sí, Rosa. ¿Recuerdas que te pedí la tarjeta porque una amiga se divorciaba?

—Sí, tu compañera.

—Rosa, periodista, Vilanén, historia de amor de su juventud, ella se ha divorciado, Gonzalo se ha divorciado... ¿Lo pillas ya?

—Naira, no sé de qué me estás hablando.

—¿Y tú eres abogado?

—¿Por qué no me lo dices claro de una vez?

—Héctor, Rosa es la chica de la que se enamoró Gonzalo. Rosa, mi compañera. Ella veraneaba aquí en Vilanén. Ella estudió Periodismo en la misma universidad. Ella me explicó que allí se reencontró con su amor platónico. Incluso me dijo que habían perdido la virginidad en un mirador. El mirador desde donde ella misma hizo esta foto muchos años después, en un viaje de un día que hizo a Vilanén prácticamente a escondidas porque no soportaba la idea de ver a Gonzalo casado con Carmen.

—Entonces ¿por eso le estabas preguntando tanto sobre su pasado? —tal vez era de egoístas, pero en ese instante se sintió aliviado.

—Sí, no estaba segura de que fuera él. El día del concurso de pesca, cuando le nombraste, recordé su nombre y las veces que Rosa me había dicho que era moreno, alto, fuerte, tranquilo. Intuí que era Gonzalo pero debía estar segura. Por eso te hice tantas preguntas y por eso quise que viniera hoy a comer.

—Por tanto, si Rosa y Gonzalo se han divorciado... —Héctor sonrió feliz por su amigo.

—Y los dos no han olvidado al otro...

—Solo es cuestión de...

—Que se reencuentren... —concluyó ella—. Aunque... hay un problema.

—¿Qué problema?

—Perdí el contacto con Rosa. No sé nada de ella desde que me fui del periódico. No tengo su número de teléfono, ni su nueva dirección.

—Espera, espera... Rosa, tu compañera... Yo hablé con Rosa el día que firmaste el divorcio.

—¿Tú? ¿Hablaste con ella?

—Sí... Después de que se fuera Ernesto fui al periódico para hablar contigo o saber cómo encontrarte y como no estabas pregunté por Rosa. Mi compañero, que llevaba su caso, me dijo su nombre y en qué planta trabajabais... —y sonriente, Héctor se levantó del sofá y empezó a subir las escaleras—. Un



momento, no te muevas, ahora vuelvo.

¿Moverse? ¿Moverse? Imposible. Naira se quedó allí con los ojos abiertos como platos. ¿Héctor la había buscado? ¿Subió aquel mismo día al periódico para saber cómo encontrarla? Aquello no se lo esperaba. ¿Él? ¿El abogado engreído? ¡Cómo se había equivocado con él! Ella convencida de que había jugado con ella, al igual que su ma... que Er... que Ernesto, sí, al igual que el cabrón de Ernesto... y en realidad él la estuvo buscando...

Pocos minutos después, Héctor bajó casi dando saltos y jadeando por la carrera. Naira le esperaba de pie y Héctor se situó delante de ella, sonriente y con las manos atrás.

—Recuerdo que Rosa me explicó que también le habían despedido y que no tenía forma de encontrarte. Yo le prometí que te buscaría y que me pondría en contacto con ella si sabía algo de ti.

—¿Me buscaste?

—Sí, le pedí a Raúl que te investigara... —al ver la expresión de Naira, Héctor dejó de sonreír—. Perdona, tal vez no debí hacerlo. Rosa estaba preocupada y...

—No, tranquilo, lo entiendo...

—Pero aquella misma tarde mi padre murió, el entierro, luego el accidente...

—¿Accidente?

—Sí, bueno, nada... no fue nada —Héctor se echó el pelo hacia atrás nervioso, había estado a punto de hablar más de la cuenta—. Bueno, resumiendo, supe más tarde que te habías ido a Londres, pero olvidé por completo decírselo a Rosa.

—¿Entonces? —Naira seguía sorprendida y esperando entender por qué él parecía tan contento.

—Ella me anotó en un papel su correo electrónico.

Naira abrió los ojos atónita, arrugó levemente la nariz y su barbilla empezó a temblar. Sus pupilas negras se recubrieron de un sutil velo húmedo que les proporcionó un resplandor único. Y durante unos segundos Héctor no supo cómo continuar, perdido en la inmensidad de aquellos ojos.

—¿Y...?

—Sí, sí... —sacó la mano derecha y la abrió—. Aquí está, el correo electrónico de Rosa.

Naira se llevó las manos a la boca y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Tomó el papel entre sus dedos como si se tratara del más preciado de los tesoros y con una mirada cargada de dulzura clavó sus pupilas en las de Héctor. Apenas unos segundos después, Naira se lanzó sobre él colgándose literalmente de su cuello. Héctor no supo cómo responder a aquel abrazo y permaneció quieto, con los brazos pegados a sus costados, consciente de que si la acariciaba iba a desear más. Tan solo se permitió hundir la nariz en su pelo e inspirar su aroma. Un aroma que no iba a olvidar jamás.

—Gracias, gracias... —susurró ella entre sollozos, apoyada en el pecho de Héctor.

Por un instante, se separó de él, se secó las lágrimas con las manos y se acercó de nuevo, poniéndose de puntillas y depositando un beso suave en su mejilla derecha. Luego salió del salón, subiendo las escaleras de dos en dos.

—Voy ahora mismo a escribirle un mensaje.

Y Héctor permaneció durante muchos, muchos segundos allí, de pie, con una absurda sonrisa en la boca, la vista perdida y las mejillas al rojo vivo. Cuando fue capaz de regresar de aquel viaje al paraíso perdido donde los unicornios pasean sobre hermosos arco iris, su expresión cambió. Había vuelto a suceder. Había vuelto a sentir esa excitación que le iba a acarrear una pulmonía en pleno mes de abril. Subió las escaleras apresuradamente, entró en su habitación y mientras se desnudaba en el cuarto de baño, abrió el grifo del agua fría.

—¡Mierda de abstinencia!

Apenas dos horas después, Rosa y Naira ya hablaban por teléfono. Lloraron, gritaron, rieron y sobre todo hablaron y hablaron y hablaron. Un día y otro y otro... sus conversaciones no parecían tener fin. Y aunque a Héctor aquello le parecía demasiado exagerado, ver a Naira tan radiante y sonriente hacía que todo lo demás cobrara sentido. Entre las largas charlas telefónicas con Rosa,

el cuidado de Irina, el trabajo de ambos y sus salidas con Gonzalo a pescar o a correr, pasaron varios días algo distanciados, afortunadamente para Héctor y sus anticuerpos, que ya empezaban a debilitarse con tanta ducha fría. Fue un descanso para sus defensas y para su salud mental, pues durante aquellos días había pasado demasiadas horas analizando cada una de las reacciones de su cuerpo ante Naira.

Ambos decidieron no hablar con Rosa o Gonzalo sobre lo que habían descubierto. Naira le había explicado a su amiga que creía que él ya no vivía en Vilanén, pues después de más de un año allí, no le había conocido. Y de esta manera consiguió convencerla para que dos semanas después les fuera a visitar.

Héctor quedó con Gonzalo a mediodía. Debían encontrarse en uno de los puentes del río. La excusa que utilizó Héctor para justificar aquella cita fue que Naira necesitaba documentarse sobre algunas de las especies de peces que habitaban el río y que mientras hablaban del tema podrían dar un paseo por los alrededores. Después irían a comer a su casa. El plan tramado por Héctor y Naira consistía en que el reencuentro sucediera en el puente.

Naira, sonriente como nunca, esperaba ansiosa la llegada de su amiga. A las diez de la mañana, un coche desconocido aparcaba frente a la casa. Naira no tardó en reconocer al joven conductor.

—¡Jaime...! —salió corriendo hacia el vehículo con los brazos abiertos.

“¿Jaime?”, se preguntó Héctor, observándolos desde la entrada y con la ceja alzada.

Rosa y Naira se fundieron en un abrazo que parecía no acabar nunca. Besos, gritos, saltos, más besos, más abrazos... El tal Jaime con Naira, Naira con Rosa, Naira con el tal Jaime otra vez... Fue tan escandaloso el espectáculo de arrumacos y achuchones que algunos vecinos de la calle sacaron sus sillas al fresco para enterarse bien de lo que allí estaba sucediendo. Héctor fue cambiando de postura varias veces, cansado ya de esperarles de pie y temiendo que llegaran tarde a la cita con Gonzalo. Pero afortunadamente, casi

media hora después del primer abrazo, se dieron el último y caminaron hacia la casa. Antes de entrar, Naira hizo las presentaciones.

—Jaime, él es Héctor, abogado y la persona que me ha ayudado con la adopción de Irina. Héctor, él es Jaime, fotógrafo. Rosa, Jaime y yo hemos trabajado codo con codo durante algunos años.

—Encantado Héctor —saludó el joven fotógrafo.

Jaime parecía tímido, aunque no ocultaba su cariño hacia Naira y a Héctor le gustó. Sí, aunque en un inicio sintió alguna extraña presión en el estómago al presenciar tanto abrazo con Naira, después de saludarle y verle los ojos, supo que ese chiquillo era noble, al igual que la amistad que los unía.

—Y a Rosa ya la conoces...

Rosa, que aún se estaba limpiando las lágrimas de emoción con la manga de su camiseta, se abalanzó sobre Héctor con tal ímpetu que éste casi pierde el equilibrio.

—Gracias, gracias Héctor. Mil gracias...

—Rosa, tranquila, si no hice nada... Debí enviarte un mensaje...

—No, Héctor... No tienes que explicarme nada. La encontraste, la ayudaste y nunca te lo agradeceré lo suficiente.

Y así de emocionados y contentos entraron los cuatro en casa. Los gritos continuaron dentro, cuando Naira les mostró a Irina. Llantos, abrazos, besos... la misma historia, pero en versión infantil. Héctor sonreía observándoles. No se podía imaginar lo que sería un día de trabajo los tres juntos en el periódico. ¿Se besarían y se abrazarían cada mañana? ¡Vaya trío!

Después de una hora hablando sin parar y poniéndose al corriente de sus vidas, alguien llamó a la puerta. Héctor fue a abrir.

—¿Brenda? ¿Qué tal? ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a saludarte y a ver a Irina ¿puedo?

—Tenemos visita. Son amigos de Naira —Pero al mirar los ojos de Brenda y recordar los que acababa de conocer, sonrió con picardía y se hizo a un lado

—. Pasa, pasa... que te los presento.

Cuando Naira la vio entrar en el salón, no supo cómo reaccionar. ¿Brenda? La idea de que Héctor y Brenda mantenían una relación más allá de la amistosa continuaba en su cabeza y la presencia de la joven siempre la desconcertaba. Pero cuando cruzó una mirada con Héctor y éste le dedicó un guiño de complicidad, Naira abandonó sus conjeturas y esperó atenta. No sabía cómo, pero empezaba a entender qué le decía Héctor con tan solo mirarla.

—Jaime, Rosa, os presento a Brenda, una buena amiga.

Y entonces lo comprendió. Héctor le dirigió una sonrisa seductora y le alzó las cejas varias veces mientras miraba de reojo las caras de Jaime y Brenda. Y Naira tuvo que taparse la boca discretamente para esconder su risa malvada. ¿Cómo supo Héctor que esos dos se gustarían? Porque no hacía falta ser un lince para entender lo que acababa de suceder: Jaime rojo como un tomate, sin poder retirar sus ojos de Brenda y ella esquivando su mirada, nerviosa, sonrojada y sin saber qué decir. ¿Brenda callada? ¿Brenda nerviosa? ¿Brenda descolocada?

—Vamos a salir a dar un paseo por el río ¿nos acompañas? —Héctor la invitó.

—Sí... va... vale... —Sí, Brenda estaba descolocada, muy descolocada.

—Jaime ¿te has traído tu cámara de fotos?

—Sí, claro, siempre va conmigo.

—Ve a buscarla, por los alrededores hay unos paisajes increíbles ¿Verdad, Brenda? Ella te los podría mostrar.

“¡Menudo Celestino!”, pensó Naira sonriente. Cada vez que Héctor la sorprendía de esa manera, la distancia entre las palabras abogado y engreído se iba ensanchando.

Y entre risas, miradas cómplices y caras aún sonrojadas, los cinco tomaron el camino empedrado que bajaba al río. Naira quiso conocer detalles de los nuevos empleos de sus ex compañeros y Jaime les explicó que había recibido una oferta muy interesante para trabajar en una popular revista en Gerona. Las pupilas de Héctor y Naira se cruzaron y sonrieron a la vez, mientras

Jaime y Brenda se sonrojaban de nuevo al buscar la mirada del otro. Rosa les comentó que su contrato finalizaba en unos meses y confesó que estaba algo cansada de vivir en la ciudad, que daría lo que fuera por cambiar su residencia a un lugar más tranquilo. Miradas cómplices entre Héctor y Naira y sonrisitas confabuladas. Todo estaba saliendo rodado.

Gonzalo les esperaba cerca del puente, sentado en uno de los bancos que miraban al río. Naira y Héctor descubrieron su ancha espalda apoyada en el respaldo de madera y se emocionaron al pensar lo que estaba a punto de suceder. Buscaron simultáneamente sus miradas y se sonrieron de nuevo. Aprovechando que Jaime, Rosa y Naira continuaban parlotando, Héctor aceleró el paso para llegar antes al banco.

—Gonzalo... —Su amigo se levantó para saludarle y cuando se disponía a buscar a Naira, Héctor le alertó—. Espera. No te gires y mírame. Gonzalo, ella está aquí y se ha divorciado. Está libre, al igual que tú, así que lánzate...

—Gonzalo abrió los ojos sorprendido, sin saber si debía abofetear al bromista de su amigo o sobrecogerse por sus insinuaciones —. Y toma, te he traído esto por si lo necesitas... —Héctor le puso un sobrecito de ketchup en la manos y le guiñó un ojo travieso.

—Serás cabrón...

—Cállate y gírate.

Y se giró casi temblando. Supo que alguien más la acompañaba pero fue incapaz de distinguir quién. Solo tenía ojos para Rosa. Había soñado tantas veces con ella que ahora que la tenía delante no sabía si se trataba de otro sueño o era una hermosa realidad. Rosa estaba ahí, a pocos metros de él, después de veinte larguísimos años. Y continuaba tan preciosa como la recordaba. Con esos ojos castaños, casi amarillentos, curiosos, sonrientes y que tanta vida le dieron cuando era joven. Joven, así se sentía en ese momento, como un chiquillo enamorado de veinte años. Rosa, al igual que él, estaba inmóvil, observando esa mirada gris, dulce y tranquila que tantas veces había necesitado recordar. Por un instante se volvió hacia Naira buscando una explicación.

—¿No me habías dicho...?

—Rosa, olvídate de eso ahora... —susurró Naira en su oído —. Gonzalo está

aquí y se divorció de Carmen... Así que no seas tonta y habla con él. Me dijiste muchas veces que no le habías podido olvidar, pues ahora no pierdas esta oportunidad.

Tras unos empujones por parte de Naira y Héctor, Rosa y Gonzalo se situaron uno frente al otro, a apenas medio metro de distancia.

—¿Conocías a Naira? —acertó a decir Gonzalo con voz temblorosa.

—Sí, trabajábamos juntas.

—No has cambiado nada... —afirmó él con una sonrisa nerviosa.

—Tú tampoco...

Y después de una intensa mirada, Gonzalo la sujetó con delicadeza del brazo y se situó su lado.

—¿Damos un paseo?

Naira y Héctor se quedaron por unos segundos observando a la pareja mientras se perdía entre los árboles del camino. Hablaban con normalidad, como si los veinte años transcurridos se hubiesen reducido a días, como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

—¿Crees que se darán una oportunidad? —preguntó Naira emocionada.

—Eso espero, si no le corto los huevos a Gonzalo...

—¡Serás bruto! —exclamó Naira entre ojos de admiración y sonrisa picarona.

Así permanecieron un rato más hasta que Naira se giró para buscar a Jaime.

—¿Dónde están Jaime y Brenda?

Héctor se dio media vuelta y con una sonrisa en los labios emprendió el camino de vuelta.

—Habrán ido a buscar espárragos, a saber... Anda, vamos, tenemos que preparar comida para todos, porque supongo que se acordarán de comer...

Naira empujando el carrito de Irina alcanzó a Héctor. Estaba muy contenta por Rosa. La había oído suspirar por Gonzalo muchas veces y conocía bien la frustración de su matrimonio con Pedro. Ahora ambos podían rehacer sus

vidas al lado de la persona que siempre habían amado. Quizás esta vez sí iba a ser para siempre. Sonrió emocionada. ¿Y ella? ¿Sería capaz ella de volver a amar? ¿Tendría ella también otra oportunidad? Se fijó en la espalda de Héctor, que caminaba dos pasos por delante. Ese día vestía una camiseta de manga corta y sus hombros se marcaban bajo el fino algodón. No estaba especialmente musculado, sus hombros y su torso estaban perfilados a base de ejercicio al aire libre, lejos de las pesas y las horas de gimnasio. Contemplando sus largas manos pudo ver como Irina intentaba alcanzar una de ellas con sus deditos. Cuando consiguió acariciarle, Héctor dio un respingo. Naira se sorprendió al ver cómo de reojo miró a la niña, como advirtiéndole del error, como si Irina debiera entender que aquel gesto estaba prohibido. No lograba comprender esa actitud en él. Unas veces tan cercano y otras veces tan distante.

Gonzalo y Rosa llegaron a casa poco antes de las dos. Naira estaba dando de comer a Irina y Héctor colocaba sillas alrededor de la mesa. Era mediados de Abril y los días invitaban a comer en el porche. Gonzalo salió a la terraza para ayudar a su amigo y Rosa se quedó junto a Naira.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Naira curiosa.

—Muy bien... —susurró Rosa—. Es increíble Naira, después de tantos años y todo lo que los dos hemos vivido y es como si volviéramos a ser jóvenes, como si el tiempo no hubiese pasado. Hemos estado hablando sin parar, poniéndonos al día de todo... Aunque... —Rosa miró hacia la terraza con tristeza.

—¿Qué pasa?

—No sé... ¿Y si ya no siente lo mismo por mí? Se ha mostrado muy educado y cariñoso pero solo eso... ¿Me entiendes?

—Pero, Rosa, ¿qué pretendías? Hace más de veinte años que no os veis. Él pensaba que estabas felizmente casada y tenías familia.

—Sí, tienes razón... supongo que estoy nerviosa.

—¿Cómo ha ido? ¿Te has lanzado? —Héctor estaba impaciente por saber.

—Héctor, no empieces... hacía más de veinte años que no nos veíamos. ¿Qué esperabas? ¿Qué me abalanzara sobre ella?



—Pues sí... Bueno, todavía no diste el paso ¿Cuándo lo darás entonces?

—No hay prisa.

—Ya, claro... supongo que será mejor esperar veinte años más. Para estar seguros...

—Vale, Héctor, déjalo...

—Yo solo quiero que no vuelvas a actuar como el adolescente que se escondía en el comedor de la universidad con miedo a dar el primer paso.

—Héctor, ya no soy el mismo adolescente.

—Pues no lo parece...

Jaime y Brenda aparecieron poco después. Ambos, con una tímida sonrisa en los labios, explicaron que habían estado paseando por los alrededores y tomando algunas fotografías.

—Fotografías dice... —Héctor se agachó para susurrarle al oído a Naira—. Ya te digo yo a quién ha estado enfocando su cámara...

—No seas tonto... Siempre pensando mal... —Naira sonriente, le dio un codazo en el abdomen.

—Sí, sí... piensa mal y acertarás —Héctor le devolvió la sonrisa, mientras Rosa los observaba en la distancia.

Las tres parejas, sentadas alrededor de la mesa, disfrutaron de una deliciosa crema de verduras y un buen plato de merluza con patatas. Mientras servía la comida, Naira les explicó que la crema había sido obra de Héctor y que ella había cocinado el pescado al horno. Rosa la admiró asombrada, Naira siempre había sido un desastre en la cocina, pero lo que la sorprendió todavía más fue que según su amiga Héctor era quién le había enseñado a cocinar. Fascinada por el comportamiento de Naira, Rosa continuó observándola, siempre y cuando Gonzalo no la despistara con su intensa mirada o el leve roce de sus grandes dedos sobre el dorso de su mano. Pestañeos insinuantes, sonrisas de medio lado y dos piernas fundidas en una. La tensión entre ambos fue incrementando a medida que transcurría la tarde, hasta que Jaime le recordó a Rosa que debían regresar a Barcelona. Antes de empezar con las despedidas, Rosa apartó a Naira del resto.

—Naira, ¿hay algo entre Héctor y tú?

—No... ya te lo expliqué, Rosa, nos casamos para tramitar la adopción...

—Naira, no hablo de eso...

—Rosa, no hay nada.

—Pues es una verdadera pena.

—¿Qué quieres decir?

—Naira, te conocí antes de que te prometieras con Ernesto y te he visto con él después, cuando ya estabais casados. Naira, vuelves a ser tú, estás radiante, feliz... y he podido comprobar lo que hay entre Héctor y tú. Jamás tuviste esa complicidad con Ernesto, jamás. Estabas demasiado embobada con él, le consentías todo, dejaste de ser tú misma para ser quién creías que él quería que fueras. Naira, con Héctor has vuelto a ser tú y él te complementa perfectamente. ¿De verdad que no hay nada más entre vosotros?

—Rosa, ya te he dicho que no... Sí, tengo que reconocer que Héctor me ha sorprendido muy gratamente. No es el mujeriego engreído que parecía ser. Es divertido, agradable, inteligente, puedo hablar con él de cualquier cosa... pero también hay algo en él, no sé...

—A ver ¿qué le pasa? ¿Tiene las uñas de los pies feas? Porque yo al chico lo veo divino, está para mojar pan...

—Rosa... —Naira rio divertida, su amiga no había cambiado en nada.

—¿Entonces?

—No sé, a veces hace cosas raras... pero sobre todo, lo que más me desconcierta es su actitud con Irina. Huye de ella, no quiere tocarla, ni tan siquiera la mira... Y, Rosa, yo no quiero volver a enamorarme. Ahora solo deseo disfrutar de mi hija.

—Bueno... —Rosa suspiró resignada—. Es una lástima.

Llegó el momento de las despedidas y Héctor y Naira contemplaban el romántico espectáculo desde la puerta principal de la casa. A la derecha Gonzalo y Rosa hablando a pocos centímetros, él rozando la mano de ella con suavidad y ella dedicándole una vez más un insinuante baile de pestañas. A la izquierda, Jaime y Brenda, algo más atrevidos ya habían empezado a besarse.

—¿Ves? ¿Qué te dije? —Héctor alzó las cejas divertido.

—Sí, vale, tenías razón.

—Ahora que hemos vuelto a encontrarnos, ¿puedo llamarte de vez en cuando? —preguntó Gonzalo con voz temblorosa.

—Sí, por supuesto. Llámame cuando quieras —respondió ella sonrojada.

—Y ¿volverás? —la miró con intensidad, como si escarbaba en sus ojos para hallar la respuesta.

—¿Quieres que lo haga?

—No... —Rosa lo miró sorprendida—. En realidad no quiero que te vayas. Quédate.

—¿Cómo?

—Quédate, Rosa —insistió él acercándose más a ella—. Quédate conmigo hasta mañana.

—Pero, Jaime me va a llevar y...

Rosa no pudo acabar la frase. Las grandes manos de Gonzalo sujetaron su cintura y mientras la empujaba hacia él, acercó sus labios a su boca para besarla con desesperación. Ella no tardó en rodear su cuello con sus manos, hundiendo sus dedos en su pelo e impidiéndole acabar con aquel contacto. Abrieron sus bocas y se saborearon de nuevo, recuperando la pasión de la juventud, volviendo a sentir el roce de sus cuerpos y acompasando otra vez el latido de sus corazones. Alargaron aquel beso intenso hasta que Rosa se separó para respirar, con los labios hinchados y lágrimas en los ojos.

—Quédate conmigo hasta mañana, yo te llevaré a Barcelona —insistió Gonzalo jadeante—. No quiero dejarte escapar, esta vez no. No puedo volver a pasar un minuto más sin ti.

—Sí, sí... me quedo contigo, me quedo, me quedo... —exclamó ella emocionada, volviendo a besar a Gonzalo con auténtica voracidad.

Y entre abrazos y besos, y más abrazos y más besos, las dos parejas se despidieron de Héctor y Naira. Jaime entró en el vehículo y después de volver a besar a Brenda sacando su cabeza por la ventanilla del coche, se alejó calle abajo. Y Gonzalo y Rosa subieron calle arriba cogidos de la mano. Naira y Héctor esperaron a verlos desaparecer por la plaza.

—¿Una cervecita, unos taquitos de queso y unas olivas? —propuso Naira—. Creo que tengo el azúcar por las nubes.

—¡Ohhh! Sí, por favor... —Héctor alzó las manos mirando al cielo—. Hasta la saliva me sabe a chuches... ¡Vaya día empalagoso!

—Sí... ¡Cuidado! No resbales con el caramelo... —bromeó ella mientras entraban en el salón.

—Y tú ¿te has visto el pelo? —Héctor se giró fingiendo asombro y señalando la cabeza de Naira—. ¡Se ha transformado en algodón de azúcar!

—Quédate, quédate conmigo, osito de peluche... —suplicó Naira con voz melosa mientras abría la nevera.

—Me quedo, me quedo... princesita de mis sueños. Calentaremos chocolate y lo tomaremos contemplando la luna.... —Héctor echaba las olivas en un bol y lo dejaba sobre la mesa.

—¡Oh! Sí, sí... mi cachorrito lindo, me encanta el chocolate, me encanta la luna... —ella le entregó la cerveza ya abierta.

Los dos dieron un sorbo a su bebida y empezaron a reír.

## CAPÍTULO 19

Cuando Naira abrió los ojos, reconoció la habitación donde vivía desde hacía algo más de un año. Era reconfortante, agradable, estaba en casa... Sonrió al oír un ruido al otro lado de la puerta. Reconoció sus pasos, largos y decididos. Y apareció él, tan seductor e irresistible como siempre. Con una pícaro sonrisa en los labios se acercó a ella y se sentó a su lado. Llevaba una camiseta de algodón ceñida que le marcaba los abdominales y unos bóxer negros. Su rostro atractivo, su mirada intensa y sus labios atrayentes. Naira extendió una mano y rozó su mejilla. Él se inclinó para besarla. Con sus labios acarició su cuello, su pecho, su vientre. Aquellas caricias que tanto había deseado que recorrieran su cuerpo, ahora la estaban haciendo estremecer. Susurró su nombre, una y otra vez...

—Héctor, Héctor...

Su propia voz la despertó de aquel sueño. Estaba sudando, con la respiración apresurada y anegada en una turbadora excitación. ¿Se había excitado soñando con Héctor? Por un instante se sintió aliviada al pensar que ya no era Ernesto quien la despertaba sobresaltada en plena noche, pero ¿Héctor? ¿Héctor? Antes de ir a dormir había recordado la conversación que mantuvo con Rosa el día anterior sobre Héctor y tal vez por esa razón había acabado él en sus sueños.

Necesitaba calmarse, recuperar el ritmo de sus latidos, y bajó a la terraza para inspirar el aire fresco de la noche. Se sentó en la tumbona mirando hacia la fachada de la casa. El cielo estaba limpio y contemplar el manto estrellado que lo cubría consiguió relajarla. Su respiración se había normalizado pero una luz la sobresaltó. La luz provenía de la habitación de Héctor. Pensó que se habría levantado para ir al baño, pero poco después fue la cocina la que se alumbró. “Habrá bajado a beber agua”—dedujo Naira.

Decidió esperar a que él volviera a su habitación para hacer ella lo mismo, cuando, después de que la luz de la cocina se apagara, esta vez fue la

habitación de Irina la que se iluminó levemente. No se lo podía creer. ¿Qué haría Héctor en la habitación de la niña? Esperó unos minutos más, pero él no volvió a su cuarto. Así que Naira decidió entrar de nuevo en la casa. Subió las escaleras con pasos silenciosos y se acercó a la puerta de la habitación de Irina. Estaba entreabierta y la luz tenue de la lamparilla de mesa le ayudaría a ver el interior sin ser descubierta. Se asomó con cautela hasta que vio a Héctor.

Oculto en la oscuridad, Naira se quedó contemplando aquella imagen con el corazón encogido. Héctor tomaba en sus brazos a Irina y sujetaba un pequeño biberón de leche que ella succionaba con tranquilidad. La niña acariciaba con su manita la mejilla derecha de él mientras Héctor, sonriente, le susurraba algunas palabras, besando a la vez sus deditos. Los ojos de Naira se humedecieron. Contemplaba atónita su figura como si admirara una bella escultura, como si aquella obra de arte hubiese sido tallada por las manos de la ternura y el cariño.

Salió al pasillo y se apoyó en la pared. Desde ahí podía oír la voz plácida de Héctor.

—Hola preciosa... Hoy te lo tienes que acabar todo, que ayer te dejaste la mitad... muy bien... Te gusta que te lea ¿verdad?

“¿Leer? ¿Ayer? ¿Le lee a Irina? ¿Desde cuándo?”, Naira se llevó la mano al pecho temiendo que los latidos de su corazón la delataran.

—Muy bien... Eres una glotona. Y como te lo has tomado todo, hoy te leeré dos capítulos.

Se hizo un leve silencio. Naira continuaba apoyada en la pared, con los ojos cerrados y la mano en el pecho.

—“Tarde de Octubre. Han pasado las vacaciones y, con las primeras hojas amarillas, los niños han vuelto al colegio. Soledad. El sol de la casa, también con hojas caídas, parece vacío. En la ilusión suenan gritos lejanos y remotas risas...”

Naira se volvió a asomar por la puerta entreabierta. Irina continuaba en los brazos de Héctor pero apoyando la cabeza en su hombro, como si también leyera el pequeño libro abierto que él sujetaba en su mano izquierda.

—“Sobre los rosales, aún en flor, cae la tarde, lentamente. Las lumbres del ocaso prenden las últimas rosas, y el jardín, alzando como una llama de fragancia hacia el incendio del Poniente, huele todo a rosas quemadas. Silencio.

“Platero, aburrido como yo, no sabe qué hacer. Poco a poco se viene a mí, duda un punto, y, al fin, confiado, pisando seco y duro en los ladrillos, se entra conmigo por la casa...”

Con la respiración entrecortada, Naira corrió a su habitación. No había colocado todos sus libros en la estantería del despacho. Algunos, los más entrañables, continuaban guardados en una caja, para protegerlos del polvo y el calor. La abrió y no tardó en dar con él. “Platero y yo” de Juan Ramón Jiménez.

Con el libro apoyado en el pecho se sentó en la cama. Apenas apreciaba desde allí la voz apaciguada de Héctor. Él mismo debía haber apagado el intercomunicador de la habitación de Irina para que ella no lo escuchara. Buscó el capítulo “Tarde de Octubre”. Era el capítulo ochenta y ocho. ¿Desde cuándo Héctor le estaba leyendo a Irina? Naira empezó a contar. Regresaron de Kazajistán la última semana de Febrero. Habían pasado unos ¿setenta, ochenta días?

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ahora comprendía muchas cosas. Irina nunca se había despertado por las noches, ni tan siquiera para pedir su toma de biberón. ¿Se quitó Héctor la barba para que ella le acariciara la mejilla como tanto le gusta hacer? Él amaneció afeitado el día siguiente del viaje. Desde entonces se afeita todas las noches. ¿Era por Irina? Sí, ese debía ser el motivo. Y la cuna, por esa razón él no la ayudó a mover la cuna hasta su habitación. Y seguía negándose a hacerlo cada vez que ella insistía. Y ahora entendía el porqué.

Oyó pasos al otro lado de la puerta. El intercomunicador volvía a estar

encendido. Héctor había regresado a su habitación y la niña debía estar dormida.

Con el libro aún apoyado en su pecho, Naira no lograba borrar de sus pupilas la imagen de Héctor tomando a Irina en brazos, balanceándose suavemente, dejando que las manitas de la niña acariciaran su rostro. Cerró y abrió los ojos en la oscuridad de la habitación, intentando olvidar su figura, su mirada, sus labios, su voz... ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le dolía tanto el pecho? ¿Qué sentimiento estaba desgarrándole el corazón?

¿Estaba sorprendida? Sí, era sorpresa. No se lo esperaba. Él siempre se había mostrado frío con la niña, distante. La esquivaba, rehuía de ella. Intentó ocultar lo que sentía por Irina desde el primer instante. Tal vez porque no quería que ella lo supiera, que ella adivinara que se estaba encariñando con su hija, quizás temiendo que ella no lo aceptara. Sí, la dificultad al respirar era debida a que estaba sorprendida por el descubrimiento.

¿O Temerosa? Sí, también, era otra posibilidad. ¿Y si Héctor no le concedía la custodia total? ¿Y si él quería compartir a Irina? ¿Se la llevaría a Barcelona algunos fines de semana? No podía imaginar pasar un día sin ella, sin su hija. Héctor se iba a ir en dos meses, se iba y tal vez no volvería nunca más...

Sus ojos se humedecieron de nuevo. El dolor en el pecho se agudizó. ¿Por qué a veces Héctor se mostraba tan distante? Tal vez no quería volver a sufrir, porque al igual que ella debía evitar volver a sentir decepción, desengaño, porque si abría de nuevo su corazón podría volver a enamo... enamorarse... ¿Enamorarse?

¿Amor? Ese sentimiento que no nace necesariamente de un flechazo, sino que puede crecer como un pequeño tallo que es trasplantado en tierra nueva, que riegas diariamente, que cuidas con mimo y paciencia hasta que un día te sorprende su fuerza y su resistencia. De pronto te das cuenta de que ha trepado por tu jardín, ha florecido de tal manera que te quedas impresionado por el aroma de sus flores. Y sabes que ya nunca podrás volver a vivir sin respirar esa fragancia. Porque el amor no solo nace de una atracción física, ni



de un primer latigazo al corazón. No. El amor está oculto tras una sonrisa cómplice, un roce accidental o una mirada intensa. Una de esas miradas que te hablan, que te incitan, que te cautivan. ¿Era el amor la causa del dolor que le impedía respirar con normalidad?

Naira volvió a cerrar los ojos, pero ya no quiso borrar aquella imagen de sus retinas. Supo que jamás la iba a poder olvidar. Ahora la pregunta era ¿iba a conseguir olvidar lo que empezaba a sentir por Héctor?

Aterrada por el descubrimiento, Naira intentó distanciarse de Héctor durante las siguientes semanas. Evitaba quedarse a solas con él. Se estaban organizando múltiples eventos en Vilanén para ese verano y por las noches, después de cenar, se iba pronto a su habitación con la excusa del trabajo en la web. Y aunque durante el día ella creía mantener sus sentimientos bajo control, por la noche éstos reaparecían con más fuerza cuando, apoyada en la pared del pasillo, la voz de Héctor impregnaba sus sentidos, acelerando su corazón y erizando el vello de su piel. Desactivó la alarma de su despertador, que había programado a la misma hora que Héctor solía despertarse, pero fue en vano. A esas horas se reincorporaba de la cama con el corazón desbocado, como si un reloj interno la alertara. ¿Era un reloj interno o las ganas desenfrenadas de oír su voz, cálida y dulce? ¿Era un reloj interno o el deseo descomedido de observarle en la oscuridad, abrazando a su hija y deseando ser ella quien estuviera entre sus brazos?

Apenas faltaban dos semanas para volver a Barcelona y aunque el final de aquel castigo se aproximaba, para Héctor su condena estaba a punto de comenzar. Volvería a su vida de abogado trajeado, frío, distante y solitario. A la vida de la que él tanto alardeaba. La vida perfecta, según decía él. Tenía dinero, un buen trabajo, un ático de lujo y sexo, mucho sexo...

Sentado en el taburete de su cuarto de baño, contemplaba la caja de preservativos ya caducada. Sacó uno, rompió el envoltorio, lo estiró y lo lanzó al lavabo.

—¡Canasta! —exclamó para sí mismo.

Dos años, dos largos años sin sexo, sin sentir el cuerpo de una mujer, sin besar unos labios, sin acariciar la suave piel femenina... dos años sin sexo y casi tres meses deseando a la misma mujer. A la misma mujer y a la mujer equivocada. Rompió otro envoltorio, estiró el preservativo y lo volvió a lanzar al lavabo. Pensó en las piernas que Naira mostraba cuando, recién levantada, caminaba descalza con su camiseta blanca, agitándola con el movimiento de sus caderas... Esas caderas. ¡Y pensar que le parecían anchas! ¿Anchas? No, de eso nada. Eran perfectas. Tal vez Naira no fuera el tipo de mujer que antes le atraía pero ahora empezaba a verla perfecta. Sacó otro preservativo, desgarró el plástico que lo envolvía y apuntó al lavabo.

—¡Tres puntos!

En dos semanas volvería a estar en Barcelona, su abstinencia iba a acabar ¡Por fin! Pensó en llamar a Silvia o Katarzyna, las dos azafatas con las que se encontraba los domingos. Silvia había sido algo desagradable la última vez que se vieron así que la descartó. Aunque, de todas formas, no iba a estar de humor para jueguecitos sexuales. Mejor esperaría unos días, sí... Rompió otro envoltorio, estiró la goma y cuando la iba a lanzar al lavabo, una voz a lo lejos le sobresaltó y al soltar el preservativo en tensión éste le dio en el ojo.

—¡Joder! ¡Joder! —con la mano en el ojo Héctor saltó del taburete para abrir el grifo del lavabo.

El escozor era insoportable, peor que un terrible latigazo rasgando una herida abierta.

—¡Héctor! ¡Héctor! ¿Estás ahí?

Era Naira, debía estar buscándole para que probara el sofrito que estaba preparando. Era sábado y sus hermanos no tardarían en aparecer.

—Ya, ya voy... ¡Joder! Como duele esto...

Se enjuagó el ojo varias veces con agua fría y recogió los preservativos lanzados. Los metió en la caja y pensó en deshacerse de ella más tarde, cuando él mismo sacara la basura a los contenedores de la plaza.

Cuando salió de su habitación, se encontró a Naira en el pasillo.

—¿Qué te ha pasado? Te he oído gritar —se acercó sorprendida—. ¡Héctor!  
¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Yo... bueno, me di un golpe con con... con la caña, la estaba guardando y en fin, un golpe tonto.

—Ven, creo que tengo lágrimas artificiales... ¿te has echado agua?

—Sí, sí... pero me sigue escociendo.

Naira le dirigió hasta su cuarto de baño. Héctor volvía a estar sentado de nuevo en un taburete, aunque esta vez no era una caja de preservativos caducados lo que contemplaba, sino el vestido corto, con falda de vuelo, que ese día Naira había elegido para martirizarle. Mientras ella buscaba en el armario alto las lágrimas artificiales, él contempló sofocado una porción de sus muslos. Mientras ella abría el bote y caminaba hacia él, él admiró enardecido esas perfectas caderas. Y mientras ella alzaba su barbilla para echarle el líquido, él perfiló sobreexcitado el sugerente escote de aquel odioso vestido. Cuando llegara a Barcelona iba a llamar a Silvia, a Katarzyna, a Inés, a Mónica... a quién hiciera falta para acabar con aquella agonía. ¡Dos semanas, dos semanas...!

Con el ojo aún irritado, Héctor recibió a sus hermanos, que se sorprendieron al verle en aquel estado.

—¡Vaya pinta tienes hermanito! Te veo algo “irritado”... —bromeó Raúl.

—Y tú, tan gracioso como siempre...

Y aquello era un decir, porque hacía tiempo que Raúl no se mostraba así de agriado. Mientras preparaba las bebidas y las llevaba al porche, Héctor se fijó en su rostro ceñudo. Algo le inquietaba. Imaginó que debía estar trabajando en alguno de esos casos complicados que tanto le afectaban, pero lo que incrementó su preocupación fue la actitud de Laura. Ella le había dedicado ya un par de fingidas sonrisas y esquivaba sus miradas, como si quisiera ocultarle algo.

Naira y Alicia parloteaban animadas en el salón mientras daban de comer a los niños e Iván y Raúl estaban en el jardín, enfrascados en una conversación que parecía muy interesante. Héctor aprovechó el momento para acercarse a

su cuñada que, sentada bajo el porche, mantenía la mirada perdida.

—¿Qué os pasa? Y no me digas que nada, que no me lo creo... Se os nota demasiado.

—Sí, tú nos conoces bien... —suspiró Laura—. No estoy segura, Héctor. Raúl está muy raro desde hace unas semanas y creo que no es por el trabajo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Supongo que es intuición femenina... —sonrió levemente—. Al principio imaginé que estaba irritado por algún caso difícil, pero me he dado cuenta de que cada vez que comento algo sobre los niños o embarazos de mis amigas, él me corta la conversación y se muestra muy distante conmigo.

—¿Habéis hablado ya de tener hijos?

—Alguna vez, pero yo no quiero insistir en ese tema, todavía no... Creo que él no está preparado y prefiero no presionarle.

—Es raro ¿Quieres que hable con él?

—No, Héctor, no... Esperaré. Quiero saber antes qué es lo que le preocupa.

—Vale, pero ya sabes Laura...

—Sí, lo sé... —Le guiñó un ojo cariñosamente—. Si tengo cualquier problema con él, te llamo en seguida.

Como siempre que los tres hermanos se encontraban, sobre todo desde que Naira e Irina formaban parte de aquellas reuniones familiares, las horas pasaban volando. Ya habían acabado de tomar el café cuando Naira, Alicia y Laura entraron en el salón para darles la merienda a los niños. Sentadas en el sofá, las tres hablaban sobre la evolución de los pequeños de la casa.

—Pablo ha crecido ¿verdad? Está más alto —apuntó Naira.

—Sí, va a ser alto como su padre... La ropa que le compré a principio de temporada ya no se la puedo poner. Por cierto, este conjuntito de camiseta y pantalón que lleva ahora se lo regaló Abril.

—¿Sí? ¿La has visto recientemente? —preguntó Laura.

—Sí, está en Barcelona desde hace varias semanas. Ya acabó la gira y ahora está preparando su próximo disco. No viaja tanto y nos hemos podido ver un par de veces en el último mes.

Naira escuchaba atenta la conversación, mientras acumulaba en su mente las mil y una preguntas para formularle a Alicia sobre la cantante. Pero cuando

iba a decir algo, la boca la dejó abierta, sin poder hablar... Se quedó helada, mirando hacia la cocina. Alicia y Laura, que estaban de espaldas a lo que fuera que había dejado a Naira boquiabierta, se giraron a la vez. Héctor las estaba escuchando con el ceño fruncido y antes de volver a la terraza, agachó la cabeza, evitando la mirada de su hermana.

—¿Todavía no habéis hablado? —preguntó Laura.

—No... —los ojos de Alicia se humedecieron—. Ya sabes lo orgulloso y cabezota que puede llegar a ser.

Tanto Naira como Laura se quedaron en silencio, entristecidas, al ver la angustia que se reflejaba en el rostro de Alicia.

A través de la ventana de la cocina, Naira pudo apreciar la expresión de Héctor. No parecía enfadado, pero sí dolido, muy dolido. Lo que fuera que afligía a Héctor, también estaba torturando a Alicia. No conocía los motivos y tenía unas ganas locas de saber más, pero no quiso preguntar.

Apenas una hora más tarde, el salón volvía a estar vacío. Irina jugueteaba con unos peluches sentada en su parque infantil y Naira recogía algunos trastos de la cocina. Héctor continuaba en la terraza, sentado en uno de los escalones que bajaban al jardín, cabizbajo y con un botellín de cerveza vacío en las manos.

Habían pasado ya cuatro años desde que se divorció de Abril y aún le dolía recordar aquella noche en el hospital. Pero lo que más le apenaba a Héctor era ver cómo aquello le había distanciado de Alicia. Sabía perfectamente que quizás no estaba siendo justo con ella, pero no era capaz de dar el paso. Más de una vez lo había intentado pero se echaba para atrás en el último momento.

—Si no quieres hablar lo entiendo, pero podrías intentar explicarle lo que te preocupa a una desconocida. Hay un proverbio que dice: “lo importante es desahogarse, que te entiendan es capricho” —Naira se sentó a su lado.

Héctor sonrió al recordar que eso mismo fue lo que su compañera de ascensor le dijo dos años atrás, cuando se encontraron en aquel bar. La miró a los ojos

y se sintió inmensamente feliz. Volvía a ser ella la que se sentaba a su lado. Ella y nadie más.

Naira alzó las cejas dos veces en un gesto que a él le hizo reír y Héctor cayó rendido. ¡Como periodista no tenía precio! Después de un largo suspiro, él empezó a hablar.

—Alicia y Abril se conocieron trabajando en un restaurante de comida rápida durante un verano. A partir de entonces se hicieron íntimas amigas. Yo empezaba el segundo curso de Derecho cuando mi hermana nos presentó. Y bueno, lo típico... nos gustamos, nos fuimos conociendo y pocos meses después ya éramos pareja. Alicia hacía prácticas en el mismo hospital que Iván y en aquella época ellos también empezaron a salir juntos. Abril no era aún conocida pero no le faltaban bolos. Cantaba todos los fines de semana en algún bar, sala de conciertos o centro cívico y durante la semana acudía a clases de canto y componía sus propias canciones. Nos casamos cuando yo acabé los postgrados y empecé a trabajar en un bufete de abogados. Yo siempre la animé a continuar con la música, sabía que era su pasión, su sueño. Todo parecía ir bien entre nosotros hasta que una famosa discográfica apostó por ella. Fue entonces cuando apareció Marcelo.

—Su manager.

—Sí... —Héctor suspiró profundamente—. Empezaron los conciertos por España, las fiestas a las que debía acudir para darse a conocer, las revistas del corazón, la fama, los fans... Un mundo al que yo no pertenecía y que nos fue apartando poco a poco. Al principio eran dos o tres días de viaje, luego la semana completa y finalmente la gira por América Latina. Pero lo peor de todo era que yo no estaba dispuesto a renunciar a ella. No me importaba quedarme en casa esperándola, pensaba que era provisional, dos años, tres años y aquello acabaría. Me conformaba con verla feliz, estaba orgulloso de ella y quería que siguiera adelante. Pero no era así como pensaba Abril. Cuando hablábamos por teléfono ella dudaba sobre nuestra relación, me decía que no quería que yo sufriera esperándola, que yo no merecía un matrimonio así... Cuando las revistas del corazón publicaron aquellas fotos en las que Abril y Marcelo parecían estar juntos, compré un billete de avión y me presenté al día siguiente en Argentina. Ella me lo desmintió todo, me aseguró

que había sido un montaje. Me lo creí y, a pesar de mi enfado y de sus dudas sobre nuestro matrimonio, pasamos allí unos días juntos, olvidándonos de todo. Volví a Barcelona convencido de que lo nuestro continuaría adelante. ¡Ingenuo! La gira acabó dos meses después. Cuando Abril regresó a casa sentí que algo había cambiado en ella. Estaba distante, fría, irritante, todo le molestaba y no permitía ni que le tocara. Un día me dijo que tenía que viajar a Madrid para firmar unos contratos con la discográfica y que no sabía si pasaría allí la noche o no. Y aquella misma noche Alicia me llamó desde el hospital donde trabajaba. Abril se estaba desangrando por culpa de un aborto provocado.

—¿Cómo? —Naira abrió los ojos con asombro.

—Sí. La prensa no sabe nada de esto, Naira. Te lo estoy contando porque confío en que...

—Tranquilo —le interrumpió ella—. No va a salir de aquí, te lo prometo.

—Gracias —sonrió Héctor agradecido—. Mi hermana me explicó que Abril había viajado hasta Madrid para que un ginecólogo le practicara el aborto, pero que de regreso en el avión había empezado a sangrar. Cuando entré en la habitación yo no sabía cómo actuar. Estaba enfadado, destrozado... ¿Cómo había sido capaz de hacer algo así sin consultármelo? Abril sabía que estaba embarazada desde hacía más de tres semanas y no me había dicho nada, nada... Cuando le pedí explicaciones ella me preguntó si yo hubiese querido tener ese hijo, si estaba dispuesto a criarlo solo mientras ella se pasaba meses fuera de gira... Le dije que sí, que no me hubiese importado, que también era hijo mío... Pero casi no me dejó continuar, me confesó que en realidad yo no era el padre y que lo mejor para los dos era que nos divorciáramos.

—¡Ostras!

—Salí de aquella habitación y subí al coche. Conduje horas y horas sin rumbo fijo. Estuve deambulando varios días hasta que mi hermano me encontró borracho e inconsciente en la habitación de un motel de carretera. Cuando regresé a casa, Abril ya se había llevado todas sus cosas. La volví a ver en la sala del bufete de un amigo, firmamos los papeles del divorcio en silencio y casi sin mirarnos. No la he vuelto a ver desde entonces. Unas semanas después, Alicia quiso hablar conmigo. Hasta aquel día ella había estado indignada, enfadada y muy decepcionada con Abril, pero su actitud había cambiado. Empezó a explicarme que había ido a verla, que estaba muy

arrepentida, que yo debía entender algunas cosas... no la dejé acabar, monté en cólera y furioso le grité que la había elegido a ella antes que a mí y que, por tanto, a partir de ese momento, dejábamos de ser hermanos.

Héctor dejó el botellín de cerveza sobre el escalón y, con la angustia dibujada en su rostro, se echó el pelo hacia atrás e inspiró profundamente.

—Cinco meses, Naira, cinco interminables meses pasé sin hablar, ni ver a mi hermana. Cinco meses odiando a uno de mis seres más queridos, cinco meses echando de menos a la única persona que necesitaba a mi lado para superar aquella angustia. ¡Joder! Mi hermana lo es todo para mí, todo... Los dos siempre hemos estado muy unidos, ella ha sido casi como una madre para mí. Y la castigué, la hice sufrir durante aquellos eternos cinco meses —Héctor alzó la cabeza e inspiró con fuerza—. Raúl intentó por todos los medios que recapacitara, que la escuchara, que le diera una oportunidad, pero yo me negué, una y otra vez. Hasta que un día me di cuenta de que estaba sufriendo más por mi hermana que por Abril. Ya no lo soportaba más, así que un sábado que sabía que mi hermano, Laura y mi padre estaban comiendo en casa de Alicia, me presenté allí. Mi padre no sabía lo que había pasado entre mi hermana y yo, le mantuvimos apartado de todo aquello, así que sin mencionar el tema, empezamos a comer y a hablar tranquilamente, como si no hubiese pasado nada, como si aquellos cinco meses se hubiesen reducido a cenizas. Se puede decir que así hemos seguido desde entonces.

—¿Todavía no te ha explicado por qué ella sí perdonó a Abril?

—No, no lo ha hecho porque yo no le he dejado. He estado evitando el tema durante todos estos años.

—¿Por qué?

—Supongo que no quiero oír excusas, no quiero pensar que Abril tenía razones para hacer lo que hizo... Nada puede justificar lo que hizo, nada.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, y estoy segura de que tu hermana también piensa como tú, sin embargo le dio una oportunidad... ¿No has pensado que tal vez haya una razón de peso?

—Naira, no quiero perdonar a Abril.

—No se trata de Abril, Héctor, se trata de tu hermana. Tú mismo lo acabas de decir, ella te importa mucho.



—Alicia perdonó a Abril porque es su amiga, simple y llanamente.

—Pero tú eres su hermano y está sufriendo por ti. Esta tarde estaba hundida después de ver tu cara de enfado. Héctor, no podéis seguir así. Los dos lo estáis pasando mal. O los tres... porque ahora entiendo la actitud de Iván contigo.

—Sí, Iván está molesto por la situación y no le culpo.

Naira se levantó del escalón de un salto y entró apresuradamente en la casa. Pocos minutos después volvía con el móvil en la mano.

—¡Vamos! Levántate que nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó él mientras se ponía de pie.

—A casa de tu hermana.

—No, hoy no... No estoy preparado aún —con el ceño fruncido Héctor se volvió a sentar.

—¡Vamos ahora mismo! Deja las excusas para otro día y para otra persona, a mí no me valen. ¡Levántate!

Héctor la miró resoplando. Naira estaba de pie, con su vestido de falda de vuelo, su pequeña nariz arrugada, sus expresivos ojos negros entrecerrados y los brazos en jarra. ¿Qué tenía aquella mujer que le resultaba imposible negarle nada? Se levantó resignado y murmurando.

—¡Joder!

—¿Qué has dicho?

—He dicho que eres una canija cabezota y mandona.

—Y tú, un imbécil.

Naira había llamado a Brenda para que se hiciera cargo de Irina mientras ellos estaban fuera. Y quince minutos después, Naira conducía hacia casa de Alicia e Iván, junto a un ceñudo Héctor que miraba absorto a través de la ventana. Y no era precisamente el paisaje lo que le tenía tan concentrado, no. Estaba evitando por todos los medios fijar la vista en las piernas descubiertas de Naira. Cada vez que ella cambiaba de marcha o frenaba y aquellos muslos se rozaban entre sí, Héctor debía tragar saliva para no babear. Casi conteniendo la respiración, continuó abstraído contemplando los árboles

correr mientras ella le miraba de reojo, convencida de que estaba pensando en cómo romper aquel doloroso silencio con su hermana. Pero Héctor no necesitaba seleccionar las palabras adecuadas, de hecho, ni tan siquiera necesitaba palabras, ya sabía qué debía hacer, no era tan complicado, mirar a su hermana a los ojos y hacerle comprender que ya estaba preparado para escuchar.

Alicia se sorprendió al verlos en la puerta de su casa, Naira sonriente y Héctor aún con expresión de pocos amigos. Pero cuando Naira se llevó a Iván y Pablo, dejándolos deliberadamente a solas, Alicia adivinó el motivo de aquella inesperada visita. Los dos hermanos se sentaron en el sofá, nerviosos, se miraron a los ojos, por los que empezaban a asomar unas tímidas lágrimas y se lanzaron a los brazos del otro con tal ímpetu que casi se funden en uno.

—Perdóname, Ali, perdóname... —tomando el rostro de su hermana entre sus manos, Héctor la miró fijamente a los ojos—. Te quiero, te quiero un montón ¿lo sabes?

Alicia asintió, sonriente y con las mejillas empapadas de lágrimas.

—No puedo seguir así, Ali, no puedo seguir así... Tú eres muy importante para mí. Raúl y tú sois lo más importante.

Ella, sin poder mediar palabra, abrazó de nuevo a su hermano. Había deseado tantas veces volver a sentirle entre sus brazos que no estaba dispuesta a separarse de él, aferrándose a su pecho para no dejarle escapar.

—Héctor, nunca, nunca elegiré a nadie antes que a ti, jamás, ni por Abril ni por nadie.

—Lo sé.

—Déjame que te explique qué pasó, solo te pido eso... Tú puedes decidir seguir odiando a Abril o no, pero quiero que entiendas las razones por las que la perdoné —le susurró sobre su pecho.

Héctor se separó de ella y cogió su mano.

—Alicia, no estoy dispuesto a perdonar lo que me hizo.

—Lo entiendo, Héctor, no la perdones, pero al menos escúchame, debes saber lo que pasó en realidad, hace mucho tiempo que debías saberlo.

Él suspiró profundamente y con los dedos empezó a acariciar las manos de su hermana.

—Te escucho.

—Yo estaba muy enfadada, tanto como tú, y no quise saber nada de ella hasta que, pasados unos días, me encontré con la doctora que llevó su caso. Estuvimos hablando de Abril y mencioné lo del aborto provocado. A ella le sorprendió y me dijo que no fue así, que fue un aborto natural, que no fue provocado.

—Pero, eso es lo que Abril te dijo ¿no?

—Sí, es lo que me dijo a mí, porque no era capaz de mentirte a ti. Digamos que me utilizó.

—No te entiendo, Alicia.

—Fui a hablar con ella, a pedirle explicaciones y me encontré con una Abril totalmente distinta. Estaba hundida, sumida en una depresión que le había obligado a suspender varios conciertos. Y sin dejar de llorar lo confesó todo. Había intentado hacerte comprender que vuestro matrimonio no tenía sentido, que era mejor para ti que os separarais, pero tú no estabas dispuesto a abandonarla. Cuando supo que estaba embarazada llegó a pensar en dejar la música, dejar ese mundo tan sacrificado y tener ese hijo contigo. Pero habló con Marcelo y él la convenció para que no lo hiciera. Incluso le dio el nombre de un ginecólogo amigo suyo que podía, según sus palabras, solucionar aquel problema. Abril se negó. No iba a tomar una decisión de ese tipo sin hablar antes contigo.

—Pero si me dijo que yo no era el padre...

—Sí que lo eras, Héctor, nunca estuvo con Marcelo, nunca... Te mintió cuando se dio cuenta de que estabas dispuesto a perdonarla, incluso a pesar de lo que nos dijo que había hecho.

—¡Joder! ¿Cómo pudo mentir en algo así?

—Cuando volvió de la gira ella estaba aún muy confusa y no sabía cómo decirte lo del embarazo. La discográfica quería hablar con ella y por eso viajó hasta Madrid.

—Entonces, ¿es verdad que estuvo con la discográfica?

—Sí. Le ofrecieron un contrato millonario y la posibilidad de grabar en Miami con los mejores productores. Y ella sintió que debía elegir entre una

oportunidad así o seguir adelante con el embarazo. Les dijo que necesitaba pensar bien la respuesta y tomó el primer vuelo de vuelta para hablar contigo. Te iba a contar lo del embarazo y lo del contrato para que entre los dos decidierais qué hacer, pero empezó a sangrar en el avión y allí fue cuando tomó ella sola la decisión. Supo que si ese niño no nacía, lo vuestro no podía continuar. Ella no quería tener familia, tú sí y no quería privarte de algo así. Una vez en el hospital, cuando ya supo que había perdido aquel bebé, me llamó, contándome aquella mentira, consciente de que sería incapaz de mentirte a ti. Cuando te vio dudar, cuando a pesar de todo empezaste a bajar la guardia, Abril comprendió que llegarías a perdonarla. Y, por esa razón, decidió ser más contundente, confesándote una falsa infidelidad. Tú eras el padre, Héctor, lo de las fotos con Marcelo fue todo un montaje planeado por él mismo. Por eso cambió de manager pocas semanas después, cuando él se le insinuó y ella descubrió el engaño.

Héctor se levantó del sofá con los ojos entrecerrados, los nudillos blancos de apretar los puños y la mandíbula en tensión. Tanto tiempo soportando aquella carga, tanto tiempo padeciendo aquel azote, una y otra vez, el latigazo aborto, el latigazo infidelidad, el latigazo engaño, la frase “tú no eres el padre” castigándole, una y otra vez. Todo había quedado en una espeluznante y cruel invención para dejarle ir. Continuaba siendo una mentira, menos dolorosa, sí, pero seguía tratándose de una jodida mentira. Miró a Alicia, sentada en el sofá, expectante. Su querida Ali. Él podía no perdonar nunca a Abril, pero ahora entendía que su hermana siempre estuviera en su derecho de perdonarla o no.

Caminó rodeando el sofá, respiró profundamente y volvió a sentarse junto a su hermana. Le pasó un brazo por detrás de la cabeza y la atrajo hasta su hombro.

—Debí dejarte hablar antes.

—Sí, pero no querías escuchar, no estabas preparado.

—No, no lo estaba. Necesito olvidar todo esto, Ali. Sobre todo por nosotros... No quiero mirarte y pensar en tu amistad con Abril. Se acabó. A partir de ahora vuelves a ser mi Ali.

—Me encanta que me llames así —Alicia apoyó una palma en su pecho—.

Te ha convencido Naira para venir ¿verdad?

—Es la canija más tozuda que he conocido jamás.

—Sí y sois tal para cual. Te pega.

—No empieces con eso... —besó su pelo y sonrió feliz. Había recuperado a su hermana y esta vez iba a ser para siempre.

Cuando Naira e Iván entraron en el salón, se encontraron a Alicia apoyada en el hombro de Héctor, riendo a carcajadas mientras él le explicaba algo divertido. Iván, desconfiando aún de aquel irresponsable, buscó la mirada de su mujer. Al igual que sus cuñados, solo necesitó leer sus ojos para comprender lo que acababa de suceder. Y cuando Héctor se levantó, Iván se acercó a él y le golpeó en el hombro.

—¡Joder, Héctor! Me cago en la puta... ¿Por qué coño has tardado tanto?

—Lo siento, Iván... ¡Joder! Lo siento. Tío, estaba bloqueado.

—Cabrón, ven aquí... —lo sujetó por los hombros y lo atrajo a él para apretarse contra su pecho y propinarle varios manotazos en la espalda. Vamos, un abrazo masculino en toda regla—. Te he echado de menos, cabronazo, que eres un cabronazo.

—Y yo a ti, capullo de mierda...

Y mientras ellos continuaban con su lista interminable de insultos cariñosos, puñetazos provocadores, saludos con mano, brazo y codo y sonoras palmadas en hombro, espalda, nuca y cara... Naira y Alicia, sentadas en el sofá, se miraron sonrientes.

—Gracias Naira... No sé cómo agradecerte lo que has hecho. Estaré siempre en deuda contigo.

—Yo no hice nada, Alicia, él solito me empezó a contar lo que sucedió. Se nota que necesitaba desahogarse y acabar con esa agonía.

—Héctor nunca había hablado con nadie de Abril, ni conmigo, ni con Raúl. ¿Por qué crees que te lo ha contado a ti? —Alicia le guiñó un ojo mientras le sonreía picarona.

—Porque soy una buena periodista —respondió Naira sonrojada. Sabía lo que Alicia le estaba insinuando y bajó su mirada para no mostrar sus sentimientos.

En el camino de vuelta, Héctor, desviando de nuevo la vista de las piernas desnudas de Naira, intentó resumir todo lo que Alicia le había explicado.

—Por eso Abril quería tu perdón. Ella me explicó que había hecho daño a personas muy importantes en su vida. Se refería a ti, está claro.

—Ella intentó hablar conmigo después del divorcio, pero nunca respondí a sus llamadas.

—¿Has pensado en perdonarla?

—No quiero pensar en eso. Ahora no...

Y volviendo a perder la mirada a través del cristal, Héctor pensó en su futuro más próximo. En dos semanas regresaría a la ciudad, dejando atrás un pueblo, unos amigos, el cariño de Irina y lo que fuera que le unía a Naira, sin saber si unos días después ingresaría en prisión o no. No era el momento de pensar en perdonar a Abril. Había solucionado su problema con Alicia, aquello era lo realmente importante. Abril ya había quedado en el olvido. Sus pensamientos los ocupaba ahora otra mujer. La mujer que se sentaba a su lado. La misma mujer que en ese momento temía que el escandaloso retumbar de sus latidos delatara sus sentimientos. La misma mujer que aquella noche no pudo dormir al recordar que en dos semanas él iba a salir de su vida para siempre.

Los siguientes días transcurrieron con normalidad. Héctor quería dejar todos los casos de adopción cerrados antes de irse y Naira estaba concentrada en los eventos programados para el verano, así que apenas tuvieron tiempo de compartir un rato de tranquilidad por las noches.

Como cada viernes desde que Héctor aterrizara en Vilanén, casi dos años atrás, Rita le recibía sonriente en el mostrador de su supermercado. La mugrienta cortina roja había sido sustituida por una puerta de cristal que Héctor había instalado unos meses atrás. Los productos estaban perfectamente ordenados en las estanterías y tanto éstas como las paredes del local, estaban impolutas. Ahora sí era todo un modelo de higiene y perfecta disposición que bien merecía el primer premio al mejor supermercado.

—¿Me ayudarás hoy con el papeleo? Alfonso me ha pedido algunos documentos para declarar los impuestos y no sé bien cómo encontrarlos — propuso Rita.

—Sí, tranquila. Miraré en tu despacho. Muchos de tus documentos ya los ordené. No te preocupes, yo me encargo.

Apenas una hora más tarde, Rita se acercaba a Héctor con una taza de café en la mano. Y como otras tantas veces habían hecho durante esos veinticuatro meses, Rita se sentó a su lado para conversar.

—He pensado que, como el próximo viernes será el último día que estés en el pueblo, no hace falta que vengas a ayudarme. Se lo pregunté a mi prima y me dijo que no había problema.

—¿Tu prima? —Héctor sonrió, sin querer imaginar qué barbaridad se le habría ocurrido a Rita para decir algo así.

—Pues, Matilde, mi prima. La que te envió aquí y la que me pidió que te diera trabajo todos los viernes durante dos años.

—Rita, no te entiendo... Aquí me envió una Juez.

—Sí, mi prima. Matilde es Juez.

Héctor se levantó súbitamente de la silla, como si el respaldo acabara de prender en llamas. Abrió los ojos, atónito, y movió levemente la cabeza de lado a lado repetidas veces.

—¿Me estás diciendo que la Juez que me envió aquí es tu prima?

—Sí, hijo, sí... ¿tan difícil es de entender?

—¿Y ella solo te pidió que me dieras trabajo?

—Sí y que te controlara. Ya sabes, si querías salir del pueblo me debías pedir permiso...

—¿Y el informe psicológico?

—Informe... ¿qué?

Héctor volvió a sentarse aturdido y pensativo a la vez. ¿Cómo encajaba lo que acababa de descubrir? ¿Significaba eso que la Juez le había tomado el pelo? ¡Joder! Muy probablemente sí. Aquella mujer debía estar divirtiéndose de lo lindo a su costa. Aunque él se lo tenía bien merecido, por no preguntar,

por encogerse de hombros, por justificar la actitud de Rita y cumplir con cada una de sus peticiones sin rechistar. Sin cuestionarse lo más que cuestionable, sin dudar de lo evidentemente dudable, por creerse lo imposible ¿Rita psicóloga? Y él se la había tragado enterita.

—Héctor, creo que nunca te he dado las gracias por lo que has hecho por mí y por Brenda. Te lo agradezco infinitamente. Quiero que sepas que aquí siempre tendrás un hogar y una familia que te quiere.

¡Al demonio la Juez, su engaño y las estúpidas dudas sobre Rita!

—Rita, te empecé a ayudar por orden de un Juez pero continué haciéndolo porque quise, porque se lo prometí a Brenda para que se centrara en sus estudios y no se preocupara por ti. Rita, soy yo quién debería darte las gracias, por acogerme, por escucharme, por hacerme reír, por tus empanadas gallegas, tus cafés y nuestras charlas. Y por tener una hija maravillosa a la que quiero como a una hermana pequeña. Yo también os considero parte de mi familia y no os olvidaré jamás...

Apenas pudo acabar la frase, una Rita empantanada en lágrimas se tiró a su cuello y le abrazó con fuerza hasta casi impedirle la respiración.

Héctor y Gonzalo habían adelantado la hora de salir a correr los sábados por la mañana. Desde que Rosa reapareció en su vida, cada sábado, Gonzalo, después de desayunar algo rápido con Héctor, conducía feliz hacia Barcelona, con una enorme sonrisa enmarcada en su rostro, en busca de la mujer a la que amaba y con la que pasaría otro fin de semana de ensueño.

Y por esa razón, aquel sábado Héctor ya estaba duchado y preparando una lavadora a las diez de la mañana, cuando el sonido del timbre de la casa le sorprendió. Pensó que podía ser Brenda, o tal vez Rita, o quizás Alfonso... a saber. Naira estaba vistiendo a Irina, así que dejó a un lado la colada y fue a abrir.



—¿Laura? ¿Qué haces aquí? ¿No ibais a venir mañana? ¿Y Raúl? —preguntó asomando la cabeza y buscando a su hermano.

Pero no necesitó respuestas a sus preguntas. Laura se tiró a sus brazos y empezó a llorar desconsoladamente, emitiendo unos sollozos lastimeros que encogieron el corazón de Héctor. Éste la apretó con fuerza contra su pecho y acarició su pelo.

—Tranquila, Tranquila...

Después de unos minutos dejando que se calmara, Héctor se separó unos centímetros de ella y la miró a los ojos.

—¿Estás mejor?

—Sí —respondió en un susurro.

—Entra y hablamos.

Lamentaba terriblemente tener razón, pero Héctor sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano. Raúl y Laura se habían peleado. Aquella debía ser la segunda o la tercera vez que discutían desde que eran pareja, pero la primera que Laura acababa llorando. Fuera lo que fuese que había sucedido, Héctor recordó la petición de su hermano: “Si sabes que le grito o soy injusto con Laura, te doy permiso para que me des una paliza. Es más, te pido por favor que lo hagas, que me pegues sin compasión”. Y después de presenciar el desconsolado llanto de su cuñada, supo que ese día alguien iba a recibir un merecido guantazo.

—Cuéntame... ¿qué ha pasado? —preguntó Héctor, una vez estuvieron los dos sentados en el sofá.

—Raúl se ha puesto muy nervioso y ha empezado a gritar... y no sé qué le pasa, Héctor. Yo, yo... solo le dije que tenía un retraso...

—¿Retraso? ¿Estás embarazada?

—No... bueno, no sé... tengo un retraso de cinco días y eso no es normal en mí.

—¿No te has hecho la prueba?

—No. Eso es lo que le he dicho a Raúl, que quería ir a comprar el test de

embarazo. Y entonces se ha puesto muy nervioso, empezó a decir palabrotas y a ir de un lado al otro de la habitación. No quiere tener hijos, Héctor, no quiere y se ha enfadado conmigo, se ha enfadado... —el llanto no la dejó continuar.

—¡Joder! Y ¿qué has hecho entonces? ¿Te has ido así, sin más? ¿Y te ha dejado ir? ¿No ha hecho nada para impedir que te fueras?

—No, él no sabe que estoy aquí, cree que estoy en casa. Después de ponerse como una fiera, se vistió y se fue... No sé dónde ha ido... Héctor, no sé qué pensar, no sé qué le pasa...

—Está bien, tranquilízate... Voy a hablar con él. Tú me esperas aquí ¿vale? Naira se queda contigo.

—Vale.

Afortunadamente Héctor consiguió contactar con Gonzalo antes de que éste saliera de Vilanén para ir a buscar a Rosa. En cinco minutos le pasaría a recoger e irían juntos a Barcelona. Naira, que ya estaba al corriente de lo sucedido, esperaba en la puerta de la casa junto a Héctor mientras Laura, en el salón, jugueteaba con Irina para tranquilizarse.

—No seas duro con Raúl, escúchale primero —le aconsejó Naira.

—Lo primero que va a recibir es un buen tortazo, luego ya veremos.

—Héctor...

Él le guiñó un ojo y le dedicó una de esas sonrisas que ella tanto odiaba.

—La semana que viene hará dos años que me fui de Barcelona —añadió él —. Me siento extraño al pensar que en una hora estaré allí de nuevo.

—No me das envidia. A mí no me apetece nada volver.

—¿Lo tienes decidido? ¿Te quedarás aquí?

—Sí. Es aquí donde quiero estar y donde quiero criar a Irina.

—Haces bien... —Héctor agachó la cabeza para evitar la mirada de Naira. Le dolía demasiado hablar sobre su partida.

Pocos minutos después, Gonzalo paró el vehículo en la calle. Héctor empezó a andar hacia el coche, pero cuando apenas había dado cuatro pasos, se volvió

y se acercó de nuevo a Naira. La miró fijamente a los ojos, con una intensidad casi abrumadora, apretó los labios y arrugó la frente. No sabía exactamente por qué había dado media vuelta, por qué estaba allí, delante de ella, sin poder dejar de mirarla.

—Yo...

Naira tuvo que contener la respiración, incapaz de mover un músculo, incapaz de soportar la presión que aquella turbación estaba ejerciendo contra su pecho. Hasta que Héctor agachó la cabeza y la besó en la mejilla.

—En un par de horas estamos de vuelta —acertó a decir antes de encaminarse de nuevo hacia el coche de Gonzalo, aturdido, sin comprender exactamente qué acababa de hacer, por qué se había dejado llevar por esa necesidad imperiosa de besarla, de rozar sus mejillas, de sentir su respiración, de despedirse de ella.

Y mientras Naira perdía de vista el vehículo calle abajo, una lágrima se deslizó por su mejilla. Se la secó con los dedos y dejó escapar un largo suspiro.

—Hoy volverás, pero la próxima semana no...

## CAPÍTULO 20

—¡Joder Fernando! Ya te he dicho más de mil veces en los últimos tres meses las razones por las que necesito cambiar de departamento —exclamó Raúl exasperado y golpeando de nuevo la mesa de su superior con el puño cerrado.

—Raúl, no hay más que hablar. Ya te dije que lo veía muy complicado.

—Pero si ni tan siquiera lo has intentado, joder. ¿Es que no merezco una oportunidad? En todos estos años no te he pedido nada, nada... —intentó calmarse bajando el tono de voz—. Fernando, si Laura está embarazada yo no puedo seguir aquí, necesito salir de esta mierda...

—Pero no sabes si está embarazada. Cuando lo esté, hablamos.

—¡Esto es increíble! ¿Para qué? ¿Para volver a darme largas?

—Mira Raúl...

El comisario no pudo continuar la frase. Un chico joven golpeó la puerta e irrumpió en su despacho.

—Comisario Rodríguez, el comisario Madrás necesita alguien del departamento informático ya. Es un caso urgente.

—Dígale al comisario Madrás que los fines de semana no trabaja nadie del equipo. Así que no podemos ayudarle.

—Yo iré —Raúl se ofreció sin dudar—. Bueno, Fernando, si no tienes nada más que decir...

—Ve, ve con ellos, pero Raúl, te recuerdo que este es tu sitio.

—Ya hablaremos... —se despidió mientras cerraba la puerta del despacho de su jefe, malhumorado y, de nuevo, sin una solución a su problema.

Raúl y el joven policía se dirigieron hacia el ascensor del pasillo principal del edificio. Mientras esperaban que las puertas de éste se abrieran, el móvil de Raúl vibró en su bolsillo. Era un mensaje de Héctor

“¿Dónde estás?”

Raúl entrecerró los ojos, confuso. Si no recordaba mal habían quedado para el día siguiente. ¿A qué vendría ese mensaje?

“En comisaría ¿por qué?”, respondió al momento.

“No te muevas de ahí. En una hora estoy en la puerta”

¿Héctor en Barcelona? ¿Habría pasado algo grave? Iba a preguntarle por las razones de aquel repentino viaje cuando las puertas del ascensor se abrieron. La comisaria ocupaba un edificio de siete plantas y el joven policía que lo acompañaba apretó el botón que les llevaría hasta la séptima. Era imposible enviar otro mensaje a Héctor en el ascensor, así que guardó el móvil a la espera de hacerlo más tarde en un lugar con mejor cobertura.

Había subido hasta aquella planta en alguna ocasión, pero no la recordaba así. Los despachos alineados a su derecha, delimitados por unas mamparas de cristal, eran nuevos. En la parte central habían colocadas dos islas con cuatro mesas en cada una de ellas. Todas equipadas con dos pantallas planas de 24 pulgadas, nuevas y de gama alta. Definitivamente, habían reformado esa planta recientemente y el departamento que la ocupaba tenía presupuesto para invertir en buenos equipos. Toda una quimera para un policía graduado en ingeniería informática como era él.

El joven le señaló la puerta del segundo despacho y Raúl accedió por ella, llamando suavemente con los nudillos de la mano izquierda.

—Pase, pase...

Un señor algo mayor que su jefe, le dio paso. Debía rondar los sesenta años de edad y parecía concentrado mirando la pantalla de su ordenador por encima de las gafas. Imaginó que debía ser el comisario Madrás.

—¿Es usted informático?

—Sí, comisario. Me llamo Raúl Soriano. ¿Necesita ayuda?

—¿Raúl Soriano? He oído hablar de usted. Trabaja en la Brigada Central de Crimen Organizado ¿no es así?

—Sí, así es.

—Síntese, por favor. Dicen de usted que acaba resolviendo la gran mayoría de sus casos usando como principal herramienta su ordenador. Debe ser usted

el mejor de su departamento.

—Bueno, todos conocemos bien las artimañas tecnológicas.

—Y precisamente por eso, necesito de su ayuda. Hemos confiscado estos ordenadores a una empresa que está acusada de espionaje industrial y ha sido imposible acceder a ellos sin la contraseña.

—¿Ha usado usted las aplicaciones que tenemos para descifrar contraseñas?

—Sí, todas, pero no me ha servido de nada.

—Si me permite... —Raúl se levantó de la silla y rodeó la mesa donde el comisario trabajaba para situarse tras él.

—Sí, por favor, siéntese aquí y tómese su tiempo —este le cedió el asiento.

Durante varios minutos permaneció concentrado delante de la pantalla de aquel ordenador. Estaba muy bien protegido pero él era obstinado y en tesón no le superaba nadie. Por un instante, asomó a su cabeza el mensaje de Héctor. Levantó la mirada y vio que el comisario Madrás le observaba, atento a todos sus movimientos, así que, de nuevo, abandonó sus dudas y volvió a su tarea.

—¿Cree que podrá desbloquearlos?

—No es que lo crea, comisario, es que ya están desbloqueados... —afirmó Raúl sonriente mientras giraba el monitor del ordenador y le mostraba la pantalla.

—Así que lo suyo no es un leyenda urbana... es tan bueno como dicen. ¿No le apetecería cambiar de departamento?

Raúl abrió los ojos de tal forma que parecían que iban a salir de sus órbitas. Sus cuerdas vocales debían haber olvidado la función que tenían que desempeñar porque por un instante no consiguió emitir ni un vocablo.

—¿Le sorprende la pregunta?

—No, no... verá, es que estoy intentando cambiar de brigada desde hace unos meses pero mi solicitud parece no avanzar... —una explicación políticamente correcta.

—Bueno, eso me da una considerable ventaja. Como puede ver, acabamos de instalarnos. Pertenecemos a la Brigada Central de Delincuencia Económica y Fiscal y estamos especializados en fraudes financieros, fraudes en los medios

de pago, delitos bursátiles y espionaje industrial. Hemos incorporado recientemente un policía joven con un nivel medio de informática pero no posee ni la misma experiencia ni los mismos conocimientos que usted. Los casos se nos amontonan y le necesitamos. El joven podría ser su ayudante. ¿Qué me dice? ¿Se anima?

—Pues, supongo que debería consultarlo con mi superior.

—Eso me lo deja a mí. Usted solo dígame si quiere cambiar y yo me ocuparé personalmente de mover los hilos necesarios.

Raúl volvió la mirada a la pantalla del ordenador. Desbloquear equipos, buscar información eliminada, históricos de búsquedas, documentos encriptados... él era un experto en encontrar el camino que los demás intentaban borrar, el mejor desbloqueando, el mejor recuperando información perdida. Aquel puesto estaba diseñado para él y, de paso, conseguiría hacer feliz a Laura.

—¿Tendría un horario de oficina?

—Sí. Se le acabarían las largas jornadas y las llamadas a horas intempestivas.

—De acuerdo. Cuente conmigo. ¿Cuándo podría empezar?

Como un niño de dos años que descubre por primera vez la Navidad, Raúl salía del ascensor con una sonrisa de oreja a oreja. Canturreando una canción, atravesó el hall de la comisaría, deseando llegar a casa, anhelando abrazar a su mujer y decirle sí, sí a comprar juntos ese test de embarazo, sí a comprobar si iban a ser padres y sí a serlo, porque eso era lo que los dos querían, lo que los dos más deseaban.

Pero cuando atravesaba el umbral de la puerta exterior, aún con la felicidad dibujada en su rostro, sintió como su mejilla estallaba en mil pedazos, empujada por un azote que casi descolocó su mandíbula. Perdió el equilibrio y cerró por un instante los ojos, aturdido por el ardor que recorría los músculos de su cara. Cuando los abrió se encontró a su hermano enfurecido y con el puño cerrado, mientras Gonzalo, detrás de él, le sujetaba el brazo.

—¡Cabrón! Tu mujer llorando y tú con esa estúpida sonrisa en la cara. ¡Joder! Suéltame Gonzalo que le arreo otra ostia.

Dos policías que habían presenciado el puñetazo, acudieron rápidamente y agarraron a Héctor, cada uno por un hombro y brazo, inmovilizándolo y separándolo de Raúl.

Éste no lograba comprender por qué su hermano mayor se estaba comportando así, por qué estaba enfadado y, sobre todo, por qué había dicho que su mujer estaba llorando. Iba a abrir la mandíbula dolorida para pedirle explicaciones, cuando una voz femenina y grave les sorprendió.

—¡Vaya, vaya, vaya...! Veo que hay alguien que no ha aprendido la lección. Ya casi han pasado dos años, Sr. Soriano, y parece que por fin ha acabado como debía estar hace tiempo, escoltado por dos policías.

La furia que había transformado a Héctor en un animal herido desapareció de golpe. La Juez, la famosa prima de Rita y la mujer que debía decidir en dos semanas si era o no condenado, estaba delante de él. Su hermano en el suelo, con la mano en la cara, y dos policías sujetándole con fuerza para no dejarle escapar. De ahí iba directo a prisión.

—Soltadlo, es mi hermano, no pasa nada... —murmuró Raúl mientras movía su mandíbula de lado a lado con la mano—. Se trata de un malentendido.

—¿Está seguro? Porque su hermano no parece estar jugando a ver quién es el más gallito de la granja —ironizó la Juez mientras caminaba hacia un coche aparcado frente a la puerta de comisaria—. Ándese con ojo, Sr. Soriano, que todo lo que usted haga o deje de hacer está siendo considerado. Piénselo —le advirtió a Héctor mientras entraba en el vehículo.

Los dos policías soltaron al abogado al ver como Raúl les asentía con la cabeza. Gonzalo, que se había apartado a un lado, volvió a sujetar a su amigo.

—Héctor, tranquilízate...

—¿Se puede saber a qué ha venido esto? Y ¿cómo que Laura está llorando?

—preguntó Raúl preocupado.

—¿Y me lo preguntas tú, cabrón? —Héctor, algo recuperado después de la aparición de la Juez, volvió a mostrar su enfado.



—Laura está en Vilanén —explicó Gonzalo—. Se ha presentado allí llorando.

—¿Cómo? Pero si estaba en casa. No os entiendo. Me estáis preocupando.

Gonzalo, comprendiendo que el problema entre Laura y Raúl podía tratarse de un malentendido, intentó tranquilizar a los dos hermanos. Les animó a que le esperaran en un bar cercano y discutieran sobre lo sucedido para aclarar la situación. Él debía ir a buscar a Rosa y volvería a recogerles en una hora.

Algo más relajados, Héctor y Raúl se sentaron, uno frente al otro.

—Llevo meses discutiendo con Fernando sobre mi traslado. Estaba harto de sus mentiras, de que retrasara deliberadamente mi petición y me sentía frustrado. No le dije a Laura lo del cambio de departamento para no darle falsas esperanzas. Quería sorprenderla, decirle que si cambiaba de trabajo podría estar más tiempo con ella y tener hijos. Yo sé cuánto lo desea, aunque no me lo diga. Y supongo que me he obsesionado con todo esto. Por eso estaba tan irritado.

—Pero ¿hacía falta que le gritaras esta mañana?

—No le gritaba a ella, Héctor, de verdad... Yo nunca la trataría mal, lo sabes... Pero estaba tan ofuscado, tan frustrado, que monté en cólera y me fui a la comisaría para discutir de nuevo con mi jefe, para darle un ultimátum.

—¿Y lo has conseguido?

—No, me ha pasado algo mucho mejor.

Raúl le explicó en detalle lo sucedido después de abandonar el despacho de Fernando.

—Por eso salías con esa sonrisita en la cara...

—Sí, estoy muy contento, Héctor, y deseando hablar con Laura para explicárselo todo.

—Siento haberte pegado...

—No lo sientas, lo has hecho por Laura y eso te honra.

—¡Hola Héctor! Hacía tiempo que no te veía por aquí —la camarera se acercó a saludarles.

—¡Lucía! ¿Qué tal estás? —Héctor se levantó para besar sus mejillas—. Sí, estoy viviendo fuera de la ciudad. ¿Y tu hermano? ¿Cómo va?

—Bien, bien... ya sabes, trabajo, mujer, hijos... en fin, lo normal.

—Me alegro. Dale recuerdos de mi parte.

—¿Vas a querer un whisky con hielo? —preguntó ella algo sorprendida.

—No, no... una caña, por favor. ¿Y tú Raúl?

—Otra. Gracias.

Raúl contemplaba a su hermano con asombro. ¿Era aquel el mismo Héctor que hacía dos años utilizó sus técnicas de mujeriego insaciable para llevarse esa chica a la cama?

Héctor volvió la mirada hacia su hermano después de que Laura los volviera a dejar a solas.

—Debí preguntarte antes de darte el puñetazo.

—No pasa nada, Héctor. Me preocupa lo de la Juez. ¡Joder! ¡En qué momento ha tenido que aparecer!

—Sí, una mierda... Pero de todas formas, Raúl, creo que me va a condenar igualmente.

—¿Por qué dices eso? No has causado problemas durante estos dos años, te has comportado mejor que nunca.

—La Juez es prima de Rita. Le pidió que me diera trabajo los viernes y que me controlara, pero no hay informe psicológico. Nos tomó el pelo. Sin ese informe dijo que yo iría a la cárcel y después de lo que acaba de pasar, me temo que voy directo a la trena.

—¡Va! Intenta ser más positivo. Ya verás como todo se soluciona.

—No sé...

En ese preciso instante, una joven rubia, alta y con un vestido corto ciñendo su escultural cuerpo, entró en el bar y fijó la mirada en Héctor. Raúl pensó que tal vez se conocían, pero su hermano ni tan siquiera notó su presencia.

—¿Y Naira e Irina? —preguntó Raúl.

—¿Y Naira e Irina qué? —Un nudo le apretó la garganta.

—¿Qué va a pasar con ellas?

—Pues lo que pactamos, firmaremos el divorcio y le concederé la custodia total. Ya tengo los papeles preparados, el viernes se los daré a firmar.

—Héctor, no tienes razones para irte de allí. Seguro que te absuelven.

—¿Y si no? Además ¿qué hago yo allí con Naira? Nuestro matrimonio es una farsa y acordamos que lo acabaríamos así.

—Héctor, a mí no me engañas, Naira te gusta.

—No, Naira no me gusta.

—Héctor, te he visto mirarla de arriba abajo, devorarla con los ojos... Que te conozco.

—Solo es atracción física.

—¿Solo?

—¡Joder Raúl! Llevo dos años, dos años sin echar un jodido polvo... ¿cómo te crees que estoy?

—Más salido que el pico de una mesa.

—¡Exacto! He llegado a ducharme con agua fría hasta tres veces en el mismo día, Raúl. Esto es insoportable.

—¿Y crees que solo es eso? ¿Que la atracción que sientes por ella es por estar tan desesperado?

—Sí, pues claro...

—Y dime, listo, si tan desesperado estás ¿por qué no has intentado nada con la camarera? Ya te has liado una vez con ella y no para de observarte desde la barra, pero tú, sin embargo, solo le preguntas por su hermano.

—¿Y eso qué más dará?

—Ya ¿Y la rubia que acaba de entrar?

—¿Qué rubia?

—Tiene un cuerpo de infarto y te ha mirado como si te conociera. Y tú, ni te has dado cuenta. Antes no había falda que se te escapara, las cazabas todas al vuelo.

—No la he visto.

—No te has dado cuenta y no has intentado nada con ellas a pesar de estar tan desesperado porque solo estás atraído por una mujer, Héctor, por Naira. Deja de buscar excusas y reconócelo. Y estoy seguro de que ella también siente algo por ti. No seas imbécil, hermano, no las abandones.

—Tengo que irme de allí.

—¿Por qué?

—¡Joder! Raúl ¿no lo entiendes? Si me inculpan, la adopción de Irina corre peligro.

—¿Cómo? ¿No habéis pasado ya el informe post adoptivo?

—Sí, pero si me condenan por unos crímenes anteriores a la adopción, podrían reabrir el caso.

—¿E Irina podría volver a su país?

—Sí o se la quedarían en servicios sociales hasta encontrarle un hogar provisional. Raúl, eso destrozaría a Naira, no puedo permitirlo. Sin embargo, si cuando me condenen ya estamos divorciados y ella tiene la custodia total, tendrá posibilidades de continuar siendo madre única. Ya tiene residencia y un contrato de trabajo. Lo tengo todo preparado para que, en caso de que ella tenga problemas, Alfonso le ayude con los trámites.

—Vale, entiendo... Pero también existe la siguiente posibilidad: te divorcias, le concedes la custodia total, te absuelven, vuelves con ellas y todos felices.

—Raúl, sabes que no funcionaría... En una semana recuperaré mi vida de soltero, ya sabes lo que me gusta mi independencia, las fiestas y todo lo demás. Naira no necesita un hombre como yo.

—Yo no creo que seas ese hombre del que hablas, pero ¿sabes qué? Tú mismo... ya me darás la razón, ya.

—Dejemos el tema, por favor —suplicó Héctor mientras apartaba a un lado la cerveza, el nudo en la garganta le había quitado las ganas de beber—. ¿Os quedaréis a dormir? Es absurdo que regreséis hoy a casa, si mañana tenéis que volver a Vilanén.

—Vale, cuando llegue Gonzalo que nos acerque a mi casa para coger algo de ropa.

—Y no te olvides del regalo ¿Encontró Laura lo que le pedí?

—Sí, no te preocupes, está todo controlado.

Cuando entraron en casa de Héctor, Naira estaba en la cocina preparando un puré de verduras para Irina. Raúl la miró suplicante.

—¿Dónde está? —preguntó con voz temblorosa.

—En la habitación de Héctor.

Raúl subió las escaleras de dos en dos, mientras Héctor se acercaba a Naira.

—¿Cómo ha ido?

—Todo ha sido un malentendido.

—Menos mal...

Laura estaba sentada en la cama de Héctor, cabizbaja y en la penumbra. Raúl se acercó en silencio y una vez frente a ella se arrodilló para estar a su misma altura.

—Cariño, perdóname. No te gritaba a ti, estaba enfadado con mi jefe, no contigo...

Enmarcó con sus dos manos el rostro de Laura y la miró fijamente a los ojos mientras le explicaba la frustración de los últimos meses, cómo la situación de su traslado le estaba irritando y finalmente, lo que había sucedido esa mañana.

—Cuando me cambie de departamento se acabarán las largas jornadas, podré estar más tiempo contigo y, sobre todo, dejaré de sufrir esa carga psicológica de los casos más espeluznantes.

—Pero te gusta tu trabajo. Siempre has dicho que a pesar de los momentos duros era gratificante resolver los casos y tú eres bueno.

—Seguiré trabajando en lo que me gusta, Laura, cazar a timadores o ricachones que evaden impuestos tiene su morbo...

Laura sonrió tímidamente. Raúl llevó sus manos hasta su vientre, levantando la camiseta y acariciando la piel suave de su mujer.

—¿Crees que estás embarazada?

—No... —Ella agachó la cabeza—. Se acabó el retraso.

Él rodeó con sus manos su cintura y la atrajo hacia él, apresando sus labios en la medida justa, controlando la desesperación que él sentía por invadir su boca y desbordando la ternura que ella necesitaba en ese momento. Cuando abandonó sus labios y mientras besaba su nariz y frente, Raúl se levantó y fue hacia la mesita de noche, donde estaba el bolso de Laura.

—¿Qué buscas?

No respondió. Rebuscó entre los bolsillos interiores hasta que dio con lo que buscaba. Con la caja de pastillas anticonceptivas en la mano, se acercó a la ventana y la lanzó al exterior.

—¡Raúl, las has tirado al patio! —exclamó Laura sonriente—. Las podría coger Irina o Pablo.

—No te preocupes, luego las recojo... Solo quería dramatizar un poco.

—Estás loco...

—Tú tienes la culpa —dijo con voz seductora, mientras se descalzaba, subía a la cama de su hermano y acercaba a su mujer a su pecho sujetándola por la cintura—. ¿Cuántos quieres tener?

—Mínimo dos...

—¿Y máximo? —Raúl la miró asustado.

—Tres.

—Ufff... qué susto, temía que dijeras más...

Aquella noche Héctor durmió en el sofá-cama del salón y Raúl y Laura ocuparon su habitación. A la una y media de la madrugada Raúl se despertó al oír un zumbido cerca de él. Era el despertador. Lo paró pensando que tal vez su hermano lo activara por error y bajó a la cocina para beber algo de agua. Cuando iba a volver a subir las escaleras, Naira bajaba por ellas. Esta le pidió silencio llevándose el dedo índice a los labios. Le indicó que le acompañara hasta la cocina e intentando hacer el menos ruido posible, calentaron un biberón para Irina.

—Tu hermano lo hace cada noche. Él no sabe que le descubrí. Se pone el despertador, calienta algo de leche y se lo da a Irina mientras le lee “Platero y yo” —susurró Naira.

—Su libro favorito. Mi madre también nos leía cuando éramos bebés.

—¿Quieres hacerlo tú hoy?

—¿Puedo?

—¡Claro! Así vas practicando... —Naira le sonrió con picardía.

Subieron los escalones con sumo cuidado para no despertar a Héctor y ya en la habitación de Irina, Raúl la tomó en brazos. La niña tenía los ojos abiertos

y empezó a succionar su biberón con tranquilidad.

—Cuando acabe, le lees un capítulo —Naira le puso en la mano el libro que ella guardaba en su habitación—. Hoy toca el capítulo “La Fábula”. No tardará en quedarse dormida.

—Muy bien... —Raúl admiraba a Irina fascinado —. Tengo una sobrina preciosa —miró a Naira y le dedicó una sonrisa cariñosa—. Naira, aunque mi hermano vuelva a la ciudad ¿podemos venir a visitarlos de vez en cuando? Nos gustaría que Irina nos conociera como sus tíos.

—Sí, por supuesto. Me encantaría —la oscuridad de la habitación ocultó la lágrima que cayó por su mejilla, dejando un rastro de emoción y angustia.

Sin poder hablar y haciendo un esfuerzo casi doloroso para contener los sollozos, Naira se dirigía a su cuarto cuando una mano sujetó su brazo. Los largos dedos descendieron hasta rodear su muñeca, dejando una estela de calor que parecía quemarle la piel. Alzó la vista, buscando los ojos que la observaban en la penumbra del pasillo. Naira se estremeció por la cercanía de su aliento, a pocos centímetros de su frente. Héctor separó uno de los dedos que sujetaban con sumo cuidado su muñeca y rozó la tela que cubría sus caderas. Al notar la prenda interior bajo la camiseta, una corriente de placer recorrió el cuerpo de Héctor. El resuello de ambos se tornó más violento, como si les doliera respirar. El dedo masculino continuó deslizándose suavemente por sus caderas hasta alcanzar el límite de la prenda que las cubría. El calor de su piel desnuda le hizo volver a la realidad, dando un paso hacia atrás para alejarse de Naira.

—Gra... gracias... por lo de Raúl... —balbuceó él, antes de desaparecer escaleras abajo.

Incapaz de contener por más tiempo el llanto, Naira enterró su dolor bajo las sábanas de su cama.

Apenas había dormido cuatro horas e intentó tapar sus ojeras con varias capas de maquillaje. Fue en vano. Después del encuentro con Héctor en el pasillo no había conseguido conciliar el sueño hasta casi el amanecer. Sabía que era tarde, pero adivinó por el intercomunicador de la habitación de Irina que

Laura le había cambiado el pañal a la niña y se la había llevado consigo al salón. Eso le dio más tiempo para estirarse perezosa en la cama.

Ese domingo era su aniversario, cumplía 32 años y se suponía que debía estar contenta. Pero ese mismo día también hacía dos años de su divorcio y de la muerte del padre de Héctor, así que no era día para celebraciones. Alicia e Iván venían también a comer, querían estar juntos para recordar a su padre y Naira pensó que lo mejor era que su cumpleaños pasara desapercibido.

Bajó las escaleras confundida, no sabía cómo reaccionar ante Héctor después del extraño encuentro en el pasillo la noche anterior. Todavía se estremecía al recordar el ardor de sus manos acariciando su piel.

—Buenos días, dormilona —Laura, guapa a rabiar hasta recién levantada—. Irina ya se ha tomado todo su biberón de cereales y estamos las dos aquí esperándote para salir al parque.

—¿Dónde están Héctor y Raúl?

—Salieron a correr con Gonzalo.

—No sé, no me apetece salir... —sintió una languidez en su cuerpo y se dejó caer sobre el sofá.

—No, no... de eso nada. Arriba. Desayuna algo rápido que nos vamos.

—De verdad, Laura, que no me apetece.

—Naira, tengo contactos en la policía, no hagas que los utilice —le guiñó un ojo divertida.

—Vale.... Y luego dicen que yo soy tozuda...

A regañadientes desayunó sin ganas y se cambió de ropa. Media hora más tarde, se dirigían al parque más cercano. Irina empezaba a dar sus primeros pasos, aunque aún necesitaba sujeción, y entre las dos la ayudaban cogiendo sus manitas. Durante una hora contemplaron a la niña jugar con la arena sentadas en un banco. Conversaron sobre el trabajo de ambas y sobre cómo Irina se había adaptado con facilidad a su nueva casa.

—Deberíamos irnos ya, Laura, tenemos que preparar la comida —Naira miró el reloj inquieta.

—Héctor me dijo que no nos preocupáramos, que ellos se encargaban de todo.



—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

Continuaron parloteando durante unos minutos más, hasta que Laura se levantó en busca de la niña.

—Va, vámonos ya para casa.

—Sí, señor... Hoy estás en plan sargento O'Neil —Laura rio a carcajadas ante su comentario.

—¡Venga ya! Levanta el culo soldado...

—Señor, sí señor —Naira se reincorporó de golpe y saludó a Laura como si fuera un militar.

Entre risas y bromas llegaron a casa. No había nadie en el salón, ni en la cocina y eso extrañó a Naira.

—¿Dónde están?

—Deben estar en la terraza.

Laura tomó en brazos a Irina y se situó detrás de Naira, invitándola a abrir ella misma la puerta que salía a la terraza. Cuando la abrió se quedó blanca, rígida, llevándose las manos a la boca por la sorpresa.

—¡Felicidades! —gritaron todos al unísono.

Debían haber en el jardín más de quince personas, Alicia e Iván con el pequeño Pablo en brazos, Raúl, Rosa y Gonzalo, Brenda y Jaime, Rita hecha un mar de lágrimas, Luis el médico y su mujer Sofía, Adolfo el abogado y Dolores, el alcalde y su esposa y los maestros Ignacio y Blanca. Buscó la mirada de Héctor pero al no encontrarla, inquirió a Rosa con un gesto que ella entendió a la primera. Su amiga alzó las cejas para señalar a la persona que se situaba justo detrás de ella. Se dio media vuelta y se encontró de frente con Héctor. Éste le estaba dedicando esa sonrisa arrebatadora que derretía las neuronas de Naira. “¡Maldita sonrisa!”

—¿Eres tú el culpable? —él asintió—. Pero, Héctor, hoy es el aniversario de la muerte de tu padre y... —no pudo continuar hablando, Héctor aprisionó sus labios con dos dedos, apretándolos y haciéndola sentir como el patito feo

del cuento.

—No iba a consentir que pasaras tres años seguidos sin celebrar tu cumpleaños. Mi padre no me lo hubiese perdonado.

A partir de ese instante todo a su alrededor se convirtió en sonrisas, felicitaciones, carcajadas, besos y abrazos, sobre todo con Rosa y Jaime, claro... Cada matrimonio había traído comida preparada de casa y la mesa, que habían situado en el pasillo central del jardín, estaba cubierta de todo tipo de suculentos manjares. Desde las famosas empanadas gallegas de Rita hasta los humeantes canelones de Dolores. Se sentaron alrededor y comieron con tranquilidad. Sin prisas. Era día de celebración y de disfrutar.

Aunque para algunos, aquél también era un día de despedida. Iba a echar tanto de menos ese hermoso pueblo que comer junto a sus amigos estaba resultando tremendamente doloroso para Héctor.

Después de los cafés, Rosa y Laura sacaron el pastel y mientras Naira soplaba las velas, todos la rodearon para que Jaime inmortalizara el momento.

En un instante en el que los invitados parecían más dispersos, Héctor se acercó a Naira. Se situó frente a ella y le entregó un pequeño paquete. Estaba envuelto en papel blanco y una cinta roja lo rodeaba hasta acabar anudado en un lazo. Naira le miró alzando la ceja. ¿Qué clase de utensilio de cocina le habría comprado esta vez? Héctor la miraba sonriente, como si supiera lo que pasaba por la cabeza de Naira. “¿Será verdad que saben interpretar una mirada?”—pensó ella.

—Va, ábrelo, no le des tantas vueltas.

—¿Qué es? ¿Un sacacorchos? ¿Un abridor?

Héctor arrancó a reír a carcajadas.

—Ya, tú riete... que te conozco.

Rompió el papel con cuidado y, sin más demora, esperando cualquier absurdo regalo, abrió la caja. La barbilla de Naira empezó a temblar y de nuevo su rostro se cubrió de lágrimas, arrastrando las capas de maquillaje que nunca llegaron a simular sus ojeras. Al verla tan aturdida, Héctor tomó entre sus dedos la pulsera de Pandora, abrió el corchete y lo cerró rodeando la joya en

su muñeca. Sujetando la mano de la que colgaba el brazalete, empezó a mostrarle los amuletos que había escogido para ella.

—Esta cámara de fotos es por tu profesión, este libro es porque sé que te encanta leer, este biberón es por Irina, esta I es su inicial y la N es la tuya — Héctor se estaba emocionando al verla gimotear pero hizo un esfuerzo sobrehumano para ocultarlo.

—Gracias... —sus ojos brillaban como nunca y él tuvo que bajar la vista a la pulsera.

—¿Te gust...?

No pudo acabar la pregunta, Naira se lanzó a su cuello apretando su cuerpo con fuerza. Héctor dudó si rodearla con sus brazos pero no pudo resistirse. Se abrazaron durante lo que pareció una eternidad. Ella se alzó de puntillas para enterrarse en su pecho y él hundió su nariz en su cuello, inspirando la fragancia de su piel, cerrando los ojos para agudizar los sentidos y gravando en su mente esas sensaciones. Los silbidos de sus amigos les sacaron de aquel abrazo desesperado y ambos sonrieron para simular su turbación.

---

El último viernes en la agencia fue un día de celebración y de despedida. Andrés, Natalia y Héctor comieron juntos en el restaurante de María y Joan y por la tarde Andrés no pudo contener las lágrimas.

—Héctor, aquí siempre tendrás un puesto de trabajo. Piénsalo, por favor...

—Andrés, ya te lo he dicho, me reincorporo este lunes en el bufete.

—Bueno, que sepas que si nos echas de menos y te apetece volver yo haré todo lo que esté en mi mano para que te den el puesto.

Parecía increíble que aquel mismo hombre le hubiese recibido tan mal hacía dos años. Recordando aquellos inicios y los múltiples momentos vividos en Vilanén, Héctor salió de la agencia. Antes de llegar a casa, se paró en el supermercado de Rita. Su hermano le iría a recoger a la mañana siguiente y no quería irse sin volver a besar a Rita en las mejillas. Después de dejarla de nuevo con la cara llena de lágrimas, Héctor llegó a casa.

Naira estaba dándole la cena a Irina y saludó a Héctor con una leve sonrisa. Después de la fiesta de cumpleaños, habían pasado esos últimos días así, sonrisas tímidas, saludos cordiales, frases escuetas y miradas esquivas. Ninguno de los dos quería mostrar al otro el dolor que estaban padeciendo.

Después de ducharse, Héctor bajó a la cocina para preparar la cena. Naira estaba acostando a la niña y la esperó para cenar juntos. De nuevo, lo hicieron en un doloroso silencio. Cuando hubieron acabado de recoger, Héctor se volvió a sentar. Había llevado hasta allí una carpeta con documentos y los depositó sobre la mesa.

—Naira, tenemos que hablar.

Ella estaba recogiendo algunos juguetes que Irina había dejado esparcidos por el salón y al oír la voz de Héctor sintió cómo su corazón se comprimía. Sabía de qué tipo de papeles se trataba. Se acercó a la mesa de la cocina con una expresión entre la angustia y el sarcasmo.

—Me da la impresión de que esto ya lo he vivido antes...

Aquellas palabras y el tono de Naira se clavaron en el pecho de Héctor como si le atravesara la afilada hoja de una catana. Era la segunda vez que se sentaban uno frente al otro para firmar unos papeles de divorcio, pero esta vez se trataba de su propio matrimonio. De un falso matrimonio, de una unión pactada, de una mentira, sí, pero un divorcio igual de doloroso.

—Estos son los papeles de la custodia de Irina. Como verás aquí se explica que te concedo la custodia para que seas tú su único tutor, renunciando yo a ser su padre —Su padre, esas dos palabras se le atragantaron al pronunciarlas y tuvo que carraspear para continuar—. Puedes firmar aquí.

Ella firmó sin levantar la mirada.

—Estos son los papeles del divorcio. Como no tenemos bienes comunes y renuncio a la custodia de la niña, no hay demasiados puntos a mencionar. Solo que el matrimonio se disuelve y ya está.

Naira, de nuevo, firmó sin objetar nada.

—He dejado pagado el alquiler de la casa por un año más.

—No tenías por qué hacer eso... —Naira le miró enfadada—. Lo puedo pagar yo.

—Lo sé, pero he querido hacerlo y no se hable más —Héctor recogió los papeles y los introdujo de nuevo en la carpeta.

—¿Tú no los firmas?

—Ya lo haré más adelante. Le daré los documentos ya registrados a mi hermano para que te los traiga.

Naira se levantó arrastrando la silla, con el ceño fruncido y visiblemente irritada. Iba a atravesar el salón para subir escaleras arriba y esconder de nuevo su llanto bajo las sábanas, pero se paró en medio del salón, con los puños cerrados. No estaba dispuesta a huir otra vez, a agachar la cabeza y no pedir explicaciones. Iba a luchar, a patalear, a pelear hasta obtener una respuesta.

—Esta vez no, Naira, esta vez no te vas a callar —se ordenó a sí misma.

—¿Qué has dicho? —Héctor la oyó susurrar.

—He dicho que esta vez no me pienso callar —repitió dándose media vuelta—. ¿Por qué, joder, por qué? ¿Por qué renuncias a Irina si la quieres, si estás loco por ella, si te despiertas todas las noches para tenerla entre tus brazos? ¿Por qué?

—Naira, es complicado... Me tengo que ir.

—Es por mí ¿verdad? Ese es el problema...

—No te entiendo, yo no tengo ningún problema contigo.

—A la niña la quieres pero a mí no...

—No vayas por ahí, Naira... no tiene nada que ver con eso.

—¿No? ¡Pues claro que es eso! Yo no soy una de esas amiguitas con las que tanto te gusta salir. No soy como esas azafatas o esas modelos altas, rubias y con unos cuerpos de infarto.

—Naira...

—No, yo no soy así, yo no soy lo suficiente mujer para ti ¿verdad?

—¡Joder Naira! Deja ya de decir tonterías.

—No digo tonterías, digo la verdad, te vas porque yo no soy nada para ti,

nada... —Naira arrancó a llorar y subió escaleras arriba.

Héctor se quedó allí, sentado junto a la mesa de la cocina, con la respiración entrecortada y una angustia castigando su estómago. ¿Cómo podía decirle a Naira que ella no tenía la culpa de nada? ¿Cómo darle a entender que ellas no tenían nada que ver con su partida? ¿Cómo decirle que ella era mucho más mujer que todas esas azafatas y modelos? ¿Cómo hacerle comprender que ella no era el problema? Con el puño cerrado golpeó la mesa una y otra vez. La única mujer que deseaba en ese momento se sentía rechazada por él y no podía hacer nada, nada... Ella no merecía sentirse así, no. Se levantó y subió las escaleras apresuradamente.

Naira estaba de pie, mirando a través de la ventana y retirándose con las manos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Se había comportado como una estúpida llorando delante de Héctor. Si él se quería ir, lo mejor era que lo hiciera lo antes posible, que se fuera y no volviera nunca más. Que regresara a su vida de abogado engreído y las dejara vivir en paz. Sí, eso era lo mejor.

Oyó unos pasos tras ella y se estremeció al percibir su respiración agitada. Héctor había entrado en su habitación pero ella permaneció de espaldas a él.

—Naira, después de que me repuse del divorcio, sí, he estado con azafatas o modelos rubias y altas, como bien dices. Mujeres con las que nunca mantuve ningún otro tipo de relación que no fuera el sexo. Pero nunca, Naira, jamás, jamás he deseado tanto besar unos labios como deseo besar los tuyos, jamás, jamás he deseado tanto acariciar a alguien como deseo acariciarte a ti y jamás, Naira, jamás he deseado tanto acostarme con una mujer como deseo hacerlo contigo.

Naira se giró y Héctor tuvo que bajar la mirada al suelo, asustado por el deseo que irradiaban aquellos fascinantes ojos negros.

—Tú no eres el problema, Naira, tú eres perfecta, Irina y tú sois perfectas... Yo... yo me tengo que ir, no te puedo dar nada, no puedo ser lo que tú

necesitas. Me tengo que ir... Es lo mejor, lo mejor para vosotras...

—¿Lo mejor para nosotras o lo mejor para ti? —Naira dio un paso al frente.

—Lo mejor para vosotras, créeme —él dio un paso hacia atrás.

—¿Y si nosotras queremos que te quedes?

—Naira, no, no puedo... ¡Joder! No me lo pongas más difícil.

—Dices que me deseas pero no quieres que te lo ponga difícil, pues vale...

—sus ojos negros se humedecieron de nuevo y Héctor sintió el filo de la catana volver a desgarrar su pecho—. ¡Vete! ¡Vete! ¡No te vayas mañana, vete ahora, vete y no vuelvas!

—Naira... yo... lo siento, joder, lo siento.

—No, tú no lo sientes, ese es tu problema, que no sientes y ¿sabes por qué? Porque eres un cobarde, un maldito cobarde.

—No es eso, Naira, no soy un cobarde... Es solo que...—dudó por un momento en contarle la verdad, pero no pudo—. ¡Joder! Que me tengo que ir y ya está...

Agachando la cabeza, Héctor se dio media vuelta con la intención de salir de la habitación, pero mientras él daba un paso, Naira se situó tras él, apoyando su frente en su espalda. Él dejó de caminar al notar su contacto, cerró los ojos e inspiró profundamente, deseando olvidarse de todo, girarse, tomarla entre sus brazos y demostrarle lo mucho que la deseaba.

—No te vayas mañana, vete el domingo. Dices que no puedes darme nada y no es cierto. Dame dos días, solo dos días...

—Naira, será peor, será más duro...

Era absurdo, debía salir de aquella habitación sin demora, llamar a su hermano y pedirle que fuera ya a recogerle, ya, cada minuto en esa casa iba a ser una tortura para los dos. ¿A qué esperaba para salir corriendo?

—Lo siento, me tengo que ir...

Comenzó a caminar, separándose de ella y sintiendo un vacío devastador. Pero, cuando iba a atravesar el umbral de la puerta, un objeto de goma golpeó en su nuca. Miró al suelo. Naira le había tirado una chancleta. A pesar de la

angustia, Héctor no pudo evitar sonreír.

—Cobarde... —susurró ella.

Iba a dar otro paso pero de nuevo otra chancleta golpeó en su espalda.

—Cobarde...

Héctor inspiró profundamente y levantó la cabeza mirando al techo. ¿Qué tenía aquella mujer que conseguía sacarle de quicio? ¿Qué tenía Naira que lo volvía loco? ¿Qué tenía esa canija que le resultaba imposible negarle nada?

Se giró sacando de su bolsillo el móvil y dio unos pasos hasta estar frente a ella.

—¿A quién vas a llamar ahora? —preguntó Naira aturdida por su cercanía.

—A mi hermano...

—¿Te tiro unas chancletas y llamas a la policía? —le preguntó ella alzando la ceja como tan bien había aprendido de él.

Héctor sonrió de nuevo.

—¿Raúl? Sí, todo bien... Te llamo para pedirte un favor. ¿Puedes venir a buscarme el domingo en vez de mañana? Sí... ¿A la siete de la tarde te va bien? ¡Vale! ¿Naira? Sí... bien, está aquí conmigo. Sí... vale... ¿Y se lo doy con lengua o sin lengua? Vale, sí, sí... se lo doy ahora mismo.

Colgó la llamada, lanzó el móvil sobre el sillón y la miró a los ojos. La miró fijamente, diciéndole sin palabras lo mucho que la deseaba, lo mucho que había anhelado sentir su cuerpo y fundirse en ella. La agarró con los brazos por la cintura y la elevó hasta alcanzar sus labios, devorándolos con una desesperación atroz. Los lamió, los mordió, los succionó y los degustó a conciencia, con una impaciencia desconocida para él. Naira rodeó con sus brazos su cuello y lo atrajo más hacia sí para no dejarle escapar. Poco a poco, ella fue deslizándose contra su cuerpo hasta aterrizar de puntillas sobre las zapatillas de Héctor. Éste sonrió en sus labios.

—Canija...



—Imbécil... —ella le devolvió la sonrisa, mientras se separaba unos centímetros de su boca—. ¿Este beso era tuyo o de tu hermano?

Héctor sujetó la barbilla de Naira con suavidad y la movió levemente para besar su mejilla.

—Éste es el de mi hermano.

Ella también le besó en la mejilla.

—Devuélveselo.

—Naira... —Héctor apoyó su frente en la de ella—. ¿Estás segura? ¿No será peor esto? Me tengo que ir, no quiero que derrames una sola lágrima por mi culpa... Naira, no puedo permitir que sufras por mí...

—Héctor, no quiero imaginar lo que podía haber sido, quiero recordarlo, quiero cerrar los ojos cuando no estés y recordar este fin de semana, recordarte a ti como el hombre que me lo dio todo durante dos días, lo quiero todo, Héctor, lo quiero todo de ti...

—Lo tendrás todo...

Volvió a besarla con furia, con un deseo largamente contenido, con un ansia descomedida, recorriendo cada rincón de su boca, saboreando su saliva, su lengua, el contacto de sus labios y el estremecimiento de su cuerpo, saciando por fin la necesidad de sentirla entre sus brazos.

—No... no tengo preservativos. ¿Tienes tú? —preguntó él casi sin voz.

—No nos hacen falta... —murmuró ella en sus labios antes de volver a arremeter contra su boca.

Naira notó una sacudida recorrer su cuerpo cuando la mano abierta de Héctor subió por su espalda, dejando una estela de calor a su paso. Cuando él desabrochó el sujetador, ella sintió esa misma liberación, Héctor había abierto ese cierre, liberándola de sus miedos, de sus dudas como mujer. Él la deseaba de verdad, deseaba su cuerpo y ella se lo iba a ofrecer todo.

Arrastrando los pies para que ella pudiera continuar de puntillas sobre ellos, Héctor se dirigió hacia la cama de Naira. Con sumo cuidado la depositó sobre el colchón mientras levantaba la camiseta de ella y la lanzaba al suelo. Ella se deshizo del sujetador y Héctor desabrochó sus pantalones. Mientras tiraba de ellos contempló su cuerpo desnudo y pensó que nunca antes una mujer le

había parecido tan hermosa. Acercándose de nuevo a su boca, le susurró en los labios.

—No vuelvas a compararte con ninguna otra mujer, por muy rubia o alta que sea —Se separó de sus labios y admiró fascinado sus negros ojos colmados de placer—. Naira, eres preciosa tal y como eres, preciosa...

Ella se inclinó para levantar la camiseta de Héctor y ayudarle a desabrochar sus pantalones. Y cuando los dos estuvieron completamente desnudos separaron sus bocas para volver a contemplar el cuerpo del otro, dispuestos a adentrarse en la aventura del placer compartido.

Con sus manos él moldeó su cuerpo a su antojo, sin alterar su perfecta forma original. Con sus dedos surcó cada uno de sus pliegues, buscando un rincón salvaje por explorar. Con su lengua bordeó islas de ensueño, navegó en mares profundos, bebió de sus aguas cristalinas, conquistó, abordó y saqueó hasta apoderarse del preciado tesoro. Y después de regocijarse en su dorada fortuna, Héctor volvió a navegar, surcar y moldear hasta alcanzar de nuevo los brazos que le dieron refugio. Los brazos de una mujer entregada, conquistada pero a la vez hambrienta de conquista, de explorar y de saborear el tesoro del enemigo. Y abandonándolo a la intemperie, Naira comenzó su andadura, aventurándose a lo desconocido, a su piel tersa y firme, a su vientre fuerte, al calor de la piel que abrasaba sus labios. Como una niña traviesa, sonrió al percibir la excitación que provocaban sus caricias, los gemidos que suscitaba la humedad de su lengua y descubrió triunfante el poder que ejercían sus labios al rozar la piel masculina, erizando el vello a su paso.

Rodeando con sus labios la boca de Naira, Héctor se hundió en ella con una lentitud mortificante. Por un instante cerró los ojos para percibir mejor el roce de sus muslos, la humedad de su interior dándole paso y sus cuerpos estremeciéndose con cada embestida. Pero al abrirlos de nuevo y encontrarse con el brillo de sus ojos, Héctor fue incapaz de volver a cerrarlos. El fuego que desprendían sus pupilas encandiló las suyas y supo que jamás iba a olvidar el resplandor de su negra mirada, sus pupilas dilatadas de placer y cómo le suplicaban, cómo le correspondían, cómo le hablaban.

La rodeó con sus brazos y giró sobre su propio cuerpo para acabar sentado

encima del colchón. Sujetando a Naira por las caderas la situó sobre él para volver a sumergirse en ella. Gimieron recibiendo cada embate y se besaron saliendo de él, una y otra vez, y cuando por fin los dos alcanzaron la cima del máximo placer, se fundieron en un abrazo asfixiante. La acidez del sudor velando sus cuerpos, el rugir de sus corazones acallando el silencio de la habitación y el fruto de sus orgasmos anegando las sábanas.

Descansaron sobre sus frentes, inspirando y expirando con celeridad, sin abandonar la mirada del otro.

—Naira, Naira... —susurró él sobre sus labios.

Con delicadeza llevó sus manos a la cabeza de ella y retiró de su rostro su pelo mojado por el sudor.

—¿Qué significa tu nombre? No es muy común.

—No. Es de origen guanche y significa guerrera de ojos grandes.

Héctor echó la cabeza atrás en una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella algo molesta.

—No me río de ti... —la besó en el entrecejo—. Es por lo de los ojos grandes.

—Ya sé que no los tengo grandes... Mis padres no lo sabían cuando decidieron el nombre.

—Tienes los ojos más increíblemente expresivos que haya visto jamás. ¡Es tan fácil leer en ellos...!

—¿De qué va eso que hablas con tus hermanos de interpretar una mirada?

—Nos duchamos y vamos a mi habitación. Allí te lo mostraré.

Después de recuperar la temperatura habitual de sus cuerpos bajo una lluvia de agua tibia y un diluvio de besos y caricias, se dirigieron a la habitación de Héctor envueltos en una toalla.

Héctor se tumbó en la cama, recostando la espalda sobre una almohada y, estirando su brazo, acercó a Naira hasta su hombro. Con el otro brazo abrió el cajón de su mesita de noche y sacó un libro. Era un libro tamaño folio con tapa dura. A Naira le fascinó la córnea que ocupaba la portada. Su iris era de

color esmeralda con destellos dorados y marrones.

—¡Qué foto más bonita! —exclamó ella acariciando la portada.

—La hizo mi padre. El ojo es de mi madre.

Naira buscó su mirada y entendió emocionada que Héctor estaba a punto de compartir con ella algo muy importante para él.

—Mi madre estudió psicología en la Universidad de Barcelona. En su trabajo de fin de carrera quiso profundizar en la teoría de Eckhard H. Hess, un psicólogo que realizó estudios de pupilometría —Abrió el libro y le mostró a Naira una foto y un artículo del psicólogo—. Según él, los cambios de actitud en una persona pueden ser detectados midiendo el tamaño de sus pupilas. Aquel tema fascinó a mi madre y llegó a realizar un estudio muy amplio. Fue más allá de las pupilas y analizó los efectos del estado de ánimo en el iris y las partes externas del ojo, como los párpados. Se puede decir que acabó siendo una experta en interpretar una mirada. La universidad la felicitó por el trabajo realizado y hablaron con una editorial interesada en este tipo de investigaciones. Mi padre hacía poco que trabajaba en esa editorial como fotógrafo —Héctor empezó a pasar páginas hasta llegar a una con varias fotografías—. Mi padre fue el encargado de hacer las fotos de las personas que participaron en el proyecto. Mi madre explicaba a los participantes qué debían sentir en ese momento para que la cámara captara la teoría de sus estudios: rabia, frustración, odio, felicidad, amor... Mi padre fotografió centenares de ojos y mi madre los iba seleccionando para incluirlos en la publicación —volvió a pasar una hoja más y llegaron a una fotografía precedida de un párrafo titulado “Amor”—. En ninguna de las pupilas fotografiadas mi madre leyó el suficiente amor, hasta que dejó de mirar a los modelos y se fijó en el fotógrafo. Mi padre se había enamorado de mi madre y ella lo supo interpretando su mirada. Este ojo es de mi padre. Él tenía 26 años y mi madre 24.

—Héctor... ¡Qué historia más bonita! Es, es... increíble. ¿Puedo? —rogó Naira señalando el libro.

—Sí, toma —él lo depositó sobre su regazo y se dio media vuelta para contemplar la expresión de su rostro.

—¡Es fascinante...! Odio, miedo, compasión, decepción, alegría... esta me la

tienes que haber leído muchas veces: obstinación... —los dos arrancaron a reír.

—Sí, muchas... Y también odio y dolor...

—Ya... me has conocido en mala época.

Héctor depositó varios besos sobre su brazo desnudo.

—Y felicidad.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Cuando tomaste a Irina en tus brazos por primera vez.

Él dibujó una línea de besos en su hombro mientras ella contenía la excitación provocada por el roce de sus labios. Quería saber más sobre aquel libro, pero él no se lo estaba poniendo fácil.

—Y me encantaría volver a leer el placer en tus ojos... —Ahora era el cuello el que recibía sus atenciones.

—Héctor... Un momento que quiero saber más del libro... —El temblor en su voz la delató, él ya tenía la batalla ganada.

—Cada uno de mis hermanos tiene un libro como este... —Besos detrás de la oreja—. Los tres acordamos que solo lo mostraríamos y enseñaríamos lo que sabemos sobre el estudio de mi madre a nuestras parejas y a nuestros hijos...

—Besos por el mentón—. Iván y Laura ya saben interpretar una mirada, al igual que nosotros —Besos descendiendo por el pecho.

—Y Abril... —añadió Naira con la voz entrecortada.

—No, ella no se mostró nunca interesada por este tema... No como tú.

Naira cerró el libro y lo lanzó a un lado de la cama, como si quemara en sus manos.

—Héctor ¿Por qué me has enseñado algo tan íntimo? No, no debiste explicármelo...

Él volvió a guardar el libro en el cajón y se acercó a Naira para continuar besándola.

—Me dijiste que lo querías todo de mí... Ese libro es la razón de que yo esté vivo y lo he querido compartir contigo. Y ahora ¿puedo seguir con lo que estaba haciendo?

No necesitó una respuesta, las pupilas de Naira le mostraron de nuevo el efecto que sus besos provocaban en su piel y volvieron a hacer el amor con la misma pasión que la primera vez.

A la una y media un zumbido hizo abrir los ojos de Héctor con pereza. Hacía tiempo que no se despertaba con el cuerpo entumecido después de una noche de sexo y ¡menuda noche! Tres asaltos tuvieron la culpa de que su deseo por Naira no hiciera más que incrementar y ¡la noche aún no había acabado! Estirando los brazos y con una estúpida sonrisa en los labios, Héctor paró el despertador, encendió la pequeña luz de su mesita de noche y se volvió para contemplar a Naira. Ella estaba de espaldas a él, con el pelo revuelto y las sábanas trenzadas en su cuerpo desnudo. Una imagen más que guardaría en su recuerdo para siempre. Se acercó con cuidado para comprobar si estaba bien dormida y de paso admirar su rostro. No pudo evitar retirar algunos de sus mechones para besar su cuello. ¿Qué tenía su piel que le atrapaba cual insecto que queda inmovilizado en la tela de la araña? ¿Qué tenía aquel menudo cuerpo que provocaba en él un deseo incontrolable? No quería despertarla pero sus labios desobedecieron sus órdenes y continuaron rociando su cuello de besos.

—Víctor... —susurró ella en un gemido.

—¿En serio? —exclamó Héctor abriendo los ojos como platos.

Pero las convulsiones de su cuerpo le hicieron comprender que Naira se estaba riendo y la tumbó bocarriba para inmovilizarla con su cuerpo.

—Serás mala...

—¡Héctor, Víctor no, Héctor! —se burló ella imitando su voz.

—Canija amnésica... —la miró amenazante mientras sujetaba sus muñecas.

—Abogado engreído... —murmuró ella sonriente.

—Creo que hoy Irina se va a quedar sin lectura... —él bajó su boca a uno de su pechos.

—¿Por qué? —ella le miró preocupada.

—Porque hoy tengo otro libro que leer, pero este es de adultos —después de lamer uno de sus pezones besó el camino que le llevaba al otro.

—Héctor, yo... —un gemido le impidió continuar—. Yo quiero que lo hagas.

—Y lo voy a hacer, por supuesto que lo voy a hacer...

—Héctor, me refiero a Irina.

Él se separó de su cuerpo a regañadientes. Ella tenía razón. Era su último fin de semana y le apetecía estar con Irina tanto como con Naira.

—Vale, pero luego te leo a ti, que anoche no me quedaron claros algunos párrafos...

Ella cubierta con una camiseta de Héctor y él con unos bóxer, calentaron juntos el biberón y una vez en la habitación de Irina, después de que la niña se lo bebiera entero, Héctor leyó dos capítulos más de su libro, con Irina apoyada en un hombro y Naira abrazada a su espalda.

Naira abrió los ojos al notar luz en la habitación. Ya era de día y levantó la mirada hacia el despertador de Héctor. Las diez de la mañana. No había oído a Irina, tal vez seguiría dormida. Estiró un brazo tras de sí para comprobar si Héctor seguía a su lado, pero solo pudo acariciar las sábanas frías. Debía estar con la niña. Sonrió al pensar en la noche que habían pasado juntos. Después de leer a Irina, él cumplió su promesa de leerla a ella y tras una ducha cargada de sensualidad, Héctor volvió a abrazarla y besar cada centímetro de su piel como si quisiera reconquistar su cuerpo. Sus besos eran dulces, desbordaban una ternura exquisita y el sexo... uff, con Héctor el sexo era divertido, ardiente y muy placentero. Suspiró largamente a la vez que su sonrisa desaparecía. Se había enamorado de un hombre maravilloso, con el que podría compartir mucho más, compartirlo todo, pero él tan solo le podía ofrecer unas horas, unas pocas horas...

—Buenos días canija dormilona... —unas manitas acariciaron su hombro.

Giró su cuerpo y se encontró con Irina casi sobre ella y a Héctor detrás, sonriente y tremendamente atractivo. Con las manos Naira intentó ordenar su caótica melena, pero Héctor se acercó a sus labios y le susurró antes de besarla.

—Estás preciosa.

Desayunaron juntos y salieron al parque cogiendo de la mano a Irina. Una hora después, mientras Héctor la tomaba en brazos, pasearon siguiendo el curso del río hasta regresar a casa hambrientos. Hambrientos de todo.

—¿Tú preparas la comida de los dos y yo la de Irina? —Preguntó Héctor besando a Naira con desesperación después de dejar a la niña en su parque infantil—. Yo le doy de comer y la llevo a dormir y mientras tú me esperas aquí, que tenemos que seguir con la lectura de anoche.

Cuando Héctor bajó, después de dejar a Irina durmiendo la siesta, se encontró a Naira en la cocina, fregando algunos platos. Se situó justo detrás de ella y sus labios acabaron en su cuello, víctimas de nuevo de su atracción.

—No sé qué pensar de ti —murmuró sobre su piel.

—¿Por qué? —preguntó ella intrigada.

—¿Has utilizado alguna pócima, veneno, droga o hechizo para seducirme? Porque debes saber que te está funcionando a la perfección.

Ella sonrió pero Héctor adivinó que solo intentaba ocultar un sollozo. La sujetó de los hombros y la giró para verle la cara. Sus labios le sonreían pero las lágrimas en sus mejillas y la tristeza en sus ojos hablaron por sí solos.

—Naira, por favor, no...

—Tranquilo, estoy bien... de verdad.

—Tendría que haberme ido ya —dijo Héctor dando un paso hacia atrás.

—No, no... —Naira rodeó su pecho con sus brazos—. Voy a sufrir igual si te vas hoy o mañana, por favor, quédate... —Levantando la cabeza para mirarle le sonrió—. ¿No querías leer algo?

—Preferiría hacer el amor contigo... —Él la miró seriamente, con una expresión en su rostro que estremeció a Naira.

Los ojos de ella se volvieron a humedecer. Hacer el amor eran palabras mayores y nunca pensó oírlas de su boca. Y aunque Héctor las había pronunciado consciente de su significado, agitó la cabeza de lado a lado y continuó sonriente.



—Preferiría follar, follar como locos... En la cocina, en el salón, en las escaleras, en la terraza, en el despacho... —separándose de ella un paso empezó a señalar la mesa de la cocina—. Había pensado que podríamos empezar echando un polvo aquí, luego otro en el sofá, otro en la alfombra y otro en las escaleras. O, para ahorrar tiempo, un mismo polvo que empiece aquí y acabe allí. ¿Qué te parece? ¿Sí? ¿Sí? ¿Sí? —preguntó con la lengua fuera imitando a un perrillo.

Naira empezó a reír a carcajadas y él a admirarla fascinado. ¡Era tan increíblemente satisfactorio verla reír!

Pocos segundos después, Héctor la desnudaba con impaciencia, devorando sus labios y acariciando su piel como si un cronómetro les marcara la marcha atrás. Una vez desnudos, sentó a Naira sobre la mesa, lamió sus pechos con voracidad y cerró los ojos al notar la humedad de su interior empapando su erección. Sin dejar de besar sus labios embistió contra su cuerpo una y otra vez. Mirándola con una sonrisa, la alzó para llevarla a horcajadas hasta el sofá, donde el frenético vaivén de sus cuerpos explotó en un gemido descontrolado.

—¿No teníamos que acabar en las escaleras? —preguntó Naira aún extasiada.

—Sí, creo que habría que repetirlo, algo no ha salido bien... —Héctor la miró a los ojos sonriente.

El domingo, después de comer, los tres acabaron dormidos en el salón, Irina en su parque infantil, Héctor estirado en el sofá y Naira tumbada sobre él. Habían vuelto a pasar la noche enredados y al final el cansancio pudo con ellos. Cuando Irina los despertó con sus balbuceos, pasaban pocos minutos de las cinco de la tarde. Héctor miró el reloj y acarició la cabeza de Naira, que seguía apoyada sobre su pecho.

—Tengo que preparar las maletas.

Ella se levantó en silencio y fue en busca de su hija para darle la merienda, mientras él subía las escaleras con una presión aplastando su pecho.

Intentó introducir todas sus cosas en las dos maletas pero fue imposible. Era

comprensible, se llevaba mucho más de lo que había traído. Y no se trataba solo de ropa.

Bajó los paquetes a la puerta exterior, dejándolos lo más cerca posible de la carretera. Así cuando su hermano llegara, no tardarían en cargar el coche. Cuando volvió a entrar en la casa tan solo faltaban quince minutos para las siete y, conociendo a su hermano, sabía que apenas le restaban cinco para despedirse. Naira acababa de sacar a Irina de la bañera y la estaba secando con una toalla en el cambiador de la habitación de la niña.

Héctor se acercó por detrás y la abrazó, rodeándola por la cintura y enterrándose en su cuello.

—Naira, prométeme que seguirás luchando, que seguirás siendo la mujer que eres ahora, la auténtica, la única... prométemelo.

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Eres la mejor madre que Irina podría tener. Gracias por permitirme ser su padre aunque solo fuera por unos meses.

—Tú... tú siempre serás su padre —dijo ella entre sollozos.

—Lo siento, Naira, lo siento...

Deshizo el abrazo, depositando un beso sobre su cuello, se inclinó para besar a Irina y salió de la habitación.

Raúl ya lo esperaba en la calle, cargando las maletas en el coche. Cuando vio aparecer a su hermano dedujo que no era buena idea entrar a saludar a Naira, así que en silencio continuó guardando sus cosas en el maletero. Héctor, cargó un par de cajas más y entró en el vehículo sin detenerse, sin mirar atrás. Una vez dentro, Raúl intentó decirle algo pero él levantó la mano rogándole silencio y cuando salieron de la calle, Héctor se dejó apoyar en la ventanilla, perdiendo la mirada a través de ella.

## CAPÍTULO 21

Ataviado con uno de sus trajes de Armani, Héctor se situó frente a las puertas del ascensor. Volvió a usar sus gafas de sol para ocultar las ojeras. Apenas había conseguido dormir la noche anterior. Metió un dedo por el cuello de la camisa. Aquel traje le estaba asfixiando. Miró de lado a lado, con la absurda esperanza de ver a Naira aparecer con su faldita corta, sus tacones y su preciosa sonrisa. Aquella misteriosa mujer casada, su compañera de ascensor, ya no existía, desapareció. Las puertas se abrieron y él junto con seis personas más se adentró en el habitáculo cuadrado. Cuando las puertas se iban a cerrar, una mujer de unos treinta años entró apresuradamente situándose justo frente a él. Héctor abrió el diario y buscó la sección de deportes. “¿Por qué nunca hablan de pesca en los periódicos?”

El ascensor empezó a parar a partir de la décima planta y cuando llegó a la decimoctava ya solo quedaba él.

La recepcionista del bufete había cambiado y Héctor tuvo que explicarle que trabajaba allí y que volvía de una larga ausencia. Alberto no tardó en salir a recibirle y cuando Héctor lo vio aparecer pensó que durante esos dos años Alberto había sido el único amigo al que había echado de menos. Se abrazaron y se golpearon la espalda con cariño.

—¿Qué ganas tenía ya de verte! —exclamó Alberto.

—Lo mismo digo... ¿Qué tal están Sandra y Carlota?

Se habían llamado en alguna ocasión durante aquellos dos años y Héctor ya sabía del nacimiento de Carlota.

—Carlota está preciosa —Alberto sacó el móvil del bolsillo y le mostró la pantalla—. Mira, pelirroja como la madre.

—Y guapa como la madre también... —Héctor le guiñó un ojo—. ¿Cuántos meses tiene?

—Trece meses ya... Es un bicho. Desde que camina sola tenemos que estar siempre detrás de ella.

“Dos meses más que Irina”, pensó Héctor apenado. “Y yo me voy a perder sus primeros pasos”.

Continuaron conversando mientras se adentraban en el despacho de Alberto. Un par de horas después, Héctor ya se había puesto al día de los casos que esperaban sobre su mesa.

—Así que, ya ves, aquí trabajo no te falta... ¿Preparado para retomar tu puesto?

—Sí, dalo por hecho —mintió Héctor.

Y cuando éste se levantó con la intención de salir del despacho de su amigo, Alberto le miró con curiosidad.

—¿Quién es ella?

—¿Cómo dices?

—Desde que has llegado no me has hecho ningún comentario sobre mujeres y lo que más me ha sorprendido es que no me has dicho nada de la nueva recepcionista. Hace dos años ya hubieses conseguido su teléfono nada más conocerla. ¿Hay algo que no me hayas contado? —preguntó Alberto alzando las cejas.

—Sí, que creo que necesito ir al oculista...

—Ya, el oculista.

Nunca le habían parecido los días tan insufriblemente lentos. Trabajaba hasta tarde en el bufete y salía a correr con Raúl siempre que ambos podían, consiguiendo así estar en casa el menor tiempo posible. Su apartamento ahora le resultaba frío, inerte, las paredes estaban vacías y cualquier ruido se repetía en un eco insoportable. Pero si los días eran lentos, las noches eran mortificantes. Si no conseguía dormir sus pensamientos solo los ocupaban Naira e Irina, si era capaz de dormir soñaba con ellas y si los sueños se convertían en pesadillas, ellas volvían a aparecer.

El viernes a media mañana una llamada de su hermano le sorprendió.

—¿Raúl? ¿Pasa algo? —no pudo evitar preocuparse por ellas.

—No, tranquilo... Aunque tengo malas noticias. Tu reunión con la Juez se ha retrasado para la siguiente semana.

- ¡Joder! Otra semana de incertidumbre...
- Una semana más, Héctor, una semana más y todo quedará resuelto...
- No sé, Raúl, no lo veo nada claro.
- Sé más positivo... ¿Tienes planes para este fin de semana?
- Había pensado en ahogarme en la bañera o ver unas cuantas películas de Quentin Tarantino para animarme un poco.
- Interesante... pues mañana vienes a cenar a casa.
- Allí estaré.

De nuevo la misma sensación al despertar: una terrible presión en el estómago y una angustia oprimiéndole la garganta. Desde que Héctor se había ido, las noches habían pasado a ser infinitas y las mañanas amargas. Naira se levantó con pereza y fue en busca de su hija que ya la llamaba desde su habitación. Continuaba balbuceando muchos monosílabos sin sentido pero desde hacía unos días había empezado a decir “mamá”. La primera y única vez que Naira sonrió durante aquella semana fue al oírle pronunciar aquella palabra. Después de intentar comer algunas galletas mientras Irina devoraba su papilla de cereales, se vistió y, cogidas de la mano, salieron al parque. Llevaba ya un rato sentada en el banco, observando a Irina, cuando una mano golpeó su hombro.

—Hola cuñada —Alicia y Pablo de pie detrás del banco—. Hemos venido a haceros una visita. Pablo tenía ganas de jugar con su prima.

—Hola Alicia, querrás decir ex cuñada y ex prima...

—Naira, ya sé que vuestro matrimonio fue un pacto y que mi hermano se fue cumpliendo con su parte, pero para nosotros seguiréis siendo cuñada y sobrina —le dijo sentándose a su lado.

Naira sonrió agradecida. ¿Cómo negarse a algo así?

—Gracias Alicia y para nosotras seguiréis siendo nuestra familia —sonrió cariñosamente.

—¿Te encuentras bien? —Alicia se acercó para contemplar mejor su rostro —. Estás pálida y tienes unas ojeras de campeonato.

—No duermo muy bien últimamente, me despierto muchas veces y por el día

no tengo tiempo de nada. Estoy agotada, solo es eso.

—¿Y comes bien?

—Sí, sí... no te preocupes —mintió Naira.

—Pues parece más delgada ¿De verdad que comes bien?

—Y tú parece médico... —sonrió Naira.

—Me has descubierto —rio Alicia—. ¿Me haces un favor de cuñada?

—Sí, lo que quieras.

—Ven mañana a verme al hospital. Te haré un chequeo.

—Alicia, no hace falta, estoy bien... Es solo... —¿Cómo decirle que su problema era que echaba de menos a Héctor?—... que tengo mucho trabajo con las actividades programadas en el pueblo, la niña, la casa... desde que tu hermano no está tengo más cosas que hacer.

—Ya, te entiendo, pero no me gusta esa cara que tienes, así que no se hable más. ¿Mañana a las cuatro de la tarde te va bien?

—Vale... Otra más tozuda que yo...

¿Qué hacer un domingo por la tarde cuando tu estado de ánimo está por los suelos? Hacía unos días lo tenía muy claro: salir a pescar o correr con Gonzalo, una visita a Alfonso para hablar sobre alguno de sus casos actuales o pasados, unas tapas en el bar de Esteban, pasar a ver qué hacía Rita, sentarse en el escalón de la terraza y esperar ansioso a que Naira hiciera lo mismo, ver con ella una de sus tantas películas o simplemente besarla hasta tener calambres en los labios. Pero como todo eso había quedado en el pasado, Héctor estaba sentado en el taburete del bar de su amigo Carlos, apoyado en la barra y con una cerveza en la mano. Éste le estaba explicando cómo había conocido a su novia Raquel. Recordó que Mónica e Inés le habían explicado aquella historia cuando las encontró en el aeropuerto el día que Naira y él viajaban a Kazajistán. En aquel momento ella estaría pidiéndole a la trabajadora del aeropuerto que le diera a su marido el último asiento del avión. “¡Canija!”, pensó Héctor con una media sonrisa.

—Y así fue como Raquel y yo empezamos a salir.

—Muy bien, una historia fascinante...

—Sí y ¿tú qué? Te casaste ¿no? Mónica e Inés me lo contaron.

—Sí, bueno, fue un matrimonio pactado... Le debía un favor a la chica y me casé con ella para que consiguiera la adopción. Pero ya nos hemos divorciado.

—¡Ah! Llevas ya dos matrimonios y dos divorcios. A la tercera será la vencida.

—Sí... —respondió por responder, pues continuaba absorto en sus recuerdos.

—¿Otra cerveza?

—No, me voy... Pasaré por el vídeo club a ver si tienen la de Kill Bill...

Imposible escaparse de Alicia. Había intentado cancelar su visita con cualquier excusa pero su ex cuñada le ganaba en tozudez. Así que allí estaba ella, en la sala de espera de la ginecóloga Alicia Soriano. Miró el reloj. Habían pasado ya quince minutos de las cuatro. Si seguía tardando en salir de la consulta, le enviaría un mensaje diciéndole que había tenido que irse. Afortunadamente en la sala de espera había algunos juguetes e Irina estaba sentada sobre una manta en el suelo entretenida con ellos. Pocos minutos después, Alicia aparecía tras una puerta con otra paciente. Después de despedirse, se acercó a ellas y tomó en brazos a Irina.

—¡Hola preciosa! —La besó y se dirigió a Naira—. Voy a pedir a una de las enfermeras que cuide de Irina mientras vienes conmigo.

Una vez dentro de la consulta, se sentaron en las sillas preparadas para las visitas.

—Te voy a extraer sangre y mientras la analizan en el laboratorio, te haré algunas preguntas para rellenar mi informe.

—De acuerdo.

Alicia le preguntó sobre sus alergias, operaciones, enfermedades, la frecuencia con la que se hacía revisiones ginecológicas, análisis de sangre o simples controles rutinarios. Dos horas después de preguntas, respuestas y conversaciones fuera del ámbito médico, una enfermera llamaba a la puerta para entregarles el resultado del análisis sanguíneo.

Alicia fue a ocupar su asiento para estar frente a Naira.

—El colesterol bien, los triglicéridos bien... tienes el hierro bajo.

—Eso explica mi cansancio ¿verdad?

—Sí, podría ser eso. Una pregunta, ¿te explicaron la razón por la que no te podías quedar embarazada? ¿Mioma, pólipo, alguna alteración en el útero, en las trompas de Falopio...?

—El ginecólogo que me hizo las pruebas me dijo que todo eso estaba bien. Pero con la última analítica me hicieron un estudio del cariotipo. A Ernesto le explicaron que tenía el síndrome de Turner y, por tanto, era estéril.

—¿Me podrías decir el nombre del ginecólogo?

—Sí. Emilio Suárez.

—Muy bien. Espérame aquí un momento que voy a llamarle.

—Alicia ¿pasa algo? Estás empezando a preocuparme.

—Tranquilízate. Déjame verificar un par de cosas y luego te cuento.

Que se tranquilizara. ¡Como si fuera tan fácil! Estaba nerviosísima y como para no estarlo con tanta pregunta y la cara de preocupación de Alicia. Naira se llevó los dedos a los labios y empezó a mordisquear las uñas. Había conseguido controlar ese vicio pero ahora necesitaba una pequeña dosis para calmarse.

—Ya he hablado con él —Alicia se dirigió a ella desde la puerta—. Ven, tengo algo que enseñarte.

Entraron en otra habitación contigua. Alicia le pidió a Naira que se desnudara de cintura para abajo y se tumbara en una camilla, la ajustó para que estuviera sentada y le pidió que se relajara. Encendió un monitor y le introdujo por la vagina la sonda del ecógrafo.

—Este es el útero —le dijo señalando la pantalla—. Y... a ver si lo veo... sí, aquí, ¿ves este pequeño circulito?

—Sí, lo veo ¿eso es malo?

Alicia sacó la sonda del interior de Naira, le pidió que se vistiera y cuando estuvo preparada, señaló el monitor que continuaba encendido.

—Eso que hay ahí Naira es tu bebé. Estás embarazada.



—¿Cómo? No, no puede ser... Me dijeron... —con las manos en la boca, Naira dio un paso atrás y empezó a llorar.

—Ven, siéntate. Tranquila. Te dijo Ernesto que no podías tener hijos, pero eso no fue lo que el doctor le dijo a Ernesto. No tienes ningún problema para quedarte embarazada y esta es la prueba.

—Entonces, ¿voy... voy a tener un hijo? —Naira se llevó las manos al vientre—. Pero si estuvimos mucho tiempo intentándolo y...

—Naira, eso sucede en muchos casos. Las parejas se obsesionan y los nervios no ayudan... Muchas mujeres se quedan embarazadas cuando dejan de intentarlo, cuando están a la espera de una inseminación o incluso cuando están en trámites de adopción. Y tú te has quedado embarazada cuando no lo esperabas, cuando más relajada estabas.

Naira sonrió emocionada mientras continuaba acariciando su vientre. ¡Había deseado tantas veces recibir esa noticia, tantas! Había soñado con ese momento junto a Ernesto millones de veces, pero ahora él no estaba a su lado, el hijo no era suyo, ese niño era de Héctor... Sonrió de nuevo, pero esta vez de alegría porque el niño que llevaba en su vientre era de Héctor y no de Ernesto. Porque prefería mil veces criar ella sola al hijo de Héctor que criar un hijo de Ernesto en su compañía.

—Supongo que voy a ser tía de nuevo ¿verdad? —Alicia interrumpió sus pensamientos.

Naira asintió con la cabeza mientras le temblaba la barbilla de la emoción.

—Así que sucedió, al final os liasteis.

—Sí, el último fin de semana.

—Pero... si no te importa que te pregunte ¿fue solo sexo o fue algo más?

—No lo sé Alicia... —Naira agachó la cabeza mientras continuaba acariciando su vientre.

—¿Tú qué sientes por él?

—Yo... —Naira volvió a mirarla a los ojos—. Yo le quiero, Alicia, le quiero y le echo mucho de menos, mucho... No sé qué voy a hacer. Tengo que contárselo, tengo que decirle que estoy embarazada... Pero ¿y si no quiere

saber nada? Él me dijo que se tenía que ir, que no me podía dar lo que yo necesitaba...

—Es tonto, tonto de remate. Tengo que hablar con él.

—No, Alicia, no... por favor, no quiero que vuelva por pena o por obligación. Quiero que vuelva porque desee estar con nosotras.

—Bueno, vamos a hacer una cosa... Estás embarazada de apenas una semana, esperaremos un poco antes de decírselo y mientras tanto iré a verle e intentar averiguar cómo está y por qué era tan importante que volviera a Barcelona.

—Vale, una semana, esperaremos una semana. Si no sé nada de él, le llamaré. Héctor debe saberlo.

Si la primera semana había sido un suplicio, la segunda estaba siendo una tortura. El lunes creyó morir cuando había confundido a una mujer con Naira y casi se abalanza sobre ella. El martes parecía estar loco cuando entró en una tienda de ropa de bebés para comprar la colonia a la que siempre olía Irina y roció su habitación con ese aroma. El miércoles no sabía dónde meterse cuando le había llamado a Laura por el nombre de Naira dos veces y tanto ella como Raúl se habían burlado de lo lindo. El jueves quiso huir del país cuando un socio del bufete le pilló mirando unas fotos de Naira e Irina en el móvil en plena reunión. Y el viernes se dio cuenta de que tenía un grave problema cuando escuchó la canción de Abril por la radio y solo podía pensar en Naira, solo en Naira, en sus ojos, en su sonrisa, en su pelo alborotado, en sus caderas, en el olor de su cuello, en la suavidad de su piel, en Naira.

—Y así fue como ayer le pedí a Raquel que se casara conmigo... —Carlos, acabando de explicar a Héctor algo de su novia mientras le retiraba la botella de cerveza vacía.

—Vaya, Carlos, eres un románticón.

—Sí, ni yo me lo acabo de creer...

Por fin era domingo. Había pasado por el bar de Carlos con la esperanza de entretenerse un rato y conseguir que la tarde volara. Temía la llegada del lunes, temía el veredicto de la Juez, pero necesitaba acabar con aquella

agonía cuanto antes.

—¿Quieres otra?

—No, me voy para casa... Ya me contarás otro día cómo van los preparativos de tu boda.

—Gracias Héctor, tú sí que sabes escuchar...

—Claro, claro... —y sin saber muy bien lo que le acababa de decir su amigo, salió del local.

El bar de Carlos estaba a pocas manzanas de su apartamento y decidió volver a casa caminando.

Alicia estaba sentada en el asiento de su coche, aparcado frente al edificio donde vivía Héctor. Tenía una copia de las llaves del apartamento de su hermano pero se la había dejado en casa, así que pensó en escuchar algo de música mientras le esperaba en la calle. A esas horas no tardaría en aparecer. Habló con él por teléfono unas tres veces aquella semana pero no había conseguido sonsacarle nada sobre Naira. Héctor sabía bien cómo desviar el tema, cómo esconder sus sentimientos, pero no podría hacerlo si se miraban a los ojos.

A través del espejo retrovisor pudo ver su reflejo. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos y parecía pensativo. Alicia paró la radio, cogió su bolso y salió por la puerta del coche para ir en busca de su hermano. Cuando volvió a mirar hacia él pudo comprobar que se había parado frente a su portal y que una mujer se le acercaba. Era rubia y alta. Sus largas piernas estaban enfundadas en unas medias de rejilla, calzaba unos espectaculares zapatos rojos de aguja y cubría su cuerpo con una americana negra. ¿Quién sería esa rubia tan exuberante?

Aguardó unos segundos junto a su coche, a la espera de que Héctor se quedara solo para acercarse, pero cuando vio que aquella mujer rodeaba con sus manos el cuello de su hermano y le besaba en los labios no pudo continuar allí. Entró en su coche enfurecida y decepcionada. Antes de arrancar volvió a girar su cabeza para asegurarse de que era cierto lo que acababa de presenciar. En ese instante Héctor echaba la cabeza hacia atrás en una carcajada, mientras sujetaba a la rubia por la cintura. ¡Increíble! Había

vuelto a su vida de mujeriego, a quedar con sus amantes de quita y pon, había optado por volver a ser ese Héctor. No pudo evitar que sus ojos se humedecieran al sentir que de nuevo perdía a su hermano, al original, al verdadero.

Arrancó el vehículo y salió del aparcamiento sin mirar atrás. Ya había visto suficiente. Y ahora ¿cómo le explicaba a Naira que el hombre del que se había enamorado no era como ella pensaba? ¿Cómo decirle a Naira que Héctor no iba a volver con ella?

Aquello ya había sido el colmo. La prueba de fuego definitiva. Acababa de rechazar a una amante subliminal, a una Diosa del sexo, a una de las mujeres más sensuales que había conocido jamás. Pero ¿cómo iba a tener sexo con ella si no lograba sacar de su cabeza a Naira? Katarzyna le había esperado en la calle, con sus medias de rejilla y una americana ocultando su disfraz. Increíblemente sexy. Y sexy es como se imaginó a Naira con todos esos disfraces que Katarzyna solía usar: de caperucita, de enfermera, de policía... mientras la azafata hablaba con él, Héctor se había estado excitando solo de pensarlo. No fue difícil rechazar a Katarzyna, nada difícil. A pesar de lo enardecido que estaba, ni tan siquiera su beso de despedida le había resultado excitante. Había sido un simple beso de amiga. Suspiró al volver a imaginar a Naira caminando hacia él con uno de esos trajes tan sugerentes y sensuales. Salió del ascensor, entró en casa, se quitó la camiseta mientras entraba en el baño y abrió el grifo del agua fría. Bajo aquella lluvia helada suspiró su nombre repetidas veces.

—Naira, Naira...

Por fin había llegado el día. Después de dos años de espera, después de veinticuatro meses de incertidumbre, después de ciento cuatro semanas preguntándose qué sería de él tras su reencuentro con la Juez. Ya no había marcha atrás, la decisión debía estar tomada y él tenía que aceptarla, no tenía fuerzas para luchar.

Héctor y Raúl esperaban sentados en una de las salas del Juzgado. Ya eran las diez de la mañana y la Juez no tardaría en llamarles. Raúl miró de reojo a su hermano. Su expresión no parecía de preocupación, estaba afligido, hundido.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo del veredicto?

—No, no es eso... Eso ya no me da miedo.

—¿Entonces? ¿Por qué estás tan triste?

—No puedo seguir así, Raúl, no puedo... Tenías razón, yo...

—¿Héctor Soriano? —un trabajador del Juzgado apareció tras una puerta—. Pase por aquí. Solo, por favor.

—Te espero fuera ¡Suerte! —Raúl le guiñó un ojo sonriente, intentando ocultar su preocupación. Estaba tan inquieto o más que su hermano.

La Juez ni tan siquiera alzó la mirada para recibirle.

—Sr. Soriano, siéntese, por favor.

Héctor tragó saliva. Tal vez unos años atrás se hubiese enfundado su traje de abogado soberbio y astuto, pero en ese momento era incapaz de defender sus propios derechos. De nuevo, se sintió solo y decaído ante el Dios Zeus, el todopoderoso que iba a hacerle arder en las llamas del Infierno.

—Como le dije hace dos años, su comportamiento y su trabajo en la agencia de adopción debían ser impecables. A pesar de mi advertencia, hace dos semanas presencié un episodio que considero no fue propio de un abogado profesional como lo es usted.

—Sí señorita, tiene usted razón.

—De todas formas, he analizado bien su informe psicológico y su diagnóstico ha sido determinante para tomar mi decisión.

—¿Informe psicológico? —preguntó Héctor sorprendido.

—Le dije que un especialista realizaría un estudio de su comportamiento, de su evolución —La Juez abrió una carpeta que se encontraba sobre su escritorio y se puso las gafas para leer de cerca—. En este informe se detalla mes por mes sus avances. Su llegada, su adaptación, su relación con los habitantes del pueblo, su estado de ánimo, su contribución en actividades

organizadas para promocionar Vilanén, su trabajo en la agencia, su ayuda a personas como Rita, Brenda, Alfonso, Luis, Andrés...

Héctor no había podido cerrar los ojos y los mantenía abiertos sorprendido por sus palabras. ¿Cómo sabía esa mujer tantas cosas de él? ¿Quién había escrito ese informe? ¿Quién?

—Incluso se detalla la ayuda desinteresada que le ofreció a una tal Naira —Y para más asombro, la Juez levantó la mirada sobre sus gafas y le guiñó un ojo a Héctor.

“A ver, a ver... ¿Qué coño está pasando aquí?”, Héctor seguía sin poder pestañear.

—No le voy a leer el informe completo porque es largo y contiene muchos vocablos técnicos que, le voy a ser sincera, no logro entender ni yo, pero sí le voy a leer la conclusión a la que ha llegado este especialista y que ha redactado no como profesional, sino como un habitante más de Vilanén —la Juez carraspeó antes de empezar a leer—. El texto dice “Después de haber pasado casi dos años conociendo a Héctor, disfrutando de su compañía, admirando su humildad, su bondad, compartiendo con él momentos de emoción, de alegría o incluso de tristeza, después de haber tenido la gran fortuna de formar parte de su vida, lo único que puedo hacer es agradecerle enormemente haber elegido a esta maravillosa persona para que conviviera con nosotros. Gracias, Matilde, mil gracias. Pero, sobre todo, gracias por regalarme un gran amigo. Un amigo que llegó a mi vida cuando más lo necesitaba y que espero no salga de ella jamás.”

—¿Go... Gonzalo? —preguntó Héctor emocionado.

—Déjeme acabar... “Héctor nunca necesitó ayuda psicológica, solo necesitaba tiempo. Tiempo para rehacerse como persona, tiempo para volver a ser quién creía haber olvidado, tiempo para pedir perdón a los demás y a sí mismo y tiempo para intentarlo de nuevo. Espero que mi informe le haya servido para comprender que Héctor no merece estar en prisión. A pesar de que en algún momento de su vida su comportamiento no fuera el más adecuado, estoy seguro de que nunca actuó con maldad. Lo sé porque confío

plenamente en él. Héctor merece una oportunidad, merece vivir en paz consigo mismo y volver a ser el muchacho humilde que era y que sigue siendo. Gracias. Gonzalo.”

—Será cabrón... —soltó Héctor entre enfadado y conmovido.

—Espere, espere... que le tengo que leer el mensaje que me acaba de enviar

—La Juez tomó su móvil y volvió a colocar bien sus gafas —. “Maite, por favor, léele estas palabras a Héctor: Sí, ya sé que he sido un cabrón por no decírtelo, pero yo, al igual que tú, recibí instrucciones claras y no podía hablar contigo del tema. Espero que esto no estropee nuestra amistad. Estoy fuera con tu hermano, así podrás decirme a la cara todo lo que estás pensando”.

Héctor no supo cómo reaccionar. ¿Debía estar contento por el buen informe? ¿Debía estar decepcionado porque Gonzalo se había acercado a él simplemente para hacer su trabajo? ¿Debía estar emocionado por sus palabras, por su declaración de amistad sincera? ¡Cuánto había echado de menos a Gonzalo durante esas dos semanas! Y resulta que al final su amigo era psicólogo. Ni más ni menos. Y le estuvo psicoanalizando desde el primer momento. ¡Cabrón! Por esa razón asistía todos los viernes al bar de Esteban, por eso le llevó a su casa aquella noche que se emborrachó de ratafía y por ese motivo le invitó a salir a correr con él. Para conocerle, para estudiarle, para hacer un informe. Debía sentirse herido, pero no era así como se sentía...

—Bueno, Sr. Soriano —la voz grave de la Juez le hizo despertar de sus pensamientos—. Después de haber analizado en detalle el informe de Gonzalo y teniendo en cuenta su opinión, queda usted absuelto de todo delito. Su expediente quedará limpio. Ni decir tiene que después de lo sucedido hace dos semanas, si Gonzalo no llega a estar detrás de usted en aquel momento, mi opinión hubiese sido muy distinta.

—Se trató de un malentendido y una discusión entre hermanos. No se preocupe, no volverá a pasar.

—Eso espero —la Juez abrió un cajón de su mesa—. Tenga, su permiso de conducir.

—Gracias señorita.

Héctor tomó el permiso y se levantó de la silla dispuesto a abandonar el despacho, pero cuando iba a sujetar el tirador de la puerta, la Juez le llamó por su nombre.

—Héctor, un momento, por favor —ella depositó sus gafas sobre la mesa y le dirigió una mirada sincera—. Perdona pero tengo que tutearte para darte las gracias. Muchas gracias por ayudar a mi prima. Rita es una gran mujer, ha sufrido mucho tras la muerte de su marido y ella sola ha tenido que sacar adelante a su hija, cuidando de su madre y de su negocio. Estos dos años has sido para Rita y para Brenda mucho más que un vecino que acudía cada viernes para echarles una mano. Has sido como un hijo para Rita y un hermano mayor para Brenda. Gracias por todo lo que has hecho por ellas. Gracias de verdad.

—Ha sido todo un placer, créame.

—Y ahora váyase, Sr. Soriano —ordenó la Juez volviendo a colocarse las gafas—. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Sí Señoría —sonrió Héctor—. Que pase usted un buen día.

Y allí estaban los dos. De pie en la puerta de los juzgados. Uno con una sonrisa de oreja a oreja y el otro, el psicólogo, con una expresión de camino entre “espero que no se enfade” y “me da exactamente igual lo que piense”.

—A mí no me digas nada, yo no lo sabía... —Raúl levantó las manos mostrando su inocencia.

—¿Qué? ¿Te vas a quedar ahí mirándome con esa cara de pocos amigos o vas a dejarte de tonterías y darme las gracias? —preguntó Gonzalo cuando tuvo a Héctor frente a él.

—¿Eres un jodido psicólogo?

—Sí... Estudié psicología a distancia. Unos años después de dejar la universidad, cuando la empresa de mi padre ya empezaba a obtener grandes beneficios, decidí estudiar Psicología. Me fascinaba, era lo que yo realmente deseaba hacer.

—¡Si hasta ha escrito varios libros! —exclamó Raúl aún pasmado por la noticia.

—Sí, es a lo que me dedico ahora... —añadió Gonzalo con la vista fija en Héctor.



Éste continuaba estupefacto. Sin saber aún cómo reaccionar. Pero se adentró en los ojos de Gonzalo, en su mirada sincera, tranquila, la que tanta paz le había transmitido cuando más la necesitó.

—¡Joder! —se acercó a su amigo y le rodeó con los brazos—. Gracias, cabrón, gracias...

Después de unos segundos de apretar el pecho de Gonzalo, Héctor se separó de él, emocionado y sin saber qué más decir.

—Tú solito te has ganado el cariño de todo un pueblo, Héctor. Espero verte pronto por allí —Gonzalo le guiñó un ojo.

—No sé, Gonzalo...

—Sé que tomarás la decisión correcta... —le dijo golpeado suavemente su hombro—Me voy, aprovecharé que estoy aquí para comer con Rosa.

Y tras una cariñosa despedida, Héctor contempló por un momento la espalda ancha de Gonzalo alejándose calle arriba. Le quería haber preguntado por Naira e Irina pero no había encontrado las palabras, solo pensar en ellas sentía como si una soga rodeara su cuello y le apretara sin compasión.

—Vamos, Héctor... —Raúl tiró de él y le animó a entrar en un bar cercano.

—¿Me vas a contar ahora qué es lo que te pasa? —una vez sentados con una taza de café en la mano, Raúl quiso ir directo al grano—. Deberías estar contento, eufórico, y sin embargo pareces un condenado a cadena perpetua.

Héctor no respondió y rehuyó de su mirada.

—Mírame ¿es por ellas verdad? Las echas de menos...

—Cada jodido centímetro de mis huesos, músculos, órganos y cerebro. No las puedo sacar de mis pensamientos en ningún momento. Están en mis mejores sueños mientras paseo con ellas por el parque o en mis peores pesadillas cuando las observo a lo lejos detrás de un cristal, sin poderlas tocar y me despierto gritando sus nombres. Raúl, jamás pensé que pudiera ser tan triste una vida vacía, porque mi vida ya era vacía antes, pero es que ahora duele, duele mucho...

—¡Madre mía! ¡Estás enamorado de verdad!

—Doblemente enamorado, joder, doblemente enamorado. Esa niña me ha transformado, Raúl, me siento distinto, ya no soy un hombre, un abogado, un hermano, un amigo... es como si todo eso ahora careciera de importancia, desde que la conozco soy solo un..., un...

—Un padre, Héctor, no te dé miedo decirlo, tú eres su padre...

—Sí... —sonrió—. Es como si ahora ella fuera mi nueva misión en la vida: debo cuidarla, protegerla y quererla. Pero lo sorprendente es que no lo considero una obligación, es lo que más deseo hacer en esta nueva vida que empezó en el instante en que miré sus ojos azules por primera vez... Esa niña me tiene loco... Y Naira...uffff... lo de Naira es inexplicable —Raúl echó la cabeza atrás de la carcajada—. No te rías no... ¡Joder! Estaría todo el día besándola, tocándola... haciéndole el amor en cualquier esquina, sí, haciéndole el amor... ¡Joder! ¡Si hasta esas palabras me salen solas! Pero lo peor de todo es que eso no es lo único que quiero hacer con Naira. Tengo unas ganas tremendas de explicarle mil cosas, de cogerle de la mano y simplemente pasear. Desde que no me pierdo en su sonrisa, he olvidado cómo debo sonreír y creo que no soy capaz de recordar cómo leer una mirada desde que dejé de derretirme en sus ojos... Ayer me encontré con Katarzyna en la puerta de mi casa, la azafata polaca. Iba con uno de esos disfraces sexys que tan bien le quedan, pues ¿puedes creer que yo solo podía imaginar a Naira con ellos puestos? Acabé rechazándola, Raúl ¡a una tía así! Nos dimos un beso de despedida y me pareció que besaba a mi prima y eso que tenía una erección de campeonato solo de pensar en Naira... Raúl, ¿me estaré volviendo loco?

—Sí...—Raúl no podía parar de reír—. Sí que estás loco, loco por volver con ellas. Y, de verdad, no sé a qué estás esperando...

—Raúl ¿y si no funciona? ¿Y si Naira se cansa de mí? No podría volver a pasar por lo mismo.

—Héctor, olvida ya lo que pasó con Abril... Aquello fue distinto.

—¿Y si soy yo el que no está preparado aún para una relación?

—¡Joder! Lo estás, tú mismo me lo estás diciendo... Además, habéis estado conviviendo ya varios meses... Deja de darle vueltas a lo que pueda o no pasar y vuelve con ellas. ¿Llevaste los papeles del divorcio y la custodia al Registro?

—Sí, el divorcio ya está registrado, la cesión de la custodia, no.

—¿Cómo? No te entiendo, si dijiste que debías renunciar a Irina por si te condenaban.

—Sí, así es... —Héctor esbozó una sonrisa maliciosa—. Tengo un amigo en el Registro. Le dio entrada al documento pero está esperando mi llamada para seguir adelante o no con los trámites. Ahora mismo le llamaré para que rompa los papeles.

—¿Y por qué no has hecho lo mismo con el divorcio?

Héctor sacó un sobre doblado del interior de su americana.

—Aquí está el divorcio. Le dije a Naira que se lo entregarías tú, así que nos vamos ahora mismo.

—¿Cómo?

—Me dijiste que hoy no trabajabas ¿no? Pues ahora mismo vas a acompañarme a comprar una cosa y luego a llevar estos papeles. Y, por cierto, vuelvo a tener mi permiso de conducir, déjame las llaves, hace más de dos años que no conduzco y necesito práctica.

—Ya, práctica... Toma —Raúl le lanzó las llaves de su coche—, pero cuidadito con él. ¡Ah! Por cierto, hablando de trabajo, no adivinarás cuál va a ser mi primer caso en el nuevo departamento. Un empresario acusado de espionaje industrial y fraude.

—¿Un antiguo político? —preguntó Héctor mientras entraban en el coche de Raúl.

—No, Ernesto.

—¿Qué?

—Sí, lo que oyes... Incluso está en busca y captura. Se ve que ha desaparecido. Debía de estar de mierda hasta el cuello.

—¡Que se joda!

Las angustias matutinas se habían agudizado y aquella mañana Naira se sentía más débil que nunca. La ausencia de Héctor y las molestias del embarazo estaban mermando sus escasas fuerzas. Sentada en el escalón que daba acceso a la casa, esperaba a Alicia. Su compañía, así como la de Brenda

o Rita, era su gran apoyo. La joven de los pelos verdes, como la llamaba antes, pasaba muchas tardes en su casa, haciéndole compañía y ocupándose de Irina para que ella pudiera descansar. Brenda no necesitó saber nada del embarazo, ni de sus angustias matutinas, desde que Héctor se había ido la joven se había ofrecido a ayudar, como si intuyera el dolor de Naira, como si quisiera cubrir parte de la ausencia de Héctor ¿Cómo podía haberse sentido incómoda con Brenda alguna vez? Aquella niña era un verdadero encanto y ahora entendía la amistad tan especial que unía a Héctor y a Brenda.

Alicia aparcó su coche frente a la casa y Naira fue a recibirla. No necesitó palabras para comprender que su ex cuñada le traía malas noticias. Su rostro lo decía todo.

—Tenemos que hablar... —murmuró Alicia entrando en la casa—. Siéntate, pareces cansada.

—Sí, las mañanas son terribles y me cuesta desayunar... Pero ya estoy algo mejor, tranquila —mintió Naira para no preocupar más a Alicia.

Las dos se sentaron en el sofá, mientras Pablo e Irina jugueteaban en el parque infantil de la niña.

—Naira, yo... —tomó su mano—. Ayer fui a ver a Héctor...

—¿Sí? ¿Le viste? ¿Cómo está?

—Naira... prefiero ser directa y franca contigo... No creo que quiera volver con vosotras...

—¿Te lo dijo él? —Naira agachó la cabeza en un intento inútil de ocultar sus lágrimas.

—No, pero le vi con una chica... Ha vuelto a su vida anterior, lo siento. Pensaba que aquí se había reconciliado consigo mismo, que había regresado el Héctor que yo conocía, mi hermano, el original... Pero, me equivoqué.

El rostro pálido de Naira se cubrió de lágrimas. Alicia, conmovida por el dolor de Naira, se acercó a ella y la abrazó. Permanecieron así durante unos segundos, hasta que el timbre de la puerta sonó.

—¿Esperas visita? —preguntó Alicia.

—No, debe ser Brenda. ¿Puedes abrir, por favor? —Naira se retiró las

lágrimas de la cara.

Cuando Alicia se asomó por la puerta entreabierta, se sorprendió al ver a su hermano pequeño tras ella.

—¿Raúl? ¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a darle algo a Naira —le respondió con una media sonrisa y guiñándole un ojo.

Alicia no comprendió aquella expresión tan poco apropiada en ese momento. Ella dio un paso atrás para volver al salón y Raúl entró en la casa dejando la puerta exterior entornada.

—¡Hola Raúl! —saludó Naira, intentado esbozar una sonrisa.

—Hola Naira, he venido a traerte los papeles del divorcio pero... —Raúl dejó de hablar al ver el rostro emblanquecido de Naira y la tristeza reflejada en sus ojos—. ¿Estás bien?

—No está bien, no, Raúl —respondió Alicia enfadada—. Lo que está es embarazada de tu hermano, de tu querido hermano... Y tú para colmo le traes los papeles del divorcio ¡lo que nos faltaba!

—¿Estás embarazada? —Él abrió los ojos sorprendido—. Pero Héctor no lo sabe...

—Y no sé si quiero que lo sepa... —Naira le interrumpió cabizbaja, mientras se daba media vuelta para ocultar lo que sus ojos decían en realidad—. Yo, no sé...

—¿Estás embarazada y no me lo pensabas decir? —Héctor entró en el salón sorprendiendo a todos.

La voz de Héctor despertó el corazón de Naira que empezó a latir con una fuerza sobrenatural. Él había vuelto, estaba allí... pero, cuando giró su cuerpo y vio en sus ojos el fuego avivado por la furia, fue consciente de sus últimas palabras.

—Yo... —la angustia reapareció, sintiendo un terrible pinchazo en el estómago.

—¿Pensabas ocultarme algo así? —Al no recibir respuesta, Héctor gruñó

enfurecido—. ¡Joder! ¡Joder!

Y salió de la casa dejando atrás el estruendo de un portazo.

Raúl, al ver como Naira se derrumbaba en el sofá con el rostro anegado en lágrimas, se dirigió a su hermana con mirada acusadora

—Pero ¿se puede saber por qué coño no pensabais decirle nada a Héctor? ¡Joder Alicia! ¡Que está embarazada de él!

—Sí, Raúl... pero él ha vuelto a su vida de mujeriego...

—¿Qué coño estás diciendo?

—Le vi ayer con una rubia besándose en la puerta de su casa... Raúl, él ha decidido volver a su anterior vida...

—Alicia, para... —Raúl la interrumpió mostrándole las palmas de las manos

—. Sí, ayer fue una antigua amante suya a verle y él la rechazó. Me lo ha dicho, Alicia, la rechazó porque está enamorado de Naira. ¿Qué viste ayer, un beso?

—Sí, un beso...

—Solo fue eso, Alicia, un beso de despedida que ella le dio después de que él la rechazara.

—Y entonces ¿por qué se ha ido? ¿Por qué ha vuelto a la ciudad?

—Alicia... —el terror había oscurecido la voz de Naira y los dos se giraron asustados para mirarla—. Alicia, estoy sangrando...

Naira alzó una mano mostrando la sangre que cubría sus dedos y aterrada bajó la mirada al sofá, por el que empezaba a asomar una mancha roja bajo sus muslos. El sollozo de Naira se tornó espeluznante y su cuerpo empezó a temblar.

—No, no... Alicia...

Alicia corrió al lavabo situado en el salón, cogió unas toallas y se las entregó a Naira para que limpiara su sangre.

—¡Vamos al hospital! Raúl, coge a los niños ¡Rápido!

Héctor, con los ojos anegados en lágrimas, conducía apresuradamente por la carretera comarcal que rodeaba el municipio de Vilanén. Las palabras de Naira retumbaban en sus oídos una y otra vez, taladrando su cerebro y atormentando su corazón. ¿Por qué no pensaba decirle que estaba embarazada? ¿Por qué? Recordó aquella noche en el hospital, cuando pensaba que Abril había provocado su aborto y descubría decepcionado y terriblemente herido que él no era el padre... Volvió a sentir el mismo desgarró en el corazón, volvió a sentir el engaño y el dolor... Las lágrimas no cesaban de empapar sus mejillas... La imagen de Naira se había quedado impresa en sus retinas. Estaba pálida y sus preciosos ojos negros velados por la tristeza. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no quería decirle que estaba embarazada? ¿Por qué? El móvil vibró en su bolsillo. Suspiró antes de cogerlo. Era un mensaje de su hermano.

“Héctor, Alicia te vio ayer con la azafata... todo ha sido un malentendido. Vamos camino del hospital, Naira está sangrando”.

—¡Joder! No...

Pero cuando volvió a mirar la carretera, lo último que pudo distinguir en ese instante fue unos árboles en el arcén aproximarse y un estruendo estremecedor. Sus ojos se cerraron. Todo se tornó oscuro y confuso. Durante unos segundos pudo distinguir el airbag rozándole la nariz, algo húmedo se deslizaba por su frente y el cinturón de seguridad se le había clavado entre las costillas. Aquello debía doler, pero no lo recordaba con exactitud. Luego, todo volvió a ser difuso. Cuando abrió de nuevo los ojos, estaba tumbado en el suelo, o tal vez sobre una camilla. La parte delantera del coche estaba destrozada y salía humo del motor. Volvió la confusión. Creía estar en una ambulancia pero la sirena se oía a lo lejos. De nuevo la oscuridad. Una voz familiar y reconfortante le animó a levantar los párpados. Raúl andaba apresuradamente a su lado.

—Tranquilo Héctor, te pondrás bien... Tranquilo.

Una goma le apretaba las mejillas. El aire que respiraba era fresco e invadía sus fosas nasales. Los fluorescentes del techo le molestaban. No quería cerrar los ojos, pero esas luces le cegaban. Intentó llamar a Raúl pero sus labios

estaban trabados, algo le impedía moverlos.

Sentía frío en los pies. El suelo de la calle estaba húmedo y andaba descalzo. No entendía muy bien qué hacía allí. Caminaba aturdido, confundido, medio desnudo entre la oscuridad y la niebla. Ante él apareció la imagen de un puente de piedra. Recordó ese lugar, él ya había estado allí y siguió avanzando sobre el empedrado. Era largo y la espesa niebla le impedía ver el final. Bajo el puente, a unos siete u ocho metros, la corriente del río era tan fuerte que parecía sentir como el agua le salpicaba la cara. Continuó caminando sobre las baldosas de piedra mojadas hasta que pudo distinguir una sombra. Era una figura humana. Se acercó lentamente. Seguía sin comprender qué hacía allí pero su cuerpo actuaba de forma independiente, como un autómatas siguiendo unas órdenes programadas. La persona estaba de pie delante de la barandilla de hierro, apoyada sobre el borde del puente, con un brazo se sujetaba para no caer y con el otro sostenía un bebé. Era una mujer. Aligeró el paso para aproximarse y avisarle del peligro. Empezó a inquietarse. Cuando estaba a menos de un metro pudo reconocer a Naira que tomaba a Irina en brazos. Sobre sus mejillas las lágrimas negras habían apagado el color de su piel y sus ojos ya no brillaban. Su cuerpo temblaba por el frío y su brazo iba separándose de la baranda. Héctor las contemplaba aterrorizado al comprender lo que ella pretendía hacer, pero no podía hablar. Intentó advertirla del peligro que corrían cuando una voz a su espalda le hizo sobrecogerse. Era su padre, que con una serenidad imperturbable, le dijo “Héctor, te dije que ayudaras a esa mujer”. “Papá, lo hice, lo hice...”, alcanzó a decir. Su cabeza giró de nuevo para buscar a Naira, pero no la vio. Horrorizado, se asomó al precipicio y distinguió sus cuerpos sin vida chocar contra las rocas del río. Intentó chillar pero no pudo. Sentía frío y sed, mucha sed.

—Héctor, Héctor... despierta.

Los párpados le pesaban pero consiguió levantarlos. Sintió un alivio atroz al reconocer el rostro de su hermano.

—Naira... —murmuró casi sin voz.

—¿Qué dices? —Raúl acercó su oreja a la boca de su hermano.



—¿Cómo está Naira?

—Pero ¡Héctor! Te has roto tres costillas, tienes un golpe bastante fuerte en la cabeza y ¿tú te preocupas por esa mujer?

—Por favor, Raúl...

—Vale, sí, sé dónde está y lo que hizo la semana pasada... pero de verdad, Héctor ¿tan importante es en este momento? Joder, que estabas conduciendo borracho, que me va a costar mi puesto sacarte de esta...

—¿De qué me estás hablando, Raúl? Yo no estaba borracho ¿Dónde están Naira e Irina?

—¿Irina? ¿Otra chica en apuros? ¡Joder Héctor! Que estás en un hospital, metido en un buen lío y tú solo pensando en tus amiguitas...

—Raúl, no me jodas, esto no tiene gracia... ¿Naira está bien? ¿Cómo está el bebé?

—¿Qué bebé? ¡Menudo golpe te has dado en la cabeza! Será mejor que descanses. Estás delirando.

—Raúl, el que va a acabar delirando eres tú como no me digas cómo está Naira.

—Esto es increíble... —Raúl movió la cabeza de lado a lado y se sentó en el borde de la cama donde su hermano descansaba—. Me dijiste que el lunes se fue de su casa ¿verdad? Pues sé que ese mismo día se registró en un hotel bastante sencillo en las afueras de la ciudad y contrató el alquiler de un trastero, imagino que para guardar sus cosas. El martes abrió una cuenta bancaria e ingresó un talón por unos cinco mil euros...

—¡Joder Raúl! —le interrumpió Héctor entrando en cólera—. No me cabrees más... Eso pasó hace dos años...

—Hace dos años no, Héctor, hace una semana... Será mejor que llame a la enfermera. Tu cabeza no está bien.

—No, Raúl, no... esto no puede haber sido un sueño —Héctor sintió un terrible dolor en el pecho—. Raúl, por favor, dime que esto es una broma.

—Héctor, tranquilízate... Llamaré a la enfermera para que te dé un calmante. Estás temblando.

—Raúl, ¿dónde está Naira? —dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas y un nudo en la garganta le impedía respirar con normalidad—. Por favor, Raúl, dime que no fue un sueño, dime que no fue un sueño...

—Héctor, no sé a qué sueño te refieres... Me llamaron esta noche porque has tenido un accidente con el coche e ibas de alcohol hasta las cejas...

—No, no... No, no puede haber sido un sueño, ellas son reales, Raúl, son reales...

—Voy a llamar a la enfermera, Héctor, tú no estás bien... el golpe en la cabeza te hace decir tonterías. Ahora mismo vuelvo... —Raúl salió de la habitación a pesar de las súplicas de su hermano.

—No, no te vayas Raúl... Raúl... no puede haber sido un sueño, por favor, vuelve...

Las lágrimas saladas humedecieron sus labios. Apenas podía respirar y las convulsiones de los sollozos le presionaban los pulmones. El dolor en el pecho era insoportable. ¿Dónde estaban Naira e Irina? ¿Dónde? Inspiró profundamente al sentir que necesitaba oxígeno. Estaba solo en la habitación, cerró los ojos y deseó por un instante estar muerto, muerto.

—¡Vaya! A quién tenemos aquí... El abogado mujeriego que tiene por norma no liarse con mujeres casadas...

Héctor abrió los ojos sobresaltado. No había olvidado esa voz ni su tono de ironía y soberbia. Ernesto estaba allí, de pie frente a su cama y sonriendo. Héctor sintió ganas de levantarse, de borrarle con un puñetazo esa sarcástica sonrisa de su cara de bastardo, pero no podía levantarse, estaba sujeto a la cama... Hasta ese instante no se había percatado de los grilletes que le impedían mover los brazos. Intentó gritar el nombre de su hermano pero sus labios estaban sellados. Sumido en la rabia y la impotencia, Héctor intentó deshacerse de las cadenas que le unían a la cama pero éstas tiraban de él, provocándole heridas en las muñecas.

—Héctor, Héctor... despierta.

Abrió los ojos y la imagen de su hermano apareció borrosa. Los cerró y los volvió a abrir para enfocar mejor...

—Raúl, Raúl... —Intentó reincorporarse pero un dolor en el hombro se lo

impidió—. Ohhh.... Por fin, por fin... había sido una pesadilla... —Sujetó a Raúl del cuello de la camiseta para acercarle a él—. ¿Dónde está Naira?  
—¿Naira, qué Naira?

Héctor sintió de nuevo como el nudo en la garganta le impedía respirar.

—No, no... ¡Joder!

—Raúl ¿no ves la cara que tiene? No bromees con esas cosas... —la voz de su querida Ali nunca le había parecido tan angelical.

—Se lo merece, por destrozarme el coche... —gruñó Raúl enfadado.

Alicia retiró a su hermano pequeño a un lado y se sentó en la cama de Héctor.

—¿Estás bien?

—¿Cómo está Naira?

—Naira está bien, tranquilo... el bebé también. Ha perdido algo de sangre por el susto y los nervios.

Héctor suspiró aliviado.

—Perdóname Héctor. Te vi ayer besando a aquella rubia y pensé que...

—No pasa nada, imagino lo que pensaste.

—Naira te iba a decir lo del bebé. Fui yo quien le pidió que esperara una semana para hablar antes contigo. Raúl me ha explicado todo lo de la Juez, los dos años en Vilanén y la razón por la que debías renunciar a Irina. Naira también lo sabe.

—¿Dónde está?

—Está aquí, al otro lado de la cortina. Iván ha conseguido que pudierais compartir habitación —Alicia se llevó el dedo índice a los labios—. Pero está dormida. Al conocer lo de tu accidente hemos tenido que darle calmantes naturales para que se tranquilizara y se ha dormido. La pobre no descansa muy bien desde que te fuiste. Está muy débil, Héctor, necesita alguien que cuide de ella durante los primeros meses de embarazo —Alicia le guiñó un ojo y Héctor le devolvió el guiño con una sonrisa.

—Ella me dijo que no se podía quedar embarazada.

—Ernesto le engañó... No tiene ningún problema de esterilidad.

—Tengo que verla... —Héctor intentó reincorporarse de nuevo.

—Solo tienes un golpe en el hombro y parte del pecho, sin daños internos. En dos días estarás bien. Deja que te ayudemos a levantarte.

Apoyándose en el hombro de sus dos hermanos, Héctor pudo ponerse en pie y, a pesar de las molestias, consiguió sentarse en la cama donde Naira dormía, mientras Alicia y Raúl salían de la habitación.

Durante largos minutos la contempló en silencio. Estaba preciosa, su tez anacarada, su pequeña nariz, su pelo alborotado y sus labios carnosos... Con un dedo los acarició, suavemente, y se acercó a sus mejillas para besarla a la vez que volvía a impregnarse de su aroma. El olor de Naira era adictivo. Cuando separó los labios de su piel, Naira abrió los ojos.

—Hola canija —le susurró sonriente.

—Héctor ¿cómo estás? —ella intentó reincorporarse para comprobar si estaba bien, pero él no se lo permitió.

—Tranquila, estoy bien. Un golpe en el hombro, pero nada más...

—Héctor, yo te lo iba a decir... —él la calló colocando dos dedos sobre sus labios.

—Naira, lo sé... Olvidemos eso... Perdóname por no explicarte la razón por la que estaba en Vilanén y la razón por la que me debía ir. Pero nadie más podía saberlo, solo Raúl y yo.

—Ya, Raúl nos lo ha contado todo.

—Pero no he renunciado a Irina, Naira, quiero seguir siendo su padre. ¿Puedo serlo? Solo renunciaré a ella si tú me lo pides.

—Sí... —ella sonrió tímidamente—. Tú siempre has sido su padre y quiero que sigas siéndolo.

—¿Y podré ser también el padre de este niño? —Héctor acarició el vientre de Naira.

—Sí... —respondió ella emocionada—. Pero, no entiendo, el divorcio...

—De eso quería hablarte esta mañana después de que Raúl te diera los papeles del divorcio, no quería ser yo quien te los entregara, ha sido una idea absurda, lo sé... Yo quería entrar luego en casa y decirte que ya que nuestro matrimonio había sido una farsa y nuestra boda un desastre yo... —Héctor empezó a buscar algo en su pantalón—. ¡Joder! ¿Dónde está? Se habrá caído en el coche... ¡Mierda!

—Héctor... —Raúl apareció tras la puerta y le lanzó algo a su hermano.  
—¿Estáis escuchando detrás de la puerta? —Se oyeron unas risas antes del portazo que los dejó completamente a solas—. ¡Serán cotillas!

Naira sonrió divertida por su enfado y emocionada a la vez, Héctor acababa de dejarle un pequeño paquete en la mano, de nuevo, envuelto en un lazo rojo.

—¿Un cascanueces? —Naira arrugó la nariz en un mohín que a Héctor le derretió el corazón.

—Caliente, caliente... —Incapaz de resistirse más a la tentación de sus labios, Héctor se acercó y los besó con ternura—. Tampoco es un anillo... pensé que esto te gustaría más.

Naira deshizo el envoltorio con impaciencia. Cuando consiguió abrir la cajita del interior no pudo reprimir las lágrimas. Héctor tomó la muñeca que lucía el brazalete que él le había regalado para su cumpleaños, abrió el corchete e introdujo el nuevo amuleto.

—Es una H de Héctor, aunque estuve en duda si comprarte una H de Héctor o una V de Víctor... —los dos sonrieron—. Quiero formar parte de tu brazalete, de tu familia y de tu vida, Naira, para siempre.

Naira sonrió conmovida. Héctor tenía razón, aquel regalo le había gustado infinitamente más que un anillo.

—Y ahora sí, sin anillo y ya que nuestro falso matrimonio acabó... ¿Puedo preguntarte si me harías el imbécil más feliz de la Tierra casándote otra vez conmigo?

Ella le miró fijamente a los ojos y él no necesitó una respuesta.

## EPÍLOGO

Cuatro meses después.

—¿Y cuánto tiempo tenemos que esperar? —preguntó Raúl abrazando a su mujer por detrás.

—En tres o cuatro minutos lo sabremos.

—¿Estás nerviosa? —quiso saber él mientras besaba su cuello.

—Sí, ¿tú no?

—Sí, mucho...

—¿Alguna preferencia en el sexo?

—Me da igual... lo único que deseo es tener un hijo contigo.

Laura dejó el test de embarazo sobre el mármol del lavabo, se dio media vuelta para estar frente a su marido y besó sus labios con frenesí, con auténtica voracidad, sujetándole la nuca para no dejarle escapar. Después de unos largos segundos saboreándose mutuamente, Raúl se separó unos centímetros.

—Uauuu... me encanta como te está sentando el embarazo —susurró él en un jadeo, mientras sus ojos se clavaban en el test.

—¿Sí? —preguntó Laura emocionada.

—Sí, cariño... estamos embarazados.

Ella no necesitó girarse para comprobarlo, las pupilas de su marido hablaban por sí solas. En silencio y con la emoción desbordando sus corazones, los dos se fundieron en un abrazo infinito.

—Te quiero —murmuró Raúl en su cuello.

—Te quiero —susurró Laura apoyada sobre su hombro.

—Aunque tengo unas ganas enormes de salir ahí fuera y gritarlo a los cuatro vientos, creo que hoy no deberíamos decirle nada a mis hermanos —propuso él mientras acariciaba el vientre de su mujer.

—Sí, hoy es el día de Héctor y Naira. Mañana les daremos la noticia.

—Muy bien —afirmó él sonriente—. Vamos, nos tenemos que vestir ya, que

la boda no puede empezar sin los testigos.

Unos minutos después, Raúl y Laura salían cogidos de la mano de la habitación que había sido de Naira durante año y medio. Ese sábado se celebraba la segunda boda de Héctor y Naira y ellos habían llegado a Vilanén la tarde del día anterior para ayudar con los preparativos. La ceremonia volvía a oficiarse en el ayuntamiento y el banquete, al que habían sido invitados los amigos de la pareja, se celebraría en una amplia terraza situada en la parte trasera del bar de Esteban, que había sido preparada con mesas, sillas y una tarima donde tocaría una orquesta.

—Ven aquí bicho... —Héctor, vestido con un pantalón negro de pinzas y una camisa blanca, corría por el pasillo detrás de Irina, que en las últimas semanas había pasado de gatear a galopar.

—Hermano, a pesar de estar a punto de casarte, veo que sigues perdiendo el culo por las rubias... —bromeó Raúl.

—Sí... —afirmó Héctor sonriente mientras alzaba a Irina en brazos—. Esta rubia me tiene loco... —después de besar a la niña y colocarle bien el vestido, se la ofreció a su hermano—. ¿Os importa cuidar de ella mientras voy a ayudar a Naira?

—¡Ah, no! De eso nada... Tú no puedes ver a la novia hasta que no llegue al ayuntamiento... —exclamó Laura—. Alicia y yo la ayudaremos.

—Pero, Laura, si fui con ella a comprar el vestido...

—Me da igual... ¡Va! Id con Iván a buscar a Rita que debe estar sufriendo uno de sus ataques de llanto.

Y efectivamente, cuando entraron en el supermercado se encontraron a Rita llorando emocionada. Lloró el día que supo que él regresaba para vivir definitivamente en Vilanén y reincorporarse a la agencia de adopción, lloró en el instante en que Naira le dijo que estaba embarazada, lloró en el momento que le entregaron la invitación de boda y lloró, a pesar de tener el lagrimal casi seco, cuando Héctor le pidió que fuera la madrina y le hiciera el gran honor de entrar con él en el ayuntamiento.

A pesar del llanto, Rita no pudo evitar mirar a los tres hombres de arriba abajo y emitir un silbido de admiración.

—¡Estáis guapísimos!

Héctor alzó la ceja derecha... ¡Menuda era Rita! Si ni tan siquiera se había fijado en él y en su cuñado, solo tenía ojos para su hermano pequeño y para colmo le había sujetado del brazo como si fuera Raúl el novio...

—Rita, soy yo quién se casa, no Raúl...

—¡Ay! Sí... perdona —Y una vez se cogió del brazo correcto, Rita tiró de Héctor—. ¡Vamos Thor!

En la sala de plenos del ayuntamiento ya esperaban todos sus amigos. Del pueblo acudieron Ignacio, Alfonso, Luis y Antonio junto con sus respectivas mujeres, Andrés, su esposa, Natalia y Dimitri. Brenda, aunque fue con ellos desde el supermercado, iba acompañada de Jaime, que en ese momento estaba fotografiando a la novia. Éste había aceptado la oferta de trabajo en Gerona y la relación amorosa entre ambos se estaba afianzando de tal manera que Jaime estaba decidido ese mismo día a proponerle a Brenda compartir su apartamento. Alberto, Sandra y su hija Carlota también estaban allí. Tras el disgusto por la dimisión de Héctor, Alberto se había alegrado por su decisión al conocer la noticia de su matrimonio y su futura paternidad. Bueno, solo entonces supo que ya era padre de una niña y que iba a ser la segunda vez que se casaba con Naira, la mujer que por fin había conseguido enamorar a Héctor.

—¿Estás nervioso? —preguntó Raúl al ver a su hermano echarse el pelo hacia atrás.

—Pues sí, la verdad es que sí... —respondió Héctor deseando ver a Naira aparecer por la puerta.

—Deberías estar acostumbrado, es la tercera vez ya y la segunda boda con la misma mujer...

—¡Qué gracioso! Eres todo un fenómeno animando...

—Uauuuu... Para fenómeno, el bombón que acaba de entrar... ¡Menudo pibonazo! —Exclamó Raúl con el mismo tono arrogante que usaba su hermano dos años atrás.

Tras comprobar que quién aparecía por la puerta era su futura esposa, Héctor se giró enfadado.



—Tú... ¡Deja de mirar así a mi mujer, imbécil!

—¡Me encanta, me encanta...! —rio Raúl a carcajadas, disfrutando de lo lindo al devolverle al ex arrogante de su hermano todas aquellas bromas que a él tanto le habían molestado.

Héctor volvió a girarse y se quedó embobado ante la imagen que aparecía ante él. Naira, la única mujer que hacía que su corazón se desbocara como un caballo salvaje, la canija que le sacaba de quicio y por la que perdía la poca cordura que aún poseía. La misma mujer que había abrazado la noche anterior hasta quedarse dormido y la que había besado esa misma mañana durante largos minutos antes de levantarse de la cama. La mujer que le hacía tremendamente feliz y por la que se desvivía cada minuto del día. La madre de la preciosa niña que caminaba a su lado, cogida de la mano. Sus dos bellezas, sus dos amores.

Irina lucía un vestido blanco con un cinturón de margaritas rosas y unos zapatitos del mismo tono que no dejaba de mirar. Héctor sonrió al ver cómo intentaba tocarlos, mientras sus ojos se dirigieron al vientre de Naira. Ya estaba de cuatro meses y el embarazo se le empezaba a notar. El día anterior habían ido a visitar a Alicia a la consulta y ya sabían el sexo del bebé. Iban a tener un niño.

Héctor alzó la mirada para contemplar de nuevo a su futura esposa. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto adornado con algunas flores blancas y dos mechones acariciaban sus mejillas sonrojadas. Las angustias matutinas habían desaparecido y su apetito se había multiplicado por mil, por lo que el rostro de Naira había recuperado su color rosado y sus ojos volvían a brillar con un resplandor especial.

La novia iba cogida del brazo de Gonzalo y detrás de ellos caminaban Rosa, Alicia y Laura. Rosa y Gonzalo llevaban ya un mes viviendo juntos en Vilanén. Ella había dejado su trabajo de periodista y estaba empezando a escribir un libro sobre todos aquellos recodos de la Tierra donde, según ella, residía la belleza.

Cuando Gonzalo soltó su brazo y Naira se situó a su lado, Héctor se inclinó para besarla. ¿Cuánto tiempo hacía que no la tenía entre sus brazos? ¿Media

hora? ¡Treinta eternos minutos y ya echaba de menos sus besos! ¿Qué tenían aquellos labios que le hacían salivar? ¿Qué tenía esa boca que atraía la suya como si fuera un imán? ¿Qué tenía la fragancia de su piel que lo volvía loco de deseo? ¿Qué tenía ese cuerpo que...

—¡Héctor! —Antonio, el alcalde, carraspeó para llamarles la atención—. Deja respirar a tu mujer y de paso déjame que empiece con la ceremonia.

—Sí, perdona... —dijo él mientras Naira limpiaba con sus dedos el carmín en los labios de Héctor.

Tras la breve ceremonia, todos los invitados disfrutaron del sabroso banquete preparado por Esteban y servido por un grupo de camareros contratados para atenderles. Rieron, bromearon, brindaron y vitorearon a los novios hasta que la música comenzó a sonar. Retiraron algunas mesas y delimitaron la zona de baile con algunas sillas. La primera canción la bailaron los novios, abrazados, naturalmente, y cuando los demás empezaron a animarse, Naira y Héctor volvieron a sus asientos.

—¿Cómo estás? —preguntó él preocupado, mientras sentaba a Irina en su regazo.

—Tranquilo, estoy bien... algo cansada por el ajetreo de los últimos días y los nervios de esta mañana, pero solo es eso, cansancio.

Héctor miró su reloj de pulsera. Se acercaba el momento y tenía a su mujer donde quería, sentada junto a él y mirando el escenario.

Pocos minutos después, cuando la orquesta finalizó uno de los pasodobles típicos de ese tipo de celebraciones, el cantante del grupo bajó de la tarima y la guitarra acústica comenzó a sonar. Naira arrugó la frente sorprendida, esa melodía le resultaba demasiado familiar.

*Si yo pudiera aliviar tu dolor  
mas solo puedo darte mi apoyo  
y todo lo que tengo es regalarte un abrazo*

Se llevó las manos a la boca y sin poder hablar, Naira vio como Abril subía al escenario con un micrófono en la mano.

*Querida amiga, cuando entiendas que no estás vencida  
solo en la puerta hacia una nueva vida  
pero no falta mucho porque pronto... pronto... lloverá*

Naira continuaba sin poder mediar palabra. Emocionada y muy impresionada por la sorpresa buscó la mirada de su marido. Héctor la contemplaba sonriente.

—Tú, tú... ¿Has hablado con ella?

—Sí, la llamé para aclarar las cosas y le pedí este favor. Ella aceptó encantada, sobre todo cuando le dije quién eras tú.

—Pero...tú...

—¿No te ha gustado la sorpresa? —Héctor leyó la incertidumbre en sus pupilas.

—Sí, pero... no me has dicho nada y, no sé, tú... —Naira se giró de nuevo hacia el escenario.

—Canija, mírame —ordenó Héctor mientras sujetaba su barbilla y clavaba sus ojos en los de su mujer—. Mírame y así sabrás que lo que te voy a decir es cierto. El primer día que vi tus ojos en aquel ascensor algo dentro de mí supo que mi vida iba a cambiar. Cuando te volví a ver aquí, en Vilanén, a pesar del miedo que me daba hacerte aquella loca propuesta, lo hice porque no quería perderte de nuevo... pero de todo eso no me di cuenta hasta que cogiste a Irina en brazos por primera vez. Entonces entendí aterrado que me estaba enamorando. Sí, aterrado, estaba muy asustado. Al igual que tú, yo también tenía miedo a sufrir, a sentirme vulnerable, desprotegido. Pero ya era demasiado tarde y, aunque no quería reconocerlo, cada día que pasaba me estaba enamorando un poco más. Naira, te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo y con nuestros hijos. Eso es lo que más deseo y te pido por favor que no dudes nunca sobre lo que siento por ti, nunca. Si no te he dicho que había hablado con Abril es porque quería darte esta sorpresa.

—Cállate ya y bésame... —le suplicó ella, emocionada por sus palabras.

Él obedeció encantado, sobre todo porque hacía ya demasiado que no probaba sus labios. Poco después, las manitas de Irina acariciando sus mejillas hicieron que Héctor se separara de Naira y sonriente señaló el escenario mientras abrazaba a su hija.

—Con esta canción tu mamá me hacía enfadar todos los días...

—¡Eso no es cierto! —Naira, feliz aún por la declaración de amor de aquel abogado engreído, se levantó y empezó a mover las caderas al ritmo de la canción de Abril—. La culpa la tenía tu papá que me sacaba de quicio con su arrogancia y esos plátanos que se comía... Aghhhh...

Abril cantó un par de canciones más antes de bajar del escenario. Después de firmar algunos autógrafos, dejar que le hicieran multitud de fotos y ayudar a Rita a levantarse después de que sufriera un desmayo al saber quién era aquella chica que cantaba como los ángeles, Abril consiguió llegar hasta los novios.

—Héctor, gracias... —La cantante se acercó a él con cierta reserva, pero Héctor, para su sorpresa, la abrazó cariñosamente.

—Gracias a ti, gracias por venir...

—Naira, me alegro mucho de volver a verte —dijo Abril dirigiéndose a la que todavía era una de sus periodistas favoritas—. ¡Enhorabuena por la boda y por el bebé! Héctor ya me contó cómo os conocisteis y que ya es la segunda vez que os casáis.

—Sí, lo nuestro ha sido toda una aventura... —respondió Naira con una sonrisa.

—Yo os iba a decir que vuestra historia podría ser un tema perfecto para una canción pero tal vez sea mucho mejor escribir una novela romántica.

—Mmmmh... —Naira se acarició la barbilla—. Pues no es mala idea... Me lo voy a pensar.

Una vez acabó de hablar con los novios, Abril se acercó a Alicia para despedirse. Naira había entrado en el bar de Esteban y Héctor pensó que tal vez estuviera en los lavabos, así que la esperó sentado en una de las sillas que rodeaban la improvisada pista de baile, mientras miraba sonriente como Irina jugueteaba con las margaritas de su vestido.

—Tengo un regalo de bodas para ti —Naira apareció radiante, sentándose sobre el regazo de Héctor y con las manos en la espalda.

—¿Sí...? Yo también tengo un regalo para ti...—dijo él haciéndose el

interesante y rodeando con su brazo la cintura de su mujer.

—Tú primero.

—Vale, ahí va... He vendido mi apartamento en Barcelona y he hablado con el propietario de la casa de alquiler. En unos meses será nuestra.

—¿En serio? —Naira abrió los ojos sorprendida—. Eso, eso... es maravilloso —emocionada empezó a besar a su marido, una y otra y otra y otra vez... hasta que Héctor arrancó a reír.

—Uauuuu... Si lo llego a saber te lo digo antes... —E intentando ver qué escondía Naira en su espalda, continuó—. ¿Y mi regalo?

—¿Tu regalo? Pues no sé... ahora me da vergüenza... es muy poquita cosa al lado del tuyo.

—No lo creo, viniendo de ti estoy seguro de que me gustará...

—Creo que sí... Vale, ahí va... Cierra los ojos.

—¿Que cierre los ojos? —preguntó él sorprendido.

—Sí, va, ciérralos... —una vez Héctor acató su orden, Naira continuó—. Y ahora abre la boca.

Héctor, impaciente y expectante, abrió la boca. Un aroma familiar le envolvió e inspiró profundamente. Mmmm... Sus fosas nasales se recubrieron de azúcar, canela, limón y nueces y cuando sus labios rozaron aquella esponjosa textura, su boca empezó a salivar. Clavó los dientes en ese maravilloso manjar y mordió la manzana prohibida que Eva le acababa de ofrecer. Había pecado, ¡por fin...! Abrió los ojos y sonrió al ver la cara de Naira, tan provocativa, seductora, tentadora e indecente como la magdalena que estaba degustando... ¡Por fin estaba saboreando aquella maravilla...! ¿Se podría llegar a comparar el placer de comer con el sexo? Definitivamente, no. Ahora que tenía a su mujer a su lado, no. Aunque debía reconocer que las magdalenas de Sofía bien merecían un gemido de satisfacción.

—Te gustan, ¿verdad?... —Naira, con la ceja de la soberbia alzada, le susurró al oído.

—Mmmm... —Héctor después de darle otro mordisco a la magdalena, la tomó de las manos de Naira y la acercó hasta los labios de ella—. Abre la boca... —su mujer obedeció y cerró los ojos para disfrutar de aquel sabor.

—Mmmm... —Después de morder la magdalena, Naira se relamió los labios.

—Dime que tienes más, por favor... —excitado, Héctor no podía dejar de mirar cómo ella pasaba la lengua por sus labios—. Si comiendo una magdalena contigo me pongo así, no quiero ni pensar lo que podríamos hacer esta noche con media docena.

Naira empezó a reír a carcajadas y Héctor la imitó, contagiado por la alegría de su mujer. Él no era un adivino, ni hacía predicciones como un vidente, pero una cosa sabía de su futuro: con la canija a su lado no se iba a aburrir nunca.

—¿A qué viene tanta risa parejita? —Raúl y Laura se sentaron a su lado.

—Que ya le he dado el alta a la embarazada y tu hermano está deseando que llegue la noche de bodas... —Alicia e Iván se sentaron al otro lado.

—Pues sí, esta noche pienso recuperar estos meses de reposo —dijo Héctor antes de besar de nuevo a su mujer.

—No sé, cariño, necesitaré reponer fuerzas... —insinuó Naira mientras chupaba los restos de magdalena de la punta de sus dedos y miraba satisfecha como él no se perdía detalle—. Este niño está hambriento.

—El que está hambriento soy yo... —Héctor acercó su boca a uno de sus dedos y lo saboreó también.

—Ahora que sabéis que esperáis un niño ¿habéis pensado qué nombre le vais a poner? —preguntó Laura.

—No... —respondió Héctor.

—Sí... —replicó Naira.

—¿Sí? —él la miró abriendo los ojos.

—Sí, se llamará como el padre.

—¿Héctor? —preguntó Iván.

—No —Naira negó con una sonrisa picarona.

Héctor arrugó los labios y frunció el ceño.

—¡Víctor, Héctor no, Víctor!

## AGRADECIMIENTOS

Este libro está publicado gracias a que *Calcetines rotos*, mi primera novela, saliera a la luz la tarde de un sábado en Amazon y fuera leída por muchas, muchas personas que sin conocer a la autora se atrevieron a comprarla y leerla. Por tanto, gracias, gracias a ti lector y seguidor, gracias por estar siempre ahí.

Y, por supuesto, tengo que dar las gracias a las tres personas que lo hacen posible: a mi marido por su paciencia y apoyo y a mis dos hijos por ser mi inspiración. Gracias a mis padres por su cariño y ayuda, aunque en un inicio no entendieran muy bien por qué me adentraba en esta aventura. A mi hermana Carmela por sus correcciones y por estar siempre ahí, dispuesta a leer, corregir y sugerir. A mi hermana Susana por colaborar en la portada, promoción, lectura y por bostezar en algunos párrafos (los quité, naturalmente). Y a mi hermana M<sup>a</sup> José por leerme y opinar a pesar de que la novela romántica no sea su favorita ;). Gracias también a mis suegros, cuñados y sobrinos, sobre todo a Emi e Ismael por ser mis lectores cero favoritos y a Paco por recomendar mi novela a todos los camioneros del país. Gracias a mis primos y tíos, a todos sin excepción, pero especialmente a Gema, que movilizó todo un hospital para que leyeran *Calcetines rotos*. Gracias también a Chicharra (sí, a ti también, pisapedales), a Montse y a sus hijos Gerard y Larisa, la niña de ojos azules que un día llegó de Kazajistán para regalarnos su sonrisa. A Eva y Susana, compañeras en la infancia, amigas en la juventud y hermanas vintage en la “madurez”. Agradecer también la colaboración y ayuda desinteresada de otra escritora novel (bueno, ya no tan novel, que la tía escribe sin parar...), sí, gracias purpu, gracias Susana Rubio Girona (también publica en Amazon, os la recomiendo). ¡Ah! Y gracias a su amiga Roser por apuntarse al carro de ser mi lectora cero. Gracias a mis compañeras de oficina por soportar mis rollos en el desayuno y darme su apoyo, opinión y ayuda, a todas, pero especialmente a Beth, Eva, Ramona y las dos Rosas. Tengo que hacer una mención especial a mi profesor de castellano en la escuela Cifuentes de Sabadell (hace unos cuantos añitos ya), gracias Josep Górriz, gracias por enseñar e inspirar y por

animarme a seguir escribiendo. Y por último, y no por ello menos importante, muchíííísimas gracias al súper grupo musical Leiden (<https://www.facebook.com/leidenmusic>). A Susana, Santi, David, Fran, Luis y a las folloneras (yo la number one), a todos ellos gracias por componer Lloverá y por permitir que la canción formara parte de la historia de Héctor y Naira. Gracias Susana por la letra tan hermosa que escribiste y gracias Luis por aconsejarme sobre cómo debe comportarse un hombre como Héctor, ya sabes, un macho machote...